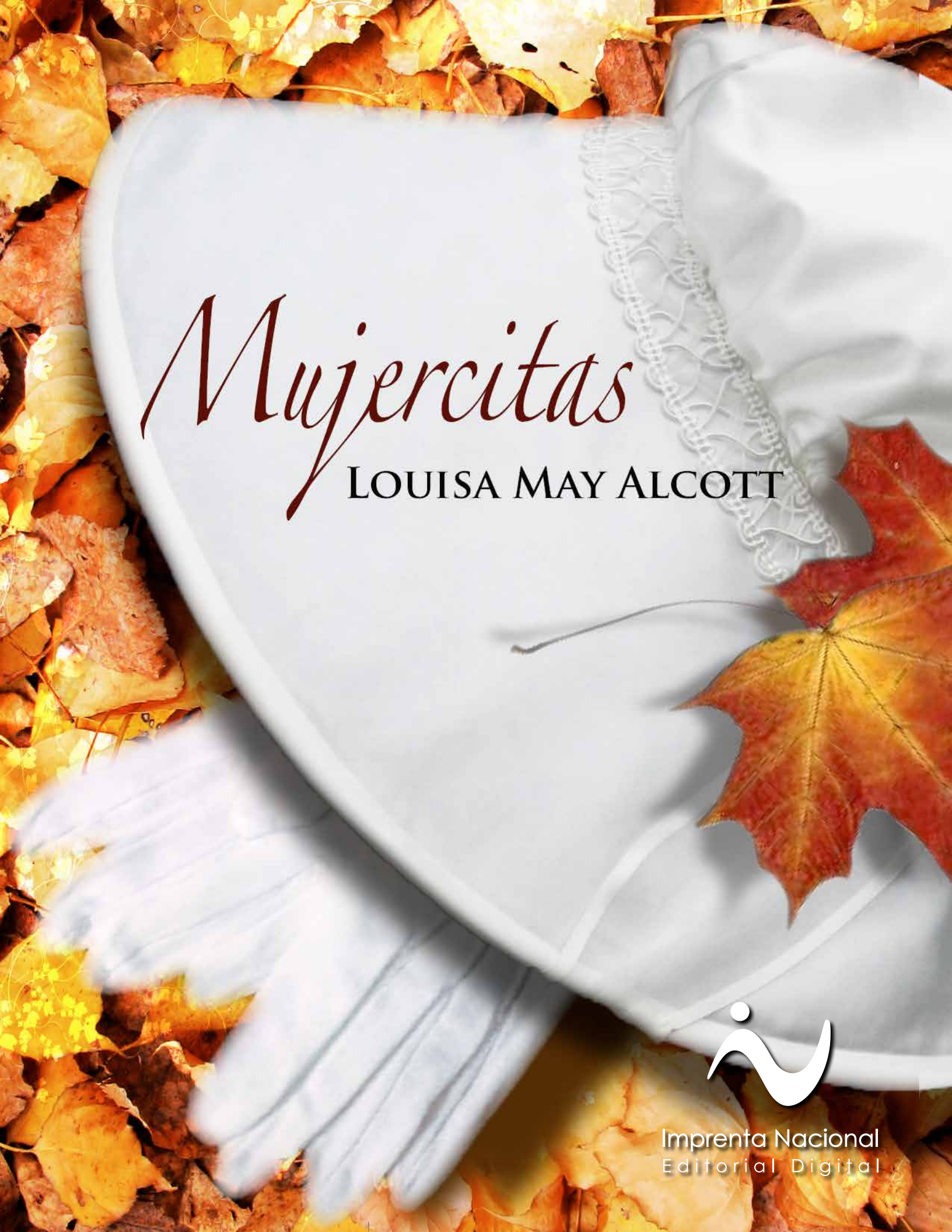




Mujercitas

LOUISA MAY ALCOTT



Imprenta Nacional
Editorial Digital

813.41

A355m

Alcott, Louisa May, 1832-1888

**Mujercitas [recurso electrónico] / Louisa May
Alcott -- 1a ed. -- San José : Imprenta Nacional,
2012.**

1 recurso en línea (425 p.) : pdf ; 2000 Kb

ISBN 978-9977-58-344-0

1. Novela estadounidense. I. Título

DGB/PT

12-57

Fuente: bajo la Licencia Creative Commons www.bibliotecasvirtuales.com

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



Imprenta Nacional
Editorial Digital

MUJERCITAS
-LOUISA MAY ALCOTT-

EDITORIAL DIGITAL
www.imprentanacional.go.cr

COSTA RICA

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

MUJERCITAS
-LOUISA MAY ALCOTT-

MUJERCITAS
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

EL JUEGO DEL PEREGRINO

Navidad no será Navidad sin regalos -murmuró Jo, tendida sobre la alfombra.

- ¡Es tan triste ser pobre! -suspiró Meg mirando su vestido viejo.

-No me parece justo que algunas muchachas tengan tantas cosas bonitas, y otras nada -añadió la pequeña Amy con gesto displicente.

-Tendremos a papá y a mamá y a nosotras mismas -dijo Beth alegremente desde su rincón.

Las cuatro caras jóvenes, sobre las cuales se reflejaba la luz del fuego de la chimenea, se iluminaron al oír las animosas palabras; pero volvieron a ensombrecerse cuando Jo dijo tristemente:

-No tenemos aquí a papá, ni lo tendremos por mucho tiempo.

No dijo “tal vez nunca”, pero cada una lo añadió silenciosamente para sí, pensando en el padre, tan lejos, donde se hacía la guerra civil.

Nadie habló durante un minuto; después -dijo Meg con diferente tono:

-Saben que la razón por la que mamá propuso que no hubiera regalos esta Navidad fue porque el invierno va a ser duro para todo el mundo, y piensa que no debemos gastar dinero en gustos mientras nuestros hombres sufren tanto en el frente. No podemos ayudar mucho, pero sí hacer pequeños sacrificios y debemos hacerlos alegremente. Pero temo que yo no los haga -y Meg sacudió la cabeza al pensar arrepentida en todas las cosas que deseaba.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Pero pienso que el poco dinero que gastaríamos no ayudaría mucho. Tenemos un peso cada una, y el ejército no se beneficiaría mucho si le diéramos tan poco dinero. Estoy conforme con no recibir nada ni de mamá ni de ustedes, pero deseo comprar Undine y Sintran para mí. ¡Lo he deseado por tanto tiempo! -dijo Jo, que era un ratón de biblioteca.

-He decidido gastar el mío en música nueva -dijo Beth suspirando, aunque nadie la oyó excepto la escobilla del fogón y el asa de la caldera.

-Me compraré una cajita de lápices de dibujo; verdaderamente los necesito -anunció Amy con decisión.

-Mamá no ha dicho nada de nuestro propio dinero, y no desearía que renunciáramos a todo. Compremos cada una lo que deseamos y tengamos algo de diversión; me parece que trabajamos como unas negras para ganarlo -exclamó Jo examinando los tacones de sus botas con aire resignado.

-Yo sé que lo hago dando lecciones a esos niños terribles casi todo el día, cuando deseo mucho divertirme en casa -dijo Meg quejosa.

-No hace la mitad de lo que yo hago -repuso Jo-. ¿Qué te parecería a ti estar encarcelada por horas enteras en compañía de una señora vieja, nerviosa y caprichosa, que te tiene corriendo de acá para allá, no está jamás contenta y te fastidia de tal modo que te entran ganas de saltar por la ventana o darle una bofetada?

-Es malo quejarse, pero a mí me parece que fregar platos y arreglar la casa es el trabajo más desagradable del mundo. Me irrita y me pone tan ásperas y tiesas las manos que no puedo tocar bien el piano -y Beth las miró con tal suspiro, que cualquiera pudo oír esta vez.

-No creo que ninguna de ustedes sufra como yo -gritó Amy-; porque no tienen que ir a la escuela con muchachas impertinentes, que las atormentan si no llevan la lección bien preparada, se ríen de nuestros vestidos, difaman a nuestro padre porque no es rico y nos insultan porque no tienen la nariz bonita.

-Si quieres decir difamar dilo así, aunque mejor sería no usar palabras altisonantes -dijo Jo, riéndose.

-Yo sé lo que quiero decir, y no hay que criticarme tanto. Es bueno usar palabras escogidas para mejorar el vocabulario -respondió solemnemente Amy.

-No disputen niñas: ¿no te gustaría que tuviésemos el dinero que perdió papá cuando éramos pequeñas, Jo? ¡Ay de mí!, ¡qué felices y buenas seríamos si no tuviésemos necesidades! -dijo Meg, que podía recordar un tiempo en que la familia había vivido con holgura.

-Has dicho el otro día que, en tu opinión, éramos más felices que los niños King, porque ellos no hacían más que reñir y quejarse continuamente a pesar de su dinero.

-Es verdad, Beth; bueno, creo que lo somos, porque, si tenemos que trabajar, nos divertimos al hacerlo, y formamos una cuadrilla muy alegre, según Jo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Jo habla en una jerga tan chocante! -observó Amy, echando una mirada crítica hacia la larga figura tendida sobre la alfombra.

Jo se levantó de un salto, metió las manos en los bolsillos del delantal y se puso a silbar.

-No hagas eso, Jo, es cosa de chicos.

-Por eso lo hago.

-Detesto a las muchachas rudas, de modales ordinarios.

-Y yo aborrezco a las muchachas afectadas y pedantes.

-”Pájaros en sus niditos se entienden” -cantó Beth la pacificadora, con una expresión tan cómica que las dos voces agudas se templaron en una risa, y la riña terminó de momento.

-Realmente, hijas mías, ambas merecen censura -dijo Meg poniéndose a corregir a sus hermanas con el aire propio de hermana mayor-. Tienes ya edad, Jo, de dejar trucos de muchachos y conducirte mejor. No importaba tanto cuando eras una niña pequeña, pero ahora que eres tan alta y te has puesto moño, deberías recordar que eres una señorita.

-¡No lo soy! ¡Y si el ponerme moño me hace señorita, me arreglaré el pelo en dos trenzas hasta que tenga veinte años! -gritó Jo, quitándose la red del pelo y sacudiendo una espesa melena de color castaño-. Detesto pensar que he de crecer y ser la señorita March, vestirme con faldas largas y ponerme primorosa. Ya es bastante malo ser chica, gustándome tanto los juegos, las maneras y los trabajos de los muchachos. No puedo acostumbrarme a mi desengaño de no ser muchacho, y menos ahora que me muero de ganas de ir a pelear al lado de papá y tengo que permanecer en casa haciendo calcetas como una vieja cualquiera -y Jo sacudió el calcetín azul, el color del ejército, hasta sonar todas las agujas, dejando rodar el ovillo hasta el otro lado del cuarto.

-¡Pobre Jo! Lo siento mucho, pero no podemos remediarlo; tendrás que contentarte con dar a tu nombre forma masculina y jugar a que eres hermano nuestro -contestó Beth acariciando la cabeza tosca puesta sobre sus rodillas, con una mano cuyo suave tacto no habían logrado destruir todo el fregar de platos y todo el trabajo doméstico.

-En cuanto a ti, Amy -dijo Meg-, eres demasiado afectada y presumida. Ahora tus modales causan gracia, pero llegarás a ser una persona muy tonta si no tienes cuidado. Me gustan mucho tus modales agradables cuando no tratas de ser elegante, pero tus palabras exóticas son tan malas como la jerga de Jo.

-Si Jo es un muchacho y Amy algo afectada, ¿qué soy yo, si se puede saber? -preguntó Beth dispuesta a recibir su parte de la reprimenda.

-Tú eres una niña querida, y nada más -respondió Meg calurosamente y nadie la contradijo, porque el “ratoncito” era la favorita de la familia.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Como nuestros lectores jóvenes querrán formarse una idea del aspecto de nuestras heroínas, aprovecharemos para trazar un dibujo de las cuatro hermanas ocupadas en hacer calceta en un crepúsculo de diciembre, mientras fuera caía silenciosamente la nieve y dentro de la casa chisporroteaba alegremente el fuego. El cuarto era agradable, aunque la alfombra estaba algo descolorida y los muebles eran de una simplicidad severa; buenos cuadros colgaban de las paredes, en los estantes había libros, florecían crisantemos y rosas de Navidad en las ventanas, y por toda la casa flotaba una atmósfera de paz.

Margaret o Meg, la mayor de las cuatro chicas, tenía dieciséis años; era muy bonita, regordeta y rubia; tenía los ojos grandes, abundante pelo castaño claro, boca delicada y unas manos blancas, de las cuales se vanagloriaba un poco. Jo, que tenía quince años, era muy alta, esbelta y morena, y le recordaba a uno un potro; nunca parecía saber qué hacer con sus largas extremidades, que se le atravesaban en el camino. Tenía la boca decidida, la nariz respingada, ojos grises muy penetrantes, que parecían verlo todo, y se ponían alternativamente feroces, burlones o pensativos. Su única belleza era su cabello, hermoso y largo, pero generalmente lo llevaba descuidadamente recogido en una redecilla para que no le estorbara; los hombros cargados, las manos y los pies grandes y un aire de abandono en su vestido y la tosquedad de una chica que se hacía rápidamente mujer a pesar suyo. Elizabeth o Beth tenía unos trece años; su cara era rosada, el pelo liso y los ojos claros; había cierta timidez en el ademán y en la voz; pero una expresión llena de paz, que rara vez se turbaba. Su padre la llamaba “Pequeña Tranquilidad”, y el nombre era muy adecuado, porque parecía vivir en un mundo feliz, su propio reino, del cual no salía sino para encontrar a los pocos a quienes amaba y respetaba. Aunque fuese la más joven, Amy era una persona importantísima, al menos en su propia opinión.

Una verdadera virgen de la nieve; los ojos azules, el pelo color de oro, formando bucles sobre las espaldas, pálida y grácil, siempre se comportaba como una señorita cuidadosa de sus maneras.

El reloj dio las seis, y después de limpiar el polvo de la estufa Beth puso un par de zapatillas delante del fuego para calentarlas.

De una manera u otra la vista de las viejas zapatillas tuvo buen efecto sobre las chicas porque venía la madre, y todas se dispusieron a brindarle un buen recibimiento. Meg puso fin a su sermón y encendió la lámpara. Amy sacó la butaca espontáneamente, y aun Jo olvidó su cansancio para sentarse más derecha y acercar las zapatillas al fuego.

-Están muy gastadas; mamá debería tener otro par.

-Yo pensaba comprárselas con mi dinero -dijo Beth.

-¡No, yo lo haré! -gritó Amy.

-Soy la mayor -empezó a decir Meg, pero Jo la Interrumpió con decisión.

-Soy el hombre de la familia, ahora que papá está fuera, yo me encargaré de las zapatillas, porque me ha dicho que cuidase de mamá mientras él estuviera ausente.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¿Saben lo que debemos hacer? -dijo Beth-; que cada una le compre un regalo de Navidad, y no comprar nada para nosotras.

-¡Tú habías de tener idea tan feliz, querida mía! ¿Qué compraremos? -exclamó Jo.

Todas reflexionaron un momento; entonces Meg dijo, como si la vista de sus propias manos hermosas le sugiriera la idea:

-Le regalaré un par de guantes.

-Zapatillas del ejército, las mejores que haya -gritó Jo.

-Unos pañuelos bordados -dijo Beth.

-Yo le compraré un frasco de colonia; le gusta mucho y, como no costará tanto, me sobrará algo para comprarme alguna cosa -añadió Amy.

-¿Y cómo le daremos las cosas? -exclamó Meg.

-Las pondremos sobre la mesa y traeremos a mamá para que abra los paquetes.

-¿No recuerdan lo que hacíamos en los cumpleaños? -respondió Jo.

-Yo solía asustarme horriblemente cuando me llegaba el turno de sentarme en la silla grande, con una corona en la cabeza y verlas a todas marchando alrededor para darme regalos y besarme, pero me ponía nerviosa que me miraran mientras abría los paquetes -dijo Beth, que estaba tostando el pan para el té y se tostaba al mismo tiempo la cara.

-Que piense mamá que vamos a comprarnos algunas cosas y así le daremos una sorpresa. Necesitamos salir para hacer compras mañana por la tarde, Meg; hay mucho que hacer para la pieza que representamos la Noche de Navidad -dijo Jo, que andaba de un lado para otro con las manos a la espalda y la nariz levantada.

-No pienso representar después de esta vez; estoy algo crecida para estas cosas -observó Meg, que era una niña en todo lo que fuera juegos.

-No dejarás de hacerlo, lo aseguro, mientras puedas presentarte vestida de blanco, con el pelo suelto y adornado con joyas hechas de papel dorado. Eres la mejor actriz que tenemos, y si abandonas el teatro se acabarán nuestras funciones -repuso Jo-. Debemos ensayar la pieza esta tarde. Ven aquí, Amy, y repite la escena donde te desmayas, porque te pones tiesa como una estaca al hacerlo.

-No es culpa mía; jamás he visto a nadie desmayarse y no me gusta ponerme pálida cayendo de espalda como tú lo haces. Si no puedo hacerlo fácilmente, me dejaré caer con gracia en una silla; no me importa que Hugo se acerque a mí con una pistola -dijo Amy, que no tenía talento dramático, pero a quien habían escogido porque era pequeña y el protagonista podía llevársela en brazos.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Hazlo de esta manera; aprieta las manos así, y ve tambaleándote a través del cuarto, gritando locamente: ¡Rodrigo!, ¡sálvame!, ¡sálvame! -y Jo lo hizo, dando un chillido verdaderamente melodramático.

Amy procuró imitarla, pero extendió las manos con demasiada rigidez, caminó mecánicamente y su exclamación sugirió que la pinchaban con alfileres en lugar de demostrar terror y angustia. Jo suspiró con desesperación, y Meg se rió a carcajadas, mientras Beth dejaba quemar el pan por mirar lo que pasaba.

-¡Es inútil! Sal lo mejor que puedas cuando llegue el momento, y si el público silba no me echas la culpa. Vamos, Meg.

Todo lo demás se deslizó sin tropiezo, porque don Pedro desafió al mundo entero en un parlamento de dos páginas sin interrupción.

Hagar, la bruja, se encorvó sobre su caldero de efecto mágico. Rodrigo rompió sus cadenas como un valiente, y Hugo murió de remordimiento lanzando exclamaciones incoherentes.

-Es lo mejor que hemos hecho hasta ahora -dijo Meg, mientras el traidor se incorporaba frotándose los codos.

-No comprendo cómo puedes escribir y representar cosas tan magníficas, Jo. ¡Eres un verdadero Shakespeare! -dijo Beth.

-No lo soy -respondió Jo humildemente-. Creo que «La Maldición de la Bruja» está bastante bien; pero me gustaría tratar de representar Macbeth si tuviéramos una trampa para Banquo. Siempre he deseado un papel en el cual tuviera que matar a alguien. ¿Es un puñal eso que veo delante de mí? -murmuró Jo girando los ojos, y con ademán de asir algo en el aire, como lo había visto hacer a un actor famoso.

-No, son las parrillas con las zapatillas de mamá encima en lugar del pan. ¡Beth está embobada por la escena! -exclamó Meg, y el ensayo terminó con una carcajada general.

-Me alegro de encontrarlas tan divertidas, hijas -dijo una voz resuelta en la puerta, y actores y espectadores se volvieron para recibir a una señora algo regordeta, maternal, cuyos ojos parecían decir «¿puedo ayudarlo?», con aire verdaderamente encantador. No era una persona de especial hermosura; pero para los hijos las madres son siempre hermosas, y las chicas pensaban que aquella capa gris y aquel sombrero pasado de moda cubrían la mujer más espléndida del mundo.

-Bueno, queridas mías, ¿cómo lo han pasado hoy? Había tanto que hacer preparando los cajones para enviarlos mañana, que no volví para la comida. ¿Ha venido alguien, Elizabeth? ¿Cómo está tu resfriado, Margaret? Jo, pareces muy fatigada. Ven y dame un beso, niña.

Mientras hacía estas preguntas maternas, la señora March se ponía las zapatillas calientes, y, sentándose en la butaca, puso a Amy sobre sus rodillas, disponiéndose a gozar de su hora más feliz del día. Las muchachas iban de un lado a otro, tratando de poner todo en orden, cada una a su

modo. Meg preparó la mesa para el té; Jo trajo la leña y puso las sillas, dejando caer volcando y haciendo ruido con todo lo que tocaba; Beth iba y venía de la sala a la cocina, y Amy daba consejos a todas mientras estaba sentada con las manos cruzadas.

Mientras se sentaban a la mesa, la señora March dijo, sonriéndose:

-Tengo una grata sorpresa para después de la cena.

Una sonrisa feliz pasó de cara en cara como un rayo de sol. Beth palmoteó, sin hacer caso de la galleta caliente que tenía, y Jo sacudió la servilleta, exclamando:

-¡Carta! ¡Carta! ¡Tres vivas para papá!

-Sí, una carta larga. Está bien, y piensa que soportará el frío mejor de lo que pensamos. Envía toda clase de buenos deseos para Navidad, y un mensaje especial para sus hijas -dijo la señora March acariciando el bolsillo como si tuviera en él un tesoro.

-Coman rápido. No te detengas para dar vueltas al dedo meñique y comer con afectación, Amy -gritó Jo, ahogándose al beber el té y dejando el pedazo de pan, que cayó sobre la alfombra por el lado de la mantequilla; muy excitada por la sorpresa. Beth no comió más, yendo a sentarse en un rincón oscuro para soñar con el placer venidero hasta que las otras estuviesen listas.

-Creo que papá hizo una cosa magnífica marchando como capellán cuando era demasiado viejo para alistarse y no bastante fuerte para ser soldado -dijo Meg animosa.

-Yo quisiera ir de tamborcillo, o de cantinero, o de enfermera, para estar cerca y ayudarle -exclamó Jo, suspirando.

-Debe ser muy desagradable dormir en una tienda de campaña y comer toda clase de cosas que tienen mal gusto y beber en una lata -murmuró Amy

-¿Cuándo volverá, mamá? -preguntó Beth, con voz temblorosa.

-No por mucho tiempo, querida mía, a menos que esté enfermo. Quedará para hacer fielmente su trabajo mientras pueda, y no le pediremos que vuelva un minuto antes de que puedan pasarse sin él. Ahora, oigan lo que dice la carta.

Todas se acercaron al fuego, la madre en la butaca, Beth a sus pies, Meg y Amy sentadas sobre los brazos de la silla y Jo apoyándose en el respaldo, de manera que nadie pudiera ver ninguna señal de emoción si la carta tenía algo conmovedor.

En aquel tiempo duro se escribían muy pocas cartas que no conmovieran, especialmente entre las enviadas a casa de los padres. En esta carta se decía poco de las molestias sufridas, de los peligros afrontados o de la nostalgia a la cual había que sobreponerse; era una carta alegre, llena de descripciones de la vida del soldado, de las marchas y de noticias militares; y sólo hacia el final el autor de la carta dejó brotar el amor paternal de su corazón y su deseo de ver a las niñas que había dejado en casa.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

«Mi cariño y un beso a cada una. Diles que pienso en ellas durante el día, y por la noche oro por ellas, y siempre encuentro en su cariño el mejor consuelo. Un año de espera para verlas parece interminable, pero recuérdales que, mientras esperamos, podemos todos trabajar, de manera que estos días tan duros no se desperdicien. Sé que ellas recordarán todo lo que les dije, que serán niñas cariñosas para ti, que cuando vuelva podré enorgullecerme de mis mujercitas más que nunca.»

Todas se conmovían algo al llegar a esta parte, Jo no se avergonzó de la gruesa lágrima que caía sobre el papel blanco, y Amy no se preocupó de que iba a desarreglar sus bucles al esconder la cara en el seno de su madre y dijo sollozando:

-¡Soy egoísta! Pero trataré de ser mejor para que no se lleve un chasco conmigo.

-¡Trataremos todas! -exclamó Meg-. Pienso demasiado en mi apariencia y detesto trabajar, pero no lo haré más si puedo remediarlo.

-Trataré de ser lo que le gusta a él llamarme «una mujercita», y no ser brusca y atolondrada; cumpliré aquí con mi deber en vez de desear estar en otra parte -dijo Jo, pensando que dominarse a sí misma era obra más difícil que hacer frente a unos rebeldes.

Beth no dijo nada, pero secó sus lágrimas con el calcetín del ejército y se puso a trabajar con todas sus fuerzas, no perdiendo tiempo en hacer lo que tenía más cerca de ella, mientras decidía en su corazón ser como su padre lo deseaba cuando al cabo de un año pudiera regresar felizmente a su casa.

La señora March rompió el silencio que siguió a las palabras de Jo, diciendo con voz alegre:

-¿Se acuerdan de cómo representaban «El Peregrino» cuando eran pequeñas? Nada les gustaba tanto como que les pusiera hatillos de trapos a la espalda para representar la carga, les hiciera sombreros, bastones y rollos de papel y las dejara viajar a través de la casa, desde la bodega, que era la Ciudad de Destrucción, hasta la boardilla, donde tenían todas las cosas bonitas que podían encontrar para construir una Ciudad Celestial.

-¡Qué divertido era, especialmente cuando nos acercábamos a los leones, peleábamos con Apolo y pasábamos por el valle donde estaban los duendes! -dijo Jo.

-A mí me gustaba el lugar donde las cargas caían y rodaban escalera abajo -murmuró Meg.

-Mi parte favorita era cuando salíamos a la azotea donde estaban nuestras flores, enramadas y cosas bonitas y nos parábamos y cantábamos de alegría allá arriba al sol -dijo Beth, sonriéndose, como si aquel momento feliz hubiera vuelto.

-Yo no recuerdo mucho, pero sí que tenía miedo de la bodega y de la entrada oscura, y siempre me gustaban los pastelitos y la leche que tomábamos allá arriba. Si no fuera ya mayor para tales niñerías, me gustaría mucho representarlo otra vez -susurró Amy, que hablaba de renunciar a niñerías a la edad madura de doce años.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-No somos demasiado mayores para ese juego, querida mía, porque es un entretenimiento al que siempre jugamos de una manera u otra. Nuestras cargas están aquí, nuestro camino está delante de nosotras y el deseo de bondad y felicidad es el guía que nos dirige a través de muchas penas y equivocaciones hasta la paz, que es una verdadera Ciudad Celestial. Ahora, peregrinitas mías, vamos a comenzar de nuevo, no para divertirnos, sino de veras, y veremos hasta dónde pueden llegar antes de que vuelva papá.

-Pero, mamá ¿dónde están nuestras cargas? -preguntó Amy, que tomaba todo al pie de la letra.

-Cada uno ha dicho hace un momento cuál era su carga, menos Beth; en mi opinión no tiene ninguna -dijo su madre.

-Sí, la tengo; la mía es sentirme disminuida y envidiar a las que tocan pianos bonitos y tener miedo de la gente.

La carga de Beth era tan cómica que a todos dio ganas de reír; pero nadie lo hizo, porque se hubiera ofendido mucho.

-Hagamos esto -dijo Meg, pensativa-. Es solamente otro nombre para tratar de ser buenas, y la historia puede ayudarnos; aunque lo deseamos, ser buenas es algo difícil, nos olvidamos, y no nos esforzamos.

-Esta noche estábamos en el Pantano del Abatimiento y vino mamá, y nos sacó de él, como en el libro lo hizo el hombre que se llamaba Auxilio. Deberíamos tener nuestro rollo de aviso como Cristiano. ¿Qué haremos para eso? -preguntó Jo, encantada con la idea que prestaba algo de romanticismo a la tarea poco interesante de cumplir con su deber.

-Busquen debajo de la almohada en la mañana de Navidad, y encontrarán su guía -respondió la señora March.

Discutieron el proyecto nuevo, mientras la vieja Hanna levantaba la mesa; después salieron las cuatro cestillas de costura, y volaron las agujas mientras las chicas cosían sábanas para la tía March. El trabajo era poco interesante pero esta noche nadie se quejó. Habían adoptado el plan ideado por Jo, de dividir las costuras largas en cuatro partes, que llamaban Europa, Asia, África y América; de esta manera hacían mucho camino, sobre todo cuando hablaban de los países diferentes según cosían a través de ellos. A las nueve dejaron el trabajo y cantaron, como acostumbraban, antes de acostarse. Nadie sino Beth podía sacar música del viejo piano; pero ella tenía una manera especial de tocar las teclas amarillas y componer un acompañamiento para las canciones simples que cantaban. Meg tenía una voz aflautada y ella, con su madre, dirigía el pequeño coro. Amy chirriaba como un grillo. Jo cantaba a su gusto, poniendo alguna corchea o algún silencio donde no hacía falta. Siempre habían cantado por la noche desde el tiempo en que apenas sabían hablar:

Centellead, centellead, estrellitas y esto se había convertido en una costumbre de familia, porque la madre era cantora por naturaleza. Por la mañana, lo primero que se oía era su voz, mientras andaba por la casa cantando como una alondra; y por la noche, el último sonido era la misma voz alegre, porque las chicas no parecían nunca demasiado mayores para aquella conocida canción de cuna.

CAPÍTULO II

UNA FELIZ NAVIDAD

Jo fue la primera en despertarse al amanecer gris de la mañana de Navidad. No había medias colgadas delante de la estufa, y por un momento se llevó tanto chasco, como una vez, hacía ya mucho, que su mediecita se había caído al suelo por estar muy llena de regalos. Entonces recordó lo que su madre había prometido, y, metiendo la mano debajo de la almohada, sacó un librito encuadernado en rojo. Lo reconoció muy bien, porque era una bella historia de la vida más perfecta que jamás pasó por el mundo, y Jo sintió que era un verdadero guía para cualquier peregrino embarcado en el largo viaje de la vida. Despertó a Meg con un « ¡Felices Pascuas! », y le dijo que buscase debajo de la almohada. Apareció un libro, encuadernado en verde, con la misma estampa dentro y unas palabras escritas por su madre, que aumentaban en mucho el valor del regalo a sus ojos. Pronto Beth y Amy se despertaron para buscar y descubrir sus libros, el uno de color gris azulado, el otro azul; y todas sentadas contemplaban sus regalos, mientras se sonrosaba el oriente con el amanecer.

A pesar de sus pequeñas vanidades, tenía Meg una naturaleza dulce y piadosa, que ejercía gran influjo sobre sus hermanas, en especial sobre Jo, que la amaba tiernamente y la obedecía por su gran dulzura.

-Niñas -dijo Meg, gravemente, dirigiendo la mirada desde la cabeza desordenada a su lado hasta las cabecitas en el cuarto próximo-. Mamá desea que empecemos a leer, amar y acordarnos de estos libritos, y tenemos que comenzar inmediatamente. Solíamos hacerlo fielmente, pero desde que papá se marchó y con la pena de esta guerra, hemos descuidado muchas cosas. Pueden hacer lo que gusten pero yo tendré mi libro aquí sobre la mesita, y todas las mañanas, en cuanto despierte, leeré un poquito, porque sé que me hará mucho bien y me ayudará durante todo el día.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Entonces abrió su Nuevo Testamento y se puso a leer. Jo la abrazó y cara con cara, leyó, con aquella expresión tranquila que raras veces tenía su cara inquieta.

-¡Qué buena es Meg! Ven, Amy, hagamos lo mismo. Yo te ayudaré con las palabras difíciles, y nos explicaremos lo que no podemos comprender -susurró Beth, muy impresionada con los bonitos libros y con el ejemplo de su hermana.

-Me alegro de que el mío sea azul -dijo Amy, y entonces los dormitorios quedaron tranquilos mientras ellas volvían las páginas y el sol del invierno se deslizaba para acariciar y dar un saludo de Navidad a las cabezas rubias y a las caras pensativas.

-¿Dónde está mamá? -preguntó Meg, cuando, media hora después, bajó con Jo las escaleras para darle las gracias por sus regalos.

-¡Quién sabe! Una pobre criatura vino pidiendo limosna, y la señora salió inmediatamente para ver lo que necesitaba. No he visto jamás una mujer como ella en eso de dar comida, bebida y carbón, -respondió Hanna, que vivía con la familia desde que naciera Meg, y a quien todas trataban como a una amiga más que como a una criada.

-Supongo que mamá volverá pronto; así que preparen los pastelitos y cuiden que todo esté listo -dijo Meg, mirando los regalos, que estaban en un cesto debajo del sofá, dispuestos para sacarlos en el momento oportuno-. Pero, ¿dónde está el frasco de Colonia de Amy? -agregó, al ver que faltaba el frasquito.

-Lo sacó hace un minuto y salió para adornarlo con un lazo o algo parecido -respondió Jo, que saltaba alrededor del cuarto para suavizar algo las zapatillas nuevas del ejército.

-¡Qué bonitos son mis pañuelos! ¿No les parece? Hanna me los lavó y planchó, y yo misma los bordé -dijo Beth, mirando orgullosamente las letras desiguales que tanto trabajo le habían costado.

-¡Qué ocurrencia! ¿Pues no ha puesto «Mamá» en lugar de “M. March”? ¡Qué gracioso! -gritó Jo, levantando uno de los pañuelos.

-¿No está bien así? Pensaba que era mejor hacerlo de ese modo, porque las iniciales de Meg son «M.M.», y no quiero que nadie los use sino mamá -dijo Beth, algo preocupada.

-Está bien, querida mía, y es una idea muy buena; así nadie puede equivocarse ahora. Le gustará mucho a ella, lo sé -repuso Meg, frunciendo las cejas a Jo y sonriendo a Beth.

-¡Aquí está mamá; escondan el cesto! -gritó Jo, al oír que la puerta se cerraba y sonaban pasos en el vestíbulo.

Amy entró precipitadamente, y pareció algo avergonzada cuando vio a todas sus hermanas esperándola.

-¿Dónde has estado y qué traes escondido? -preguntó Meg, muy sorprendida al ver, por su toca y capa, que Amy, la perezosa, había salido tan temprano.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-No te rías de mí, Jo; no quería que nadie lo supiera hasta que llegase la hora. Es que he cambiado el frasquito por otro mayor y he dado todo mi dinero por él, porque trato de no ser egoísta como antes.

Al hablar así, mostraba Amy el bello frasco que reemplazaba al otro barato, y tan sincera y humilde parecía en su esfuerzo de olvidarse de sí misma, que Meg la abrazó y Jo la llamó un «prodigio», mientras Beth corría a la ventana en busca de su rosa más bella para adornar el magnífico frasco.

-¡Me daba vergüenza de mi regalo!, después de leer y hablar de ser buena esta mañana; así que corrí a la tienda para cambiarlo en cuanto me levanté; estoy muy contenta porque ahora mi regalo es el más bello.

Otro golpe de la puerta hizo que el cesto desapareciera debajo del sofá, y las chicas se acercaron a la mesa listas para su desayuno.

-¡Feliz Navidad, mamá! ¡Y que tengas muchísimas! Muchas gracias por los libros; hemos leído algo y vamos a hacerlo todos los días -gritaron todas a coro.

-¡Feliz Navidad, hijas mías! Me alegro mucho de que hayan comenzado a leer inmediatamente, y espero que perseveren haciéndolo. Pero antes de sentarnos tengo algo que decir. No lejos de aquí hay una pobre mujer con un hijo recién nacido. En una cama se acurrucan seis niños para no helarse, porque no tienen ningún fuego. Allí no hay nada que comer, y el chico mayor vino para decirme que estaban sufriendo de hambre y frío. Hijas mías, ¿quieren darle su desayuno como regalo de Navidad?

Todas tenían más apetito que de ordinario, porque habían esperado cerca de una hora, y por un momento nadie habló, pero solo por un momento, porque Jo dijo impetuosamente:

-Me alegro mucho de que hayas venido antes de que hubiésemos comenzado.

-¿Puedo ir para ayudar a llevar las cosas a los pobrecitos? -preguntó Beth, ansiosamente.

-Yo llevaré la crema y los panecillos -añadió Amy, renunciando valerosamente a lo que más le gustaba.

Meg estaba ya cubriendo los pastelillos y amontonando el pan en un plato grande.

-Pensé que lo harían -dijo la señora March, sonriendo satisfecha-. Todas pueden ir conmigo para ayudar; cuando volvamos, desayunaremos con pan y leche, y en la comida lo compensaremos.

Pronto estuvieron todas listas y salieron. Felizmente era temprano y fueron por calles apartadas; así que poca gente las vio y nadie se rió de la curiosa compañía.

Un cuarto vacío y miserable, con las ventanas rotas, sin fuego en el hogar, las sábanas hechas jirones, una madre enferma, un recién nacido que lloraba y un grupo de niños pálidos y flacos debajo de una vieja colcha, tratando de calentarse. ¡Cómo abrieron los ojos y sonrieron al entrar las chicas!

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Ah, Dios mío! ¡Ángeles buenos vienen a ayudarnos! -exclamó la pobre mujer, llorando de alegría.

-Vaya unos ángeles graciosos con tocas y mitones -dijo Jo, haciendo reír a todos.

En pocos minutos pareció que hubieran trabajado allí buenos espíritus.

Hanna, que había traído leña, encendió fuego y suplantó los vidrios rotos con sombreros viejos y su propia toquilla. La señora March dio té y leche a la mujer, y la confortó con promesas de ayuda, mientras vestía al niño pequeño tan cariñosamente como si hubiese sido su propio hijo. Mientras las chicas ponían la mesa, agrupaban a los niños alrededor del fuego y les daban de comer como si fuesen pájaros hambrientos, riéndose, hablando y tratando de comprender el inglés chapurreado y cómico que hablaban, porque era una familia de inmigrantes.

-¡Qué bueno es esto! ¡Los ángeles benditos! -exclamaban los pobrecitos, mientras comían y se calentaban las manos al fuego.

Jamás, antes, las chicas habían recibido el nombre de ángeles, y lo encontraron muy agradable, especialmente Jo, a quien, desde que nació, todas la habían considerado un «Sancho». Fue un desayuno muy alegre, aunque no participaran de él; y cuando salieron, dejando atrás tanto consuelo, no había en la ciudad cuatro personas más felices que las niñas que renunciaran a su propio desayuno y se contentaran con pan y leche en la mañana de Navidad.

-Eso se llama amar a nuestro prójimo más que a nosotros mismos, y me gusta -dijo Meg, mientras sacaban sus regalos aprovechando el momento en que su madre subiera a buscar vestidos para los hombres Hummel.

No había mucho que ver, pero en los pocos paquetes había mucho cariño; y el florero alto, con rosas rojas, crisantemos y hojas, puesto en medio de los regalos, daba una apariencia elegante a la mesa.

-¡Qué viene mamá! ¡Toca, Beth! ¡Abre la puerta, Amy!

-¡Tres «vivas» a mamá! -gritó Jo, dando saltos por el cuarto, mientras Meg se adelantaba para conducir a la señora March a la silla de honor.

Beth tocó su marcha más viva. Amy abrió la puerta y Meg escoltó con mucha dignidad a su madre. La señora March estaba sorprendida y conmovida, y sonrió, con los ojos llenos de lágrimas, al examinar sus regalos y leer las líneas que los acompañaban. Inmediatamente se calzó las zapatillas, puso un pañuelo nuevo en el bolsillo, empapado con agua de colonia, se prendió la rosa en el pecho y dijo que los guantes le iban muy bien.

Hubo no pocas risas, besos y explicaciones, en la manera cariñosa y simple que hace tan gratas en su momento estas fiestas de familia y dejan un recuerdo tan dulce de ellas. Después todas se pusieron a trabajar.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Las caridades y ceremonias de la mañana habían llevado tanto tiempo, que el resto del día hubo que dedicarlo a los preparativos de los festejos de la tarde. No teniendo dinero de sobra para gastarlo en funciones caseras, las chicas ponían en el trabajo su ingenio, y como la necesidad es madre de la invención, hacían ellas misma todo lo que necesitaban. Y algunas de sus producciones eran muy ingeniosas.

Guitarras fabricadas con cartón, lámparas antiguas hechas de mantequeras viejas, cubiertas con papel plateado, magníficos mantos de algodón viejo, centelleando con lentejuelas de hojalata y armaduras cubiertas con las recortaduras de latas de conserva. Los muebles estaban acostumbrados a los cambios constantes y el cuarto grande era escena de muchas diversiones inocentes.

No se admitían caballeros, lo cual permitía a Jo hacer papeles de hombre y darse el gusto de ponerse un par de botas altas que le había regalado una amiga suya, que conocía a una señora parienta de un actor.

Estas botas, un antiguo florete, un chaleco labrado que había servido en otro tiempo en el estudio de un pintor, eran los tesoros principales de Jo, y los sacaba en todas las ocasiones. A causa de lo reducido de la compañía, los dos actores principales se veían obligados a tomar varios papeles cada uno, y, ciertamente, merecían elogios por el gran trabajo que se tomaban para aprender tres o cuatro papeles diferentes, cambiar tantas veces de traje, y, además, ocuparse en el manejo del escenario. Era un buen ejercicio para sus memorias, una diversión inocente y les ocupaba muchas horas, que de otro modo hubiesen estado perdidas, solitarias o pasadas en compañía menos provechosa.

La noche de Navidad una docena de chicas se agruparon sobre la cama, que era el palco, enfrente de las cortinas de cretona azul y amarillo, que hacían de telón. Había mucho zumbido detrás de las cortinas, algo de humo de la lámpara, y, de vez en cuando, una risa falsa de Amy, a quien la excitación ponía nerviosa. Al poco tiempo sonó una campana, se descorrieron las cortinas y la representación empezó.

El «bosque tenebroso», que se mencionaba en el cartel, estaba representado por algunos arbustos en macetas, bayeta verde sobre el piso y una caverna en la distancia. Esta caverna tenía por techo una percha y por paredes algunos abrigos; dentro había un hornillo encendido con una marmita negra, sobre la cual se encorbaba una vieja bruja. El escenario estaba en la oscuridad y el resplandor que venía del hornillo hacía buen efecto. Especialmente cuando al destapar la bruja la caldera salió vapor de verdad. Se dio un momento al público para reponerse de su primer movimiento de sorpresa; entonces entró Hugo, el villano, andando con paso majestuoso, espada ruidosa al cinto, un chambergo, barba negra, capa misteriosa y las famosas botas. Después de andar de un lado para otro muy agitado, se golpeó la frente y cantó una melodía salvaje, sobre su odio a Rodrigo, su amor a Zara y su resolución de matar al uno y ganar la mano de la otra.

Los tonos ásperos de la voz de Hugo y sus vehementes exclamaciones hicieron fuerte impresión en el público, que aplaudía cada vez que se paraba para tomar aliento. Inclínándose, como quien está bien acostumbrado a cosechar aplausos, pasó a la caverna y mandó salir a Hagar con estas palabras: “¡Hola bruja, te necesito!”.

Meg salió con la cara circundada con crin de caballo gris, un traje rojo y negro, un bastón y la capa llena de signos cabalísticos.

Hugo le pidió una poción que hiciese a Zara adorarle, y otra para deshacerse de Rodrigo. Hagar, cantando, una melodía dramática, prometió los dos, y se puso a invocar al espíritu que había de traer el filtro mágico para dar amor.

Sonaron acordes melodiosos, y entonces, del fondo de la caverna, apareció una figura pequeña en blanco y nebuloso, con alas que centelleaban, cabello rubio y sobre la cabeza una corona de rosas. Agitando su vara, dijo, cantando, que venía desde la luna y traía un filtro de mágicos efectos; y, dejando caer un frasquito dorado a los pies de la bruja, desapareció.

Otra canción de Hagar trajo a la escena una segunda aparición: un diablillo negro que, después de murmurar una respuesta, echó un frasquito oscuro a Hagar y desapareció con risa burlona. Dando las gracias, y poniendo las pociones en sus botas, se retiró Hugo, y Hagar puso en conocimiento de los oyentes que, por haber él matado a algunos amigos suyos en tiempos pasados, ella le había echado una maldición, y había decidido contrariar sus planes, vengándose así de él. Entonces cayó el telón y los espectadores descansaron chupando caramelos y discutiendo los méritos de la obra.

Antes de que el telón volviera a levantarse se oyó mucho martilleo; pero cuando se vio la obra maestra de tramoya que habían construido, nadie se quejó de la tardanza. Era verdaderamente maravillosa.

Una torre se elevaba al cielo raso; a la mitad de su altura aparecía una ventana, en la cual ardía una lámpara, y detrás de la cortina blanca estaba Zara, vestida de azul con encajes de plata, esperando a Rodrigo.

Llegó él, ricamente ataviado, sombrero adornado con plumas, capa roja, una guitarra, y, naturalmente, las botas famosas. Al pie de la torre cantó una serenata con tonos cariñosos. Zara respondió, y, después de un diálogo musical, ella consintió en fugarse con él. Entonces llegó el efecto supremo del drama. Rodrigo sacó una escala de cuerda de cinco escalones, le echó un extremo y la invitó a descender. Tímidamente se deslizó de la reja, puso la mano sobre el hombro de Rodrigo, y estaba por saltar graciosamente cuando, ¡pobre Zara!, se olvidó de la cola de su falda. Esta se enganchó en la ventana; la torre tembló, doblándose hacia adelante, y cayó con estrépito, sepultando a los infelices amantes entre las ruinas.

Un grito unánime se alzó cuando las botas amarillas salieron de entre las ruinas, agitándose furiosamente, y una cabeza rubia surgió, exclamando: “¡Ya te lo decía yo!” «¡Ya te lo decía yo!” Con admirable presencia de ánimo, don Pedro, el padre cruel, se precipitó para sacar a su hija de entre las ruinas, con un aparte vivo: «¡No se rían, sigan como si tal cosa!»; y ordenando a Rodrigo que se levantara, lo desterró del reino con enojo y desprecio. Aunque visiblemente trastornado por la caída de la torre, Rodrigo desafió al anciano caballero, y se negó a marcharse. Este ejemplo audaz animó a Zara; ella también desafió a su padre, que los mandó encerrar en los calabozos más profundos del castillo. Un escudero pequeño y regordete entró con cadenas y se los llevó, dando señales de no poco susto y olvidándose de recitar su papel.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

El acto tercero se desarrollaba en la sala del castillo, y aquí reapareció Hagar, que venía a librar a los amantes y matar a Hugo. Le oye venir y se esconde; le ve echar las pociones en dos vasos de vino, y mandar al tímido criado que los lleve a los presos. Mientras el criado dice algo a Hugo, Hagar cambia los vasos por otros sin veneno. Fernando, el criado, se los lleva, y Hagar vuelve a poner en la mesa el vaso envenenado. Hugo, con sed, después de una canción larga, lo bebe; pierde la cabeza, y tras muchas convulsiones y pataleos, cae al suelo y muere, mientras Hagar, en una canción dramática y melodiosa, le dice lo que ha hecho.

Esta escena fue verdaderamente sensacional, aunque espectadores más exigentes la hubieran considerado deslucida, al ver que al villano se le desataba una abundante cabellera en el momento de dar con su cuerpo en tierra.

En el cuarto acto apareció Rodrigo desesperado, a punto de darse una puñalada, porque alguien le había dicho que Zara lo había abandonado.

Cuando el puñal estaba a punto de penetrar en su corazón, se oyó debajo de su ventana una canción encantadora, que le decía que Zara permanecía fiel, pero que estaba en peligro y que él podía salvarla si quería. Le echan una llave al calabozo, la cual abre la puerta, y loco de alegría arroja sus cadenas y sale precipitadamente para buscar y librar a su amada.

El quinto acto empieza con borrascosa escena entre Zara y don Pedro. Desea el padre que su hija se meta a monja, pero ella se niega, y después de una súplica conmovedora, está a punto de desmayarse, cuando entra Rodrigo precipitadamente, pidiendo su mano. Don Pedro se la niega porque no es rico. Gritan y gesticulan terriblemente, y Rodrigo se dispone a llevarse a Zara, que ha caído extenuada en sus brazos, cuando entra el criado tímido con una carta y un paquete de parte de Hagar, que ha desaparecido misteriosamente. La carta dice que la bruja lega riquezas fabulosas a los amantes y un horrible destino a don Pedro si se opone a su felicidad. Se abre el paquete y una lluvia de monedas de lata cubre el suelo. Esto ablanda por completo al severo padre; da su consentimiento sin chistar, todos se juntan en coro alegre y cae el telón, mientras los amantes, muy felices y agradecidos, se arrodillan para recibir la bendición de don Pedro.

Calurosos aplausos, inesperadamente reprimidos; la cama plegadiza, sobre la cual estaba construido el palco, se cerró súbitamente atrapando debajo a los entusiasmados espectadores. Rodrigo y don Pedro acudieron presurosos a libertarlos, y sacaron a todos sin daño, aunque muchos no podían hablar de tanto reírse.

Apenas se había calmado la agitación, cuando apareció Hanna, diciendo que la señora March rogaba a las señoritas que bajasen a cenar.

Cuando vieron la mesa, todas se miraron alegremente asombradas.

Era de esperar que su madre les diera una pequeña fiesta, pero cosa tan magnífica como aquélla no se había visto desde los pasados tiempos de abundancia. Había mantecados de dos clases, de color rosa y blanco, y pastelillos, frutas y dulces franceses muy ricos, y, en medio de la mesa, cuatro ramos de flores de invernadero.

La sorpresa las dejó mudas; miraban estupefactas a la mesa, y después a su madre, que parecía disfrutar muchísimo del espectáculo.

-¿Lo han hecho las hadas? -preguntó Amy.

-Ha sido San Nicolás -dijo Beth.

-Mamá lo hizo -repuso Meg, sonriendo dulcemente, a pesar de la barba cana que todavía llevaba puesta.

-La tía March tuvo una corazonada y ha enviado la cena -gritó Jo, con inspiración súbita.

-Todas se equivocan; el viejo señor Laurence lo envió -respondió la señora March.

-¿El abuelo de ese muchacho Laurence? ¿Cómo se le habrá ocurrido tal cosa? ¡Si no lo conocemos! -exclamó Meg.

-Hanna contó a uno de sus criados lo que hicieron con su desayuno; es un señor excéntrico, pero eso le gustó. Conoció a mi padre hace muchos años, y esta tarde me envió una carta muy amable para decir que esperaba que le permitiese expresar sus sentimientos amistosos hacia mis niñas, enviándoles unas pequeñeces, con motivo de la festividad del día. No podía rehusar, y es así como tienen esta noche una pequeña fiesta para compensarlas del desayuno de pan y leche.

-Ese muchacho ha puesto la idea en la cabeza de su abuelo; estoy segura de esto. Es muy simpático, y me gustaría que nos tratáramos. Parece que quisiera tratarnos; pero es tímido; y Meg es tan correcta, que no me permite hablar con él cuando nos encontramos -dijo Jo, mientras circulaban los platos y los helados empezaban a desaparecer entre un coro de exclamaciones alegres.

-¿Quieres decir la gente que vive en la casa grande de al lado? -preguntó una de las chicas-. Mi madre conoce al señor Laurence, pero dice que es muy orgulloso y no le gusta mezclarse con sus vecinos. Tiene a su nieto encerrado en casa, cuando no está paseando a caballo o en compañía de su maestro, y lo hace estudiar mucho. Lo invitamos a nuestra fiesta, pero no vino. Mamá dice que es muy amable, aunque no nos habla nunca de las muchachas.

-Nuestro gato se escapó una vez y él lo devolvió, y yo hablé con él por encima de la valla. Nos entendíamos muy bien, hablando del criquet y de cosas por el estilo, pero vio venir a Meg y se marchó. Tengo la intención de hacer amistad algún día, porque necesita diversión, estoy segura -dijo Jo, decididamente.

-Me gustan sus modales y parece un verdadero caballero; de modo que si se presenta ocasión oportuna, no me opongo a que entables amistad con él. El mismo trajo las flores, y lo hubiera invitado a entrar de haber estado segura de lo que estaba ocurriendo arriba. Parecía estar deseoso de quedarse al escuchar risas y juego, que él no tiene, seguramente, en su casa.

-Me alegro de que no lo hicieras, mamá -dijo Jo, riéndose y mirando sus botas-. Pero alguna vez tendremos una función a la cual él pueda venir. Quizá querrá interpretar un papel; ¡qué divertido sería!

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Nunca he tenido un ramillete; ¡qué bonito es! -dijo Meg, examinando sus flores con mucho interés.

-Son preciosas, pero para mí las rosas de Beth son más dulces -dijo la señora March, oliendo el ramillete, medio marchito, que llevaba en su cinturón.

Beth abrazó a su madre y murmuró:

-Me gustaría poder enviar a papá mi ramillete. Temo que él no pase una Navidad tan feliz como nosotras.

CAPÍTULO III

EL BAILE DE AÑO NUEVO

-¡Jo! ¡Jo! ¿Dónde estás? -gritó Meg, al pie de la escalera que conducía a la boardilla.

-Aquí -respondió, desde arriba, una voz algo ronca.

Y corriendo arriba, Meg encontró a su hermana comiendo manzanas y llorando con la lectura de El heredero de los Redclyffe, envuelta en una toquilla y sentada en un viejo sofá de tres patas, al lado de la ventana soleada. Era el refugio preferido de Jo; aquí le gustaba retirarse con media docena de manzanas y un libro interesante, para gozar de la tranquilidad y de la compañía de un ratón querido, que vivía allí y no tenía miedo de ella. Cuando llegó Meg, el amiguito desapareció en su agujero. Jo se limpió las lágrimas y se dispuso a oír las noticias.

-¡Qué gusto! Mira. ¡Una tarjeta de invitación de la señora Gardiner para mañana por la noche! -gritó Meg, agitando el precioso papel que procedió a leer después con juvenil satisfacción:

-»La señora Gardiner se complace en invitar a la señorita Meg y a la señorita Jo a un sencillo baile la noche de Año Nuevo.»

-Mamá quiere que vayamos. ¿Qué nos vamos a poner?

-¿De qué sirve preguntarlo, cuando sabes muy bien que nos pondremos nuestros trajes de muselina de lana, porque no tenemos otros? -dijo Jo, con la boca llena.

-¡Si tuviera un traje de seda! -suspiró Meg-. Mamá dice que quizá pueda hacerme uno cuando tenga dieciocho años; pero dos años es una espera interminable.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Estoy segura de que nuestros trajes parecen de seda y son bastante buenos para nosotras. El tuyo es tan bueno como si fuera nuevo; pero me olvidaba de la quemadura y del rasgón en el mío; ¿qué haré? La quemadura se ve mucho y no puedo estrechar nada la falda.

-Tendrás que estar sentada siempre que puedas y ocultar la espalda; el frente está bien. Tendré una nueva cinta azul para el pelo, y mamá me prestará su prendedor de perlas; mis zapatos nuevos son muy bonitos y mis guantes pueden pasar.

-Los míos están arruinados con manchas de gaseosa, y no puedo comprar otros, de manera que iré sin ellos -dijo Jo, que no se preocupaba mucho por su vestimenta.

-Si no llevas guantes, no voy -gritó Meg, con decisión-. Los guantes son más importantes que cualquier otra cosa; no puedes bailar sin ellos, y si no puedes bailar voy a estar mortificada.

-Me quedaré sentada; a mí no me gustan los bailes de sociedad; no me divierte ir dando vueltas acompasadas; me gusta volar, saltar y brincar.

-No puedes pedir a mamá que te compre otros nuevos; ¡son tan caros y eres tan descuidada!... Dijo cuando estropeaste aquéllos que no te compraría otros este invierno. ¿No puedes arreglarlos de algún modo?

-Puedo tenerlos apretados en la mano, de modo que nadie vea lo manchados que están; es todo lo que puedo hacer. No; ya sé cómo podemos arreglarlo: cada una se pone un guante bueno y lleva en la mano el otro malo; ¿comprendes?

-Tus manos son más grandes que las mías y ensancharías mis guantes -comenzó a decir Meg.

-Entonces iré sin guantes. No me importa lo que diga la gente -gritó Jo, volviendo a tomar el libro.

-Puedes tenerlo, puedes tenerlo, pero no me lo ensucies y condúcete bien; no te pongas las manos a la espalda, ni mires fijamente a nadie; ni digas « ¡Cristóbal Colón!» ¿Sabes?

-No te preocupes por mí; estaré tan tiesa como si me hubiera tragado un molinillo, y no meteré la pata, si puedo evitarlo. Ahora contesta la carta y déjame en paz para acabar esta magnífica historia.

Meg se fue para «aceptar muy agradecida» la invitación, examinar su vestido y planchar su único cuello de encaje, mientras Jo, acabada la historia y las manzanas, jugaba con su ratón.

La noche de Año Nuevo la sala estaba vacía, porque las dos chicas jóvenes servían de doncellas a las dos mayores, que preparaban su indumentaria para el baile. Sencillos como eran los trajes, había mucho que ir y venir, reír y hablar, y por algún tiempo la casa olió a pelo quemado; Meg quería hacerse unos bucles y Jo se encargó de retorcerle con las tenacillas los rizos atados con papeles.

-¿Tienen que oler así? -preguntó Beth desde su asiento sobre la cama.

-Es la humedad que se seca -respondió Jo.

-¡Qué extraño! ¡Huele a plumas quemadas! -observó Amy, arreglando sus propios hermosos bucles con aire de superioridad.

-¡Ahora voy a quitar los papelitos, y verás que bucles! -dijo Jo dejando las tenacillas.

Quitó los papelitos, pero no aparecieron los bucles esperados, porque el pelo se había adherido al papel y lo había arrancado con él.

-¡Oh, oh, oh! ¿Qué has hecho? ¡Me has estropeado el pelo! ¡No puedo ir! ¡Mi pelo! ¡Mi pelo! -exclamó Meg, mirando los rizos desiguales sobre su frente.

-¡Es mi mala pata! No debías haberme pedido que lo hiciera, sabiendo que lo echo a perder todo. Lo siento mucho, pero es que las tenacillas estaban demasiado calientes -suspiró la pobre Jo, mirando con lágrimas de arrepentimiento el flequillo chamuscado.

-Tiene remedio: rízalos y ponte la cinta de manera que los extremos caigan un poquito sobre la frente y estarás a la moda. He visto a muchas chicas así -repuso Amy para consolarla.

-Esto me pasa por querer ponerme hermosa. ¡Ojalá hubiese dejado el pelo en paz! -gritó Meg.

-Eso digo yo. ¡Era tan liso y hermoso! Pero pronto crecerá de nuevo -dijo Beth, corriendo a besar y consolar a la oveja esquilada.

Después de otros contratiempos menos graves, Meg terminó su tocado y, con ayuda de toda la familia, Jo arregló su propio pelo y se puso el vestido. Estaban muy bien con sus sencillos trajes. Meg, de gris plateado con cinta de terciopelo azul, vuelos de encaje y el prendedor de perlas; Jo, de color castaño, con cuello planchado de caballero y unos crisantemos blancos por todo adorno. Cada una se puso un guante bonito y limpio y llevó en la mano otro sucio. Los zapatos de Meg, de tacones altos, le iban muy apretados y la lastimaban, aunque ella no quería reconocerlo; y a Jo le parecía llevar clavadas en la cabeza las diecinueve horquillas que sujetaban su cabellera, pero, ¿qué remedio?; había que ser elegante o morir.

-¡Que se diviertan mucho, queridas mías! -dijo la señora March al verlas salir-. No coman demasiado en la cena y vuelvan a las once, cuando mande a Hanna a buscarlas.

Cuando cerraban la puerta de la verja al salir, una voz les gritó desde la ventana:

-Niñas, ¿llevan los pañuelos bonitos?

-Sí, sí, los llevamos, y el de Meg huele a colonia -gritó Jo, y añadió riéndose:

-Creo que mamá nos preguntaría eso aunque estuviésemos huyendo de un terremoto.

-Es uno de sus gustos aristocráticos, y tiene razón, porque, una verdadera señora se conoce siempre por el calzado limpio, los guantes y el pañuelo -respondió Meg.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Ahora no olvides de mantener el paño malo de tu falda de modo que no se vea, Jo. ¿Está bien mi cinturón? ¿Se me ve mucho el pelo? -dijo Meg, al dejar de contemplarse en el espejo del tocador de la señora Gardiner, después de mirarse largo rato.

-Sé muy bien que me olvidaré de todo. Si me ves hacer algo que esté mal, avísame con un guiño -respondió Jo, arreglándose el cuello y cepillándose rápidamente.

-No, una señora no guiña; arquearé las cejas si haces algo incorrecto, o un movimiento de cabeza si todo va bien. Ahora mantén derechos los hombros y da pasos cortos; no des la mano si te presentan a alguien: no se hace.

-¿Cómo aprendes todas estas reglas? Yo no puedo hacerlo nunca. ¡Qué movida es esa música!

Bajaron la escalera sintiéndose algo tímidas, porque rara vez iban a reuniones de sociedad, y aunque aquella no era muy formal, para ellas constituía un acontecimiento. La señora Gardiner, una señora anciana y majestuosa, las saludó amablemente y las dejó con la mayor de sus seis hijas. Meg conocía a Sallie y pronto perdió su timidez; pero Jo, que no gustaba de la compañía ni de la charla de las muchachas, se quedó recostada contra la pared, tan desorientada como, un potro en un jardín.

En otra parte de la sala, una media docena de muchachos hablaban de patines, y Jo quería unirse a ellos, porque patinar era uno de los placeres de su vida. Telegrafió su deseo a Meg, pero las cejas se arquearon de manera tan alarmante que no se atrevió a moverse. Nadie vino a hablar con ella y poco a poco se fue disolviendo el grupo que tenía más cerca, hasta dejarla sola. No podía ir de un lado a otro con el fin de divertirse, para que no se viera el paño quemado de la falda, de manera que se quedó mirando a la gente con aire de abandono hasta que comenzó el baile. Meg fue invitada inmediatamente, y los zapatos estrechos saltaban tan alegremente que nadie hubiera sospechado lo que hacían sufrir a quien los llevaba puestos. Jo vio a un muchacho alto de pelo rojo, que se acercaba al rincón donde ella estaba, y, temiendo una invitación a bailar, se ocultó detrás de unas cortinas, esperando ver a escondidas desde allí y divertirse en paz. Por desgracia, otra persona tímida había escogido el mismo sitio, porque al dejar caer la cortina tras sí, se encontró cara a cara con Laurence.

-¡Ay de mí!; no sabía que había aquí alguien -balbuceó Jo, disponiéndose a salir tan rápido como entrara.

Pero el chico se rió y dijo de buen humor, aunque parecía algo sorprendido:

-No se preocupe por mí; quédese si quiere. ¿No le estorbaré a usted?

-Ni lo más mínimo; vine aquí porque no conozco a mucha gente, y me sentía molesto, ¿sabe usted?

-Y yo también. No se vaya, por favor, a no ser que lo prefiera.

El chico volvió a sentarse, con la vista baja, hasta que Jo, tratando de ser cortés, dijo:

-Creo que he tenido el placer de verlo antes. Vive usted cerca de nosotros, ¿no es así?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-En la casa próxima a la suya -contestó él, levantando los ojos y riéndose cordialmente, porque la cortesía de Jo le resultaba verdaderamente cómica al recordar cómo habían charlado sobre el criquet cuando él le devolvió el gato.

Eso puso a Jo a sus anchas, y también ella rió al decir muy sinceramente:

-Hemos disfrutado mucho con su regalo de Navidad.

-Mi abuelo lo envió.

-Pero usted le dio la idea de enviarlo. ¡A que sí!

-¿Cómo está su gato, señorita March? -preguntó el chico, tratando de permanecer serio, aunque la alegría le brillaba en los ojos.

-Muy bien, gracias, señor Laurence; pero yo no soy la señorita March, soy simplemente Jo
-respondió la muchacha.

-Ni yo soy señor Laurence, soy Laurie.

-Laurie Laurence. ¡Qué nombre más curioso!

-Mi primer nombre es Teodoro; pero no me gusta, porque los chicos me llaman Dora; así que logré que me llamaran Laurie en lugar del otro.

-Yo también detesto mi nombre; ¡es demasiado romántico! Querría que todos me llamaran “Josefina» en lugar de Jo. ¿Cómo logró usted quitar a los chicos la costumbre de llamarle Dora?

-A palos.

-No puedo darle palos a la tía March, así que supongo que tendré que aguantarme.

-¿No le gusta a usted bailar, señorita Josefina?

-Me gusta bastante si hay mucho espacio y todos se mueven ligero... En un lugar como éste, me expondría a volcar algo, pisarle los pies a alguien o hacer alguna barbaridad; así que evito el peligro y la dejo a Meg que se luzca. ¿No baila usted?

-Algunas veces. He estado en el extranjero muchos años y no llevo aquí el tiempo suficiente para saber cómo se hacen las cosas.

-¡En el extranjero! -exclamó Jo-; ¡hábleme de eso! A mí me gusta mucho oír a la gente describir sus viajes.

Laurie parecía no saber por dónde empezar, pero pronto las preguntas ansiosas de Jo lo orientaron; y le dijo cómo había estado en una escuela en Vevey, donde los chicos no llevaban nunca sombreros y tenían una flota de botes sobre el lago, y para divertirse durante las vacaciones hacían viajes a pie por Suiza en compañía de sus maestros.

-¡Cuánto me gustaría haber estado allá! -exclamó Jo-. ¿Ha ido usted a París?

-Estuvimos allí el invierno pasado.

-¿Sabe usted hablar francés?

-No nos permitían hablar otro idioma en Vevey.

-Diga algo en francés. Puedo leerlo, pero no sé pronunciarlo.

-Quel nom a cette jeune demoiselle en les pantoufles jófies? -dijo Laurie, bondadosamente.

-¡Qué bien lo pronuncia usted! Veamos. Ha dicho: «¿Quién es la señorita de los zapatos bonitos?»; ¿es así?

-Oui, mademoiselle.

-Es mi hermana Meg y usted lo sabía. ¿No le parece que es hermosa?

-Sí, me recuerda a las chicas alemanas; tan fresca y tranquila parece; baila como una señora.

Jo se sonrojó al oír tal elogio de su hermana, y lo guardó en la memoria para repetírselo a Meg. Ambos miraban, criticaban y charlaban, hasta que se encontraron tan a gusto como dos viejos amigos.

Pronto perdió Laurie su timidez, porque la manera varonil de Jo le divertía mucho y le quitaba todo azoramiento, y ella recobró de nuevo su alegría, porque había olvidado el traje y nadie le arqueaba las cejas.

Le gustaba el muchacho Laurence más que nunca, y lo observó un poco para poder describirlo a sus hermanas; no teniendo hermanos y pocos primos, los chicos eran para ella criaturas casi desconocidas.

Pelo negro y rizado, cutis oscuro, ojos grandes y negros, nariz larga, dientes bonitos, las manos y los pies pequeños, tan alto como yo; muy cortés para ser chico y muy burlón. ¿Qué edad tendrá? Jo tenía la pregunta en la punta de la lengua; pero se contuvo a tiempo y, con tacto raro en ella, trató de descubrirlo de una manera indirecta.

-Supongo que pronto irá usted a la Universidad. Ya lo veo machacando en sus libros; quiero decir, estudiando mucho -y Jo se sonrojó por el terrible «machacando» que se le escapara.

Laurie se sonrió y respondió, encogiéndose de hombros:

-Tardaré todavía dos o tres años; no iré antes de cumplir diecisiete.

-¿Pero no tiene usted más que quince años? -preguntó Jo, mirando al chico alto, a quien ella había dado diecisiete.

-Dieciséis el mes que viene.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Cuánto me gustaría ir a la Universidad! Parece que a usted no le gusta.

-La detesto; nada más que trabajar o divertirse; y no me gusta la manera que tienen de hacerlo en este país.

-¿Qué le gusta a usted?

-Vivir en Italia, divertirme a mi modo.

Jo ansiaba preguntarle cuál era su modo; pero Laurie había fruncido las cejas de tal modo, que Jo cambió de asunto, diciendo:

-¡Qué polca magnífica! ¿Por qué no va a bailarla?

-Si viene usted conmigo -respondió él, haciendo una reverencia a la francesa.

-No puedo, porque le he dicho a Meg que no bailaría, porque... -y aquí se detuvo, no sabiendo si decir la verdad o reírse.

-¿Por qué? -preguntó Laurie, interesado vivamente-. ¿No lo dirá usted?

-¡Jamás!

-¿Jamás?

-Bueno, tengo la mala costumbre de ponerme de pie delante del fuego y así quemo mis vestidos, como me sucedió con éste; aunque está bien remendado, se ve un poco, y Meg me aconsejó que no me moviera para que nadie lo vea. Usted puede reírse si quiere; es muy gracioso...

Pero Laurie no se rió; miró al suelo por un minuto y con una expresión que extrañó a Jo, dijo dulcemente:

-No haga caso de eso; yo le diré cómo nos las arreglaremos; allá hay un pasillo grande, donde podemos bailar muy bien sin que nadie nos vea. ¡Hágame el favor de venir!

Jo le dio las gracias y se fue alegremente, deseando mucho tener dos guantes buenos cuando vio los que se ponía su compañero, color perla. El pasillo estaba vacío y bailaron una polca magnífica, porque Laurie bailaba bien y le enseñó el paso alemán, que encantó a Jo, por su balanceo y movimiento. Cuando cesó la música se sentaron sobre las escaleras para respirar, Laurie estaba describiendo una fiesta de estudiantes en Heidelberg cuando apareció Meg en busca de su hermana.

Hizo una seña, y Jo la siguió de mala gana a una salita, donde se sentó sobre un sofá, agarrándose el pie y algo pálida.

-Me he torcido el tobillo. Este estúpido tacón alto se torció y me produjo una torcedura horrible. Me duele tanto, que apenas puedo estar de pie y no sé cómo voy a volver a casa -dijo, estremeciéndose de dolor.

-Ya sabía yo que te lastimarías los pies con esos dichosos zapatos.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Lo siento mucho, pero no sé qué puedes hacer, como no sea tomar un coche o quedarte aquí toda la noche -respondió Jo dulcemente, frotando el pobre tobillo al mismo tiempo.

-No puedo tomar un coche; costaría mucho; además, sería difícil encontrarlo, porque la mayor parte de los invitados han venido en sus propios vehículos; las cocheras están lejos, y no tenemos a nadie a quien enviar.

-Yo iré.

-De ningún modo; son más de las diez y está oscuro como boca de lobo. No puedo quedarme aquí, porque la casa está llena; algunas amigas de Sallie están de visita. Descansaré hasta que venga Hanna, y entonces saldré lo mejor que pueda.

-Se lo diré a Laurie, él irá -dijo Jo, como quien tiene una idea feliz.

-¡No por favor! No pidas nada ni hables a nadie. Búscame mis chanclos y pon estos zapatos con nuestras cosas. No puedo bailar más; pero en cuanto se acabe la cena, espera a Hanna y avísame en cuanto llegue.

-Ahora van a cenar. Me quedaré contigo, lo prefiero.

-No, querida; ve y tráeme un poco de café. Estoy tan cansada que no puedo moverme.

Meg se reclinó con los chanclos bien escondidos, y Jo hizo su camino torpemente al comedor. Dirigiéndose a la mesa, procuró el café, que volcó inmediatamente, poniendo el frente de su vestido tan malo como la espalda.

-¡Ay de mí! ¡Qué atolondrada soy! -exclamó Jo, estropeando el guante de Meg al frotar con él la mancha del vestido.

-¿Puedo ayudarla? -dijo una voz amistosa. Era Laurie, con una taza llena en una mano y un plato de helado en la otra.

-Trataba de buscar algo para Meg, que está muy cansada; alguien me hizo tropezar, y aquí estoy hecha una calamidad -respondió Jo, echando una mirada desde la falda manchada al guante teñido de café.

-¡Qué lástima! Yo buscaba a alguien para darle esto. ¿Puedo llevárselo a su hermana?

-¡Muchas gracias! Lo guiaré a donde está. No me ofrezco a llevarlo yo misma, porque temo hacer otro desastre.

Jo fue adelante, y como si estuviera muy acostumbrado a servir a las señoras, Laurie acercó una mesita, trajo helado y café para Jo, y estuvo tan cortés, que hasta la exigente Meg lo calificó de «muchacho muy simpático».

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Pasaron un buen rato con los caramelos, que tenían preguntas y respuestas, y estaban en medio de un juego tranquilo de «Susurro», con dos o tres jóvenes que se habían unido a ellos, cuando apareció Hanna.

Meg, olvidando su pie, se levantó tan rápidamente que tuvo que agarrarse de Jo, lanzando un quejido.

-¡Silencio! ¡No digas nada! -susurró, añadiendo en voz alta-. No es nada, me torcí un poco el pie, nada más -y bajó las escaleras cojeando para ponerse el abrigo. Hanna protestaba, Meg lloraba y Jo estaba desesperada, hasta que decidió tomar a su cargo las cosas. Corrió abajo, y al primer criado que encontró le preguntó si podía buscarle un coche. Resultó ser un camarero nuevo, que no conocía la vecindad, y Jo estaba buscando ayuda por otro lado, cuando Laurie, que había oído lo que decía, vino a ofrecer el coche de su abuelo, que acababa de venir por él.

-Es demasiado temprano y usted no querrá irse todavía -comenzó

Jo, aliviada en su ansiedad, pero vacilando en aceptar la oferta.

-Siempre me voy temprano... ¡de veras! Permítame que las lleve a su casa; paso por allá, como usted sabe, y me han dicho que está lloviendo.

Eso la decidió; diciéndole lo que le había ocurrido a Meg, Jo aceptó agradecida y subió corriendo a buscar el resto de la compañía.

Hanna detestaba la lluvia tanto como un gato, así que no se opuso, y se fueron en el lujoso carruaje, sintiéndose muy alegres y elegantes.

Laurie subió al pescante, para que Meg pudiese descansar el pie en el asiento, y las chicas hablaron del baile a su gusto.

-Me he divertido mucho; ¿y tú? -preguntó Jo, desarreglando su cabello y sentándose cómodamente.

-Sí, hasta que me torcí el pie. La amiga de Sallie, Anna Moffat, simpatizó conmigo y me invitó a pasar una semana en su casa cuando vaya Sallie; Sallie irá durante la primavera, en la temporada de ópera, y será magnífico, si mamá me permite ir -respondió Meg, animándose al pensarlo.

-Te vi bailar con el hombre rubio, del cual me escapé; ¿era simpático?

-Mucho. Tiene el cabello color castaño, no rubio; estuvo muy cortés, y bailé una redoval deliciosa con él.

-Parecía un saltamontes cuando bailaba el paso nuevo. Laurie y yo no podíamos contener la risa. ¿Nos oíste?

-No, pero fue algo muy descortés. ¿Qué hacían escondidos allí tanto tiempo?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Jo contó su aventura, y cuando terminó estaban ya a la puerta de la casa. Después de dar a Laurie las gracias por su amabilidad, se despidieron y entraron a hurtadillas, con la esperanza de no despertar a nadie; pero apenas crujió la puerta de su dormitorio, dos gorritos de dormir aparecieron y dos voces adormiladas, pero ansiosas, gritaron:

-¡Cuenten del baile! ¡Cuenten del baile!

Con lo que Meg describía como «gran falta de buenos modales», Jo había guardado algunos dulces para las hermanitas, y pronto se callaron después de oír lo más interesante del baile.

-No parece sino que soy una verdadera señora, volviendo a casa en coche y sentándome en peinador con una doncella que me sirva -dijo Meg, mientras Jo le frotaba el pie con árnica y le cepillaba el cabello.

-No creo que las señoritas ricas disfruten más que nosotras, a pesar de nuestros ricitos quemados, de nuestros trajes viejos, guantes de tapadillo y zapatos estrechos que nos hacen pasarlas moradas cuando cometemos la tontería de ponérmolos.

Y creo que Jo tenía razón.

CAPÍTULO IV

CARGAS

-¡Ay de mí! ¡Qué difícil se hace tomar las bolsas y echar a andar! -suspiró Meg la mañana después del baile. Habían terminado las vacaciones, y una semana de diversión no resultaba lo más adecuado para continuar el trabajo, que nunca le había gustado.

-Me gustaría que fuese Navidad o Año Nuevo siempre. ¡Qué divertido! -respondió Jo, bostezando tristemente.

-No nos divertiríamos ni la mitad que ahora. Pero parece tan agradable tener cenas especiales y recibir ramilletes, ir a bailes, volver a casa en coche, y leer y descansar, y no trabajar. Es vivir como la gente rica, y siempre envidio a las chicas que lo pueden hacer; ¡me gusta tanto el lujo! -dijo Meg, tratando de decidir entre dos trajes gastados cuál era el menos deslucido.

-Bueno, no podemos tenerlo; así que de nada vale quejarse; echemos al hombro la carga y andemos tan alegremente como mamá. Estoy segura de que la tía March es un fardo del cual uno no puede deshacerse, pero supongo que cuando haya aprendido a llevarlo sin quejarme se me caerá de los hombros, o se hará tan ligero que no me molestará.

Esta comparación hizo tanta gracia a Jo, que la puso de buen humor; Meg no se animó, porque su carga consistía en cuatro niños mimados y le parecía más pesada que nunca. No tenía gusto ni para arreglarse, como de costumbre.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¿De qué sirve estar bien, cuando nadie me ve, fuera de esos chiquillos, y a nadie le importa que sea bonita o fea? -murmuró, cerrando de golpe el cajón de la cómoda-. Tendré que trabajar y trabajar toda mi vida, con unos ratitos de diversión de vez en cuando, y hacerme vieja; fea y agria, porque soy pobre y no puedo gozar de la vida como otras muchachas. ¡Qué desgracia!

Con este ánimo bajó Meg a desayunarse, con cara lastimera y un humor de perros. Todas parecían disgustadas y dispuestas a quejarse.

Beth tenía dolor de cabeza, estaba echada en el sofá, tratando de consolarse con la gata y los tres gatitos; Amy estaba inquieta porque no había aprendido sus lecciones y no podía encontrar sus chanclos; Jo no dejaba de silbar y hacía mucho ruido preparándose; la señora March estaba muy ocupada, terminando una carta que debía salir inmediatamente, y Hanna estaba gruñona por haberse acostado tan tarde la noche pasada.

-¡Nunca hubo familia tan malhumorada! -gritó Jo, perdiendo la paciencia, cuando ya había volcado el tintero, roto los cordones de sus botas y aplastado su sombrero, sentándose encima de él.

-Y tú la más malhumorada de todas -respondió Amy, borrando la suma, equivocada, con las lágrimas que habían caído sobre su pizarra.

-Beth, si no encierras a estos horribles gatos en la bodega, los haré ahogar -exclamó Meg, muy irritada, al tratar de deshacerse de los gatitos que se le habían subido a los hombros.

Jo se reía, Meg regañaba, Beth imploraba y Amy lloraba, porque no podía acordarse de cuánto era nueve por doce.

-¡Niñas, niñas! Cállense un minuto. Tengo que enviar esta carta por el primer correo y me confunden con tanto ruido -gritó la señora March.

Hubo un momento de silencio, interrumpido por Hanna, que entró precipitadamente, puso dos pastelillos calientes sobre la mesa y salió de nuevo. Estos pastelillos eran una institución; las chicas los llamaban «manguitos», y habían descubierto que los pastelillos calientes venían muy bien en las mañanas frías. Nunca se olvidaba Hanna de hacerlos, por ocupada o gruñona que estuviera, porque las pobrecitas tenían que andar mucho, no tomaban otra cosa para almorzar y rara vez volvían a casa antes de las tres.

-Que mimes a tus gatos y que se te quite el dolor de cabeza, Beth. Adiós, mamá; somos una cuadrilla de vagas esta mañana, pero volveremos hechas unos verdaderos ángeles. Vamos Meg -y Jo echó a andar con la idea de que los peregrinos no salían como era debido.

Siempre miraban hacia atrás antes de volver la esquina, porque su madre estaba siempre en la ventana para decirles adiós con la mano, sonriendo. Parecía como si no pudieran cumplir sus deberes diarios sin aquella despedida que les hacía el efecto de un rayo de sol.

-Si mamá nos amenazara con el puño en lugar de echarnos besos, nos estaría bien empleado, porque jamás se han visto vagas más ingratas que nosotras -gritó Jo, que tomaba como saludable penitencia el camino cubierto de lodo y el viento agudo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-No uses palabras tan vulgares.

-Me gustan las palabras fuertes con algún sentido.

-Llámate lo que quieras; pero yo no me tengo por vaga ni permito que me lo digan.

-Tú eres una calamidad; estás de un humor de perros porque no puedes sentarte en medio del lujo todo el tiempo. ¡Pobrecita! Espera hasta que yo haga fortuna y gozarás de coches, helados, zapatos de tacones altos, ramilletes y mozos rubios que bailen contigo.

-¡Qué ridícula eres, Jo! -dijo Meg, riéndose, sin embargo, de aquellas tonterías.

-Suerte que tienes de que lo sea; si yo adoptara esos aires de aflicción y desmayo que tú empleas, estábamos listas. Gracias a Dios, siempre puedo encontrar algo gracioso para darme ánimo. No te quejes más y vuelve a casa alegre.

Jo dio a su hermana un golpecito en la espalda cuando se separaban para seguir cada una su camino, llevando un pastelillo caliente en la mano y tratando de estar alegre a pesar del tiempo invernal, del trabajo duro y de sus juveniles deseos no realizados.

Cuando el señor March perdió su dinero, tratando de ayudar a un amigo, las dos chicas mayores rogaron se les permitiera hacer algo por su propio sostén a lo menos. Creyendo que nunca es demasiado pronto para cultivar energía, laboriosidad e independencia, sus padres consintieron, y ambas se pusieron a trabajar con la buena voluntad que triunfa de todos los obstáculos.

Meg encontró empleo como institutriz, y se sintió rica con su sueldo pequeño. Como ella decía, «le gustaba el lujo», y su mayor pena era ser pobre. Lo encontraba más duro de soportar que las otras, porque podía recordar un tiempo en que la casa había sido bella, la vida holgada y agradable y nada les había faltado. Procuraba no sentir envidia ni descontento, pero era natural que la muchacha deseara cosas bonitas, amigas alegres, inteligentes y una vida feliz. En casa de los King veía todos los días lo que deseaba tanto, porque las hermanas mayores de los niños acababan de entrar en sociedad, y muy a menudo veía Meg visiones de trajes de baile, y ramilletes, oía charlas animadas acerca de teatros y conciertos, partidas de trineo y toda clase de diversiones, y también veía gastar dinero en bagatelas, un dinero que para ella hubiera sido de mucha utilidad. La pobre Meg se quejaba poco, pero a veces cierto sentido de injusticia la hacía sentirse agria hacia todo el mundo, porque todavía no había aprendido lo rica que era en aquellas bendiciones que realmente pueden hacer feliz la vida.

Jo le convenía a la tía March, que era renga y necesitaba una persona activa para cuidarla. La anciana señora, sin hijos, se había ofrecido a adoptar una de las chicas cuando vinieron las dificultades, y se enojó porque los padres rehusaran su oferta. Otros amigos dijeron a la familia March, que habían perdido toda ocasión de ser recordados en el testamento de la rica anciana, pero los poco mundanos March dijeron:

-No podemos renunciar a nuestras chicas ni por doce fortunas. Ricos o pobres, viviremos juntos, y seremos felices todos juntos.

Por algún tiempo la señora anciana no quiso tratarse con ellos; pero encontrándose en una ocasión con Jo en casa de una amiga, algo en su cara cómica y en sus maneras toscas la impresionó favorablemente, y propuso tomarla como señorita de compañía. Esto no le gustaba a Jo en lo más mínimo, pero aceptó la colocación a falta de otra mejor, y, con gran sorpresa de todo el mundo, se llevó muy bien con su irascible parienta. De vez en cuando había una borrasca, y una vez Jo llegó a irse a su casa, diciendo que no podía soportar más; pero la tía March se calmó pronto e insistió tanto en que Jo volviese, que ella no pudo rehusar, porque había algo amable en la vieja señora, a pesar de todo.

Sospecho que la verdadera atracción era una biblioteca grande de hermosos libros viejos, abandonados al polvo y a las arañas desde la muerte del tío March. Jo se acordaba de aquel señor, viejo y bondadoso, que le permitía construir ferrocarriles y puentes con sus diccionarios grandes, le contaba historias referentes a las ilustraciones curiosas en sus libros latinos y le compraba caramelos cuando la encontraba en la calle. El cuarto, oscuro y cubierto de polvo, con los bustos, que parecían encararla desde los altos armarios, las butacas, las esferas y sobre todo, el sinfín de libros entre los cuales podía escoger a su gusto, hacían de la biblioteca un verdadero paraíso para ella.

Tan pronto como la tía March se echaba a dormir la siesta, Jo se dirigía corriendo a su refugio y, sentada en la butaca grande, devoraba poesía, novela, historia, viajes y cuadros como un ratón de biblioteca.

Pero como no hay felicidad duradera en este mundo, en el preciso momento en que llegaba al corazón de la historia, al verso más dulce del poema o a la aventura más peligrosa de un explorador, una voz chillona gritaba: “¡Jo! ¡Jo!” y tenía que dejar su paraíso para devanar hilo, lavar el perro o leer las obras de Belsham durante horas.

La ambición de Jo era hacer algo magnífico; qué fuera, ella no lo sabía, pero dejaba al tiempo el descubrirse, y entretanto su aflicción más grande era no poder leer, correr y montar a caballo tanto como quisiera. Siendo viva como una pimienta, teniendo una lengua aguda y un espíritu inquieto, su vida estaba llena de altibajos, cómicos y patéticos a la vez. Pero la disciplina que encontró en casa de la tía March era precisamente la que necesitaba; el pensamiento de que trabajaba para ganarse su vida, aunque ganara poco, la hacía feliz a pesar de los continuos “¡Jo!”.

Beth era demasiado tímida para ir a la escuela; lo había intentado, pero sufría tanto que había abandonado la idea, y estudiaba sus lecciones en casa con su padre. Aun después que se fue, y cuando su madre tenía que dedicar todo su esfuerzo a las sociedades para la ayuda a los soldados, Beth continuó estudiando fielmente sola, haciendo lo mejor que podía. Era muy hogareña, y ayudaba a Hanna a tener la casa limpia y cómoda para las trabajadoras, sin esperar más recompensa que la del cariño de los suyos. Pasaba días largos y tranquilos, pero no solitaria ni ociosa, porque su pequeño mundo estaba poblado de amigos imaginarios y ella era por temperamento una abeja industriosa. Tenía seis muñecas que levantar y vestir cada mañana, porque Beth era todavía niña y quería a sus favoritas tanto como antes. No había ninguna perfecta y bella entre ellas; todas habían sido desechadas cuando ella las prohibió; cuando sus hermanas fueron demasiado mayores

para tales ídolos, pasaron a ella, pues Amy no quería tener nada que fuera viejo o feo. Beth las cuidaba con más cariño, por lo mismo, y construyó un hospital para muñecas enfermas. Nunca clavaba alfileres en sus corazones de algodón, ni les hablaba severamente, ni les daba golpes; aun la más fea no podía quejarse de descuido; daba de comer, vestía, cuidaba y acariciaba a todas con cariño incansable. Un fragmento de muñeca abandonada había pertenecido a Jo, y después de una vida tempestuosa había quedado abandonada en el saco de trapos, de cuyo triste hospicio Beth la rescató llevándola a su asilo. Como le faltaba la parte superior de la cabeza, le puso un gorro bonito y, como no tenía brazos ni piernas, escondió estas imperfecciones envolviéndola en una manta y dándole la mejor cama, como a enferma crónica. El cuidado que daba a esta muñeca era conmovedor, aunque provocara sonrisas. Le traía flores, le leía cuentos, la sacaba a respirar el aire, la arrullaba con canciones de cuna y nunca se acostaba sin besar su cara sucia y susurrar cariñosamente: “¡Qué pases una buena noche, pobrecita!”.

Tenía Beth sus penas como las demás; y no siendo un ángel, sino una muchacha muy viva, a menudo tenía su «llantito», como decía Jo, porque no podía tomar lecciones de música y tener un piano bueno.

Amaba la música, trataba de aprender con mucha aplicación y tocaba con tanta paciencia el desafinado y viejo instrumento, que parecía que alguien (sin que esto fuera alusión a la tía March) debería ayudarle.

Pero nadie lo hizo y nadie vio a Beth limpiar, las lágrimas que caían sobre las amarillentas teclas cuando estaba sola. Mientras trabajaba cantaba como una alondra; nunca estaba demasiado cansada para tocar el piano con el objeto de distraer a su madre o a las chicas, y día tras día se decía a sí misma, llena de esperanza: «Yo sé que obtendré mi música alguna vez si soy buena».

En el mundo hay muchísimas Beth, tímidas y tranquilas, sentadas en rincones hasta que alguien las necesita y que viven para los demás tan alegremente, que nadie se da cuenta de los sacrificios que hacen hasta que el grillo del hogar cesa de chirriar y desaparece el dulce rayo de sol, dejando atrás silencio y sombra.

Si alguien hubiera preguntado a Amy cuál era la pena más grande de su vida, hubiera respondido en seguida: «mi nariz». Cuando era muy pequeña, Jo la había dejado caer en el cajón del carbón, y Amy insistía que la caída había arruinado para siempre su nariz. Le había quedado algo chata, y por más que se la estiraba no podía darle una punta aristocrática.

Nadie hacía caso de eso fuera de ella, y la nariz hacía por su parte todo lo posible por crecer, pero Amy lamentaba la falta de una nariz griega y dibujaba horas enteras narices bellas para consolarse.

“El pequeño Rafael”, como la llamaban sus hermanas, tenía verdadero talento para dibujar, y nunca era tan feliz como cuando copiaba flores, diseñaba hadas o ilustraba cuentos. Sus maestros se quejaban de que en lugar de hacer sus cálculos cubría de animalitos su pizarra; las páginas blancas de su atlas estaban llenas de copias de mapas y de sus libros salían volando, en los momentos menos oportunos, caricaturas sumamente cómicas. Estudiaba sus lecciones tan bien como era posible, y su buen comportamiento la libraba de muchas reprensiones. Sus compañeros la querían

mucho por su buen carácter y por el arte que tenía de agradar sin dificultad; sus aires, sus gracias, eran muy admirados, y su talento también; porque, además de dibujar, podía tocar doce tonadas, hacer ganchillo y leer el francés sin pronunciar mal más que las dos terceras partes de las palabras. Tenía una lúgubre manera de decir: «cuando papá era rico hacíamos tal o cual cosa», que conmovía a cualquiera, y las chicas consideraban sus palabras escogidas como muy elegantes.

Amy estaba en buen camino de ser echada a perder por los mimos; todo el mundo la acariciaba, y sus pequeñas vanidades y su egoísmo crecían a buen paso. Pero algo atenuaba su vanidad: tenía que usar los vestidos de su prima. La madre de Florence tenía pésimo gusto, y Amy sufría mucho al tener que llevar un sombrero rojo en lugar de uno azul, trajes que no le iban bien y delantales chillones. Todo era de buena calidad, bien hecho y poco usado; pero ese invierno los ojos artísticos de Amy sufrían lo indecible con un vestido morado oscuro de lunares amarillos.

-Mi único consuelo -dijo a Meg, con los ojos llenos de lágrimas- es que mamá no hace pliegues en mis trajes cada vez que soy mala, como hace la madre de María Parks. Hija, es verdaderamente terrible, porque algunas veces se porta tan mal, que el vestido no llega a las rodillas y no puede venir a la escuela. Cuando pienso en esta degradación, creo que puedo soportar hasta mi nariz chata y el vestido morado con lunares amarillos.

Meg era la confidente y consejera de Amy, y por cierta atracción extraña de los caracteres opuestos, Jo lo era para la dulce Beth. Solamente a Jo contaba la tímida niña sus pensamientos, y sobre su hermana grandota y atolondrada ejercía Beth, sin saberlo, más influencia que ninguna otra persona de la familia. Las dos chicas mayores eran muy amigas, pero ambas habían tomado una de las pequeñas bajo su cuidado, y las protegían cada una a su manera; era lo que llamaban «jugar a las mamás».

-¿Tiene alguna de ustedes algo que contar? He pasado un día triste y estoy verdaderamente ansiosa de alguna diversión -dijo Meg mientras estaban sentadas cosiendo aquella noche.

-Me pasó una cosa curiosa con la tía hoy, pero como salí con la mía se las voy a contar -dijo Jo, que se complacía mucho en contar incidentes-. Estaba leyendo el interminable Belsham y moscardoneando, como suelo, porque así se duerme la tía, y entonces saco algún libro interesante, y leo ávidamente hasta que se despierta. Pero esta vez me entró a mí el sueño, y antes de que ella hubiera dado la primera cabezada se me escapó un bostezo tal, que ella me preguntó qué quería decir abriendo la boca lo bastante para tragarme el libro entero. “¡Ojalá pudiera hacerlo y acabar con él de una vez!”, dije, tratando de no ser impertinente. Entonces me echó un largo sermón sobre mis pecados, y me dijo que reflexionara sobre ellos mientras ella descabezaba un sueño. Siempre tarda bastante en esta operación; de modo que tan pronto como su gorro comenzó a cabecear como una dalia demasiado pesada, saqué de mi bolsillo El vicario de Wakefield y me puse a leerlo con un ojo en el libro y otro en la tía. Había llegado al punto donde todos caen al agua, cuando me olvidé de todo y solté una carcajada. La tía se despertó, y de mejor humor después de una siesta, me dijo que leyese un poco para ver qué obra tan ligera prefería yo al digno e instructivo Belsham. Leí lo mejor posible, y le gustó, porque solamente dijo: “No entiendo jota de todo eso; comienza desde el principio, niña”. Al comienzo fui procurando hacer los primeros capítulos tan interesantes

como podía. Una vez tuve la picardía de pararme en un punto lleno de interés y decir tímidamente: «Temo que la fatigue, señora; ¿no desea que lo deje?». Ella tomó la calceta; que se le había caído de las manos, y mirándome severamente a través de las gafas, dijo con su modo brusco: “Acabe usted el capítulo y no sea impertinente, señorita”.

-¿Reconoció que le gustaba? -preguntó Meg.

-¡No, hija, no! Pero dejó descansar el viejo Belsham; y cuando volví para buscar mis guantes esta tarde, allá estaba tan absorta con El vicario de Wakefield, que no me oyó reír, mientras yo bailaba de gusto en el vestíbulo al pensar en el buen tiempo futuro. ¡Qué vida tan agradable podría pasarse si quisiera! No la envidio a pesar de su dinero, porque, después de todo, los ricos tienen tantas penas como los pobres, creo yo -contestó Jo.

-Eso me recuerda -dijo Meg- que tengo algo que contar. No es gracioso como el incidente de Jo, pero me dio mucho que pensar mientras volvía. Hoy en casa de los King todos estaban alborotados y una de las niñas dijo que su hermano mayor había hecho algo malo y que su padre lo había echado de casa. Oía a la señora King llorar y al señor King hablar fuerte, y Grace y Ellen volvieron las caras cuando pasaron junto a mí, para que no viera sus ojos enrojecidos. Naturalmente, no pregunté nada, pero me daba lástima de ellos y estaba contenta de no tener hermanos rebeldes que hicieran cosas malas y deshonraran a la familia.

-Creo que estar deshonrando en la escuela es mucho peor que cualquier cosa que pueden hacer chicos malos -dijo Amy, moviendo la cabeza, como si ella tuviese larga experiencia de la vida-. Hoy vino Susie Perkins a la escuela con una sortija de cornerina roja muy hermosa; me encantaba tanto, que deseaba de todo corazón que fuese mía. Bueno, dibujó ella una caricatura del señor Davis, con una nariz monstruosa, joroba y las palabras: “¡Señoritas, que las estoy viendo!”; saliendo de su boca dentro de un globo. Estábamos riéndonos del dibujo cuando súbitamente el profesor nos vio de veras y mandó a Susie que llevase su pizarra. Estaba paralizada de terror, pero fue. ¿Y qué piensan que hizo él? ¡La tomó por la oreja, imaginen, por la oreja!, la condujo a la tribuna y la hizo estar de pie durante media hora, teniendo la pizarra de manera que todo el mundo la pudiera ver.

-¿No se rieron las chicas cuando vieron la caricatura? -preguntó Jo, que encontraba divertidísimo el conflicto.

-¿Reír?, ni una; se quedaron tranquilas como ratoncitos, y Susie lloró a mares, lo sé. No la envidiaba entonces, porque pensaba que millones de sortijas de cornerinas no hubieran podido hacerme feliz después de eso. Nunca hubiera podido recobrar ánimo después de tal mortificación -y Amy continuó su trabajo, orgullosa de su virtud y de haber hecho un párrafo tan bien construido.

-Esta mañana vi una cosa que me gustó mucho, y tenía la intención de contarla a la hora de la comida, pero lo olvidé -dijo Beth, mientras ponía en orden el cesto de Jo-. Cuando fui a comprar almejas, el viejo señor Laurence estaba en la pescadería, pero no me vio, porque yo me quedé quieta detrás de un barril y él estaba ocupado con el pescadero, señor Cutter. Una mujer pobre entró con un balde y una escoba, y preguntó si le permitía hacer alguna limpieza a cambio de un poco de pescado, porque no tenía nada que dar de comer a sus niños y no había encontrado trabajo

para el día. El señor Cutter estaba muy ocupado, y dijo que no de mal humor; ya se iba ella con aire de tristeza y de hambre, cuando el señor Laurence enganchó un pescado grande con la punta encorvada de su bastón y se lo dio. Estaba ella tan contenta y sorprendida, que abrazó el pescado y no se cansaba de dar las gracias al señor Laurence. «¡Ande, ande, vaya a guisarlo!», le dijo él, y ella se marchó más alegre que unas castañuelas. Qué buena acción fue, ¿verdad? ¡Qué gracioso era verla abrazando el pescado y diciéndole al señor Laurence que Dios le diera la gloria!

Cuando terminaron de reír de la historia de Beth, pidieron a la madre que contase otra, y, después de pensar un momento, dijo ella gravemente:

-Hoy, mientras cortaba chaquetas de franela en la sala, me sentía muy ansiosa por papá, y pensaba qué solas y desamparadas quedaríamos si le ocurriese algo malo. No hacía bien al preocuparme tanto, pero no podía evitarlo, hasta que vino un viejo a hacer un pedido. Se sentó a mi lado y me puse a hablar con él, porque parecía pobre, cansado y ansioso. “¿Tiene usted hijos en la guerra?”, le pregunté. «Sí, señora; tenía cuatro, pero dos han muerto, otro está prisionero y ahora voy para ver al otro, que está enfermo en un hospital de Washington», contestó sencillamente. «Ha hecho usted mucho por su patria, señor», le dije, sintiendo hacía él respeto en lugar de compasión. «Ni un pedacito más de lo que debía, señora. Iría yo mismo si pudiera servir de algo; como no puedo, doy mis hijos y los doy de buena voluntad.» Hablaba con tan buen ánimo, parecía tan sincero y tan contento de dar toda su riqueza, que me sentí avergonzada. Yo había dado un hombre, y lo consideraba demasiado, mientras que él había dado cuatro sin escatimarlos; yo tenía todas mis hijas para consolarme en casa y su último hijo lo esperaba, separado por larga distancia, quizá para decirle “adiós” para siempre. Me sentí tan feliz y rica pensando en mi fortuna, que le hice un buen paquete, le di algún dinero y le agradecí la lección que me había dado.

-Cuéntanos otra historia, mamá; una historia con moraleja, como ésta. Me gusta pensar en ellas después, si son verdaderas y no muy pedagógicas -dijo Jo, después de un corto silencio. La señora March sonrió y comenzó enseguida, porque había contado historias a aquel auditorio durante muchos años y sabía cómo complacerlo.

-Había una vez cuatro chicas que tenían lo bastante para comer y vestirse, no pocas comodidades y placeres, buenos amigos, benévolo padres que las amaban tiernamente y todavía no estaban contentas. (Al llegar aquí, las oyentes se miraron a hurtadillas y se pusieron a coser diligentemente). Estas chicas deseaban ser buenas y tomaron excelentes resoluciones; pero por una cosa o por otra, no lograban cumplirlas muy bien, y con frecuencia decían: “¡Si tuviéramos tal o cual cosa!” o «¡si pudiéramos hacer esto o aquello!», olvidando completamente cuánto tenían ya y cuántas cosas agradables podían ya hacer. Fueron y preguntaron a una vieja qué métodos podrían usar para ser felices, y ella les dijo: “Cuando se sientan descontentas, piensen en lo que poseen y estén agradecidas.» (Aquí Jo levantó la cabeza, como si fuera a hablar, pero no lo hizo, al notar que la historia no había terminado). Como eran chicas razonables, decidieron seguir el consejo, y quedaron sorprendidas al ver lo ricas que eran. Una descubrió que el dinero no podía evitar que la vergüenza y la tristeza entraran en las casas de los ricos; otra, que, aunque pobre, era mucho más feliz con su juventud, salud y buen humor, que cierta señora, vieja y descontentadiza, que no sabía gozar de sus comodidades; una tercera, que desagradable como era trabajar en la cocina, era más

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

desagradable tener que pedirlo como una limosna, y la cuarta, que las sortijas de cornalina no eran tan valiosas como la buena conducta. Así, convinieron en dejar de quejarse, gozar de lo que ya tenían y tratar de merecerlo, no fuera que lo perdiesen, en vez de que aumentara; y creo que nunca se arrepintieron de haber seguido el consejo de la vieja.

-Vaya, mamá, qué habilidad para volver nuestros cuentos contra nosotras y darnos un sermón en lugar de una historia -exclamó Meg.

-A mí me gusta esta clase de sermones; es de la misma clase que los que solía contarnos papá -dijo Beth, pensativa, poniendo en orden las agujas sobre la almohadilla de Jo.

-No me quejo nunca tanto como las demás, y ahora tendré más cuidado todavía, porque lo sucedido a Susie me ha hecho reflexionar -repuso Amy.

-Necesitábamos esa lección y no la olvidaremos. Si lo hacemos, digamos, como la vieja Cloe en El Tío Tom: piensen en sus bendiciones, niños, piensen en sus bendiciones -susurró Jo, que no podía resistir la tentación de sacar un chiste del sermoncito, aunque lo tomase tan en serio como las demás.

CAPÍTULO V

COMO BUENOS VECINOS

-¿Qué disparate se te ha ocurrido ahora, Jo? -preguntó Meg, una tarde de nieve, viendo cruzar el vestíbulo a su hermana con botas de goma, un abrigo viejo con capucha, la escoba en una mano y la pala en la otra.

-Salgo para ejercitarme -respondió Jo, con un guiño malicioso.

-Hubiera pensado que dos paseos largos por la mañana te bastarían. Hace frío y está nublado; te aconsejo que te quedes al lado del fuego, como yo -dijo Meg, tiritando.

-Nunca hago caso de los consejos; no puedo quedarme quieta todo el día, y como no soy gata, no me gusta dormirar junto a la estufa. Me gustan las aventuras y voy a buscar alguna.

Volvió Meg a calentarse los pies y leer Ivanhoe, y Jo comenzó a abrir sendas con mucha energía. Como la nieve estaba floja pronto abrió con la escoba una senda alrededor del jardín, para que Beth pudiera pasearse cuando saliera el sol, porque sus muñecas enfermas necesitaban tomar aire. El jardín separaba la casa de los señores March de la del señor Laurence, las dos estaban en un suburbio de la ciudad, que todavía tenía mucho de campo, con bosquecillos, prados, huertas y calles tranquilas. Un seto bajo separaba las dos propiedades. De un lado había una vieja casa oscura, algo desnuda y descolorida, desprovista ahora del follaje de su emparrado y de las flores que en verano la rodeaban. Del otro lado una casa señorial de piedra, que denotaba a las claras las señales de la comodidad y del lujo, en la cochera grande, en los paseos que conducían a los

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

invernaderos y en las cosas bellas entrevistas detrás de las lujosas cortinas. Pero, a pesar de todo, parecía una casa solitaria, sin vida; no había niños que jugaran en el césped, ni rostro maternal que sonriera desde la ventana, y con la excepción del viejo señor y su nieto, poca gente salía y entraba.

A los ojos de Jo era un palacio encantado, lleno de placeres y esplendores, que nadie disfrutaba. Por mucho tiempo había deseado contemplar aquellas glorias escondidas y tratar al muchacho Laurence, que parecía desear aquella amistad, aunque no sabía cómo entablarla. Desde el baile había tenido aún más interés en tratarlo y había imaginado varios modos de entrar en conversación con él; pero no lo había visto por aquellos días y Jo ya empezaba a creer que se habría marchado, cuando un día, en una ventana del piso alto, vio una cara morena mirando con nostalgia al jardín de ellas, donde Beth y Amy se arrojaban bolas de nieve.

«Ese muchacho sufre por falta de compañía y diversión -se dijo-. Su abuelo no sabe lo que le conviene y lo tiene encerrado siempre solo. Necesita la compañía de chicos alegres que jueguen con él, o por lo menos de alguien que sea joven y animado. Ganas me dan de pasar y decírselo así al viejo caballero”.

Aficionada a las aventuras, la idea le encantaba, y aunque sus acciones escandalizaran a Meg, no echó al olvido el plan de “pasar” a la casa vecina, y cuando llegó la tarde de la nevada, Jo estaba lista para intentarlo. Vio salir en coche al señor Laurence, y entonces se puso a abrir un sendero hasta el seto, donde se paró para hacer un reconocimiento.

Todo estaba tranquilo; no se veían criados; en una ventana del piso alto, una cabeza de pelo rizado y negro, apoyada sobre una mano delgada, era la única señal de vida.

«Allá está -pensó Jo-. ¡Pobre chico! ¡Completamente solo y enfermo en un día tan triste! ¡Qué lástima! Arrojaré una bola de nieve y cuando mire le diré algo para animarlo”.

Allá fue la pelota de nieve y al momento el chico volvió la cabeza, mostrando una cara que perdió su aspecto de tristeza, con ojos que se alegraban y labios que sonreían. Jo hizo una señal, rió y agitó la escoba mientras gritaba:

-¿Cómo está usted? ¿Está enfermo?

Abrió la ventana Laurie y gritó, ronco como un cuervo:

-Mejor, gracias. He tenido un catarro terrible y llevo una semana encerrado en casa.

-Lo siento mucho. ¿Cómo se distrae usted?

-De ningún modo; esto es más aburrido que un sepulcro.

-¿No lee usted?

-No mucho; no me lo permiten.

-¿No hay alguien que le lea algo en voz alta?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Algunas veces mi abuelo lo hace; pero mis libros no le interesan y no me gusta pedirle siempre a Brooke que me lea.

-Entonces, llame a alguien que vaya a visitarlo.

-No quiero ver a nadie. Los chicos hacen mucho ruido y me duele la cabeza.

-¿No hay alguna muchacha amable que pueda leerle y entretenerlo? Las muchachas son más tranquilas y desempeñan con gusto el papel de enfermeras.

-No conozco a ninguna.

-Me conoce usted a mí -comenzó a decir Jo, riéndose al punto y parándose.

-¡Claro que la conozco! ¿Quiere usted hacerme el favor de venir? -gritó Laurie.

-Yo no soy una persona agradable y tranquila, pero iré si mamá me lo permite. Voy a preguntárselo. Cierre esa ventana, como buen muchacho, y espere que vuelva.

Con estas palabras, Jo se cargó al hombro la escoba y entró en la casa, preguntándose que pensarían de ella. Laurie estaba algo excitado con la idea de recibir una visita y se apresuró a prepararse, porque, como la señora March decía, era un «caballerito».

Para hacer honor a su visita, se peinó el cabello rizado, se puso un cuello limpio y trató de arreglar el cuarto, que, a pesar de seis criadas, estaba de todo menos en orden. Pronto sonó una campana y se oyó una voz decidida preguntando por don Laurie, y una criada, sorprendida, entró precipitadamente para anunciar la visita de una señorita.

-Bueno, que pase; es la señorita Jo -dijo Laurie, acercándose a la puerta de su pequeño despacho para recibir a Jo, que entró sonriendo y colorada, sin timidez alguna, con un plato tapado en una mano y en la otra los tres gatitos de Beth.

-Aquí estoy con alforja y equipaje -dijo animadamente-. Mamá lo saluda y se alegra de que yo pueda ayudarle a pasar el tiempo. Meg me pidió que le trajera un poquito de su pudding blanco; lo hace muy bien; Beth pensó que la vista de los gatitos lo alegraría. Yo sabía que iban a molestarle, pero no pude rehusar, ya que deseaba tanto contribuir con algo.

Resultó que el gracioso préstamo de Beth tuvo gran éxito, porque al reírse de los gatitos olvidó Laurie su timidez y entró en conversación fácilmente.

-Esto parece demasiado bello para comerlo -dijo sonriendo con placer, cuando Jo destapó el plato y mostró el pudding blanco, adornado con una guirnalda de hojas verdes y rojas del geranio favorito de Amy.

-No vale nada; es sólo una manera de expresar nuestros buenos deseos. Diga a la criada que lo guarde para cuando tome usted el té; es muy ligero y no le hará daño; como es tan suave, se deslizará por la garganta sin lastimarla. ¡Qué cuarto tan bonito!

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Podría serlo si estuviera bien arreglado; pero las criadas son perezosas y no sé cómo hacer para que se esmeren. Me hacen perder la paciencia.

-Yo se lo pondré en orden en un abrir y cerrar de ojos; sólo necesita que se barra delante de la chimenea, así... y arreglar las cosas sobre la repisa, así... poner los libros aquí y los frascos allá, volver el sofá de espaldas a la luz y esponjar un poco los almohadones. Ahora está bien.

Lo estaba, efectivamente; porque, riendo y charlando, Jo había puesto las cosas en su sitio, de manera que el cuarto tenía otro aspecto.

Laurie la observaba manteniendo un silencio respetuoso, y cuando ella lo invitó a acomodarse en el sofá, se sentó, dando un suspiro de satisfacción y diciendo con gratitud:

-¡Qué amable es usted! Sí, eso era lo que faltaba. Ahora hágame el favor de sentarse en la butaca y permítame que haga algo para entretener a mi visita.

-No; yo soy quien ha venido para entretenerlo a usted. ¿Quiere que le lea en voz alta? -dijo Jo, mirando cariñosamente los libros que le parecían llenos de interés.

-Muchas gracias, pero los he leído todos; y, si no le desagrada, preferiría charlar -respondió Laurie.

-Ni en lo más mínimo; puedo hablar todo el día si me da usted cuerda. Dice Beth que soy una cotorra.

-¿Es Beth la de las mejillas rosadas, que se queda mucho en casa y sale, a veces, con una cesta? -preguntó Laurie con interés.

-Sí, esa es Beth; es muy amiga mía y una niña bonísima.

-La hermana bonita es Meg y la del pelo rizado es Amy, ¿No es así?

-¿Cómo ha descubierto usted todo eso?

Laurie se ruborizó, pero contestó francamente:

-Muchas veces las oigo llamarse unas a otras, y cuando estoy aquí arriba solo no puedo evitar mirar a su casa; ustedes siempre parecen estar contentas. Dispénseme si soy descortés, pero a veces se olvidan de correr las cortinas donde están las flores, y cuando están encendidas las lámparas, es un verdadero cuadro el que forman ustedes con su madre, todas alrededor de la mesa; su madre se sienta siempre enfrente y parece tan amable detrás de las flores, que no puedo dejar de mirarla. No tengo madre, ¿sabe usted? -y Laurie atizó el fuego para ocultar un temblor nervioso en sus labios, que no podía dominar.

La expresión de soledad y nostalgia de sus ojos conmovió a Jo.

Ella había recibido una educación tan sencilla, que carecía de malicia, y a pesar de haber cumplido quince años, era tan inocente y sincera como una pequeña. Laurie estaba enfermo y solo, y comprendiendo lo rica que era ella en amor paternal y felicidad, trató alegremente de compartir su riqueza con él. Había una expresión muy amistosa en su cara morena y una dulzura poco acostumbrada en su voz clara al decir:

-No cerraremos más aquella cortina y le permitimos mirar todo lo que quiera. Pero en vez de mirar, debía usted venir a vernos. Mi madre es tan buena, que le haría mucho bien, y Beth le cantaría a usted, si yo se lo pidiera, y Amy bailaría; Meg y yo lo haríamos reír con nuestros trajes teatrales y pasaríamos ratos muy alegres. ¿No le permitiría su abuelo venir?

-Creo que lo permitiría si su madre se lo pidiera. El es muy amable, aunque no lo parece, y me deja hacer casi todo lo que quiero; solamente teme que moleste a los extraños -dijo Laurie, animándose gradualmente.

-Pero no somos extraños, somos vecinos, y no nos molestaría nunca. Deseamos tratarnos con usted y yo lo he intentado muchas veces. No llevamos aquí mucho tiempo, como usted sabe, y hemos hecho amistad con todos los vecinos, menos con ustedes.

-Usted verá: mi abuelo vive entre sus libros y no le interesa lo que pasa en el mundo. El señor Brooke, mi profesor, no vive aquí, y no tengo nadie que pueda acompañarme; me quedo en casa y me arreglo como puedo.

-Es una lástima; debe animarse y hacer visitas a todas partes donde lo inviten; así tendrá muchos amigos y casas agradables donde ir. No haga caso de su timidez; no le durará mucho tiempo si empieza a salir.

Laurie se puso colorado de nuevo, pero no se ofendió por lo de la timidez; había tanta buena voluntad en los consejos de Jo, que era imposible tomarlos a mal.

-¿Le gusta a usted su escuela? -preguntó el chico, cambiando de conversación, después de una breve pausa.

-No voy a la escuela; soy hombre de negocios; muchacha de negocios, quiero decir. Le hago compañía a mi tía, una querida vieja gruñona -respondió Jo.

Laurie iba a hacer otra pregunta, pero recordando a tiempo que no era cortés averiguar demasiado las vidas ajenas, se calló otra vez, un poco cortado. Jo apreció sus buenas maneras, pero como no le importaba mucho reírse un poco a costa de la tía March, hizo una ingeniosa descripción de la señora vieja e impaciente, de su perro de lanas, de su loro, que hablaba español, y de la biblioteca donde tanto se divertía ella.

Laurie escuchaba encantado, y cuando le contó el episodio del caballero viejo y presumido que fue una vez a hacer la corte a la tía March, y cuando estaba en medio de una bella frase el loro le quitó la peluca, con gran desaliento del galán, el muchacho se desternilló de risa, y una criada asomó la cabeza por la puerta para ver qué pasaba.

-¡Oh, esto me hace mucho bien! ¡Siga, siga, haga el favor! -dijo retirando la cara del almohadón, colorada y resplandeciente de alegría.

Muy satisfecha de su éxito, Jo siguió, efectivamente, y habló de sus juegos y proyectos, de sus esperanzas y temores por su padre y los acontecimientos más interesantes del mundo pequeño en el cual se movían las hermanas. Después se pusieron a hablar de libros, y Jo descubrió con placer que Laurie los amaba tanto como ella y había leído aún más.

-Si le gustan tanto, bajemos para que vea los nuestros. Mi abuelo está fuera, no tema -dijo Laurie.

-Yo no tengo miedo de nada -respondió Jo, sacudiendo la cabeza.

-¡Lo creo! -contestó el chico, mirándola con admiración aunque pensando que no le faltarían razones para tener miedo del viejo caballero si se encontraba con él en algunos momentos de mal humor.

Como toda la casa estaba muy templada, Laurie llevó a Jo de sala en sala, dejándola examinar cualquier cosa que le llamara la atención, hasta que llegaron a la biblioteca, donde ella dio unas cuantas palmadas y saltos, como solía hacer cuando se entusiasmaba. La biblioteca estaba atestada de libros, y había también cuadros y estatuas, vitrinas encantadoras llenas de monedas y curiosidades, butacas que invitaban al descanso, mesas raras y figuras de bronce, y, lo mejor de todo, una chimenea abierta, encuadrada por curiosos azulejos.

-¡Qué riqueza! -suspiró Jo, dejándose caer en una butaca tapizada de terciopelo y mirando a su alrededor con intensa satisfacción-. Theodore Laurence, debería usted ser el chico más feliz del mundo -agregó, gravemente.

-Un chico no puede vivir y alimentarse de libros -dijo Laurie, sentándose sobre una mesa de enfrente.

Antes de que pudiera agregar más sonó una campana, y Jo dio un salto, exclamando alarmada:

-¡Ay de mí! ¡Es su abuelo!

-Bueno, ¿y qué importa? ¿Usted no tiene miedo de nada, verdad? -respondió el chico, con aire de picardía.

-Creo que le tengo un poquito de miedo, pero no sé por qué. Mamá me dio permiso para venir, y no creo que usted se haya empeorado por mi visita -dijo Jo, dominándose, aunque tenía los ojos clavados en la puerta.

-Al contrario, me ha hecho mucho bien, y le estoy muy agradecido; pero temo que usted se haya cansado de hablarme; es tan agradable, que no me resignaba a parar -repuso Laurie sinceramente.

-El médico, que viene a verle a usted, señorito -dijo la criada.

-Dispénsame un minuto. Tengo que ir a verlo -susurró Laurie.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-No se preocupe por mí. Aquí estoy tan contenta como unas castañuelas -respondió Jo.

Se fue Laurie y su visitante se entretuvo a su manera. Estaba enfrente de un buen retrato del señor anciano, cuando la puerta volvió a abrirse, y, sin darse vuelta, dijo ella decididamente:

-Ahora estoy segura de que no le tendría miedo, porque sus ojos son benévolos aunque la boca sea algo severa, y parece una de esas personas firmes que siempre hacen lo que quieren. No es tan guapo como mi abuelo, pero me agrada.

-¡Gracias, señorita! -respondió una voz ronca a sus espaldas.

Volvióse espantada, y se encontró frente a frente con el viejo señor Laurence. La pobre Jo enrojeció hasta más no poder y su corazón empezó a latir a velocidad vertiginosa. Un deseo violento de escaparse la invadió; pero significaba una cobardía las y muchachas se reirían de ella; decidió quedarse y salir del paso como pudiera. Otra mirada le mostró que los ojos vivaces que la miraban bajo las cejas espesas y grises eran aún más benévolos que en el retrato; en ellos había un guiño picaresco que aplacó en mucho su temor. La voz era aún más ronca que antes cuando el viejo señor dijo bruscamente, después de una pausa terrible:

-¿Conque no me tiene miedo, eh?

-No mucho señor.

-¿Y no me ve usted tan guapo como su abuelo?

-No, señor, no tanto.

-¿Y hago siempre lo que quiero, no es así?

-Sólo dije que parecía.

-Pero, a pesar de eso, ¿le agrado?

-Así es, señor.

Las respuestas conformaron al viejo caballero; se rió un momento, le estrechó la mano, y, asiéndola de la barbilla, le examinó la cara, diciendo después con un movimiento de cabeza.

-Tiene usted el espíritu de su abuelo, aunque no se parece a él; era buen mozo, querida mía; pero, lo que vale más, era un hombre valiente y honrado, y me siento orgulloso de haber sido su amigo.

-Gracias, señor -dijo Jo, perdiendo después de esto toda su timidez.

-¿Qué ha estado usted haciendo con este muchacho mío? -fue la pregunta siguiente, hecha abruptamente.

-Solamente he tratado de ser buena vecina, señor -y Jo explicó el porqué de su visita.

-Piensa usted que él necesita que lo animen un poquito; ¿no es así?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Sí, señor; parece algo solitario, y quizá la compañía de jóvenes le haría bien. Somos solamente muchachas, pero nos alegraríamos de poder ayudar, si es posible, porque no nos olvidamos del magnífico regalo de Navidad que usted nos envió -dijo vivamente Jo.

-¡Ta, ta, ta! ¡Fue cosa del chico! ¿Cómo está la pobre mujer?

-Muy mejorada, señor -y Jo se puso a hablar velozmente de la familia Hummel, en la cual su madre había interesado a amigos más ricos que ellas.

-Esa era la manera que tenía el padre de su madre de usted de hacer el bien. Iré a ver a su madre algún día. Dígaselo así. Ya suena la campana para el té; lo tomamos temprano a causa del chico. Baje con nosotros, y siga siendo buena vecina.

-Si no le estorba mi compañía, señor.

-Si me estorbara no la invitaría -respondió el señor Laurence, ofreciéndole el brazo con la cortesía de los viejos tiempos.

“¿Qué diría Meg si nos viera?”, pensó Jo, mientras caminaba con su nuevo amigo, imaginándose cómo la escucharían en su casa cuando les contara los acontecimientos del día.

-¿Qué mosca le ha picado al mozo? -dijo el viejo señor, mientras Laurie bajaba corriendo la escalera y se paraba en seco, estupefacto, a la vista de Jo del brazo de su formidable abuelo.

-No sabía que había usted vuelto, señor -dijo mientras echaba a Jo una mirada triunfal.

-Se ve que no lo sabía por la manera de bajar la escalera. Venga usted a tomar el té, señor, y pórtese como un caballero -y después de dar al muchacho un cariñoso tirón de pelo, el señor Laurence continuó andando mientras su nieto gesticulaba a sus espaldas con tanta gracia, que por poco provocan una explosión de risa en Jo.

Mientras bebía cuatro tazas de té, el abuelo habló poco pero observaba a los jóvenes, que charlaban como antiguos amigos, y no le pasó inadvertido el cambio operado en su nieto. Había color y vivacidad en la cara del chico y una alegría genuina en su risa.

“Ella tiene razón; el chico está muy solo. Veré lo que pueden hacer esas niñas para solucionarlo”, pensó el señor Laurence, mientras observaba y escuchaba. Jo le gustaba por sus maneras bruscas y originales; parecía entender al muchacho casi tan bien como si ella misma fuera muchacho.

Si los Laurence hubieran sido lo que Jo llamaba “tiesos y almidonados”, no se hubiera entendido con ellos, porque la gente así siempre la coartaba e irritaba; pero viéndolos tan francos y naturales, ella lo estaba también y les produjo buena impresión. Cuando se levantaron quiso despedirse, pero Laurie dijo que tenía algo más que mostrarle, y la condujo al invernadero que estaba iluminado en su honor. Era como un lugar encantado, con las paredes cubiertas de flores de cada lado, la dulce luz, el aire húmedo y tibio y las vides y plantas exóticas. Su nuevo amigo cortó las flores más bellas, y las ató en un ramo, diciendo, con mirada alegre:

-Hágame el favor de dárselas a su señora madre, y díglele que me gusta mucho la medicina que me envió.

Encontraron al señor Laurence de pie delante del fuego en el salón.

La atención de Jo quedó completamente cautivada por un hermoso piano de cola, abierto.

-¿Toca usted el piano? -preguntó Jo volviéndose a Laurie con expresión llena de respeto.

-Algunas veces -respondió.

-Hágame el favor de tocar el piano ahora; deseo oírlo para contárselo a Beth.

-¿No querrá usted tocar primero?

-No sé tocar; soy demasiado torpe como para aprender, pero me gusta mucho la música.

Tocó Laurie el piano, y Jo lo escuchó con la nariz escondida entre heliotropos y rosas. Su respeto y estimación del “muchacho Laurie” aumentó, porque tocaba muy bien y sin presunción. Deseaba que Beth pudiese oírle, pero no lo dijo; elogió su arte hasta confundir al chico, y su abuelo lo sacó del aprieto.

-Basta, basta, señorita, no le convienen tantas alabanzas. No está mal su música, pero espero que sea tan aplicado en cosas más importantes. ¿Se va usted ya? Bueno, muchas gracias, y venga otra vez. Mis saludos a su señora madre; buenas noches, doctor Jo.

Le dio la mano amablemente, pero parecía algo contrariado.

Cuando estaban en el vestíbulo, Jo preguntó si había dicho alguna cosa inconveniente, pero Laurie meneó la cabeza.

-No; la falta fue mía; no le gusta oírme tocar el piano.

-¿Por qué no?

-Se lo diré otro día. John la acompañará a su casa, porque yo no puedo hacerlo.

-No es necesario; no soy una señorita, y estoy a un paso. Cuídese mucho.

-Sí, pero espero que volverá. Si usted promete venir a vernos cuando se haya restablecido.

-Lo haré con mucho gusto.

-Buenas noches, Laurie.

-Buenas noches, Jo, buenas noches.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Cuando contó todas las aventuras de la tarde, la familia se sintió inclinada a hacer una visita en corporación, porque cada una encontró algo muy atractivo en la casa grande. La señora March deseaba hablar de su padre con el anciano, que no lo había olvidado; Meg, anhelaba pasearse por el invernadero; Beth, suspiraba por tocar el piano de cola, y Amy ambicionaba ver los bellos cuadros y estatuas.

-Mamá, ¿por qué no le gustó al señor Laurence oír tocar el piano a Laurie? -preguntó Jo.

-No estoy segura, pero pienso que la razón es que su hijo se casó con una señora italiana, estudiante de música, lo cual enojó al viejo, que es muy orgulloso. La señora era buena, hermosa y culta, pero a él no le gustó, y desde el casamiento no volvió a ver a su hijo. Los padres de Laurie murieron siendo él pequeño y entonces el abuelo lo trajo a su casa. Me imagino que el chico, que nació en Italia, no es muy fuerte, y que el viejo teme perderlo, por lo cual lo cuida mucho. El amor a la música le viene a Laurie de nacimiento, porque se parece a su madre, y me figuro que su abuelo teme que quiera ser músico; de todas maneras, su habilidad le recuerda a la mujer que no quería, y por eso frunció el ceño, como dice Jo.

-¡Ay de mí!, ¡qué romántico! -exclamó Meg.

-¡Qué tonto! -dijo Jo-; que lo dejen ser músico si quiere, y no lo fastidien mandándolo al colegio aunque lo aborrezcan.

-Eso explica por qué tiene ojos grandes y negros, y buenos modales, supongo; los italianos siempre son simpáticos -dijo Meg, que era algo sentimental.

-¿Qué sabes tú de sus ojos y de sus modales? Apenas has hablado con él -gritó Jo, que no tenía nada de sentimental.

-Lo vi en el baile, y lo que has contado demuestra que sabe cómo conducirse. Lo que dijo de la medicina enviada por mamá estuvo muy bien dicho.

-Supongo que él quiso decir el pudding blanco.

-¡Qué tonta eres, niña! Quiso decir que tú lo eras, eso está bien claro.

-¿De veras? -dijo Jo, abriendo los ojos, como si no se le hubiera ocurrido tal cosa antes.

-¡Jamás he visto una muchacha como tú! Cuando recibes un cumplido no te enteras -repuso Meg, con aspecto de persona entendida.

-Pienso que es todo tontería; te agradeceré que no seas tonta y no estropees mi diversión, Laurie es un buen chico y me gusta; no consiento alusiones sentimentales o cumplimientos y estupideces por el estilo, seremos buenas con él, porque es huérfano de padre y madre, y puede venir a visitarnos; ¿verdad, mamá?

-Sí, Jo; tu amiguito será bienvenido, y espero que Meg recordará que las niñas deben ser niñas tanto tiempo como puedan.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Yo no me tengo por niña, y aún no he entrado en los trece años -dijo Amy-. ¿Qué dices tú, Beth?

-Yo pensaba en nuestro “Peregrino» -respondió Beth, que no había oído una palabra-. Cómo salíamos del Pantano del Desaliento y pasamos por la Puerta Estrecha al resolver ser buenas y subimos al collado Dificultad, procurando serio; y esa casa allá va a ser nuestro Palacio Hermoso.

-Pero antes tenemos que pasar junto a los leones -dijo Jo, como si la perspectiva de tal encuentro fuera muy atrayente.

CAPÍTULO VI

BETH DESCUBRE EL PALACIO HERMOSO

La casa grande resultó ser un palacio hermoso, aunque pasó algún tiempo antes de que todas entraran en él. Beth encontró muy difícil pasar junto a los leones. El viejo señor Laurence fue el más grande de todos; pero después de su visita, cuando dijo algo gracioso o amable a cada muchacha, y habló de tiempos viejos con la señora March, nadie, con excepción de la tímida Beth le temía mucho.

El otro león era su pobreza y la riqueza de Laurie; porque no querían aceptar atenciones a las cuales no podían corresponder. Pero después de algún tiempo descubrieron que él era quien se consideraba favorecido; todo le parecía poco para demostrar su gratitud a la bienvenida maternal de la señora March, la compañía alegre de las chicas y el consuelo que encontró en su humilde casa; de modo que pronto olvidaron el orgullo y cambiaron atenciones mutuas, sin detenerse a pensar cuál era mayor.

La nueva amistad crecía como hierba en primavera. A todas les gustaba Laurie, y él, por su parte, dijo confidencialmente a su abuelo que las March eran muchachas excelentes. Con el delicioso entusiasmo de la juventud, acogieron al muchacho solitario de tal manera que pronto era como de la casa, y halló encantador el compañerismo inocente de aquellas chicas sencillas. No habiendo conocido jamás madre ni hermanas, experimentó pronto su influencia; su dinamismo y laboriosidad lo avergonzó de la vida indolente que llevaba. Estaba cansado de libros y ahora le interesaban tanto las personas, que el señor Brooke, su profesor, tuvo que dar informes poco satisfactorios de su trabajo; porque Laurie siempre «hacía rabonas» y se escapaba a casa de la señora March.

-No haga caso; déjelo que se tome una vacación, y, después recuperará el tiempo perdido -dijo el viejo señor-. La buena señora, nuestra vecina, dice que él estudia demasiado y necesita compañía joven, diversión y ejercicio. Sospecho que tiene razón, y que yo he estado cuidando al muchacho como si fuese su abuela. Que haga lo que quiera, con tal que sea feliz; no puede hacer muchas picardías en esa casa de monjitas, y la señora March le ayuda más que nosotros.

¡Qué buenos ratos pasaban! ¡Qué representaciones y cuadros vivos!

¡Qué carreras de trineos y juegos de patinar! ¡Qué veladas tan alegres en la vieja sala, y de vez en cuando convites en la casa grande!

Meg podía pasearse por el invernadero cuando quería y disfrutar de las flores; Jo devoraba los libros y hacía desternillar de risa al viejo caballero con sus críticas; Amy copiaba cuadros y se complacía con la belleza de estatuas y estampas, y Laurie hacía los honores de la casa de una manera encantadora.

Pero Beth, aunque muy atraída por el piano de cola, no tenía valor para ir a la «mansión de la dicha», como la llamaba ella. Fue una vez con Jo, pero el viejo señor, ignorante de su debilidad, la miró fijamente por debajo de sus espesas cejas, lanzando un «¡ah!» tan fuerte que la dejó aterrada; se fue corriendo y declaró que no volvería más ni aun por el piano querido. No hubo razonamientos ni ruegos que pudieran vencer su miedo, hasta que, al llegar el hecho a oídos del señor Laurence de modo misterioso, él se encargó de buscar una solución. Durante una de sus breves visitas, dirigió hábilmente la conversación hacia la música; habló de los famosos cantantes que había visto, de los bellos órganos que había oído, y contó anécdotas tan interesantes, que Beth, dejando su rincón lejano, fue acercándose poco a poco, como fascinada. Se puso detrás de la silla del viejo y escuchaba con los bellos ojos bien abiertos y las mejillas coloreadas por la emoción. Sin hacer más caso de ella que si hubiese sido una mosca, el señor Laurence continuó hablando de las lecciones y maestros de Laurie; y entonces, como si la idea se le acabara de ocurrir, dijo a la señora March:

-El chico descuida ahora la música, me alegro, porque se estaba aficionando demasiado. Pero el piano sufre por la falta de uso; ¿no le gustaría a alguna de sus hijas venir a practicar de vez en cuando para que no se desafíe?

Beth avanzó un poquito, apretándose las manos para no dar palmadas, porque la tentación era fuerte, y el pensamiento de practicar en aquel magnífico instrumento casi le quitó el aliento. Antes de que pudiese responder la señora March, el señor Laurence continuó diciendo con un curioso movimiento de cabeza:

-No necesitan ver o hablar a nadie, sino entrar a cualquier hora; yo estoy encerrado en mi estudio, al otro extremo de la casa; Laurie está mucho fuera, y pasadas las nueve las criadas no se acercan al salón.

Al decir esto, se levantó como para irse y añadió:

-Hágame el favor de repetir lo que he dicho a las niñas, pero si no desean venir no importa.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

En esto una mano pequeña se deslizó en la suya, y Beth levantó a él los ojos, con la cara llena de gratitud, diciendo con sinceridad, aunque tímida:

-Sí, señor; ¡lo desean mucho, muchísimo!

-¿Eres tú la aficionada a la música? -preguntó él sin brusquedad, mirándola cariñosamente.

-Soy Beth; me gusta muchísimo la música e iré, si está usted seguro de que nadie me oirá y que no molestaré -añadió, temiendo ser descortés y temblando de su propia audacia a medida que hablaba.

-Ni un alma, querida mía; la casa está vacía la mitad del día; ven y haz todo el ruido que quieras; te lo agradeceré.

-¡Qué amable es usted, señor!

Beth se ruborizó bajo su mirada amistosa, y ya sin miedo, le estrechó la mano, porque le faltaban palabras para darle las gracias por el regalo precioso que le había hecho. El viejo caballero le acarició suavemente la cabeza, e inclinándose la besó, diciendo en tono raro en él:

-Yo tenía una niña con los ojos como los tuyos, Dios te bendiga, querida mía. ¡Buenos días, señora! -y se fue precipitadamente.

¡Cómo cantaba Beth aquella tarde, y cuánto se rieron de ella porque durante la noche despertó a Amy tocando el piano sobre su cara, en sueños! Al día siguiente, habiendo visto salir al abuelo y a su nieto, Beth, después de retroceder dos o tres veces, entró por la puerta lateral y se encaminó silenciosa como un ratoncillo, al salón donde estaba su ídolo. Por casualidad, había algunas piezas fáciles de música sobre el piano; con manos temblorosas y haciendo pausas frecuentes para escuchar y mirar alrededor, Beth tocó al fin el magnífico instrumento; inmediatamente olvidó su miedo, se olvidó de sí misma y lo olvidó todo por el encanto indecible que le daba la música, porque era como la voz de un amigo querido.

Se quedó allí hasta que Hanna vino a buscarla para la comida; pero no tenía apetito, y no hacía más que sonreír a todas en estado de perfecta beatitud.

Desde entonces, casi todos los días, la capuchita bruna atravesó el seto, y un espíritu melodioso, que parecía entrar y salir sin ser visto, visitaba el salón grande. Jamás supo que muchas veces el viejo señor abría la puerta de su estudio para escuchar los aires antiguos, que le gustaban; jamás vio a Laurie hacer guardia en el vestíbulo para que no se acercasen las criadas; jamás sospechó que los libros de ejercicios musicales y las canciones nuevas, colocadas en el musiquero, habían sido puestos allí para ella; y cuando en su casa el muchacho hablaba de música con ella, sólo pensó en su amabilidad al decirle cosas que la ayudaban tanto. De manera que disfrutó mucho y halló que la realidad era tan buena como su deseo la había imaginado, cosa que no se ve siempre en la vida. Quizá por estar tan agradecida a esta bendición recibió otra; de todas maneras, merecía las dos.

-Mamá, he pensado bordar un par de zapatillas para el señor Laurence. Es tan amable conmigo, que debo agradecerle, y no sé otro modo de hacerlo. ¿Puedo bordarlas? -preguntó Beth, unas semanas después de su visita.

-Sí, querida mía; le agradará mucho, y será un buen modo de darle las gracias. Las muchachas te ayudarán con ellas, y yo pagaré el gasto de poner las suelas cuando estén listas.

Después de largas discusiones con Meg y Jo, se escogió el dibujo, se compraron los materiales y se comenzaron las zapatillas. Encontraron apropiado un pequeño ramillete de pensamientos, serios sin dejar de ser alegres, sobre un fondo de púrpura más oscuro, que Beth bordó, ayudándola sus hermanas, de vez en cuando, en las partes más difíciles.

Como era muy hábil para las labores de aguja, las zapatillas se terminaron antes de que llegaran a aburrir a ninguna de ellas. Entonces escribió una cartita sencilla, y con la ayuda de Laurie logró ponerlas furtivamente encima de la mesa del estudio, una mañana, antes de que se levantase el viejo caballero.

Pasada la emoción del momento, Beth esperó para ver qué sucedería.

Pasé todo el día y parte del siguiente sin que llegase una respuesta, y comenzaba a temer que había ofendido a su enigmático amigo.

La tarde del segundo día salió para hacer un recado. Al volver vio desde la calle a tres, mejor dicho, cuatro cabezas que aparecían y desaparecían en la ventana de la sala, y luego oyó varias voces alegres que le gritaban:

-¡Carta del viejo señor para ti! ¡Ven corriendo!

-¡Beth! ¡Te ha enviado...! -comenzó a decir Amy, gesticulando con desusada energía; pero no pudo decir más porque las otras cerraron la ventana.

Beth, sorprendida, apuró el paso; a la entrada la agarraron sus hermanas, y en procesión triunfal la llevaron a la sala, diciendo a la vez:

-¡Mira! ¡Mira!

Beth miró, efectivamente, y palideció de alegría y sorpresa al contemplar un pequeño piano vertical, sobre cuya tapa brillante había una carta dirigida a la «señorita Elizabeth».

-¿Para mí? -preguntó Beth, agarrándose a Jo para no caer al suelo, de emoción.

-¡Claro que es para ti, querida mía! ¡Qué generoso ha sido! ¿No te parece que es el anciano más bueno del mundo? Aquí está la llave, dentro de la carta, no la hemos abierto, aunque estábamos deshechas por saber lo que dice -gritó Jo, abrazándose a su hermana y dándole la cartita.

-¡Léela tú; yo no puedo; me siento tan extraña! ¡Qué hermoso es! -y Beth escondió la cara en el delantal de Jo, completamente dominada por su emoción.

Jo abrió el sobre y se echó a reír, porque las primeras palabras que vio eran:

«Señorita March. Muy señorita mía: «

-¡Qué bien suena! Quisiera que alguien me escribiese así -dijo Amy, pensando que tal encabezamiento era muy elegante.

«He tenido muchos pares de zapatillas en mi vida, pero ninguno que me haya quedado tan bien como este -continuó Jo-. El pensamiento es mi flor preferida, y éstos me recordarán siempre a la amable donante. Me gusta pagar mis obligaciones, por lo cual creo que usted permitirá al «caballero anciano» enviarle algo que perteneció en otro tiempo a la pequeña nieta que perdió. Expresando a usted mis cordiales gracias y buenos deseos, quedo “Su amigo agradecido y atento servidor, James Laurence.”

-Vaya, Beth, éste es un honor del cual puedes estar orgullosa. Laurie me dijo cuánto quería el señor Laurence a la niña que murió y con cuánto cuidado guardaba todas sus cosas. Piénsalo bien, te ha dado su mismo piano. Mira lo que resulta de tener ojos grandes y azules y ser aficionada a la música -dijo Jo, tratando de calmar a Beth, que temblaba tan excitada como jamás estuviera en su vida.

-Mira los encantadores candeleros y la seda verde, que parece tan bonita con la rosa de oro en el centro, y el taburete, todo completo -replicó Meg, abriendo el instrumento para mostrar sus bellezas.

-»Su atento servidor, James Laurence», y te lo ha escrito a ti. ¡Figúrate! Tengo que decírselo a las chicas; les parecerá estupendo -agregó Amy, muy impresionada.

-¡Tócalo, hija de mi alma!, que oigamos el sonido del pianillo -dijo Hanna, que siempre participaba de las alegrías y tristezas de la familia.

Beth tocó, y todas declararon que era el piano más extraordinario que habían oído.

Evidentemente acababa de ser afinado y arreglado, pero, a pesar de su perfección, creo que el verdadero encanto para ellas consistía en la cara radiante de felicidad con que Beth tocaba cariñosamente las hermosas teclas, blancas y negras, y apretaba los brillantes pedales.

-Tendrás que ir a darle las gracias -dijo Jo, por pura broma, porque no tenía la menor idea de que la niña fuera de veras.

-Sí, pienso hacerlo; y mejor será hacerlo ahora mismo, antes de que me entre miedo pensándolo mucho -y con indecible asombro de toda la familia, Beth salió al jardín, atravesó el seto y entró en casa de los Laurence.

-¡Válgame Dios! ¡Esto sí que es la cosa más extraña que he visto en mi vida! Tiene la cabeza trastornada por el piano.

-Si no hubiera perdido el juicio, no hubiera ido -exclamó Hanna, viéndola marchar. El milagro dejó mudas a las muchachas.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Se hubieran sorprendido aún más de haber visto lo que hizo Beth después. Fue y llamó a la puerta del estudio sin darse tiempo para pensar; y cuando una voz ronca gritó «adelante», entró y se acercó al señor Laurence, que parecía completamente sorprendido; ella extendió la mano y dijo con voz temblorosa:

-He venido para darle las gracias, señor, por... -pero no concluyó porque él parecía tan amable, que se olvidó por completo de su discurso, y acordándose sólo de que había perdido su niña querida, le echó los brazos al cuello y le dio un beso.

Si el techo de la casa se le hubiera caído, no se hubiera sorprendido más el anciano caballero; pero le gustó, sin duda, le gustó extraordinariamente, y tanto lo conmovió y agradó aquel beso, lleno de confianza, que toda su aspereza desapareció; sentó a la niña en sus rodillas y puso su mejilla arrugada sobre la rosada mejilla de su amiguita, imaginándose que tenía a su propia nieta otra vez. Beth perdió su miedo desde aquel momento, y sentada allí charló con su viejo amigo tan tranquila como si lo hubiese conocido toda su vida; el amor desecha el temor, y la gratitud vence el orgullo. Cuando volvió a su casa, él la acompañó hasta su propia puerta, le estrechó la mano cordialmente y se quitó el sombrero al retirarse, muy arrogante y erguido, como marcial caballero que era.

Cuando las muchachas vieron semejante despedida, Jo se puso a danzar, Amy casi se cayó de la ventana y Meg exclamó, elevando las manos:

-¿No se hunden las esferas?

CAPÍTULO VII

AMY PASA POR EL VALLE DE LA HUMILLACIÓN

-¿No es ese muchacho un verdadero cíclope? -dijo Amy un día, al ver pasar a Laurie a caballo haciendo floreos con el látigo.

-¿Cómo te atreves a decir tal cosa, cuando el chico tiene sus dos ojos? ¡Y muy hermosos que son! -exclamó Jo, a quien no le gustaba oír observaciones desconsideradas sobre su amigo.

-No he dicho nada de sus ojos, y no comprendo por qué te enojas cuando admiro su modo de montar a caballo.

-¡Válgame Dios!; esta boba quiso decir un centauro y lo llamó un cíclope -exclamó Jo.

-No hay que ser tan descortés; fue solamente un lapsus linguae, como dice el señor Davis -respondió Amy, dejando estupefacta a Jo con su latín.

-Quisiera tener una parte del dinero que Laurie se gasta en ese caballo -añadió, como si hablara para sí, pero con la esperanza de que la oyesen sus hermanas.

-¿Por qué? -preguntó Meg amablemente.

-¡Me hace tanta falta!; tengo muchísimas deudas y falta un mes para que me llegue el turno de recibir el dinero para mis gastos.

-¿Tienes deudas, Amy?; ¿qué quieres decir? -preguntó gravemente.

-Debo, por lo menos, una docena de limas y no puedo pagarlas, ya ves, hasta que tenga el dinero, porque mamá no permite que se anote nada a cuenta en la tienda.

-Dímelo todo, ¿es que están las limas de moda ahora? Antes era guardar cachos de goma para hacer pelotas.

-Ya ves, las chicas están siempre comprándolas, y si una no quiere que la consideren tacaña, tiene que comprarlas también. No piensan más que en las limas. Todas las están chupando en sus pupitres durante las horas de escuela y las cambian por lápices, sortijas de azabache, muñecas de papel u otra cosa durante el recreo. Si una muchacha es amiga de otra, le regala una lima; si la quiere fastidiar, come una lima delante de ella, sin ofrecerle ni una chupada. Se convidan por turno, y yo he recibido muchísimas, pero no he podido corresponder y debo hacerlo, porque son deudas de honor; ¿comprendes?

-¿Cuánto costaría pagarlas todas y restituir tu crédito? -preguntó Meg, sacando su portamonedas.

-Un peso bastaría; y aún sobrarían unos centavos para regalarte algunas. ¿No te gustan las limas?

-No mucho; puedes tomar mi parte. Aquí tienes el dinero; hazlo durar todo lo que puedas, porque ya sabes que no hay mucho.

-¡Oh; gracias!, ¡qué lindo debe ser tener dinero propio! Tendré un verdadero banquete, porque esta semana no he probado ni una. No me animaba a tomarlas, no pudiendo yo dar otras y sufro por no tenerlas.

Al día siguiente Amy llegó algo tarde a la escuela; no pudo resistir la tentación de mostrar, con orgullo excusable, antes de ponerlo en el interior de su pupitre, un paquete de papel oscuro.

En muy pocos minutos corrió por su grupo el rumor de que Amy March tenía veinticuatro limas, y que iba a convidar; sus amigas la colmaban de atenciones. Katy Brown la invitó a su próxima fiesta; Mary Kingsley insistió en prestarle su reloj hasta la hora del recreo, y Jenny Snow, una señorita algo mordaz, que se había burlado mucho de Amy cuando ésta no tenía limas, inmediatamente intentó hacer las paces y se ofreció a proporcionarle las soluciones de algunos formidables problemas de aritmética. Pero Amy no se había olvidado de las cáusticas observaciones que hiciera en otras ocasiones, y destruyó las esperanzas de aquella muchacha con un telegrama aterrador: «Es inútil que te vuelvas amable de repente, porque no tendrás ninguna».

Sucedió aquella mañana que un personaje visitó la escuela y elogió los mapas de Amy, dibujados con mucha habilidad. Aquel honor a su enemiga irritó a la señorita Snow y puso ufana como un pavo real a la señorita March. Pero, ay, el orgullo nunca está lejos de la caída, y la vengativa Snow devolvió el rechazo con desastroso resultado. Tan pronto como el visitante hizo los elogios acostumbrados y se marchó, Jenny, so pretexto de hacer una pregunta importante, hizo saber al señor Davis, el profesor, que Amy March tenía limas dentro de su pupitre.

El señor Davis había prohibido las limas y había jurado a la vista de todas dar palmetazos a la primera persona descubierta en flagrante quebranto de la regla. Este hombre había logrado, tras una guerra larga y borrascosa, desterrar la goma de mascar, había hecho una hoguera de novelas y periódicos confiscados, había suprimido una estafeta privada, había prohibido muecas, motes y caricaturas; en fin, había hecho todo lo que puede hacer un hombre para tener en orden a cincuenta chicas rebeldes. Dios sabe cómo ponen a prueba los chicos la paciencia humana; pero las chicas son mucho peores, en especial para señores nerviosos, de temperamento tiránico y escaso talento para la enseñanza. El señor Davis sabía mucho de griego, latín, álgebra y demás materias, y por ello era considerado como un buen profesor; pero de modales, sentimiento, moral y buen ejemplo no hacía mucho caso. El momento para denunciar a Amy era calamitoso, y Jenny lo sabía.

Evidentemente, aquella mañana el señor Davis había tomado el café demasiado fuerte; el viento era del este, cosa que siempre agravaba su neuralgia, y sus alumnas no lo habían dejado en tan buen lugar como él creía merecer; estaba de un humor de perros. La palabra “limas” fue como el fósforo acercado a la pólvora.

Enrojeciendo de ira, golpeó el pupitre con tanta energía, que Jenny saltó a ocupar su asiento con ligereza poco usual.

-Señoritas, háganme el favor de atender.

Cesó el murmullo, y cincuenta pares de ojos azules, grises, negros y color castaño se fijaron obedientemente sobre el rostro terrible del profesor.

-Señorita March, venga usted aquí.

Amy se levantó para obedecer, serena en apariencia, pero con secreto miedo por sus limas.

-Traiga las limas que tiene en el pupitre -fue la orden inesperada, que la paralizó antes de levantarse.

-No las lleves todas -murmuró su vecina, como señorita de mucha presencia de ánimo.

Amy sacó precipitadamente seis y puso las otras delante del señor Davis, pensando que cualquier hombre que tuviese corazón se conmoviera por aquel aroma encantador. Desgraciadamente, el señor Davis detestaba el olor de la lima, y la repugnancia aumentó su enojo.

-¿Están todas?

-No todas -balbuceó Amy.

-Traiga las restantes inmediatamente.

Echando una mirada de desesperación a su «camarilla», obedeció.

-¿Está usted segura de que no hay más?

-Nunca miento, señor.

-Así lo veo, ahora tome esas cosas repugnantes de dos en dos y tírelas por la ventana.

Se alzó un suspiro simultáneo al desvanecerse la última esperanza de gozar el codiciado regalo. Roja de vergüenza y rabia, Amy fue y volvió doce veces mortales, y al dejar caer cada par de las jugosas frutas, un grito en la calle completó la congoja de las chicas, porque les indicó que los niños irlandeses, sus enemigos declarados, iban a disfrutar el festín que ellas se perdían.

Cuando Amy volvía del último viaje, el señor Davis lanzó un siniestro «ejem», y dijo con su voz más solemne:

-Señoritas: ustedes recordarán lo que dije hace una semana. Siento mucho lo ocurrido, pero jamás permito que mis reglas se quebranten y nunca falto a mi palabra. Señorita March, haga usted el favor de extender la mano.

Amy se sobresaltó y puso las manos a la espalda, dirigiéndole una mirada suplicante que abogaba en su favor mejor que cuanto hubiera podido decir. Era una de las alumnas predilectas de «el viejo Davis», y hubiera quebrantado su palabra si una señorita, sin poder contenerse, no hubiera dejado escapar su indignación en un silbido. Aquel silbido, aunque débil, exasperó al irascible profesor, y decidió la suerte de la culpable.

-Extienda la mano, señorita March.

Demasiado orgullosa para llorar o implorar perdón, Amy apretó los dientes, echó hacia atrás la cabeza y, sin vacilar, aguantó sobre su palma pequeña unos golpes picantes. Ni fueron muchos ni fuertes, pero para ella era lo mismo. Por primera vez en su vida le habían pegado, y a sus propios ojos la vergüenza era tan grande como si la hubiera derribado al suelo.

-Quédese de pie en la plataforma hasta la hora del recreo -dijo el señor Davis, resuelto a acabar bien lo que había comenzado.

Aquello era terrible; dar la cara a toda la escuela, llena de vergüenza por lo que acababa de aguantar, le pareció imposible, y por un momento creyó que iba a caer desplomada llorando hasta romperse el corazón. La sensación de haber sufrido una injusticia y el pensamiento de Jenny Snow la ayudaron a sostenerse. Poniéndose en el lugar ignominioso, clavó los ojos sobre la chimenea de la estufa por encima de lo que parecía un mar de caras; tan quieta se mantenía y tan pálida estaba, que las chicas apenas podían estudiar con aquella figura pequeña y lastimosa enfrente de ellas.

Durante los quince minutos siguientes, la niña orgullosa y sensitiva soportó una vergüenza y un dolor que jamás olvidaría. El incidente podría ser trivial y risible para otras, pero para ella constituía una dura experiencia; durante los doce años de su vida sólo el amor la había gobernado y jamás había recibido un golpe. El escozor de la mano y el dolor del corazón desaparecían ahora ante el penoso pensamiento:

“Tengo que contarle todo en casa, ¡y qué desengaño voy a darles!”

Los quince minutos parecían una hora, pero al fin se acabaron.

Nunca había oído con tanto deseo la palabra «recreo».

-Puede retirarse, señorita March -dijo el señor Davis, pareciendo, como en realidad lo estaba, algo avergonzado.

No olvidó pronto la mirada acusadora que Amy le echó, dirigiéndose, sin decir una palabra a nadie, al vestíbulo, para recoger sus cosas y abandonar aquel lugar «para siempre», según se decía a sí misma apasionadamente.

Estaba en deplorable estado cuando llegó a su casa; y cuando volvieron las chicas mayores, algo más tarde, se convocó al punto una reunión de protesta.

La señora March dijo poco, pero parecía perturbada, y calmó a su hija de manera más cariñosa. Meg lavó la mano ofendida con glicerina y con sus propias lágrimas. Beth pensó que para tales dolores ni siquiera sus gatitos queridos serían capaces de ofrecer un bálsamo reparador, y Jo, muy enojada, propuso que el señor Davis fuese arrestado sin demora, mientras Hanna se deshacía de rabia contra «el miserable», y machacaba las patatas para la comida como si lo tuviera á él bajo la maza de su mortero.

Nadie se dio cuenta de la huida de Amy fuera de sus compañeras; pero aquellas perspicaces señoritas notaron que por la tarde estaba el señor Davis más agradable y, al mismo tiempo, trabajaba con desacostumbrada nerviosidad. Un momento antes de que la escuela se cerrara, Jo entró y con expresión severa se encaminó a la mesa del profesor para entregar una carta de su madre, después de lo cual recogió lo que pertenecía a Amy, quitándose cuidadosamente el barro de las botas sobre la estera, como si quisiera sacudir de sus pies hasta el polvo del lugar.

-Sí, puedes tener una vacación; pero quiero que todos los días estudies un poquito en compañía de Beth -dijo la señora March aquella noche-. No apruebo los castigos corporales, especialmente para niñas. No me gusta la manera de enseñar del señor Davis, ni creo que tus compañeras te hagan mucho bien; así que pediré consejo a tu padre antes de enviarte a otro lado.

-Eso es bueno. ¡Ojalá se le fueran todas las chicas y le dejaran vacía la vieja escuela! Se vuelve una loca al acordarse de aquellas limas encantadoras -suspiró Amy, con aire de mártir.

-No siento que las perdieras, porque habías quebrantado las reglas y mereciste ser castigada por tu desobediencia -fue la respuesta severa, algo diferente de lo que esperaba la niña.

-¿Quieres decir que te alegras de que me hayan avergonzado delante de toda la escuela? -preguntó Amy.

-No digo que yo hubiera elegido esa manera de castigar una falta -respondió su madre-; pero no estoy segura de que no te hará mejor que un método más suave. Te estás poniendo demasiado vana y pretenciosa, querida mía, y es hora de que comiences a corregirte. Tienes bastante talento y virtudes, pero no hay que hacer ostentación, porque la vanidad estropea el carácter más fino. El verdadero talento y bondad no pasan mucho tiempo inadvertidos; aunque pasaran, el conocimiento de poseerlo y de usarlo bien, debe satisfacernos, la sencillez es el mejor encanto de todo poder.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Tiene usted razón, así es -gritó Laurie, que estaba jugando al ajedrez con Jo en un rincón del cuarto-. Yo conocí a una niña que tenía verdadero talento para la música y no lo sabía, ni sospechaba los aires dulces que componía cuando estaba sola, y si alguien se lo hubiera dicho, no lo hubiera creído.

-Quisiera haber conocido a esa muchacha; quizá me hubiera ayudado a mí, que soy tan torpe -dijo Beth.

-Pues la conoces y te ayuda más que cualquier otra persona -contestó Laurie, mirándola con tan pícaro expresión en sus ojos negros y alegres, que Beth se ruborizó y escondió la cara en el cojín del sofá, muy sorprendida por tal descubrimiento.

Jo permitió que Laurie ganase el juego para pagarle aquel elogio de su Beth, que después de tal alabanza no quiso tocar el piano, por mucho que le rogaran. Laurie hizo lo mejor posible, cantó de una manera encantadora y estuvo de muy buen humor, porque rara vez dejaba ver a los March el lado sombrío de su carácter. Cuando Laurie se retiró, Amy, que había estado pensativa toda la tarde, dijo de repente, como si una nueva idea se le hubiera ocurrido:

-¿Es Laurie un chico culto?

-Sí, ha recibido una educación esmerada y tiene mucho talento; será un hombre excelente, si no lo echan a perder con mimos y atenciones -contestó su madre.

-No es pretencioso, ¿verdad? -preguntó Amy.

-De ninguna manera; por eso es tan atrayente y todas lo queremos tanto.

-Comprendo; es agradable tener talento y ser elegante, pero no lo es darse importancia ni vanagloriarse -dijo Amy gravemente.

-Esas cosas se advierten siempre en la conversación y los modales de una persona si se usan con modestia; pero no es necesario hacer ostentación de ellas -dijo la señora March.

-Como no es de buen gusto ponerte a la vez todos tus sombreros, todos tus vestidos y todos tus lazos para que la gente sepa que los tienes -añadió Jo, y la conversación terminó con una carcajada.

CAPÍTULO VIII

JO SE ENCUENTRA CON APOLO

-¿Adónde van, niñas? -preguntó Amy, entrando en el dormitorio de sus hermanas mayores la tarde de un sábado, y hallándolas ocupadas preparándose para salir de manera tan secreta, que picó su curiosidad.

-No te importa; las niñas pequeñas no deben ser preguntonas -respondió Jo con severidad.

Si hay algo que nos irrita en nuestra juventud, es que se nos recuerde nuestra pequeñez, y más aún que se nos despida con un «vete, querida». Al recibir este insulto, Amy se irguió y resolvió descubrir el secreto, aunque fuera menester atormentarlas por una hora entera.

Volviéndose a Meg, que nunca le negaba una cosa por mucho tiempo, dijo dulcemente:

-¡Dímelo! Creo que podían dejarme ir también, porque Beth está ocupada con sus muñecas y me aburro sola.

-No puedo, querida, porque no estás invitada -comenzó Meg; pero Jo la interrumpió impaciente:

-Meg, cállate, ¡que lo vas a echar a perder! No puedes ir, Amy, no seas niña y no te quejes.

-Van a alguna parte con Laurie, lo sé. Susurraban y se reían ayer por la tarde cuando estaban sentadas en el sofá y cuando yo entré dejaron la conversación. ¿No van con él?

-Sí, vamos con él; ahora hazme el favor de callarte y no nos fastidies más.

Amy se calló, pero observó que Meg ponía a escondidas un abanico en el bolsillo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Ya sé! ¡Ya sé! Van al teatro a ver “Los siete castillos”, -gritó, añadiendo con mucha resolución-. Y yo iré también, porque mamá ha dicho que podía verla; y tengo mi dinero de gastitos. ¡Qué mezquinas, no habérmelo dicho a tiempo!

-Escúchame un minuto y sé razonable -dijo Meg, tratando de calmarla-. Mamá no quiere que la veas esta semana, porque tus ojos no pueden todavía soportar la luz de esa comedia de magia. La semana que viene podrás ir con Beth y Hanna, y te divertirás mucho.

-Eso no me gusta tanto como ir con ustedes y Laurie. Déjame ir; he estado enferma y en casa con este catarro tanto tiempo, que ansío una diversión. ¡Déjame, Meg! Seré muy buena -imploró Amy tan patéticamente como pudo.

-¿Qué hacemos? ¿La llevamos? No creo que mamá se disgustaría si la abrigamos bien -comenzó Meg.

-Si ella va, no voy yo, y si yo no voy no le gustará a Laurie; además, sería muy descortés después de habernos invitado a nosotras dos, llevar también a Amy.

-Yo hubiera pensado que a ella no le gustaría colarse donde no la llaman -dijo Jo muy enojada.

Su tono y maneras irritaron tanto a Amy, que comenzó a ponerse las botas diciendo muy decidida:

-¡Voy y voy! Meg dice que puedo ir, y si me pago la entrada, a Laurie no le importa nada.

-No puedes sentarte con nosotros, porque nuestras localidades están ya tomadas y no vas a sentarte sola; Laurie tendrá que cederte su asiento, lo cual estropeará nuestro placer, o te buscará otro, y eso no está bien, cuando no te ha invitado. No adelantará nada; de modo que puedes quedarte donde estás -regañó Jo, cada vez más enojada.

Sentada en el suelo, con una bota puesta, Amy se echó a llorar y Meg se puso a convencerla, cuando Laurie llamó desde abajo y las dos chicas se apresuraron a bajar, dejando a su hermana lamentándose sin consuelo. En el momento en que salían, Amy gritó desde la barandilla de la escalera, con voz amenazadora:

-¡Lo vas a sentir, Jo! ¡Ya lo verás!

-¡Tonterías! -respondió Jo, cerrando de golpe la puerta.

Se divertieron mucho, porque «Los siete castillos del lago diamante» era todo lo brillante y maravilloso que cualquier persona podía desear. Pero a pesar de los diablillos rojos, de los duendes chispeantes, de los príncipes y princesas magníficos la diversión de Jo tenía una nota amarga. El pelo rubio de la reina de las hadas le recordó a Amy, y en los entreactos no podía dejar de pensar qué haría su hermana para hacerle «sentir» lo ocurrido. Ella y Amy habían tenido en el curso de sus vidas muchas peleítas, porque ambas poseían carácter fuerte y se enojaban con facilidad, aunque luego se avergonzaban de su proceder. Aunque era mayor, a Jo le era más difícil dominarse y poner freno a su carácter ardiente. Su enojo nunca duraba largo tiempo, y después de confesar su falta se arrepentía sinceramente, y procuraba corregirse. Sus hermanas decían que les gustaba ver a Jo

enfadada, porque después era un verdadero ángel. La pobre Jo trataba desesperadamente de ser buena, pero su enemigo interior estaba siempre listo para inflamarse y vencerla, y necesitó años de esfuerzos pacientes para dominarlo.

Cuando llegaron a casa encontraron a Amy leyendo en la sala. Ella adoptó aires de ofendida al entrar las hermanas, sin levantar los ojos de su libro ni hacer una pregunta. Quizá la curiosidad hubiese vencido el resentimiento si Beth hubiera estado allí para hacer preguntas y obtener una descripción brillante de la pieza. Al quitarse el sombrero Jo echó una mirada a la cómoda, porque en su última riña Amy había desahogado su rabia volcando el cajón de Jo sobre el suelo. Pero todo estaba en su sitio, y después de echar una rápida mirada a sus varios cajones y bolsos, Jo dedujo que Amy había olvidado y perdonado las ofensas. En eso se engañó, porque al día siguiente hizo un descubrimiento que levantó una borrasca. Hacia el atardecer, Meg, Beth y Amy estaban juntas, cuando Jo entró precipitadamente en el cuarto muy excitada y preguntó sin aliento:

-¿Quién ha quitado de su sitio mi libro de cuentos?

Meg y Beth contestaron al punto que ellas no lo habían tocado.

Amy atizó el fuego y no dijo nada. Jo la vio ponerse colorada y se abalanzó sobre ella.

-¡Amy, tú lo tienes!

-No; no lo tengo.

-Entonces, sabes dónde está.

-No; no lo sé.

-¡Mentira! -gritó Jo, asiéndola por los hombros con una furia capaz de atemorizar a una niña mucho más valerosa que Amy.

-No lo sé. No lo tengo; no sé donde está ni me importa.

-Tú sabes algo de ello y será mejor que lo digas inmediatamente, si no quieres decirlo a la fuerza -y Jo la sacudió ligeramente.

-Sermonea cuanto quieras; no volverás a tener ese libro tonto -gritó Amy, excitándose también.

-¿Por qué no?

-Lo he quemado.

-¡Cómo! ¿Mi pequeño libro que mucho quería, y en el cual trabajaba tanto, con la intención de acabarlo antes de que papá vuelva? Lo has quemado, ¿verdad? -dijo Jo poniéndose muy pálida, mientras sus ojos llameaban y sus manos aferraban a Amy nerviosamente.

-Sí, lo quemé. Te dije que te haría pagar tu enojo de ayer, y lo he hecho, de modo que...

Pero Amy no pudo acabar, porque Jo, dominada por su genio irascible, sacudió a Amy hasta hacerla temblar de pies a cabeza, mientras gritaba, llena de dolor y furia:

-¡Mala! ¡Mala! ¡No podré escribirlo de nuevo, y no te lo perdonaré en toda mi vida!

Meg corrió en socorro de Amy. Beth intentó calmar a Jo; pero ésta se hallaba fuera de sí, y dando una última bofetada a su hermana, salió del cuarto precipitadamente para refugiarse en la boardilla y acabar a solas su pelea.

Abajo se aclaró la borrasca cuando la señora March volvió, y después de escuchar lo sucedido, hizo comprender a Amy el daño que había hecho a su hermana. El libro de Jo era el orgullo de su corazón, y la familia lo consideraba como un ensayo literario que prometía mucho.

Eran solamente seis pequeños cuentos de hadas, pero Jo los había compuesto con mucha paciencia, poniendo todo su corazón en aquel trabajo, con la esperanza de hacer algo que mereciera publicarse. Acababa de copiarlos cuidadosamente y había roto el borrador; de modo que la fogata de Amy había consumido el trabajo cariñoso de varios años. A los demás no les parecía muy importante, pero para Jo era una calamidad terrible, de la que no creía poder consolarse jamás. Beth lo lamentaba como si hubiera sido la muerte de un gatito y Meg rehusó defender a su favorita; la señora March parecía afligida, y Amy pensaba que nadie podría quererla hasta que no hubiese pedido perdón por el acto que ya lamentaba más que nadie.

Cuando tocó la campana para el té, Jo apareció tan severa e inabordable, que Amy tuvo que apelar a todo su valor para decirle humildemente:

-Perdóname lo que hice, Jo; lo siento muchísimo.

- ¡No te perdonaré jamás! -fue la fría respuesta de Jo, y a partir de ese momento ignoró a su hermana.

Nadie habló del asunto, ni aun su madre porque todas sabían por experiencia que cuando Jo estaba de mal humor, eran inútiles las palabras y lo mejor era esperar hasta que algún incidente propio de su carácter generoso quebrantase el resentimiento de Jo y todo se olvidara.

No fue aquella una velada feliz; porque, aunque cosieron, como de costumbre, mientras leía su madre en voz alta un buen libro, algo faltaba, y la dulce paz del hogar estaba interrumpida. Más aún lo sintieron cuando llegó la hora de cantar; porque Beth no pudo hacer más que tocar, Jo estaba muda como una ostra y Amy se echó a llorar, de modo que Meg y su madre cantaron solas, no sin desentonar, a pesar de sus mejores esfuerzos.

Al dar a Jo el acostumbrado beso de «buenas noches», su madre murmuró suavemente:

-Querida mía, no dejes que termine el día enojada. Perdónense ambas y empiecen de nuevo mañana.

Jo tenía ganas de apoyar la cabeza en aquel seno maternal y llorar hasta que pasasen su dolor y su ira; pero las lágrimas hubieran sido una debilidad femenina. Su resentimiento era tan profundo que no podía perdonar todavía. Sacudió la cabeza, contuvo el llanto y dijo hoscamente:

-Fue algo vil y no merece que la perdonen.

Dicho esto, se marchó a la cama y aquella noche no hubo charla ni confidencias.

Amy estaba muy ofendida porque sus proposiciones de paz habían sido rechazadas. Casi deseaba no haberse humillado, para sentirse más humillada que antes. Empezó a enorgullecerse de su virtud superior de un modo especialmente irritante. Jo parecía todavía una nube borrascosa y aquel día todo fue mal. La mañana era muy fría. Dejó caer su pastelillo caliente en el barro; la tía March tuvo un ataque de nervios; Meg estaba pensativa; Beth quería parecer pesarosa y triste cuando llegó a casa, y Amy continuaba haciendo observaciones acerca de personas que hablaban siempre de ser buenas y no querían hacer el más pequeño esfuerzo para conseguirlo.

“¡Todo el mundo está tan desagradable!... Pediré a Laurie que me acompañe a patinar. El siempre es amable y está de buen humor; estoy segura de que su compañía me dará ánimo”, dijo Jo para sí.

Amy oyó el entrechoque de los patines y miró por la ventana, exclamando impacientemente:

-¡Bueno!, y me prometió que yo iría con ella la próxima vez; porque éste es el último hielo que tendremos. Pero es inútil pedir a una cascarrabias que me lleve.

-No digas eso. Has sido muy mala, y es duro para ella perdonar la pérdida de su precioso librito; pero creo que lo hará si buscas su indulgencia en el momento propicio -dijo Meg-. Síguelos, y no digas nada hasta que Jo esté de buen humor; entonces aprovecha un momento tranquilo y dale un beso, o haz algo cariñoso, y estoy segura de que serán buenas amigas de nuevo.

-Lo intentaré -repuso Amy, que encontraba muy conveniente el consejo.

No estaba lejos el río, pero ambos estaban ya listos antes de que Amy los alcanzara. Jo la vio venir y le volvió la espalda. Laurie no la vio porque estaba patinando cuidadosamente a lo largo de la orilla, probando el hielo.

-Iré a la primera vuelta para ver si está firme antes de que empecemos a correr -oyó Amy que decía el muchacho, mientras salía disparando como un cosaco, con su chaqueta y gorro forrados de piel.

Jo oyó a Amy sin aliento después de su carrera, golpeando el suelo y calentándose los dedos con el aliento, al tratar de ponerse los patines; pero Jo no se volvió, sino que continuó haciendo zigzag río abajo, encontrando cierta amarga satisfacción en los apuros de su hermana.

Había alimentado tanto su enojo, que éste la dominaba por completo, como suele ocurrir con los malos pensamientos y sentimientos cuando no se expulsan al primer momento. Al doblar el recodo gritó Laurie:

-Sigue cerca de la orilla; no está seguro en el centro.

Jo lo oyó, pero Amy luchaba por levantarse y no pudo oír una palabra.

Jo echó una ojeada a sus espaldas y el diablillo que había venido abrigando murmuró a su oído:

«No importa que no lo haya oído; que se cuide sola.»

Laurie había desaparecido tras el recodo. Jo iba a dar la vuelta, y Amy, siguiéndolos a gran distancia, se dirigía hacia el hielo más liso a la mitad del río. Durante un minuto Jo se quedó quieta, con un sentimiento extraño en el corazón; después se decidió a seguir adelante; pero algo la detuvo y la hizo girar a tiempo para ver que Amy alzaba las manos y se hundía bajo el hielo roto, dando un grito, que le heló a Jo la sangre en las venas. Trató de llamar a Laurie, pero había perdido la voz; trató de correr, pero sus pies no podían moverse; por un instante se quedó paralizada y aterrada, con los ojos clavados en la pequeña capucha azul encima del agua oscura. Alguien pasó a su lado a toda carrera, y la voz de Laurie gritó:

-Unas tablas de la valla. ¡Pronto, pronto!

Jamás supo cómo lo hizo; pero durante los pocos minutos que siguieron, trabajó como una poseída, obedeciendo ciegamente a Laurie, que conservó su serenidad, y tendiéndose boca abajo en el hielo sostuvo a Amy con sus brazos hasta que Jo hubo arrastrado un trozo de la empalizada, y juntos sacaron del agua a la niña, más espantada que lastimada.

-Ahora tenemos que llevarla a casa tan pronto como podamos. Cúbrela con nuestros abrigo mientras le quito estos malhadados patines -gritó Laurie, luchando con las correas, que nunca le habían parecido tan complicadas.

Tiritando, chorreando y llorando, Amy fue conducida a casa; y después de tanta agitación, se durmió envuelta en mantas, delante de un buen fuego. Durante todo este trajín Jo apenas había hablado; corría de un lado a otro pálida y desencajada, con el vestido rasgado y las manos cortadas y heridas por el hielo, los palos y las hebillas de las correas.

Cuando Amy se quedó cómodamente dormida y la casa estuvo tranquila, su madre, sentada al lado de la cama, llamó a Jo y comenzó a vendarle las manos heridas.

-¿Estás segura de que está bien? -murmuró Jo, mirando con remordimiento la cabellera dorada que pudo haberse perdido para siempre bajo el hielo traidor.

-Está bien, querida mía; no se ha herido, y creo que ni se resfriará; fueron muy prudentes en cubrirla bien y traerla pronto a casa -dijo su madre, muy animada.

-Laurie lo hizo todo; yo no hice más que dejarla sola. Mamá, si ella muriera yo tendría la culpa -y Jo cayó al lado de la cama deshecha en llanto, relatando todo lo que había sucedido, condenando su rudeza de corazón y expresando con sus lágrimas la gratitud por haber escapado del duro castigo que podía haber caído sobre ella-. ¡Es mi mal genio! Trato de corregirlo; creo que lo he logrado, y entonces surge peor que antes. ¡Oh, mamá!, ¿qué puedo hacer? -gritó la pobre Jo desesperada.

-Vela y ora, querida mía; no te canses de intentarlo y nunca pienses que es imposible vencer tu defecto -dijo la señora March, atrayendo a su hombro la cabeza desordenada y besando las mejillas húmedas con tanta ternura que Jo lloró más que nunca.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-No lo sabes bien; no puedes adivinar lo malo que es. Parece como si yo fuera capaz de hacer cualquier atrocidad cuando la pasión me domina; tan feroz soy, que podría hacer daño a cualquiera, y hacerlo con gusto. Tengo miedo de que un día haga algo terrible y estropee mi vida, haciéndome aborrecer de todo el mundo. ¡Oh, mamá, ayúdame! ¡Ayúdame!

-Lo haré, hija mía, lo haré. No llores tanto. Pero recuerda este día y resuelve con toda tu voluntad que nunca te hallarás en otro parecido. Jo de mi alma, todos tenemos nuestras tentaciones, algunas aun mayores que las tuyas, y a menudo debemos luchar durante toda la vida para vencerlas. Piensas que tu carácter es el peor del mundo, pero el mío solía ser lo mismo.

-¿El tuyo, mamá? ¡Pero si no te enojas nunca! -exclamó Jo, olvidando su remordimiento con la sorpresa de semejante descubrimiento.

-He tratado de mejorarlo desde hace cuarenta años y sólo he logrado reprimirlo. Me enojo casi todos los días de mi vida, Jo; pero he aprendido a no demostrarlo, y todavía tengo la esperanza de aprender a no sentirlo, aunque necesite otros cuarenta años para conseguirlo.

La paciencia y humildad de aquel rostro querido valía más para Jo que el discurso más sabio o la reprensión más severa. Se sintió consolada por la simpatía y la confianza que había recibido. Saber que su madre tenía un defecto parecido al suyo y que había tratado de curarlo, la ayudó a soportar su prueba, aunque para una chica de quince años eso de velar y orar durante cuarenta años le parecía demasiado.

-¿Mamá, estás muy enojada cuando aprietas los labios y sales del cuarto algunas veces si regañas a la tía March o alguien te estorba? -preguntó Jo, sintiéndose más cerca de su madre y más querida por ella que nunca.

-Sí; he aprendido a contener las palabras bruscas que vienen a mis labios, y cuando siento que quieren salir contra mi voluntad, salgo por un minuto, y me reprocho por ser tan débil y mala.

-¿Cómo has aprendido a mantenerte tranquila? Eso es lo que encuentro difícil, porque las palabras mordaces saltan de mis labios antes de que me dé cuenta, y cuanto más digo, peor me pongo, hasta llegar a herir los sentimientos de los demás y decir cosas terribles. Dime cómo puedo hacerlo, querida mamá.

-Mi buena madre me ayudaba.

-Como tú puedes hacerlo con nosotras -interrumpió Jo.

-Pero la perdí cuando era poco mayor que tú, y durante muchos años tuve que luchar sola, porque era demasiado orgullosa para confesar mi debilidad a ninguna otra persona. Pasé tiempos muy malos, Jo, y lloré muchas veces mis fracasos; porque a pesar de mis esfuerzos, nunca parecía adelantar nada. Entonces llegó tu padre, y fui tan feliz que encontraba fácil ser buena. Poco después, cuando tuve cuatro hijitas a mí alrededor y éramos pobres, la antigua lucha comenzó de nuevo, porque no soy paciente por temperamento, y ver que a mis niñas les faltaba alguna cosa me atormentaba.

-¡Pobre mamá! Entonces, ¿quién te ayudó?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Tu padre, Jo. El nunca pierde la paciencia, ni duda, ni se queja; siempre tiene esperanza, trabaja y espera tan alegremente, que uno se avergüenza de conducirse de otra manera delante de él. Ayudándome y confortándome, me demostró que yo tenía que practicar todas las virtudes que deseaba que mis hijas poseyeran, porque yo era para ellas un ejemplo. Era más fácil intentarlo por su bien que por el mío. Una mirada de susto o de sorpresa de una de ustedes cuando yo hablaba duramente, me corregía como ningún reto podría hacerlo; el amor, el respeto y la confianza de mis niñas era la recompensa más dulce que pudieran recibir mis esfuerzos para ser la mujer que ellas debían imitar.

-¡Oh, mamá, si algún día lograra yo ser la mitad de buena que tú, estaría satisfecha! -exclamó Jo muy conmovida.

-Espero que lograrás ser mucho mejor, querida mía; pero tienes que vigilar al «enemigo de tu corazón», como lo llama tu padre; de lo contrario, él entristecerá o estropeará tu vida. Has recibido una amonestación; acuérdate de ella y procura con toda tu alma dominar ese genio antes que te traiga una tristeza o un arrepentimiento mayor que los de hoy.

-Lo procuraré, mamá; lo procuraré de veras. Pero tienes que ayudarme, recordármelo y contenerme cuando voy a saltar. Algunas veces he visto a papá llevarse el dedo a los labios y mirarte con expresión cariñosa, aunque triste, y tú siempre apretabas los labios o te marchabas. ¿Era que te lo recordaba entonces?

-Sí; yo le había pedido que me ayudara de ese modo, y nunca lo olvidó; así me evitó decir palabras funestas.

Jo notó que los ojos de su madre se llenaban de lágrimas y que sus labios temblaban, y temiendo haber dicho demasiado, murmuró preocupada:

-¿Hacía yo mal en observarte y hablar de eso ahora? No quiero ser impertinente; ¡pero, es tan consolador decir todo lo que pienso y sentirme tan segura y feliz aquí!

-Jo mía, puedes decir cualquier cosa a tu madre, porque mi mayor felicidad y orgullo es sentir que mis hijas confían en mí y saben cuánto las quiero.

-Pensé que te había entristecido.

-No, querida mía; pero hablar de tu padre me recuerda cuánto lo extraño y con cuánta fidelidad debo vigilar para guardarle sus hijas buenas y seguras.

-Y sin embargo, tú le dijiste que fuera a la guerra, mamá, y no lloraste al marcharse, ni te quejas ahora como si no necesitaras ayuda alguna -dijo Jo, algo sorprendida.

-Di lo mejor que poseía a la patria querida, y contuve mis lágrimas hasta que se hubiese marchado. ¿Por qué he de quejarme, cuando no hemos hecho más que lo correcto y al fin seremos más felices por haberlo hecho? Si parezco no necesitar ayuda, es porque tengo un amigo aún mejor que mi esposo para confortarme y sostenerme. Hija mía, las penas y tentaciones de tu vida comienzan ahora y quizá sean muchísimas, pero puedes vencerlas a todas si aprendes a sentir la fuerza y

ternura de tu Padre celestial como sientes la de tu padre terrestre. Cuanto más le ames y confíes en El, tanto más te sentirás envuelta por su protección y tanto menos dependerás del poder y la sabiduría humanos. Su amor y cuidado nunca se cansan ni cambian, ni tampoco te los puede quitar nadie, sino que pueden llegar a ser la fuente de una paz, de una felicidad y de una fuerza que durarán toda la vida. Créelo con todo tu corazón, pide la ayuda de Dios en todos tus cuidados, esperanzas, pecados y tristezas, tan libre y confiadamente como vienes a tu madre.

Jo abrazó a su madre por respuesta, y durante el silencio siguiente brotó del fondo de su corazón la oración más sincera de su vida; en aquella hora, triste aunque feliz, había aprendido no solamente la amargura del remordimiento y de la desesperación, sino también la dulzura de la abnegación y del dominio de sí misma, y conducida por la mano maternal, se había acercado al Amigo que recibe a los niños con un amor más fuerte que el de cualquier padre, más tierno que el de cualquier madre.

Amy se movió y suspiró entre sueños. Deseosa de comenzar enseguida la corrección de su falta, Jo la miró con una expresión desconocida hasta entonces.

-He dejado pasar el día enojada; no quise perdonarla ayer, y hoy, si no hubiera sido por Laurie, sería demasiado tarde. ¿Cómo pude ser tan mala? -dijo Jo a media voz, inclinándose sobre su hermana y acariciando su cabellera húmeda.

Como si la hubiese oído, Amy abrió los ojos y extendió los brazos con una sonrisa que penetró hasta el corazón de Jo. Ninguna habló, pero se abrazaron a pesar de las mantas, y todo quedó perdonado y olvidado con un beso sincero.

CAPÍTULO IX

MEG VISITA LA FERIA DE LAS VANIDADES

-La verdad es que esos chicos han contraído el sarampión con mucha oportunidad -dijo Meg ese día de abril, mientras empaquetaba el baúl en su dormitorio, ayudada por sus hermanas.

-¡Qué amable ha sido Annie Moffat no olvidando su promesa! Debe ser magnífico tener dos semanas de recreo -respondió Jo, que parecía un molino de viento al plegar las faldas con sus largos brazos.

-¡Y el tiempo es tan agradable! Me alegro mucho de eso -añadió Beth, arreglando lazos para el cuello y el pelo en su mejor estuche, que había prestado a su hermana mayor para ocasión tan importante.

-Me gustaría ir a divertirme y vestirme con esta ropa tan bonita -dijo Amy, con la boca llena de alfileres, que estaba poniendo en el acerico de su hermana.

-Ojalá vinieran todas conmigo; pero como no puede ser, guardaré mis aventuras para contarlas cuando vuelva. Es lo menos que puedo hacer, cuando han sido tan buenas prestándome cosas y ayudándome en los preparativos -respondió Meg, contemplando el sencillo equipo, que a sus ojos parecía casi perfecto.

-¿Qué te dio mamá de la caja de tesoros? -preguntó Amy, que no había presenciado la apertura de cierta caja de cedro, en la cual la señora March guardaba unas reliquias del esplendor pasado para regalarlas a sus hijas en ocasión oportuna.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Un par de medias de seda, aquel bello abanico tallado y una faja azul. Deseaba el traje de seda violeta, pero no hay tiempo para arreglarlo; de modo que debo contentarme con mi viejo traje de lana escocesa.

-Quedará muy bien encima de mi nueva falda de muselina con la faja para realzarla. Quisiera no haber roto mi pulsera de coral para poder prestártela -dijo Jo.

-En la caja de tesoros hay un collar de perlas antiguo y muy bello; pero mamá dice que las flores naturales son el adorno más hermoso para una joven, y Laurie ha prometido enviarme todas las que yo desee -respondió Meg-. Ahora, veamos: está mi nuevo traje gris... Riza la pluma de mi sombrero, Beth...; después, mi traje de muselina de lana fina para el domingo y la pequeña reunión... Parece algo pesado para la primavera, ¿verdad? ¡Qué bien estaría el traje de seda violeta!

-No importa, tienes el de tartán para la reunión importante y tú estás angelical cuando te vistes de blanco -dijo Amy, encantada ante el montoncito de elegancias.

-No está escotado y no tiene bastante vuelo, pero tendrá que servir. Mi traje azul ha quedado tan bien después de estar vuelto del revés y adornado, que parece nuevo. Mi chaqueta de seda no está a la moda, ni mi sombrero es como el de Sallie. No quise decir nada, pero me llevé un gran chasco con mi paraguas. Dije a mamá que me comprase uno con mango blanco, pero lo olvidó y compró uno verde con mango feo y amarillo. Es fuerte y práctico, así que no debo quejarme, pero sé que me dará vergüenza llevarlo al lado del paraguas de seda que tiene Annie, con mango de oro -suspiró Meg, mirando con ojo crítico el pequeño paraguas.

-Cámbialo -aconsejó Jo.

-No seré tan tonta de ofender a mamá, cuando se ha tomado tantas molestias para obtener mis cosas. Es una tontería, y no voy a dejarme vencer por ella. Mis medias de seda y los dos pares de guantes son mi consuelo. ¡Qué buena eres en prestarme los tuyos, Jo! Me siento tan rica y elegante con dos pares nuevos y los viejos limpios. -Y Meg echó otra mirada al estuche de los guantes-. Annie Moffat tiene lazos azules y rosas en sus gorros de noche; ¿quieres poner algunos en los míos?

-No, por cierto; los gorros de noche adornados no combinarían con vestidos sencillos y sin adornos. Los pobres no deben adornarse -dijo Jo con decisión.

-Me pregunto si podré tener alguna vez encaje verdadero en mis trajes y lazos en mis gorros -susurró Meg, impaciente.

-El otro día decías que serías completamente feliz nada más que con poder visitar a Annie Moffat -observó Beth con suma tranquilidad.

-Verdad que lo dije. Bueno; estoy alegre y no me quejaré; pero parece que cuanto más se recibe más se quiere... ¿No es así? ¡Vaya! Ya está todo listo y empaquetado, excepto mi traje de baile, el cual dejaré para mamá -dijo Meg, animándose a pasar la vista del baúl a medio llenar al vestido blanco, tantas veces planchado y remendado, al cual denominaba vestido de baile.

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido, y Meg partió triunfante para pasar quince días de novedad y placer. La señora March había consentido en la visita con cierto disgusto, temiendo que Meg no volviera tan contenta como iba. Pero ella había rogado tanto, Sallie había prometido tan repetidamente cuidarla bien, y parecía tan agradable un poco de distracción después del trabajo invernal, que la señora March cedió y su hija fue a probar por vez primera la vida mundana.

Los Moffat afectaban un estilo mundano, y la sencilla Meg se sintió al principio algo intimidada por lo magnífico de la casa y la elegancia de sus moradores. Pero a pesar de su vida frívola eran gente amable y pronto la hicieron sentirse cómoda. Tal vez Meg, sin comprender por qué, tuvo la sensación de que no eran personas muy cultivadas o inteligentes, y de que todo su oropel no bastaba para ocultar el material ordinario de que estaban hechas. Era ciertamente agradable comer bien, pasearse en coche, ponerse los mejores vestidos todos los días y no hacer más que divertirse. Esto convenía a sus gustos; pronto comenzó a imitar las maneras y la conversación de sus compañeras, a darse tono y servirse de frases francesas, rizarse el pelo, apretarse la cintura y hablar de modas tan bien como podía. Cuanto más veía las cosas bonitas de Annie, tanto más las envidiaba y suspiraba por ser rica. Ahora su casa le parecía desnuda y triste cuando pensaba en ella, el trabajo se le hacía más difícil que nunca, y se sentía como una muchacha muy poco favorecida por la fortuna, a pesar de los guantes nuevos y las medias de seda.

No tenía, sin embargo, mucho tiempo para quejarse, porque las tres chicas estaban muy ocupadas en “divertirse mucho”. Iban de tiendas, paseaban, andaban a caballo y hacían visitas todo el día; por la tarde iban al teatro y a la ópera, o jugaban en casa, porque Annie Moffat tenía muchísimos amigos y sabía cómo divertirlos. Sus hermanas mayores eran señoritas muy correctas; una tenía novio, lo cual parecía a Meg muy interesante y romántico. El señor Moffat era un viejo regordete y jovial, amigo del padre de ella, y su esposa, una señora regordeta y alegre que tomó tanto cariño a Meg como su hija se lo había tomado.

Todos la atendían mucho, y «Daisy», como la llamaban, estaba en buen camino de tener la cabeza trastornada.

Cuando llegó la noche del pequeño baile descubrió que el vestido de muselina de lana fina no iba bien, porque las otras chicas se ponían vestidos ligeros y se engalanaban hermosamente; así que sacó el vestido de tartán, que parecía más viejo, soso y gastado que nunca al lado del flamante vestido de Sallie. Meg notó la mirada que las chicas echaron a su traje, y después una a la otra, y sus mejillas se encendieron porque, a pesar de su dulzura, era muy orgullosa.

Nadie habló de ello, pero Sallie se ofreció a arreglarle el pelo, Annie a atarle la faja y Belle, la que tenía novio, alabó la blancura de sus brazos; pero en la amabilidad con que la trataban, Meg no vio más que lástima hacia su pobreza, y se sintió desanimada al verse aparte, mientras las otras reían, charlaban y corrían como ligeras mariposas. Su malestar iba haciéndose más amargo cuando entró la doncella con una cajita de flores. Antes de que pudiese hablar, Annie la había destapado dejando a la vista las bellas rosas, brezos y helechos que contenía.

-Deben ser para Belle; George siempre le envía algunas flores, pero éstas son encantadoras -exclamó Annie.

-Son para la señorita March, según dijo el mensajero. Aquí hay una carta -repuso la doncella, entregándosela a Meg.

-¡Qué gusto! ¿De quién son? No sabíamos que tenías novio -gritaron las chicas, llenas de curiosidad y sorpresa.

-La carta es de mamá y las flores de Laurie -contestó sencillamente Meg, aunque muy contenta de que no la hubieran olvidado.

-¿De veras? -dijo Annie, dudosa, mientras Meg metía la cartita a hurtadillas en su bolsillo, como un talismán contra la vanidad y el falso orgullo.

Sintiéndose casi feliz otra vez, escogió algunos helechos y rosas para sí misma y pronto arregló las otras en bonitos ramilletes para adornar a sus amigas, ofreciéndoselos tan graciosamente, que Clara, la hermana mayor, le dijo que era “la niña más amable que había visto”. La buena acción puso fin a su abatimiento, y cuando las demás fueron a que las viera la señora Moffat, se miró al espejo y se encontró con una cara con ojos alegres, según ponía los helechos en su pelo rizado y fijaba las rosas en el traje, que no le parecía tan usado.

Aquella noche se divirtió mucho, porque bailó cuanto quiso; todos fueron muy amables y recibió tres cumplidos. Annie la hizo cantar y alguien dijo que tenía una voz bien timbrada; el comandante Lincoln preguntó quién era «la muchachita fresca de ojos bellos», y el señor Moffat insistió en bailar con ella porque «no vacilaba y tenía un paso muy ligero». Pasó un rato muy agradable, hasta que oyó por casualidad una conversación que la perturbó muchísimo. Estaba sentada a la puerta del invernadero, esperando a su compañero que iba a traerle un helado, cuando oyó una voz al otro lado de la pared florida que preguntaba:

-¿Qué edad tiene él?

-Dieciséis o diecisiete años, diría yo -dijo otra voz.

-¡Qué magnífico partido para una de esas chicas!, ¿no le parece a usted? Sallie dice que son amigos íntimos ahora y el viejo está chiflado por ellas.

-Supongo que la señora March tiene sus proyectos, y está haciendo un juego prudente, temprano como es. Claro es que la muchacha no piensa todavía en ello -dijo la señora Moffat.

-Ella dijo aquella mentira tocante a su mamá como si se diera cuenta, y se ruborizó cuando llegaron las flores. ¡Pobrecilla! ¡Estaría tan bonita si se vistiera a la moda!

-¿Piensa usted que se ofendería si nos ofreciéramos a prestarle otro vestido para el jueves? -preguntó otra voz.

-Es orgullosa, pero no creo que le importaría, porque no tiene más traje que ese viejo de tartán. Puede que se lo rasgue esta noche, lo que será una buena oportunidad para ofrecerle otro nuevo.

-Veremos; invitaré a ese Laurence en honor de ella y nos divertiremos mucho con ello después.

En esto apareció el compañero de Meg, que la encontró algo colorada y agitada. Era orgullosa y en aquel momento su orgullo le fue útil, porque la ayudó a ocultar su mortificación por lo que acababa de oír; porque por inocente que fuera, no pudo menos de comprender la murmuración de sus amigas. Trató de olvidarla, pero no pudo. Las frases “la señora March tiene sus proyectos”, “esa mentira acerca de su mamá” y “el viejo vestido de tartán” venían insistentemente a su memoria, hasta darle ganas de llorar y escaparse a casa para contar sus penas y pedir consejos. Como esto era imposible, hizo lo que pudo para simular alegría; y lo consiguió tan bien, que nadie hubiera sospechado el esfuerzo que le costaba. Estuvo muy contenta cuando terminó, y pudo irse tranquilamente a la cama, donde podía pensar hasta dolerle la cabeza y refrescar con algunas lágrimas sus mejillas ardientes.

Aquellas necias, aunque bien intencionadas palabras, le habían descubierto a Meg un mundo desconocido, perturbando la paz de aquel en que hasta entonces había vivido tan felizmente como un niño. Su inocente amistad con Laurie había sido estropeada por la conversación tonta que había oído; su confianza en su madre había sido un poco sacudida por los proyectos mundanos que la señora Moffat le atribuía, y la sensata resolución de contentar con el simple vestido que convenía a la hija de un hombre pobre estaba debilitada por la innecesaria lástima que las otras chicas le habían demostrado.

La pobre Meg pasó la noche sin dormir y se levantó con los ojos pesados, infeliz, algo enojada hacia sus amigas y medio avergonzada de sí misma por no haber hablado francamente y aclarado todo. Aquella mañana todas estaban dormilonas, y las chicas no tenían suficiente energía para reanudar su tejido. Enseguida Meg notó algo en la conducta de sus amigas; la trataban más respetuosamente, pensó, se interesaban en lo que decía y la miraban con ojos que descubrían su curiosidad. Todo esto la sorprendió y la lisonjeó, aunque no lo comprendió, hasta que la señorita Belle levantó los ojos de su escritura y dijo con aire sentimental:

-Querida Meg, he enviado una invitación a tu amigo el señor Laurence para el jueves. Quisiéramos conocerlo y hacerte este cumplido.

Meg se ruborizó, pero con cierta idea maliciosa de reírse de las chicas, respondió modestamente:

-Eres muy amable, pero temo que no vendrá.

-¿Por qué no, *chérie*? -preguntó la señorita Belle con cierta alarma.

-Es demasiado viejo.

-Hija mía, ¿qué quieres decir? ¿Qué edad tiene?, quisiera saber -preguntó la señorita Clara.

-Cerca de los setenta, creo -respondió Meg, haciéndose la tonta.

-¡Qué pícara eres! Queremos decir el joven -exclamó la señorita Belle.

-No hay ningún joven; Laurie no es más que un chico -y Meg se rió también de la mirada sorprendida que las hermanas canjearon al describir ella así a su novio supuesto.

-De tu edad, poco más o menos -dijo Inés.

-Más bien de la edad de mi hermana Jo; yo cumpliré diecisiete años en agosto.

-Qué amable es enviándote flores, ¿no te parece? -dijo Annie.

-Sí; lo hace a menudo con todas nosotras, porque tiene muchas en su casa y a nosotras nos gustan mucho. Mi madre y el viejo señor Laurence son amigos, comprenderán así, que no hay nada extraño en que nosotros, niños, juguemos juntos -respondió Meg, esperando que, con estas explicaciones no volverían sobre el asunto.

-Es claro que Meg todavía no se da cuenta -dijo la señorita Clara, con una seña de cabeza a Belle.

-Un estado de inocencia pastoral en todo ello -respondió la señorita Belle encogiéndose de hombros.

-Voy a salir para hacer algunas compritas para las muchachas; ¿puedo hacer algo por ustedes, señoritas? -preguntó la señora Moffat, entrando como un elefante vestida de seda y encajes.

-No, gracias, señora -respondió Sallie-; tengo mi traje nuevo de seda rosa para el jueves y no me hace falta nada.

-Ni yo -comenzó a decir Meg, pero se detuvo, porque pensó que le hacían falta varias cosas y no podía obtenerlas.

-¿Qué traje te vas a poner? -preguntó Sallie.

-Mi viejo traje blanco otra vez, si puedo arreglarlo de modo que pueda pasar; anoche se rasgó por varias partes -repuso Meg, tratando de hablar con naturalidad, aunque se sentía muy preocupada.

-¿Porqué no envías a casa por otro? -dijo Sallie, que no era muy observadora.

-No tengo ningún otro -contestó Meg, haciendo un pequeño esfuerzo; pero Sallie no se dio cuenta y exclamó, amable y sorprendida:

-¿No tienes más que aquél? ¡Qué curioso! -no acabó su discurso, porque Belle meneó la cabeza y la interrumpió, diciendo amablemente:

-Nada de eso. ¿De qué sirve tener muchos vestidos cuando aún no se está de largo? No necesitas enviar a casa, Meg, aunque tuvieras una docena, porque yo tengo un traje encantador de seda azul, que me ha quedado chico, y tú te lo pondrás para darme gusto. ¿Verdad, querida?

-Eres muy amable, pero no me importa usar mi vestido viejo, si no te ofendes; es bastante bueno para una chica de mi edad -respondió Meg.

-No, dame el placer de vestirme a la moda. Lo deseo mucho y estarás verdaderamente encantadora con algo de ayuda. No permitiré que alguien te vea hasta que tu tocado esté completo, y entonces entraremos súbitamente como Cenicienta y madrina en el baile -dijo Belle con voz persuasiva.

Meg no pudo rehusar la oferta hecha tan amablemente, porque el deseo de ver si estaría “verdaderamente encantadora” después de ciertos tocados le hizo aceptar y olvidar todos sus primeros sentimientos desagradables hacia los Moffat.

La noche del jueves Belle se encerró con su doncella y las dos lograron hacer de Meg una gentil dama. Le rizaron el pelo, le frotaron el cuello y los brazos con cierto polvo perfumado, tocaron sus labios con pomada coralina y le hubieran dado color a las mejillas si Meg no se hubiese opuesto. La empaquetaron en un traje azul celeste tan apretado que apenas podía respirar, y tan escotado que la modesta Meg se ruborizó al mirarse al espejo. Un juego de filigrana de plata se añadió a su atavío, compuesto de pulseras, collar, broche, y aun pendientes, porque Hortense los fijó con seda de color rosa que no se notaba. Un ramillete de capullos de rosas al pecho y una echarpe reconciliaron a Meg con el escote, y un par de zapatos de seda azul de tacones altos satisfizo el deseo de su corazón. Un pañuelo de encaje, un abanico de plumas y un ramillete en mango de plata completaron su tocado, y la señorita Belle al mirarla encontró la misma satisfacción de una niña que acaba de vestir a su gusto una muñeca.

-La señorita está encantadora, *tres jolie*, ¿no es verdad? -exclamó Hortense, cruzando las manos con fingido arrobamiento.

-Ven y preséntate -dijo la señorita Belle, precediéndola al cuarto donde esperaban las otras.

Al seguirla con mucho crujir de seda, retintín de pendientes, movimiento de bucles y palpitación de corazón, Meg pensaba que al fin su diversión había comenzado de veras, porque el espejo le dijo claramente que estaba «verdaderamente encantadora».

-Mientras yo me visto, Annie, enséñale cómo arreglar su falda y esos tacones franceses, o dará un tropezón. No arruinen el trabajo encantador de mis manos -dijo Belle, saliendo precipitadamente, muy satisfecha de su éxito.

-Temo bajar; me siento tan extraña, tiesa y medio desnuda... -susurró Meg a la señorita Sallie cuando tocó la campana y la señora Moffat envió a decir que bajasen las señoritas.

-No pareces la misma, pero estás muy bonita. No puedo lucir a tu lado, porque Belle tiene gusto y estás completamente francesa, te lo aseguro. Deja colgar las flores; no te ocupes demasiado de ellas y no tropieces -respondió Sallie.

Acordándose bien del aviso, Meg bajó la escalera sin tropiezo y entró majestuosamente en el salón, donde estaban reunidos los Moffat y algunos invitados tempranos. Pronto descubrió que hay algo encantador en los vestidos elegantes que atrae a cierta clase de gente y asegura su respeto. Algunos jóvenes que no habían hecho caso de ella antes se tornaron de repente muy amables: algunos muchachos que no habían hecho más que mirarla con extrañeza durante la reunión anterior, ahora no se contentaron con mirarla, sino que rogaron ser presentados a ella y le dijeron toda clase de tonterías; y algunas damas ancianas, que sentadas en sofás criticaban a los demás, preguntaron con interés quién era.

Oyó a la señora Moffat que respondía a una de ellas:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Daisy March... Su padre es coronel en el ejército... Una de nuestras mejores familias, pero cambios de fortuna, ¿sabe usted?... Amiga de los Laurence; una persona encantadora, le aseguro; mi Eduardo está loco por ella.

-¡Vaya, vaya! -dijo la otra dama, levantando sus anteojos para inspeccionar otra vez a Meg, que trató de aparentar no haber oído, ni ofenderse por las mentiras de la señora Moffat.

La “extraña sensación” no desapareció, pero se imaginó hacer el nuevo papel de una dama elegante y logró hacerlo bastante bien, aunque el traje ajustado le causaba dolores en el costado, la cola del traje se le ponía entre los pies y temía constantemente que los pendientes se le cayeran y se rompiesen. Estaba abanicándose y riéndose de las bromas tontas de cierto mozo, que trataba de ser chistoso, cuando de pronto dejó de reír y se quedó desconcertada, porque vio a Laurie enfrente de ella. El la miraba fijamente, sin disimular su sorpresa ni su desaprobación, según pensó ella; porque aunque saludó y sonrió, algo en sus ojos honestos la hizo ruborizarse y desear haberse puesto su vestido viejo.

Para completar su confusión, vio a Belle hacerle señas a Annie y ambas pasaban la mirada de ella a Laurie, más tímido y añorado que de costumbre, cosa que ella observó con placer.

“¡Qué locas son metiéndome tales ideas en la cabeza! No haré caso de ello, ni cambiaré lo más mínimo”, pensó Meg, y atravesó la sala con mucho crujir de seda para dar la mano a su amigo.

-Me alegro que hayas llegado, porque temía que no vinieras -dijo con aire de persona mayor.

-Jo quiso que viniera para contarle cómo estabas.

-¿Qué le dirás? -preguntó Meg llena de curiosidad por saber lo que pensaba de ella, aunque sintiéndose por primera vez algo desconcertada delante de él.

-Diré que no te conocí, porque pareces tan crecida y tan diferente que me da miedo de ti -dijo, jugueteando con el botón del guante.

-¡Qué tontería! Las chicas me han vestido por diversión y me gusta. ¿No se asombraría Jo si me viera?

-Creo que sí.

-¿No te agrada mi apariencia?

-No, no me agrada.

-¿Por qué no?

El observó el pelo rizado, a los hombros desnudos y al traje recargado de adornos con tal expresión que la desconcertó más que la respuesta.

-No me agradan los adornos ni las plumas.

No pudiendo aguantar tales cosas de un muchacho más joven que ella, Meg lo dejó, diciendo con petulancia:

-Jamás he visto un chico más descortés.

Sintiéndose muy enfadada, se acercó a una ventana apartada para refrescar sus mejillas, porque el traje apretado le hacía salir a la cara colores demasiado vivos. Mientras estaba allí pasó el comandante Lincoln y un minuto después le oyó decir a su madre:

-Se han burlado de aquella muchachita. Deseaba que usted la viese, pero la han estropeado por completo; esta noche no es nada más que una muñeca.

-¡Ay de mí! -suspiró Meg-. Ojalá hubiera sido sensata y me hubiese puesto mi vestido; no habría dado una impresión desagradable ni me hubiera sentido tan molesta y avergonzada. Apoyó la frente sobre el vidrio frío y permaneció allí, medio oculta por las cortinas, sin hacer caso de que había comenzado su vals favorito, cuando alguien la tocó, y volviéndose vio a Laurie que parecía arrepentido al decir con su mejor reverencia y la mano extendida:

-Perdona mi descortesía y ven a bailar conmigo.

-Temo que te sea muy desagradable -dijo Meg, tratando de parecer ofendida, pero sin lograrlo.

-De ninguna manera; me dará mucho placer. Ven, seré bueno. No me agrada tu traje, pero pienso que estás encantadora.

Meg sonrió, se ablandó y susurró, mientras esperaban para tomar el paso:

-Ten cuidado de no tropezar con mi falda; es una peste; fue una tontería ponérmela.

-Sujétala con un alfiler alrededor del cuello y entonces será de cierta utilidad.

Comenzaron a bailar ligeramente y con gracia; pues habiendo practicado en casa, se acompañaban bien, y era un placer verlos tan jóvenes y ágiles dar vueltas y vueltas rápidamente, sintiéndose más amigos que nunca después de su pequeño disgusto.

-Laurie, quiero que me hagas un favor; ¿lo harás? -dijo Meg, mientras su compañero la abanicaba cuando le faltó el aliento, aunque no quiso reconocer por qué.

-¡Claro que sí! -respondió Laurie con presteza.

-No comentes en casa el traje que me he puesto esta noche. No podrán comprender la broma y le disgustará a mamá.

-¿Entonces, por qué te lo has puesto? -dijeron tan claramente los ojos de Laurie, que Meg se apresuró a añadir:

-Yo misma les diré todo y confesaré a mamá qué tonta he sido. Pero prefiero hacerlo yo misma; no dirás nada, ¿verdad?

-Te doy mi palabra que no diré nada; pero, ¿qué diré cuando me pregunten?

-Di que estaba bonita y que me divertía muchísimo.

-Lo primero lo diré de todo corazón; pero, ¿y lo demás? No me parece que te diviertas muchísimo. ¿Es verdad?

-No, en este momento. No pienses que soy horrible; solamente quería divertirme un poco, pero ya veo que no vale la pena hacerlo de este modo y me voy cansando de ello.

-Aquí viene Ned Moffat; ¿qué desea? -dijo Laurie, frunciendo las cejas.

-Le he prometido tres bailes y supongo que viene a buscarlos. ¡Qué fastidioso! -murmuró Meg, con aire lánguido, que hizo mucha gracia a Laurie.

No le habló otra vez hasta la hora de la cena, cuando la vio beber champaña con Ned y su amigo Fisher, que se conducían como un par de locos, según se dijo Laurie para sí porque se sentía con cierto derecho fraternal para proteger a las March y pelear por ellas siempre que necesitaran un defensor.

-Mañana tendrás un dolor de cabeza terrible si bebes demasiado. Yo no lo haría, Meg; no le gustaría a tu madre, ya sabes -susurró, acercándose a ella, mientras Ned se volvía para volver a llenar su vaso y Fisher se inclinaba a recoger su abanico.

-Esta noche no soy Meg; soy una muñeca que hace toda clase de tonterías. Mañana me quitaré todos mis adornos y plumas y seré muy buena otra vez -respondió con risa afectada.

-Entonces quisiera que ya fuese mañana -murmuró Laurie, marchándose disgustado por el cambio de ella.

Meg bailó, coqueteó, charló y rió por cualquier cosa como hacían las demás. Después de la cena trató de bailar un paso alemán, con tanta torpeza, que casi hizo caer a su compañero con su falda larga, y brincó de tal modo que escandalizó a Laurie, que al verla pensaba retarla bastante.

Pero no encontró ocasión para ello, porque Meg se mantuvo fuera de su alcance hasta el momento de despedirse.

-¡Recuerda! -dijo, tratando de sonreír, porque el dolor de cabeza había ya comenzado.

-Silencio hasta la muerte -dijo Laurie, saludándola melodramáticamente.

Este breve diálogo excitó la curiosidad de Anne; pero Meg estaba demasiado cansada para charlar. Se acostó con la sensación de haber estado en un baile de máscaras y de no haberse divertido tanto como había imaginado. Estuvo enferma todo el día siguiente, y el sábado volvió a casa fatigadísima de sus dos semanas de diversión y hastiada de la atmósfera de lujo que había respirado.

-¡Qué grato parece estar tranquila y no tener que estar siempre cuidando los modales! El hogar es un sitio agradable, aunque no sea magnífico -dijo Meg, contemplando el cuarto con expresión tranquila, sentada en compañía de su madre y Jo la tarde del domingo.

-Me alegra oírte hablar así, querida mía, porque yo temía que el hogar te pareciera algo triste y pobre después de haber vivido entre lujos -respondió su madre, que le había echado muchas miradas ansiosas aquel día. Los ojos maternos pronto notan cualquier cambio en la cara de sus hijos.

Meg había relatado vivamente sus aventuras y no se cansaba de repetir que había pasado un tiempo encantador; pero, sin embargo, algo parecía afligirla. Cuando las chicas más jóvenes se fueron a acostar, se quedó sentada mirando fijamente al fuego, hablando poco y muy preocupada.

Dieron las nueve y Jo propuso acostarse. De repente Meg se levantó y sentándose en el taburete de Beth apoyó los codos sobre las rodillas de su madre y dijo con decisión:

-Mamá, quiero «confesar».

-Me lo imaginaba; ¿qué tienes que confesar, querida mía?

-¿Debo ausentarme? -preguntó Jo.

-Claro que no; ¿no te digo siempre todo? Me daba vergüenza hablar de ello delante de las niñas; pero quiero que sepan todas las cosas terribles que hice en casa de los Moffat.

-Estamos preparadas -dijo la señora March sonriendo, aunque algo preocupada.

-Les dije cómo me vistieron, pero no dije que me pusieron polvo en la cara; me apretaron la cintura, me rizaron y me pusieron como un verdadero figurín. A Laurie no le pareció bien; lo sé, aunque no dijo nada, y un caballero me llamó «una muñeca». Yo sabía que era una necedad, pero me adularon y dijeron que era encantadora y muchísimas otras tonterías, así que dejé que me pusieran en ridículo.

-¿Eso es todo? -preguntó Jo, mientras la señora March miraba silenciosamente la cara abatida de su preciosa hija sin decidirse a censurar sus tonterías.

-No; bebí champaña, brinqué y traté de coquetear; me comporté de un modo detestable -contestó Meg, con tono acusador.

-Sospecho que hay algo más -y la señora March acarició la mejilla suave, que se ruborizó súbitamente, mientras la joven respondía lentamente:

-Sí; es muy tonto, pero quiero decírselos porque detesto que la gente diga o piense tales cosas de nosotras y de Laurie.

Entonces relató las murmuraciones oídas en casa de los Moffat, y a medida que hablaba notó que Jo y su madre apretaban fuertemente los labios como disgustadas de que hubiesen metido tales ideas en la mente inocente de Meg.

-¡En mi vida he oído mayores estupideces! -gritó Jo con indignación-. ¿Por qué no se lo dijiste así al momento?

-No podía; ¡estaba tan desconcertada! Al principio no pude evitar oírlas y después estaba tan furiosa y avergonzada que me olvidé que debía alejarme.

-Espera a que yo vea a Annie Moffat y verás cómo se arreglan las ridiculeces. ¿Conque tenemos «proyectos» y somos amigas de Laurie porque es rico y luego puede casarse con una de nosotras? ¡Cuánto se reirá cuando le diga lo que aquellas tontas dicen de nosotras!

-Si se lo dices a Laurie, no te lo perdonaré jamás. Ella no debe hacerlo, ¿verdad, mamá? -dijo Meg, alarmada.

-No; no repitan esa necia charla y olvídenla lo antes posible -contestó gravemente la señora March-. Fui muy imprudente en dejarte visitar a personas que conozco tan poco, amables probablemente, pero mundanas, mal educadas y llenas de ideas vulgares acerca de los jóvenes. No puedo decir cuánto siento el mal que esta visita puede haberte hecho, Meg.

-No te preocupes por eso; no dejaré que me haga mal; olvidaré todo lo malo y solamente me acordaré de lo bueno, porque pasé muy buenos ratos y te doy las gracias por haberme permitido ir. Sé que soy una muchacha tonta y permaneceré contigo hasta que sea capaz de cuidarme por mí misma. ¡Pero es tan agradable recibir elogios y cumplidos, que no puedo negar que me gustan! -dijo Meg, medio avergonzada por la confesión.

-Eso es perfectamente natural y no pernicioso, si tu inclinación no se convierte en pasión y te hace conducirte de manera estúpida o indigna de una señorita. Aprende a reconocer y apreciar las alabanzas que vale la pena recibir y atraerte la admiración de personas buenas por ser modesta tanto como hermosa, Meg.

Meg quedó pensativa un momento, mientras Jo, de pie, con las manos a la espalda, la miraba interesada y perpleja. Ver a Meg ruborizarse y hablar de admiración, novios y cosas parecidas era una novedad.

Jo experimentaba la sensación de que durante aquellos quince días su hermana había crecido extraordinariamente y se alejaba de ella hacia un mundo donde no podía seguirla.

-Madre mía, ¿tienes «proyectos», como dice la señora Moffat? -preguntó Meg, ruborizada.

-Sí, querida mía, tengo muchísimos; todas las madres los tienen; pero sospecho que los míos son algo diferentes de los de la señora Moffat. Te diré algunos, porque ha llegado el tiempo en que una palabra puede poner en buena dirección esa cabecita y corazón romántico sobre asuntos muy graves. Eres joven, Meg, pero no demasiado joven para no comprenderme, y los labios maternos son los mejores para hablar de tales cosas a jóvenes como tú. Jo, también a ti te llegará el turno quizás, así que escuchen mis «proyectos» y ayúdenme a realizarlos si son buenos.

Jo se sentó en un brazo de la butaca con el aspecto de quien va a participar en un acto solemne. Tomando una mano de cada una, la señora March dijo con seriedad y a la vez con optimismo:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Quiero que mis hijas sean hermosas, distinguidas y buenas, que se hagan querer y respetar; que tengan una juventud feliz; que se casen bien y prudentemente; que pasen vidas útiles y felices, tan libres de dificultades y tristeza como Dios quiera concedérselas. Ser amada y distinguida por un hombre bueno es lo mejor que puede ocurrirle a una mujer, y mi esperanza es que mis hijas conozcan esta hermosa experiencia. Es natural pensar en ello. Meg, es justo esperarlo y prudente prepararse para ello, de manera que cuando llegue la hora puedan sentirse listas para sus deberes y dignas de la felicidad. Hijas mías, soy ambiciosa para ustedes; pero no deseo que hagan un papel ruidoso en el mundo, ni que se casen con hombres ricos porque son ricos o que tengan casas espléndidas, que no sean verdaderos hogares, porque falte el amor en ellos. El dinero es cosa útil y preciosa, y también noble cuando se emplea bien; pero no quiero que lo consideren como el primero o el único premio que ganar. Preferiría verlas esposas de hombres pobres si fueran felices, amadas y contentas, que reinas en sus tronos sin propia estimación ni paz.

-Las muchachas pobres no tienen oportunidades, dijo Belle, si no se hacen valer -suspiró Meg.

-Entonces seremos solteronas -repuso Jo seriamente.

-Bien dicho, Jo; más vale ser solteronas felices que casadas desgraciadas o muchachas inmodestas a caza de maridos -dijo decididamente la señora March-. No hagas caso, Meg; la pobreza rara vez intimida al hombre que ama de veras. Algunas de las madres y más estimadas mujeres que conozco eran muchachas pobres, pero tan dignas de ser amadas que no alcanzaron a ser solteronas. Dejen tales cosas al tiempo. Hagan feliz este hogar, para que estén preparadas para sus propios hogares, si es ésa vuestra suerte, y contentas si no lo es. Recuerden una cosa, hijas mías: su madre está siempre lista para ser su confidente, y vuestro padre para ser vuestro amigo; esperamos y confiamos que nuestras hijas, casadas o solteras, constituirán el orgullo y consuelo de nuestras vidas.

-Lo seremos, mamá, lo seremos -exclamaron ambas con todo su corazón, mientras su madre les daba las buenas noches.

CAPÍTULO X

CUADRILLAS Y CORREOS

Con la llegada de la primavera se pusieron de moda nuevas diversiones, y los días más largos daban tiempo para toda clase de trabajos y recreos. Era menester labrar el jardín, y, cada hermana tenía la cuarta parte de un jardincito, donde podía hacer lo que gustara. Hanna solía decir: «Adivinaría de quién es cada jardincito aunque lo viera en la China».

Bien podía decirlo, porque los gustos de las muchachas diferían tanto como sus caracteres. Meg tenía en el suyo rosas, heliotropo, mirto y un pequeño naranjo. El jardincito de Jo no estaba dos años lo mismo porque siempre hacía experimentos. Este año iba a ser una plantación de girasoles, cuyas semillas habían de dar de comer a la gallina Muñuda y su familia de polluelos. Beth tenía flores perfumadas: arvejillas, reseda, delfino, clavelinas y artemisa, álsine para el pájaro y hierba gatera para los gatos. En su jardincito tenía Amy una glorieta, algo pequeña y desigual, pero muy bonita, rodeada de guirnaldas de madreselva y campanillas; lirios altos y blancos, helechos delicados y tantas clases de plantas como quisiesen florecer allí.

Trabajando en el jardín, paseando, remando en el río y buscando flores silvestres, pasaban los días en que hacía buen tiempo; para los lluviosos tenían entretenimientos en casa, todos más o menos originales.

Uno de ellos era «La cuadrilla de Pickwick»; porque como las sociedades secretas estaban de moda, pensaron que sería muy adecuado tener una, y siendo todas ellas admiradoras de Dickens, la titularon «La cuadrilla de Pickwick». Con pocas interrupciones, la habían mantenido por un año, celebrando sus sesiones los sábados por la noche en la boardilla grande con el ceremonial siguiente: se colocaban tres sillas en línea delante de una mesa, sobre la cual había una lámpara,

cuatro distintivos blancos, con letras «C. P.», en tamaño grande, y el periódico, que aparecía todas las semanas, llamado «El Cartapacio Pickwick», redactado entre todas, con Jo de director. A las siete, los cuatro miembros de la cuadrilla subían a su cuarto, se ajustaban a la cabeza los distintivos y se sentaban con mucha solemnidad. Meg, por ser la mayor, era Samuel Pickwick; Jo, Agustín Snodgrass; Beth, Tracy Tupman, y Amy representaba a Nataniel Winkle. Pickwick, el presidente, leía el periódico, lleno de cuentos originales, poesías, noticias locales, anuncios curiosos y notas sueltas, por las cuales se recordaban una a otra sus faltas y deficiencias.

En una ocasión, el señor Pickwick se puso un par de gafas sin cristal, golpeó la mesa, tosió, y después de encarar al señor Snodgrass, que no acababa nunca de poner derecha su silla comenzó a leer «El Cartapacio».

Al terminar el presidente la lectura, sonó una salva de aplausos, después de lo cual, el señor Snodgrass se levantó para hacer una proposición.

-Señor presidente, caballeros -comenzó, adoptando un tono parlamentario-, deseo proponer la admisión de un miembro nuevo; se trata de uno que bien merece el honor, que lo agradecería sinceramente, aumentaría en alto grado la animación de la cuadrilla, el valor literario del periódico y el bienestar general. Propongo como miembro honorario del «C. P.» al señor Theodore Laurence. ¡Bien! Vamos a darle entrada.

El cambio súbito en la voz de Jo hizo reír a las chicas; pero todas se quedaron pensativas y ninguna dijo una palabra al tomar asiento Snodgrass.

-Lo pondremos a votación -dijo el presidente-. Todos los que estén a favor de esta proposición tengan la bondad de manifestarlo diciendo «¡Sí!».

Una fuerte respuesta de Snodgrass, seguida de otra tímida de Beth, sorprendió a todas.

-Los que estén en contra digan «No».

Meg y Amy votaron en contra, y el señor Winkle se levantó para decir con mucha elegancia:

-No queremos admitir muchachos; no hacen más que bromear y brincar. Esta sociedad es para señoras y deseamos que sea confidencial y propia.

-Temo que se reirá de nuestro periódico y se burlará de nosotras después -observó Pickwick, tirándose del bucle de la frente, como solía hacer cuando estaba indecisa.

Snodgrass se levantó de un salto y dijo con mucha seriedad:

-Señor presidente, le doy mi palabra de honor que Laurie no hará tal cosa. Le gusta mucho escribir y elevará la calidad de nuestras producciones, evitando que sean demasiado sentimentales, ¿comprenden? Hacemos tan poco por él y él hace tanto por nosotras, que lo menos que podemos hacer, en mi opinión, es ofrecerle un asiento aquí y darle la bienvenida si acepta.

Esta hábil alusión a los beneficios recibidos hizo levantarse a Tupman completamente convencido.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Sí, debemos hacerlo, aunque tengamos miedo. Digo que puede venir, y su abuelo también, si lo desea.

La cuadrilla quedó boquiabierta por esta animosa frase de Beth. Jo se levantó para darle la mano en señal de aprobación.

-Ahora votemos de nuevo y que todas recuerden que se trata de nuestro Laurie y digan «Sí» -gritó vivamente Snodgrass.

-¡Sí!, ¡sí!, ¡sí! -respondieron tres voces a la vez.

-¡Bueno!, que Dios las bendiga. Ahora, como hay que asir la ocasión por los cabellos, permítanme que les presente el miembro nuevo -y con espanto de los demás miembros de la cuadrilla, Jo abrió la puerta del armario y mostró a Laurie sentado en el saco de trapos, sofocado y guiñando los ojos a fuerza de aguantar la risa.

-¡Pícaro!, ¡traidor! Jo, ¿cómo te has atrevido? -exclamaron las tres muchachas, mientras Snodgrass sacaba triunfalmente a su amigo, y brindándole una silla y un distintivo, le daba posesión en un santiamén.

-La frescura de ustedes dos, pícaros, es inaudita -comenzó a decir el señor Píckwick, tratando de fruncir las cejas, sin lograr otra cosa que producir una sonrisa amable. Pero el nuevo miembro se puso a la altura de las circunstancias. Saludando graciosamente al presidente, se levantó y dijo de la manera más gentil:

-Señor presidente, señoras..., perdonen, caballeros; permítanme presentarme como Sam Weller, el humilde servidor de la sociedad.

-¡Bien, bien! -exclamó Jo, dando golpes con el mango del viejo calentador, sobre el cual se apoyaba.

-Mi fiel amigo y noble patrón -continuó Laurie, agitando la mano-, que acaba de presentarme con elogios tan inmerecidos, no merece ser censurado por la torpe estratagema de esta noche. Yo la ideé y ella cedió después de muchas protestas.

-Vamos, no te echas toda la culpa; ya sabes que fui yo quien propuso lo del armario -interrumpió Snodgrass, que gozaba inmensamente de la broma.

-No hagan caso de lo que dice. Yo soy el traidor que lo hizo, señor -dijo el miembro nuevo, saludando al señor Pickwick a la manera de Sam Weller-. Pero, bajo mi palabra de honor, no lo volveré a hacer, y de aquí en adelante me consagraré a promover relaciones amistosas entre los países vecinos, he establecido un buzón en el seto en el rincón más bajo del jardín: un edificio amplio y hermoso, con candados en las puertas y todo lo conveniente para el despacho de correos. Es la vieja casa de las golondrinas; pero he cerrado la puerta y abierto el techo de manera que puede contener toda clase de objetos y evitarnos la pérdida de un tiempo precioso. Cartas, manuscritos, libros y paquetes pueden depositarse en ella; y, como cada país tiene una llave, creo que será muy útil. Permítanme que presente la llave a la sociedad y que, repitiendo las gracias por vuestra benevolencia, tome asiento.

Calurosos aplausos sonaron cuando el señor Weller puso una llavecita sobre la mesa y tomó asiento; el calentador resonó y se agitó locamente, y pasó largo rato antes de que se restableciese el orden.

Siguió una larga discusión, en la cual quedaron todas muy bien, porque cada una hizo lo mejor que pudo; resultó, pues, una sesión más animada que de costumbre, que se prolongó bastante, levantándose con tres ruidosas aclamaciones al nuevo miembro.

Nadie se arrepintió de haber admitido a Sam Weller, porque miembro más fiel, jovial o bien intencionado no podría encontrarse.

Ciertamente dio más estímulo a las reuniones y aumentó el valor literario del periódico, porque los miembros se reían a carcajadas de sus discursos y sus artículos eran de buena calidad: patrióticos, clásicos, cómicos o dramáticos, pero nunca sentimentales. Jo los juzgaba dignos de Shakespeare, Bacon o Milton, y se sintió impulsada a remoldear sus propios trabajos literarios con buen resultado en su opinión.

El correo fue una excelente institución, y floreció maravillosamente, porque pasaban por él tantas cosas curiosas como por un correo de verdad. Tragedias y corbatas, poesías y tarros de dulce, semillas para el jardín, cartas largas, música y pan de jengibre, galochas, invitaciones, regaños y perrillos. El viejo señor gozaba del juego y se divertía enviando paquetes curiosos, comunicaciones misteriosas y telegramas cómicos; su jardinero, vencido por los encantos de Hanna, le envió una carta amorosa a cargo de Jo. ¡Cómo se rieron cuando se descubrió el secreto, sin imaginar las muchas cartas amorosas que el buzón estaba llamado a recibir en años venideros!

CAPÍTULO XI

EXPERIMENTOS

-¡Día primero de junio; mañana se van los King a la costa y estoy libre! ¡Tres meses de vacaciones! ¡Cómo voy a divertirme! -exclamó Meg al entrar en casa un día de calor y encontrando a Jo acostada en el sofá, más cansada que de costumbre, mientras Beth le quitaba las botas cubiertas de polvo y Amy preparaba limonada para que todas se refrescasen.

-Hoy se fue la tía March. ¡Albricias! -dijo Jo-. Tenía un miedo mortal que me invitase a acompañarla. Si lo hubiera hecho, me habría sentido obligada a aceptar; pero como saben, Plumfield es tan festivo como un cementerio, y prefería que me dispensara. Andábamos enloquecidas preparando la marcha y yo temblaba cada vez que me hablaba, porque con la prisa de acabar estuve extraordinariamente amable y complaciente, tanto que temí que a último momento no, quisiera dejarme. Estuve alarmada hasta que la vi instalada en el coche, y entonces me llevé el susto final, porque al ponerse el coche en marcha asomó la cabeza por la ventanilla, diciendo: «Jo, ¿no quieres?...» No oí más porque cometí la cobardía de darme vuelta y huir hasta doblar la esquina, donde ya me sentí segura.

-¡Pobre Jo! Traía una cara como si la persiguieran dos osos -dijo Beth, acariciándole los pies.

-La tía March es un verdadero «zafiro», ¿verdad? -observó Amy.

-Quiere decir «vampiro», no la piedra preciosa; pero no importa; hace demasiado calor para detenerse en minucias gramaticales -murmuró Jo.

-¿Qué van a hacer durante sus vacaciones? -preguntó Amy, cambiando de tema.

-Me levantaré tarde y no haré nada -respondió Meg desde el fondo de la mecedora-. He tenido que madrugar todo el invierno y pasar los días trabajando para otros; así que voy a descansar y a gozar todo lo que pueda.

-¡Ya! -dijo Jo-. Esa modorra no va conmigo. He reunido una pila de libros y voy a aprovechar las horas de sol leyendo en la rama del viejo manzano, cuando no esté retozando con Laurie.

-Oye, Beth, vamos a dejar las lecciones por algún tiempo, para no hacer más que jugar y descansar, como han pensado las mayores -propuso Amy.

-Bueno; estoy conforme, si mamá lo permite. Deseo aprender canciones nuevas y tengo que arreglar a mis niños para el verano: sufren por la falta de vestidos.

-¿Podemos hacerlo, mamá? -preguntó Meg, volviéndose hacia la señora March, que cosía en lo que solían llamar el rincón de mamá.

-Pueden hacer el experimento que han pensado por una semana y ver si les gusta. Creo que para el sábado por la noche habrán descubierto que todo juego y nada de trabajo es tan malo como todo trabajo y nada de juego.

-¡Verás cómo no! ¡Será delicioso!, estoy segura -dijo afablemente Meg.

-Ahora propongo un brindis, como dice mi «amiga y compañera Saury Ganp»: Viva la alegría y a dejarse de tonterías -gritó Jo, levantándose con un vaso en la mano, mientras circulaba la limonada.

Todas bebieron alegremente y comenzaron el experimento, descansando el resto del día. A la mañana siguiente no apareció Meg hasta las diez; su desayuno solitario no le gustó mucho: el comedor parecía desolado y desordenado, porque Jo no había llenado los floreros ni Beth había limpiado el polvo; los libros de Amy estaban esparcidos por todas partes. Nada estaba arreglado y agradable sino el rincón de mamá, que tenía su apariencia acostumbrada, y allá se sentó para descansar y leer, pero acabó por bostezar y pensar en los trajes bonitos para el verano que podía comprar con lo que ganaba. Jo pasó la mañana en el río con Laurie, y la tarde en la rama del manzano leyendo y llorando con una novela triste. Beth comenzó por sacar fuera todo lo que había en el armario grande, donde vivía su familia; pero cansada a la mitad del trabajo, dejó su establecimiento patas arriba y se fue a su música, alegrándose de no tener cacharros que fregar. Amy arregló su glorieta, se puso su mejor traje blanco, se peinó los bucles y se sentó bajo la madrevela para dibujar, esperando que alguien la viera y preguntara quién era la joven artista. Pero como no apareció nadie, sino una araña curiosa que examinó su trabajo con mucho interés, se fue a dar un paseo, donde la sorprendió un chaparrón y volvió a casa calada hasta los huesos.

A la hora del té cambiaron impresiones, estando todas de acuerdo en que había sido un día encantador, aunque les pareciera más largo que de costumbre. Meg, que había visitado las tiendas por la tarde y comprado «una muselina azul muy bonita», descubrió, después de cortar el vestido, que no se podía lavar, lo cual la decepcionó. Jo tenía la piel de la nariz tostada por el sol, resultado de la mañana pasada en el bote, y un horrible dolor de cabeza de tanto leer. Beth estaba molesta

por el desorden del armario y lo difícil de aprender tres o cuatro canciones a un tiempo, y Amy lamentaba la mojadura de su vestido, porque estaba invitada a casa de Katy Brown al día siguiente y no tenía nada que ponerse.

Pero éstas eran pequeñeces, y todas aseguraron a su madre que el experimento iba muy bien. Ella sonrió sin decir nada, y con la ayuda de Hanna hizo el trabajo abandonado por las chicas, manteniendo grato el hogar y la máquina doméstica en suave marcha.

Era sorprendente la extraña y molesta situación que se produjo con el procedimiento de «descansar y divertirse». Los días se hacían cada vez más largos, el tiempo estaba más variable que de costumbre, así como el humor de ellas; todas se sentían inquietas y la ociosidad resultó ser madre de no pocos malestares. Como colmo de lujo, Meg dio parte de su costura a una costurera, y después se le hizo tan pesado el tiempo, que comenzó a cortar y estropear sus trajes para imitar a las Moffat. Jo leyó hasta que le dolieron los ojos, se aburrió de los libros y se puso tan nerviosa, que hasta Laurie, con todo su buen humor, riñó con ella. Beth logró pasarlo bastante bien, porque siempre se olvidaba de la consigna de «todo juego y nada de trabajo», y de vez en cuando volvía a sus antiguas costumbres; pero algo en la atmósfera la afectó, turbando más de una vez su tranquilidad, hasta el punto de que un día sacudió a la pobre querida Jo y la llamó «espantajo». Amy fue la que se vio peor, porque tenía pocos recursos, y cuando sus hermanas la dejaron que se entretuviese y se cuidase por sí sola, descubrió que su personalidad distinguida e importante era una pesada carga. Las muñecas no le gustaban, los cuentos de hadas eran cosa de niño y no iba a estar dibujando continuamente. Las invitaciones para el té y las excursiones no resultaban gran cosa si no se preparaban con mucho cuidado.

Ninguna quería confesar que estaba cansada del experimento, pero cuando llegó la noche del viernes todas reconocían que se alegraban de que faltara poco para acabar la semana. Con la esperanza de acentuar la lección, la señora March, que tenía buen humor, decidió completar el experimento de un modo apropiado, para lo cual dio a Hanna un día de fiesta y dejó que las chicas disfrutaran plenamente los efectos del sistema de juego incesante. Cuando se levantaron el sábado por la mañana, no había fuego en la cocina, ni desayuno en el comedor, ni aparecía su madre por ninguna parte.

-¡Pobres de nosotras! ¿Qué pasa aquí? -gritó Jo, mirando espantada a su alrededor.

Meg corrió arriba y volvió a poco con expresión tranquilizadora, pero algo perpleja y avergonzada.

-Mamá no está enferma; solamente algo cansada, dice que se quedará tranquila en su cuarto todo el día y que hagamos, lo que podamos. Es muy raro en ella hacer tal cosa; pero dice que la semana le ha sido algo dura; no debemos quejarnos, sino cuidarnos nosotras mismas.

-Eso es fácil y me gusta la idea. Estoy deseando hacer algo..., quiero decir, alguna diversión nueva -dijo Jo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

En realidad, era un gran alivio para su aburrimiento tener algo que hacer, y se pusieron a ello con todo corazón; pero pronto comprendieron lo cierto de lo que Hanna solía decir: «el cuidar de la casa no es una broma». En la despensa había provisiones abundantes, y mientras Beth y Amy ponían la mesa, Meg y Jo preparaban el desayuno, preguntándose al hacerlo por qué se quejarían tanto las criadas de su trabajo.

-Le subiré algo a mamá, aunque dijo que no nos ocupáramos de ella porque se cuidaría ella misma -dijo Meg, que presidía la mesa, detrás de la tetera, y apreciaba su importante papel.

Prepararon una bandeja y la enviaron arriba con los saludos de la cocinera. El té hervido estaba amargo, la tortilla quemada y las galletas salpicadas de bicarbonato pero la señora March recibió gentilmente su comida y se rió mucho de ellas cuando estuvo sola.

-¡Pobrecitas!, temo que pasarán un día agotador, pero no sufrirán y les será provechoso -dijo, mientras sacaba los comestibles más agradables de que se había provisto y se deshizo del desastroso desayuno, para que no se ofendiesen las niñas.

Abajo hubo muchísimas quejas, y la maestra cocinera sufrió no poca mortificación por sus fracasos culinarios.

-No hagas caso; yo prepararé la comida y seré la criada; tú harás de señora; recibirás las visitas y darás órdenes -dijo Jo, que entendía de cocina todavía menos que Meg.

Meg aceptó con alegría tan amable oferta y se retiró a la sala, que arregló rápidamente, echando todos los papeles debajo del sofá y cerrando las persianas para evitarse el trabajo de limpiar el polvo. Jo, confiada en sus propias habilidades, y deseando reconciliarse con su amigo, puso en seguida una carta en el buzón para invitar a Laurie a comer.

-Sería prudente ver lo que tienes antes de invitar a nadie -dijo Meg, cuando se enteró de la amistosa pero arriesgada iniciativa.

-¡Oh! , tenemos carne en conservas y papas abundantes; compraré algunos espárragos y una langosta para «el extraordinario», como dice Hanna. Tendremos lechugas y haremos una ensalada. No sé cómo hacerla, pero el libro lo dirá. Pondré pastel blanco y fresas para postre, y café también, si quieres que lo hagamos con elegancia.

-No te compliques, Jo, porque no sabes hacer nada que se pueda comer, como no sea pan de jengibre y almíbar. Yo me lavo las manos en lo de la invitación, y puesto que has invitado a Laurie bajo tu propia responsabilidad, tú cuidarás de él.

-Yo no te pido nada más que seas amable con él y que me ayudes con el pastel blanco. Tú me aconsejarás si se me pega, ¿verdad? -preguntó Jo algo ofendida.

-Sí; pero yo no sé mucho, fuera de hacer pan y algunas cosas sencillas. Mejor será que pidas permiso a mamá antes de encargar cualquier cosa -repuso Meg.

-Claro que lo haré; no soy tonta -y Jo se fue algo enojada por las dudas expresadas por su hermana en cuanto a sus condiciones.

-Encarga lo que gustes y no me molestes; voy a comer fuera y no puedo ocuparme de la casa -dijo la señora March cuando Jo le habló-. Nunca me ha gustado el trabajo casero; hoy voy a darme un respiro para leer, escribir, hacer visitas y distraerme.

El inusitado espectáculo de su activa madre, cómodamente sentada en la mecedora, causó en Jo la impresión de algún fenómeno de la naturaleza; un eclipse, un terremoto o una erupción volcánica no le hubieran parecido más extraños.

-Todo está alterado, no sé cómo -dijo para sí, bajando a la cocina-. Allí está Beth llorando, señal segura de que algo se ha atravesado en la casa. Si Amy la está fastidiando, la retaré.

Sintiéndose ella también trastornada, Jo apuró el paso hacia la sala, donde encontró a Beth llorando sobre el canario, Pepito, que estaba muerto en su jaula con las patitas extendidas patéticamente, como si pidieran el alimento, por falta del cual había muerto.

-Yo tengo la culpa... Yo... me olvidé de él...; ¡no tiene ni una semilla ni una gota de agua!... ¡Oh, Pep!, ¡Pep!, ¿cómo he podido ser tan cruel contigo? -gemía Beth, levantando al pobrecito en las manos y tratando de hacerlo volver en sí.

Jo examinó los ojos medio cerrados, palpó el corazoncito y viendo que el pajarito estaba tieso y frío, sacudió la cabeza y ofreció la cajita de dominó como ataúd.

-Ponlo en el horno, y tal vez se caliente y reviva -dijo Amy.

-Después de haberlo dejado morir de hambre, no voy a cocerlo. Le haré una mortaja y lo enterraré en un sepulcro; ¡nunca tendré otro pájaro, nunca!, ¡Pep mío!, soy demasiado mala para tener uno -sollozaba Beth, sentada en el suelo, con su favorito entre las manos.

-Esta tarde tendremos el entierro e iremos todas. No llores, Beth; es una lástima, pero esta semana todo está revuelto, y Pep ha pagado el experimento -dijo Jo.

Dejando a las otras al cuidado de consolar a Beth, Jo se fue a la cocina, que estaba en un desorden lastimoso. Poniéndose un delantal grande, comenzó a trabajar, y había recogido los platos para fregarlos cuando descubrió que el fuego se había apagado.

-¡Estamos listas! -murmuró Jo, atizando las cenizas.

Una vez encendido de nuevo, pensó ir al mercado mientras se calentaba el agua. El paseo la animó, y, con la ilusión de haber encontrado gangas, volvió a casa después de comprar una langosta muy joven, algunos espárragos muy viejos y dos canastillas de fresas agrias. Cuando todo estuvo arreglado llegaron los comestibles y la estufa se puso toda roja. Hanna había dejado una tartera de pan para que fermentase; Meg la había amasado demasiado pronto y la había puesto en el hogar

para una segunda fermentación, olvidándose después de ello. Estaba Meg hablando en la sala con Sallie Gardiner, cuando de repente la puerta se abrió y una cara sucia, enrojecida y cubierta de harina, apareció, preguntando agriamente:

-Dime, ¿no está el pan lo bastante fermentado cuando se sale de la tartera?

Sallie se echó a reír, pero Meg hizo una seña afirmativa y arqueó las cejas de tal modo, que la visión desapareció para poner en el horno el pan agrio sin más averiguaciones. La señora March salió de casa después de echar una ojeada por todas partes para ver cómo iban las cosas y dirigir algunas palabras de consuelo a Beth, que estaba haciendo tina mortaja mientras el querido difunto yacía expuesto en la cajita de dominó. Una extraña sensación de desamparo se apoderó de las muchachas al ver desaparecer a su madre detrás de la esquina; desamparo que culminó en desesperación cuando, pocos minutos después, se presentó la señorita Crocker convidándose a comer. Era una dama solterona, delgada y amarillenta, de nariz puntiaguda y ojos curiosos, que lo viera todo y chismorreaba todo lo que veía. No les era simpática, pero acostumbraban a tratarla con amabilidad, sencillamente porque era vieja, pobre y tenía pocos amigos. Así que Meg le cedió el sillón y trató de entretenerla mientras ella hacía preguntas, lo criticaba todo y contaba cuentos de sus conocidos.

Lo que Jo trabajó y aguantó aquella mañana no hay palabras que lo expliquen. La comida que sirvió se hizo famosa. Temiendo pedir más consejos, hizo sola lo que pudo, y descubrió que hacía falta algo más que voluntad; los espárragos hirvieron por una hora y descubrió consternada que se habían deshecho las puntas y endurecido los tallos. El pan se le quemó, porque la preparación de la ensalada la fastidió tanto que abandonó lo demás, hasta convencerse de que no le salía bien. La langosta fue un misterio escarlata, pero a fuerza de golpear y escarbar logró limpiarla, y escondió la escasa cantidad de carne que resultó bajo un montón de hojas de lechuga. Tuvo que apresurarse con las patatas para no hacer esperar a los espárragos, y al fin no estaban tan cocidas como le habían parecido.

«¡Bueno! Pueden comer carne y pan con manteca si tienen hambre; pero es mortificante emplear toda la mañana para nada», pensó Jo cuando tocaba la campana una media hora más tarde que de costumbre, y sofocada, cansada y desanimada pasaba revista al banquete preparado para Laurie, acostumbrado a toda clase de lujos, y para la señorita Crocker, cuyos ojos curiosos no perderían falta y cuya lengua murmuradora tendría tema para rato.

Cuando una cosa tras otra era probada y dejada, la pobre Jo hubiera querido esconderse debajo de la mesa; Amy reía sin ganas, Meg estaba azorada, la señorita Crocker apretaba los labios y Laurie decidido, hablaba todo lo que podía para animar la compañía. El punto fuerte de Jo eran los postres, porque los había azucarado bien y tenía un jarro de crema espesa para acompañarlos. Sus mejillas ardientes se templaron algo, respiró con más tranquilidad mientras se repartían los bonitos platos de cristal y todos contemplaban los rosados islotes flotando sobre el mar de crema.

La señorita Crocker probó la primera, hizo una mueca y bebió agua precipitadamente, Jo, que rehusara servirse, pensando que sería escaso, echó una ojeada a Laurie, que comía valientemente, aunque sin poder evitar que se le contrajera la boca. Amy tomó una cucharada repleta, se ahogó, escondió la cara en la servilleta y dejó precipitadamente la mesa.

-¿Qué?... ¿Qué pasa? -preguntó Jo temblando.

-Sal en lugar de azúcar, y la crema está agria -respondió Meg con gesto trágico.

Jo lanzó un gemido y se dejó caer de espaldas en su silla, recordando haber espolvoreado las fresas con uno de los dos pots que había en la mesa de la cocina, y que no había puesto la leche en la heladera.

Se puso roja como una amapola y estuvo a punto de llorar cuando sus ojos se encontraron con los de Laurie, incapaces de contener la alegría por más esfuerzos que hiciera; le impresionó de repente lo cómico del caso, y se rió hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas. Todos se rieron, hasta «Crocker», como las chicas solían llamarla, y la desventurada comida acabó alegremente con pan y manteca, aceitunas y bromas.

-No me siento bastante serena para quitar la mesa, así que nos calmaremos con un entierro -dijo Jo cuando se levantaban.

La señorita Crocker se preparó para despedirse, ansiosa de ir con el cuento a la mesa de otra amiga.

En verdad se calmaron por simpatía hacia Beth. Entre los helechos del bosquecillo Laurie hizo un sepulcro, cubierto con musgo, donde enterraron al pobre Pep; su ama lloró mucho por él y puso una guirnalda de violetas sobre la lápida, en la cual se había escrito un epitafio, compuesto por Jo mientras luchaba con los preparativos de la comida.

Terminadas las ceremonias, Beth se retiró a su cuarto, vencida por la emoción y enferma por haber comido langosta; pero no encontró lugar de reposo porque las camas estaban sin hacer. Sacudiendo las almohadas y arreglándolo todo halló alivio a su dolor. Meg ayudó a Jo a quitar la mesa y fregar la vajilla, lo cual ocupó la mitad de la tarde, dejándolas tan cansadas que decidieron contentarse con té y pan tostado para la cena. Laurie se llevó a Amy a dar un paseo en coche, verdadera obra de caridad, porque la crema agria parecía haberla puesto de mal humor. La señora March volvió y encontró a las tres chicas mayores trabajando como unas negras a media tarde. Un vistazo al armario le dio la idea del éxito de una parte del experimento.

Antes de que las trabajadoras pudiesen descansar vinieron varias visitas y hubo que arreglarse para recibir las; después fue necesario preparar el té, hacer recados y coser algo, aunque este trabajo se dejó para último momento. Mientras caía el crepúsculo, tranquilo y silencioso, una tras otra se juntaron en el pórtico, donde las rosas de junio florecían hermosamente, y todas se quejaban al sentarse, como si estuvieran cansadas y molestas.

-¡Qué día tan horrible! -comenzó Jo, que solía hablar la primera.

-Se me ha hecho más corto que de costumbre; ¡pero tan incómodo! -dijo Meg.

-No parecía nuestra casa -añadió Amy.

-No puede parecerlo sin mamá y sin Pep -suspiró Beth, mirando con ojos llenos de lágrimas hacia la jaula vacía.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Ya está aquí mamá, querida mía, y tendrás otro pajarito si lo deseas -al decir esto, la señora March vino y tomó asiento entre ellas, con aspecto de no haber tenido una vacación mucho más grata que la de ellas-. ¿Están contentas con el experimento, hijas mías, o desean continuarlo otra semana más? -les preguntó.

-¡Yo, no! -gritó Jo.

-Ni yo -repitieron las otras.

-Entonces, ¿piensan que es mejor tener obligaciones y vivir haciendo algo para los demás, no es eso?

-No resulta esto de holgazanear y jugar -observó Jo, meneando la cabeza-. Estoy cansada de ello. Tengo intención de comenzar algún trabajo enseguida.

-¿Qué te parece aprender a guisar cosas sencillas? Es un arte que toda mujer debe conocer -dijo la señora March, riéndose mucho al acordarse del banquete de Jo, porque había encontrado a la señorita Crocker y oído su descripción.

-Mamá: ¿te fuiste y nos lo dejaste todo a nosotras por ver cómo lo hacíamos? -gritó Meg, que había tenido sus sospechas todo el día.

-Sí; quería que aprendieran cómo el bienestar de todos depende de que cada una haga fielmente su parte. Mientras Hanna y yo hacíamos su trabajo, iban bastante bien, aunque no creo que estaban muy contentas o amables; por eso pensé que una lección así les demostraría los resultados de no pensar cada una más que en sí misma. ¿No piensan que es más agradable ayudarse unas a otras, tener deberes diarios, que hacen más gratas las horas de recreo cuando vienen, y tomarse algún trabajo y molestia para que el hogar sea cómodo?

-Sí, mamá; es verdad -gritaron las chicas.

-Entonces, permitan que les aconseje tomar de nuevo sus tareas, porque si a veces parecen algo pesadas, nos hacen bien y se van aligerando a medida que aprendemos a soportarlas. El trabajo es saludable y hay bastante para todas; nos libra del aburrimiento y de la malicia, es bueno para la salud y el espíritu y nos da mayor sentido de capacidad y de independencia que el dinero o la elegancia.

-Trabajaremos como abejas y lo haremos con gusto; verás cómo lo hacemos. Tomaré la cocina sencilla como entretenimiento; el próximo convite que haga será un éxito -dijo Jo.

-Haré el juego de camisas para papá en tu lugar, mamá. Puedo y quiero hacerlo, aunque no me gusta la costura; eso será mejor que fastidiar con mis vestidos, que ya son bastante bonitos como están -agregó Meg.

-Estudiaré mis lecciones todos los días y no pasaré tanto tiempo con las muñecas y la música. Soy una tonta y debería estudiar, no jugar -fue la resolución de Beth.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Amy siguió el ejemplo de las demás, declarando heroicamente que aprendería a hacer ojales y prestaría más atención a la gramática.

-¡Muy bien!; entonces estoy contenta del experimento y me imagino que no será necesario repetirlo; pero no se vayan al otro extremo, trabajando como esclavas. Tengan horas determinadas para el trabajo y el recreo; comprendan el valor del tiempo usándolo bien. Entonces la juventud será encantadora, la vejez traerá pocas lamentaciones y la vida será dichosa y hermosa, a pesar de la pobreza.

-Lo recordaremos, mamá.

Y así lo hicieron.

CAPÍTULO XII

CAMPAMENTO LAURENCE

Beth era la administradora de correos, porque, al estar mucho en casa, podía atenderlo con regularidad y le gustaba muchísimo el trabajo diario de abrir el candado de la puertecilla y distribuir la correspondencia.

Un día de julio entró con las manos llenas, y fue por la casa dejando paquetes y cartas como el cartero.

-Aquí está tu ramillete, mamá; Laurie no lo olvida nunca -añadió, poniendo el ramillete fresco en el florero que adornaba “el rincón de mamá».

-Para la señorita Meg March, una carta y un guante -continuó Beth, dando ambas cosas a su hermana, que estaba sentada cosiendo puños cerca de su madre.

-¡Cómo! Yo me dejé un par allí y no viene más que uno dijo Meg, mirando el guante de algodón gris.

-¿No has dejado caer el otro en el jardín?

-No; estoy segura de que no; porque no había más que uno en el buzón.

-¡Me fastidia tener un guante desparejo! No importa, ya aparecerá el otro. Mi carta no es más que una traducción de la canción alemana que deseaba. Me figuro que el señor Brooke la ha hecho, porque la letra no es de Laurie.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

La señora March dirigió una mirada a Meg, que estaba muy bonita con su bata de percal con los bucles en su frente agitados por la corriente del aire, y muy femenina, cosiendo delante de la mesita de labor; sin la menor idea de los pensamientos de su madre, cosía y cantaba mientras volaban sus dedos, con la mente llena de fantasías juveniles, tan inocentes y frescas como los pensamientos que tenía prendidos en su cinturón. La señora se sonrió y quedó contenta.

-Dos cartas para la doctora Jo; un libro y un viejo sombrero muy curioso, que cubría toda la estafeta -dijo Beth, riéndose, al entrar donde estaba Jo escribiendo.

-¡Qué pícaro es ese Laurie! Dije que ojalá estuvieran de moda los sombreros grandes, porque los días calurosos me quemo la cara. Y dijo “¿Qué importa la moda? Ponte un sombrero grande y procura estar cómoda”. Yo le contesté que lo haría si tuviera uno, y me ha enviado esto para probarme. Me lo pondré en broma, para demostrarle que no me importa la moda -y colgando el sombrero de ancha ala sobre un busto de Platón, Jo leyó su correspondencia.

Una carta de su madre la sonrojó e hizo asomar lágrimas a sus ojos, porque decía:

«Querida mía:

Estas palabras son para decirte con cuánta satisfacción observo tus esfuerzos por dominar tu genio. No dices nada de tus pruebas, de tus contratiempos ni de tus éxitos, y quizá pienses que nadie se da cuenta de ellos, excepto el Amigo cuyo auxilio, pides cada día, si deduzco bien del mucho uso que parece tener tu librito. Yo también lo he notado y creo que comienza a dar fruto. Persiste, querida mía, con paciencia y coraje, siempre creyendo que nadie te comprende ni simpatiza tan tiernamente contigo como tu querida madre.»

-Esto me hace bien. Vale millones de dinero y miles de alabanzas. ¡Oh, mamá, de veras que me esfuerzo y seguiré haciéndolo, y no me cansaré, pues te tengo a ti!

Apoyando la cara en los brazos; Jo vertió lágrimas de alegría sobre el pequeño romance que escribía, porque en realidad había pensado que nadie notaba o apreciaba sus esfuerzos para ser buena, y esta seguridad era doblemente preciosa y alentadora, por lo inesperada y por venir de la persona cuyo elogio estimaba más. Sintiéndose más fuerte que nunca para encontrar y vencer a su Apolo, prendió la carta con alfileres dentro de su traje como escudo recordatorio, para no estar desprevenida, y procedió a abrir la otra carta, dispuesta para buenas o malas noticias. En letra grande y deprisa había escrito Laurie:

“Estimada Jo:

Unos chicos y chicas inglesas vienen mañana para visitarme, y quiero que pasemos un buen rato. Si hace buen tiempo, voy a plantar mi tienda de campaña en el Prado Largo, y llevaré a toda la cuadrilla en el bote para merendar y jugar al croquet; encenderemos un fuego, haremos rancho a lo gitano y nos divertiremos cuanto podamos. Son gente simpática y les gustan estas cosas. Brooke vendrá para tener en orden a los muchachos. Kate Vaughan cuidará de las chicas. Deseo que vengan todas; no permito que Beth se quede fuera; nadie la molestará. No te preocupes por la comida; yo me encargo de eso y de todo. Vengan como buenos amigos.

Con una prisa horrible, queda tuyo afectísimo, Laurie."

-¡Qué magnífico! -gritó Jo, entrando precipitadamente para dar las noticias a Meg-. Por supuesto, ¿podemos ir, mamá? Será una ayuda para Laurie, porque yo puedo remar y Meg ayudará con la merienda, y las pequeñas pueden hacer algo.

-Espero que los Vaughan no sean personas mayores muy elegantes. ¿Sabes algo de ellos, Jo? -preguntó Meg.

-Sólo sé que son cuatro. Kate es mayor que tú, Fred y Frank son gemelos y tienen mi edad, poco más o menos, y una chica, Grace, que tiene nueve o diez años; Laurie los conoció en el extranjero y le gustaban mucho los chicos. Por el gesto que hizo al hablar de ella, me figuro que no admiraba a Kate.

-Me alegro de que mi traje de percal francés esté limpio; es exactamente lo que conviene y me queda muy bien -observó Meg-, ¿tienes algo decente, Jo?

-Un traje marino, rojo y gris, bastante bueno para mí. Voy a remar y retozar y no quiero nada almidonado que me estorbe. ¿Vendrás Beth?

-Si no dejas a los chicos que me hablen.

-Ni uno.

-Me gusta complacer a Laurie, y no tengo miedo del señor Brooke, que es muy amable; pero no quiero tocar el piano, ni cantar, ni tener que decir nada. Trabajaré mucho y no estorbaré a nadie, y si tú me cuidas, Jo, iré.

-¡Buena niña! Tratas de vencer tu timidez y te quiero por eso. Luchar con defectos no es fácil, lo sé, y una palabra alegre levanta el ánimo. Gracias mamá -y Jo dio un beso agradecido a su madre.

-Yo he recibido una cajita de pastillas de chocolate y la estampa que deseaba copiar -dijo Amy, mostrando su correo.

-Yo he recibido una carta del señor Laurence invitándome a que vaya a tocar el piano esta noche antes de que enciendan las lámparas; iré -añadió Beth, cuya amistad con el anciano crecía a pasos acelerados.

-Ahora, a movernos de prisa y hacer el trabajo hoy para que mañana podamos divertirnos con la conciencia tranquila -dijo Jo, preparándose a cambiar la pluma por la escoba.

El sol alumbró una cómica escena al penetrar en el dormitorio de las chicas a la mañana siguiente. Cada una se había preparado para la fiesta como le parecía propio y necesario, y Meg tenía una doble línea de rizadores sobre la frente; Jo se había untado de crema fría la cara quemada; Beth había prendido a la nariz unas pinzas de tender ropa.

Como si el espectáculo lo hubiera regocijado, el sol se puso a brillar con tanto esplendor que Jo se despertó y despertó a sus hermanas con las carcajadas que lanzó al ver el tocado de Amy.

Eran éstos excelentes presagios para la excursión, y pronto comenzó un animado movimiento en ambas casas. Beth, lista la primera, se encargó de tener a sus hermanas al tanto de lo que ocurría en la casa vecina, con frecuentes telegramas desde la ventana.

-¡Allá va el hombre con la tienda de campaña! Ya está la cocinera poniendo la merienda en una cesta y una canasta. Ahora el señor Laurence mira el cielo y a la veleta. ¡Ojalá que él fuera también! Allí está Laurie vestido de marinero. ¡Qué simpático! ¡Ay de mí! Un coche lleno de gente..., una señora alta, una chica y dos chicos terribles; uno es cojo, ¡pobrecito!, lleva una muleta. Laurie no nos dijo eso. Dense prisa, niñas, que se hace tarde. ¡Digo! Allí va Nataniel Moffat. Mira, Meg, ¿no es ése el hombre que te saludó un día cuando íbamos de compras?

-Sí, es él; ¡qué curioso que haya venido! Pensaba que estaba en las montañas. ¡Allá va Sallie! Me alegro de que haya vuelto a tiempo. ¿Estoy bien, Jo? -preguntó Meg, muy agitada.

-Estás hecha una verdadera margarita; recógete el vestido y ponte derecho el sombrero; parece algo sentimental, inclinado de ese modo, y el primer soplo de viento se lo llevará. ¡Vamos ya!

-¡Pero, Jo!, ¿vas a llevar ese horrible sombrero? Es absurdo. No te pongas como un espantajo -exclamó Meg, mientras su hermana se ajustaba con una cinta roja el sombrero de paja de Italia, de anchas alas, que Laurie le había enviado en broma.

-¡Vaya si lo llevo! Es excelente: ligero, ancho y da mucha sombra. Causará gracia y no me importa parecer un espantajo si voy a gusto.

Dicho esto, Jo se puso en marcha y las otras la siguieron: una cuadrilla alegre de hermanas, muy bonitas con sus vestidos de verano y sus alegres caras bajo las alas de sus sombreros.

Laurie se apresuró a recibirlas y presentarlas a sus amigos con mucha cordialidad. El prado era la sala de recepción y por algunos minutos se desarrolló allí una escena muy animada. Meg notó con placer que la señorita Kate, aunque tenía veinte años, iba vestida con mucha sencillez, y se sintió halagada al oír a Nataniel decir que había venido especialmente por verla. Jo comprendió por qué Laurie hacía muecas al hablar de Kate, porque aquella señorita parecía decir «no se acerque usted demasiado», y sus maneras contrastaban con las más naturales de las otras chicas. Beth pasó disimuladamente revista a los chicos nuevos y sacó la conclusión de que el cojito no era «terrible», sino tranquilo y débil, y que, por lo mismo, debería ser amable con él.

Amy descubrió que Grace tenía buenas maneras y que era alegre; después de estudiarse por unos pocos minutos, sin decir nada, de repente se hicieron buenas amigas. Habiendo llegado antes que ellos a las tiendas de campaña, la merienda y los utensilios para el croquet, pronto se embarcó la cuadrilla y los dos botes se pusieron en marcha juntos, mientras el viejo señor Laurence les decía adiós desde la orilla agitando su sombrero. Laurie y Jo remaban en un bote, el señor Brooke y Ned en el otro, y Fred Vaughan, el gemelo bullicioso, hacía todo lo posible para hacer volver a los dos, remando en un esquife como un escarabajo de agua. El cómico sombrero de Jo mereció un voto

de gracias, porque fue de utilidad general. Al principio rompió la reserva por las risas que causó; producía una brisa agradable con sus alas mientras remaba Jo, y ella dijo que si caía un chaparrón serviría de paraguas para toda la cuadrilla.

Kate pareció algo sorprendida por los modales de Jo, especialmente cuando exclamaba «Cristóbal Colón», si se le escapaba un remo.

Pero después de examinar a la curiosa chica varias veces con su lente, la señorita Kate decidió que era «rara pero lista», y le sonrió desde lejos.

En otro bote, Meg se halló en una situación muy agradable, de cara a los remeros, que admiraban la perspectiva y manejaban sus remos con habilidad y gracia poco comunes. El señor Brooke era un joven grave y callado, con ojos color castaño y voz agradable. A Meg le gustaban sus modales tranquilos, y pensaba que era una enciclopedia ambulante de conocimientos útiles. Nunca le hablaba mucho; pero la miraba a menudo, y ella se daba cuenta de que lo hacía. Ned, que ya había ingresado en la Universidad, adoptaba los aires que los novicios creen obligados en su caso; no era muy sabio, pero de buen humor y alegre, y, en conjunto, persona excelente para una excursión. Sallie Gardiner estaba ocupadísima en mantener limpio su traje de piqué blanco y charlaba con Fred, que se hallaba en todas partes, manteniendo a Beth atemorizada con sus locuras.

No estaba lejos Prado Largo; pero la tienda de campaña estaba ya plantada y las barreras puestas cuando llegaron. Era un campo agradable y verde, con tres frondosos robles en el centro y una parte de césped llano para el croquet.

-Bienvenidos sean ustedes al Campamento Laurence -dijo el joven anfitrión, cuando desembarcaban, con exclamaciones de alegría-. Brooke es comandante en jefe; yo soy comisario general; los demás jóvenes, oficiales de estado mayor, y ustedes, señoras, la compañía. La tienda de campaña es para su propio uso, y aquel roble es su salón; éste es el comedor, y el tercero, la cocina de campo. Ahora vamos a jugar antes de que haga calor, y después nos ocuparemos de la comida.

Fred, Beth, Amy y Grace se sentaron para mirar el juego de los otros ocho. El señor Brooke escogió a Meg, Kate y Fred. Laurie, a Sallie, Jo y Ned. Los ingleses jugaron bien, pero los americanos mejor, y defendieron cada pulgada de césped como si los animara el espíritu de la guerra de la Independencia. Jo y Fred tuvieron varias escaramuzas, y una vez apenas evitaron una riña. Jo había pasado el último aro; su mazo había fallado de golpe, lo cual la enojó mucho. Fred la seguía de cerca y le tocaba a él jugar antes; dio un golpe; su pelota pegó contra el aro y se paro a una pulgada fuera del sitio. Nadie estaba muy cerca; corriendo para examinar, le dio disimuladamente un golpecito con la punta del pie, y así la puso justamente a una pulgada dentro.

-¡Pasé! Señorita Jo, le voy a ganar; voy a entrar el primero- gritó el joven, oscilando el mazo para dar otro golpe.

-Usted ha empujado la pelota; lo he visto. Me toca a mí -dijo Jo ásperamente.

-¡Palabra que no la toqué! Tal vez ha rodado algo, pero esto está permitido; apártese haga el favor, que voy a llegar a la meta.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-En América no hacemos trampas; pero puede usted hacerlas si desea -dijo Jo, enojada.

-Todo el mundo sabe que los americanos son más tramposos. ¡Allá va! -respondió Fred, mandando muy lejos, de un golpe, la pelota de su rival.

Jo abrió la boca para decirle algo fuerte, pero se detuvo a tiempo, enrojeció y estuvo por un minuto golpeando un aro con toda su fuerza, mientras Fred daba con su pelota en la meta y se declaraba vencedor con mucha alegría. Ella se fue a buscar su pelota y pasó largo rato para encontrarla entre los arbustos pero volvió aparentemente fresca y tranquila y esperó su turno con paciencia. Tuvo que dar varios golpes para ganar de nuevo la posición que había perdido, y cuando la recobró, el otro lado casi había ganado, porque la pelota de Kate era la penúltima y estaba muy cerca de la meta.

-¡Caramba! ¡Estamos perdidos! Adiós, Kate; la señorita Jo tiene derecho a un golpe, de modo que está usted vencida -gritó Fred, muy excitado, mientras todos se acercaban para ver la conclusión.

-Los americanos tienen la costumbre de ser generosos con sus enemigos -dijo Jo, con una mirada que hizo palidecer la cara del chico; sobre todo cuando los vencen -añadió, mientras, sin tocar la pelota de Kate, ganaba el juego por un golpe hábil.

Laurie echó al aire su sombrero; después recordó que no debía celebrar la derrota de sus huéspedes, y se paró en medio de un hurra para susurrar a su amiga:

-¡Bien hecho, Jo! El hizo trampa, lo vi; no podemos decírselo así, pero no lo hará otra vez te lo aseguro.

Meg la llevó a un lado, con el pretexto de arreglarle una trenza, y le dijo:

-Fue muy provocativo; pero supiste dominarte, lo cual me dio mucha alegría, Jo.

-No me alabes, Meg, que todavía me quedan ganas de darle una bofetada. Me hubiera desquitado si no hubiese permanecido entre las ortigas hasta que pude sujetar la rabia lo suficiente para no hablar. Todavía estoy hirviendo; espero que no se me acerque mucho -respondió Jo, mordiéndose los labios.

-¡Hora de merendar! -dijo el señor Brooke, mirando, su reloj-. Comisario general, ¿quiere usted encender el fuego y traer agua, mientras la señorita March, la señorita Sallie y yo ponemos la mesa? ¿Quién sabe hacer buen café?

-Jo sabe -respondió Meg, alegrándose de poder recomendar a su hermana.

Jo, contenta de poder lucir sus recién adquiridos conocimientos culinarios, se hizo cargo de la cafetera, mientras los niños recogían leña seca y los chicos hacían fuego y traían agua de un manantial cercano.

La señorita Kate dibujaba y Fred charlaba con Beth, que estaba haciendo esterillas con juncos trenzados para usarlas como platos.

El general en jefe y sus ayudantes pronto pusieron el mantel con una variedad tentadora de comestibles y bebidas, adornados con hojas verdes. Jo anunció que el café estaba listo y todos se sentaron para hacer honor a una comida abundante. Fue una merienda alegre, porque todo parecía nuevo y gracioso. Un venerable caballo que pastaba por allí fue espantado por las frecuentes carcajadas. La mesa no quedaba firme y esto produjo no pocas desgracias a tazas y platillos; caían bellotas en la leche, venían pequeñas hormigas negras a participar del banquete sin estar invitadas y orugas peludas se descolgaban del árbol para ver lo que ocurría. Tres niños de pelo blanquecino se asomaron por encima del seto y un perro desagradable les ladró con toda su fuerza desde el lado opuesto del río.

-Aquí hay sal, si la prefieres -dijo Laurie, mientras pasaba a Jo un platillo de fresas.

-Gracias, prefiero arañas -respondió ella, sacando dos imprudentes, que habían buscado la muerte entre la crema-. ¿Cómo te atreves a recordarme aquella comida horrible, cuando la tuya es tan agradable y excelente en todos sentidos? -añadió Jo, mientras reían ambos y comían del mismo plato, ya que escaseaba la vajilla.

-Aquel día me divertí muchísimo, y no lo he olvidado todavía. De esta excursión no me corresponde mérito alguno; yo no hago nada; son ustedes, Meg y Brooke los que la llevan por buen camino, y les estoy muy agradecido. ¿Qué haremos cuando no podamos comer más? -preguntó Laurie, cuyo repertorio quedaba agotado con la merienda.

-Tendremos juegos hasta que refresque un poco. He traído «Autores», y quizá la señorita Kate sepa alguno nuevo y bonito. Ve a preguntarle; es buena amiga y deberías hacerle más compañía.

-¿No lo crees tú también? Pensé que ella y Brooke se entenderían, pero él no deja de hablar con Meg y Kate los mira intrigada con ese lente ridículo que tiene. Voy a hablar con ella para que no me indique urbanidad, Jo.

La señorita Kate sabía varios juegos nuevos, y como las chicas no querían y los chicos no podían comer más, todos se reunieron en la sala para jugar a «Cuentos».

-Una persona empieza un cuento, cualquier tontería que se le ocurra, y sigue contándolo todo el tiempo que gusta, procurando detenerse repentinamente en algún punto excitante, y entonces la siguiente continúa el cuento y hace lo mismo. Es muy gracioso cuando se hace bien, porque resulta un perfecto lío de tonterías tragedias y situaciones únicas que hacen reír. Háganos el favor de comenzar, señor Brooke -dijo Kate con gesto imperioso, que sorprendió a Meg, acostumbrada a tratar al tutor con tanto respeto como a cualquier otro caballero.

Echado en la hierba, a los pies de las dos señoritas, el señor Brooke comenzó obedientemente el cuento, con sus bellos ojos castaños fijos en el río, bañado en sol.

-Había una vez un caballero errante que se fue a buscar fortuna, pues no tenía nada más que su espada y un su escudo. Viajó por largo tiempo, casi veintiocho años, y sufrió muchas penalidades, hasta que llegó al palacio de un rey, bueno y anciano, que había ofrecido un premio a quien pudiera domar y manejar un bello potro, salvaje todavía, al que estimaba muchísimo. El caballero convino en

intentarlo y lo consiguió, lenta pero seguramente, porque el potro era un animal noble, que, aunque caprichoso y salvaje, aprendió pronto a obedecer a su nuevo amo. Cada día, cuando adiestraba al noble bruto, el caballero solía pasear por la ciudad, montado en él; y mientras cabalgaba iba buscando una cara hermosa, que había visto a menudo en sueños, pero nunca de verdad. Un día, al pasar por una calle tranquila su caballo haciendo cabriolas, vio en la ventana de un castillo ruinoso la cara encantadora. Loco de alegría preguntó quién habitaba aquel viejo castillo, y se le dijo que unas princesas encantadas estaban prisioneras allí, víctimas de un sortilegio, hilando todo el día para ahorrar el dinero con que comprar su libertad. El caballero deseaba mucho libertarlas; pero era pobre, y lo único que podía hacer era pasar todos los días esperando ver asomarse al sol la cara hermosa. Al fin resolvió entrar en el castillo y preguntar cómo podría ayudarlas. Fue y llamó; la puerta grande se abrió de par en par y vio a...

-Una dama encantadora, que exclamó extasiada: «¡por fin!, ¡por fin!» -continuó Kate-. «Es ella», gritó el conde Gustavo, y cayó a sus pies, loco de alegría. «Levantaos», dijo, extendiendo una mano blanca como la nieve. «No lo haré hasta que me digas cómo puedo librarte» exclamó el caballero todavía de rodillas. «¡Ay!, mi suerte cruel me condena a permanecer aquí hasta que mi tirano sea destruido». «¿Dónde está el traidor?». «En la sala lila; ve corazón valiente, y sálvame de la desesperación.» «Obedezco, y volveré victorioso o muerto». Con estas palabras conmovedoras salió precipitadamente, y abriendo la puerta de la sala lila, estaba a punto de entrar cuando recibió...

-Un golpe que lo aturdió, dado con un gran diccionario griego, que un viejo, de hábito negro, le tiró -prosiguió Ned-. En seguida, el caballero no sé quién se repuso, arrojó al tirano por la ventana y volvió a reunirse con la dama, victorioso, pero con un chichón en la frente; encontró la puerta cerrada con llave; desgarró las cortinas, hizo una escala de cuerdas, y había llegado a mitad del camino al suelo, cuando se rompió la escala y cayó de cabeza al foso, desde una altura de sesenta metros. Podía nadar como un pato, y nadando dio la vuelta al castillo hasta llegar a una puertecita guardada por dos fuertes mozos; les golpeó las cabezas una contra otra, haciéndolas crujir como un par de nueces; después con un ligero golpe de su fuerza prodigiosa derribó la puerta, subió dos escalones de piedras, cubiertos de polvo espeso, sapos tan grandes como el puño de un hombre y arañas que harían chillar de terror a la señorita March. En lo alto de aquellos escalones vio de repente algo que le heló la sangre...

-Una figura alta, toda de blanco, con un velo sobre la cara y una lámpara en la mano delgada -continuó Meg-. Le hizo señas, deslizándose suavemente sin ruido ante él a lo largo de un pasillo, oscuro y frío como un sepulcro. A cada lado había efigies tenebrosas con armadura; reinaba un silencio completo; la lámpara daba una luz azul y el espectro volvía de vez en cuando la cara hacia él, dejando ver el brillo de sus ojos terribles a través del velo blanco. Llegaron a una puerta cubierta con una cortina, tras de la cual sonaba una música encantadora: se precipitó a entrar pero el espectro le dio un tirón hacia atrás, agitando con gesto amenazador ante él una...

-Una tabaquera -prosiguió Jo con voz grave, que hizo desternillarse de risa al auditorio-. «Gracias», dijo el caballero cortésmente, tomando un poco y estornudando siete veces, con tanta violencia que se le cayó la cabeza. «¡Ah! ¡Ah!», rió el espectro, y después de echar una ojeada por el ojo de

la cerradura a las princesas que hilaban a toda velocidad, el espectro asió a su víctima y la puso en una caja de lata, donde había otros once caballeros decapitados, apretados como sardinas en canasta, los cuales se levantaron y se pusieron a...

-Bailar un baile de marineros -dijo Fred, interrumpiéndola, al detenerse Jo para tomar aliento-, y mientras bailaban, el castillo ruinoso se cambió en un buque de guerra con velas desplegadas. «¡Arriba el foque!; ¡amarrad las velas!; ¡A sotavento con el timón!; ¡armad los cañones!», gritó el capitán, al aparecer un barco pirata portugués que enarbolaba en su palo mayor un pabellón negro como la tinta. «¡A ellos y a vencer, hijos míos!», dice el capitán, y se entabla una furiosa pelea. Naturalmente, los ingleses vencieron, como siempre; y después de hacer prisionero al capitán de los piratas, hundió la goleta, cuyos puentes de sotavento estaban cubiertos de sangre, porque la consigna había sido «vender caras las vidas». «Guardián, toma una cuerda del contrafoque y arroja este pícaro al mar si no quiere confesar en seguida sus pecados», dijo el capitán inglés. El portugués cerró la boca con valor y anduvo el tablón mientras los marineros aplaudían como locos; pero el tunante se sumergió debajo del buque, lo echó a pique, y la nave se hundió con velas desplegadas hasta el fondo del mar, donde...

-¡Pobre de mí! ¿Qué voy a decir? -exclamó Sallie cuando Fred puso fin a su parte, tan abundante en frases náuticas y hazañas marítimas-. Bueno, llegaron al fondo, donde una hermosa sirena los recibió, pero se entristeció mucho al descubrir la caja de caballeros decapitados, y los conservó en salmuera con la esperanza de descubrir el misterio; porque, como mujer, era curiosa. A poco bajó un buzo y la sirena dijo: «Te daré esta cajita de perlas si quieres subirla», porque deseaba devolver a la vida a los caballeros, y ella no podía levantar una caja tan pesada. El buzo accedió y se llevó un gran chasco al abrir la caja y ver que no tenía perlas. La abandonó en medio de un prado solitario, donde fue descubierta por una...

-Pastorcita que cuidaba cien gansos gordos -dijo Amy cuando se agotó la inventiva de Sallie-. La pastorcita sintió mucha lástima de ellos y preguntó a una vieja qué podría hacer para ayudarlos. «Tus gansos te lo dirán; ellos lo saben todo», contestó la vieja. Así que preguntó cómo podría darles cabezas nuevas, puesto que las antiguas estaban perdidas, y los gansos abrieron sus cien picos y gritaron...

-Coles -continuó Laurie, sin vacilar-. «Justo», dijo la niña, y corrió a traer doce coles buenas de su huerta. Se las colocó a los caballeros, los cuales volvieron al punto en sí, le dieron las gracias y continuaron su viaje, alegremente, sin darse cuenta de la diferencia, porque en el mundo había tantas cabezas parecidas que nadie hizo caso de ellos. El caballero que me interesa volvió para encontrar la cara hermosa, y oyó que las princesas habían ganado su libertad hilando y que todas, menos una, se habían marchado para casarse. Se inquietó muchísimo al oírlo, y montando el potro, que a través de tantas desgracias había permanecido fiel a su amo, apuró el paso hacia el castillo para ver cuál de ellas estaba todavía allí. Mirando furtivamente por el seto, vio venir a la reina de su corazón que cortaba flores en su jardín. «¿Quieres darme una rosa?», dijo él. «Tienes que venir a recibirla; no está bien que yo vaya a dártela», repuso ella, dulce como la miel. Trató de saltar el seto, pero éste se hacía cada vez más alto; intentó atravesarlo, pero se ponía más y más espeso; estaba desesperado. Con mucha paciencia rompió ramita tras ramita hasta hacer un agujero

pequeño, por el que se asomó diciendo con suplicante voz: «¡Déjame entrar!, ¡déjame entrar!» Pero la hermosa princesa no parecía comprender, porque continuó cortando tranquilamente sus rosas y lo dejó que entrase como pudiera. Si logró hacerlo o no, Frank nos lo dirá.

-¡Yo, no! ¡Yo, no! No juego -dijo Frank, asustado por el conflicto sentimental del cual tenía que salvar a la absurda pareja. Beth había desaparecido detrás de Jo, y Grace se había quedado dormida.

-De modo que al pobre caballero lo vamos a dejar pegado al seto; ¿no es una lástima? -preguntó el señor Brooke, todavía mirando al río y jugando con la rosa silvestre que tenía en el ojal.

-Imagino que la princesa le dio un pensamiento y acabó por abrirle la puerta -dijo Laurie, sonriendo, mientras tiraba bellotas a su tutor.

-Qué tonterías hemos ideado. Con práctica podríamos hacer algo verdaderamente hábil. ¿Saben ustedes «La verdad»? -preguntó Sallie, cuando todos terminaron de reír del cuento.

-Espero que sí -dijo Meg con gravedad.

-El juego, quiero decir.

-¿De qué se trata? -preguntó Fred.

-Vean: ustedes ponen las manos una encima de otra, escogen un número y retiran las manos por turno, y la persona que retira última su mano tiene que responder con verdad cualquier pregunta que le hagan las otras. Es muy divertido.

-Probemos -dijo Jo, a quien le gustaban toda clase de experimentos nuevos.

La señorita Kate, el señor Brooke, Meg y Ned rehusaron jugar, pero Fred, Sallie, Jo y Laurie pusieron las manos una encima de otra; las retiraron, y la suerte le tocó a Laurie.

-¿Quiénes son tus héroes? -preguntó Jo.

-Mi abuelo y Napoleón.

-¿Qué dama te parece más hermosa? -preguntó Sallie.

-Meg.

-¿Cuál te gusta más? -preguntó Fred.

- Jo, naturalmente.

-¡Qué preguntas tan tontas! -exclamó Jo, encogiéndose de hombros desdeñosamente, ante la risa general que produjo el tono decidido de Laurie.

-Tratemos otra vez; «La verdad» no es un juego malo -dijo Fred.

-Para usted, excelente -respondió Jo en voz baja.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

El turno siguiente le tocó a ella.

-¿Cuál es su defecto más grave? -preguntó Fred, para probar en ella la virtud que a él le faltaba.

-Un carácter impulsivo.

-¿Qué es lo que más deseas? -interrumpió Laurie.

-Un par de cordones para mis botas -respondió Jo, adivinando y defraudando la intención.

-No es una respuesta sincera; debes decir lo que deseas de veras.

-¡Talento! ¿No te gustaría poder dármelo, Laurie? -y sonrió astutamente a su chasqueado amigo.

-¿Qué virtudes admiras más en un hombre? -preguntó Sallie.

-Valor y honradez.

-Ahora me toca a mí -dijo Fred, que había quedado último.

-Hazlo pagar -susurró Laurie a Jo, que hizo una seña afirmativa y preguntó en seguida.

-¿No hiciste trampa en el croquet?

-Sí, un poquito.

-¡Bueno! ¿Y no sacaste tu cuento de El león del mar? -dijo Laurie.

-Claro que sí.

-¿No piensas que la nación inglesa es perfecta en todos sus sentidos? -preguntó Sallie.

-Me avergonzaría de mí mismo si no lo pensara.

-Es un verdadero John Bull. Ahora, Sallie, tendrás una oportunidad sin sacar número. Lastimaré tus sentimientos, en primer lugar, preguntándote si no piensas que eres algo coqueta -dijo Laurie, mientras Jo sonreía a Fred en señal de que hacían las paces.

-¡Qué insolente! Claro que no soy una coqueta -exclamó Sallie, con un gesto que demostraba lo contrario.

-¿Qué es lo que detestas más? -preguntó Fred.

-Arroz con leche y arañas.

-¿Qué es lo que te gusta más? -preguntó Jo.

-Bailar y guantes franceses.

-Bueno, pienso que «La verdad» es un juego muy tonto; juguemos a «Autores» para refrescamos la mente -propuso Jo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Ned, Fred y las muchachitas tomaron parte en éste, y mientras duró, las tres personas mayores estuvieron charlando a un lado. La señorita Kate sacó otra vez su dibujo y Meg la miraba, mientras el señor Brooke estaba echado sobre la hierba con un libro en la mano, que no leía.

-¡Qué bien lo hace! Quisiera saber dibujar -dijo Meg, con mezcla de admiración y tristeza en su voz.

-¿Por qué no aprende? Creo que tendría gusto y habilidad para ello -respondió la señorita Kate.

-No tengo tiempo.

-Su madre prefiere otras habilidades, supongo. Así fue con la mía; pero le demostré que tenía talento, tomando a escondidas unas lecciones, y entonces estuvo muy conforme con que continuara. ¿No puede hacer lo mismo con su institutriz?

-No tengo ninguna.

-Olvidé; en América las señoritas suelen ir a la escuela más que nosotras. Las escuelas son muy buenas también, según dice papá. Supongo que va a un colegio particular.

-No voy a ningún colegio; yo misma soy institutriz.

-¡Oh, realmente! -dijo la señorita Kate, pero lo mismo podría haber dicho: «¡Pobrecita!, ¡qué lástima!», porque el tono lo indicaba y la expresión de su cara hizo a Meg ruborizarse y lamentar haber sido tan franca.

El señor Brooke levantó los ojos y dijo con presteza:

-En América las señoritas aman la independencia tanto como nuestros abuelos la amaban, y son admiradas y respetadas si se ganan su sustento.

-Sí, claro. Es muy grato y correcto que lo hagan. Nosotros tenemos muchísimas jóvenes dignas y respetables que hacen lo mismo y a las cuales la aristocracia suele emplear, porque, siendo hijas de caballeros, están bien educadas y tienen talento, ¿comprende? -dijo la señorita Kate con cierto tono protector que ofendió el orgullo de Meg.

-¿Le gustó a usted la canción alemana, señorita March? -preguntó el señor Brooke, rompiendo una pausa molesta.

-¡Oh!, sí, era muy dulce y estoy muy agradecida a quien me la tradujo -y la cara abatida de Meg se alegró al contestar.

-¿No lee usted alemán? -preguntó la señorita Kate, mirándola sorprendida.

-No muy bien. Mi padre, que me enseñaba, está lejos y no adelanto mucho sola, porque no tengo quién me corrija la pronunciación.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Trate de leer un poquito ahora. Aquí tiene María Estuardo, de Schiller, y un maestro a quien le gusta enseñar -y con una sonrisa alentadora puso el libro en sus rodillas.

-Es tan difícil, que me da miedo probar -repuso Meg, agradecida, pero cohibida por la presencia de la culta señorita.

-Leeré un poquito para animarla -y la señorita Kate leyó uno de los pasajes más bellos con perfecta corrección, pero sin expresión alguna.

El señor Brooke no hizo ninguna observación mientras devolvía el libro a Meg, que dijo inocentemente:

-Pensé que era poesía.

-En partes; trate de leer este pasaje.

Meg, siguiendo obedientemente la dirección de la larga brizna de hierba que su nuevo maestro usaba para señalar, leyó lenta y tímidamente, haciendo, sin darse cuenta, poesía de las palabras difíciles por la entonación dulce de su voz musical. Página abajo, fue señalando la verde guía, y Meg, olvidando a su oyente por la belleza de la triste escena, leyó como si estuviera sola, dando un ligero toque de tragedia a las palabras de la infortunada reina. De haber visto los ojos castaños fijos en ella se hubiera detenido al instante; pero no levantó la vista y la lección no se estropeó.

-¡Muy bien! -dijo el señor Brooke cuando acabó, sin hacer la menor mención de sus faltas frecuentes.

La señorita Kate se caló su lente, y después de examinar el cuadrito que pintaba, cerró su cartapacio diciendo con condescendencia:

-Usted tiene buen acento y con el tiempo será una buena lectora.

Le aconsejo aprender el alemán porque es muy útil para las institutrices.

Grace está jugando y tengo que echar un vistazo -y la señorita Kate se alejó de allí diciendo para sí: «No he venido para servir de cuidadora a una institutriz, aunque sea joven y guapa. ¡Qué gente tan extraña son estos americanos! Me temo que a Laurie lo van a echar a perder».

-Olvidé que los ingleses desprecian a las institutrices y no suelen tratarlas como nosotros -dijo Meg, mirando molesta a la joven que se alejaba.

-Los profesores también encuentran dificultades allá, como lo sé por triste experiencia. No hay ningún lugar como América para los trabajadores, señorita Meg.

-Me alegro de vivir en ella, entonces. No me gusta mi trabajo, pero al fin saco de él bastante satisfacción; así que no me quejaré; sólo quisiera que me gustase tanto el enseñar como le gusta a usted.

-Creo que le gustaría si tuviera por discípulo a Laurie. Sentiré mucho perderlo el año que viene.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¿Va a la Universidad? -preguntó Meg; pero sus ojos añadían: «Y ¿qué hará usted?»

-Ya es tiempo de que vaya, pues está ya casi listo; en cuanto se vaya me alistaré en el ejército.

-¡Me alegra oírlo! -exclamó Meg-. Yo diría que todos los jóvenes deberían ir a la guerra, aunque es algo duro para las madres y hermanas que quedan en casa -añadió tristemente.

-Yo no tengo madre ni hermana y pocos amigos a quienes importe que viva o muera -dijo con cierta amargura el señor Brooke, mientras ponía distraídamente la rosa marchita en el agujero que había hecho y la cubría como en una pequeña sepultura.

-Laurie y su abuelo se preocuparán, y nosotras lo sentiríamos mucho si le sucediera algo malo -dijo sinceramente Meg.

-Gracias, eso es muy amable -comenzó el señor Brooke, pareciendo alegre de nuevo. Pero antes de que pudiesen acabar su diálogo, Ned llegó montado sobre el viejo caballo para mostrar su habilidad ecuestre delante de las señoritas, y no hubo más tranquilidad aquel día.

-¿No te gusta montar a caballo? -preguntó Grace, mientras descansaba con Amy, después de una carrera alrededor del campo con los otros.

-Me vuelvo loca por ello. Mi hermana Meg solía cabalgar cuando papá era rico; pero ahora no tenemos ningún caballo, como no sea «Ellen Tree» -añadió Amy.

-Háblame de «Ellen Tree». ¿Es un burro? -preguntó Grace con curiosidad.

-Pues verás; Jo se vuelve loca por los caballos y yo también, pero no tenemos más que una vieja silla de amazona y ningún caballo. En nuestro jardín hay un manzano con una rama baja; pongo la silla encima, fijo las riendas a la parte encorvada y saltamos sobre «Ellen Tree» cuanto se nos antoja.

-¡Qué gracioso! -dijo Grace, riéndose-. En casa tengo un caballo y casi todos los días voy al parque con Fred y Kate. Es muy agradable, porque mis amigas van allí también y la Alameda está llena de señoras y señores.

Frank, que estaba sentado a espaldas de las muchachas, oyó lo que decían, y echó lejos de sí su muleta con gesto impaciente, mientras miraba a los muchachos haciendo toda clase de ejercicios gimnásticos.

Beth estaba ocupada recogiendo las cartas esparcidas del juego de «Autores», levantó los ojos y dijo con modo tímido, aunque amable:

-Temo que estés cansado; ¿puedo hacer algo por ti?

-Hazme el favor de hablar conmigo; es muy aburrido estar solo -respondió Frank, que estaba muy acostumbrado a que lo atendieran.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Pronunciar un discurso en latín no le hubiera parecido más difícil a la tímida Beth, pero no tenía escapatoria y el pobre muchacho parecía tan necesitado de entretenimiento que decidió valerosamente hacer lo que pudiera.

-¿De qué quieres que te hable? -preguntó, mezclando las cartas y dejando caer la mitad al atarlas.

-Bueno. Me gustará oír hablar del croquet, de botes y de la caza del zorro -dijo Frank, al que le atraían precisamente las cosas que no podía hacer.

-¡Pobre de mí! ¿Qué sé yo de eso? -exclamó Beth, y tan perturbada estaba que, sin darse cuenta de la desgracia del chico, dijo con la esperanza de hacerlo hablar a él-: Nunca he visto la caza del zorro, pero supongo que tú la conoces bien.

-La conocí en otro tiempo; pero no podré cazar más, porque caí del caballo saltando una barrera de cinco trancas y desde entonces se acabaron para mí los caballos y los galgos -dijo Frank, dando un suspiro, que hizo a Beth condenarse severamente a si misma por su inocente equivocación.

-Los ciervos de tu país son muchísimo más hermosos que nuestros desgarrados búfalos -repuso ella, buscando ayuda en los prados, y alegrándose de haber leído uno de los libros para muchachos que encantaban a Jo.

El tema de los búfalos resultó interesante y distraído. En su deseo de divertir a su compañero, Beth se olvidó de sí misma y no se dio cuenta de la sorpresa y placer con que sus hermanas la veían hablando con un muchacho de los que ella había llamado terribles.

-¡Dios la bendiga! Lo compadece y por eso es tan amable -dijo Jo, sonriéndose al mirarla desde el campo de croquet.

-Siempre dije yo que era una santa -añadió Meg, como si la cuestión quedara ya decidida por completo.

-Hace siglos que no he oído a Frank reírse tanto -susurró Grace, mientras charlaba de muñecas con Amy y hacían tacitas de té con cáscaras de bellotas.

-Mi hermana Beth es una chica encantadora cuando quiere -dijo Amy, muy contenta con el éxito de Beth.

La tarde concluyó con un circo improvisado, un juego de zorra y gansos y un partido amistoso de croquet. Cuando el sol se puso, levantaron la tienda de campaña, empaquetaron las cestas, cargaron los botes y toda la cuadrilla navegó río abajo, cantando alegremente. Ned se puso sentimental y cantó una serenata con el estribillo melancólico de: “Solo, solo, ¡ay de mí!, solo”. Y con los versos: “Si juventud tenemos, y ardiente corazón, ¿por qué nos resignamos a la separación?”

Miró a Meg con expresión tan lastimera, que ella se echó a reír y agitó la canción.

-¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo? -susurró, aprovechándose del ruido de la charla general-. Has estado todo el día junto a esa inglesa tiesa y ahora me tratas con desdén.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-No lo hice a propósito; te pusiste tan cómico que verdaderamente no pude evitarlo -respondió Meg; sin hacer caso de la primera parte de su reproche; porque era verdad que había evitado encontrarse con él recordando la reunión de los Moffat y la conversación que allí había oído.

Ned estaba ofendido y se volvió hacia Sallie para consolarse diciéndole con enojo:

-Esa muchacha no sabe flirtear lo más mínimo, ¿verdad?

-Verdad; pero es muy simpática -respondió Sallie, defendiendo a su amiga, aun cuando admitiese sus defectos.

En el jardín, delante de la casa donde la pequeña partida se había reunido, se dispersó, dándose unos a otros las buenas noches y adioses cordiales, porque los Vaughan se iban a Canadá. Cuando las cuatro hermanas se alejaban camino de su casa, la señorita Kate las siguió con la vista diciendo sinceramente:

-A pesar de sus modales bruscos, las chicas americanas son amables cuando se las llega a conocer.

-Estoy completamente de acuerdo con usted -dijo el señor Brooke.

CAPÍTULO XIII

CASTILLOS EN EL AIRE

Una calurosa tarde de setiembre Laurie se mecía suavemente en su hamaca, pensando qué estarían haciendo sus vecinas, pero con demasiada pereza para ir a investigarlo. Estaba en uno de sus ratos de mal humor; el día había pasado sin satisfacción ni provecho. El calor lo volvía indolente; había rehuido sus estudios, había probado la paciencia del señor Brooke; había irritado a su abuelo tocando el piano durante la mitad de la tarde; había aterrado a las criadas dando a entender que uno de los perros estaba rabioso, había tenido un altercado con el mozo de cuadra por un descuido imaginario con su caballo; después de todo lo cual, se había tendido en su hamaca enojado con la estupidez general del mundo, hasta que la paz del hermoso día lo calmó a pesar suyo. Con la vista perdida en el abismo verde del frondoso castaño de Indias, que extendía sus ramas sobre su cabeza, imaginaba toda clase de sueños y se imaginaba a sí mismo viajando a través del océano, cuando de repente lo volvió a la tierra un sonido de voces. Mirando a través de las mallas de la hamaca vio salir a las March, como preparadas para una excursión.

“¿Qué irán a hacer esas chicas?”, pensó Laurie, intrigado por la apariencia bastante extraña de sus vecinas. Cada una llevaba un sombrero de ala ancha, una mochila de algodón moreno al hombro y un largo bastón en la mano. Meg llevaba un almohadón; Jo, un libro; Beth, un cucharón, y Amy, un cartapacio. Todas marcharon tranquilamente a través del jardín, salieron por la puertecilla de atrás y comenzaron a subir la colina que separaba la casa del río.

-¡Vaya unas frescas! -se dijo Laurie-. ¡Irse de excursión y no invitarme! No pueden ir en bote, porque ellas no tienen llave. Quizá la han olvidado; yo se las llevaré y veré lo que pasa.

Aunque tenía media docena de sombreros, tardó largo rato en encontrar uno; después tuvo que buscar la llave que al fin descubrió en su bolsillo; con estas demoras, las chicas se habían perdido de vista cuando saltó la barrera y corrió tras ellas. Cortando por el atajo hacia el cobertizo del bote, esperó su llegada, pero viendo que no venían subió la cuesta para buscarlas en el campo vecino. Una parte estaba cubierta por un bosquecillo de pinos y del fondo de aquel verdor venía un sonido más claro que el dulce murmullo de los pinos o el chirrido somnoliento de los grillos.

“¡Vaya un cuadro!”, pensó Laurie, mirando entre los arbustos.

Era de veras un cuadro precioso; en un rincón de sombra estaban las hermanas, filtrándose sobre ellas los rayos del sol y agitando el viento sus cabellos, mientras los pequeños habitantes del bosque continuaban con sus trabajos como si las jóvenes no fueran extrañas sino antiguas amigas. Meg estaba sentada sobre su almohadón, cosiendo, y parecía tan fresca como una rosa con su traje del mismo color sobre el fondo verde. Beth escogía piñas de las que estaban esparcidas en gran cantidad. Amy dibujaba unos helechos y Jo hacía calceta a la vez que leía en voz alta.

Estaba el chico vacilando entre si marcharse, por no haber sido invitado, y el atractivo que ejercía sobre su espíritu inquieto aquella tranquila compañía. Tan inmóvil estaba, que una ardilla ocupada en su cosecha bajó de un pino a su lado, lo vio de repente y saltó pino arriba, dando tales chillidos que Beth levantó los ojos, descubrió la cara pensativa detrás de los abedules y le dirigió una sonrisa de bienvenida.

-¿Puedo entrar o voy a molestarlas? -dijo, acercándose lentamente.

Meg arqueó las cejas, pero Jo le echó una mirada de reproche y dijo en seguida:

-Claro que puedes entrar. Podíamos haberte invitado antes, pero pensábamos que no te gustaría un juego de chicas como éste.

-Siempre me gustan sus juegos; pero si Meg quiere que me vaya, me iré en seguida.

-No tengo nada que objetar si haces algo, es contra las reglas estar aquí ocioso -respondió Meg gravemente, aunque con gracia.

-Muchísimas gracias, si me permiten quedarme, haré lo que manden, porque allá abajo está uno tan aburrido como en el desierto de Sahara. ¿Quieren que cosa, lea, recoja piñas, dibuje, que haga todo eso a la vez? Digan lo que quieran, estoy listo.

-Acaba este cuento mientras arreglo mi punto de calceta -dijo Jo, pasándole el libro.

-Con mucho gusto -respondió humildemente, y empezó a leer, haciendo lo que podía para demostrar su gratitud por el favor de su admisión en la sociedad de «La abeja industriosa».

La historia no era larga, y cuando acabó se atrevió a hacer unas preguntas:

-Señora, ¿se me permite preguntar si esta instructiva y encantadora institución es nueva?

-¿Se lo diremos? -preguntó Meg a sus hermanas.

-Se va a reír -dijo Amy como aviso.

-¿Qué importa? -contestó Jo.

-Creo que le gustará -añadió Beth.

-¡Claro que me gustará! Les doy mi palabra de no reírme. Comienza, Jo, y no tengas miedo.

-¡Cómo que te voy a tener miedo a ti! Pues bien. Es el caso que solíamos jugar a “El peregrino” y hemos seguido con ello todo el invierno y el verano.

-Lo sé -dijo Laurie.

-¿Quién te lo dijo? -preguntó Jo.

-Un pajarito.

-No, que fui yo. Se lo dije para entretenerlo una noche en que todas ustedes estaban ausentes y él estaba algo triste. Le gustó, de modo que no me retes, Jo -respondió humildemente Beth.

-No puedes guardar un secreto. Pero no importa; así nos ahorramos explicaciones.

-Sigue, por favor -dijo Laurie, al ver que Jo se entregaba de nuevo a su trabajo.

-¿Qué? ¿No te dijo nada Beth de nuestro proyecto nuevo? Bueno; hemos procurado no desperdiciar nuestras vacaciones y cada una se ha impuesto una tarea. Las vacaciones están casi concluidas, las tareas todas terminadas y estamos muy contentas de no haber perdido el tiempo.

-Lo comprendo -repuso Laurie, pensando en los días ociosos que había pasado él.

-Como mamá desea que estemos al aire libre el mayor tiempo posible, traemos aquí nuestro trabajo y pasamos muy buenos ratos. Por juego llevamos nuestras cosas en estos sacos, nos ponemos sombreros viejos, usamos bastones para subir la cuesta y jugamos a peregrinos, como solíamos hacer hace muchos años. Llamamos esta colina “Las montañas de delicias», porque desde aquí podemos mirar a lo lejos y ver el país donde esperamos vivir algún día.

Jo señaló con el dedo y Laurie se incorporó para mirar, porque por un claro del bosque se podía ver, al otro lado del río ancho y azul, los prados, más allá de los arrabales de la ciudad grande, y las verdes montañas elevándose hacia el cielo. El sol estaba bajo y los cielos se enrojecían con la gloria de un atardecer de otoño. Nubes áureas y moradas cubrían las cumbres, y elevándose en la luz rosada había picos de un blanco plateado, que brillaban como las agujas de la catedral de una ciudad celestial.

-¡Qué bella es la puesta del sol! -dijo suavemente Laurie.

-A menudo es así y nos gusta observarla, porque siempre es diferente pero siempre magnífica -respondió Amy.

-Jo habla del campo donde esperamos vivir algún día; quiere decir el verdadero campo, con sus cerdos, pollos y la siega del heno. Sería agradable, pero quisiera que ese hermoso lugar allá arriba fuese real y que pudiésemos ir allá -dijo pensativa Beth.

-Hay un lugar aún más bello, donde iremos algún día si somos bastante buenos -respondió Meg con su voz dulce.

-¡Se hace tan largo esperar y tan difícil lograrlo! Quisiera volar en seguida allá como vuelan aquellas golondrinas y entrar por aquella puerta magnífica.

-Tarde o temprano llegarás allá, Beth, no hay duda de eso -dijo Jo-. Yo soy la que tendré que trabajar, sufrir, esperar, y al fin puede ser que no logre entrar.

-Yo te haré compañía si eso te sirve de algún consuelo. Tendré que viajar muchísimo antes de llegar a la vista de nuestra ciudad celestial. Si llego tarde, tú dirás algo en favor mío. ¿Verdad, Beth?

Algo en la cara del chico preocupó a su amiguita; pero dijo alegremente, con sus ojos clavados en las nubes:

-Si uno verdaderamente desea ir allá, y lo procura sinceramente toda su vida, pienso que entrará, porque no creo que aquella puerta tenga cerraduras ni guardianes. Siempre me lo imagino en la ilustración de “El peregrino”, donde los seres resplandecientes extienden las manos para recibir al pobre cristiano, según sube del río.

-¿No sería una buena diversión si todos los castillos en el aire que hacemos pudieran realizarse y llegáramos a vivir en ellos? -dijo Jo después de una pausa.

-Yo he hecho tantos, que sería difícil elegir cuál de ellos tomaría -susurró Laurie, echándose en la hierba y tirando piñas a la ardilla que lo había descubierto.

-Tendrás que escoger el preferido; ¿cuál es? -preguntó Meg.

-Si digo el mío, ¿dirás tú el tuyo?

-Lo diré si las demás lo dicen también.

-Lo diremos. Vaya, Laurie.

-Después de ver tanto del mundo como deseo, me gustaría vivir en Alemania y tener toda la música que quisiera. Tengo que ser un músico famoso, que todo el mundo se atropelle por oírme, y no he de preocuparme por el dinero ni por los negocios, sino divertirme y vivir para lo que me gusta. Ese es mi castillo favorito. ¿Cuál es el tuyo, Meg?

Meg parecía encontrar un poco difícil decir el suyo y agitaba una rama delante de su cara para espantar mosquitos imaginarios, mientras decía lentamente:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Desearía tener una casa magnífica, llena de toda clase de cosas hermosas: comidas finas, trajes bellos, muebles hermosos, gente agradable y mucho dinero. Debo ser la dueña de esa casa y gobernarla a mi gusto, con muchas criadas, de modo que no tenga necesidad de trabajar yo misma. No haraganearía, sino que haría el bien, para que todo el mundo me quisiera mucho.

-¿No tendrías un amo en tu castillo? -preguntó picarescamente Laurie.

-Ya he dicho «gente agradable».

-¿Por qué no dices un marido sabio y bueno y unos niños encantadores? Demasiado sabes que sin ellos no sería perfecto tu castillo -dijo bruscamente Jo.

-Ni el tuyo sin caballos árabes, tinteros y novelas.

-¡Claro que no! Tendría un establo lleno de caballos árabes, salas atestadas de libros y escribiría con un tintero mágico, que hiciera tan famosos mis trabajos como la música de Laurie. Antes de entrar en mi castillo, desearía hacer algo admirable que no se olvidara después de mi muerte. No sé lo que será, pero lo espero y algún día pienso sorprenderlos. Creo que escribiré libros para hacerme célebre y rica.; eso concuerda conmigo, de modo que es mi sueño favorito.

-El mío es quedarme tranquilamente en casa con papá y mamá y ayudar en el cuidado de la familia -dijo Beth.

-¿No deseas ninguna otra cosa? -preguntó Laurie.

-Desde que recibí mi pequeño piano estoy perfectamente satisfecha. Sólo deseo que todos tengamos buena salud y estemos juntos; nada más.

-Tengo muchísimos deseos; pero mi favorito es ser pintora, ir a Roma para pintar cuadros bellos y ser la mejor pintora del mundo -fue el modesto deseo de Amy.

-¡Vaya una partida de ambiciosos! Todos menos Beth queremos ser ricos, famosos y extraordinarios. Me pregunto si alguno de nosotros logrará lo que desea -dijo Laurie, mascando hierba como una ternera pensativa.

-Yo tengo la llave de mi castillo, pero falta ver si podrá abrir la puerta -susurró Jo con misterio.

-Yo tengo la llave del mío, pero no me dejan usarla. ¡A la porra la Universidad! -murmuró Laurie.

-¡He aquí la mía! -dijo Amy levantando su lápiz.

-Yo no tengo ninguna -repuso tristemente Meg.

-Sí, que la tienes -contestó Laurie.

-¿Dónde?

- En tu cara.

-¡Tonterías!, eso no sirve de nada.

-Espera y verás si no te trae algo de valor.

Meg ocultó su rubor detrás de la rama y no preguntó más.

-Si vivimos dentro de diez años, vamos a reunirnos para ver cuántos de nosotros han logrado sus deseos -dijo Jo, siempre lista con un proyecto.

-¡Pobre de mí! ¡Qué vieja seré entonces! ¡Tendré veintisiete años! -exclamó Meg, que se sentía ya persona mayor porque acababa de cumplir los diecisiete.

-Tú y yo tendremos veintiséis años, Laurie; Beth tendrá veinticuatro y Amy veintidós. Vaya una compañía venerable.

-Espero que para entonces habré hecho algo de lo cual estar orgulloso; pero soy tan holgazán que temo quedarme atrás, Jo.

-Tú necesitas hacerte un propósito, según dice mamá; y cuando tú lo tengas, ella está segura de que trabajarás bien.

-¿Eso piensa tu mamá? Claro que trabajaré bien, si me dan ocasión -dijo Laurie, incorporándose con súbita energía-. Debo de estar satisfecho para agradar a mi abuelo, y procuro hacerlo, pero va contra mi carácter, ¿comprendes?, y es algo difícil. El quiere que yo sea comerciante indiano, como fue él, y yo preferiría que me pegaran cuatro tiros. Detesto el té, la seda, las especias y toda esa basura que traen sus barcos viejos, y no me importará que se vayan todos a pique cuando me pertenezcan. Debería contentarse con que vaya a la Universidad, porque si le concedo cuatro años debe liberarme de los negocios; pero él es terco y tengo que hacer lo que él hizo, a menos que rompa con él por completo y haga mi voluntad, como hizo mi padre. Lo haría mañana mismo si hubiera algún otro que le hiciera compañía.

Laurie hablaba con emoción y parecía dispuesto a cumplir su amenaza a la menor provocación, porque, a pesar de sus modales indolentes, sentía el odio propio de los jóvenes a todo lo que fuera sujeción.

-Te aconsejo que te embarques y no vuelvas hasta que hayas triunfado -dijo Jo, cuya imaginación se animaba con el pensamiento de una acción tan temeraria y que simpatizaba vivamente con “las penas de Laurie”.

-Eso no está bien, Jo; no debes hablar así, ni Laurie debe seguir tu mal consejo. Hijo, debes hacer lo que desea tu abuelo -repuso Meg con tono maternal-. Haz cuanto puedas en la Universidad, y cuando él se dé cuenta de que procuras complacerlo, estoy segura de que no será tan exigente contigo. Como tú dices, no hay nadie que pueda quedarse con él para acompañarle, y tú no te perdonarías jamás haberlo dejado sin su permiso. No te desanimes ni te impacientes; cumple tu deber y tendrás tu recompensa, como la tiene el buen señor Brooke, a quien respetan y quieren los que lo conocen.

-¿Qué sabes de él?

-No sé más que lo que tu abuelo dijo a mamá; cómo cuidó a su madre hasta que murió y no quiso ir al extranjero por no abandonarla; y cómo ahora mantiene a una vieja que lo cuidó; no se lo dice a nadie, pero es tan generoso, paciente y bueno como puede.

-Sí que lo es, el buen amigo. Es muy de mi abuelo eso de descubrir toda su historia sin decirle nada y luego contar a otros lo bueno que es para que le tengan cariño. Brooke no podía comprender por qué tu madre era tan amable con él, invitándolo a su casa conmigo y tratándolo tan amistosamente. El pensó que tu madre era la perfección misma, y hablaba de ella día tras día; y de todas ustedes se hacía lenguas. Si alguna vez logro realizar mis deseos, verás lo que hago por Brooke.

-Empieza por hacer algo ahora, no fastidiándolo tanto -dijo severamente Meg.

-¿Cómo sabe usted que lo fastidio, señorita?

-Siempre lo puedo adivinar por la cara con que sale de su casa. Si te has portado bien, parece satisfecho y camina lentamente, como si deseara volver para corregir tu trabajo.

-¡Vaya! ¡Me gusta! ¿De modo que llevas cuenta de las notas buenas y malas que recibo yo por la cara de Brooke, no es eso? Ya he visto que saluda y sonríe cuando pasa bajo tu ventana, pero no sabía que hubieses montado un telégrafo.

-No lo tenemos; no te enojés y, por favor, no le digas nada de lo que te he dicho. Era solamente para demostrarte que me intereso por tus progresos; lo que se dice aquí se dice en confianza, ya lo sabes.

-No me gusta llevar cuentos. Pero si Brooke es un barómetro, procuraré que señale siempre buen tiempo.

-Hazme el favor de no ofenderte; no quise sermonear, ni contar historias, ni ponerme tonta; sólo pensé que Jo estaba alentándote a algo de lo cual tendrías que arrepentirte luego. Eres tan amable con nosotras, que te miramos como si fueras nuestro propio hermano y decimos lo que pensamos. Perdóname; lo dije con buena intención -y Meg le ofreció la mano con gesto amable aunque tímido.

Avergonzado de su momentáneo enojo, Laurie le estrechó la mano con sinceridad, diciéndole:

-Yo soy quien necesita perdón; he estado de muy mal humor todo el día. Me gusta que me señales mis defectos como una hermana; no hagas caso si a veces estoy gruñón; te doy las gracias de todos modos.

Deseoso de expresar que no estaba ofendido, estuvo lo más agradable que pudo, devanó hilo para Meg, recitó poesías para dar gusto a Jo, sacudió piñas para Beth y ayudó a Amy con sus helechos, acreditándose como persona digna de pertenecer a la sociedad de «La abeja industriosa».

En la mitad de una discusión animada sobre las costumbres domésticas de las tortugas -con motivo de haber venido del río uno de estos amables animalitos-, el lejano sonido de una campanilla les avisó que Hanna había preparado el té y que con dificultad podrían llegar a tiempo para la cena.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¿Puedo venir otra vez? -preguntó Laurie.

-Claro que sí, si te portas bien y eres aplicado, como dice la cartilla -contestó Meg con una sonrisa.

-Lo procuraré.

-Entonces puedes venir y te enseñaré a hacer calceta, como hacen los escoceses; ahora hay gran demanda de calcetines -añadió Jo, agitando el suyo como una bandera de lana azul, mientras se separaban.

Aquella noche, mientras Beth tocaba el piano para el señor Laurence, Laurie, de pie en la sombra de las cortinas, escuchaba al pequeño David, cuya música sencilla calmaba siempre su espíritu tornadizo y miraba al anciano que con la cabeza apoyada en la mano pensaba con ternura en la niña muerta que había querido tanto.

Acordándose de la conversación de la tarde, el chico se dijo con la resolución de hacer el sacrificio alegremente:

-Renunciaré a mi castillo y permaneceré con mi querido y viejo abuelo mientras me necesite, porque no tiene a nadie más que a mí.

CAPÍTULO XIV

SECRETOS

Jo estaba ocupadísima en la boardilla, porque los días de octubre comenzaban a ponerse fríos y las tardes iban acortándose. Por dos o tres horas, tras la ventana bañada por el sol; podía verse a Jo sentada en el viejo sofá escribiendo diligentemente, con las cuartillas esparcidas sobre un baúl ante ella, mientras su ratón amigo se paseaba por las vigas en compañía de su hijo mayor, un hermoso ratonzuelo, al parecer muy orgulloso de sus bigotes. Completamente absorta en su trabajo, garrapateaba Jo hasta que hubo llenado la última página, después de lo cual estampó su firma y soltó la pluma, exclamando:

-¡Vaya! Lo he hecho lo mejor posible. Si esto, no conviene, tengo que esperar hasta que sepa hacer algo mejor.

Echada en el sofá, leyó cuidadosamente el manuscrito, poniendo comas acá y allá, y signos de admiración que parecían globos pequeños; después lo ató con una cinta roja muy vistosa y se quedó mirándolo con expresión grave y pensativa, que mostraba claramente lo serio que había sido su trabajo.

Aquí arriba, el pupitre de Jo era una vieja cocina de hojalata, que colgaba contra la pared. En ella guardaba sus papeles y algunos libros para resguardarlos de las atenciones de su ratón, que, como todos los de su casta, tenía sus aficiones literarias. De aquel receptáculo de hojalata Jo sacó otro manuscrito, y, poniendo los dos en su bolsillo, bajó furtivamente la escalera, dejando a sus amigos que royesen las plumas y se bebiesen la tinta.

Tan sigilosamente como pudo se puso el abrigo y el sombrero, y por la ventana trasera salió al tejadillo del pórtico bajo, se descolgó sobre el suelo de césped e hizo un rodeo para llegar al camino. Una vez allí se calmó, tomó un ómnibus que pasaba y se fue a la ciudad con mucha alegría y misterio.

Si alguien la hubiese observado, hubiera pensado que sus movimientos tenían algo raro, porque tan pronto como bajó del ómnibus echó a andar a buen paso hasta llegar a cierto número de una calle de mucho movimiento. Una vez descubierto el lugar con alguna dificultad, entró en el portal, echó una mirada a la escalera y después de pararse por un minuto salió de repente a la calle, marchándose tan de prisa como había venido. Varias veces repitió la maniobra con gran diversión de cierto joven de ojos negros que la observaba desde la ventana de un edificio de enfrente. Volviendo por tercera vez, Jo se irguió, se caló el sombrero hasta las cejas y subió valientemente escalera arriba, como si fuera a que le sacaran todas las muelas. Había un rótulo de dentista, entre otros, a los lados de la puerta, y después de mirar un momento un par de mandíbulas artificiales, que se abrían y cerraban lentamente para llamar la atención a una dentadura hermosa, el joven se puso su abrigo, tomó su sombrero y bajó a la calle para esperar enfrente de la puerta diciéndose con una sonrisa y un estremecimiento:

-Es muy propio de ella venir sola, pero si pasa un mal rato necesitará que alguien la acompañe a casa.

A los diez minutos Jo bajaba corriendo la escalera, con la cara muy roja y como quien acaba de pasar una dura prueba. Cuando vio al joven no le hizo ni pizca de gracia y pasó de largo, con una inclinación de cabeza; pero él la siguió, preguntándole con simpatía:

-¿Has pasado un mal rato?

-No mucho.

-Has acabado muy pronto.

-Sí, ¡gracias a Dios!

-¿Por qué has venido sola?

-No quería que nadie lo supiera.

-Eres lo más curioso que he visto en mi vida. ¿Cuántas te han sacado?

Jo miró a su amigo como si no lo comprendiera, y entonces se echó a reír, muy divertida por la pregunta.

-Hay dos que quiero que salgan, pero tengo que esperar una semana.

-¿De qué te ríes? Tú escondes alguna picardía -dijo Laurie bastante perplejo.

-Y tú también. ¿Qué hacía usted en esa sala de billar, señor?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Con su permiso, señora, no es una sala de billar, sino un gimnasio, y tomaba una lección de esgrima.

-Me alegro de oírlo.

-¿Por qué?

-Porque así podrás enseñarme, y cuando representemos Hamlet puedes ser Laertes y tendremos una buena representación de la escena del combate.

Laurie soltó una carcajada que hizo sonreír, a pesar suyo, a varios transeúntes.

-Te enseñaré esgrima, representemos o no Hamlet; es una buena diversión y te hará mantenerte muy derecha. Pero no creo que era ésa tu única razón al decir «me alegro» de modo tan decidido. ¿Verdad que no?

-No, me alegraba de que no estuvieses en una taberna, porque espero que no entres en tales lugares. ¿Lo haces?

-Rara vez.

-Desearía que no lo hicieras nunca.

-No es malo Jo. Tengo mesa de billar en casa, pero no te diviertes si no encuentras buenos jugadores; como yo soy tan aficionado, vengo algunas veces a jugar con Ned Moffat o algunos de los otros jóvenes.

-¡Ay de mí! Lo siento tanto, porque te irás aficionando cada vez más, malgastarás tiempo y dinero y acabarás por parecerte a esos muchachos horribles. Yo esperaba que te mantendrías respetable y que serías el orgullo de tus amigos -dijo Jo, meneando la cabeza.

-¿No puede un joven divertirse inocentemente de vez en cuando sin perder su respetabilidad?
-preguntó Laurie, algo enojado.

-Depende de cómo y dónde se divierte. No me gusta Ned y su compañía, y me complacería que no entraras en ella. Mamá no nos permite invitarlo a nuestra casa, aunque él quiere venir, y si haces como él, tampoco permitirá que juguemos juntos como ahora.

-¿No lo permitirá? -preguntó Laurie con cierta inquietud.

-No; no puede aguantar jóvenes mundanos y preferiría encerrarnos bajo llave antes que permitir amistades con ellos.

-Bueno, no hace falta que saque la llave todavía. No soy mundano ni tengo la intención de serio; pero, de vez en cuando, me gusta alguna travesura inofensiva. ¿No te gustan a ti?

-Sí, si nadie se opone a ello; diviértete, pero no te vuelvas loco, si no quieres que acaben nuestras horas de alegría.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Seré un santo puro.

-No tolero a los santos; sé un muchacho sencillo, honrado y respetable y nunca te abandonaremos. No sé qué haría yo si te comportaras como el hijo del señor King. Tenía mucho dinero, pero no sabía cómo gastarlo; se hizo borracho y jugador, y acabó por falsificar la firma de su padre, y creo que fue un verdadero escándalo.

-¿Me crees capaz de hacer lo mismo? ¡Muchas gracias!

-No, no lo creo; ¡de ninguna manera! Pero oigo a muchos hablar de las tentaciones del dinero y a veces desearía que fueras pobre. Así no tendría ninguna preocupación.

-¿Te preocupas por mí, Jo?

-Un poquito, cuando pareces malhumorado o descontento, como sucede algunas veces porque te gusta salirte siempre con la tuya. Si un día te echaras por el mal camino, temo que sería muy difícil detenerte.

Por unos minutos Laurie continuó andando sin hablar, y Jo lo observaba, deseando haber refrenado su lengua, porque veía en los ojos del muchacho una expresión de enojo, aunque sus labios seguían sonrientes.

-¿Vas a predicar por todo el camino a casa? -preguntó.

-Claro que no. ¿Por qué lo dices?

-Porque si lo haces, tomaré el ómnibus; si no lo haces, me gustaría caminar contigo y contarte algo muy interesante.

-No predicaré más y me gustaría oír tus noticias.

-Muy bien; ahí van. Es un secreto, y si lo digo, tú tienes que decirme el tuyo.

-Yo no tengo ninguno -comenzó Jo, pero súbitamente detuvo recordando que sí lo tenía.

-Sabes que tienes un secreto; no puedes esconder nada; con que a confesar o no te diré el mío -dijo Laurie.

-¿Es interesante tu secreto?

-¡Vaya si lo es! ¡Y acerca de personas que conoces, y muy gracioso! Hace tiempo que me desespero por decírtelo. Empieza tú.

-¿No dirás nada en casa?

-Ni una palabra.

- ¿Y no me darás la lata con ello cuando estemos solos?

-Nunca doy la lata a nadie.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Sí que lo haces, y así sacas todo lo que quieres saber. No sé cómo lo haces, pero eres un perfecto adulator.

-Gracias. Venga el secreto.

-Pues bien: le he dejado dos cuentos al director de un periódico, que me dará la respuesta la semana que viene.

-¡Viva la señorita March, la célebre autora! -exclamó Laurie, lanzando su sombrero al aire y recogiénolo de nuevo, con gran diversión de dos patos, cuatro gatos, cinco gallinas y media docena de niños irlandeses; porque estaban ya en las afueras.

-¡Calla! Quizá no resulte; pero no podía descansar hasta hacer una prueba, y no he dicho nada para que nadie se decepcione.

-¡No habrá decepciones! Tus cuentos son obras de Shakespeare comparadas con la mitad de las tonterías que se publican ahora. ¡Y cómo vamos a gozar al verlas en letras de molde! ¡Qué orgullosos estaremos de nuestra escritora!

Los ojos de Jo brillaron, porque siempre es agradable ver que alguien tiene fe en nosotros.

-¿Y tu secreto? ¡A jugar limpio, Laurie, o no te creeré nunca más!

-Tal vez tenga un disgusto por decírtelo, pero como no he prometido callarme, lo diré, porque nunca estoy satisfecho hasta que no te he contado todas las noticias que tengo, ¡Sé dónde está el guante de Meg!

-¿Y eso es todo?

-Es bastante, como verás cuando te diga dónde está.

-Dímelo entonces.

Laurie se inclinó y susurró tres palabras al oído de Jo que produjeron un gracioso cambio. Se paró y se quedó mirándole de hito en hito por un minuto, sorprendida y contrariada; después continuó andando y dijo bruscamente:

-¿Cómo lo sabes?

-Lo he visto.

-¿Dónde?

-En su bolsillo.

-¿Todo este tiempo?

-Sí; ¿no es romántico?

-No; es horrible.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¿No te gusta?

-Claro que no me gusta; es ridículo; no se debe permitir. Me subleva; ¿qué dirá Meg?

-No lo dirás a nadie; ya sabes.

-No he prometido nada.

-Eso estaba entendido y confié en ti.

-Bueno; de todos modos, no diré nada por ahora; pero estoy muy disgustada y quisiera no haberme enterado.

-Pensé que te agradaría.

-¿La idea de que alguien viniese para llevarme a Meg? No, gracias.

-Te parecerá mejor cuando alguien venga para llevarte a ti.

-¡Quisiera ver al valiente!

-¡Yo también! -dijo Laurie riéndose.

-No creo que caen bien los secretos; estoy confundidísima desde que me lo dijiste -exclamó Jo.

-Juega una carrera conmigo y se te pasará -propuso él.

Nadie estaba a la vista; el camino liso ondulaba en un declive encantador ante ella, y, no pudiendo resistir la tentación, Jo se lanzó carretera abajo, dejando caer el sombrero y la peineta a medida que corría. Laurie alcanzó primero la meta y estaba satisfecho del éxito de su tratamiento al ver a su doncella jadeante, con el pelo suelto, los ojos brillantes, las mejillas rojas y ningún gesto de enojo en la cara.

-Quisiera ser caballo para poder correr leguas y leguas en este aire magnífico sin perder aliento. Buena ha estado la carrera, pero mira cómo me he puesto. Anda a recoger mis cosas como un buen chico -dijo Jo dejándose caer debajo de un arco que cubría la orilla con un tapete de hojas rojas.

Laurie se fue lentamente a recoger los objetos perdidos mientras Jo se arreglaba las trenzas, esperando que nadie pasaría hasta que estuviese de nuevo arreglada. Pero alguien pasó, ¿Y quién había de ser, sino Meg?, muy seria con su vestido de gala, porque venía de hacer visitas.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó, mirando sorprendida a su desgreñada hermana.

-Recogiendo hojas -respondió Jo humildemente, apartando algunas hojas rosadas que acababa de amontonar.

-Y horquillas -añadió Laurie, echando media docena de ellas en la falda de su amiga-. Crecen en este camino, Meg, y sombreros de paja también.

-Has estado corriendo, Jo. ¿Cuándo vas a dejar tus chiquilladas? -dijo Meg en tono de reprobación.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Nunca, hasta que no sea vieja y tiesa y tenga que usar una muleta. No trates de hacerme persona mayor antes de tiempo, Meg. Ya tengo bastante con verte cambiar tan de repente; déjame ser niña tanto tiempo como pueda.

Mientras hablaba, Jo se inclinaba sobre su trabajo para esconder el temblor de sus labios, porque ahora se daba cuenta de que Meg se convertía rápidamente en una mujer, y el secreto de Laurie le hizo temer la separación que alguna vez tendría que venir y que ahora parecía más cercana. Laurie notó la angustia en la cara de su amiguita y distrajo la atención de Meg, preguntándole vivamente:

-¿Dónde has estado haciendo visitas tan elegante?

-En casa de los Gardiner, y Sallie me contó la boda de Belle Moffat. ¡Era magnífico!, y se han ido a pasar el invierno en París. ¡Qué encantador debe ser eso!

-¿La envidias, Meg? -dijo Laurie.

-Temo que sí.

-Me alegro de oírlo -murmuró Jo, atándose el sombrero.

-¿Por qué? -preguntó Meg, sorprendida.

-Porque si te gustan tanto las riquezas, no irás y te casarás con un hombre pobre -dijo Jo, mirando con enojo a Laurie, que le hacía señas que tuviese cuidado con lo que decía.

-Yo nunca iré y me casaré con nadie -observó Meg, echando a andar con mucha dignidad mientras los otros la seguían riéndose, susurrando y saltando encima de las piedras, y comportándose como chiquillos, según Meg decía para sí.

Durante una semana o dos, Jo se condujo de modo tan extraño, que tenía confundidas a sus hermanas. Salía precipitadamente a la puerta cuando llamaba el cartero; trataba descortésmente al señor Brooke siempre que se encontraba con él; se quedaba mirando a Meg largos ratos con cara pensativa, levantándose a veces para sacudirla y después besarla muy misteriosamente. Laurie y ella andaban siempre haciéndose señas y hablando de «águilas reales», hasta hacer creer a las chicas que ambos se habían vuelto locos. Unos quince días después del misterioso viaje de Jo a la ciudad, Meg, cosiendo delante de su ventana, se escandalizó de ver a Laurie corriendo tras de Jo por todo el jardín y alcanzándola, por fin, en la glorieta de Amy. Lo que sucedió allá Meg no lo pudo ver, pero se oyeron carcajadas, seguidas por el murmullo de voces y el sonido de hojas de periódicos en movimiento.

-¿Qué vamos a hacer con esta chica? Nunca quiere portarse como una señorita -suspiró Meg.

-Espero que no se portará como una señorita, porque me gusta como es, tan graciosa y tan amable -dijo Beth, que no había denotado estar algo ofendida de que Jo tuviese secretos con alguien que no fuera ella.

-Es muy molesto, pero jamás lograremos corregirla -añadió Amy.

A los pocos minutos entró Jo precipitadamente, se echó en el sofá y fingió leer.

-¿Tienes ahí algo interesante? -preguntó Meg.

-Un cuento; me figuro que no vale gran cosa -respondió Jo, ocultando cuidadosamente el título del periódico.

-Léelo en voz alta; así nos entretendrás a todas -dijo Amy.

-¿Cómo se titula? -preguntó Beth, extrañada de que Jo mantuviera la cara detrás del pliego.

-»Los pintores rivales».

- Eso suena bien; léelo -dijo Meg.

Después de aclarar la voz y respirar profundamente, Jo comenzó a leer rápidamente la historia. Las chicas escucharon con interés, porque el cuento era romántico y algo patético también; ya que casi todos los personajes morían al final.

-Me gusta lo referente al cuadro magnífico -observó Amy.

-Prefiero la parte amorosa. Viola y Angelo son dos de nuestros nombres preferidos; es curioso que hayan salido ahí -dijo Meg.

-¿Quién es el autor? -preguntó Beth.

-Vuestra hermana.

-¿Tuyo? -gritó Meg, dejando caer su costura.

-Está muy bien -dijo críticamente Amy.

-¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Oh, Jo mía, qué orgullosa estoy! -exclamó Beth, corriendo a abrazar a su hermana, exaltada por éxito tan magnífico.

¡Qué alegres estaban todas! Meg no podía creerlo hasta que no vio el nombre de «Josephine March» realmente impreso en el periódico; Amy hizo una benévola crítica de los detalles referentes al arte en el cuento; Beth saltaba y cantaba de alegría, Hanna entró para exclamar:

«¡Cielo santo, quién lo hubiera creído!», asombrada por la hazaña de «esa Jo»; la señora March estaba justamente orgullosa de su hija. Cómo se reía Jo, con los ojos llenos de lágrimas, al decir que iba a ponerse tan engreída como un pavo real con tantas alabanzas. «El Águila Real» agitaba triunfalmente las alas encima de la casa de los March, mientras circulaba de mano en mano el periódico.

-Cuéntanos todo... ¿Cuándo llegó?... ¿Cuánto te han pagado por él?... ¿Qué dirá papá? ¿No se reirá Laurie? -decía toda la familia a un mismo tiempo, reunida alrededor de Jo.

-Calma, niñas, y se los contaré todo -dijo Jo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Después de contar cómo había colocado sus cuentos Jo añadió:

-Cuando fui a recibir mi respuesta, el director me dijo que le gustaban ambas, pero que no pagaba a los principiantes; no hacía más que publicar las obras en su periódico para que se dieran a conocer. Era buena práctica, dijo, y cuando los principiantes progresaran, no faltarían editores que les pagaran sus trabajos. Le dejé, pues, las dos historias, y hoy por la mañana me ha enviado esto; Laurie me sorprendió con ello e insistió en verlo; lo dejé hacerlo, y dijo que era muy buena, de manera que escribiré más y él va a conseguir que me paguen la próxima; y... estoy tan contenta, porque con el tiempo podré mantenerme y ayudar a las chicas.

Aquí le faltó el aliento y escondiendo la cabeza en el periódico, derramó algunas lágrimas ingenuas, porque ser independiente y ganar las alabanzas de las personas que amaba eran los deseos más ardientes de su corazón, y aquello parecía el primer paso hacia tan feliz meta.

CAPÍTULO XV

UN TELEGRAMA

-De todos los meses del año, noviembre es el más desagradable -dijo Meg, de pie ante la ventana, una tarde nublada, mirando al jardín quemado por el hielo.

-Por eso nací yo en él -observó Jo sin darse cuenta del borrón de tinta que se había echado en la nariz.

-Si algo muy agradable sucediese ahora, pensaríamos que es un mes encantador -dijo Beth, que solía verlo todo color de rosa, aun el mes de noviembre.

-Naturalmente; pero en esta familia no sucede nunca nada desagradable -repuso Meg, que estaba desanimada-. Trabajamos todos los días sin ningún cambio y con poca distracción. Es como dar vuelta a una noria.

-¡Ay de mí! ¡Qué tristonas estamos! -exclamó Jo-. No me extraña, pobrecita, porque ves otras muchachas que lo pasan espléndidamente, mientras tú, trabaja que trabaja todo el año. ¡Si fuera tan fácil planearte la vida como lo hago con las heroínas de mis cuentos! Nada tendría que darte en cuanto a belleza y bondad, porque ya tienes bastante; pero arreglaría que un pariente rico te dejara heredera de una fortuna, con la cual podrías despreciar a todos los que te hayan ofendido; ir al extranjero y volver hecha una Señora de Fulano, rodeada de esplendor y elegancia.

-Ya no se dejan fortunas de esa manera; ahora, para tener dinero los hombres tienen que trabajar y las mujeres tienen que casarse. Es un mundo muy injusto -repuso con amargura Meg.

-Jo y yo haremos fortuna para todas ustedes; esperen otros diez años y verán si no lo hacemos -dijo Amy que estaba sentada en un rincón, haciendo pastelillos de barro, como Hanna solía llamar a los modelos de pájaros, frutos y cabezas que hacía con arcilla.

-No puedo esperar, y temo que no tengo mucha fe en la tinta y el barro, aunque agradezco tus buenas intenciones, -Meg suspiró y se volvió de nuevo hacia el jardín helado; Jo, sentada a la mesa, dejó escapar un quejido y abatida se apoyó sobre los codos, pero Amy siguió trabajando con energía, y Beth, sentada a la otra ventana, dijo sonriendo:

-Dos cosas agradables van a suceder en seguida. Mamá viene por la calle y Laurie está cruzando el jardín como si tuviera algo interesante que decirnos.

Ambos entraron; la señora March, haciendo su pregunta acostumbrada: «¿Hay carta de papá, niñas?», y Laurie, diciendo con tono persuasivo:

-¿No quiere alguien pasear en coche conmigo? He trabajado con las matemáticas hasta marearme y voy a refrescarme con un buen paseo. Es un día gris, pero el aire no es malo y voy a llevar a Brooke a casa. Ven, Jo, tú y Beth me acompañarán; ¿no es verdad? que sí.

-Lo agradezco mucho, pero estoy ocupadísima -dijo Meg, sacando rápidamente su canastilla de costura.

-Nosotras tres estaremos listas en un minuto -agregó Amy, dándose prisa para lavarse las manos.

-¿Puedo serle útil en algo, señora madre? -preguntó Laurie, apoyándose cariñosamente en el respaldo de la silla de la señora March, y hablándole con el tono afectuoso que solía usar con ella.

-No, gracias, sino hacerme el favor de ir al correo, querido. Es día de recibir carta, y no ha venido el cartero. Papá suele ser tan exacto como el sol, pero quizás ha habido algún contratiempo en el camino.

La campana sonó vivamente, interrumpiéndole; un minuto después, Hanna entró con un papel en la mano.

-Uno de esos telegramas, señora -dijo, dándolo como si temiera que estallase o hiciera algún daño.

La señora March lo tomó rápidamente, leyó las dos líneas que contenía y cayó de espaldas en su silla, tan blanca como si el papel le hubiese dado un balazo en el corazón. Laurie corrió escalera abajo, en busca de agua, mientras Meg y Hanna la sostenían, y Jo leyó:

“Señora March: Su esposo está enfermo de gravedad. Venga en seguida. S. Hale Hospital Blanco. Washington.”

¡Qué inmovilidad cayó sobre todas cuando escuchaban sin respirar siquiera! ¡Cómo parecía oscurecerse el día y cambiar el mundo entero al reunirse las muchachas alrededor de su madre, con la sensación de que iban a perder toda la felicidad y el apoyo de su vida! La señora March

reaccionó pronto, leyó de nuevo el telegrama y abrazando a sus hijas, dijo con voz que no olvidaron nunca: “Tengo que ir inmediatamente: tal vez sea demasiado tarde. ¡Oh, hijas mías, ayúdenme a soportarlo!”

-Durante algunos minutos no se oyeron en el cuarto más que los sollozos; palabras entrecortadas de consuelo, tiernas promesas de ayuda y murmullos de esperanza que acababan en lágrimas. La pobre Hanna fue la primera en reponerse, y, con inconsciente sabiduría, dio el buen ejemplo a todos, pues para ella el trabajo era la panacea de casi todos los males.

-¡Que Dios salve al pobre! No hay que perder el tiempo llorando; voy a arreglar en seguida sus cosas, señora -dijo con cariño, y secándose las lágrimas con el delantal, estrechó respetuosamente la mano de su señora y se fue a trabajar como tres mujeres en una.

-Tiene razón; no hay tiempo para llorar ahora. Hay que calmarse, hijas mías; déjenme pensar.

Trataron de serenarse, mientras su madre se incorporaba, pálida pero más tranquila, y dominando su dolor para pensar y hacer planes para ellas.

-¿Dónde está Laurie? -preguntó luego.

-Aquí, señora; ¡permítame servirle en algo! -gritó el chico, viniendo del otro cuarto, donde se había retirado discretamente para dejarlas solas.

-Telegrafía diciendo que voy en seguida. El primer tren sale temprano por la mañana; lo tornaré.

-¿Qué más? Los caballos están listos; iré a cualquier parte; haré cualquier cosa que usted desee -contestó Laurie dispuesto a volar al fin del mundo.

-Deja una carta en casa de la tía March. Jo, dame esa pluma y ese papel.

Jo puso la mesa enfrente de su madre, sabiendo que sería preciso pedir prestado el dinero para el viaje largo y triste y pensando qué podría hacer ella para aumentar un poco la cantidad necesaria.

-Ahora vete, hijo mío; pero no te mates corriendo a rienda suelta; no es indispensable.

El consejo fue inútil, porque cinco minutos después Laurie, montando en su caballo ligero, pasó por delante de la ventana como si su vida estuviera en peligro.

-Jo, corre al salón y di a la señora King que no puedo ir. En el camino compras estas cosas. Las llevaré conmigo; serán necesarias, y debo ir preparada para hacer de enfermera. Las provisiones del hospital no son siempre buenas. Beth, vete y pide al señor Laurence dos botellas de vino añejo. No soy demasiado orgullosa para pedir limosna por el bien de papá; debe tener lo mejor de todo. Amy, di a Hanna que baje la maleta negra; Meg, ayúdame a encontrar mis cosas porque estoy trastornada.

Escribir, pensar y dirigirlo todo al mismo tiempo era bastante para trastornar a la pobre señora, y Meg le rogó que se sentase tranquilamente en su dormitorio por un rato y que las dejara a ellas hacer el trabajo. Todas se esparcieron, como hojas sacudidas por el viento; y la familia, poco antes tan tranquila y feliz, se vio repentinamente desbandada, como si el papel hubiera contenido un mal sortilegio.

El señor Laurence llegó con Beth, trayendo toda clase de cosas útiles que el buen señor podía pensar y las promesas más amistosas de protección para las chicas durante la ausencia de su madre, lo cual le dio mucho ánimo. Se ofreció a todo, incluso a acompañarla él mismo en el viaje. La señora March no quiso aceptar que el señor anciano hiciera un viaje tan largo, pero no pudo evitar una expresión de alivio cuando él habló del asunto, porque la ansiedad no es buena preparación para un viaje. El notó la expresión, frunció las cejas, se frotó las manos y se marchó de repente, diciendo que volvería pronto. No habían tenido tiempo para acordarse de él otra vez, hasta que Meg, atravesando el vestíbulo con un par de zapatillas en una mano y una taza de té en la otra, se encontró de repente con el señor Brooke.

-Siento mucho la novedad, señorita March -dijo con tono amable, muy grato a su espíritu turbado-. Vengo para ofrecerme a acompañar a su madre. El señor Laurence me ha dado algunos encargos que hacer en Washington y estaré muy contento de poder serle útil a su señora madre allá.

Meg dejó caer las zapatillas, y por poco deja caer también la taza al tender la mano, con tal expresión de gratitud, que el señor Brooke se hubiera sentido más que compensado por un sacrificio mayor que el que iba a hacer.

-¡Qué amables son todos ustedes! Mamá aceptará, estoy segura; y para nosotras será un alivio saber que tiene alguien que cuide de ella. Muchísimas gracias.

Meg hablaba con sentimiento y se olvidó enteramente de sí misma, hasta que una mirada de su amigo hizo que recordase el té, que se estaba enfriando, y lo condujo a la sala, diciendo que llamaría a su madre.

Todo estaba arreglado cuando Laurie volvió con una carta de la tía March, que enviaba el dinero deseado, y unas líneas, repitiendo lo que dijera muchas veces: que era ridículo que March se fuese al ejército, que siempre había profetizado que nada bueno podía resultar de ello, y que esperaba que tomarían su consejo para la próxima vez.

La señora March echó la carta al fuego; puso el dinero en su portamonedas y continuó sus preparativos, con los labios apretados de tal modo que Jo hubiera comprendido.

La tarde corta fue pasando; todos los encargos estaban hechos; Meg y su madre estaban cosiendo algunas cosas necesarias, mientras Beth y Amy preparaban la cena; Hanna acabó su planchado «a golpes», como ella decía y Jo no había llegado aún. Comenzaron a inquietarse, y Laurie se fue a buscarla, porque nadie sabía qué idea loca se le había metido en la cabeza. No la encontró, sin

embargo, y a poco Jo volvió con una expresión extraña en la cara, mezcla de broma y de miedo, de satisfacción y de sentimiento, que dejó perpleja a la familia, tanto como el manojito de billetes de Banco que puso delante de su madre diciendo con voz algo entrecortada:

-Esta es mi contribución para ayudar a papá a traerlo a casa.

-Hija mía, ¿dónde has obtenido esto? ¡Veinticinco pesos! Jo, espero que no hayas hecho nada imprudente.

-No; lo obtuve honradamente; no lo he mendigado, ni pedido prestado, ni robado. Lo he ganado; y no creo que me reñirás, porque no hice más que vender lo que me pertenecía.

Al decir esto, Jo se quitó el sombrero y vieron con asombro que su abundante cabellera había sido cortada.

-¡Tu cabello! ¡Tu hermoso cabello! Jo, ¿cómo has podido hacerlo? ¡Tu única belleza! Hija mía, no era necesario... No pareces mi Jo, pero te quiero muchísimo por ello.

Mientras todas expresaban su admiración y Beth abrazaba tiernamente la cabeza esquilada, Jo adoptó un aire indiferente, que no engañó a nadie, y dijo, pasándose la mano por los mechones castaños y tratando de parecer contenta:

-Eso no afecta la suerte de la nación; conque no te lamente, Beth. Será bueno para mi vanidad; me estaba poniendo demasiado orgullosa de mi peluca. Mi cerebro ganará con quitarse ese peso de encima; siento la cabeza ligera y fresca, que da gusto, y el peluquero dijo que pronto tendría unos bucles como los de un muchacho que me sentarían muy bien y serán fáciles de peinar; estoy contenta; toma por favor el dinero y cenemos.

-Dímelo todo, Jo; no estoy completamente satisfecha, pero no puedo culparte, porque sé con qué buena voluntad has sacrificado tu vanidad, como la llamas, a tu amor. Pero, querida mía, no era necesario y temo que muy pronto te arrepientas -dijo la señora March.

-¡No me arrepentiré! -respondió Jo con firmeza.

-¿Cómo se te ocurrió hacerlo? -preguntó Amy, que antes se hubiera cortado la cabeza que su cabello.

-Bueno, deseaba hacer algo por papá -respondió Jo, mientras se sentaban a la mesa-. Aborrezco pedir prestado tanto como mamá, y sabía que la tía March gruñiría, siempre lo hace cuando se le pide un peso. Meg había dado todo su sueldo trimestral para el alquiler y yo no hice más que comprarme ropa con el mío; así que me sentía egoísta y tenía que obtener dinero aunque tuviese que vender la nariz para ganarlo.

-No debías sentirte egoísta, hija mía; no tenías ropa de invierno y compraste las cosas más sencillas que podías con lo que habías ganado -dijo la señora March.

-Al principio no tenía la menor idea de vender mi cabello; pero andando y pensando qué podía hacer, pasé por una peluquería y vi en el escaparate trenzas con su precio marcado una trenza negra, más larga pero no tan espesa como la mía: costaba cuarenta pesos. De repente se me ocurrió que tenía una cosa de la cual podría sacar dinero, y sin detenerme a pensar entré; pregunté si compraban cabello y cuánto darían por el mío.

-No comprendo cómo te atreviste -respondió Beth, asombrada.

-¡Bah!; era un hombre pequeño, que parecía no vivir más que para aceitarse el cabello. Al principio se me quedó mirando desconcertado, como si no estuviera acostumbrado a ver chicas entrar en su tienda para decirle que les comprase el cabello. Dijo que no le gustaba el mío, que no era del color de moda, y que de todos modos nunca solía dar mucho por ello; que el trabajo de arreglarlo costaba mucho y todo lo demás. Como era tarde, yo temía que si no se hacía en seguida no se haría nunca, y ya saben cuánto me disgusta abandonar una cosa que he empezado; así, le rogué que lo tomara y le expliqué la razón de mi prisa. Tal vez fue una tontería, pero cambió de opinión, porque me excitó algo y conté la historia en forma muy desordenada; su esposa estaba oyendo y dijo muy amablemente «Tómaselo, Thomas, para dar gusto a la señorita; lo mismo haría cualquier día para nuestro Jimmy si tuviera una trenza que mereciera venderse”.

-¿Quién era Jimmy? -preguntó Amy.

-Su hijo; dijo ella que estaba en el ejército. Qué amistosas se hacen las personas desconocidas con estas cosas. Estuvo charlando todo el tiempo mientras su esposo cortaba mi cabellera y me distrajo muy bien.

-¿No te dio pena cuando comenzó a cortar? -preguntó Meg.

-No; eché una última mirada a mi cabello mientras el hombre preparaba sus cosas, y eso fue todo. Nunca me aflijo por pequeñeces; pero debo confesar que tuve una sensación extraña cuando vi al cabello querido extendido en la mesa y me toqué las puntas cortas y ásperas que me quedaban. Me pareció haber perdido un brazo o una pierna. La mujer me vio mirando mi cabello, y tomando un mechón largo me lo dio para guardarlo. Te lo daré a ti, mamá, como recuerdo de las glorias pasadas; porque se está tan cómoda con el cabello cortado, que no quiero volver a tener una guedeja.

La señora March tomó el mechón ondulado color castaño y lo puso en su escritorio con otro gris. No dijo más que «gracias, querida mía», pero viendo algo en su cara las chicas cambiaron de tema y hablaron lo más alegremente posible de la bondad del señor Brooke, del tiempo que iba a hacer al día siguiente y lo felices que serían cuando su padre volviese a casa para reponerse.

Nadie quería acostarse cuando, a las diez, la señora March dejó la costura y dijo:

-Vengan, hijas mías.

Beth se fue al piano y tocó el himno favorito de su padre; todas comenzaron a cantar valientemente, pero una tras otra se echaron a llorar, hasta que Beth quedó sola, cantando con todo su corazón, porque la música era siempre el mayor de sus consuelos.

-Vayan a dormir y no hablen, porque tenemos que levantarnos temprano y necesitamos todo el descanso posible. Buenas noches, queridas -dijo la señora March.

La besaron silenciosamente y se fueron a la cama, como si el enfermo querido estuviera en el dormitorio próximo.

Beth y Amy se durmieron pronto, a pesar de la pena que sentían, pero a Meg la mantenían despierta los pensamientos más serios que había tenido en su corta vida. Jo estaba tan quieta que su hermana la creía dormida, hasta que un sollozo sofocado la hizo exclamar, al tocar una mejilla húmeda:

-Jo, ¿qué te pasa? ¿Estas llorando por papá?

-No; ahora no es por él.

-¿Por qué, entonces?

-¡Mi cabello!... ¡Mi cabello! -sollozó la pobre Jo, tratando en vano de ahogar su emoción en la almohada.

Meg besó y abrazó a la afligida heroína muy tiernamente.

-No es que lo lamente -protestó Jo con voz entrecortada-. Lo haría otra vez mañana si pudiera. Es la parte egoísta de mí ser que se pone a llorar de esta manera tan tonta. No se lo digas a nadie; ya pasó todo. Pensé que dormías; por eso gemí por mi única belleza. ¿Por qué estás despierta?

-¡No puedo dormirte; tan ansiosa estoy! -dijo Meg.

-Piensa en algo hermoso y pronto te dormirás.

-Ya lo he tratado, pero me siento más despierta que antes.

-¿En qué pensaste?

-En caras hermosas; especialmente en ojos -respondió Meg, sonriéndose en la oscuridad.

-¿Qué color te gusta más?

-Castaños..., es decir, a veces... los azules también son hermosos.

Jo se rió; Meg le dijo que no hablase; prometió, amablemente, rizarle el cabello y se durmió, soñando con su castillo en el aire.

Los relojes daban las doce y los dormitorios estaban muy tranquilos, cuando una figura se deslizó de cama en cama, arreglando las mantas aquí, enderezando una almohada allá y deteniéndose a mirar larga y tiernamente cada cara inocente, para besarlas y para elevar las oraciones fervidas que sólo las madres saben pronunciar. Cuando levantó la cortina para ver cómo estaba la noche, apareció detrás de las nubes la luna y brilló sobre ella como un rostro benévolo que parecía susurrar:

-¡Animo, corazón mío! Siempre hay luz detrás de las nubes.

CAPÍTULO XVI

CARTAS

A la fría y débil claridad del amanecer, las hermanas encendieron su lámpara y leyeron sus Nuevos Testamentos con una seriedad jamás experimentada antes. Los libritos estaban llenos de ayuda y consuelo.

Mientras se vestían, decidieron decir «adiós» alegremente, de manera que su madre comenzara su viaje sin estar entristecida por lágrimas o quejas.

Todo parecía muy extraño; tanta oscuridad y silencio fuera, tanta luz y movimiento dentro. Parecía raro desayunarse tan temprano, y hasta la cara bien conocida de Hanna era cosa insólita con su gorro de dormir. El baúl grande estaba listo en el vestíbulo; el abrigo y el sombrero de la madre sobre el sofá, y ella misma estaba sentada, tratando de comer, pero tan pálida y quebrantada por el insomnio y la preocupación, que a las chicas les fue muy difícil mantener su resolución. Meg no podía evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas. Jo tuvo que esconder la cara en la toalla de la cocina más de una vez, y los rostros de las muchachitas tenían una expresión grave y perturbada, como si la tristeza fuera una nueva experiencia para ellas. Nadie habló mucho, pero al acercarse la hora, y mientras esperaban el coche, la señora March dijo a las chicas, que estaban ocupadas a su alrededor, una, plegando el mantón; la otra, arreglando las cintas del sombrero; la tercera, poniéndole los chanclos; la cuarta, cerrando su saco de viaje:

-Hijas mías, las dejo al cuidado de Hanna y bajo la protección del señor Laurence; Hanna es la fidelidad misma y nuestro buen vecino las cuidará como si fueran sus propias hijas. No temo por ustedes, pero deseo que soporten bien esta pena. No se lamenten ni se quejen mientras estoy

ausente, ni piensen que podrán consolarse siendo perezosas y tratando de olvidar. Sigán con su trabajo, porque el trabajo es un consuelo bendito. Tengan esperanza y manténganse ocupadas; y si cualquier cosa sucede, recuerden que nunca podrán quedar sin padre.

-Sí, mamá.

-Querida Meg, sé prudente, cuida de tus hermanas, consulta con Hanna, y en cualquier duda pide consejo al señor Laurence. Ten paciencia, Jo; no te desanimes ni hagas cosas temerarias; escríbanme con frecuencia; sé mi hija valiente, siempre lista para ayudar y animar a las demás. Beth, consuélate con tu música y sé fiel a los deberes domésticos; y tú, Amy, haz cuanto puedas para ayudar; sé obediente y no te pongas triste.

-Sí, mamá, lo haremos, lo haremos.

El ruido del coche que se acercaba las sobresaltó y escucharon.

Aquéel fue el momento más duro, pero las chicas lo soportaron bien; nadie lloró, nadie se escapó ni lanzó un lamento, aunque estaban tristes al enviar amantes recuerdos a su papá, acordándose de que podría ser demasiado tarde para darlos. Abrazaron en silencio a su madre, estrechándola con ternura, y procuraron agitar alegremente las manos cuando se marchaba.

Laurie y su abuelo llegaron para despedirla, y el señor Brooke parecía tan fuerte, sensato y amable, que las chicas lo apodaron, allí mismo «Gran corazón».

-¡Adiós, queridas mías!; que Dios bendiga y nos guarde a todos -murmuró la señora March, al besar a todas las caras queridas, una tras otra, y apresurarse a subir al carruaje.

Cuando el coche partía salió el sol y ella, mirando atrás, lo vio brillar como una buena señal sobre el grupo reunido en la puerta. Ellas lo vieron también, sonrieron y agitaron las manos; la última cosa que se vio, al doblar la esquina, fue las cuatro caras alegres y detrás de ellas, como su guardián, el viejo señor Laurence, la buena Hanna y el fiel amigo Laurie.

-¡Qué amables son todos con nosotras! -exclamó la señora March.

-No sé cómo podría ser de otro modo -respondió el señor Brooke, riéndose de forma tan contagiosa que la señora March no pudo evitar el sonreírse. Así, con el buen presagio de sol, sonrisas y palabras alegres, comenzó el viaje.

-Estoy como si hubiera ocurrido un terremoto -dijo Jo, sus vecinos volvían a su casa para el desayuno.

-Parece como si se hubiera ido la mitad de la familia -dijo tristemente Meg.

Beth abrió los labios para decir algo, pero no pudo hacer más que señalar el montón de medias bien zurcidas que estaban en la mesa de su madre, demostrando que aun durante los últimos momentos tan agitados había pensado en ellas y trabajado para ellas. Era un pequeño detalle, pero las conmovió muchísimo y, a pesar de sus valientes resoluciones, todas se echaron a llorar.

Hanna tuvo el acierto de dejarlas que se desahogaran; y cuando el mal rato dio señales de aclarar, vino para darles ánimo, armada con una cafetera.

-Ahora, señoritas, recuerden lo que ha dicho su madre, y no se acongojen; vengan y tomen todas una taza de café, y después al trabajo, para honrar a la familia.

El café era bueno, y Hanna demostró su tacto al hacerlo aquella mañana. Ninguna pudo resistir sus persuasivos movimientos de cabeza ni la aromática invitación que brotaba por el pico de la cafetera; se sentaron a la mesa, cambiaron sus pañuelos por servilletas y en diez minutos se habían calmado.

-»Esperar y mantenerse ocupado», esa es nuestra divisa; veremos quién la recuerda mejor. Iré a casa de la tía March, como de costumbre. ¡Vaya sermón que me espera! -dijo Jo, mientras bebía su café.

-Yo iré a lo de miss King, aunque preferiría quedarme en casa a cuidar de las cosas -contestó Meg.

-No hace falta; Beth y yo podemos arreglar la casa muy bien -agregó Amy, dándose importancia.

-Hanna nos dirá lo que debemos hacer y para cuando vuelvan tendremos todo en orden -añadió Beth.

-Creo que la ansiedad es muy interesante -observó Amy, comiendo azúcar, pensativa.

Las chicas no pudieron menos de reírse, aunque Meg hizo un grave movimiento de cabeza a la señorita que encontraba consuelo en el azucarero.

La vista de los pastelillos calmó a Jo, y cuando las dos salieron a sus tareas diarias se volvieron para mirar hacia la ventana donde solían ver la cara de su madre. No estaba allá; pero Beth se había acordado de la ceremonia doméstica y les enviaba saludos con la cabeza.

-¡Muy propio de Beth! -dijo Jo, agitando el sombrero con cara agradecida-. Adiós, Meg; espero que los King no te fastidiarán hoy. No te acongojes por papá, querida -añadió, mientras se separaban.

-Espero que la tía March no gruñirá. Tu cabello te queda muy bien y pareces un muchacho guapo -repuso Meg.

-Ese es mi único consuelo y levantando su sombrero al estilo de Laurie se separó de su hermana.

Las noticias de su padre consolaron mucho a las chicas; porque, aunque muy grave, la presencia de la enfermera más tierna que podía haber le había hecho bien. El señor Brooke enviaba noticias todos los días, y como cabeza de familia, Meg insistía en leer las cartas, que iban siendo más alegres a medida que pasaba la semana. Al principio, todas estaban deseosas de escribir; los sobres que echaban en el buzón abultaban considerablemente. Como uno de ellos contenía cartas características de toda la compañía, lo hemos robado para leerlas.

“Queridísima mamá:

Es imposible decirte la alegría que nos dio tu última carta; las noticias eran tan buenas, que no podíamos menos de llorar y reír al leerlas.

¡Qué amable es el señor Brooke y qué suerte que los negocios del señor Laurence lo detengan cerca de ti tanto tiempo, ya que es tan útil para ti y para papá! Las chicas son ángeles. Jo me ayuda con la costura, e insiste en hacer todos los trabajos duros. Temería que hiciese demasiado si no supiera que ‘esta disposición moral’ no durará mucho; Beth trabaja con la regularidad de un reloj y nunca olvida lo que nos dijiste. Está ansiosa por papá y parece triste, menos cuando está tocando el piano. Amy me obedece y yo la cuido bien. Se arregla el cabello ella misma, y le estoy enseñando a hacer ojales y a zurcir sus medias. Hace cuanto puede y estoy segura de que te sorprenderás de sus progresos cuando vengas. El señor Laurence nos cuida como una gallina a sus polluelos, como dice Jo, y Laurie es muy amable y buen vecino. El y Jo nos dan ánimo, porque, a veces, nos entristecemos y nos sentimos huérfanas estando tú tan lejos. Hanna es una verdadera santa; no protesta nunca y siempre me llama ‘señorita Margaret’, lo cual está muy bien, y me trata con respeto. Todas estamos bien y ocupadas, pero deseando día y noche que vuelvan ustedes.

Mi amor más tierno a papá, y créeme tu hija que te quiere mucho.

Meg.”

Esta carta, esmeradamente redactada en papel perfumado, hacía contraste con la carta siguiente, escrita con garabatos en una hoja grande de papel comercial, adornada con borrones y toda clase de rabos en las letras:

“Mi preciosa mamá:

¡Tres vivas por el querido papá! Brooke fue un ‘hacha’ telegrafando en seguida para que lo supiésemos tan pronto como empezó a mejorar. Cuando vino la carta corrí escalera arriba a la boardilla y traté de dar gracias a Dios por haber sido tan bueno con nosotras, pero no podía hacer más que llorar y decir: ‘¡qué contenta estoy!, ¡qué contenta estoy!’ ¿No era eso tan bueno como una verdadera oración? Porque repetía muchísimas en mi corazón. Nos pasan cosas muy graciosas; y ahora puedo divertirme con ellas, porque todo el mundo es tan bueno, que es como si viviésemos en un nido de tórtolas. ¡Cuánto te reirías si vieras a Meg sentada a la cabecera de la mesa, tratando de ser maternal!

Cada día está más guapa y a veces estoy enamorada de ella. Las niñas son verdaderos arcángeles y yo..., pues soy Jo, y nunca seré otra cosa.

Tengo que decirte que por poco riño con Laurie. Le dije con franqueza lo que pensaba de una tontería suya, y se ofendió. Yo tenía razón, pero no debí hablar como hablé y él se fue a su casa diciendo que no volvería hasta que no le pidiese perdón. Yo declaré que no lo haría y me puse muy rabiosa. Esto duró todo el día; me sentía pesarosa y te echaba mucho de menos. Laurie y yo somos ambos tan orgullosos, que nos cuesta mucho pedir perdón, pero yo pensé que él vendría porque

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

yo tenía razón. No vino, y al anochecer me acordé de lo que dijiste cuando Amy se cayó en el río. Leí mi librito, me sentí mejor, decidí no dejar que pasara la noche enojada y corrí para decir a Laurie que me arrepentía.

En la puerta del jardín me encontré con él, que venía a lo mismo. Ambos nos echamos a reír, nos pedimos perdón y nos sentimos buenos y contentos de nuevo. Ayer, mientras ayudaba a Hanna a lavar la ropa, compuse un poema; y lo pongo en el sobre para divertir a papá. Abrázalo por mí, y soporta mil besos de parte de tu atolondrada.

Jo.”

“Mi querida mamá:

No me queda más espacio que para enviarte mi amor y unos pensamientos desecados de la planta que he guardado en casa para que papá la viese. Cada mañana leo, trato de ser buena todo el día y me duermo cantando el himno de papá. Ahora no puedo cantar «País de los leales»; me hace llorar. Todos son muy amables y somos tan felices como es posible serlo sin ti. Amy quiere el resto de la página, así que debo parar. Doy cuerda al reloj todos los días y ventilo las habitaciones.

Besos a mi querido papá en la mejilla que él llama mía. ¡Oh, vuelve pronto! Tu cariñosa hija.

Beth.”

“Ma chérie mamá:

Estamos todas bien; siempre estudio mis lecciones y nunca corroboro a las chicas. Meg dice que quiero decir contradecir, así que dejo las dos palabras, y tú escogerás la más correcta. Meg me sirve de mucho consuelo y me permite tomar jalea todas las noches con el té; Jo dice que me hace mucho bien, porque me mantiene de buen humor.

Laurie no me trata tan respetuosamente como debería, ahora que voy a cumplir trece años; me llama pollita y me ofende hablándome francés muy de prisa cuando digo ‘Merci’ o ‘Bonjour’, como hace Hattie King.

Las mangas de mi vestido azul estaban todas gastadas y Meg le puso mangas nuevas, pero no me van bien y son más azules que el vestido.

Esto me disgustó, pero no me quejé, porque soporto bien mis penas, pero me gustaría que Hanna pusiera más almidón a mis delantales y que hiciera pastelillos todos los días. ¿No puede hacerlo? ¿No te parece que he escrito muy bien ese signo de interrogación? Meg dice que mi puntuación y ortografía son vergonzosas, y estoy humillada, pero, ¡pobre de mí!, tengo tanto que hacer, que no puedo detenerme a pensar. Adiós.

Montones de amor a papá.

Tu hija cariñosa.

Amy Curtis March.”

“Muy señora mía:

Nada más que unas líneas para decirle que lo pasamos de primera.

Las chicas son listas y hacen las cosas volando. La señorita Meg va a salir una verdadera ama de casa; tiene gusto para ello y se pone al corriente de las cosas con una rapidez que asombra; Jo les gana a todas en echar a trabajar, pero no se detiene a calcular primero, y usted no sabe lo que va a salir. El lunes lavó un balde lleno de ropa, pero la almidonó antes de retorcerla, y dio añil a un vestido color de rosa, hasta que pensé morirme de risa. Beth es una criatura buenísima y me ayuda muchísimo, tan previsora y prudente. Trata de aprender todo; va al mercado como una persona mayor y, con mi ayuda, lleva las cuentas muy bien. Hasta el presente hemos estado muy económicas; no permito que las chicas tomen el café más que una vez por semana, como usted quiere, y les doy comestibles simples y buenos. Amy no se queja; se pone sus mejores vestidos y come dulces. El señor Laurie es tan travieso como siempre, y a menudo nos revuelve la casa de arriba abajo, pero anima a las chicas; así que no tiro de la cuerda. El señor anciano nos envía muchísimas cosas y es algo pesado, pero lo hace con buena intención y no debo criticarlo. La masa está subiendo y tengo que acabar.

Envío mis respetos al señor March, y espero que se haya repuesto.

Su servidora.

Hanna Mullet.»

“Señora enfermera principal de la sala II:

Todo está sereno sobre Rappahannock; los soldados, en perfecto estado; la intendencia, bien conducida; la guardia doméstica, bajo el coronel Teddy, siempre en servicio; el ejército es inspeccionado todos los días por el comandante en jefe, general Laurence. En el campamento, el sargento Mullet mantiene el orden, y el comandante León está de guardia por la noche. Al recibirse las buenas noticias de Washington, se hizo una salva de veinticuatro cañonazos y hubo gran desfile en el cuartel general.

El capitán general envía sus mejores deseos, a los cuales se unen los del coronel Teddy.”

“Muy señora mía:

Las muchachitas gozan de buena salud; Beth y mi nieto me dan noticias todos los días; Hanna es una criada perfecta: guarda a Meg como un dragón. Me alegro de que continúe el buen tiempo; no vacile en utilizar los servicios de Brooke, y si sus gastos exceden lo calculado, gire sobre mí por la cantidad necesaria. No permita que le falte nada a su esposo. Gracias a Dios que va mejorando.

Su servidor y amigo sincero.

James Laurence.”

XVII

LA PEQUEÑA INFIEL

Durante una semana la cantidad de virtud desplegada en la vieja casa hubiera podido surtir a toda la vecindad. Era sorprendente. Todas parecían poseer una disposición de ánimo celestial, y la abnegación estaba a la orden del día. Pasada la primera ansiedad sobre su padre, las chicas fueron aflojando insensiblemente sus meritorios esfuerzos, volviendo a su conducta acostumbrada. No olvidaron su divisa, pero esperar y mantenerse ocupado fue haciéndose más fácil. Después de esfuerzos tan grandes, sintieron que merecían un descanso y se lo dieron.

Jo pescó un resfriado por no resguardar bastante su cabeza trasquilada y tuvo que quedarse en casa hasta mejorarse porque a la tía March no le gustaba oír leer a las personas resfriadas y roncadas. A Jo le vino muy bien, y después de revolver la casa desde la bodega hasta la boardilla, se echó sobre el sofá para cuidar su catarro con arsénico y libros. Amy descubrió que el trabajo de la casa y el arte no hacían buena mezcla, y volvió a sus modelos de arcilla. Meg iba todos los días a casa de los King, y en su casa ella cosía o pensaba hacerlo, pero pasaba mucho tiempo escribiendo largas cartas a su madre o leyendo una y otra vez noticias de Washington.

Beth perseveraba, cayendo rara vez en la ociosidad o en las lamentaciones. Cada día cumplía fielmente todos sus pequeños deberes y muchos de los de sus hermanas también, porque ellas se descuidaban y la casa parecía un reloj que ha perdido el péndulo. Cuando la nostalgia de su madre o los temores por su padre la afligían, se iba a cierto armario, escondía la cabeza entre los pliegues de cierto vestido viejo y derramaba su llanto y hacía su oracioncita tranquilamente y sola. Nadie sabía lo que le daba ánimo después de estar triste, pero todas se daban cuenta de lo dulce y servicial que era Beth, y tomaron la costumbre de pedirle consuelo y consejo en sus asuntos.

-Meg, quisiera que fueras a ver a los Hummel; ya sabes que mamá nos dijo que no los olvidáramos -dijo Beth, diez días después de la partida de la señora March.

-Esta tarde estoy demasiado cansada para ir -respondió Meg, meciéndose cómodamente mientras cosía.

-¿No puedes ir tú, Jo?

-El tiempo está malo para mi catarro.

-Pensaba que ya estabas bien.

-Lo bastante para salir con Laurie, pero no lo suficiente para ir a casa de los Hummel -dijo Jo, riéndose, aunque algo avergonzada de su inconstancia.

-¿Por qué no vas tú misma? -preguntó Meg.

-He ido todos los días; pero el niño está enfermo y no sé qué hacer por él. La madre va a su trabajo y Lotchen lo cuida; pero se pone cada vez peor y creo que tú o Hanna deben ir.

Beth hablaba muy en serio, y Meg prometió ir a la mañana siguiente.

-Pídele a Hanna que te dé algo de comer para llevárselo, Beth. El aire te hará bien -dijo Jo, añadiendo para disculparse: Yo iría, pero deseo acabar un cuento.

-Me duele la cabeza y estoy tan cansada, que pensé que quizás alguna de ustedes iría -susurró Beth.

-Amy volverá pronto y ella puede ir por nosotras -sugirió Meg.

-Bueno descansaré un poco y la esperaré.

Beth se echó en el sofá; las otras volvieron a su trabajo, y los Hummel quedaron olvidados. Pasó una hora; Amy no vino; Meg se fue a su dormitorio a probarse un vestido nuevo; Jo estaba absorta en su cuento y Hanna dormía a pierna suelta frente al fogón de la cocina.

Beth se puso tranquilamente su capucha, llenó su cestillo con varias cosas para los niños pobres y salió al aire frío con la cabeza pesada y una expresión triste en sus ojos pacientes. Era tarde cuando volvió y nadie la vio subir furtivamente la escalera y encerrarse en el dormitorio de su madre. Media hora más tarde, Jo fue al armario de su madre para buscar algo y allí encontró a Beth sentada sobre el botiquín con un aspecto muy solemne, los ojos enrojecidos y un frasco de alcanfor en la mano.

-¡Por Cristóbal Colón! ¿Qué te pasa? -gritó Jo, Mientras Beth extendía la mano, como si deseara mantenerla a distancia, y preguntaba brevemente:

-Has tenido la fiebre escarlatina, ¿no es verdad? Entonces te lo diré. ¡Oh, Jo, el niño se ha muerto!

-¿Qué niño?

-El de la señora Hummel. Se murió en mi falda, antes de que ella volviese a casa -respondió Beth, llorando.

-¡Pobrecita mía, qué terrible para ti! Debía haber ido yo -exclamó Jo, abrazando a su hermana y tomándola en brazos, mientras se sentaba en la butaca de su madre con cara de remordimiento.

-No era terrible, Jo; solo muy triste. En seguida noté que estaba peor, pero Lotchen dijo que su madre había ido a buscar un médico; así que tomé el niño para que Lotchen descansara. El parecía dormir, pero de repente dio un grito, tembló y se quedó muy quieto. Traté de calentarle los pies y Lotchen le quiso dar leche, pero no se movió, y comprendí que estaba muerto.

-No llores, querida mía. ¿Qué hiciste?

-Me quedé sentada y lo tuve dulcemente hasta que llegó la señora Hummel con el médico. Dijo que había muerto, y miró a Heinrich y a Minna, que tienen dolor de garganta. «La fiebre escarlatina, señora; debía haberme llamado antes», dijo enojado. La señora Hummel le dijo que era pobre y que había tratado de curar al niño; pero ahora era demasiado tarde y no podía hacer más que decirle que cuidara a los otros y esperara de la caridad ayuda. El entonces se sonrió y habló con más amabilidad; pero era muy triste, y yo lloré con ellos hasta que de pronto se dio vuelta y me dijo que volviera a casa y tomara en seguida belladona, o yo contraería la fiebre.

-¡No, no la contraerás! -gritó Jo, estrechándola con expresión de terror-. ¡Oh, Beth, si enfermaras, no me lo perdonaría jamás! ¿Qué haremos?

-No te asustes; espero que no será grave. Miré en el libro de mamá y noté que comienza con dolor de cabeza y de garganta, y sensaciones extrañas como las mías; tomé belladona y me siento mejor -dijo Beth, poniendo sus manos frías sobre su frente caliente, y tratando de aparentar que estaba bien.

-¡Si mamá estuviera en casa! -exclamó Jo, tomando el libro, con la impresión de que Washington estaba muy lejos. Leyó una página, miró a Beth, le tocó la frente, le miró la garganta y dijo gravemente-: Has estado todos los días con el niño por más de una semana, y entre los otros que están contagiados; temo que la tendrás, Beth. Llamaré a Hanna; ella entiende de todas las enfermedades.

-No permitas que venga Amy, no la ha tenido jamás, y sentiría contagiarla. ¿No podrías tú y Meg tenerla otra vez? -preguntó ansiosamente Beth.

-Creo que no, ni me importa si la tengo; bien empleado me estaría por egoísta, que te dejé ir allá para quedarme escribiendo tonterías -murmuró Jo, mientras iba a pedir consejo a Hanna.

La buena mujer se despertó al instante y se hizo cargo de la situación, diciendo a Jo que no había por qué preocuparse; que todo el mundo tenía fiebre escarlatina y que, con buen cuidado, nadie se moría; Jo lo creyó, y se sintió muy aliviada, mientras iban en busca de Meg.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Ahora les diré lo que vamos a hacer -dijo Hanna, cuando hubo examinado y hecho preguntas a Beth-. El doctor Bangs vendrá para verte, querida mía, así nos aseguraremos de cuidarte bien desde el principio; luego enviaremos a Amy a casa de la tía March por unos días, para ponerla fuera de peligro; una de ustedes se puede quedar en casa para entretener a Beth.

-Naturalmente, quedaré yo que soy la mayor -comenzó a decir Meg.

-No, seré yo, porque tengo la culpa de que esté enferma. Dije a mamá que yo cumpliría con los encargos y no los hice -contestó Jo con decisión.

-¿A cuál de las dos quieres, Beth? No hace falta más que una -dijo Hanna.

-Jo, si quieren -repuso Beth, apoyando la cabeza contra su hermana.

-Yo iré a decírselo a Amy -dijo Meg, sintiéndose algo ofendida, pero aliviada al mismo tiempo, porque no le gustaba cuidar enfermos como a Jo.

Amy se opuso con firmeza y declaró apasionadamente que preferiría tener la fiebre antes que irse a casa de la tía March. Meg razonó, rogó y mandó..., sin resultado alguno. Amy declaró que no iría, y Meg la dejó, desesperada, para preguntar a Hanna qué hacer.

Antes de que volviera, Laurie entró en la sala para encontrar a Amy, llorando a lágrima viva, con la cabeza escondida en los almohadones del sofá. Le contó lo que sucedía, con la esperanza de ser consolada; pero Laurie se metió las manos en los bolsillos y se puso a pasear por el cuarto, silbando suavemente, con las cejas fruncidas.

-Vamos..., sé una mujercita razonable y haz lo que te dicen. No, no llores; escucha el proyecto que tengo. Irás a casa de la tía March; yo iré todos los días a sacarte para dar un paseo en coche o a pie, y nos divertiremos muchísimo. ¿No será eso mejor que quedarte aquí aburrida?

-No me gusta que me envíen allá como si estorbara -dijo Amy ofendida.

-¡Dios te bendiga, niña! Si lo hacen por tu bien; ¿quieres caer enferma?

-Claro que no; pero quizá lo estaré, porque he estado con Beth todo el tiempo.

-Por eso mismo tienes que irte. Quizás un cambio de aire y algo de cuidado te mantendrán sana, o, por lo menos, contraerás la fiebre más aliviada. Te aconsejo que te marches cuanto antes, porque la fiebre escarlatina no es una cosa de broma, señorita.

-¡Pero es tan triste la casa de la tía March, y tan difícil tratar con ella!... -dijo Amy con aire de espanto.

-No será triste si yo voy todos los días a decirte cómo está Beth y sacarte a pasear. La anciana señora me quiere y yo procuraré hacerme agradable a ella, para que no nos riña por nada que hagamos.

-¿Me sacarás de paseo en el cabriolé tirado por «El Duende»?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Bajo mi palabra de honor.

-¿Y vendrás todos los días?

-Sin dejar uno.

-¿Y me traerás a casa tan pronto como Beth se ponga buena?

-Al minuto mismo.

-¿E iremos al teatro de verdad?

-A una docena de teatros, si se puede.

-Bueno..., creo que lo haré -susurró lentamente Amy.

-¡Buena niña! Llama a Meg y dile que aceptas -dijo Laurie, dándole palmaditas en el hombro, lo cual contrarió a Amy más que ceder.

Meg y Jo entraron corriendo para ver el milagro que acababa de realizarse, y Amy, sintiéndose muy importante y abnegada, prometió irse si el médico decía que Beth iba a estar enferma.

-¿Cómo está la pequeña? -preguntó Laurie, porque Beth era su favorita, y estaba más preocupado por ella de lo que aparentaba.

-Está acostada en la cama de mamá y se siente mejor. La muerte del niño la perturbó, pero tal vez no tiene más que un catarro. Hanna dice que eso es lo que ella cree, pero parece ansiosa, y eso me inquieta -respondió Meg.

-¡Qué difícil es este mundo! -dijo Jo-. Apenas salimos de un disgusto, entramos en otro. Parece que no tenemos apoyo alguno cuando está ausente mamá; yo estoy perdida.

-Bueno; no te pongas como un erizo; no está bien. Arréglate la peluca, Jo, y dime si debo telegrafiar a tu madre o ayudarlas en algo -preguntó Laurie.

-Eso es lo que me preocupa -dijo Meg- Creo que debemos decírselo a mamá, si Beth está realmente enferma; pero Hanna dice que no, porque mamá no puede dejar a papá y no haría más que alarmarla. Beth no estará enferma por mucho tiempo y Hanna sabe exactamente qué hacer; además, mamá nos dijo que la obedeciéramos; de modo que debemos hacerlo, pero no estoy muy segura.

-Bueno, no sé. Supongamos que pides un consejo a mi abuelo después que haya venido el médico.

-Lo haremos. Jo, vete a buscar al médico inmediatamente -pidió Meg-. No podemos decidir nada hasta que haya venido.

-Quédate donde estás, Jo; yo soy el recadero de esta casa -dijo Laurie, recogiendo su gorra.

-Temo que estés ocupado -comenzó a decir Meg.

-No; he terminado mis lecciones por hoy.

-¿Estudias durante las vacaciones? -preguntó Jo.

-Sigo el buen ejemplo de mis vecinas -respondió Laurie mientras salía precipitadamente.

-Tengo grandes esperanzas en mi muchacho -observó Jo viéndole saltar la valla.

-Sí; se porta muy bien para ser chico -fue la respuesta poco amable de Meg.

El médico vino; dijo que Beth tenía síntomas de la fiebre; pero pensó que no la tendría muy fuerte, aunque pareció preocuparle lo que le dijeron de las visitas de la niña a casa de los Hummel. Ordenó que alejaran a Amy, y recetó una medicina para resguardarla del peligro.

Amy partió acompañada por Jo y Laurie. La tía March los recibió con su hospitalidad acostumbrada.

-¿Qué desean ahora? -preguntó, mirando por encima de sus anteojos, mientras el papagayo, sentado en el respaldo de su silla, gritaba:

-¡Márchate! ¡No queremos chicos!

Laurie se retiró a la ventana y Jo contó lo ocurrido.

-No me sorprende en lo más mínimo, si les permiten visitar a los pobres. Amy puede quedarse aquí y hacerse útil, si no está enferma que no dudo lo estará porque ya lo parece. No llores, niña; me fastidia oír gimotear a la gente.

Amy estaba a punto de llorar, pero Laurie tiró a escondidas de la cola al papagayo, lo cual le hizo gritar: “¡Vaya botas!” de manera tan cómica, que se echó a reír en vez de llorar.

-¿Qué noticias tienes de tu mamá? -preguntó bruscamente la señora anciana.

-Papá está mucho mejor -respondió Jo.

-¿De veras? No durará mucho; March no tuvo nunca mucha correa.

-¡Ja! ¡Ja! ¡No te apures! ¡Toma rapé! -gritó el pájaro, saltando sobre su percha y agarrando el gorro de la señora, porque Laurie lo hostigaba por detrás.

-¡Cállate, pajarraco sinvergüenza! Jo, deberías marcharte en seguida; no está bien salir tan tarde con un chico atolondrado.

-¡Cállate, pajarraco sinvergüenza! -chilló el loro, tirándose de la silla y corriendo a picotear al chico, que casi explotaba de risa.

«No creo que podré soportarlo, pero trataré», pensó Amy cuando se quedó sola con la tía March.

-¡Márchate, espantajo! -chilló el loro, y al oír esta grosera agresión, Amy no pudo reprimir un gemido.

CAPÍTULO XVIII

DÍAS OSCUROS

Beth tuvo la fiebre y estuvo mucho más grave de lo que todos, excepto Hanna y el médico, sospechaban. Las chicas no entendían de enfermedades y al señor Laurence no se le permitió ver a la enferma, de modo que Hanna asumió el mando y el doctor Bangs, ocupadísimo, hizo cuanto pudo, pero dejó mucho que hacer a tan excelente enfermera.

Meg se quedó en casa, por miedo de llevar el contagio a los King, encargándose del trabajo doméstico y sintiéndose algo culpable cuando escribía a su madre sin decir una palabra de la enfermedad de Beth. No le parecía justo engañarla así, pero le habían dicho que obedeciera a Hanna y ésta no consentía que la señora March se enterase y estuviera acongojada por tal pequeñez. Jo se consagró a Beth día y noche, tarea no difícil, porque Beth era muy paciente y soportaba el dolor sin quejarse mientras podía dominarse. Pero llegó un momento en que, durante los ataques de fiebre, comenzó a hablar con voz ronca y entrecortada, a tocar sobre la colcha con los dedos, como si fuese su querido piano, y trató de cantar con la garganta tan inflamada que no podía dar una nota.

No conocía las caras familiares que la rodeaban, y llamaba suplicante a su padre. Entonces Jo se alarmó, Meg pidió permiso para escribir la verdad y aun Hanna dijo que lo «pensaría, aunque todavía no había ningún peligro». Una carta de Washington aumentó sus penas, porque el señor March había sufrido una recaída y no podía pensar en volver por mucho tiempo.

¡Qué oscuros parecían ahora los días, qué triste y solitaria la casa y qué afligidos los corazones de las hermanas, mientras trabajaban y esperaban, con la sombra de la muerte cerniéndose sobre el hogar antes tan feliz!

Fue entonces cuando Meg, dejando caer con frecuencia las lágrimas en su costura, comprendió lo rica que había sido en cosas de más valor que todos los lujos que pudiese comprar el dinero: en amor, protección, paz, salud, las verdaderas bendiciones de la vida. Fue entonces que, Jo, viviendo en el dormitorio oscurecido con la paciente hermanita siempre a la vista y con aquella voz triste sonando en sus oídos, aprendió a ver la belleza y la dulzura del carácter de Beth, y a darse cuenta del lugar profundo y tierno que tenía en todos sus corazones y a reconocer el valor de la abnegación y desinterés de su hermanita. Y Amy, en su destierro, anhelaba estar en su casa para poder trabajar con Beth, recordando con tristeza, llena de arrepentimiento, cuántas tareas descuidadas habían hecho aquellas manos complacientes por ella, de buena voluntad. Laurie frecuentaba la casa como un espíritu inquieto, y el señor Laurence cerró con llave el piano de cola, que le recordaba a la vecina joven, que tan gratas solía hacerle las horas del crepúsculo. El lechero, el panadero, el tendero y el carnicero preguntaban por ella; la obre señora Hummel vino para pedir perdón por su descuido y para obtener una mortaja para Minna; los vecinos enviaron toda clase de cosas útiles con sus buenos deseos, de modo que hasta los que mejor la conocían se sorprendieron al descubrir cuántos amigos tenía la tímida Beth.

Entretanto, ella estaba en la cama con la vieja muñeca Joanna a su lado, porque aun en su inconsciencia no se olvidó de su favorita abandonada.

Deseaba mucho ver a sus gatos, pero no permitió que se los trajeran por miedo a que cayesen enfermos, y en las horas tranquilas se preocupaba mucho por Jo, Enviaba recados cariñosos a Amy, les encargaba dijese a su madre que pronto le escribiría, y a menudo pedía un lápiz y papel y quería escribir algunas líneas para su padre, para que no creyese que lo olvidaba. Pero pronto terminaron incluso aquellos intervalos de conocimiento, y estaba hora tras hora a agitada por la fiebre, pronunciando palabras incoherentes, o caía en un profundo sopor, que no le permitía descansar. El médico venía dos veces al día.

Hanna velaba toda la noche; Meg tenía un telegrama en su escritorio, listo para ser despachado en cualquier momento, y Jo no se separaba del lado de Beth.

El primero de diciembre fue un verdadero día de invierno para ellas, porque soplaba un viento penetrante, nevaba copiosamente, y el año parecía prepararse para morir. Aquella mañana, cuando vino el médico, examinó cuidadosamente a Beth por mucho tiempo, tuvo la mano afiebrada entre las suyas por un minuto, y la soltó tranquilamente, diciendo en voz baja a Hanna:

-Si la señora March puede dejar a su esposo, sería mejor telegrafiarle.

Hanna asintió con la cabeza sin decir nada, porque los labios le temblaban nerviosamente; Meg cayó en una silla, porque al oír aquellas palabras las fuerzas la abandonaron; Jo, después de quedarse inmóvil un minuto, muy pálida, corrió a la sala, tomó el telegrama, y echándose encima un abrigo de cualquier manera, salió precipitadamente a la calle.

Pronto estuvo de vuelta, y mientras se quitaba el abrigo sin hacer ruido, llegó Laurie con una carta que decía que el señor March mejoraba de nuevo. Jo la leyó con gratitud, pero su corazón seguía tan oprimido y su rostro revelaba tanta tristeza, que Laurie preguntó vivamente:

-¿Qué pasa? ¿Está peor Beth?

-He telegrafiado a mamá -dijo Jo.

-¡Bien hecho, Jo! ¿Lo has hecho por propia decisión?

-No; el médico lo encargó.

-¡Oh, Jo!; ¿tan mal está? -exclamó Laurie alarmado.

-Sí, lo está; no nos conoce, ni habla del rebaño de tórtolas verdes, como suele llamar a las hojas del viñedo en la pared; no parece mi Beth, y no hay nadie para ayudarnos a soportarlo; mamá y papá están ausentes, y Dios parece tan lejano que no puedo encontrarlo.

Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, la pobre Jo extendía la mano en un gesto de desamparo, como si buscara ayuda ciegamente en la oscuridad, y Laurie la tomó en la suya, murmurando lo mejor que su emoción le permitió hacerlo:

-Aquí estoy yo; apóyate en mí, querida Jo.

Ella no pudo contestar, pero «se apoyó en él», y el calor de su mano amiga consoló su corazón doliente, pareciendo guiarla al brazo divino, el único que podía sostenerla en su aflicción. Laurie quería decirle algo tierno y consolador, pero al no encontrar palabras adecuadas, permaneció callado, acariciándole suavemente la cabeza como solía hacer su madre. No podría haber hecho nada mejor, porque Jo se sintió más calmada por aquella simpatía mutua, que por palabras suaves.

-Gracias, Teddy; ahora estoy mejor; no me siento tan abandonada, y trataré de soportar lo que venga.

-No pierdas la esperanza; eso te ayudará mucho, Jo. Pronto estará aquí tu madre y entonces todo irá bien.

-¡Me alegro mucho de que papá esté mejor!, ahora no le costará tanto a mamá dejarlo. ¡Ay de mí!, parece como si las penas vinieran todas de una vez, y como si yo llevara la parte más pesada.

-¿No lleva Meg su parte?

-Sí, trata de llevarla, pero ella no quiere tanto a Beth como yo; no la echará de menos. Beth es mi conciencia, ¡y no puedo perderla, no puedo, no puedo!

Jo escondió su cara en el pañuelo mojado y lloró desesperadamente, porque hasta entonces se había mantenido fuerte, sin derramar una lágrima. Laurie le secó los ojos con la mano, pero no pudo hablar hasta que dominó la sensación de un nudo en la garganta. Podrá parecer poco viril pero no podía impedirlo, de lo cual me alegro. Luego, a medida que se calmaban los sollozos de Jo, dijo con tono esperanzado:

-No creo que se muera; es tan buena y todos la queremos tanto, que Dios no se la llevará todavía.

-La gente buena y amada siempre se muere -gimió Jo.

-¡Pobrecita!, ¡estás rendida de cansancio! No es propio de tu carácter desesperarte. ¡Ánimo, que todo se arreglará!

-¡Qué buen médico y amigo eres, Teddy! ¿Cómo podré pagarte?

-Ya te enviaré la cuenta. Esta noche, por lo pronto, te daré algo que te calentará el corazón.

-¿Qué es?

-Ayer telegrafíé a tu madre, y Brooke ha contestado que vendrá en seguida; esta noche estará aquí y todo irá bien. ¿No te alegras de que lo haya hecho?

Jo se puso blanca, se levantó precipitadamente, y tan pronto como acabó de hablar le echó los brazos al cuello, y exclamó riendo y llorando a la vez:

-¡Oh, Laurie! ¡Oh, mamá! ¡Qué contenta estoy! -y se reía histéricamente, temblando y abrazando a su amigo, como si las noticias la hubieran desconcertado.

Laurie, aunque muy sorprendido, se condujo con calma; la acarició tiernamente, y descubriendo que se reponía, completó el tratamiento con unos besos tímidos, que al instante volvieron a Jo a su estado normal.

Apoyándose en el pasamano, lo rechazó suavemente, diciendo sin aliento:

-¡No!, ¡No quise hacer eso! ¡Qué atrocidad! Pero fuiste tan bueno telegrafando a pesar de las órdenes de Hanna, que no pude menos de abrazarte. Dímelo todo, y no me des vino otra vez; me hace portar como una tonta.

-No me importa -dijo Laurie, riéndose-. Pues, verás: Yo estaba inquieto y mi abuelo también. Pensábamos que Hanna abusaba de su autoridad, y que tu mamá debía saber lo que pasaba. No nos perdonaríamos jamás si Beth..., bueno, si sucediera algo. Así convencí a mi abuelo de que era hora de intervenir, y salí disparando a Telégrafos, porque el médico me pareció preocupado y Hanna casi no comió cuando propuse telegrafiar. No soporto que me reten; eso me decidió y lo hice. Tu mamá vendrá, estoy seguro, el último tren llega a las dos de la mañana. Iré a esperarla; lo único que tienes que hacer es contener tu alegría y procurar que Beth esté tranquila hasta que tu madre llegue.

-¡Laurie, eres un ángel! ¿Cómo podré agradecértelo?

-Abrazame otra vez -dijo Laurie, con picardía.

-No, gracias. Cuando venga tu abuelo lo haré por su conducto. No te burles de mí; vete a casa y descansa, porque tendrás que velar la mitad de la noche. ¡Que Dios te bendiga, Teddy!

Jo se había retirado a un rincón mientras hablaba, y al terminar desapareció precipitadamente en la cocina, donde se sentó y les dijo a los gatos reunidos allí lo contenta que estaba.

-Es el muchacho más entrometido que he visto en mi vida, pero lo perdono, y espero que la señora March llegará cuanto antes -dijo Hanna, con alivio, cuando Jo le dio la noticia.

Meg se alegró en silencio, y se sumergió después en la carta, mientras Jo arreglaba el dormitorio e la enferma y Hanna preparaba dos pasteles por si había compañía inesperada. Una corriente de aire fresco parecía soplar por toda la casa, y algo mejor que la luz del sol alegraba los cuartos tranquilos; todo parecía experimentar un cambio lleno de esperanza; el pájaro de Beth se puso a cantar de nuevo, y una rosa medio soplada por el viento fue descubierta en el rosal de Amy, que crecía al lado de la ventana; los fuegos parecieron arder con viveza inusitada, y cada vez que las chicas se encontraban, sus caras se iluminaban con sonrisas, mientras se abrazaban susurrando:

-¡Viene mamá! ¡Viene mamá!

Todas se alegraban menos Beth, sumida en un estupor profundo, sin idea de esperanza o de alegría, de duda o de peligro. Daba pena verla, la cara rosada en otro tiempo, tan cambiada y pálida; las manos, débiles y flacas; los labios, antes sonrientes, mudos, y el cabello, siempre tan bien arreglado, esparcido en la almohada, desordenado y enredado.

Todo el día estuvo así, despertándose sólo de vez en cuando para murmurar “agua”, con labios tan secos que apenas podían pronunciar la palabra; todo el día Jo y Meg la cuidaron, observando, esperando y poniendo su fe en su madre y en Dios; y todo el día sopló un viento furioso y las horas pasaron lentamente. Por fin anocheció; cada vez que el reloj daba una hora, las hermanas, sentadas a uno y otro lado de la cama, se miraban con ojos más alegres, porque con cada hora se acercaba más el auxilio. El médico había venido para decir que probablemente antes de medianoche habría un cambio para mejor o peor, y que a esa hora volvería.

Hanna, completamente rendida, se acostó en el sofá a los pies de la cama, quedándose profundamente dormida; en la sala, el señor Laurence iba y venía, con la sensación de que era preferible afrontar una batería de cañones rebeldes que la cara de la señora March cuando entrara; Laurie estaba echado en la alfombra, fingiendo descansar, pero mirando fijamente el fuego con expresión pensativa, que hacía tan hermosos sus ojos negros.

Las chicas no olvidaron jamás aquella noche, durante la cual no pudieron cerrar los ojos, con esa sensación terrible de impotencia que se apodera de nosotros en tales ocasiones.

-Si Dios nos deja a Beth, jamás volveré a quejarme -susurró Meg con sinceridad.

-Si Dios nos deja a Beth, trataré de amarle y servirle toda mi vida -respondió Jo con igual fervor.

-Quisiera no tener corazón, tanto me duele -suspiró Meg después de una pausa.

-Si la vida es a menudo tan dura como esto, no veo cómo podremos resistirla -añadió su hermana con desesperación.

En esto el reloj dio las doce y ambas se olvidaron de sí mismas para observar fijamente a Beth, porque imaginaron ver un cambio en la cara pálida. La casa estaba tan tranquila como la muerte, y sólo el soplar del viento rompía el silencio profundo. Hanna seguía durmiendo, y nadie más que las

hermanas notaron la sombra pálida que pareció caer sobre la cara pequeña. Pasó una hora y nada sucedió, más que la silenciosa salida de Laurie a la estación. Pasó otra y todavía no venía nadie; las pobres chicas empezaron a temer que la tormenta hubiera causado retrasos o accidentes en el camino, o, lo que era peor, que hubiera sucedido algo malo en Washington.

Eran más de las dos cuando Jo, que estaba en la ventana pensando qué triste parecía el mundo en su mortaja de nieve, oyó un movimiento en la cama, y, volviéndose con rapidez, vio a Meg, de rodillas delante de la butaca de su madre, con la cara escondida. Un miedo terrible la acometió con el pensamiento: Beth ha muerto y Meg no se atreve a decírmelo.

Volvió al punto a su puesto y observó un cambio extraordinario. El rubor de la fiebre y la expresión de dolor habían desaparecido, y tan tranquila y pálida estaba la pequeña cara querida en ese descanso completo, que Jo no sintió deseos de llorar o quejarse. Inclinandose sobre aquella hermana queridísima, besó su frente húmeda con mucha emoción y murmuró suavemente: ¡Adiós, Beth mía, adiós!

Como si el movimiento la hubiera despertado, Hanna se levantó sobresaltada, se acercó a la cama, miró a Beth, le tocó las manos, escuchó su respiración y después echándose el delantal por encima de la cabeza, se sentó en la mecedora, exclamando en voz baja: “La fiebre ha pasado; el sueño es natural; tiene la piel húmeda y respira con facilidad. ¡Gracias a Dios! ¡Bendito sea el cielo!”

-Sí queridas mías, creo que la muchachita se repondrá esta vez. No hagan ruido; déjenla dormir, y cuando se despierte denle...

Lo que habían de darle, ninguna de las dos hermanas lo oyó, porque ambas se deslizaron hacia el rellano oscuro, y sentándose en la escalera, se abrazaron, demasiado conmovidas para expresar de otro modo su alegría. Cuando volvieron, encontraron a Beth, acostada como solía estar, con la mejilla apoyada en la mano, sin la terrible palidez anterior y respirando naturalmente como si acabara de dormirse.

-¡Si viniera mamá ahora! -dijo Jo, cuando comenzaba a clarear.

-Mira -susurró Meg, entrando con una rosa blanca medio abierta en la mano-, era para Beth si nos dejaba; durante la noche se ha abierto. Voy a ponerla aquí en mi florero, para que cuando se despierte lo primero que vea sea la rosita y la cara de mamá.

Nunca había salido el sol con tanta belleza ni había parecido tan encantador como surgió a los ojos de Meg y Jo, cuando observaban el amanecer al terminarse la triste y larga velada.

-Parece una tierra de hadas -dijo Meg.

-¡Escucha! -gritó Jo, levantándose precipitadamente.

Abajo se oía sonido de cascabeles, una exclamación de Hanna y después la voz de Laurie que susurraba alegremente:

-¡Niñas, ha llegado; ha llegado!

CAPÍTULO XIX

EL TESTAMENTO DE AMY

Mientras sucedían estas cosas, Amy pasaba malos ratos en casa de la tía March. Se le hacía muy duro el destierro, y por primera vez en su vida apreció lo mimada que la tenían en su casa. La tía March no mimaba a nadie, no lo creía bueno, pero quería ser amable, porque le gustaba mucho la bien educada niña, y la tía March conservaba alguna ternura en su corazón anciano para las niñas de su sobrino, aunque no creyese conveniente demostrarlo. En realidad, hacía cuanto podía para hacer feliz a Amy; pero, ¡qué equivocaciones cometía! Hay ancianos que se mantienen jóvenes de corazón a pesar de sus arrugas y canas; pueden comprender los pequeños cuidados y alegrías de los niños; hacerlos sentirse a gusto y esconder lecciones sabias bajo juegos agradables, haciéndose amigos de la manera más dulce. La tía March no tenía este don. Fastidiaba a Amy con sus reglas y mandatos, sus modales rígidos y sus discursos largos y pesados. Al descubrir que la niña era más dócil y complaciente que su hermana, la anciana se sintió en el deber de contrarrestar en lo posible los malos efectos de la libertad e indulgencia del hogar. Tomó a su cargo a Amy y la educó como la habían educado a ella hacía sesenta años; procedimiento que desanimó a Amy, dándole la sensación de una mosca prendida en una tela de araña muy severa.

Todas las mañanas tenía que fregar tazas y frotar las cucharillas, la tetera gruesa de plata y los vasos, hasta sacarles brillo. Después, limpiar la tierra del cuarto. Ni una mota escapaba a los ojos de la tía March, y todos los muebles tenían patas torneadas y talladas que nunca se habían limpiado a la perfección.

Después había que dar de comer al loro, peinar al perro y subir y bajar las escaleras doce veces para buscar cosas o recados, porque la anciana señora era muy coja y rara vez dejaba su butaca. Terminadas estas aburridas tareas, debía estudiar. Entonces le permitía tomar una hora para hacer ejercicio o jugar, y ¡cómo se divertía!

Laurie venía todos los días, y con mucha habilidad lograba que la tía March dejara salir a Amy con él, y entonces paseaban, iban a caballo y se divertían mucho. Después de la comida tenía que leer en voz alta y sentarse inmóvil mientras dormía su tía, lo cual solía hacer por una hora, porque se quedaba dormida con la primera página. Entonces aparecía la costura de retacitos o de toallas, y Amy cosía con humildad exterior y rebeldía interior hasta el crepúsculo, cuando tenía permiso para divertirse hasta la hora del té. Las noches eran lo peor de todo, porque la tía March se ponía a contar cuentos de su juventud, tan pesados que Amy deseaba acostarse, con la intención de llorar su suerte cruel, aunque generalmente se dormía sin haber derramado más que una o dos lágrimas.

Sin la ayuda de Laurie y de la vieja Ester, la doncella, no hubiera podido aguantar aquel tiempo terrible. El loro bastaba para volverla loca, porque pronto descubrió que no agradaba a la niña y se vengó con toda clase de travesuras. Cada vez que se acercaba a él le tiraba del cabello; volcaba el pan con leche para enojarla cuando acababa de limpiar su jaula; hacía ladrar al perro, picoteándolo, mientras dormitaba la señora; le daba nombres poco gratos delante de los demás, y se portaba, en fin, como un pajarraco insoportable. Tampoco podía ella aguantar al perro, animal regordete e irritable, que le gruñía mientras lo cepillaba, y solía echarse al suelo patas arriba cuando quería algo de comer, lo que ocurría una docena de veces al día. La cocinera tenía mal genio, el viejo cochero era sordo y Ester era la única persona que hacía algún caso de la señorita.

Ester era francesa, había vivido con «Madame» -como solía llamar a su señora- por muchos años, y dominaba a la anciana, que no podía prescindir de ella. Simpatizó con la señorita y la divertía mucho con cuentos curiosos de la vida en Francia, cuando Amy estaba sentada a su lado, mientras ella planchaba los encajes de la señora. Ella le permitió vagar por la casa grande para examinar las cosas bonitas y raras colocadas en armarios espaciosos y cofres antiguos, porque la tía March almacenaba artículos como una urraca.

Lo que más le gustaba a Amy era un bargueño lleno de cajoncitos y lugares secretos, en los cuales había toda clase de algunas de gran valor, otras nada más que curiosas, todas joyas más o menos antiguas.

Examinar y poner en orden aquellas cosas agradaba mucho a Amy, sobre todo los estuches de joyas en los cuales, sobre almohadillas de terciopelo, estaban éstas, que habían adornado a una dama hermosa hacía cuarenta años. Allí se encontraba el juego de granates que la tía March había llevado cuando se puso de largo; las perlas, regalo de boda de su padre; los diamantes de su novio; las sortijas y prendedores de luto de azabache; los medallones con fotografías de amigas ya difuntas y mechones de cabello dentro de ellos; las pulseras pequeñas, que habían pertenecido a su única hija; el gran reloj de bolsillo del tío March con el dije rojo, y en un cofrecito, solo el anillo de boda, ahora demasiado pequeño para su dedo gordo, pero puesto cuidadosamente allí como la joya más preciosa de todas.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¿Cuál escogería la señorita si le dieran a elegir? -preguntó Ester, que siempre se sentaba cerca para cuidar y cerrar con llave las cosas preciosas.

-Prefiero los diamantes, pero no hay un collar entre ellos y me gustan mucho los collares. Elegiría esto si pudiera -respondió Amy, mirando una sarta de cuentas de oro y ébano, de la cual colgaba una cruz pesada.

-Yo también lo desearía, pero no como collar. ¡Ah, no! Para mí es un rosario que usaría como buena católica que soy -dijo Ester.

-Parece obtener usted mucho consuelo de sus rezos, Ester. Me gustaría hacer lo mismo.

-Si la señorita fuera católica lograría verdadero consuelo; pero como no puede ser, sería bueno que se retirase cada día para meditar y rezar, como hacía la buena señora a quien yo serví antes de venir a casa de madame. Aquella señora tenía una capillita, donde encontraba consuelo para muchas penas.

-¿Convendría que yo lo hiciese también? -preguntó Amy, que en su soledad sentía la necesidad de alguna clase de ayuda y había observado que olvidaba fácilmente su librito ahora que no estaba Beth a su lado para recordárselo.

-Sería excelente y encantador, y yo le arreglaré con mucho gusto el tocador pequeño, si lo desea. No diga nada a madame, pero mientras ella duerme siéntese allí sola por un ratito para tener pensamientos buenos y pedir al buen Dios que sane a su hermana.

Ester era verdaderamente piadosa y enteramente sincera en su consejo, porque tenía un corazón tierno y simpatizaba con las hermanas en su aflicción. Amy encontró atractivo el plan y le permitió arreglar el tocador junto a su dormitorio, con la esperanza de que le haría algún bien.

-Desearía saber dónde irán todas estas cosas hermosas cuando muera la tía March -dijo, mientras guardaba lentamente el rosario y cerraba los estuches de joyas, uno tras otro.

-A usted y sus hermanas. Lo sé; madame confía en mí; firmé como testigo de su testamento y debe ser así -susurró Ester, sonriendo.

-¡Qué gusto! Pero quisiera que me los dejara tener ahora. No son agradables las demoras -observó Amy, echando una última mirada a los diamantes.

-Es demasiado pronto para que las señoritas lleven estas cosas. La primera que se case recibirá las perlas; madame lo ha dicho, y me imagino que el pequeño anillo de la turquesa le será regalado a usted cuando se marche, porque madame está complacida por su buena conducta y sus modales encantadores.

-¿Lo cree usted? Seré dócil como un cordero si puedo tener ese hermoso anillo. Después de todo, me gusta la tía March -y Amy se lo probó con la firme resolución de merecerlo.

Desde aquel día fue un modelo de obediencia, y la anciana señora admiró satisfecha el éxito de sus instrucciones. Ester arregló el cuarto con una mesita, puso un taburete en frente de ella y encima un cuadro que sacó de uno de los cuartos cerrados. Pensó que no era de gran valor, pero lo eligió por creerlo adecuado, sabiendo muy bien que madame no lo sabría ni haría caso aunque lo supiera. Sin embargo, era una copia valiosa de un famoso cuadro, y los ojos de Amy, ávidos de belleza, no se cansaban de contemplar el dulce rostro de la Virgen Madre, mientras su corazón permanecía ocupado con sus propios pensamientos tiernos. En la mesita tenía su pequeño Testamento, su libro de himnos y un florero, lleno de las mejores flores que le traía Laurie. Cada día entraba para «sentirse sola», entregada a pensamientos buenos y pidiendo al buen Dios que sanara a su hermana.

En todo esto la muchachita era muy sincera, porque sola, fuera del nido doméstico, sintió tan vivamente la necesidad de una mano cariñosa a la cual agarrarse que instintivamente se volvió al Amigo, fuerte y tierno, cuyo amor paternal rodea a sus hijos pequeños. Extrañaba la ayuda de su madre para comprender y manejarse, pero como le habían enseñado dónde buscar, hizo cuanto pudo para hallar el camino y marchar por él confiadamente. Pero Amy era una peregrina joven, con una carga que se le hacía muy pesada. Trató de olvidarse de sí misma, de mantenerse alegre y sentirse satisfecha con hacer bien, aunque nadie la viese ni la alabase. Durante sus primeros esfuerzos, para ser muy buena, decidió hacer su testamento, como había hecho la tía March; de modo que si cayera enferma y muriese, sus bienes pudieran ser justa y generosamente repartidos. Mucho le costó el solo pensamiento de renunciar a sus pequeños tesoros, tan preciosos a sus ojos como las joyas de la anciana señora.

Durante una de sus horas de recreo redactó lo mejor posible el importante documento, con alguna ayuda de Ester para ciertas frases legales; cuando la buena francesa hubo firmado, Amy se sintió aliviada y lo puso a un lado para mostrárselo a Laurie, a quien necesitaba por segundo testigo. Como era un día lluvioso subió a uno de los dormitorios grandes para divertirse, y llevó al loro como compañero. En aquel cuarto había un armario lleno de vestidos antiguos, con los cuales Ester le permitía jugar. Su diversión favorita era vestirse con los brocados descoloridos y pasear delante del espejo grande, haciendo reverencias ceremoniosas, y ondulando la cola de su traje con un crujido que la encantaba. Aquel día estaba tan ocupada que no oyó a Laurie tocar la campana ni lo vio observándola a escondidas, según iba y venía, haciendo coqueterías con su abanico y sacudiendo la cabeza, que lucía un turbante color de rosa, en raro contraste con el traje de brocado azul y la falda amarilla. Tenía que andar con cuidado, porque se había puesto zapatos de tacones altos. Era gracioso verla andar tan afectadamente, con su traje brillante, y el loro pavoneándose a sus espaldas, imitándola tan bien como podía y parándose de vez en cuando para exclamar:

“¡Qué guapos estamos! ¡Vete, espantajo! ¡Bésame, querida! ¡Ah! ¡Ah!”

Reprimiendo con dificultad una explosión de risa, por temor de ofender a su majestad, golpeó Laurie la puerta y fue recibido graciosamente.

-Siéntate y descansa, mientras me quito estas cosas; después quiero pedirte consejo sobre algo muy grave -dijo Amy, una vez que terminó de mostrar sus esplendores y empujado al loro a un rincón-. Este pájaro es la prueba de mi vida -continuó, quitándose el turbante rosa, mientras Laurie se

sentaba a caballo en una silla-. Ayer mientras dormía la tía March y yo trataba de estar quieta como un ratoncito, el loro se puso a gritar y a sacudir las alas en su jaula, fui para sacarlo y descubrí una araña grande. La eché fuera y corrió el loro, diciendo cómicamente «Sal a paseo, querida.» No pude menos de reírme, lo cual hizo jurar al loro, despertando a la tía, que nos retó a los dos.

-¿Aceptó la araña la invitación de salir? -preguntó Laurie.

-Sí, salió, y el loro se escapó espantado y se refugió en la butaca de la tía, gritando: « ¡Tómala, tómala, tómala!» mientras yo perseguía a la araña.

-¡Mentira! ¡Mentira! ¡Oh! ¡Oh! -gritó el loro picoteando los pies de Laurie.

-Te torcería el pescuezo si fueras mío, pajarraco -agregó Laurie, amenazándolo con el puño; el pájaro ladeó la cabeza y dijo gravemente:

«¡Aleluya! ¡Bendita sea tu cara!»

-Ya estoy lista -dijo Amy, cerrando el armario y sacando un papel de su bolsillo-. Deseo que me hagas el favor de leer esto y de decirme si es legal y correcto. Creo que debo hacerlo, porque la vida no es segura y no deseo que haya discusión alguna sobre mi sepultura.

Laurie se mordió los labios y leyó el documento siguiente con gravedad digna de alabanza, si se considera su contenido:

“MI ÚLTIMO TESTAMENTO”

“Yo, Amy Curtis March, estando en mi sano juicio, doy y lego toda mi propiedad personal, que es a saber, pongo por caso:

A mi padre, mis mejores cuadros, dibujos, mapas y obras de arte, con inclusión de los marcos. También mis cien dólares, para que haga con ellos lo que guste.

A mi madre, todos mis vestidos, excepto el delantal azul con bolsillos; también mi retrato y mi medalla, con muchísimo amor.

A mi querida hermana Meg, doy mi anillo de turquesa (si lo recibo); también mi cajita verde con la estampa de tórtolas; también mí pedazo de encaje verdadero para su cuello, y mi dibujo de ella, como un recuerdo de «su niñita».

A Jo, mi prendedor de pecho, el reparado con lacre; también mi tintero de bronce (ella perdió la tapa) y mi precioso conejo de yeso, porque me arrepiento de haber quemado su manuscrito.

A Beth. (si me sobrevive), doy mis muñecas y el pequeño escritorio, mi abanico, mis cuellos de hilo y mis zapatillas nuevas, si puede ponérselas, pues probablemente estará delgada después de su enfermedad.

Y con esto le dejo también mi arrepentimiento de que me burlé de su vieja muñeca Joanna.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

A mi buen amigo y vecino Theodore Laurence, lego mi cartera de papier maché; mi modelo en yeso de un caballo, aunque él dijo que no tenía cuello. También en recompensa a su mucha benevolencia en horas de aflicción, cualquiera de mis obras artísticas que prefiera; Nuestra Señora es la mejor.

A nuestro venerable bienhechor el señor Laurence, lego mi cajita púrpura, con un espejo en la tapa, que será buena para sus plumas y le recordará a la niña fallecida, que le da las gracias por los favores hechos a su familia, en especial a Beth.

Deseo que mi amiga Kitty Bryant reciba el delantal de seda azul y mi anillo de cuentas doradas, con un beso.

A Hanna doy la cajita de cartón que deseaba y toda la obra de retacitos, con la esperanza que se acordará de mí cuando los mire.

Y ahora, habiendo dispuesto de mi propiedad de más valor, espero que todos quedarán contentos y no se quejarán de la muerte. Perdonó a todos y tengo la confianza de que nos encontraremos cuando suene la trompeta. Amén.

A este testamento pongo mi firma y sello en este día vigésimo de noviembre. Anno Domini 1861.

Amy Curtis March

Testigos:

Estelle Valnor

Theodore Laurence”

Este último nombre estaba escrito con lápiz y Amy explicó que él debía escribirlo con tinta y sellar el documento formalmente.

-¿Cómo se te ocurrió hacer esto? ¿Te ha dicho alguien que Beth ha dado sus cosas a los demás?
-preguntó gravemente Laurie, mientras Amy ponía delante de él un pedazo de cinta roja, con lacre, una bujía y un tintero.

Ella se explicó, y después preguntó ansiosamente:

-¿Qué has dicho de Beth?

-Siento mucho haber hablado; pero ya que he empezado, te lo diré; un día se sintió tan enferma que dijo a Jo que deseaba dar su piano a Meg, su pájaro a ti y la pobre muñeca vieja a Jo, que la querría por amor a ella. Sentía no tener más para dar y dejaba bucles de su pelo a los demás y sus mejores cariños a mi abuelo. Ella no pensó nunca en un testamento.

Laurie firmaba y sellaba según hablaba y no levantó los ojos hasta que una lágrima grande cayó en el papel. La cara de Amy estaba llena de pena; pero no dijo más que:

-¿No se acostumbra a poner alguna clase de posdata a los testamentos algunas veces?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Sí, codicilos los llaman.

-Entonces pon uno en el mío: que deseo que todos mis bucles sean cortados y dados a mis amigos. Lo olvidé; pero quiero que se haga, aunque estropee mi aspecto.

Laurie lo añadió, sonriéndose del último y mayor sacrificio de Amy. Después la entretuvo por una hora, interesándose mucho en todas sus aflicciones. Pero cuando ya se iba, Amy lo detuvo para susurrar con labios temblorosos:

-¿Está Beth verdaderamente en peligro?

-Temo que sí; pero debemos tener esperanzas de que todo acabe bien; así que no llores, querida mía -y Laurie la abrazó fraternalmente, lo cual la consoló mucho.

Cuando su amigo salió se fue a su capillita y oró por Beth, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón dolorido, sintiendo que millones de sortijas de turquesas no podrían consolarla por la pérdida de su dulce hermanita.

CAPÍTULO XX

EN CONFIANZA

No hay palabras para describir el encuentro de la madre con sus hijas; es bello vivir tales horas, pero muy difícil detallarlas. Lo dejaré a la imaginación de los lectores, limitándome a decir que la casa rebosaba verdadera felicidad y que la tierna esperanza de Meg se realizó, porque cuando Beth se despertó de aquel sueño largo y saludable, los primeros objetos que sus ojos vieron fueron la rosita y la cara de su madre. Demasiado débil para extrañarse por nada, no hizo más que sonreír y acurrucarse en los brazos cariñosos, sintiendo al fin satisfecho su deseo.

Después volvió a dormirse y las chicas sirvieron a su madre, que no quería soltar la mano delgada que se asía firmemente a la suya, aun durante el sueño. Hanna había preparado para la viajera un desayuno sorprendente, que Meg y Jo le alcanzaron como cigüeñas sumisas, mientras escuchaban su relato del estado de su padre, de cómo el señor Brooke había prometido quedarse a cuidarlo, cómo la tormenta había retrasado el viaje a casa y cuánto la había animado Laurie en la estación, cuando llegó completamente rendida por el cansancio, la ansiedad y el frío.

¡Qué día tan extraño, aunque agradable fue aquél! Afuera tan brillante y alegre, porque todo el mundo había salido para contemplar la primera nevada; en casa, tan tranquilo y reposado, porque todas dormían, fatigadas por la velada. Reinaba una tranquilidad de domingo, mientras Hanna, cabeceando, guardaba la puerta. Con la feliz sensación de verse libres de una carga, Meg y Jo cerraron sus ojos fatigados y descansaron, como barcos arribados a puerto seguro tras dura tempestad.

La señora March no quiso dejar a Beth, pero durmió en la butaca, despertándose con frecuencia para mirar y tocar a su niña, cual avaro que acaba de recobrar un tesoro perdido.

Entretanto, Laurie salió disparado para consolar a Amy y contó tan bien su historia que casi hizo llorar a la tía March, que ni una sola vez dijo: “Ya lo decía yo”. En esta ocasión Amy se portó tan bien que imagino que los buenos pensamientos de la capillita comenzaban a producir fruto. Pronto se secó las lágrimas, dominó su impaciencia por ver a su madre y ni se acordó de la sortija de turquesa.

Hasta el loro parecía impresionado, porque la llamó “buena niña” y le dijo: “¡Bendita sea tu alma!” y “sal de paseo, querida”, con su voz más agradable. Con gusto hubiese salido a disfrutar del tiempo despejado de invierno; pero descubriendo que Laurie se caía de sueño, a pesar de sus valerosos esfuerzos por disimularlo, lo persuadió a que descansara en el sofá, mientras ella escribía una carta a su madre. Empleó largo rato en hacerla, y cuando volvió, su amigo estaba acostado, con ambas manos debajo de su cabeza, profundamente dormido. La tía March había bajado las cortinas y estaba sentada, sin hacer nada, con desusada benevolencia.

Después de un rato empezaron a pensar que no despertaría hasta la noche, y probablemente así hubiera sido si una exclamación de alegría dada por Amy a la vista de su madre no lo hubiera sacudido. Muchas niñas felices habría en la ciudad aquel día, pero de seguro que ninguna lo era tanto como Amy cuando, sentada sobre las rodillas de su madre, le contó sus experiencias abundantemente compensadas por caricias tiernas y sonrisas consoladoras. Estaban solas en la capillita, a la cual su madre no puso reparos cuando supo su objeto.

-Al contrario; me gusta mucho, querida mía -dijo, mirando el librito bien usado y el bello cuadro con su guirnalda de verde-. Es una idea excelente tener algún sitio donde poder refugiarse en busca de tranquilidad, cuando estamos entristecidos o inquietos. Hay muchas horas difíciles en nuestra vida, pero siempre podemos soportarlas si pedimos auxilio como es debido. Pienso que mi muchachita está aprendiendo.

-Sí, mamá, y cuando vuelva a casa voy a poner mis libros y una copia de este cuadro, que he tratado de hacer, en una esquina del cuartito. La cara de la madre no me ha salido bien; es demasiado bella para que yo pueda dibujarla; pero he logrado dibujar mejor al niño, y me gusta muchísimo. Me agrada pensar que él fue una vez niño, porque no me siento tan lejos de él y eso me ayuda.

Mientras Amy señalaba al niño Jesús en las rodillas de su madre, la señora March vio algo en la mano alzada que la hizo sonreírse. No dijo nada, pero Amy comprendió la mirada, y después de un minuto de silencio, añadió gravemente:

-Deseaba hablarte de esto, pero lo olvidé. Hoy la tía March me regaló el anillo; me llamó, me dio un beso y me lo puso en el dedo, diciendo que estaba orgullosa de mí y que desearía tenerme con ella para siempre. Al mismo tiempo me dio este otro anillo para sujetarlo, porque es demasiado grande para mi dedo. Me gustaría tenerlos puestos ¿Me lo permites?

-Son hermosísimos, Amy, pero creo que eres demasiado joven para tales adornos -contestó la señora March.

-Trataré de no ser vanidosa -dijo Amy-; no creo que me gusta sólo por ser tan bello; me gustaría usarlo, como la muchachita del cuento cuando llevaba su pulsera, para recordar algo.

-¿Quieres decir la tía March? -preguntó su madre, riéndose.

-No; para acordarme de no ser egoísta.

Tan seria y sincera parecía Amy, que su madre dejó de reírse y escuchó respetuosamente su pequeño proyecto.

-Estos días he pensado mucho en “mi montón de defectos” y el más grave es el egoísmo; voy a tratar empeñosamente curarlo, si puedo. Beth no es egoísta, y ésta es la razón por la que todos la quieren y les da tanta pena pensar que pueden perderla. No lo sentirían tanto si yo estuviese enferma, porque no lo merezco; pero me gustaría que todos me quisieran y me extrañaran. Voy a tratar de parecerme a Beth tanto como pueda. Soy propensa a olvidar mis resoluciones, pero si tuviera siempre algo que me las recordara, creo que me portaría mejor. ¿Puedo probar este medio?

-Sí; pero tengo más confianza en el rinconcito de la meditación. Usa el anillo, querida mía, y haz lo que puedas; creo que conseguirás algo, porque desear ser buena con sinceridad es tener ganada media batalla. Ahora tengo que volver a Beth. Ánimo, hija mía, pronto te llevaremos a casa.

Aquella tarde, mientras Meg escribía a su padre para informarlo de la llegada de la viajera, Jo subió la escalera a hurtadillas, entró en el dormitorio de Beth y, encontrando a su madre en el lugar acostumbrado, se detuvo por un minuto retorciendo su cabello con los dedos con gesto de indecisión y perplejidad.

-¿Qué te pasa, querida? -preguntó la señora March.

-Quiero decirte algo, mamá.

-¿Acerca de Meg?

-¡Qué pronto lo adivinaste! Sí, se trata de ella, y aunque es una pequeñez, me molesta.

-Beth duerme: habla en voz baja y dímelo todo. Espero que ese joven Moffat no haya estado aquí.

-No; le hubiera dado con la puerta en las narices si hubiera venido -dijo Jo, sentándose en el suelo a los pies de su madre-. El verano pasado Meg dejó un par de guantes en casa de los Laurence y no devolvieron más que uno. Lo habíamos olvidado por completo hasta que Teddy me dijo que el señor Brooke lo tenía. Lo guardaba en el bolsillo de su chaleco, y una vez que se le cayó y Teddy bromeó por ello, el señor Brooke confesó que le gustaba Meg, y que no se atrevía a decírselo por ser ella tan joven y él tan pobre. ¿No es una situación terrible?

-¿Crees que Meg lo quiere? -preguntó la señora March, con mirada ansiosa.

-¡Pobre de mí! No entiendo nada de amor ni de tales tonterías -gritó Jo, con una mezcla cómica de interés y desprecio-. En las novelas, las muchachas lo exteriorizan ruborizándose, desmayándose, enflaqueciendo y haciendo necedades. Meg no hace nada de eso; come, bebe y duerme como una persona sana; me mira frente a frente cuando hablo de ese hombre, y sólo se ruboriza algo cuando Teddy se burla de los novios. Le prohibí que lo hiciera, pero no me hace caso.

-Entonces, ¿crees que Meg no está interesada en John?

-¿En quién? -gritó Jo, extrañada.

-En el señor Brooke; ahora lo llamo “John”; en el hospital adquirimos esa costumbre y le gusta.

-¡Pobre de mí! Ya veo que vas a ponerte de su parte; ha sido bueno con papá y tú no lo mandarás a paseo, sino que permitirás que se case con él si quiere. ¡Qué astuto! ¡Mimar a papá y hacerse el servicial contigo para ganarse la simpatía de los dos! -y Jo, enojada, se tiró de los cabellos.

-Querida mía, no te enojés; te diré lo que ha pasado. John me acompañó, por pedido del señor Laurence, y se interesó tanto en tu pobre papá que no pudimos menos que tomarle cariño. Fue perfectamente sincero y honrado en cuanto a Meg, porque nos dijo que la quería, pero que trabajaría para crear un hogar confortable antes de pedir su mano. No deseaba más que nuestro consentimiento para amarla, trabajar por ella y tratar de ganarse su amor, si podía. Realmente es un joven excelente, y no podíamos negarnos a escucharlo; pero no consentiré que Meg se comprometa tan joven.

-Claro que no; sería una idiotez. Ya sabía yo que se estaba tramando algo; me lo decía el corazón; ahora es peor de lo que yo imaginaba. Desearía poder casarme con Meg yo misma, para guardarla segura dentro de la familia.

Esta extraña solución hizo sonreír a la señora March, pero después dijo seriamente:

-Jo, confío en ti y no quiero que digas nada a Meg todavía. Cuando vuelva John y los vea juntos podré juzgar mejor los sentimientos de ella para con él.

-Ella verá los suyos en esos hermosos ojos de los cuales habla, y entonces estará perdida. Tiene un corazón tan tierno que se derretirá como manteca de Flandes, si alguien la mira amorosamente. Leía las noticias cortas enviadas por él más que tus cartas, y me daba pellizcos cuando yo hablaba de ello; le gustan los ojos color castaño; no cree que el nombre de John es feo; pronto se enamorará de él y ¡adiós paz, alegría y felicidad entre nosotras! Lo veo todo; se harán la corte por toda la casa y tendremos que quitarnos de en medio; Meg estará en la gloria y no me necesitará más; Brooke amontonará una fortuna de una manera u otra, se la llevará, dejará un vacío en la familia, me romperá el corazón y todo se hará desagradable. ¡Pobre de mí! ¿Por qué no habremos sido todos ricos? Entonces no habría ninguna dificultad.

La señora March suspiró, y Jo levantó los ojos con una expresión de alivio.

-¿No te gusta tampoco a ti, mamá? Me alegro; lo despacharemos con viento fresco, sin decir una palabra a Meg, y seguiremos felices juntas como siempre.

-Hice mal en suspirar, Jo. Es natural y justo que con el tiempo todas se vayan a sus propios hogares; pero deseo conservar a mis hijas todo el tiempo posible, y siento que esto haya sucedido tan pronto, porque Meg no tiene más que diecisiete años, y John no podrá formar un hogar para ella por algunos años. Tu padre y yo estamos de acuerdo en que no se comprometa de ninguna manera ni se case antes de cumplir veinte años. Si ella y John se quieren, pueden esperar, y así dar pruebas de su amor. Ella es responsable y no temo que lo trate con dureza. ¡Mi hija tan hermosa y tierna! Espero que todo marchará felizmente para ella.

-¿No preferirías que se casara con un hombre rico?

-El dinero es cosa buena y útil, Jo; quisiera que mis hijas no sintieran nunca demasiado su escasez ni estén tentadas por tener demasiado. Desearía ver a John bien establecido en algún negocio bueno que le proporcionara ingresos suficientes para mantenerse libre de deudas, y dar una vida confortable a Meg. No ambiciono una fortuna espléndida, ni una posición mundana, ni un nombre famoso para mis hijas. Si el rango y el dinero vienen acompañados del amor y la virtud, los aceptaría agradecida y gozaría con vuestra buena fortuna; pero sé por experiencia cuánta felicidad real se encuentra en una casa pequeña, donde se gana el pan diario y algunas privaciones dan mayor dulzura a los pocos placeres. Estoy contenta de que Meg comience con una posición humilde, porque si no me engaño, será rica en la posesión del corazón de un hombre bueno, y eso tiene más valor que una fortuna.

-Comprendo, mamá, y estoy de acuerdo; pero Meg me decepciona, porque yo tenía el proyecto de casarla con Teddy algún día, y pensaba que viviría en la opulencia toda su vida. ¿No sería hermoso? -preguntó Jo, mirándola con expresión más alegre.

-El es más joven que ella, ya sabes -comenzó a decir la señora March; pero Jo la interrumpió.

-Eso no importa; está muy maduro para su edad, y es muy alto y tiene modales de hombre hecho y derecho cuando quiere. Además, es rico, generoso y bueno, y nos quiere a todas. Es una lástima que mi proyecto se malogre.

-Temo que Laurie no sea bastante mayor para Meg, y es tan veleta que no puede contarse con él. No hagas proyectos, Jo; deja que el tiempo y sus propios corazones emparejen a tus amigos. En estas cosas no podemos entrometernos con seguridad, y es mejor que no se nos metan tonterías románticas en la cabeza, como tú dices, no sea que destruyan nuestras amistades.

-Bueno, no lo haré; pero detesto ver que las cosas se tuercen y atraviesan, cuando algunos arreglitos lo solucionarían todo. ¡Ojalá pudiésemos parar de crecer, poniéndonos planchas en la cabeza! Pero los capullos tienen que hacerse rosas, y los gatitos gatos, aunque no queramos.

-¿Qué es eso de planchas y gatos? -preguntó Meg, entrando a hurtadillas en el dormitorio, con la carta que había escrito en la mano.

-Nada más que una de mis estúpidas charlas. Voy a dormir; ven, Meg -dijo Jo, desplegándose como un rompecabezas vivo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Muy correcta y bien escrita. Hazme el favor de añadir que envió mis afectuosos recuerdos a John
-dijo la señora March, devolviendo la carta.

-¿Tú lo llamas John? -preguntó Meg, sonriéndose, con sus inocentes ojos mirando a los de su madre.

-Sí, se ha portado como un hijo con nosotros, y lo queremos mucho -respondió la señora March, dirigiendo a su hija una mirada penetrante.

-Me alegro, ya que está tan solo. Buenas noches, mamá querida. ¡Qué tranquilidad tan grande tenerte aquí con nosotras! -respondió Meg.

CAPÍTULO XXI

LAURIE DA GUERRA Y JO PONE PAZ

Era de ver la cara de Jo al día siguiente. El secreto la oprimía y hallaba difícil no parecer misteriosa e interesante. Meg lo notó, pero no se molestó en preguntar, porque había aprendido que el mejor modo de manejar a Jo era por la ley de los contrarios; estaba segura de oírlo todo si no preguntaba. Por eso se sorprendió bastante cuando el silencio continuó y Jo asumió cierto aire protector, que agravó a Meg, que respondió adoptando un aire de grave reserva y entregándose al servicio de su madre. Esto dejó a Jo libre para hacer su gusto, porque la señora March había tomado su puesto de enfermera diciéndole que se paseara y se distrajera después de tan largo encierro en casa. No estando Amy de vuelta, Laurie era su único refugio; pero aunque gozaba mucho en su compañía, lo tenía por el momento porque era un perseguidor incorregible, que no la dejaría en paz hasta sacarle su secreto.

Tenía razón, porque tan pronto el pícaro sospechó algo misterioso, se propuso descubrirlo, e hizo pasar muy malos ratos a Jo. Rogó, prometió, se burló, amenazó y riñó; fingió indiferencia para sacar la verdad por sorpresa; afirmó que lo sabía, para decir después que no le importaba saberlo, y por fin, a fuerza de perseverancia, logró asegurarse de que se trataba de Meg y del señor Brooke. Indignado porque su tutor no le hubiera hecho ninguna confidencia, se puso a imaginar alguna venganza digna de la ofensa.

Entretanto, Meg parecía haber olvidado el asunto y estaba absorta con los preparativos para la vuelta de su padre; pero, de repente, un cambio pareció apoderarse de ella; había días en que parecía otra, sobresaltándose cuando alguien le hablaba, ruborizándose si alguien la miraba, callaba mientras cosía, con expresión tímida y preocupada en la cara. A las preguntas de su madre respondía que estaba muy bien, y las de Jo las despachó pidiéndole que la dejase en paz.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Lo siento en el aire; el amor, quiero decir, y se está enamorando rápidamente. Tiene casi todos los síntomas; está nerviosa y de mal humor; no come, no puede dormir y se sienta pensativa en los rincones. La sorprendí cantando la canción del “arroyo de voz argentina”, y una vez dijo: “John”, como lo haces tú, y se puso roja como una amapola. ¿Qué haremos? -dijo Jo, dispuesta, al parecer, a toda clase de medidas, aun violentas.

-Nada más que esperar. Déjala sola: sé amable y paciente; la vuelta de papá lo arreglará todo -respondió su madre.

-Aquí hay una carta para ti, Meg, con sello puesto. ¡Qué curioso! Teddy no pone sello a las mías -dijo Jo al día siguiente, al distribuir el contenido del pequeño correo.

La señora March y Jo estaban entretenidas en sus asuntos, cuando una exclamación de Meg les hizo levantar los ojos para verla mirando fijamente su carta, con cara asustada.

-¿Hija mía, qué te pasa? -gritó la madre, corriendo hacia ella mientras Jo trataba de agarrar el pliego malhechor.

-Es todo un error... No la envié... ¡Oh, Jo! ¿Cómo pudiste hacerlo? -y Meg escondió la cara entre las manos, llorando a lágrima viva.

-¿Yo? ¡No he hecho nada! ¿De qué habla? -preguntó Jo confundida.

Los ojos humildes de Meg se encendieron de enojo, mientras sacaba de su bolsillo una carta estrujada y se la arrojaba a Jo diciendo:

-Tú la escribiste y ese muchacho malicioso te ayudó. ¿Cómo pudiste ser tan grosera, tan vil y cruel con nosotros?

Jo apenas la oyó, porque ella y su madre estaban leyendo la carta, escrita con una escritura curiosa.

“Queridísima Margaret: No puedo contener por más tiempo mi pasión, y necesito saber mi suerte antes de volver. No me atrevo a decírselo todavía a tus padres, pero creo que darían su consentimiento si supieran que nos adoramos. El señor Laurence me ayudará a encontrar una buena colocación, y entonces, mi querida muchachita, me harás feliz. Te ruego que no digas nada todavía a tu familia, pero envía una palabra de esperanza por medio de Laurie a tu fiel John.”

-¡El miserable! Así quiere pagarme por cumplir la palabra que di a mamá. Le echaré un buen reto y lo traeré a pedir perdón -gritó Jo.

Pero su madre la detuvo, diciendo con expresión desacostumbrada en ella:

-Un momento, Jo; primero tienes que justificarte. Has hecho tantas travesuras que sospecho que tengas parte en esto.

-Doy mi palabra, mamá, de que no la tengo. Nunca antes he visto esa carta ni sé nada de ella; tan verdad como que estoy viva -dijo Jo tan sinceramente que la creyeron-. Si yo hubiera participado en esto, lo hubiera hecho mejor y habría escrito una carta sensata. Yo creía que habían comprendido que el señor Brooke es incapaz de escribir tonterías como éstas -añadió, arrojando con desprecio el papel al suelo.

-La letra es como la suya -balbuceó Meg.

-¡Oh, Meg! No la habrás contestado -exclamó la señora March.

-¡Sí que lo hice! -y Meg escondió ruborosa la cara.

-¡En buena nos hemos metido! Déjame traer a ese muchacho malicioso para que dé una explicación y reciba un buen reto. No descansaré hasta que lo agarre -dijo Jo, encaminándose hacia la puerta.

-¡Espera! Déjame arreglar esto, porque es peor de lo que pensaba. Meg, dímelo todo -ordenó la señora March, sentándose junto a Meg, pero sin soltar a Jo, por miedo de que se escapase.

-Recibí la primera carta por conducto de Laurie, que fingió no saber nada del asunto -comenzó Meg, sin levantar los ojos-. Al principio me preocupó mucho y tenía la intención de decírtelo; pero me acordé de tu simpatía hacia el señor Brooke; así que pensé que no te importaría que yo guardara mi pequeño secreto por algunos días. Soy tan tonta que me gustaba pensar que nadie lo sospechaba, y mientras pensaba en lo que contestaría, me parecía ser una de esas chicas de las novelas que tienen que hacer cosas parecidas. Perdóname, mamá; ahora he pagado cara mi estupidez; nunca podré volver a mirarlo a la cara.

-¿Qué le dijiste? -preguntó la señora March.

-Sólo le dije que era todavía demasiado joven para decidir nada; que no quería tener ningún secreto para ti, y que tendría que hablar a papá. Que estaba muy agradecida por su bondad y que sería sólo su amiga por largo tiempo.

La señora March se sonrió tranquilizada y Jo aplaudió calurosamente, exclamando:

-Eres una Doña María de Molina en cuanto a prudencia. Sigue, Meg. ¿Qué te contestó?

-Me escribe de una manera completamente diferente, diciéndome que jamás envió una carta amorosa, y lamentando que mi pícara hermana Jo se haya tomado tales libertades con nuestros nombres. La carta es muy amable y seria, ¡pero imaginen qué terrible para mí!

Meg se apoyó en su madre completamente desesperada, y Jo iba de un lado para otro del cuarto, poniendo verde a Laurie. De repente se paró, tomó las dos cartas, y después de mirarlas fijamente, dijo con decisión:

-No creo que el señor Brooke haya visto jamás ni una ni otra carta. Teddy ha escrito las dos y guarda la tuya para fastidiarme, porque no quise contarle mi secreto.

-No tengas ningún secreto, Jo; díselo a mamá y no te metas en líos, como yo debía haber hecho -le respondió Meg.

-¡Dios te bendiga, niña! ¡Si fue mamá la que me lo dijo!

-Basta, Jo. Yo consolaré a Meg, mientras tú vas en busca de Laurie. Tengo que analizar esta cuestión a fondo y poner fin a semejantes travesuras.

Jo se fue corriendo, y la señora March explicó con delicadeza a Meg los verdaderos sentimientos del señor Brooke.

-Ahora, querida mía, ¿cuáles son los tuyos? ¿Lo amas lo bastante para esperar hasta que pueda mantener un hogar para ti, o prefieres estar libre por el presente?

-He estado tan asustada y mortificada, que prefiero no pensar en noviazgos por mucho tiempo; tal vez nunca. Si John no sabe nada de estas tonterías, no le digas nada, y obliga a Jo y Laurie a callarse. No quiero que me engañe y se ría de mí; es una vergüenza.

Meg, generalmente amable, había perdido la paciencia con estas burlas maliciosas; la señora March la calmó con la promesa de guardar completo silencio y la mayor discreción en el futuro. Tan pronto como se oyeron los pasos de Laurie en el vestíbulo, Meg se escapó al estudio y su madre recibió a solas al culpable. Jo no le había dicho para qué lo querían en casa, temiendo que no viniese; pero lo advirtió tan pronto como vio la cara de la señora March, y permaneció de pie, dando vueltas a su sombrero, con tal aspecto de culpable, que lo delataba. Jo fue despedida, pero decidió andar de un lado a otro del vestíbulo, como si estuviese de guardia, por temor a que el preso intentara escaparse. Por una hora subió y bajó el sonido de voces en la sala, pero lo que sucedió durante aquella entrevista las chicas no lo supieron jamás.

Cuando las llamaron, Laurie seguía de pie al lado de la madre de ellas, con una cara tan arrepentida, que Jo lo perdonó en el acto, aunque no creyó prudente demostrarlo. Meg recibió sus humildes excusas y se consoló mucho al asegurarse de que Brooke no tenía conocimiento alguno de la fechoría.

-No diré nada de esto hasta mi último día de vida; no me lo sacarán ni con pinzas; perdóname, Meg, y haré lo que quieras para demostrar lo mucho que lo siento -añadió, muy avergonzado de sí mismo.

-Lo procuraré, pero te portaste de modo muy poco caballeresco. No creía que pudieras ser tan pícaro y malicioso, Laurie -respondió Meg.

-Fue abominable y merezco que no me hables en un mes; pero no lo harás, ¿verdad, Meg? -y Laurie cruzó las manos con gesto tan suplicante, bajó los ojos con expresión de tan profundo arrepentimiento y habló con tono tan patético, que era imposible enojarse a pesar de su conducta escandalosa. Meg lo perdonó y la señora March suavizó su semblante, a pesar de los grandes esfuerzos que hizo por mantenerse seria, cuando lo oyó declarar que expiaría sus culpas con toda clase de penitencias, y se humillaría como un gusano ante la doncella ofendida.

Entretanto, Jo se mantenía a distancia, tratando de endurecer su corazón contra él pero no logró más que asumir una expresión desaprobatoria.

Laurie la miró una vez o dos, pero viendo que no daba señales de ceder se sintió ofendido, le volvió la espalda hasta que la madre y Meg acabasen lo que tenían que decirle, y entonces le hizo un saludo profundo y se marchó sin decir nada.

Tan pronto como se fue, ella sintió no haber sido más indulgente; y cuando Meg y su madre subieron las escaleras, se sintió solitaria y ansiosa de la compañía de Teddy. Tras breve lucha consigo misma, cedió al impulso y, armada de un libro que debía devolver, se fue a la casa grande.

-¿Está en casa el señor Laurence? -preguntó a una doncella que bajaba las escaleras.

-Sí, señorita; pero creo que no puede verlo ahora.

-¿Por qué?; ¿está enfermo?

-No, señorita; pero acaba de discutir con el señorito Laurie, y no me atrevo a acercarme a él.

-¿Dónde está el señorito?

-Encerrado en su cuarto, y no quiere responder aunque he llamado. No sé qué hacer con la comida, porque está lista y no hay nadie que quiera comer.

Jo subió al estudio de Laurie y golpeó la puerta.

-Basta de llamadas, o abro la puerta y te hago callar.

Jo golpeó de nuevo la puerta, entró antes de que Laurie pudiera reponerse de su asombro. Al notar que estaba realmente de mal humor, Jo, que sabía cómo manejarlo, fingió una expresión penitente, y, poniéndose de rodillas, dijo con humildad:

-Hazme el favor de perdonarme por haber estado tan enojada. He venido a zanjar el asunto y no puedo marcharme hasta que lo haya hecho.

-No importa; levántate y no te hagas el ganso, Jo.

-Gracias, no lo haré. ¿Puedo preguntar qué te pasa? No pareces estar en tu juicio.

-¡Me han sacudido y no lo consiento!

-¿Quién ha sido?

-Mi abuelo; de haber sido cualquier otra persona, le hubiera... -y el joven ofendido acabó su frase con un gesto enérgico del brazo derecho.

-Eso no es nada; yo discuto contigo muchas veces y no haces caso.

-¡Bah! Tú eres una muchacha y es una broma, pero no permitiré que ningún hombre me grite.

-Creo que nadie se atrevería viéndote tan encolerizado como ahora. ¿Por qué te trató de esa manera?

-Sólo porque no quise decirle para qué me había llamado tu madre. Prometí no decir nada a nadie, y, naturalmente, no iba a faltar a mi palabra.

-¿No podías satisfacer a tu abuelo de algún modo?

-No; insistió en saber la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. Hubiera contado mi parte del enredo de haber podido hacerlo sin envolver a Meg. Como no podía, me callé y aguanté el regaño hasta que el anciano me agarró por la nuca. Entonces me puse furioso y escapé de un salto, por miedo a no poder contenerme.

-No fue agradable; pero él lo siente, estoy segura; baja y haz las paces. Yo te ayudaré.

-¡Que me ahorquen si lo hago! No voy a aguantar sermones y golpes de todo el mundo, sólo por una pequeña picardía. Lo sentí por Meg, y le pedí perdón como un hombre, pero no lo pediré a nadie, no siendo culpable.

-El no sabía eso.

-Debería tener confianza en mí y no tratarme como a un niño. Es inútil, Jo; tiene que aprender que puedo cuidarme por mí mismo, y que no necesito que me aten a las faldas de nadie.

-¡Qué cascarrabias eres! ¿Cómo piensas que se arreglará este asunto?

-El tiene que pedirme perdón y creerme cuando te aseguro que no puedo decirle el porqué de la querella.

-¡Santo cielo! Eso no lo hará.

-Pues no bajaré hasta que lo haga.

-Vamos, Teddy, entra en razón; déjalo pasar y yo explicaré lo que pueda. No vas a quedarte aquí; ¿de qué sirve ponerse melodramático?

-De todas maneras no pienso permanecer aquí mucho tiempo. Me escaparé para hacer un viaje a alguna parte, y cuando me eche de menos mi abuelo, no tardará en volver a razonar.

-Quizá; pero no debes darle ese disgusto.

-No me aconsejes. Me iré a Washington para ver a Brooke; allí hay alegría y me divertiré después de las penas.

-¡Qué suerte tienes! ¡Ojalá pudiera yo escaparme también! -dijo Jo, olvidando su papel de mentor ante las visiones de la vida marcial de la capital.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Vámonos los dos! ¿Por qué no? Tú puedes ir para dar una sorpresa a tu padre, y yo para animar a Brooke. Sería un gran juego; ámate, Jo. Dejaremos una carta para decir que todo está bien y nos marcharemos en seguida. Tengo bastante dinero, te hará bien y no habrá nada malo en ello, pues vas para ver a tu padre.

Por un momento pareció que Jo iba a consentir, porque, con toda su locura, el proyecto la atraía. Estaba cansada de ansiedades y encierro, anhelaba un cambio y el pensamiento de su padre se mezclaba de manera tentadora con el encanto de los campamentos y hospitales, libertad y diversión. Sus ojos brillaron al dirigirse hacia la ventana, pero se clavaron en la vieja casa opuesta y movió la cabeza con triste decisión.

-Si fuera un chico nos escaparíamos juntos y correríamos una aventura deliciosa; pero siendo una infeliz chica, debo ser prudente, portarme bien y permanecer en casa. No me tientes, Teddy; es un plan descabellado.

-¡Ahí está la gracia! -repuso Laurie, que estaba con ganas de romper trabas de una manera u otra.

-¡Cállate! -gritó Jo tapándose los oídos-. La prudencia es mi destino y tengo que conformarme. He venido aquí para moralizar, no para oír cosas que me den ganas de brincar.

-Sabía que Meg hubiera agitado tal proyecto, pero pensé que tú tendrías más arrojo... -comenzó a decir Laurie insinuante.

-¡Cállate! -gritó Jo- no hagas que tus deseos hagan aumentar los míos. Si logro que tu abuelo diga que siente haberte sacudido, ¿abandonarás la idea de escaparte? -preguntó Jo gravemente.

-Sí, pero no lo lograrás -respondió Laurie, que deseaba hacer las paces, pero necesitaba antes una reparación a su dignidad ofendida.

-Si puedo manejar al joven, puedo manejar al viejo -murmuró Jo saliendo del cuarto donde quedaba Laurie con una guía de ferrocarril en la mano.

-¡Adelante! -se oyó decir al señor Laurence, con voz aún más ronca que de costumbre, cuando Jo llamó a la puerta.

-Soy yo, Jo, he venido para devolverle un libro -dijo suavemente al entrar.

-¿Quieres otros? -preguntó el anciano, tratando de ocultar su preocupación y enojo.

-Sí, con permiso de usted; tanto me gusta el viejo Sam, que deseo leer el segundo tomo -respondió Jo, con la esperanza de congraciarse con él al pedirle un libro que le había recomendado.

El señor Laurence desarrugó un poco el entrecejo mientras acercaba la escalerilla hacia el estante de los libros donde estaban los tomos de Johnson. Jo subió ligeramente y, sentándose en el peldaño más alto, fingió buscar su libro, pero en realidad estaba pensando cómo comenzar el peligroso asunto de su visita.

El señor Laurence pareció sospechar que tramaba algo, porque, después de ir y venir varias veces con pasos rápidos de un lado a otro del cuarto, se volvió, la miró cara a cara y preguntó bruscamente:

-¿Qué acaba de hacer ese muchacho? No trates de excusarlo. Sé que ha hecho alguna de las tuyas, por su manera de portarse cuando volvió a casa. No pude sacarle ni una palabra y cuando lo amenacé con sacudirle para hacerle confesar la verdad, escapó y se encerró con llave en su dormitorio.

-Se portó mal, pero lo perdonamos y todos prometimos no decir nada a nadie.

-Eso no basta; no debe protegerse tras una promesa hecha por unas chicas cariñosas como ustedes. Si se ha portado mal, tiene que pedir perdón y recibir su castigo. Dímelo, Jo. No quiero que me tengan ignorando lo que pasa.

-De veras señor, no puedo decírselo; mamá lo prohibió. Laurie ha confesado, ha pedido perdón y ha tenido su castigo. No nos callamos para protegerlo a él, sino a otra persona, y si usted se mezcla en el asunto, se aumentarán las dificultades. Hágame el favor de no hacerlo; fue mi culpa en parte, pero ahora todo está arreglado; así que olvidémoslo y hablemos de El vagabundo o de algún otro libro interesante.

-¡Al diablo con El vagabundo! Baja y dame tu palabra que este atolondrado muchacho mío no ha hecho algo impertinente o ingrato. Si lo ha hecho, después de vuestra bondad con él, lo apalearé con mis propias manos.

La amenaza sonaba terrible, pero no espantó a Jo, porque sabía que el irascible anciano no levantaría un dedo contra su nieto por mucho que lo dijera. Bajó obedientemente y quitó toda la importancia que pudo a la travesura del chico, sin exponer a Meg ni faltar a la verdad.

-¡Hum! ¡Ah! Bueno, si el chico se calló porque había prometido hacerlo y no por obstinación, lo perdonaré. Es un joven terco y difícil de manejar -dijo el señor Laurence, pasándose la mano por la cabeza hasta encrespar todo el cabello.

-Lo mismo me pasa a mí; pero una palabra amable me apacigua, cuando un regimiento de caballería sería incapaz de dominarme.

-¿Crees que no soy amable con él?

-¡Cielo santo; no señor! A veces es usted demasiado cariñoso y después un poquito violento, cuando pone a prueba su paciencia. ¿No le parece?

Jo había decidido solucionar este asunto y trataba de aparentar calma, aunque temblaba algo después de frase tan audaz. Con gran sorpresa suya, el anciano señor no hizo más que echar ruidosamente sus anteojos sobre la mesa y exclamar sinceramente:

-Hija, tienes razón; soy algo violento. Quiero al chico, pero pone a prueba mi paciencia hasta que apenas puedo aguantarlo, y no sé adónde vamos a parar de seguir así.

-Yo se lo diré: se escapará.

Apenas dijo esto, Jo se arrepintió de haber hablado así. El señor Laurence cambió de color, se sentó y echó una mirada ansiosa al retrato del hombre esbelto que estaba colocado encima de la mesa. Era el padre de Laurie que en su juventud se había escapado y se había casado contra los deseos del dominante anciano.

-No lo haré, a no ser que esté muy molesto; solo amenaza hacerlo a veces, cuando se cansa de estudiar. A menudo pienso que a mí me gustaría hacer otro tanto, sobre todo desde que me corté el cabello; de modo que si alguna vez nos extraña, puede poner un anuncio preguntando por dos chicos y mandar a buscarnos entre los barcos que zarpen con rumbo a la India.

Se rió al decir esto, y el señor Laurence pareció aliviado, evidentemente tomándolo como una broma de chicos.

-¡Pícara! ¿Cómo te atreves a hablarme de esta manera? ¿Dónde está tu respeto y tu buena educación? ¡Benditos chicos y chicas! ¡Qué tormento nos dan! Y sin embargo, no podemos pasarnos sin ellos -dijo, pellizcándole las mejillas con buen humor, y agregando:

-Vete y trae a ese muchacho a comer; dile que todo está arreglado y aconséjale que no dramatice con su abuelo; no lo aguantaré.

-No vendrá, señor; se siente ofendido, porque usted no le creyó cuando le dijo que no podía decírselo. Creo que tomó muy en serio la discusión.

El señor Laurence se echó a reír y Jo comprendió que la batalla estaba ganada.

-Lo siento muchísimo; supongo que debo estar agradecido porque él no me ha sacudido a mí. ¡Santo cielo! ¿Qué querrá este joven?

-Si yo fuera usted, le escribiría una excusa, señor. El dice que no bajará hasta que la reciba, y habla de Washington y no sé qué locuras. Una excusa formal le mostrará lo estúpido que es y lo hará bajar de agradable humor. Pruébalo; le gusta la broma, y eso es mejor que arreglarlo de palabra. Yo se la llevaré y le daré una lección.

El señor Laurence le echó una mirada aguda y se caló los anteojos, diciendo lentamente:

-¡Qué pícara eres! Pero no me importa ser engatusado por ti o Beth. ¡Vamos!, dame una hoja de papel y acabemos de una vez con estas tonterías.

La carta se escribió con las frases usuales entre caballeros después de graves insultos. Jo besó la calva del señor Laurence y corrió escaleras arriba para meter el pliego por debajo de la puerta de Laurie, aconsejándole por el agujero de la cerradura que fuera sumiso, cortés y otras cosas gratas. Al encontrar la puerta cerrada con llave de nuevo, dejó que la carta hiciese su obra y se iba tranquilamente, cuando el joven bajó, resbalando por el pasamanos de la escalera, y la esperó abajo, diciendo con su expresión más virtuosa:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Qué buen camarada eres, Jo! ¿Has sufrido una explosión? -añadió, riendo-. No he estado muy amable en general. ¡Ah! ¡Bueno me han puesto todos! Hasta tú me abandonaste allá, y eso me hizo sentirme desesperado -comenzó a decir, tratando de excusarse.

-No hables así; cambia de tema y comienza de nuevo.

-Siempre estoy haciéndolo y estropeándolo, como solía estropear mis cuadernos de escritura; y empiezo de nuevo tantas veces, que nunca voy a salir de los comienzos -le contestó tristemente.

-Vete a comer; después te sentirás mejor. Los hombres sólo gruñen cuando tienen hambre -dijo Jo al irse.

-Un cumplido para mi sexo -respondió Laurie, imitando a Amy, mientras iba a hacer penitencia con su abuelo, que estuvo de un humor de santo y abrumadoramente respetuoso en su conducta todo el resto del día.

CAPÍTULO XXII

PRADOS HERMOSOS

Las serenas semanas siguientes fueron como el sol después de la tormenta. Los enfermos mejoraron rápidamente y el señor March comenzó a hablar de volver a comienzos del Año Nuevo. Pronto pudo Beth pasar todo el día reclinada en el sofá, entreteniéndole al principio con sus queridos gatos, y después con la costura de las muñecas, que estaba muy atrasada. Sus miembros, tan activos en otro tiempo, se habían quedado tan tiesos y débiles que Jo la paseaba, en sus brazos fuertes, por la casa. Meg se tiznaba y quemaba las manos, guisando delicadezas para “la querida”, mientras Amy celebraba su vuelta a casa dando cuantos tesoros suyos lograba que aceptaran sus hermanas.

A medida que se acercaba Navidad, los acostumbrados misterios comenzaron a dejarse sentir en la casa, y la familia se desternilló de risa más de una vez con las imposibles y absurdas ceremonias propuestas por Jo para celebrar tan extraordinaria Navidad. Lo que Laurie proponía era no menos disparatado; por su gusto se hubieran hecho hogueras, fuegos artificiales y arcos de triunfo. Tras muchas discusiones y escaramuzas, la ambiciosa pareja pareció quedar bastante apaciguada y ambos aparentaban una indiferencia desmentida por explosiones de risa cada vez que se reunían.

Varios días inesperadamente templados precedieron a un hermoso día de Navidad. Hanna estaba segura de que iba a ser un día “estupendo”, y resultó buena profetisa, porque todo y todos parecieron conspirar para lograr un éxito completo. Para empezar: se recibió carta del señor March, en que decía que pronto estaría con ellas. Luego Beth se sintió muy bien aquella mañana, y vestida con el regalo de su madre, una bata suave y roja, de paño merino, fue llevada triunfalmente a la ventana para ver la ofrenda de Jo y Laurie. Los indomables habían hecho cuanto podían para merecer su nombre, porque, como duendes, habían trabajado de noche y habían preparado una graciosa sorpresa. En medio del jardín se alzaba una doncella majestuosa hecha de nieve, coronada con una

corona de acebo, con un cestillo de frutas y flores en una mano, un rollo grande de música nueva en la otra, una manta de vivos colores sobre sus hombros desnudos y una canción de Navidad, escrita en papel color de rosa, que le salía de los labios y decía así:

“LA VIRGEN DE NIEVE A BETH”

“A nuestra querida Beth bendiga Dios estas Pascuas, dándole felicidad, paz, salud en abundancia. Para la abeja industriosa dulce fruta y flores traigo, mantita para sus pies, música para su piano. Traigo un retrato de Juana por Rafael el Segundo, que lo pintó con esmero para hacerlo fiel y pulcro. Acepta una cinta roja para la cola del gato, y helados de Margarita, que imitan al Monte Blanco. Los que me hicieron han puesto su amor en mi nívoo seno; acéptalo, con mi estatua, de Jo y de Laurie.”

¡Cuánto se rió Beth al verla, cómo fue y vino Laurie para traer los regalos y qué preciosos discursos hizo Jo al entregarlos!

-Tan rebosante de feicidad estoy, que si estuviese aquí papá no podría contener una gota más -dijo Beth suspirando con satisfacción, mientras Jo la trasladaba al estudio para descansar después de la emoción y para refrescarse con algunas uvas regaladas por la Junfrau.

-Lo mismo estoy yo -añadió Jo, tocando el bolsillo donde estaba su deseado libro Undine y Sintran.

-Y yo también -replicó Amy, con los ojos clavados en un grabado de la Virgen y el Niño, en precioso marco, regalo de su madre.

-Pues yo, no se diga -exclamó Meg, alisando los pliegues de su primer vestido de seda que el señor Laurence había insistido en regalarle.

-¿Cómo podría no estar contenta? -dijo la señora March agradecida, mientras sus ojos iban de la carta de su esposo a la cara sonriente de Beth, y acariciaba el broche, hecho de cabellos grises, rubios y castaños, que las chicas acababan de ponerle en el pecho.

¡De vez en cuando en este mundo difícil suceden cosas que parecen cuento, y qué consuelo tan grande es! Media hora después de haber dicho todas que eran tan felices que apenas podrían contener una gota más de felicidad, la gota apareció. Laurie abrió la puerta de la sala, asomó la cabeza con mucha calma y con voz rarísima, que no lograba ocultar la alegría y la emoción, dijo:

-¡Otro regalo de Navidad para la familia March!

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando fue hecho a un lado, apareciendo en su lugar un hombre alto, embozado hasta los ojos, que se apoyaba en el brazo de otro hombre alto, que trató de decir algo sin lograrlo. Hubo una exclamación general, y el señor March se vio abrazado por cuatro pares de brazos cariñosos; Jo cayó en la vergüenza de casi desmayarse, teniendo Laurie que asistirla; el señor Brooke besó a Meg por pura equivocación, como explicó algo incoherentemente; y Amy, la majestuosa, tropezó con un taburete, y sin esperar a levantarse, abrazó las botas de su padre, llorando de la manera más conmovedora. La señora March fue la primera en reponerse y levantó la mano para decir:

-¡Chist! ¡Recuerden a Beth!

Pero era demasiado tarde; la puerta del estudio se abrió de golpe, la batita roja apareció en el quicio, y con la fuerza que la alegría infundió en sus débiles miembros, Beth corrió derecha a los brazos de su padre. Dejemos aparte lo que sucedió después; los corazones se desbordaron, olvidando toda la amargura pasada y gozando sólo la dulzura del presente.

No todo fue romántico; una risa cordial los llamó a la realidad, porque Hanna apareció detrás de la puerta derramando lágrimas por el pavo engordado que había olvidado atar al subir precipitadamente de la cocina. Cuando las risas se calmaron, la señora March comenzó a dar las gracias al señor Brooke por el cuidado fiel que dispensara a su esposo, con lo que recordó de repente que el señor March necesitaba descansar, y, apoderándose de Laurie, se retiró precipitadamente. Entonces se ordenó a los dos enfermos que descansaran, lo cual hicieron, sentándose juntos en una butaca y hablando mucho.

El señor March dijo cuánto había deseado sorprenderlas, y al hacer buen tiempo el médico le había permitido aprovecharse de ello; cuán fiel había sido Brooke, y qué joven tan estimable y honrado era.

Por qué el señor March se detuvo un minuto al llegar aquí y después de echar un vistazo a Meg, que atizaba vigorosamente el fuego, miró a su esposa, arqueando las cejas inquisidoramente, dejó a mis lectores que lo imaginen, como también por qué la señora March hizo señas mudas con la cabeza y preguntó, abruptamente, si no deseaba tomar algo. Jo vio y comprendió la mirada, y se marchó con aire grave a buscar una taza de caldo y un poco de vino, murmurando para sí, al par que cerraba de golpe la puerta: ¡Detesto a los jóvenes estimables, con ojos castaños!

Jamás hubo una comida de Navidad como la que tuvieron aquel día. El pavo engordado era una maravilla cuando Hanna lo trajo relleno, dorado y guarnecido. Y lo mismo el budín inglés, que se deshacía en la boca; y las jaleas, con las cuales Amy gozaba como una mosca en un tarro de miel.

Todo salió bien, lo cual era providencial, como dijo Hanna, porque “tan perturbada estaba, señora, que es un verdadero milagro si no asé el budín y rellené el pavo con las pasas, o lo envolví en el lienzo del budín”.

El señor Laurence y su nieto comieron con ellos; también el señor Brooke, al que Jo arrojaba miradas furibundas con infinita diversión de Laurie.

Dos butacas estaban juntas a la cabecera de la mesa; en ellas se sentaron Beth y su padre, regalándose modestamente con pollo y algo de fruta. Brindaron, contaron cuentos, cantaron canciones, recordaron cosas antiguas, como suelen decir los viejos, y pasaron unas horas gratísimas.

Habían propuesto un paseo en trineo, pero las chicas no quisieron dejar a su padre; así que los invitados se despidieron temprano, y al caer el crepúsculo la familia feliz, estaba reunida alrededor del hogar.

-Hace un año exactamente que nos quejábamos de la triste Navidad que esperábamos pasar. ¿Se acuerdan? -preguntó Jo, interrumpiendo la breve pausa que había seguido a una larga conversación sobre varias cosas.

-Todo considerado, ha sido un año bastante agradable -dijo Meg sonriendo y felicitándose interiormente por haber tratado al señor Brooke con dignidad.

-Creo que ha sido un año duro -observó Amy, mirando la luz brillar sobre su anillo con ojos pensativos.

-Me alegro que haya pasado, porque tú estás de vuelta -susurró Beth, sentada en las rodillas de su padre.

-Han andado por un camino algo duro, pequeñas peregrinas mías. Sobre todo en estos últimos días. Pero se han portado valientemente, y pienso que están en buen camino de verse pronto libres de sus cargas -dijo el señor March con satisfacción paternal, contemplando las cuatro caras jóvenes que lo rodeaban.

-¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo mamá? -preguntó Jo.

-No me contó mucho; una paja indica la dirección del viento, y hoy he descubierto muchas cosas.

-¡Dinos cuáles son! -dijo Meg, que estaba a su lado.

-¡Aquí hay una! -y tomando la mano apoyada en el brazo de la butaca, señaló el índice endurecido, una quemadura en el dorso y uno o dos puntos duros en la palma-. Recuerdo un tiempo en que esta mano era blanca y lisa, en que ponías el mayor cuidado en conservarla así. Era entonces muy preciosa, pero ahora me parece mucho más, porque en estas señales aparentes leo una pequeña historia. Se ha sacrificado la vanidad; esta palma endurecida ha merecido algo mejor que ampollas; y estoy seguro de que la costura hecha por estos dedos picados durará mucho tiempo, por la buena voluntad que se puso en los puntos. Meg, querida mía, aprecio la habilidad femenina que mantiene feliz el hogar más que las manos blancas o los talentos mundanos. Estoy orgulloso de estrechar esta manecita buena y laboriosa y espero que no me la pidan demasiado pronto.

Si Meg había deseado una recompensa por sus horas de paciente labor la recibió en la presión sincera de la mano paternal y en la sonrisa aprobadora que le otorgó su padre.

-¿Y qué de Jo? Haz el favor de decirle algo bonito, porque se ha esforzado mucho y ha sido tan buena conmigo -dijo Beth al oído de su padre.

El se rió, y echó una mirada a la muchacha alta, sentada al lado opuesto, cuyo rostro moreno ofrecía una expresión más dulce que de costumbre.

-A pesar de la melena cortada, no veo al “hijo John”, que dejé hace un año -dijo el señor March-. Veo una señorita, que se ajusta bien los cuellos, ata con cuidado los cordones de las botas, y ni silba, ni habla en jerga, ni se echa sobre la alfombra, como solía hacerlo. Su cara está ahora algo delgada por las ansiedades y vigiliass; pero me gusta mirarla, porque se ha hecho más dulce y su

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

voz es más tranquila; no salta, pero se mueve sin hacer ruido y cuida de cierta pequeña persona de una manera maternal, que me encanta. Casi extraño a mi chica salvaje, pero si tengo una mujer fuerte, provechosa, útil y tierna en su lugar, me sentiré completamente satisfecho. No sé si la esquila domesticó a nuestra oveja negra, pero sé que en toda la ciudad de Washington no hubo cosa alguna que mereciera ser comprada con los veinticinco pesos que mi buena hija me envió.

Los ojos luminosos y alertas de Jo se empañaron algo y su cara delgada se ruborizó a la luz del fuego mientras recibía las alabanzas paternas, con la sensación de que no eran del todo inmerecidas.

-Ahora a Beth -dijo Amy, muy deseosa de que le llegase el turno a ella, pero dispuesta a esperar.

-Se ha quedado en tan poca cosa, que temo que se me escape del todo si hablo mucho de ella, aunque no es tan tímida como solía -comenzó a decir su padre alegremente; pero, recordando cuán cerca había estado de perderla, la abrazó, agregando tiernamente, con la mejilla contra la suya:- Te tengo segura, Beth mía, y si Dios lo permite, te guardaré así.

Después de un minuto de silencio miró a Amy, sentada en el taburete a sus pies y dijo acariciando su cabello reluciente:

-Noté que en la comida Amy tomaba los pedazos menos apetitosos, corría a hacer recados para su madre toda la tarde, cedió su lugar a Meg esta noche y ha atendido a todos con paciencia y buen humor.

También noto que no se queja tanto ni se da importancia; ni ha hecho alusión a un anillo muy hermoso que tiene puesto, de lo cual deduzco que ha aprendido a pensar más en los demás, no tanto en sí misma, y ha decidido tratar de modelar su carácter con tanto cuidado como a sus figuras de arcilla. Me alegro de ello; porque aunque me enorgullecería una bella estatua hecha por ella, estaré más orgulloso de una hija amable, que tiene la facultad de embellecer su propia vida y la vida de los demás.

-¿En qué piensas, Beth? -preguntó Jo, cuando Amy dio las gracias a su padre y relató la historia del anillo.

-Hoy leía en El Peregrino cómo, después de muchas penas, Cristiano y Esperanza llegaron a un prado hermoso y verde, donde florecían lirios durante todo el año y donde descansaron alegremente como nosotros lo hacemos en este momento, antes de que llegaran al fin de su viaje -respondió Beth, añadiendo, al dejar los brazos de su padre y encaminarse lentamente al piano:

-Es la hora del canto, y quiero estar en mi lugar acostumbrado.

Trataré de cantar la canción del pastor, que oyeron los peregrinos. He compuesto la música para papá, porque sé que le gustan los versos.

Sentada al pianito querido, Beth presionó suavemente las teclas, y, con aquella voz dulce que habían pensado no oír más, cantó con su propio acompañamiento el curioso himno que tan bien coincidía:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

*Caer no teme quien en tierra yace;
El que no tiene orgullo no se eleva;
Jesús en el humilde se complace
Y, como guía, a su mansión le lleva.*

*Con lo que Dios me da vivo contento,
En estrechez lo mismo que en holgura;
Por seguirte, Señor, feliz me siento
Bajo tu santa protección segura.*

*Es peso la abundancia al peregrino,
Que le impide marchar con ligereza;
Será mejor con poco en el camino;
Luego tendrá la celestial riqueza.*

CAPÍTULO XXIII

LA TÍA MARCH RESUELVE EL PROBLEMA

Al día siguiente, como bandada de abejas rodeando a su reina, la madre y sus hijas revoloteaban alrededor del señor March, olvidadas de todo para mirar, atender y escuchar al enfermo nuevo, que estaba en peligro de morir a fuerza de atenciones. Sentado en la butaca, al lado del sofá de Beth, con las demás muy cerca, y Hanna, asomándose de vez en cuando para “echar una mirada al hombre querido”, nada parecía faltar para colmar la felicidad de todos. Pero algo faltaba y los mayores lo sentían, aunque nadie lo confesaba. Los padres se miraban preocupados cuando seguían con la vista a Meg. Jo tenía accesos repentinos de seriedad y hasta se la vio amenazar con el puño cerrado al paraguas que el señor Brooke se había dejado en el vestíbulo; Meg estaba distraída, tímida y silenciosa; se sobresaltaba cuando sonaba la campana, y se ruborizaba cuando alguien pronunciaba el nombre de John, Amy decía que “todo el mundo parecía esperar algo, lo cual era extraño ahora que papá estaba seguro en casa”, y Beth se preguntaba inocentemente por qué los vecinos no venían como siempre.

Por la tarde pasó Laurie por delante de la casa, y, viendo a Meg en la ventana, pareció poseído por un repentino acceso melodramático, porque cayó de rodillas en la nieve, se golpeó el pecho, se arrancó los cabellos y juntó las manos de modo tan suplicante, como si pidiera algún bien inefable; Meg le dijo que no se hiciera el tonto y que se fuera; él retorció el pañuelo imaginariamente empapado en lágrimas y volvió la esquina, tambaleándose como si estuviera completamente desesperado.

-¿Qué querrá decir ese ganso? -dijo Meg, riéndose, y tratando de parecer inocente.

-Te muestra cómo se portará tu John el día menos pensado. Muy conmovedor, ¿verdad? - dijo Jo irónica.

-No digas “mi John”; no está bien ni es verdad. Haz el favor de no molestarme, Jo; ya te he dicho que no me gusta “mucho”, y que no hay nada que decir, sino que debemos ser amables y comportarnos como antes.

-No podemos, porque se ha dicho algo, y la travesura de Laurie te ha estropeado para mí. Lo veo y mamá lo verá también. No eres la misma en lo más mínimo, y pareces estar muy lejos. No quiero molestarte; lo sufriré como un hombre, pero quisiera que todo se arreglara de una vez. Detesto esperar; si has de hacerlo, date prisa y hazlo pronto -dijo Jo con petulancia.

-No puedo hacer ni decir nada hasta que él hable, y no lo hará, porque papá le ha dicho que soy muy joven.

-Si hablara, no sabrías qué decir; llorarías o te ruborizarías o lo dejarías salirse con la suya en vez de contestarle con un “no” decidido.

-No soy tan tonta y débil como piensas. Sé lo que tendría que decir, porque lo he pensado bien y no me tomará de sorpresa. Uno no sabe lo que puede suceder.

-¿Tienes algún inconveniente en decirme qué le responderías? -preguntó Jo con más respeto.

-Absolutamente ninguno. Tienes ya dieciséis años, y puedes ser mi confidente; y tal vez algún día te sean útiles mis experiencias en tus propios asuntos de esta clase.

-No pienso tenerlos. Es muy divertido ver a otros haciéndose el amor; pero me sentiría tonta si lo hiciera yo.

-Creo que no, si hubiera alguien que te gustara mucho y a quien tú gustaras -contestó Meg, quedándose seria.

-¿No ibas a decirme el discurso que tienes preparado para ese hombre? -dijo Jo, cortando sus meditaciones.

-Pues diría sencillamente, con mucha calma y decisión: “Gracias, señor Brooke, es usted muy amable, pero pienso, como mi padre, que soy demasiado joven para entrar en compromisos. Así que le ruego no decir nada más y que continuemos amigos como antes”.

-¡Bien! Eso es bastante frío y firme. No creo que lo dirás, y estoy segura de que él no se conformará si lo dices. Si persiste en sus ruegos como los amantes de las novelas, cederás para no ofenderle.

-¡No, no lo haré! Le diré que estoy resuelta, y saldré del cuarto con mucha dignidad.

Al decir esto, Meg se levantó, e iba a ensayar la salida majestuosa, cuando un paso en el vestíbulo la hizo correr a su silla y empezar a coser, como si se jugara la vida en acabar aquel dobladillo. Jo rió a hurtadillas del cambio repentino, y, cuando alguien llamó, abrió la puerta con una expresión que tenía muy poco de hospitalaria.

-Buenas tardes. Vine a buscar mi paraguas... es decir, para ver cómo está su padre hoy -dijo el señor Brooke, poniéndose algo nervioso al pasar su mirada de una hermana a la otra.

-Está muy bien en el paraguero; se lo traeré y le diré que está usted aquí -contestó Jo, y habiendo mezclado a su padre con el paraguas en su respuesta, Jo, se escapó de la sala al cuarto para dar a Meg la oportunidad de decir su discurso y lucir su dignidad.

Pero tan pronto como ella desapareció, Meg se acercó a la puerta murmurando:

-Mamá desearía verte. En seguida la llamaré.

-No te vayas. ¿Me tienes miedo, Meg? -y tan ofendido parecía el señor Brooke, que Meg pensó que había cometido alguna descortesía.

Se ruborizó hasta los pequeños bucles de su frente, porque nunca antes la había llamado Meg, y se sorprendió al observar cuán natural y dulce le parecía oírsele decir. Deseando parecer amistosa y serena, extendió la mano, y dijo agradecida:

-¿Cómo puedo tenerte miedo habiendo sido tan bueno con papá? Sólo querría darte las gracias por ello.

-¿Quieres que te diga cómo podrás dárme las? -repuso el señor Brooke, reteniendo la mano entre las suyas.

-¡Oh, no!, por favor; preferiría que no -dijo, tratando de retirar la mano.

-No te molestaré; no deseo más que saber si me quieres un poquito, Meg; ¡te quiero tanto, querida mía! -añadió tiernamente el señor Brooke.

Era el momento oportuno para el rechazo sereno y correcto, pero Meg no lo pronunció. Lo olvidó por completo, bajó la cabeza y respondió "no sé" tan suavemente, que John tuvo que bajar la cabeza para oír la respuesta.

A él le pareció una respuesta valiosa, porque sonrió para sí, como si estuviera satisfecho; estrechó la manecita regordeta y dijo con voz persuasiva:

-¿Quieres tratar de descubrirlo? Necesito mucho saberlo, porque no puedo trabajar con ánimo hasta saber si al fin voy a tener mi recompensa.

-Soy demasiado joven -balbuceó Meg, pensando por qué estaría tan perturbada.

-Esperaré, y entretanto podrías aprender a quererme. ¿Sería una lección muy difícil, querida mía?

-No; no, si quisiera aprenderla; pero...

-Hazme el favor de querer aprenderla, Meg. Me gusta enseñar, y esto es más fácil que el alemán -añadió John, apoderándose de la otra mano, de manera que ella no podía esconder la cara cuando él la buscaba para mirarla.

Su voz era suplicante; pero, mirándolo furtiva, Meg notó que sus ojos estaban alegres a la vez que tiernos y que sonreía como quien no duda del éxito. Esto la contrarió; las estúpidas lecciones de coquetería le vinieron a la memoria, y el amor del poder, que duerme en el seno aun de las tres mujercitas, se despertó de repente, tomando posesión de ella. Se sintió excitada y extraña, y, no sabiendo qué hacer, cedió a un impulso caprichoso; retirando las manos, dijo con aspereza:

-No lo deseo; hazme el favor de irte y dejarme en paz.

El pobre señor Brooke se quedó como si viera desplomarse de un golpe todo su hermoso castillo en el aire, porque jamás la había visto de tal humor, y no podía explicárselo.

-¿Quieres decir eso de veras? -preguntó ansiosamente.

-Sí, de veras; no deseo preocuparme por tales cosas. Papá dice que no debo hacerlo; es demasiado pronto.

-¿No puedo esperar que cambies de modo de pensar? Esperaré, y no diré nada hasta que hayas tenido más tiempo. No juegues conmigo, Meg. No pensé que lo harías.

-No pienses en mí para nada. Prefiero que no lo hagas -dijo Meg, gozando maliciosamente en probar la paciencia de su amante y su propio poder.

El estaba ahora serio y pálido, y decididamente se parecía más a los héroes de novelas que ella admiraba; pero no se golpeó la frente, ni fue y vino de un lado a otro del cuarto, como aquéllos solían hacer; se quedó sencillamente parado, mirándola de manera tan anhelante que ella comprendió que comenzaba a enternecerse a pesar suyo. No sé qué hubiera sucedido entonces de no haber entrado la tía March en momento tan interesante.

La anciana no había podido resistir el deseo de ver a su sobrino porque había encontrado a Laurie mientras daba un paseo en coche, y, al oír que el señor March había llegado, vino directamente a verlo.

Todas estaban ocupadas en la parte interior de la casa y ella había entrado sigilosamente, esperando tomarlos de sorpresa. La confusión que causó a dos de ellos fue tal, que Meg se sobresaltó como si hubiera visto un fantasma y el señor Brooke se escapó al estudio.

-¡Por mi vida! ¿Qué quiere decir esto? -gritó la anciana señora, golpeando el suelo con su bastón, según pasaba la vista del joven pálido a la señorita ruborosa.

-Es amigo de papá. ¡Me ha sorprendido tanto verla a usted! -balbuceó Meg.

-¡Ya se ve! ¡Ya se ve! -respondió la tía March, sentándose-. Pero, ¿qué está diciendo para que te pongas colorada como una peonía? Aquí hay algo y necesito saber -añadió, dando otro golpe con el bastón.

-No hacíamos más que hablar. El señor vino a buscar su paraguas -comenzó a decir Meg, deseando que Brooke y el paraguas estuvieran seguros fuera de la casa.

-¿Brooke? ¿El tutor de ese chico? ¡Ah! Ahora lo comprendo. Lo sé todo. Jo dejó escapar algunas palabras en una de las cartas de su padre, y la obligué a que me lo dijera todo. No lo habrás aceptado, niña -gritó la tía March, escandalizada.

-¡Chist! ¡Puede oír! ¿Quiere que llame a mamá?

-Todavía no. Tengo algo que decirte, y debo decir lo que pienso sin más espera. Dime, ¿tienes la intención de casarte con ese Brooke? Si lo haces no recibirás ni un penique de mi dinero. Acuérdate de ello y sé una muchacha razonable -dijo gravemente la anciana señora.

La tía March poseía a la perfección el arte de despertar el espíritu de oposición en las personas más apacibles y gozaba con hacerlo. Aun las personas mejores tienen algo de perversidad en ellas, sobre todo cuando son jóvenes y están enamoradas. Si la tía March hubiera pedido a Meg que aceptara a John Brooke, probablemente hubiera declarado que no pensaba hacer tal cosa; pero como le ordenaba de forma autoritaria que no lo quisiera, decidió que sí lo haría. Su propia inclinación, así como su rebeldía, facilitaron su decisión y, una vez excitada, Meg se opuso a la anciana con inusitada impulsividad.

-Me casaré con quien me plazca, tía March, y puede legar su dinero a quien guste -dijo.

-¡Santo cielo! ¿Así tomas mi consejo, señorita? Ya lo sentirás cuando hayas experimentado el amor en una cabaña y descubras el fracaso.

-No puede salir peor en cabaña de lo que sale en algunas casas grandes -respondió Meg.

La tía March se caló los anteojos y miró a la chica, porque no la reconocía de este humor nuevo. La misma Meg apenas se reconocía, ni se explicaba cómo se sentía tan valiente e independiente, tan feliz al defender a John y sostener su derecho de amarlo, si quería. La tía March notó que había dado un paso en falso, y, después de un rato, cambió de táctica diciendo con tanta suavidad como pudo:

-Vamos, Meg, hija mía, sé razonable, y acepta mi consejo. Lo hago por tu bien, porque no deseo que estropees toda tu vida por un error inicial. Debes casarte bien y ayudar a tu familia.

-Mis padres no piensan así; les gusta John aunque sea pobre.

-Hija mía, tu papá y tu mamá no tienen más conocimiento de la vida que dos recién nacidos.

-Me alegro -gritó Meg valerosamente.

La tía March no hizo caso de esta observación y continuó con su sermón:

-Brooke es pobre y no tiene parientes ricos, ¿verdad?

-No; pero tiene muchos amigos sinceros.

-No se puede vivir de los amigos; inténtalo y verás a dónde llega su sinceridad. ¿No tiene algún negocio?

-Todavía no; el señor Laurence va a ayudarlo.

-Eso no durará mucho; James Laurence es un viejo atravesado con quien no hay que contar, De modo que vas a casarte con un hombre sin dinero, sin posición o negocio, y vas a continuar trabajando más duramente que ahora, cuando podrías vivir holgadamente haciéndome caso y obrando con más prudencia. Creí que tenías más sentido común, Meg.

-¡No podría casarme mejor aunque esperara la mitad de mi vida!

John es bueno y prudente; tiene mucho talento; quiere trabajar y es seguro que prosperará. Todos lo quieren y respetan; estoy orgullosa de pensar que me quiere, aunque soy tan pobre, joven y tonta -dijo Meg, embellecida por el ardor con que hablaba.

-¿Sabe que tienes parientes ricos, niña? Sospecho que ese es el secreto de su amor.

-Tía March, ¿cómo se atreve a decir tales cosas? John es incapaz de tal conducta, y no la escucharé un minuto más si habla así -gritó Meg con indignación, olvidándolo todo ante la injusticia de las sospechas de su tía-. Mi John no se casaría por dinero, como yo tampoco. Estamos dispuestos a trabajar y pensamos esperar. No tengo miedo de ser pobre, porque hasta aquí he sido feliz y sé que lo seré con él, porque me ama y yo... -Al llegar aquí Meg se detuvo acordándose de repente que no se había decidido; que había dicho a “su John” que se fuese, y que él podría estar oyendo sus inconsecuentes observaciones.

La tía March estaba enojadísima porque había acariciado la ambición de que su hermosa sobrina se casara bien, y algo en la cara alegre y joven de la chica la entristeció.

-¡Bueno, me lavo las manos de todo el asunto! ¡Eres una niña terca y has perdido más de lo que imaginas! por esta locura. No, no me detengo; me he llevado un chasco contigo y no estoy con ánimo de ver a tu padre. No esperes nada de mí cuando te cases; los amigos de tu señor Brooke tendrán que ocuparse de ti. Todo ha terminado entre nosotras para siempre.

Y dando a Meg con la puerta en las narices, la tía March se fue en su coche con un humor de perros. Meg permaneció un momento sin saber si reír o llorar. Antes de que pudiera decidirlo, el señor Brooke se apoderó de ella, diciéndole de un tirón:

-No pude evitar oírte, Meg. Te agradezco la defensa que hiciste de mí, y agradezco a la tía March por haber probado que me quieres un poquito.

-No supe cuánto hasta que ella te insultó -dijo Meg.

-Y no necesito irme, sino que puedo quedarme y ser feliz, ¿no es verdad, querida mía?

Aquí se presentaba otra ocasión excelente para hacer el discurso abrumador y la salida majestuosa, pero Meg no pensó en tal cosa y se rebajó para siempre a los ojos de Jo, murmurando humildemente: “Sí, John”, y escondiendo la cara en el chaleco del señor Brooke.

Quince minutos después de la salida de la tía March, Jo bajó en silencio, la escalera, se detuvo un minuto en la puerta de la sala y al no oír ningún sonido dentro, meneó la cabeza, y sonrió satisfecha, diciendo para sí: “Te ha despedido, como habíamos arreglado, y ese asunto está terminado. Voy a oír la historia y a reírme bien”.

Pero la pobre Jo no se rió, porque lo que vio desde la puerta la dejó paralizada y boquiabierta. Cuando esperaba triunfar sobre un enemigo vencido y alabar a una hermana enérgica por haberse librado de un novio indeseable, fue un choque tremendo ver al mencionado enemigo tranquilamente sentado en el sofá, con la hermana enérgica pegadita a su lado, con el aspecto de la más completa sumisión. Jo se estremeció como si le hubiera caído un chorro de agua fría.

Al extraño sonido se volvieron y la vieron. Meg se levantó, pareciendo a la vez orgullosa y tímida; pero “ese hombre”, como Jo lo llamaba, tuvo la osadía de reír y decir tranquilamente, tomando la mano de la recién llegada:

-Hermana Jo, felicítanos,

Esto era añadir un insulto a la injuria; era demasiado; y haciendo un movimiento brusco con las manos, Jo desapareció sin decir una palabra. Al subir la escalera asustó a los enfermos, exclamando trágicamente:

-¡Que alguien baje pronto! ¡John Brooke se porta horriblemente y a Meg le gusta!

Los padres salieron rápidamente, y echándose sobre la cama, Jo sollozó y se lamentó desesperadamente al contar la terrible noticia a Beth y Amy, Pero las niñas estaban encantadas con el interesante acontecimiento, y Jo recibió poco consuelo de ellas, por lo cual se fue a su refugio de la boardilla y confió sus penas a los ratones.

La campana sonó para el té antes de que Brooke hubiese acabado de describir el paraíso que se proponía crear para Meg, y la condujo con mucho orgullo a la mesa, pareciendo ambos tan felices, que Jo no pudo tener celos o estar triste. Amy estaba muy impresionada por la devoción e John y la dignidad de Meg. Beth les sonreía de lejos, mientras los padres miraban a la joven pareja con tan tierna satisfacción, que era evidente que la tía March tenía razón al decir que “ellos no tenían más conocimiento de la vida que dos recién nacidos”. Nadie comió mucho, pero todos estuvieron muy alegres, y la vieja sala pareció iluminarse de una manera asombrosa al empezar en ella el primer episodio romántico de la familia.

-No dirás que nunca pasa nada agradable -dijo Amy.

-Seguro que no lo digo. ¡Cuántas cosas sucedieron desde que lo dije!

-¡Parece que hace un año! -susurró Meg.

-Esta vez las alegrías siguen de cerca a las tristezas y creo que los cambios han comenzado -dijo la señora March-. En la mayoría de las familias, aparece de vez en cuando un año fecundo en acontecimientos.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Espero que el año próximo terminará mejor -murmuró Jo, que encontraba muy difícil ver a Meg absorta con un extraño en su misma casa.

-Espero que el tercer año después de éste terminará mejor; me propongo que así sea si vivo para realizar mis proyectos -dijo el señor Brooke, sonriendo a Meg, como si todo ahora fuera posible para él.

-¿No les parece mucho tiempo para esperar? -preguntó Amy, que tenía prisa por ver la boda.

-Tanto tengo que aprender antes de estar preparada, que me parece muy poco tiempo -respondió Meg con tal dulce gravedad, como no se viera antes en su cara.

-Tú no tienes más que hacer que esperar. Yo soy quien ha de trabajar -dijo John, comenzando por recoger la servilleta de Meg con una expresión que hizo a Jo sacudir la cabeza y decirse a sí misma, con aire aliviado, al oír sonar la puerta principal.

-Ahí está Laurie; ahora podremos conversar razonablemente.

Pero Jo se llevó un chasco, porque Laurie entró saltando de alegría, con un gran ramo de flores para “la señora de John Brooke”, y evidentemente ilusionado con la idea de que todo se había arreglado por su buena intervención.

-Sabía que Brooke triunfaría; cuando decide que una cosa se realice, se realiza -dijo Laurie, cuando hubo presentado su obsequio y sus felicitaciones.

-Muchas gracias por esa recomendación. Lo tomo como buen presagio del futuro, y desde este mismo momento te invito a mi boda -respondió el señor Brooke, que se sentía en paz con todos, aun con su travieso discípulo.

-Asistiré, aunque tenga que venir del fin del mundo, porque para ver la cara de Jo en esa ocasión valdrá la pena el viaje. No pareces muy alegre; ¿qué te pasa? -preguntó Laurie, siguiéndola a un rincón de la sala, donde todos habían ido a recibir al señor Laurence.

-No apruebo la boda, pero he decidido soportarla y no diré nada en contra -dijo Jo-. No puedes comprender lo duro que es para mí renunciar a Meg.

-No renuncias a ella. Solamente vas a medias con él.

-Nunca puede ser lo mismo. He perdido a mi amiga más querida -suspiró Jo.

-De todas maneras, me tienes a mí. No valgo mucho, ya lo sé; pero te seré fiel toda mi vida; te doy mi palabra.

-Sé que lo serás y te estoy muy agradecida. Siempre eres un gran consuelo para mí, Teddy -respondió Jo.

-Bueno, ahora no estés triste, sé un buen camarada. Todo está bien, ya lo ves. Meg es feliz; Brooke se apresurará a establecerse inmediatamente; mi abuelo lo ayudará, y ¡qué alegre será ver a Meg en su propia casita! Después que ella se vaya, pasaremos días magníficos, porque yo terminaré pronto mis estudios, y entonces iremos al extranjero. ¿No te consolaría eso?

-¡Vaya si me consolaría! Pero quién sabe lo que sucederá dentro de tres años -dijo Jo pensativamente.

-¡Es verdad! ¿No te gustaría poder echar una mirada al porvenir y ver dónde estaremos entonces? A mí sí.

-Creo que no, porque podría ver algo triste y todos parecen tan felices ahora que no podrá mejorarse mucho.

Los ojos de Jo recorrieron lentamente la sala con expresión feliz, porque la escena era muy agradable.

Los padres estaban sentados juntos, rememorando el primer capítulo de su novela, que comenzara unos veinte años atrás. Amy dibujaba a los novios, sentados aparte, en el mundo encantador de sus sueños.

Beth estaba echada en el sofá, hablando alegremente con su anciano amigo, que tenía una manecita entre las suyas, como si pensara que poseía el poder de guiarlo por las sendas tranquilas que ella seguía. Jo descansaba en su silla baja favorita, con la expresión grave y tranquila que concordaba tan bien con ella, y Laurie, apoyándose en el respaldo de la silla, con su barba a nivel de la cabeza rizada de su amiga, sonreía con su modo más amistoso, y le hacía señas con la cabeza en el espejo que los reflejaba a ambos.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XXIV

CHISMECITOS

Para retomar nuestra historia y poder asistir al casamiento de Meg con conocimiento de las cosas conviene primero ponernos al día con las noticias de los March, para enterarnos de toda la chismografía del caso. Creo probable que algunas personas mayores piensen que hay demasiado “amor” en el relato (ni por un momento se me ocurre que los jóvenes verán en ello inconveniente) pero, de acuerdo con la señora de March, sólo puedo decirles: “¡Qué se puede esperar con cuatro muchachas alegres en la casa y viviendo enfrente un vecino joven, elegante y lleno de bríos!...”

Han pasado tres años y son pocos los cambios ocurridos en la modesta familia. Ha terminado la guerra y el señor March está de vuelta en el seguro puerto de su hogar, ocupándose de sus libros y de su pequeña parroquia, que encuentra en él al verdadero pastor, por naturaleza y por gracia de Dios.

Por lo tanto, pese a su pobreza y a su rigurosa integridad, que le vedaron los éxitos más mundanos, aquellos atributos atrajeron junto al señor March a mucha gente admirable, con la misma naturalidad con que las hierbas dulces atraen a las abejas. Y con igual naturalidad les dio él la miel destilada en cincuenta años de dura experiencia, sin que se colase una sola gota de acíbar.

Para los de afuera parecían gobernar la casa las cinco enérgicas mujeres, y así era efectivamente en muchas cosas, pero aquel hombre tranquilo, estudioso, sentado entre sus libros, seguía siendo el jefe de la familia, la conciencia hogareña, el ancla, el consuelo. Era hacia él a quien se volvían en momentos difíciles las mujeres de su hogar atareadas o inquietas, según el caso, encontrándolo siempre, en el estricto cumplimiento de esas misiones sagradas: marido y padre.

Las chicas entregaban a su madre el corazón y a su padre el alma, y a ambos, que vivían y bregaban por ellas con tanta firmeza, les daban un amor que crecía igual que ellas y las ligaba con lazos de esa ternura que es bendición para la vida y que sobrevive a la muerte.

La señora de March está tan ágil y animosa como la vimos la última vez, aunque con su cabeza más cana. Por el momento la tienen tan absorbida los asuntos de Meg que los hospitales y los sanatorios, todavía llenos de soldados heridos, extrañan decididamente las visitas maternas de esta misionera voluntaria.

En cuanto a Juan Brooke, el novio de Meg, cumplió como hombre su deber militar durante un año, lo hirieron y fue enviado a su casa, no volviéndosele a permitir que regresara a luchar. No recibió medallas, ni estrellas, ni barretas, habiéndoselas merecido, sin embargo, por haber arriesgado animosamente cuanto tenía; y muy preciosos que son el amor y la vida cuando están en pleno florecimiento. Completamente conforme con su licenciamiento, se dedicó a restablecerse y a prepararse para el trabajo que había de darle los medios de ganar un hogar para Meg. Con el buen sentido y la firme independencia que siempre lo caracterizaron, rehusó los ofrecimientos más generosos que le hiciera el señor Laurence, aceptando únicamente el puesto de tenedor de libros, pues le daba mucha más satisfacción comenzar con un sueldo ganado con honestidad que aventurarse a correr riesgos con dinero prestado.

Por su parte, Meg había pasado trabajando el tiempo de la espera, desarrollando su carácter de mujer y adquiriendo sabiduría en las artes domésticas. Y poniéndose cada día más bonita, pues no hay duda que el amor es un gran embellecedor. Como tenía sus ambiciones juveniles y las esperanzas típicas de toda muchacha, sintió algún desencanto al ver el humilde tren en que debían comenzar su nueva vida. Eduardo Moffat se acababa de casar con Sarita Gardiner, y la pobre Meg no podía dejar de comparar la hermosa casa y el carruaje de ellos, los muchos regalos que recibieron y sus espléndidos ajuares con los modestísimos suyos. Secretamente, deseaba haber podido tener lo mismo, pero sin saber cómo, el asomo de envidia y de descontento pronto se desvanecieron al pensar cuánto amor y trabajo paciente había puesto su Juan para ofrecerle la pequeña casita que le esperaba. Cuando el crepúsculo los encontraba juntos, hablando de sus proyectos, por modestos que fuesen, el porvenir se le aparecía siempre tan lindo y lleno de luz que Meg se olvidaba de Sally y sus esplendores y se sentía la muchacha más rica y feliz de toda la cristiandad.

En lo que a Jo se refiere, no tuvo que volver a casa de la tía March, pues la anciana le tomó tal afición a Amy que la sobornó con el ofrecimiento de lecciones de dibujo con uno de los mejores profesores del momento. Por esa ventaja en perspectiva, Amy hubiera servido a patronas aún más severas que tía March. Así, pues, Amy dedicaba las mañanas al trabajo, las tardes a las diversiones, y le iba muy bien con ese sistema. Entretanto, Jo se dedicaba a la literatura y a Beth, que había seguido delicada mucho tiempo después que su fiebre pasara a la historia. Sin estar propiamente enferma, no fue ya nunca la chiquilla rosada y sana que había sido antes; no le faltaba nunca ánimo, sin embargo, y se ocupaba de las pequeñas tareas domésticas, que adoraba; era amiga de todo el mundo, el ángel de la casa, aun mucho antes de darse cuenta de ello aquellos que más la querían.

Mientras “El Águila Desplegada” le pagó un dólar por columna sus “tonterías”, como ella las llamaba, Jo se sintió rica y siguió tejiendo con gran diligencia sus romances. Pero en la cabeza le bullían grandes proyectos y en la vieja cocinita de lata de la bohardilla seguían amontonándose despacito los manuscritos garabateados que habían de colocar un día el nombre de March en el cartel Ce la fama.

¿Y qué había sido de Laurie? Una vez que satisfizo los deseos de su abuelo ingresando en la universidad, ahora lo pasaba allí lo mejor posible para cumplir consigo mismo. Mimado por todo el mundo a causa de su dinero, sus excelentes modales y su mucho talento y el más bondadoso de los corazones, corrió gran peligro de echarse a perder, lo que hubiese ocurrido con toda seguridad a no ser por el talismán que poseía el chico contra todo mal: el recuerdo del bondadoso anciano que tanto tenía que ver en sus éxitos, y de aquella maternal amiga que velaba por él como si se tratara de su propio hijo. Y en último término -aunque en manera alguna el menos importante- el saber que cuatro muchachas inocentes lo querían, admiraban y creían en él con todo su corazón.

Siendo un ser humano -aunque de la raza de los “gloriosos”- era muy natural que se divirtiera, flirteara, se vistiera de “petimetre” y le diera por seguir la moda universitaria al pie de la letra, ya fuese acuática, sentimental o deportiva, según la época, aprendiendo y practicando al dedillo la jerga estudiantil y poniéndose más de una vez en serio peligro de sufrir suspensiones y aun la expulsión. Pero como las causas de estas travesuras no eran sino el buen humor y el afán de broma, siempre se salvaba y salía del paso mediante la confesión franca, la reparación honorable, o aquel irresistible poder de persuasión que poseía a la perfección. A decir verdad, casi se enorgullecía de sus “escapadas” y le gustaba deslumbrar a las chicas con gráficos relatos de sus triunfos con preceptores enfurecidos, dignísimos profesores y enemigos vencidos. Los “hombres de mi clase” eran héroes a los ojos de las chicas, que nunca se cansaban de las proezas de “nuestros tipos”, permitiéndole a menudo regodearse con las sonrisas de esos superhombres cuando Laurie los traía a quedarse en su casa.

La que más disfrutaba de este alto honor era naturalmente Amy, quien llegó a ser la “niña bonita” del grupo, ya que la señorita aprendió bien pronto a darse cuenta del don de fascinación de que estaba bien dotada. Meg hallábase demasiado absorbida por su muy particular y especialísimo Juan como para ocuparse de ningún otro señor de la creación y Beth era demasiado tímida para animarse a hacer otra cosa que echarles una mirada y maravillarse de que Amy se atreviese a darles órdenes y mandarlos de aquí para allá; en cuanto a Jo, estaba con ellos en su elemento y le era muy difícil refrenarse y no imitar sus modales, sus actitudes varoniles, sus frases y sus hazañas, todo lo cual le parecía a ella más natural que las decorosas actitudes prescriptas para las señoritas. A todos ellos gustaba Jo muchísimo, pero ninguno se enamoró de ella, mientras que fueron pocos los que pudieron escaparse de pagar el tributo de un suspiro sentimental ante el altar de Amy.

Hablando de cosas sentimentales, tenemos que dirigirnos, con toda naturalidad, al “Palomar”.

Así se llamaba la casita de color pardo que el señor Brooke había preparado como primer hogar de Meg. Así la había bautizado Laurie, encontrando ese nombre muy apropiado a los gentiles enamorados que “andaban juntos como un casal de palomos”. Era una casita minúscula, con un

jardincillo al fondo y un pradito de césped al frente poco más grande que un pañuelo. Ahí quería Meg tener con el tiempo una fuente, macetos de arbustos y gran profusión de hermosas flores, aunque por ahora la fuente estuviese representada por un jarrón cachado que se parecía muchísimo a una palangana desgastada, los arbustos por unos alerces enclenques y la profusión de flores reducida a un regimiento de palitos para mostrar el sitio donde se habían plantado las semillas. Adentro, sin embargo, todo era un encanto y la novia feliz no encontraba falta alguna del altillo a la bodega. Es cierto que el hall era tan angosto que no dejaba de ser una suerte que no tuviesen piano, ya que nunca hubiese entrado allí uno entero; el comedor, tan chico que apenas cabían seis personas, y las escaleras de la cocina parecían hechas a propósito para precipitar a los sirvientes y la vajilla en montón hasta la carbonera. Una vez salvados estos inconvenientes, nada podía ser más completo que aquella casita, pues el buen sentido y el gusto habían regido en la elección de los muebles y enseres y el resultado era altamente satisfactorio. En la salita no había ni mesas de tapa de mármol, ni largos espejos, ni cortinas de encaje, sino muebles sencillos, muchos libros y uno que otro buen cuadro, un arriate de flores en la ventana, y desparramados por todas partes los bonitos regalos enviados por manos amigas.

No creo que la estatua de mármol de Paros -regalo de Laurie- perdiese un átomo de su belleza porque Juan hubiese hecho una repisa para colocarla, ni que tapicero alguno pudiese haber arreglado con más gracia las simples cortinas de muselina que la mano artística de Amy. Y doy mi palabra de honor que ninguna cocina pudo estar más cómoda y prolija que la que Ana arregló cambiando cada cacerola de sitio veinte veces y aun preparando el fuego para que lo encendiese “la señora de Brooke” al minuto de entrar en su casa. También dudo que ninguna señora joven comenzase su vida de casada con una provisión tan rica de repasadores, plumeros, agarraderas y bolsas de retazos, pues Beth le hizo tantos a Meg como para durarle hasta las bodas de plata.

La gente que manda hacer o compra todas estas cosas no sabe lo que se pierde, pues las tareas más humildes parecen hermosas si se hacen con mano cariñosa, y Meg encontró una amplia prueba de ello, pues todas las cosas de su nidito, desde el palote de la cocina hasta el florero de plata de la mesa de la sala, eran testimonios elocuentes de amor al hogar y de tierna providencia.

¡Cómo se divirtieron haciendo proyectos!... ¡Y qué solemnes excursiones de compras!... ¡qué errores tan divertidos cometieron y qué carcajadas ruidosas festejaban los ridículos “descubrimientos” de Laurie!... En su afición a las bromas, ese caballerito, aunque ya a punto de salir de la universidad, era tan niño como antes. Su última “chifladura” había sido traer todas las semanas algún artículo nuevo, ingenioso y útil para la joven ama de casa. Un día era una bolsa de notables broches para la ropa, el siguiente un maravilloso rallador de nuez moscada que se desintegraba a la primera prueba, un limpiacuchillos que dañó todos los de la casa o una barredora que arrancaba los pelos de las alfombras y dejaba la suciedad; un jabón que ahorrraba trabajo pero destrozaba la piel de las manos, pegatodos infalibles que no se adherían a otra cosa que los dedos de los ilusos compradores y toda suerte imaginable de artículos de lata, desde un alcancía para monedas sueltas hasta una caldera mágica que lavaba las cosas en su propio vapor, con todas las perspectivas de estallar en la operación.

Era inútil que Meg le rogara:

-¡Basta!..., que John se riera de él y que Jo lo llamase “Don Descubrimiento”. Le había atacado la manía de favorecer la inventiva yanqui. De modo que cada semana era testigo de un nuevo absurdo.

Por fin todo estuvo terminado, hasta el detalle de los jabones de distintos colores arreglados por Amy para hacer juego con la decoración de los cuartos y la mesa tendida por Beth para la primera comida.

-¿Estás satisfecha? ¿Te da la impresión de hogar? -preguntó la señora de March recorriendo con Meg las dependencias del nuevo y pequeño reino del brazo las dos, pues en ese momento madre e hija parecían más estrechamente ligadas que nunca.

-Sí, mamá, completamente satisfecha, ¡gracias a todos ustedes! Y tan feliz que ni siquiera puedo hablar -respondió Meg.

-Si tuviese una o dos sirvientas sería perfecto -observó Amy saliendo de la sala, tratando de decidir dónde quedaba mejor el Mercurio de bronce, si en la chimenea o en la rinconera.

-Mamá y yo hemos hablado ya del asunto y me he decidido a probar primero su idea: habrá tan poco que hacer que bastará con Lotty para los mandados y ayudarme en algunas cosas, de modo que tenga yo sólo el trabajo suficiente como para librarme de la holganza y de extrañarlos a todos -respondió Meg.

-Sarita Moffat tiene cuatro... -comenzó Amy.

-Si Meg tuviese cuatro sirvientes no cabrían en la casa y el señor y la señora tendrían que acampar en el jardín -interrumpió Jo, quien, envuelta en un gran delantal, daba el último toque a los bronce de las puertas.

-Sarita no es la esposa de un hombre pobre y las muchas mucamas están de acuerdo con su hermosa mansión. Meg y Juan comienzan modestamente, pero tengo la impresión de que habrá tanta o más felicidad en la casita chica como en la grande. Es un error que a las muchachas jóvenes como Meg no les quede otra cosa que hacer que vestirse, dar órdenes y chismorrear. Recién casada, yo estaba deseando que se gastase mi ropa nueva o que se rompiese, así podía remendarla porque me harté de hacer bordaditos -dijo la señora March.

-¿Por qué no ibas a la cocina y ensayabas “comistrajos”, como hace Sally para divertirse, aunque nunca le salen bien y las sirvientas se ríen de ella? -apuntó Meg.

-Lo hice, después de un tiempo, pero no para ensayar “comistrajos”, sino para aprender a hacer las cosas bien y que los sirvientes no tuviesen que reírse de mí. Entonces era sólo un juego, pero día llegó en que agradecía tener conocimiento para cocinar alimentos sanos para mis hijitas y hacer mi trabajo cuando ya no pude pagarme servidumbre alguna. Tú, Meg, comienzas al extremo opuesto, pero las lecciones que ahora aprendas te serán útiles más adelante cuando Juan sea más rico, pues una dueña de casa, por opulenta que sea, debe saber cómo se hace el trabajo si quiere que la sirvan bien y no le birlen el dinero.

-Sí, mamá, de eso estoy segura -dijo Meg, escuchando respetuosamente esta pequeña homilía-. ¿Saben que éste es el cuarto que más me gusta en mi casita de muñecas? -añadió Meg poco después, cuando subieron al piso alto, y echando una ojeada a su bien provisto placar de ropa blanca.

Allí estaba Beth arreglando las blanquísimas pilas con gran prolijidad en los estantes y deleitándose con el hermoso despliegue. Las tres soltaron la risa al oír a Meg, pues el placar de la ropa blanca era ya una broma clásica, pues la tía March se había valido de un truco para mandar hacer y marcar con iniciales una abundante provisión de ropa de cama y de mesa y enviarla como regalo de la tía Carrol. Pero el secreto se supo, divirtiendo mucho a la familia, pues la tía March trataba de hacerse la desentendida, insistiendo en decir que no podía regalar otra cosa que las perlas antiguas, prometidas desde tiempo atrás a la primera novia.

-He aquí un gusto muy femenino que me complace mucho ver en ti como ama de casa. Yo tenía una amiga joven que comenzó su vida de hogar con seis sábanas, pero en cambio tenía bol para la fruta para cuando tuviese visitas, y eso la satisfacía plenamente -observó la señora de March pasando la mano por los manteles de damasco.

-Lo que soy yo, no tengo un solo bol para la fruta, pero este ajuar, según Ana, me durará por el resto de mis días.

-Ahí viene “Don Descubrimiento” -anunció Jo desde abajo; y todas bajaron a saludar a Laurie, cuyas visitas semanales eran un acontecimiento importante en sus sencillas vidas.

Un fornido muchacho alto, de hombros anchos, pelo cortado al rape, una palangana de fieltro por sombrero y saco muy suelto venía por el camino a gran velocidad, saltaba el cerco sin pararse a abrir la verja, y se dirigía derecho a la señora de March con ambas manos extendidas y un cordial saludo:

-¡Aquí estoy, madre! ¡Todo bien!...

La última frase correspondía a la mirada que le había dirigido la señora, mirada bondadosa e inquisitiva, que los hermosos ojos del muchacho enfrentaron con tanta franqueza que la pequeña ceremonia terminó, como de costumbre, con un beso maternal.

-Para la señora de Brooke, con las felicitaciones del fabricante. ¡Dios te bendiga, Beth querida!... ¡Qué espectáculo reconfortante eres, Jo!... Amy, te estás poniendo demasiado bonita para una sola persona...

Mientras hablaba, Laurie entregaba un paquete a Meg, tiraba del moño del pelo de Beth, fijaba la vista en el delantal de Jo y caía en burlona actitud de éxtasis ante Amy. Luego estrechó la mano a todo el mundo y comenzaron a hablar.

-¿Dónde está Juan? -preguntó inquieta Meg.

-Se detuvo a buscar la licencia para mañana, señora mía.

-¿Quién ganó el último partido? -preguntó Jo, que persistía en interesarse por los deportes varoniles, pese a sus diecinueve años.

-Nosotros, naturalmente. ¡Ojalá hubieras estado allí para verlo!...

-¿Cómo está la bella señorita de Randal? -preguntó Amy.

-Más cruel que nunca. ¿No ven cómo me estoy quedando en los huesos? -respondió Laurie con una sonora palmada en el ancho pecho y un melodramático suspiro.

-¿Cuál es la última broma? Abre el paquete y veámoslo, Meg -dijo Beth espiando curiosamente el abultado envoltorio.

-Es algo muy útil para tener en la casa en caso de incendio o de robo -apuntó Laurie al aparecer a la vista una matraca de sereno, que recibieron con grandes risas las cuatro chicas.

-Cualquier día que Juan no esté en casa y doña Meg se asuste no tiene más que agitar esto sacándolo por la ventana y en un periquete se despertará todo el vecindario. Lindo ¿no? -añadió el pícaro muchacho dando una muestra del poderoso despertador. Todos se taparon los oídos.

-¡Vaya manera de agradecerle a uno!... Y hablando de agradecimiento: bien le puedes agradecer a Ana haber salvado tu torta de bodas de la destrucción, pues la traían cuando ya entraba, y si ella no la hubiese defendido con tanta valentía le hubiera picoteado con toda seguridad, pues parecía formidable.

-¡Cuándo crecerás, Laurie!... -observó Meg con tono de matrona.

-Hago lo posible, señora, pero no creo que pueda adquirir más estatura, pues 1,90 metros es todo lo que se puede pretender en esta época de decadencia -respondió el caballero, cuya cabeza llegaba casi a la araña de la sala.

-Me imagino que sería una profanación comer en esta flamante tacita de plata, así que como tengo un hambre imponente propongo un traslado -añadió poco después.

-Mamá y yo vamos a esperar a Juan, pues todavía quedan unas últimas cosas por resolver contestó Meg retirándose muy atareada.

-Beth y yo nos vamos a casa de Kitty Bryant a buscar más flores para mañana -agregó Amy probando el efecto de un sombrero muy pintoresco sobre sus rizos igualmente graciosos y disfrutando del resultado como todos los demás.

-Vamos, Jo, no abandones a este pobre individuo. Estoy en tal estado de agotamiento que me es imposible llegar a casa sin ayuda. No te saques ese delantal por nada del mundo: es estupendamente sentador -le dijo Laurie al quitarse Jo el delantal, que era la especial aversión de Laurie, ofreciéndole al muchacho el brazo para guiar sus débiles pasos.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Bueno. Teddy, ahora tenemos que hablar muy seriamente de mañana -comenzó a decir Jo al salir juntos caminando-. Tienes que prometerme que no harás ninguna diablura que eche a perder nuestros proyectos.

-Ni una sola diablura... ¡Prometido!

-Y no digas disparates divertidos cuando corresponda estar serio.

-Yo nunca hago eso... Tú eres buena para esas cosas.

-Y te imploro que no me mires durante la ceremonia, pues con toda seguridad soltaré la risa...

-Ni siquiera me vas a ver durante la ceremonia... Vas a llorar tanto que te ocultarán las lágrimas toda la perspectiva.

-Sabes muy bien que nunca lloro... a menos que suceda una desgracia.

-¿Tal como que un tipo se vaya a la universidad?... -interrumpió Laurie con una risita burlona.

-No seas presuntuoso... Sólo me lamenté un poquito para acompañar a las chicas.

-¡Claro!... ¡Naturalmente!... Dime, Jo, ¿cómo está abuelo esta semana? ¿Amable?

-Muy amable. ¿Por qué preguntas eso? ¿Te has metido en algún lío y quieres saber cómo lo va a tomar? -preguntó Jo suspicaz.

-¡Vamos, Jo!... ¿Me crees capaz de mirar a tu madre a los ojos y decirle: Todo bien, si de veras no fuese así? -Y Laurie interrumpió la marcha con aire ofendido.

-No. No lo creo.

-Entonces no seas desconfiada. Solamente quiero pedirle dinero -dijo Laurie ya apaciguado por el tono sincero de Jo.

-Gastas mucho, Teddy.

-Bendita muchacha, yo no lo gasto, se gasta solo. No sé cómo, pero cuando me acuerdo, ya ha desaparecido todo lo que tenía.

-Eres tan generoso y de corazón tan tierno que dejas que la gente te pida prestado y no sabes decir que no a nadie. Nos enteramos del asunto de Henshaw y todo lo que hiciste por él. Si siempre gastaras el dinero de ese modo nadie podría reprochártelo -expresó Jo con mucho calor.

-¡Oh!... Henshaw le dio demasiada importancia a la cosa. ¡No iba a dejar que ese tipo estupendo se matase trabajando por falta de algo de ayuda cuando vale él solo más que una docena de nosotros, que somos unos zánganos!... ¿Verdad que tú misma no hubieras querido eso?

-¡Claro que no!... Pero no veo para qué tienes que poseer en tu guardarropa diecisiete chalecos, no sé cuántas corbatas y un sombrero nuevo cada vez que vienes a tu casa. Creía que ya te habías curado de tu fiebre de “dandysmo”, pero a cada rato veo un nuevo brote. La moda de ahora es estar horrible. Si fuera una fealdad barata yo no diría nada, pero cuesta igual que la moda linda, y por mi parte no saco de ella ninguna satisfacción.

Laurie echó la cabeza hacia atrás y se rió con tantas ganas de semejante ataque que se le cayó la palangana de fieltro y Jo la pisó, episodio que le dio a Laurie la oportunidad de explayarse sobre las ventajas de la ropa simple y recia.

-No me sermonees más, ¿eh, Jo?... Bastante tengo toda la semana y quiero divertirme cuando vengo a casa. Mañana me voy a vestir como la gente, sin fijarme en gastos, y te aseguro que seré una verdadera satisfacción para mis amigos.

-Te dejaría en paz si al menos te dejaras crecer el pelo. Sabe Dios que no tengo airetes aristocráticos, pero pongo objeción a ser vista con un tipo que parece un boxeador -observó Jo con severidad.

-Este estilo modesto anima a estudiar: por eso lo adoptamos -replicó Laurie-. Y entre paréntesis, Jo, creo que el petiso Parker se está volviendo loco por Amy. Habla de ella todo el día, le escribe poemas y está en la luna la mayor parte del tiempo. Sería mejor que desterrara esa pasioncita, ¿no te parece? -añadió Laurie en tono confidencial de hermano mayor después de un minuto de silencio.

-Naturalmente... Nada de casamientos en la familia por varios años. ¡Dios de mi vida!... ¿Qué están pensando estos niños? -exclamó Jo tan escandalizada como si Amy y Parker tuvieran doce años.

-Es una época de gran rapidez y no sé a dónde vamos a parar, señora. Tú no eres más que una criatura, pero serás la próxima en irte, Jo, y nos dejarás de duelo -dijo Laurie sacudiendo la cabeza al pensar en la degeneración de la época.

-No te alarmes; no soy del tipo de las que gustan. Nadie me va a querer, y es una suerte que así sea, pues es preciso que haya una solterona en todas las familias.

-Tú no le das oportunidad a nadie -dijo Laurie con una mirada de soslayo y algo más de color que antes en su rostro curtido por el sol-. Nunca muestras el lado dulce de tu carácter y si algún tipo lo descubre accidentalmente y no puede evitar demostrarte que le gustas, lo tratas como aquella señora Gummidge trataba a su novio: le echas agua fría y te pones tan espinosa que nadie puede ni siquiera acercarse.

-No me gustan esas cosas; estoy demasiado atareada para preocuparme de pavadas y me parece terrible romper de esa manera las familias. Ahora pórtate bien y no digas más nada; el casamiento de Meg nos ha hecho perder la cabeza y no hablamos más que de amor y otros absurdos parecidos. Como no quiero enojarme, será mejor que cambiemos de tema. -Y Jo parecía muy dispuesta a arrojar agua fría a la menor provocación.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Fueran cuales fueren sus sentimientos, Laurie les dio salida con un largo silbido por lo bajo y una tímida predicción lanzada cuando se separaron en la puerta:

-Acuérdate de lo que te digo, Jo... Tú serás la próxima en irte.

CAPÍTULO XXV

EL PRIMER CASAMIENTO

Las rosas de junio del porche despertaron bien temprano aquella mañana, regocijándose con el sol, que brillaba en un cielo sin nubes, como vecinos y amigos que eran en realidad. Rojas de emoción se balanceaban al viento, susurrándose unas a otras lo que habían visto, pues algunas se asomaban por las ventanas del comedor, donde estaba preparada la comida, mientras que otras subían para inclinarse ante las hermanas y sonreírles, en tanto vestían a la novia.

La propia Meg no parecía sino una rosa más, pues todo lo mejor y más dulce de su corazón parecía florecer ese día en su carita, haciéndola hermosa y tierna, con un encanto más bello aún que la belleza. No quiso saber nada de sedas, ni de encaje, ni de azahares. “No quiero parecer rara o artificial en un día como hoy -decía-. No quiero una boda fastuosa ni a la moda, sino simplemente quiero tener a los que amo a mi alrededor y para ellos parecer y ser la misma de siempre.”

Así, pues, ella misma se hizo el traje de novia, cosiendo en él puntada a puntada las tiernas esperanzas y romances inocentes de su joven corazón. Sus hermanas le trenzaron los bonitos cabellos y los únicos adornos que llevó fueron los muguets o lirios del valle, que a “su John” gustaban más que ninguna otra flor.

-De veras que estás exactamente como nuestra querida Meg de siempre, sólo que tan dulce y bonita que te abrazaría si no fuese por no arrugarte el vestido -exclamó Amy contemplándola encantada cuando la “toilette” estuvo terminada.

-Entonces estoy satisfecha. Pero por favor, deseo que me abracen y besen todo lo que quieran sin preocuparse de mi vestido.

Y Meg abrió los brazos a sus hermanas, que la estrujaron con caras felices, seguras de que el nuevo amos no había cambiado el antiguo.

-Ahora me voy a hacerle a Juan la corbata y luego me quedaré unos minutos tranquila con papá en el escritorio.

Y Meg bajó corriendo a celebrar esas pequeñas ceremonias y luego a seguir a su madre por donde ella anduviese, consciente de que pese a las sonrisas del rostro querido había una pena secreta en el maternal corazón por el vuelo de la primera ave que dejaba el nido.

Mientras las tres chicas menores están juntas dando los últimos toques a sus simples tocados, es una buena oportunidad para comprobar unos pocos cambios que se han operado en sus aspectos, pues las tres están hoy mejor que nunca.

Se han suavizado mucho los ángulos en Jo, quien ha aprendido a conducirse con desenvoltura, si no con gracia. El pelo enrizado ha crecido y es hoy una espesa melena, más sentadora para esa cabecita que corona la alta figura. Hay frescos colores en sus mejillas morenas, un suave brillo en sus ojos, su aguda lengua no pronuncia hoy más que palabras benévolas.

Beth ha crecido y está alta y pálida y más tranquila que nunca; los bellos ojos bondadosos parecen más grandes y hay en ellos una expresión que entristece, aunque no es en sí misma triste. Es la sombra del dolor que toca aquel rostro joven con paciencia tan patética, aunque Beth rara vez se queje y siempre hable esperanzada de que “pronto estará mejor”.

Amy es considerada con justicia “la flor de la familia”, pues a los dieciséis años tiene todo el aire y el porte de una mujer hecha: no bella, pero poseída de ese encanto indescriptible que se llama gracia. La acusaban las líneas de su figura, los movimientos de sus manos, el ondear de su vestido, la caída de su pelo, detalles no deslumbrantes pero si armoniosos y tan atractivos para muchos como la belleza misma. La nariz de Amy la seguía afligiendo, pues se rehusaba por completo a volverse griega; lo mismo ocurría con la boca, que era grande y de mentón pronunciado. Estas facciones defectuosas daban carácter a todo su rostro, pero ella nunca lo veía así, aunque se consolaba con su cutis exquisitamente blanco, sus penetrantes ojos azules y sus rizos, más dorados y abundantes que nunca.

Las tres llevaban trajes de tela delgada color gris plata, sus mejores vestidos para ese verano, con rosas rosadas en el pelo y en el pecho; y las tres parecían lo que realmente eran: muchachas de cara fresca y corazón feliz, deteniéndose un momento de sus vidas atareadas para leer con ojos pensativos el capítulo más dulce del romance de la vida de una mujer.

No habría ritos ceremoniosos; todo sería tan natural y hogareño como fuese posible. Así, pues, cuando llegó tía March se escandalizó mucho al ver a la novia correr a recibirla, encontrar al novio asegurando una guirnalda que se había caído y atisbar al paternal sacerdote subiendo escaleras arriba con cara muy grave y una botella de vino bajo cada brazo.

-¡Válgame Dios!... ¿Qué significa este estado de cosas? -exclamó la anciana señora ubicándose en el asiento de honor preparado para ella y arreglando los pliegues de su traje de moaré lila con gran crujido de sedas-. ¡No te debías haber dejado ver hasta el último momento, criatura!...

-No soy ningún espectáculo, tía, y nadie viene a mirarme ni a criticar mi vestido ni a calcular lo que costó el “buffet”. Soy demasiado feliz para estar preocupando de lo que nadie diga o piense, así que mi casamiento será exactamente como a mí me gusta. Juan, querido, aquí está tu martillo -y allí se fue la novia a ayudar a “ese hombre” en su trabajo.

El señor Brooke no dijo ni siquiera gracias; pero al agacharse a recoger aquel utensilio tan poco romántico le dio un beso a su novia detrás de la puerta plegadiza, con una mirada que obligó a tía March a sacar su pañuelito y secarse un sospechoso rocío que había aparecido en sus viejos ojos sagaces.

De pronto, un estruendo, un grito, una risa de Laurie, acompañada de la expresión indecorosa de: “¡Júpiter Tonante!... ¡Jo ha vuelto a derribar la torta!...” Una conmoción momentánea que apenas había pasado cuando llegó una bandada de primos y “empezó la fiesta”, como decía Beth cuando era chiquita.

-No dejéis que se me acerque ese gigantón... me fastidia más que los mosquitos susurró tía March al oído de Amy a medida que las habitaciones se iban llenando y la negra cabeza de Laurie sobresalía por sobre todas las demás.

-Nos ha prometido portarse muy bien hoy y es muy capaz de proceder con suma elegancia cuando quiere -replicó Amy, deslizándose hacia el otro cuarto para advertir al Hércules que se guardara del dragón, aviso que bastó para que él todo el día rondara a la anciana con una devoción que casi la enloquece.

No hubo cortejo nupcial, pero se hizo en la sala un repentino silencio en el momento en que el señor March y la joven pareja se colocaron bajo el arco de siempreverdes. La madre y las hermanas se apiñaron bien cerca, como si estuviesen poco dispuestas a renunciar a Meg; la voz paternal se quebró más de una vez, lo cual contribuyó a hacer la ceremonia más hermosa y solemne; la mano del novio tembló visiblemente y nadie pudo oír sus respuestas; en cambio, Meg miró al novio directamente a los ojos y dijo: “¡Si!” con una confianza tan llena de ternura en el rostro y en la voz que su madre se regocijó interiormente y la tía March lloriqueó de tal modo que todo el mundo la oyó.

En cuanto a Jo, no gimoteó como Laurie le pronosticara, aunque estuvo a punto de hacerlo en cierta ocasión, y sólo se contuvo de dar un espectáculo por la certeza de que Laurie la miraba fijamente con una mezcla cómica de alegría y emoción en sus ojos traviosos. Beth escondió la cara en el hombro de su madre, pero Amy parecía una graciosa estatua con un rayo de sol muy sentador posado en su blanca frente y en la rosa de su cabello.

Mucho me temo que no haya sido del todo elegante, pero en el mismo instante que se consideró casada Meg exclamó: “¡El primer beso para mamá!”, volviéndose para dárselo con el corazón en los labios. Luego Meg se asemejó más que nunca a una rosa, pues todo el mundo se aprovechó al máximo de la franquicia de “besar a la novia”, desde el señor Laurence hasta Ana, quien adornada de una cofia impresionante se abalanzó sobre Meg en el “hall” con un sollozo mezclado con risa casi ahogada: “Dios, te bendiga, queridita, cien veces... ¡La torta no se dató nadita y todo está precioso...!”

Después de eso todo el mundo se sintió más despejado y dijo alguna agudeza, o por lo menos lo intentó, que fue casi lo mismo, pues la risa es fácil cuando las almas están contentas. No hubo exposición de regalos, ya que todos estaban colocados en la casita, ni hubo tampoco un complicado “buffet”, sino un abundante almuerzo con pasteles y fruta. El señor Laurence y la tía March se miraron y sonrieron encogiéndose de hombros cuando vieron que los únicos néctares que las tres Hebes alcanzaban a la concurrencia eran agua, limonada y café. Nadie dijo nada sin embargo hasta que Laurie, que insistía en servir a la novia, apareció ante ella con una bandeja colmada eh la mano y una expresión de perplejidad en la cara.

-¿Acaso Jo ha roto por accidente todas las botellas? -preguntó- ¿O me equivoco al creer que vi algunas por ahí esta mañana?

-No, es verdad; tu abuelo nos ofreció lo mejor de su bodega y tía March nos mandó varias botellas, pero papá reservó algunas para Beth y despachó el resto para el Asilo de Marineros. Ya sabes que él piensa que el vino debe beberse sólo en caso de enfermedad, y mamá siempre dice que ni ella ni sus hijas se lo ofrecerán nunca a ningún joven bajo su techo.

Meg hablaba con toda seriedad y esperaba que Laurie se riese o refunfuñase, pero el chico no hizo ninguna de las dos cosas, sino que dijo con su modo impetuoso de siempre:

-Eso me parece bien. Bastante daño he visto hacer por la causa contraria para no desear que ninguna mujer piense como ustedes.

-Espero que no hayas adquirido sabiduría con la experiencia, ¿eh?

-No, te doy mi palabra de que no... Y no vayas a darme mucho mérito por eso, sino que ésta no es una tentación para mí. Educado en un medio donde el vino me llama la atención, aunque cuando a uno se lo ofrece una chica bonita no se puede rehusar, ¿eh?

-Pero lo harás, si no por ti, por los demás. ¡Ea, Laurie!, prométemelo y me darás una razón más para llamar a éste el día más feliz de mi vida.

Una exigencia tan repentina y tan seria hizo vacilar un momento al joven, pues el ridículo es a veces más difícil de sobrellevar que el sacrificio. Meg sabía que si Laurie le hacía esa promesa en aquel momento la cumpliría luego por mucho que le costase, y consciente de su fuerza, la utilizó, como hace toda mujer con todo derecho, siempre que sea por el bien de un amigo. No habló, pero miraba

el rostro del muchacho con expresión a la que la felicidad prestaba elocuencia y con una sonrisa que decía: “Nadie puede negarme nada hoy”. Por cierto que Laurie no podía, y respondiendo a la sonrisa de Meg con otra sonrisa, le dijo con calor: “Lo prometo, señora de Brooke”.

-Te lo agradezco muchísimo.

-Y yo digo: ¡que sea por muchos años esa resolución!... -exclamó Jo, bautizándolo con una salpicadura de limonada al agitar su vaso y mirarlo radiante de aprobación.

Así se hizo aquel brindis memorable, y así fue empeñada la palabra y fielmente cumplida, pese a haber sido muchas las tentaciones. Con sabiduría instintiva, las muchachas habían aprovechado un momento feliz para hacer al amigo un favor que él supo agradecerles toda la vida.

Después del almuerzo la gente se puso a pasear de aquí para allá en grupos de dos o de tres por el jardín o la casa, disfrutando del sol tanto afuera como adentro. En un momento en que Meg y Juan se encontraban parados juntos en medio de un cuadrado de césped a Laurie lo arrebató una inspiración que puso la nota final en este casamiento tan fuera de lo usual.

-Que todos los casados formen rueda y bailen alrededor de los novios, como hacen los alemanes, mientras los solteros bailan en parejas por la parte de afuera -gritaba Laurie, paseándose por la vereda de la mano con Amy, y su alegría fue tan contagiosa que todo el mundo siguió su ejemplo sin una sola protesta.

El señor y la señora de March, tía March y tío Carrol abrieron la marcha y los demás se plegaron, aun Sarita Moffat, quien después de un minuto de vacilación se echó la cola del vestido sobre el brazo y arrebató a Eduardo para unirse a la ronda. Pero la coronación de la tarde fueron el señor Laurence y la tía March, pues cuando el imponente caballero se dirigió con aire solemne a la dama, ella puso su bastón bajo el brazo y salió dando saltitos para unirse de manos con los demás y bailar alrededor de los novios mientras los jóvenes invadían el jardín como mariposas en día de verano.

La falta de aliento puso fin al baile improvisado y luego la concurrencia comenzó a marcharse.

-Te deseo mucho bien, querida, de corazón te deseo bien, pero creo que te arrepentirás -dijo tía March a Meg, añadiendo al novio al acompañarla él hasta el coche-: Tiene usted un tesoro, caballerito, vea usted de merecerlo.

-Éste es el casamiento más lindo que he visto en mucho tiempo, Eduardo, y no sabría decir por qué, pues no tuvo ninguna elegancia -observó a su marido la joven señora de Moffat al alejarse en su coche.

-Laurie, muchacho, si alguna vez tienes ganas de darte un lujo de esta clase, consíguete una de estas chiquitas para acompañarte y estaré completamente satisfecho -manifestó el señor Laurence sentándose a descansar en su sillón después de la agitación de la mañana.

-Haré lo posible por darle gusto, señor -fue la respuesta de Laurie, desusadamente obediente, y se desprendió de la solapa con sumo cuidado la flor que Jo le había puesto en el ojal.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

La casita de Meg y Juan no quedaba lejos y el único viaje de novios que hizo Meg fue el tranquilo paseo con su Juan de la vieja casa a la nueva.

-No tengan la impresión de que me separe de ustedes, mamita querida, o de que los quiera menos porque quiera tanto a Juan -dijo abrazándose a su madre con los ojos arrasados en lágrimas por un momento-. Vendré todos los días, papá, y espero que me guardéis en vuestros corazones el sitio de siempre, por casada que esté. Beth va a pasar conmigo bastante tiempo y las otras chicas vendrán a verme a menudo para reírse de mis luchas domésticas. Gracias a todos por mi preciosa fiesta de casamiento. ¡Adiós, adiós!

Allí se quedaron los demás con caras llenas de amor, tierna esperanza y bastante orgullo, mirándola alejarse apoyada en su marido con las manos llenas de flores y el sol da junio iluminando su rostro feliz. Así comenzó la vida de casada de Meg.

CAPÍTULO XXVI

ENSAYOS ARTÍSTICOS

Lleva mucho tiempo aprender la diferencia entre el talento y el genio, y eso es más difícil aún para chicas y muchachos ambiciosos. A través de muchas tribulaciones, Amy aprendía esa distinción, pues tomando equivocadamente su entusiasmo por inspiración ensayó todas las ramas del arte con audacia decididamente juvenil. Por largo tiempo hubo calma en el asunto del modelado, dedicando ese tiempo a finísimas obras de dibujo a pluma, en el cual mostraba tanto gusto y habilidad que sus encantadoras obritas resultaron a la vez agradables y provechosas. Pero el esfuerzo que exigió a su vista la obligó a abandonar el dibujo a pluma, reemplazándolo por un audaz ensayo en pirograbado.

Mientras duró este ataque la familia vivió en temor constante de una conflagración, pues a toda hora el olor a madera quemada penetraba por toda la casa y, con frecuencia alarmante, salía humo del altillo o del galpón; por todos lados aparecían atizadores calientes al rojo y Ana no se acostaba nunca sin llevarse un balde de agua además de una campana por miedo de un incendio. La cara tallada de Rafael fue encontrada en el revés del tablero de modelar. Luego, muy apropiadamente, la cabeza de Baco apareció en la tapa del barril de cerveza y un querubín cantando adornó la tapa del cubo del azúcar. En cuanto a las tentativas de retratar a romeo y Julieta, proveyeron a la familia de leña para el fuego durante un tiempo.

Del fuego, la transición al aceite fue natural para aquellos pobres dedos quemados y Amy se puso a pintar con no menos fervor que antes. Un amigo pintor la equipó con sus paletas, pinceles y pinturas abandonados; y se puso a pintorrear marinas y pastorales como no se vieron nunca ni en mar ni en tierra. Sus monstruosidades en materia de ganado hubiesen obtenido premios en

cualquier exposición y la peligrosa inclinación de sus navíos hubiese mareado al observador más náutico si primero no se hubiese convulsionado de risa al notar el más absoluto descuido de todas las reglas conocidas de la construcción de barcos.

Después fueron los retratos al carbón; apareció toda la familia colgada de la pared con aspecto tan fiero y fuliginoso como si recién saliera de la carbonera. Con los bosquejos al lápiz, se suavizaron algo, pues los parecidos eran muy buenos y fueron calificados por algunos de “notables”: el pelo de Amy, la nariz de Jo, la boca de Meg y los ojos de Laurie. Siguió un retorno al yeso y la arcilla y los rincones de la casa se vieron frecuentados por vaciados fantasmales de los conocidos de Amy. No era difícil que al abrir un placar cayera uno de aquellos benditos vaciados sobre la cabeza del curioso. Los chicos del barrio eran sobornados para servir de modelos y sus incoherentes relatos de las misteriosas actividades de la astuta muchacha la presentaban a los vecinos como una especie de joven ogro. Sus esfuerzos en ese campo llevaron a un abrupto fin, sin embargo, a causa de un infortunado accidente que apagó su entusiasmo. Siéndole escasos los modelos, se puso a vaciar su propio pie, por cierto muy bonito, y un día la familia se alarmó con una espantosa barahúnda de golpes y gritos. Al correr al salvamento se encontraron con la entusiasta joven saltando como loca por el galpón con el pie agarrado fuertemente en un balde de yeso que se había endurecido con inesperada rapidez. Con mucha dificultad y algún peligro fue extraída del yeso, pues a Jo la venció de tal modo la risa mientras hurgaba que se le escapó el cuchillo y le cortó el piececito, quedando a la pobre Amy un recuerdo imborrable de aquel ensayo artístico.

Después de ese experimento, Amy se tranquilizó un tiempo, hasta que la manía de bosquejar del natural la llevó a frecuentar el río, el campo y el bosque, a la búsqueda de estudios pintorescos, mientras suspiraba por algunas ruinas que copiar. Innumerables fueron los resfríos que se pescó sentándose en la hierba húmeda para hacer un apunte de algún “delicioso detalle”, compuesto de una piedra, un poste, un hongo y un tallito quebrado o de “un precioso macizo de nubes” que parecían -cuando pintadas- una exhibición selecta de colchones de pluma. Hasta sacrificó su cutis bogando por el río en pleno verano para estudiar la luz y la sombra.

Si el genio no es más que “paciencia eterna”, como afirmó Miguel Angel, por cierto que Amy tenía algún derecho a ese divino atributo, pues perseveraba a pesar de todos los obstáculos, fracasos y desencantos, porque creía firmemente que algún día iba a hacer algo digno de ser llamado “gran arte”.

Entretanto, aprendía, hacía y disfrutaba de otras cosas, pues también estaba resuelta a ser una mujer atrayente y culta, aunque nunca llegara a ser una gran artista. En eso obtenía mejores resultados, pues era uno de esos seres felizmente creados que complacen sin esfuerzo, que se hacen amigos por todas partes y toman la vida con tanta gracia y facilidad que los menos afortunados se ven tentados de creer que han nacido bajo una estrella auspiciosa. A todo el mundo gustaba Amy, pues entre sus muchos dones poseía el del tacto. Tenía un sentido instintivo de lo que era apropiado y podía ser agradable a los demás. Siempre decía lo que debía a cada persona, hacía lo que correspondía hacer en cada lugar y momento y tenía tal dominio de sí misma que sus hermanas solían decir que si Amy tuviese que presentarse ante la corte de Inglaterra sin ensayo previo iba a saber exactamente qué hacer y qué decir.

Una de las debilidades era, sin embargo, el deseo de actuar en “la mejor sociedad” sin que estuviese muy segura de lo que constituía en realidad lo mejor. A sus ojos eran muy deseables el dinero, la posición, las habilidades y los modales elegantes y gustaba de tratar a quienes poseían esas cualidades, tomando a menudo lo falso por lo verdadero y admirando lo que no siempre era admirable. No olvidaba nunca que era una dama por su nacimiento y cultivaba sus gustos y modos de sentir aristocráticos con miras a que, llegada la oportunidad, la encontrase preparada para ocupar el lugar del que ahora la excluía la pobreza.

“Su Señoría”, como la llamaban sus amigas, deseaba sinceramente ser una dama verdadera, y en esencia lo era.

-Quiero pedirte un favor, mamá -anunció un día Amy, entrando en su casa con aire importante.

-Bueno, chiquita, ¿de qué se trata? -respondió la madre, a cuyos ojos la altiva señorita seguía siendo “la nena”.

-Nuestra clase de dibujo termina la semana próxima, y antes de separarme de las chicas por el verano quiero invitarlas a que vengan a pasar un día aquí conmigo. Están locas por ver el río, sacar apuntes del puente roto y copiar algunas de las cosas que tanto admiran en mi carpeta. ¡Han sido tan amables conmigo!... Y les estoy especialmente agradecida, pues todas son ricas y saben que yo soy pobre sin hacérmelo notar nunca.

-¿Y por qué habrían de hacértelo notar? -La señora de March hizo la pregunta con un aire que las chicas llamaban “digno de María Teresa”.

-Mamita, sabes tan bien como yo que esa diferencia tiene mucha importancia para casi todo el mundo, así que no te encrespes como una gallina cuando algún ave pica a sus pollitos.

Rió de buena gana la señora de March y suavizando su orgullo materno preguntó:

-Bueno, chiquita, ¿de qué se trata?

-Quisiera invitar a las chicas a almorzar aquí la semana que viene, llevarlas en coche a todos los sitios que quieran visitar, hacer quizá un paseo en bote por el río... es decir, hacerles una fiestecita artística.

-Todo parece factible. ¿Qué les darías de almorzar? Me imagino que bastará con sandwich, torta, fruta y café, ¿no?

-¡Oh, no, mamá! Yo había pensado darles también lengua y pollo fríos, chocolate y helados. Estas chicas están habituadas a esas cosas y yo quiero que mi almuerzo sea correcto y elegante por lo mismo, que saben que trabajo para vivir.

-¿Cuántas chicas son? -preguntó la señora empezando a ponerse seria.

-En clase somos entre doce y catorce, pero no creo que vengan todas...

-¡Criatura! Vas a tener que alquilar un ómnibus para llevarlas de aquí para allá...

-¡Pero; mamá!... ¿Cómo se te ocurre? Probablemente no vendrán más de siete u ocho. Alquilaré una camioneta y pediré prestado el cochecito del señor Laurence.

-Todo eso saldrá caro, Amy.

-No tanto, mamita. He calculado el gasto y lo voy a pagar yo.

-¿No te parece, querida, que por lo mismo que esas chicas están acostumbradas a esas cosas, por más que nos empeñemos no les ofreceríamos nada nuevo? Por eso, si hacemos todo más sencillo, les resultará a ellas un cambio agradable y a nosotros menos gravoso que empeñándonos a comprar o pedir prestado cosas que no necesitamos y que no están de acuerdo con nuestra posición.

-Si no lo hago del modo que he pensado prefiero no hacerlo, mamá. Sé que puedo llevarlo a cabo perfectamente con tu ayuda y la de las chicas... Además, no veo por qué no, cuando estoy dispuesta a pagar todos los gastos.

Amy hablaba con tono decidido.

Sabiendo que la experiencia es la mejor maestra, la señora de March dejaba -cuando ello era posible- que sus hijas aprendieran por sí solas.

-Muy bien, hija. Si estás decidida y crees que podrás hacer todo sin demasiado gasto de dinero, de nervios y de tiempo, no te diré nada más. Háblalo con tus hermanas y lo que decidan se hará, con toda la ayuda que yo pueda darles.

-¡Gracias, mamá! ¡Eres siempre tan buena!- allí se fue Amy a enterar a las otras chicas de su proyecto.

Meg estuvo de acuerdo desde el principio y prometió ayudar, ofreciendo de corazón desde su casita hasta sus mejores cucharitas de plata.

Pero en cambio Jo desaprobó todo el proyecto y no quería saber nada de ayudar.

-¿Pon qué diablos tienes que gastar dinero y fastidiar a tu familia, amén de dar vuelta toda la casa, por un montón de muchachas a quienes no les importa un comino? Te creía demasiado sensata y más orgullosa para tratar de ganarte los favores de ninguna mujer sólo porque usa calzado francés y anda en coche con chofer de librea. -Así se expresó Jo, quien habiendo sido convocada a la reunión arrancándola del trágico desenlace de su novela no estaba de humor para asuntos de vida social.

-No trato de ganarme favores de nadie y odio que me traten con tono protector tanto o más que tú -respondió Amy indignada, pues ella y Jo todavía tenían altercados cuando se suscitaban cuestiones de esa índole-. Las chicas me quieren de verdad, y yo a ellas, y verás que tienen mucha bondad y sentido común, aparte del talento, a pesar de todo eso que tú llamas “estupidez a la moda”. Tú no te preocupes de gustar a la gente, de actuar en sociedad ni de cultivar los modales y el buen gusto,

pero yo sí, y pienso aprovechar al máximo cada oportunidad que se me presente. Tú puedes andar por el mundo sacando fuera los codos y la nariz al aire y darle a eso el nombre de independencia, pero ése no es mi modo de ser.

Cuando Amy afilaba la lengua y se extralimitaba por lo general llevaba las de ganar, pues casi siempre tenía de su parte el sentido común, mientras que Jo llevaba a extremo tal su amor por la libertad y su odio a los convencionalismos que generalmente se veía derrotada en las discusiones. La definición de Amy de la idea que tenía Jo de la independencia fue tan buena que las dos soltaron la risa y la discusión tomó un cariz muy amable. Aunque contra su voluntad, Jo consintió por fin en sacrificar un día a la “sociedad” y ayudar a su hermana en lo que ella consideraba como una soberana necesidad.

Fueron enviadas las invitaciones, y casi todas aceptadas, señalándose el lunes siguiente para el gran acontecimiento. Ana estaba de mal humor porque su trabajo de la semana iba a ser alterado y profetizó que “si el lavado y el planchado no se hacían como siempre, nada de lo demás iba a andar bien”. Este tropiezo en el resorte principal de la economía doméstica tuvo mal efecto sobre todo el proyecto, pero el lema de Amy era *nil desperandum*, y como se había decidido respecto de lo que iba a hacer, avanzó con el plan a pesar de todos los obstáculos. Para empezar, la comida no le salió bien a Ana: el poyo resultó duro, la lengua demasiado salada y el chocolate no quiso hacer la espuma debida. Después, la torta y los helados costaron más de lo calculado, lo mismo que la camioneta. Y otros gastos, insignificantes cuando todo comenzó, subían ahora en forma alarmante. Beth tomó frío y tuvo que meterse en cama. Meg recibió una cantidad desusada de visitas que la retuvieron en su casa. En cuanto a Jo, se encontraba en estado de ánimo tan inestable que no acababa de romper cosas y pasarle accidentes que ya iban siendo demasiado numerosos, serios y enojosos.

“De no haber sido por mamá, nunca hubiera podido terminar las cosas”, declaraba Amy mucho tiempo después, con gratitud, cuando ya todo el mundo había olvidado “el mejor chiste de la temporada”.

Si el lunes no amanecía con tiempo bueno las señoritas irían el martes, arreglo que aumentó al colmo la irritación de Jo y de Ana. El lunes por la mañana el tiempo estaba en ese estado indeciso que exaspera mucho más que una lluvia torrencial. Por momentos garuaba, salía el sol, soplaban viento y no se decidió hasta que fue demasiado tarde para que nadie más lo hiciera.

Amy se levantó al alba, apurando a todo el mundo a que saliesen de la cama y se desayunaran para poder arreglar la casa. La sala le hizo la impresión de estar especialmente raída ese día, pero sin detenerse a suspirar por cosas que no tenía cubrió todo con habilidad, colocando las sillas en las partes más gastadas de la alfombra, cubriendo las manchas de la pared con cuadritos enmarcados de hiedra y llenando los rincones vacíos con estatuaria casera que dio a la habitación un aspecto muy artístico, igual que los hermosos jarrones llenos de flores que Jo desparramó por todos lados.

La comida tenía muy buen aspecto y la pobre Amy al inspeccionarla rezó al cielo para que también supiera bien y para que todos los cristales y porcelanas prestados volvieran a sus dueños sin inconvenientes. Los coches encargados habían sido prometidos con puntualidad y tanto Meg

como la mamá estaban listas para hacer los honores a las visitas mientras que Beth se preparaba a ayudar a Ana entre telones. Jo se había comprometido a estar tan amable y animada como se lo permitiesen la cabeza dolorida, el ánimo ausente y una desaprobación decidida de todo y de todos. Mientras se vestía, cansada desde ya, Amy estaba deseando el momento en que, terminado el almuerzo, saliera con sus amigas para pasar una tarde de deleites artísticos, pues el cochecito del señor Laurence y el puente roto eran o iban a ser los puntales de su fiesta.

Siguieron dos horas de suspenso, durante las cuales Amy oscilaba como un péndulo entre el porche y la sala, mientras que la opinión pública variaba tanto como la veleta. Un fuerte chaparrón caído a las once evidentemente enfrió el entusiasmo de las invitadas, que debían llegar a las doce. No vino nadie, y a las dos de la tarde la familia exhausta se sentó con el sol a todo brillar a consumir las partes percederas del almuerzo de modo que nada se perdiese.

-Por lo menos hoy no habrá dudas sobre el tiempo; vendrán todas con seguridad; así, pues, démonos prisa para estar listas y recibirlas -exclamó Amy al despertarse al día siguiente con el sol. Su tono era animado, pero en el fondo del corazón deseaba no haber dicho nada sobre el martes porque el interés del asunto se estaba enfriando.

-No he podido conseguir langosta, así que tendrás que suprimir el fiambre, querida -dijo el señor March volviendo del mercado con expresión de plácida desesperación.

-Utiliza el pollo, entonces. En una mayonesa no se notará que es duro -aconsejó la señora.

-Ana lo dejó en la mesa de la cocina y se lo comieron los gatitos... Lo siento muchísimo, Amy -apuntó Beth, que seguía protegiendo felinos.

-Entonces tengo que conseguir langosta a cualquier precio, pues la lengua sola no basta -dijo Amy con decisión.

-¿Quieres que me precipite a la ciudad a buscar una? -preguntó Jo con magnanimidad digna de un mártir.

-Eres capaz de venirme con ella bajo el brazo, sin envolverla, nada más que para probar mi paciencia -contestó Amy, cuyo buen humor comenzaba a fallarle.

Con un pañuelo en la cabeza y armada de una elegante canasta de viaje salió ella por fin segura de que el aire fresco le suavizaría el espíritu alterado y la prepararía para las faenas del día. Con bastante trabajo consiguió el objeto de sus deseos, como asimismo un frasco de mayonesa para evitar nueva pérdida de tiempo en casa, volviendo muy satisfecha de su previsión.

Como en el ómnibus había sólo una pasajera, más una anciana soñolienta, Amy se instaló en el vehículo dispuesta a engañar el tedio del camino con el cálculo de donde se había ido todo el dinero gastado en "la fiesta". Tan preocupada estaba con su papel lleno de cifras refractarias que no se percató de la llegada de un nuevo pasajero que había subido sin hacer parar el vehículo, hasta que una voz masculina pronunció: "Buenos días, señorita de March." Al levantar la vista se encontró Amy con uno de los más elegantes amigos de Laurie. Deseando fervorosamente que se

bajara él antes que ella, Amy se desentendió completamente de la canasta que había dejado en el suelo, y felicitándose de haberse puesto su traje nuevo de viaje devolvió el saludo del joven con su afabilidad y animación habituales.

Se entendieron admirablemente, pues la primera preocupación de Amy fue averiguar que él descendía primero, y hablando estaban de cosas especialmente elevadas cuando la anciana se levantó para bajarse. En camino a la puerta tropezó, volcó la canasta y ¡horror!...: ¡la langosta, en toda su vulgaridad de tamaño y subido color, apareció ante los ojos de elevada alcurnia de Tudor!...

-¡Válgame Dios! La buena mujer olvida la comida -exclamó el joven, completamente ignorante de la situación, volviendo a su lugar a aquel monstruo escarlata con el bastón y preparándose a alcanzar la canasta a la viejecita.

-No, por favor... ¡es mía!... -murmuró Amy con el rostro casi tan rojo como su crustáceo.

-¿De veras? ¡Perdón!... es una langosta extraordinaria, ¿verdad? -dijo Tudor con gran presencia de ánimo y una apariencia de serio interés que hicieron honor a su educación.

Amy se recobró al instante, colocó la canasta atrevidamente sobre el asiento y dijo riendo:

-Apuesto a que le gustaría a usted comer un poco de la ensalada que voy a hacer con ella y ver a las chicas encantadoras que la van a saborear...

Eso se llama tacto, pues la frase atacaba los dos puntos vulnerables de la mentalidad masculina: la langosta se vio rodeada inmediatamente para Tudor de una aureola de recuerdos gastronómicos agradables y la curiosidad respecto a las “encantadoras muchachas” lo distrajo del desgraciado y cómico accidente.

-Me imagino que se va a reír en grande y hacer chistes con Laurie después, pero yo no estaré ahí para oírlos, y eso me consuela -pensó Amy cuando Tudor saludó y se bajó del ómnibus.

Amy ni siquiera mencionó este encuentro cuando llegó a su casa, descubriendo, para colmo de males, que su traje nuevo se le había manchado bastante y que había hilillos de mayonesa corriendo por la falda. Siguió, pues, con los preparativos, que ya le iban resultando tediosos: a las once estaba todo listo de nuevo. Segura de que los vecinos se interesarían por sus movimientos, Amy deseaba borrar el recuerdo del fracaso de ayer con el éxito de hoy, de modo que pidió el coche grande y salió con mucha ceremonia a buscar a sus invitadas para traerlas al banquete.

-¡Se oye el ruido del coche... ya llegan!... Saldré al porche a recibirlas; es más acogedor y quiero que mi pobre Amy lo pase muy bien después de todo el trabajo que se ha tomado -dijo la señora, uniendo la acción a la palabra. Pero al decir la primera resolvió volverse adentro, y lo hizo con una expresión indescriptible... ¡Perdidas en el inmenso coche iban Amy y una sola invitada!...

-Corre, Beth, ayuda a Ana a sacar la mitad de lo que hay en la mesa... Sería ridículo presentar un almuerzo para doce ante una sola chica -gritó Jo, tan excitada que ni siquiera se detuvo a reírse a gusto.

Amy entró serena como siempre y estuvo encantadoramente cordial para con esta única invitada que había cumplido su promesa. Los demás, que tenían mucho de actores, desempeñaron sus papeles con igual destreza, y la señorita de Elliot los encontró una familia excepcionalmente alegre, pues lo cierto es que ninguno pudo controlar la hilaridad que les causaba la situación. Una vez finalizado el remodelado almuerzo, visitados el estudio y el jardín y discutido con entusiasmo el arte, Amy pidió el “sulky” -¡adiós sueño del elegante landó!- y paseó a su amiga tranquilamente por los alrededores hasta la puesta del sol. Y terminó la fiesta. Al volver, Amy parecía muy cansada, pero acusaba la perfecta compostura de siempre, observando que había desaparecido todo vestigio de la famosa “fiesta”, excepto un repliegue sospechoso en las comisuras de los labios de Jo.

-La señorita de Elliot es una chica muy mona y parece haberse divertido mucho -dijo Beth con calor desusado en ella.

-¿Podría llevarme algo de la torta, Amy? La necesito de veras, pues ¡tengo tantas visitas! Además, no sé hacerla tan deliciosa como ésta -dijo Meg con absoluta seriedad.

-Llévatela toda, por favor; yo soy aquí la única que come cosas dulces y se pondría vieja antes de que pudiese terminar semejante cantidad -respondió Amy pensando en el gasto enorme de tanta torta, ¡para terminar así!

-Es una lástima que no esté Laurie para ayudarnos a despachar todo -observó Jo cuando la familia se dispuso a comer fiambre y helados por segunda vez dos días seguidos.

Una mirada de advertencia de su madre frenó toda observación adicional y la familia continuó comiendo en silencio, heroicamente... hasta que el señor March apuntó con gran mansedumbre:

-La ensalada era la comida preferida por los antiguos y, según Evelyn... -Ahí tuvo que detenerse por el estallido de risa que cortó por lo sano aquella “historia de las ensaladas”, con gran sorpresa del erudito caballero.

-Llevemos todo esto a los Hummel. Los alemanes se mueren por las comilonas. Ya me enferma mirar estos “restos” y no hay razón para que ustedes se mueran de empacho porque yo haya sido una necia -exclamó Amy por fin, secándose las lágrimas de risa.

-Yo creí morirme cuando las vi a las dos en aquel gran coche vacío como dos pepitas chicas en una cáscara grande... ¡Y mamá esperando con toda ceremonia para recibir a la comitiva!... -dijo entonces Jo, exhausta de risa.

-Siento mucho que hayas sido defraudada, querida, pero todos hicimos lo posible para darte satisfacción -acotó la señora de March, con pena maternal.

-Pues yo estoy satisfecha, ya que hice lo que me había propuesto y no fue culpa mía que todo fracasara. Eso me consuela -dijo entonces Amy con voz algo temblorosa-. Les agradezco mucho a todos la ayuda que me prestaron y les agradeceré aún más si ninguno menciona el asunto.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Nadie volvió a comentar aquello durante muchos meses, pero la palabra “fiesta” siempre provocaba una sonrisa general, y para el cumpleaños de Amy le regaló Laurie una pequeña langosta de coral para dije de su pulsera.

CAPÍTULO XXVII

LECCIONES LITERARIAS

La fortuna sonrió de pronto a Jo y le puso en el camino un talismán de buena suerte. No precisamente un talismán de oro, pero dudo que medio millón le hubiera causado felicidad más verdadera que aquella pequeña suma que llegó a sus manos de esta manera:

Cada dos o tres semanas se encerraba Jo en su cuarto, se ponía el “traje de escribir” y “caía en trance”, como ella decía, escribiendo su novela con alma y vida, pues hasta que no había terminado el ataque no le era posible quedarse en paz. Su “traje de escribir” consistía en un delantal de lana negra en el que podía limpiar la pluma cuantas veces quisiera sin que se notase y una cofia del mismo material, adornada con un alegre moño rojo, en la cual podía esconder todo el pelo cuando estaba dispuesta para la acción. Aquella gorra era como una señal para los ojos inquisidores de la familia, que durante aquellos períodos se mantenía a prudente distancia, limitándose a meter de cuando en cuando la cabeza en el altillo para preguntar con interés: “¿Qué tal, Jo, arde o no el genio?” No siempre se aventuraban siquiera a hacer esa pregunta, sino que observaban la gorra y sacaban de ahí sus conclusiones. Si aquella expresiva prenda estaba bien metida sobre la frente era señal de que el trabajo marchaba; en los momentos de gran excitación adquiría un ángulo audaz, y cuando la desesperación hacía presa de la autora era arrancada completamente y arrojada al suelo. En tales ocasiones el intruso optaba por retirarse en silencio y hasta que el moño no se veía de nuevo alzado alegremente sobre la talentosa frente, nadie se atrevía a dirigirse a Jo.

No vaya a pensarse que la muchacha se creía un genio. De ninguna manera, pero cuando le daba el acceso de escribir debía abandonarse a él por completo, y vivía feliz ese momento, olvidada de toda necesidad y de toda preocupación, en el bueno o en el mal tiempo, viviendo en un mundo imaginario lleno de amigos casi tan reales y queridos para ella como los de carne y hueso. El sueño

huía de sus ojos, las comidas permanecían intactas, el día y la noche eran demasiado breves para disfrutar la felicidad que la bendecía únicamente en esas horas y le daban valor, ya que la vida era entonces digna de ser vivida aunque no sacara de ellos ningún otro fruto. El estro divino duraba generalmente una semana o dos, y cuando salía del “trance” reaparecía famélica, muerta de sueño, enojada o desalentada, según el caso.

Se recobraba precisamente de uno de esos ataques cuando alguien la convenció para que acompañara a la señorita de Crocker a una conferencia, y como premio de ese acto virtuoso fue inspirada con una idea nueva.

Como llegaron temprano y miss Crocker se puso a tejer, Jo se divirtió examinando las caras de la gente que ocupaba la misma fila que ellas. A su izquierda había dos matronas, de frentes macizas y sombreros igualmente pesados. Mientras hacían encaje, discutían los Derechos de la Mujer. Más allá había una humilde pareja de enamorados, cándidamente tomados de la mano; luego una sombría solterona comiendo pastillas de menta y un señor viejo tomándose una siesta anticipada. A su derecha, su único vecino era un muchacho de aspecto estudioso, absorto en la lectura de un diario.

Como se trataba de un periódico ilustrado, Jo estudió la “obra de arte” que tenía tan cerca, preguntándose ociosamente qué fortuita concatenación de circunstancias necesitaría la ilustración melodramática de un indio con todo el traje de guerra, desplomándose en un precipicio con un lobo prendido a la garganta, mientras dos furiosos jóvenes se apuñalaban mutuamente cerca de allí y una mujer desgredada huía por el fondo con la boca abierta. Deteniéndose a dar vuelta la hoja, el chico la vio mirando, y con amabilidad de muchacho, le ofreció la mitad de la página, diciéndole lisa y llanamente:

-¿Quiere leerla? Es una historia de primera.

Jo la aceptó con una sonrisa; porque todavía no se le había pasado su preferencia por los chicos varones y pronto se encontró sumergida en el acostumbrado laberinto de amor, misterio y crimen, pues la historia pertenecía a la categoría de literatura barata en que las pasiones están de fiesta y cuando falla la inventiva del autor una gran catástrofe barre de la escena la mitad de los personajes, dejando la otra mitad para que se regocijen con su caída.

-De primera, ¿verdad? -preguntó el chico cuando vio que Jo llegaba al final.

-Creo que usted o yo podemos hacerlo tan bien como ese autor si nos lo proponemos -replicó Jo, divertida con la admiración que despertaba en el chico aquella tontería.

-Me consideraría muy afortunado si así fuera. Esa señora gana mucha plata escribiendo estas historias, según dicen -e indicó el nombre de la autora bajo el título del cuento.

-¿La conoce? -preguntó Jo, con interés repentino.

-No, pero leo todo lo que escribe y conozco a un tipo que trabaja en la oficina donde se imprime este diario.

-¿Y dice usted que se gana bien la vida con cuentos como éste? -preguntó Jo mirando con más respeto el grupo convulsionado de la figura y la página salpicada de exclamaciones.

-Creo que sí. Sabe ella muy bien lo que le gusta a la gente y le pagan por escribirlo.

En ese momento de la conferencia, y por lo que toca a Jo, poco de ella fue lo que escuchó, pues mientras el profesor Sands se explayaba sobre escarabajos y jeroglíficos, ella subrepticamente copiaba la dirección del diario, resolviendo audazmente optar al premio de cien dólares que ofrecían por una historia sensacionalista. Para cuando terminó la conferencia, y mientras la concurrencia se despertaba, Jo se había ganado una fortuna y se sumergía en el planeamiento de su historia sin decidirse a si el duelo debía ocurrir antes de la fuga ó después del asesinato.

Nada dijo del proyecto en su casa, pero puso manos a la obra al día siguiente, con mucha inquietud por parte de su madre, que siempre se afligía un poco cuando “el genio se ponía a arder”. Jo no había ensayado nunca ese género, contentándose hasta entonces con sencillos romances. Su experiencia dramática y sus lecturas eclécticas le fueron útiles ahora, pues le dieron cierta idea de los efectos dramáticos y la proveyeron de argumento, lenguaje y trajes. Su cuento estaba tan repleto de desesperaciones y angustias como lo permitía su limitada experiencia de esas emociones tan incómodas y, habiendo ubicado su historia en Lisboa, la redondeó con un terremoto como desenlace apropiado y llamativo. Despachó en secreto el manuscrito, con una notita en que, modestamente, decía que si el relato no ganaba el premio -cosa que el autor no se atrevía a esperar- agradecería cualquier suma que el periódico creyese que él valía.

Seis semanas son largas para esperar y aún más largas para que una muchacha guarde su secreto; Jo hizo sin embargo ambas cosas, y ya empezaba a perder toda esperanza cuando llegó una carta que la dejó sin respiración, pues al abrirla cayó en su falda un cheque de 100 dólares. Por un minuto se quedó mirándolo como si se tratase de una culebra; por fin leyó la carta y se puso a llorar. Si el atento caballero que había escrito aquella amable notita pudiese haber visto que intensa felicidad daba a un semejante, creo que hubiese dedicado en adelante su tiempo libre, si es que lo tenía, a este entretenimiento, pues Jo valoró la carta más aún que el dinero, pues era alentadora y después de años de esfuerzos fue realmente agradable descubrir que por fin había aprendido a hacer algo, aunque sólo fuese un cuento sensacionalista.

Pocas veces se habrá visto a una muchacha más orgullosa que Jo cuando electrizó a su familia presentándose con la carta en una mano y el cheque en la otra, anunciándoles que había ganado un premio. Hubo gran regocijo, todo el mundo leyó y alabó el cuento. Pero cuando su padre hubo elogiado el lenguaje y dicho que “el romance era fresco y sincero y la tragedia muy emocionante”, añadió:

-Puedes hacer cosas mucho mejores que ésta, Jo. Fija tu objetivo en lo más alto y no te preocupes del dinero.

-Pues a mí me parece que el dinero es la mejor parte de todo este asunto. ¿Qué vas a hacer con esa fortuna? -preguntó Amy, mirando aquella tirita de papel con aire reverente.

-Mandar a Beth y a mamá a la playa por un mes o dos -respondió Jo al momento.

-¡Qué espléndido! -dijo Beth palmeando las manos y respirando hondo como si anhelase las frescas brisas del océano; luego se detuvo y rechazó el cheque que su hermana agitaba ante ella, diciendo:

-No, no. No puedo aceptarlo, querida, sería un egoísmo...

-Pues ya lo creo que irás. Lo deseo de corazón y es cosa decidida. He tenido éxito sólo porque me propuse lograr ese objeto. Nunca me salen bien las cosas cuando las hago pensando solamente en mí misma... Además, mamá necesita un cambio de aire, y como nunca te dejaría tienes que ir tú con ella. ¡Qué magnífico va a ser verte regresar gordita y rosada como antes!

Y a la playa fueron, y aunque Beth no volvió tan rosada y gordita como hubiese sido de desear, estaba mucho mejor. De modo que Jo estuvo muy satisfecha del empleo de su premio y se puso a trabajar, decidida a ganar algunos más de esos sabrosos chequecitos. Como fueron varios los que ganó ese año, comenzó a sentirse una pequeña potencia dentro del hogar, ya que por la magia de una pluma su “tontería” se convirtió en comodidades para todos ellos. “La hija del Duque” pagó la cuenta del carnicero, “Una mano fantasma” colocó una alfombra nueva en la sala, “La maldición de los Coventry” resultó una bendición para los March, convertida en ropa y artículos de almacén.

La riqueza es una innegable bendición, pero la pobreza tiene también su lado alegre y uno de los “dulces usos de la adversidad” es la auténtica satisfacción que deriva del trabajo fuerte, sea de la cabeza o del brazo. Jo disfrutó de gran satisfacción y ya no envidió más a las muchachas ricas, derivando gran alegría de la idea de poder satisfacer sus necesidades sin tener que pedir un centavo a nadie.

Poca atención llamaron sus cuentos, pero tenían su mercado, y alentada por ese hecho decidió correrse la gran aventura de adquirir fama y fortuna escribiendo. Copió su novela por cuarta vez, leyóse la a los que gozaban de su confianza, sometiéndola por fin a la aprobación de tres editores, que la aceptaron a condición de que la redujese en un tercio, omitiendo todas las partes que a ella más le gustaban.

-Ahora tengo que optar entre volverla a guardar hasta que se enmohezca en la cocinita de lata, publicarla por mis medios o cortajearla para conformar a los compradores y sacar de ella lo que pueda. La fama es artículo de lujo, pero el dinero al contado es más conveniente.

Este discursito abrió la sesión de un consejo de familia convocado por Jo para saber la opinión de la mayoría sobre asunto tan importante.

-No echés a perder tu libro, hija mía, pues tiene más mérito del que tú le asignas y la idea está muy bien desarrollada. Espera y déjalo que madure. Éste fue el consejo de su padre.

-A mí me parece que Jo se beneficiaría más probando que esperando -fue el pronunciamiento de la mamá-. La crítica es la mejor prueba a que se puede someter este tipo de trabajo, pues le descubrirá al mismo tiempo, méritos y defectos tal vez insospechados, ayudándole a mejorar su posible nueva producción. Nosotros somos parciales; en cambio, el elogio o la censura de los extraños le resultarán sumamente útiles, aunque el dinero que gane sea poco.

-Sí -dijo Jo-, ésa es la purísima verdad. Hace tanto tiempo que me estoy ajetreando con mi novela que ya ni sé si es buena, mala o regular. Me será una gran ayuda que las personas serenas e imparciales la lean y me digan lo que piensan.

-Yo no le quitaría una sola palabra, Jo; sólo la echarías a perder si así lo hicieras, pues el interés de la historia está más en la mente de los personajes que en sus acciones y será un embrollo sin las explicaciones que todo lo aclaran -expresó Meg, que creía firmemente que se trataba de una de las novelas más grandes que se habían escrito.

-Pero es que, precisamente, el señor Allen me dice: “Omita las explicaciones; hágala breve y dramática y deje que los personajes mismos relaten las cosas” -explicó Jo leyendo la nota del editor.

-Es mejor que hagas como te indica, pues él sabe lo que se vende y nosotros, en cambio, no sabemos nada. Has un buen libro popular y saca de él todo el dinero que puedas. Más adelante, cuando te hayas hecho de un nombre, te puedes dar el lujo de hacer digresiones y filosofías y aun de introducir personajes metafísicos en tus novelas -fue la opinión de Amy, quien adoptaba en el asunto un punto de vista estrictamente práctico.

-Bueno -dijo Jo, riendo-, no creo que haya nada metafísico ni filosófico en mi libro porque no sé de esas cosas más que lo que le oigo a veces decir a papá. Si con mi humilde romance se han mezclado algunas de sus ideas sabias tanto mejor. Y ahora, quiero saber qué opina Beth de todo esto. ¿Qué dices, Beth?

-A mí me gustaría verlo impreso en seguida -fue todo lo que dijo Beth, y aunque sonrió al decirlo hubo un énfasis tal vez inconsciente en la última palabra y una mirada pensativa en aquellos ojos que nunca perdieron su candor infantil. El corazón de Jo se encogió por un minuto con un presentimiento de temor, decidiendo en su fuero interno apresurarse con la aventura de editar su libro “en seguida”.

Así, pues, con firmeza espartana, la joven autora puso a su primogénito sobre la mesa y lo cortajeó despiadadamente. Con la esperanza de complacer a todo el mundo, siguió el consejo de cada uno y, como el viejo de la fábula con su asno, no dio gusto a nadie.

A su padre le agradaba la vena metafísica que se había colado inconscientemente en el libro, de modo que dejó esa parte aunque le suscitaba muchas dudas. A su madre le parecía que había demasiada descripción, de modo que la suprimió casi toda, privando a la historia de muchos eslabones necesarios. Meg admiraba la parte trágica, y Jo dejó en el manuscrito todo el sufrimiento que pudo para complacer a Meg, mientras que Amy hacía objeciones a los chistes, y con la mejor

intención del mundo Jo suprimió las escenas alegres que mitigaban el carácter sombrío del relato. Luego, para hacer la ruina completa, la acortó en un tercio y, alegre y confiada, despachó la pobrecita novela, cual un gorrión desplumado, a probar fortuna en el ancho mundo de la literatura.

Fue impreso, sí, y le dieron por él trescientos dólares, así como muchos elogios y muchas censuras, ambas considerablemente mayores de lo que ella había esperado, de modo que la pobre Jo cayó en una gran perplejidad.

-Me decías, mamá, que la crítica me ayudaría, pero no veo cómo puede hacerlo cuando es tan contradictoria que no sé si he escrito un libro que promete o faltado a los Diez Mandamientos de la literatura -se lamentaba Jo, revisando una pila de crónicas de su libro cuya lectura la llenaba de alegría y orgullo un minuto y de indignación y congoja el siguiente-. Este hombre, por ejemplo, dice: "Un libro exquisito, lleno de verdad, belleza y serio pensamiento; todo en él es dulce, sano y puro" -continuaba la perpleja novelista-. Este otro, en cambio, dice así: "La teoría del libro es mala, llena de fantasías mórbidas, ideas espiritualistas y personajes artificiales". Ahora díganme ustedes qué quiere decir todo eso, cuando yo no expuse teoría alguna, de ninguna clase, no creo en el espiritualismo y copié los personajes de la vida real. No me parece que este crítico pueda tener razón de ninguna manera. Otro dice: "Es la mejor novela aparecida en el país en muchos años" (de esto sé yo mucho más que él y tengo otra opinión), y el que sigue asegura que "aunque es original y escrito con gran fuerza y sentimiento, se trata de un libro peligroso." Algunos críticos se burlan, otros exageran el elogio y casi todos insisten en creer que tengo una profunda teoría para exponer, cuando ustedes saben muy bien que la escribí por el placer que encuentro en ello y por ganar dinero ¡Ojalá lo hubiera editado completo o me hubiera abstenido en absoluto de sacarlo a luz, pues detesto que me juzguen tan equivocadamente!

La familia y los amigos administraban consuelos y elogios con igual liberalidad, pese a lo cual el momento fue difícil para una muchacha sensible y alegre como Jo. Aun así, el trance le hizo bien, pues aquellos cuya opinión tenía verdadero valor le hicieron su crítica, que al fin y al cabo constituye la mejor educación de un autor; y cuando hubo pasado el primer momento de resentimiento, Jo pudo reírse de su pobrecito libro sintiéndose más sabia y más fuerte a causa de los golpes recibidos.

-No siendo un genio como Keats no me voy a morir por tan poca cosa -decía, animosa- y creo que llevo la mejor parte de toda esta confusión, ya que las cosas que he sacado de la vida real se denuncian como imposibles y absurdas, y las escenas que inventé, sacándolas de mi tonto magín, son juzgadas como "encantadoramente naturales, tiernas y verdaderas". Así, pues, por el momento me conformaré con esto, y en cuanto pueda me volveré a lanzar a la palestra.

CAPÍTULO XXVIII

EXPERIENCIAS DOMÉSTICAS

Como casi todas las recién casadas, Meg comenzó su vida de señora con la determinación de ser un ama de casa ejemplar: Juan debía encontrar un paraíso en su hogar, ver siempre una cara sonriente al llegar a casa, comer magníficamente todos los días y no saber lo que es perder un botón. Tanto amor, energía y buen ánimo aportó Meg a la tarea que no podía tener más que buen éxito, a pesar de algunos obstáculos. Su paraíso, sin embargo, estuvo lejos de ser tranquilo, pues la mujercita se agitaba demasiado, se ajetreaba inútilmente, ponía excesivo empeño en complacer y bullía sin parar. A veces estaba demasiado cansada aun para sonreír, a Juan le atacó dispepsia de tantos “platitos” delicados que le hacía Meg, y con absoluta ingratitud masculina clamaba por comidas simples. En cuanto a los botones perdidos, pronto aprendió Meg a preguntarse dónde iban a parar tantos como faltaban de la ropa de su amo y señor, y amenazaba a Juan que se los haría coser a él cuando volviera a perder otros.

Eran muy felices, naturalmente, aun después de descubrir que no podían vivir únicamente de amor. Juan no encontró disminuida la belleza de Meg aun viendo a esa carita sonreírle radiante por detrás de la doméstica y poco romántica cafetera. Tampoco Meg echó de menos el tan mentado romanticismo cuando al irse de casa Juan se despedía con un beso seguido de: “¿Necesitas, querida, que te haga mandar algo para la comida, ternera o un poco de cordero?...” La casita dejó de ser glorieta celestial para convertirse en hogar y los jóvenes esposos pronto se dieron cuenta de que el cambio era en realidad una mejora. En un principio, lo que hacían era jugar a las muñecas, como chicos retozones, hasta que Juan se puso seriamente a trabajar, sintiendo sobre sus hombros las

preocupaciones propias de un jefe de familia. En cuanto a Meg, dejó a un lado los delantalitos de cambray de los primeros días, se puso un gran delantal a rayas y se sumergió en el trabajo doméstico con más energía que discreción.

Mientras le duró la manía culinaria se recorrió todo un famoso libro de cocina, descifrando sus recetas como si se tratase de ejercicios matemáticos. A veces debían invitar a toda la familia a comerse una excesiva abundancia de éxitos; otras, despachar a Lotty en secreto con una tanda de fracasos, que los acomodaticios estómagos de los pequeños Hummel ocultarían a todos los ojos curiosos. Revisando con Juan sus libretas de cuentas disminuían sus entusiasmos culinarios, y durante esa temporada de frugalidad el pobre Juan debía conformarse con budín de pan, picadillo, café recalentado y otras cosas que ponían a prueba su “aguante”, aunque sabía soportarlo todo con fortaleza digna de elogio. Antes de alcanzar el feliz “término medio”, Meg agregó a sus experiencias domésticas aquello de que pocas parejas escapan: una pelea.

Llena de entusiasmo por ver su despensa bien provista de dulces caseros, emprendió la confección de la jalea de grosella. Le pidió a Juan que le enviase unos doce tarritos y una cantidad adicional de azúcar, pues las grosellas de su huerta estaban maduras y había que recogerlas en seguida. Como Juan estaba convencido de que “mi mujer” era capaz de realizar cualquier cosa, y sentía orgullo por las habilidades de ella, resolvió complacerla y así lograrían aprovechar ese invierno en forma muy simpática su primera cosecha de fruta... A casa llegaron, pues, cuatro docenas de tarritos monísimos y medio barril de azúcar, además de un chico para juntar las grosellas sin que Meg se molestara. Con su precioso pelo escondido en una cofia, los brazos arremangados y un delantal a cuadritos muy coqueto se puso a trabajar la joven ama de casa, sin la menor duda respecto de su éxito. ¿Acaso no había visto a Ana hacer la jalea más de cien veces? El número de tarritos la asustó en un principio, pero como a Juan le gustaba tanto la jalea de grosella y los tarritos iban a quedar tan bien en el estante superior de la despensa, Meg resolvió llenarlos todos y pasó un largo día juntando grosellas, hirviéndolas, colocándolas y ajetreándose con el bendito dulce. Hizo las cosas lo mejor que pudo, consultó su libro de cocina, se devanó los sesos para recordar qué es lo que hacía Ana y que ella evidentemente había omitido: volvió a hervir, añadió azúcar, volvió a colar, pero aquel matete terrible “no quiso” cuajarse.

La pobre Meg suspiraba por correrse hasta la casa de su madre, con delantal y todo, a pedir ayuda. Pero Juan y ella habían acordado que nunca molestarían a nadie con sus problemas, ni con sus experiencias, ni con sus peleas. Y se habían reído mucho al decir esta última palabra, como si la sola idea les pareciese absurda. Pero habían sabido mantener su resolución. De modo que Meg siguió luchando por su cuenta con aquel refractario dulce todo ese largo día de verano, y a las cinco de la tarde no pudo más y se sentó en su cocina vuelta patas arriba, y elevó la voz para... ¡llorar!

Debemos consignar que en el primer entusiasmo de su vida matrimonial Meg había dicho, no una sino muchas veces: “Mi marido se sentirá siempre libre para traer un amigo a casa cuantas veces quiera y siempre me encontrará lista... nada de agitaciones, de regaños, sino que la casa estará siempre arreglada, la esposa de buen ánimo y una buena comida preparada... Juan, querido, nunca te detengas a pedirme permiso, invita a quien quieras y puedes estar seguro de mi acogida.”

¡Qué encantador era todo aquello, por cierto! Juan resplandecía de orgullo al oírsele decir y consideraba una bendición tener una mujer superior. Sin embargo, aunque varias veces tuvieron invitados, nunca fueron inesperados y Meg no había tenido hasta ahora la oportunidad de lucirse.

De no olvidarse Juan completamente de la bendita jalea, hubiese sido imperdonable de su parte elegir aquel día fatídico para traer un invitado a comer sin anunciarlo. Felicitándose interiormente de que se había encargado por la mañana una espléndida comida para la noche y segurísimo de que iba a estar todo listo al minuto de entrar en casa, anticipaba el efecto encantador que iba a hacer al amigo cuando su bonitísima esposa saliera corriendo a recibirlos.

Pero este mundo está hecho para los desencantos, como Juan lo descubrió al aproximarse al Palomar. La puerta del frente, casi siempre abierta y hospitalariamente invitante, hoy no sólo estaba cerrada sino ¡con cerrojo! Y el barro de ayer adornaba todavía los escalones. Las ventanas de la sala estaban cerradas y las cortinas corridas sin que apareciera por ninguna parte la visión de la bonita esposa cosiendo en el porche, toda de blanco con un moñito enloquecedor en el pelo. Nada de todo eso apareció a la vista y sí, únicamente, un muchachito sospechoso dormido entre los matorrales de grosella.

Mucho me temo que haya ocurrido algo. Pasa al jardín, Scott, mientras busco a la señora... -dijo Juan alarmado.

Dando la vuelta a la casa corrió Juan tras un acre olor a azúcar quemada y el señor Scott lo siguió con una mirada extrañada en los ojos. Discretamente, se detuvo al desaparecer Brooke, pero alcanzaba a ver y a oír y, siendo soltero, se divirtió mucho con la situación.

En la cocina reinaba la confusión y la grima: una edición de la jalea chorreaba de cacerola a cacerola, otra yacía ignominiosamente en el suelo, y la tercera se quemaba tranquilamente en el fuego sin que nadie se preocupase. Con su flema teutona, Lotty comía pan con vino de grosella, pues la jalea estaba aún en estado irremisiblemente líquido. A todo esto, la señora de Brooke, sentada, sollozaba, lúgubrementemente.

-¡Queridísima muchacha! ¿Qué es lo que pasa? -gritó Juan con visiones terribles de malas noticias, sin contar la consternación al pensar en el invitado que había quedado en el jardín.

-¡Ay, Juan, estoy cansadísima, enojada y preocupada! ¡Me he pasado todo el día luchando hasta quedar exhausta! -Y la agotada amita de casa se arrojó sobre el pecho dándole una dulce bienvenida en todo el sentido de la palabra.

-Pero ¿qué es lo que te pasa, querida? ¿Ha ocurrido algo malo? -preguntaba inquieto Juan, besando con ternura la punta de la cofia de su mujer.

-¡Sí! -suspiró Meg con tono de desesperación.

-Dímelo pronto, entonces. ¡No llores, porque puedo soportar todo menos eso! ¡Vamos! ¡Desembucha, amor mío! -insistió Juan, con muy poca elegancia.

-¡La... jalea no... cuaja y yo no sé ya qué hacer!...

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Juan Brooke se rió en aquel momento como nunca se atrevió a hacerlo después y el burlón del señor Scott sonrió involuntariamente al oír aquella carcajada estruendosa que puso el toque final a la desesperación de la pobre Meg.

-¿Eso es todo, querida? Pues tirla por la ventana y te la compraré por kilos si la deseas, pero, por Dios, no te pongas histérica, porque he traído a Jack Scott a comer y...

Juan no pudo continuar, pues Meg lo rechazó y cruzó las manos con gesto trágico, exclamando con tono en que se mezclaban la indignación, el reproche y la pena:

-¡Un hombre a comer y todo patas arriba! Juan Brooke. ¿Cómo has podido hacerme esto?

-¡Sh... silencio, que está en el jardín!... Me olvidé completamente de la maldita jalea, y ahora no me puedo echar atrás -expresó Juan contrito, pero contemplando inquieto aquel barullo.

-Debías haberme hecho avisar o habérmelo dicho esta mañana... Y de todos modos, debiste acordarte de la faena que tenía yo hoy -continuó Meg con aspereza-, pues aun las palomitas pican cuando se las irrita.

-Maldito si lo sabía esta mañana y no había tiempo de mandarte avisar, pues me lo encontré cuando salía del trabajo. Ni se me ocurrió pedirte permiso. Siempre me has dicho que hiciese como quisiese en eso de traer invitados. Nunca lo había hecho antes, y que me ahorquen si lo vuelvo a hacer nunca más -agregó Juan con aire agraviado.

-¡Pues no faltaría más que lo hicieras!... ¡No quiero ni ver a ese hombre!... Y no hay comida preparada.

-¡Ésta sí que es buena! ¿Qué pasó con la carne y las verduras que hice mandar esta mañana y con el budín que prometiste hacer? -gritó Juan precipitándose a la despensa.

-No tuve tiempo de cocinar nada: te iba a proponer que comiésemos en casa de mamá... ¡Lo siento, pero estuve tan ocupada! -Y comenzaron de nuevo las lágrimas de Meg.

Juan era un hombre manso pero era también humano, y después de un largo día de trabajo, venir a casa con hambre, cansado y lleno de esperanzas y encontrarse la casa hecha un caos, la mesa vacía y una esposa histérica no son incentivos para la serenidad de ánimo o de modales. Se contuvo sin embargo y la cosa no hubiese pasado de un chubasco sin consecuencias de no haber sido por una sola palabra desgraciada.

-Es un lío, lo reconozco, pero si tú colaboras saldremos del paso y todavía nos vamos a divertir... Haz un esfuerzo e improvísanos algo para comer. Tenemos los dos, hambre de cazadores y no nos vamos a fijar en lo que sea. Danos carne fría y pan y queso... te aseguro que no vamos a pedirte jalea.

Juan no tenía otra intención que la de hacer un chiste inofensivo, pero esa palabrita selló su destino. Meg la interpretó como una pulla cruel sobre su triste fracaso y mientras hablaba se desvaneció el último átomo de su paciencia:

-Tú puedes salir de este lío por tu cuenta y como puedas. Por mi parte, estoy demasiado agotada para esforzarme por nadie. Sólo a un hombre se le ocurriría proponer que dé pan y queso a invitados. En mi casa no haré nada semejante. Llévate a ese Scott a casa de mamá y explícales que estoy ausente, enferma, muerta... cualquier cosa... y los dos se pueden reír de mí y de mi jalea todo lo que quieran; pero aquí no se les dará nada más. -Y habiendo lanzado su desafío sin respirar, Meg arrojó su delantal y abandonó precipitadamente el terreno para ir a desahogarse sola en su cuarto.

Lo que aquellos dos individuos hicieron en su ausencia nunca lo supo, pero el señor Scott no fue “llevado a casa de mamá”, y cuando Meg bajó por fin, después que los dos se habían marchado, encontró restos de un piscolabis de emergencia que le causó horror. Lotty informó que habían “comido mucho, reído mucho” y que el patrón le había mandado que tirase todo el dulce y escondiese los tarritos.

Con todo su corazón Meg deseaba ir a contarle todo a su madre, pero la detuvo un sentido de vergüenza de sus deficiencias y de lealtad hacia Juan, “que podía ser cruel, pero nadie tenía por qué saberlo”. Después de un arreglo sumario de la casa se vistió Meg con toda coquetería y se sentó a esperar que Juan volviese a ser perdonado.

Desgraciadamente, Juan no veía el asunto igual que ella, y no apareció. Con su amigo había tratado el asunto como una broma, había disculpado a su mujercita lo mejor que pudo y se había desempeñado como anfitrión con tan sincera hospitalidad que a Scott le gustó la improvisada comida y prometió volver otro día. Pero aunque no lo demostró, John estaba enojado, pues, según él lo veía, Meg lo había metido en un apuro abandonándolo luego. “No es justo -pensaba- decirle a uno que puede traer gente a comer cuando quiera, con entera libertad, y cuando se lo toma al pie de la letra enojarse y echarle a él toda la culpa, dejándolo en la estacada para que un tercero lo compadezca o ridiculice... No, Señor, por todos los santos del cielo, ¡que no es justo!” Comiendo y bromeando con Scott estaba furioso por dentro, pero cuando pasó la agitación y mientras marchaba de vuelta a su casa, después de despedir a Scott, su humor se apaciguó algo: “¡Pobrecita! -musitaba-. También fue muy duro para ella, que se había empeñado tanto en complacerme... Estuvo mal, es cierto, pero ¡es tan joven! Debo ser paciente y enseñarle.” Esperaba que Meg no hubiese “ido a su casa a contar”, pues detestaba los chismes y la interferencia ajena. Luego, el pensamiento de que Meg enfermase de tanto llorar lo aplacó de nuevo y aceleró el paso, resuelto a estar sereno y bondadoso con Meg pero firme, bien firme, y mostrarle dónde había fallado en sus deberes para con su marido.

Por su parte, Meg también había resuelto estar “serena y bondadosa con John, pero firme” para mostrar a él cuál era su deber. Por momentos anhelaba correr a recibirlo y pedirle perdón, y ser besada y consolada, como estaba segura de que ocurriría, pero, naturalmente, no lo hizo, y cuando vio venir a Juan comenzó a canturrear con toda naturalidad mientras se hamacaba y cosía como si fuese una dama de fortuna sentada en su gran salón.

Juan sufrió algún desencanto al no encontrar a una tierna Niobe; pero seguro de que su dignidad exigía la primera disculpa entró muy reposado, sentándose en el sofá con la siguiente observación, especialmente pertinente:

-Vamos a tener luna nueva, querida.

-No tengo ningún inconveniente -fue la respuesta de Meg, igualmente serena.

Otros cuantos temas fueron introducidos por el señor Brooke y cortados por lo sano por la señora de Brooke, de modo que la conversación languideció lamentablemente. Juan se acercó a una ventana y desplegó su periódico. Meg se aproximó a la otra y cosió, como si ponerle rosetas nuevas a sus chinelas fuese una de las necesidades urgentes de la vida. Ninguno de los dos hablaba y ambos tenían aspecto “sereno y firme”.

“¡Dios mío! -pensaba Meg-, la vida de casada es muy exasperante y, como dice mamá con mucho acierto, necesita de infinita paciencia, además de amor”.

La palabra “madre” sugirió otros consejos maternos dados hace mucho tiempo y recibidos con protestas de incredulidad.

-Juan es un hombre -decía la madre-, pero tiene sus defectos y debes aprender a verlos y a soportarlos con el recuerdo de los tuyos. Es muy decidido, pero no va a ser nunca obstinado si razones con bondad las cosas con él en lugar de oponerte impaciente a ellas. Es también muy exacto y exigente en lo que se refiere a la verdad: un rasgo muy bueno de carácter. No lo engañes nunca, ni de palabra ni de acto, Meg, y recibirás de él la confianza que mereces. Tiene su poquitín de mal carácter, no como el nuestro, un relámpago que pronto pasa, sino esa ira calma y sin arrebatos, rara vez encendida pero que una vez provocada es difícil de calmar. Ten cuidado, querida, de no despertar esa clase de ira contra ti, pues la felicidad y la paz dependen de conservar su respeto. Vigílate, sé la primera en pedir perdón si ambos han estado mal y guárdate de los resentimientos, las malas interpretaciones y las frases precipitadas.

Estas palabras, especialmente las últimas, volvieron a la memoria de Meg mientras cosía a la luz del crepúsculo. Éste había sido el primer desacuerdo serio entre los dos y sus propias palabras apresuradas le sonaban ahora tan tontas como duras y desprovistas de bondad. También su cólera le pareció infantil y se le ablandó el corazón completamente cuando pensó en el pobre Juan llegando a casa para encontrarse con semejante escena. Miró a su marido con lágrimas en los ojos, pero él no las vio; entonces dejó la costura y se levantó pensando: “Seré yo la primera en decir: ¡Perdóname!”, pero él pareció no oírla; cruzó entonces el cuarto muy lentamente, pues el orgullo es difícil de acallar, y se paró al lado de él, pero Juan no volvió la cabeza. Por un minuto Meg creyó que no iba a poder pedirle perdón, ya que tan difícil se le hacía, pero después pensó: “Es sólo el principio, yo haré mi parte y luego no tendré nada que reprocharme.” Y agachándose besó a su marido en la frente con toda suavidad. Naturalmente que eso bastó, y aquel beso penitente valió más que un mundo de palabras. Juan la sentó en las rodillas y al minuto le decía con ternura:

-Fue perverso reírme de tus pobres tarritos de jalea; perdóname, querida, nunca lo volveré a hacer...

Pero lo hizo, y muchas veces más, lo mismo que Meg, y ambos declararon que aquella jalea era la más dulce que nunca se fabricara, ya que la paz familiar se conservó en ese pequeño pote familiar.

Más adelante Meg invitó especialmente al señor Scott a comer y le sirvió un banquete muy agradable sin que una esposa a punto de ebullición fuese el primer plato. Tan alegre y amable estuvo Meg en esta ocasión que todo transcurrió de modo encantador, y el señor Scott dijo a Juan que lo consideraba un tipo muy feliz, lamentándose de los sinsabores de la soltería durante todo el camino de vuelta.

Ese otoño Meg experimentó nuevas tribulaciones y adquirió aún más experiencias. Renovada la amistad con Sarita Moffat, ésta siempre se corría hasta la casita a chismorrear un poco o a invitar a “esa pobre querida” a pasar el día en su gran casa. A Meg le resultaba eso agradable, pues con el mal tiempo se sentía sola muchas veces con Juan ausente de la casa todo el día. Así, pues, fue bastante natural que Meg cayera en la ronda de vida social y chismorreo en que actuaba Sally. Al ver las bonitas cosas que tenía su amiga no podía menos de compadecerse a sí misma porque no las tenía iguales. Sally era muy generosa y a menudo le ofrecía codiciadas bagatelas, pero Meg las rehusaba, sabiendo que a Juan no le gustaría que las aceptase; pero después esta mujercita tonta hizo algo que disgustaría a Juan muchísimo más. Bien enterada de cuál era la entrada de su marido, estaba muy orgullosa de que John se la confiase. Meg sabía dónde guardaba Juan el dinero, tenía libertad para tomar cuanto quisiese con las únicas condiciones de que llevara cuenta de cada centavo gastado, pagar las deudas una vez al mes y recordar que era la mujer de un hombre pobre. Hasta ahora Meg había llevado las cosas muy bien, con prudencia y exactitud, y llevado prolijamente su libreta de cuentas, mostrándoselas a él mensualmente sin ningún temor. Pero ese otoño la serpiente se coló en el paraíso de Meg y la tentó. Como no le gustaba que la compadeciesen ni que le hiciesen sentir su pobreza, de cuando en cuando se consolaba comprándose algo bonito, sólo para que Sally no creyese que tenía que economizar. Siempre se arrepentía después, pues las monedas que compraba rara vez eran necesarias, pero ¡costaban tan poco!... que ni valía la pena preocuparse por ello. Así fueron creciendo las pavaditas y costaren más de lo que pudiera creerse. Cuando a fin de mes echó Meg sus cuentas, la suma total la alarmó bastante. Juan, muy ocupado aquel mes, la dejó a ella a cargo de los gastos; al mes siguiente estuvo fuera de la ciudad, pero el tercero quiso hacer un gran balance trimestral y Meg nunca se olvidó de aquello, pues pocos días antes había hecho una cosa horrible y le pesaba mucho en la conciencia: Sarita había estado comprando sedas y Meg se moría por tener un vestido nuevo, clarito, para fiestas, ya que el suyo de seda negra era muy vulgar; además, los vestidos de finos algodones para la noche eran apropiados únicamente para chicas solteras. La tía March generalmente regalaba veinticinco dólares a cada una de las hermanas con motivo de Año Nuevo. Eso significaba esperar sólo un mes, y en esa tienda había una preciosa seda violeta que era una verdadera pichincha. Meg tenía el dinero; sólo hacía falta que se animara a tomarlo. Juan siempre decía que lo que era de él era también de ella... Sally insistía en que debía comprar aquella seda y ofreció prestarle el dinero. Es decir que, con la mejor intención del mundo, había tentado a Meg mucho más allá de su capacidad económica. En mal momento el tendero levantó los preciosos pliegues relucientes asegurando:

-Una verdadera oportunidad, señora...

-Voy a llevarlo.

Y lo cortaron... y lo pagó y salieron riendo y alegrándose con Sally de la compra como si fuese cosa de poca importancia. Pero al alejarse en el coche de Sarita, Meg se sintió como si hubiera cometido un robo y la persiguiera la policía.

Cuando llegó a la casa trató de aquietar la conciencia extendiendo la hermosa seda, pero ahora le pareció menos tentadora después de todo y las palabras “cincuenta dólares” parecían estampadas como un estigma en cada ancho de la tela. La guardó en el ropero, pero la idea seguía persiguiéndola, no deleitosamente, como debía ser, tratándose de un vestido nuevo, sino terriblemente, como un fantasma... Cuando Juan sacó sus libros aquella noche a Meg se le cayó el alma a los pies, y por primera vez en su vida de casada tuvo miedo de su marido. Aquellos bondadosos ojos pardos tenían aspecto de poder ser severos, y aunque inusualmente alegre aquella noche, Meg se imaginó que ya la había descubierto y que disimulaba. Las cuentas domésticas estaban todas pagadas, los libros todos en orden. John la había elogiado y abría ahora la vieja cartera que solían llamar el “banco”. Sabiendo que estaba completamente vacía, Meg detuvo la mano de su marido diciéndole:

-Todavía no has visto mi libreta de gastos particulares...

Aquella noche Juan tenía aire de querer cuestionar todas sus cifras y fingir horror de sus derroches, como solía hacer en broma, estando en realidad muy orgulloso de la prudencia de su mujer.

Se trajo la libretita y fue colocada ante Juan. Meg se puso detrás de su silla con el pretexto de alisar las arrugas de su frente. Allí parada, exclamó con pánico:

-Juan, querido, tengo vergüenza de mostrarte mi libreta porque he gastado mucho últimamente. Salgo tanto que necesito ropa, ¿sabes?, y Sarita me aconsejó que hiciese esta compra y la hice... pero me arrepentí mucho después, aunque mi dinero de Año Nuevo pagará una parte, pues sabía que tú lo encontrarías mal.

Juan se rió y le dijo:

-No te escondas, vamos, que no te voy a pegar aún si te has comprado un par de zapatos asesinos. Estoy orgulloso del pie de mi mujer y no me importa que gaste siete u ocho dólares en calzado siempre que lo compre bueno.

Ése había sido uno de sus últimos grandes derroches y la mirada de Juan había caído sobre ese renglón mientras hablaba. Y Meg pensaba con un estremecimiento: “¡Qué va a decir, Dios mío, cuando llegue a esos terribles cincuenta dólares!...”

-Se trata de algo peor que calzado... Es un vestido de seda -dijo entonces con la calma que da la desesperación, pues deseaba ya pasar lo peor cuanto antes.

-Bueno, querida, ¿cuál es el “condenado total”, como decía aquel otro?

Eso no parecía cosa dicha por Juan, y Meg sabía que la miraba directamente a los ojos que ella siempre había enfrentado con otra mirada igualmente franca... ¡Ay!... ¡eso era antes!... Volvió la hoja y la cabeza al mismo tiempo, señalando la suma total, que ya era bastante abultada sin aquellos cincuenta dólares, pero que con ese agregado le parecía a Meg espantosa. Por un minuto hubo completo silencio. Luego, dijo Juan muy lentamente:

-Bueno, cincuenta dólares no me parece tanto para un vestido, con todos los adornos y perendengues que se necesitan hoy día para terminar un traje.

-No está hecho, Juan, ni este precio incluye los adornos -dijo Meg, murmurando apenas, pues el repentino recuerdo de todo lo que había que gastar todavía acabó por anonadarla.

-Veinticinco yardas de seda parece mucho para cubrir a una sola mujercita, pero no dudo de que mi consorte va a estar tan elegante como la de Eduardo Moffat cuando se lo ponga -dijo Juan con sequedad.

-Sé que estás enojado, Juan, pero ya no puedo remediar nada. No tenía intención de malgastar tu dinero, pero no creí que esas pequeñas cosas iban a elevar tanto la cuenta y no me les puedo resistir cuando la veo a Sally comprando todo lo que se le ocurre y compadecerme porque yo no lo poseo. Trato de contentarme con lo que tengo, pero es difícil y estoy cansada de ser pobre.

Las últimas palabras fueron dichas tan por lo bajo que Meg creyó que él no las oiría, pero Juan las oyó y lo hirieron profundamente, pues se había negado muchos placeres por Meg. Ella se mordió la lengua al minuto de haber dicho aquello, pues Juan retiró los libros y dijo con algo de temblor en la voz:

-Me temía esto, Meg, pero te aseguro que hago de mi parte todo lo que puedo.

Si la hubiese regañado o aun sacudido por los hombros, como se lo merecía, no se le hubiese partido el corazón como con aquellas pocas palabras. La muchacha corrió hacia él y lo abrazó estrechamente, llorando lágrimas de arrepentimiento:

-¡Oh, Juan, mi bonísimo y querido muchacho! ¡No me hagas caso, que no quise decir eso tan perverso, tan falso y tan ingrato! ¡Cómo pude decir semejante cosa, Dios mío!...

Él estuvo muy bondadoso, la perdonó en seguida y no pronunció un solo reproche, pero Meg sabía que aquello que había dicho no sería olvidado fácilmente, aunque su marido no volviera a referirse a eso. Ella, que había prometido amarlo en las buenas y en las malas; ella, su esposa, le había reprochado su pobreza, después de dilapidarle sin freno las ganancias de su trabajo. Era horrible lo que había hecho, y lo peor fue que Juan permaneciera tan en silencio después. Lo único que cambió fue quedarse hasta más tarde en el centro y trabajar por las noches cuando ella se iba a acostar llorando. Una semana de arrepentimiento casi enfermó a Meg, y el descubrir que Juan había dado contraorden para un sobretodo nuevo que había encargado la redujo a un estado de desesperación que era realmente patético. A sus preguntas respecto a aquel cambio, Juan sólo había respondido sencillamente:

-No puedo pagarlo, querida.

Meg nada dijo, pero unos minutos después Juan la encontró en el “hall” con la cara metida en el viejo sobretodo y llorando como loca.

Esa noche tuvieron los dos una larga conversación y Meg aprendió a querer más a su marido por su pobreza, pues era lo que parecía en realidad haber hecho de él un hombre.

Al día siguiente Meg se puso el orgullo en el bolsillo, se fue a ver a Sally, le contó la verdad y le pidió como un favor que le comprara la seda. La buena de Sarita aceptó el pedido y tuvo la delicadeza de no regalársela inmediatamente. Luego Meg encargó de nuevo el sobretodo y cuando llegó Juan a casa Meg se lo puso y preguntó sonriendo a su marido qué le parecía su nuevo vestido de seda. Es fácil imaginarse la respuesta que habrá dado Juan y qué dichoso fue el estado de cosas que siguió. De nuevo volvía Juan a casa temprano, Meg dejó de callejear con Sally y el sobretodo era puesto todas las mañanas por un marido verdaderamente feliz y quitado todas las noches por la más enamorada de las esposas. Así pasó el primer año y a mitad del verano Meg tuvo otra nueva experiencia, la más profunda y tierna de la vida de una mujer.

Laurie entró furtivamente un sábado a la tarde en el Palomar con gran agitación en el rostro y fue recibido con un batir de timbales, pues Ana batía palmas con una cacerola en una mano y la tapa en la otra.

-¿Cómo está la mamita? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Por qué no me lo dijeron antes de que viniese a casa? -comenzó Laurie en un murmullo bastante alto.

-Feliz como una reina, y todo el mundo está arriba, rindiéndole culto y adorándola; no dijimos nada porque no queríamos vendavales dentro de la casa. Ahora usted se sienta en la sala y yo los mandaré a todos abajo a verlo -con cuya respuesta enigmática Ana desapareció riendo para sus adentros, extática de felicidad.

Poco más tarde apareció Jo llevando orgullosa un envoltorio de franela sobre un gran almohadón. Estaba muy seria pero había un brillo travieso en sus ojos y un sonido raro en su voz que parecía reprimir una emoción que Laurie no acertaba a explicarse.

-Cierra los ojos y abre los brazos -invitó con aire pícaro.

Laurie retrocedió precipitadamente a un rincón y puso las manos atrás:

-No, gracias. Prefiero no agarrarlo. Más seguro que ahora es de día, que lo dejaría caer o lo aplastaría o haría alguna barbaridad por el estilo...

-Entonces no verás a tu sobrinito -dijo Jo decidida, volviéndose como para marcharse.

-¡Bueno, bueno, lo tomaré, pero tú serás responsable por cualquier daño! -Y, obedeciendo órdenes, Laurie cerró heroicamente los ojos mientras le ponían algo en los brazos. Una carcajada de Jo, Amy, la señora de March, Ana y Juan se los hizo abrir de nuevo para encontrarse cargado con dos bebés en lugar de uno.

No es de extrañar que se rieran, pues la expresión de la cara de Laurie era cómica, mirando alternativamente a aquellos inocentes y a los divertidos espectadores con espanto y consternación tales que Jo se sentó en el suelo a llorar de risa.

-¡Mellizos, por Júpiter! -fue todo lo que pudo decir Laurie al principio. Luego, volviéndose hacia las mujeres con una mirada de súplica que era patéticamente cómica, agregó:

-¡Tómelos alguno de ustedes, por favor... que me voy a reír y se me van a caer!...

Juan rescató a sus bebés y comenzó a pasearlos como si ya estuviese iniciado en los misterios del cuidado de los chicos, mientras Laurie se rió hasta las lágrimas.

-¿No es verdad que ha sido éste el mejor chiste del año? -dijo Jo-. Me opuse a que te lo dijeran porque me había propuesto darte la gran sorpresa y estoy orgullosa de haberlo conseguido -y Jo no recobraba todavía el aliento.

-En mi vida me he azorado por nada como esta vez... ¡Qué divertido!... ¿Son varones? ¿Qué nombre les van a poner? Déjenme mirarlos de nuevo. Sosténme, Jo... te aseguro que, por lo que a mí toca, sobra uno... -dijo Laurie mirando a los infantes con todo el aire de un gran San Bernardo benévolo que contemplase a un par de gatitos recién nacidos.

-Varón y mujer. ¿No te parecen dos bellezas? -explicó el orgulloso papá, radiante con sus dos movedizos pergeños.

-Son los chicos más notables que he visto en mi vida. ¿Cuál es cuál? -preguntó Laurie agachándose para contemplar a los dos prodigios.

-A la francesa, Amy le ha puesto una cinta celeste al varón y una rosa a la niña, así se puede saber siempre de cuál se trata. Además, uno tiene ojos azules, y el otro, pardos. ¡Vamos, tío Teddy, dales un beso a tus sobrinos! -propuso Jo con picardía.

-Me parece que no les va a gustar nada... -comenzó Laurie con timidez desusada en él, pero explicable en asunto de aquella índole.

-¿Por qué no? Ya están acostumbrados; ¡los hemos besado tanto!... Béselos usted ahora mismo -ordenó Jo, temiendo que el muchacho propusiese un sustituto para besar a los chicos "por poder".

Laurie se preparó arrugando la cara y obedeció luego con un picoteo cauteloso en cada mejilla que provocó otra risotada e hizo chillar a los chiquitos.

-¿Ven?... ¡les dije que no les iba a gustar!... Ése es el varón, vean cómo pateo... y se defiende con los puñitos. A ver, joven Brooke a ver si te metes con uno de tu mismo tamaño, ¿eh?... -gritaba Laurie, encantado de recibir un empujoncito en la cara de aquel puñito que manoteaba sin saber a quién.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-A él le pondrán Juan Lorenzo y a la chiquita Margarita, como su mamá y su abuelita. La llamaremos Daisy, para que no haya dos Meg. Me supongo que al hombrecito lo llamaremos Jack, a menos que tú le encuentres un nombre mejor -dijo Amy con interés muy propio de una tía.

-Llamémosle “Damajuana” y Demi, para abreviar -propuso Laurie.

-Daisy y Demi, ¡espléndido! Justo lo que queríamos..., ya sabía yo que Teddy arreglaría este asunto dijo Jo encantada, batiendo palmas...

Y por cierto que Teddy lo había arreglado, pues los mellizos fueron Daisy y Demi por toda la vida.

CAPÍTULO XXIX

VISITAS

-¡Vamos, Jo, a vestirse que ya es hora!

-¿Hora de qué?

-No me digas que has olvidado tu promesa de hacer media docena de visitas conmigo esta tarde...

-Muchas son las locuras y audacias que he cometido en mi vida, pero no creo haber estado nunca tan loca como para decir que haría seis visitas en un día cuando una solamente que haga me postra por una semana.

-Pues lo prometiste, Jo, no lo dudes. Acuérdate que fue un pacto entre las dos: yo debía hacerte el retrato a lápiz de Beth y tú ibas a vestirme correctamente y retribuir las visitas de nuestros vecinos.

-Si hacía buen tiempo... eso iba especificado en el contrato y yo me atengo al convenio, señor Shylock. Como hay un respetable montón de nubes por el lado del este y no hace buen tiempo, quedo exenta de mi compromiso.

-Eso es pura evasión, Jo, y tú lo sabes muy bien. Está precioso el día, no hay ni miras de lluvia y siempre te vanaglorias de ser fiel a tus promesas, de modo que sé honorable, cumple con tu deber y ya quedarás libre por seis meses.

En ese tiempo Jo estaba entusiasmada con la costura, pues era modista general de la familia y hallábase satisfecha de saber manejar la aguja igual que la pluma. Era irritante que la interrumpiesen en la preparación de una primera prueba y tener que salir a hacer visitas toda endomingada en un día de tanto calor. Además, odiaba las visitas de etiqueta y jamás las hacía, a menos que Amy la

obligara con algún pacto, soborno o promesa de alguna clase. En el caso presente no tenía escapada, y habiendo arrojado con rebeldía las tijeras, protestando que hasta se olían ya los truenos, cedió por fin, guardó su costura y, tomando su sombrero y sus guantes con aire resignado, anunció a Amy que la víctima estaba preparada.

-Josefina March, ¡tu testadurez es como para provocar a un santo! Me imagino que no querrás salir a hacer visitas con esa facha -gritó Amy contemplándola azorada.

-¿Y por qué no? Estoy limpia, fresca y cómoda y mi vestimenta es perfectamente adecuada para hacer largas caminatas por los senderos polvorientos con este día de calor. Si la gente se fija más en mi ropa que en mí misma, no tengo el menor interés en visitarlos. Tú puedes empaquetarte por las dos y ponerte tan elegante como desees; a ti te sienta bien eso; a mí no, y los firuletes y adornos sólo consiguen fastidiarme.

-¡Oh, Dios mío!; ¿así que estamos con espíritu de llevar la contraria, eh? ¡Ahora no conseguiré nunca que te prepares decentemente! Tampoco a mí me hace ninguna gracia ir hoy, pero es una deuda que tenemos con la sociedad y únicamente tú y yo podemos pagarla. Haré cualquier cosa que me pidas, Jo, con tal que te arregles como es debido y me ayudes a cumplir nuestros deberes sociales. Tú sabes hablar tan bien y tienes un aspecto tan aristocrático cuando te vistes con tus mejores galas, sin contar con lo exquisito de tu comportamiento cuanto te lo propones, que me da mucho orgullo salir contigo y me asusta ir sola, así que tienes que venir.

-Eres una gatita astuta al adular y engatusar a tu hermana gruñona de esa manera. ¿Quién te va a creer eso de que yo sea aristocrática y bien educada y que tú tengas miedo de ir sola a ninguna parte?... ¡No sé cuál de las dos ideas es más absurda! Bueno, iré si es preciso y haré las cosas lo mejor que pueda. Tú serás el comandante de la expedición y yo obedeceré ciegamente, ¿estás satisfecha? -dijo entonces Jo, con un repentino viraje de humor.

-¡Eres un perfecto querubín! Ahora ve y ponte tu mejor vestido y yo te diré cómo has de comportarte en cada casa si es que quieres hacer buena impresión. Quiero que le gustes a la gente, y así sería con solo preocuparte tú de ser agradable. Péinate de ese modo tan tentador que tú sabes y ponte el pimplito rosa en el sombrero; eso alegrará algo tu ropa oscura.

Mientras se vestía, Amy dictaba órdenes y Jo las obedecía, no sin dejar registrada su protesta; sin embargo, sólo con suspiros y mucha dificultad logró entrar en su vestido nuevo de organdí.

-Me siento perfectamente desdichada, pero si tú crees que así estoy bien, moriré contenta.

-Sumamente presentable... muévete despacito y deja que te inspeccione bien. -Jo dio vueltas y Amy prosiguió:- ¡Sí, estás muy bien! Echa los hombros para atrás y lleva las manos sueltas por más que te ajusten los guantes.

-”Tú eres un objeto de belleza y un placer sempiterno” -dijo Jo mirándola con aire de entendida y admirando el efecto de la pluma azul contra el pelo dorado-. Por favor, señora, dígame usted si debo arrastrar mi mejor vestido por el suelo o levantarlo.

-Recógelo cuando caminas en la calle pero déjalo suelto dentro de la casa. A ti te va bien el estilo majestuoso y debes aprender a arrastrar con gracia tus faldas. Te falta abotonar un puño; hazlo en seguida, por favor. Nunca parecerás bien vestida si descuidas un solo detalle, pues son los pormenores pequeños los que completan el conjunto.

Jo suspiró y abotonó el puño, y por fin estuvieron listas y salieran juntas “tan bonitas como pinturas”, según el veredicto de Ana, que se asomó por la ventana de arriba para mirarlas.

-Veamos ahora, Jo. Los Chester son los primeros de la lista. Es gente que se precia de su elegancia, así que quiero que asumas allí tu mejor comportamiento. No salgas con alguno de tus exabruptos, ni hagas nada raro, ¿sabes? Simplemente conserva la calma, sé serena y habla poco. No te será difícil portarte así durante un cuarto de hora -aconsejó Amy al llegar a la primera casa.

-Veamos, veamos... serena, reposada y silenciosa, ¿eh? Sí, creo que puedo prometértelo, pues una vez representé en el teatro el papel de una muchacha remilgada y ahora lo volveré a hacer. Tú no sabes de lo que soy capaz, pero déjame y verás...

Amy pareció conforme, pero la pícara Jo la tomó al pie de la letra y durante la primera visita se quedó sentada con sus miembros en perfecto reposo y cada pliegue de su vestido cayendo graciosamente, serena y reposada como un banco de nieve y tan callada como la esfinge. Fue inútil que la señora de Chester se refiriera a “su encantadora novela” y que las señoritas de Chester introdujeran temas variados, como fiestas, picnics, la ópera y las modas... Todos y cada uno fueron contestados con una sonrisa, un saludito y un tímido “sí” o “no” con un poco de hielo de yapa. Fue en vano que Amy le telegrafiasse: “Habla”, y que tratase de sonsacarle; le administrase golpecitos disimulados con el pie. Ahí se quedaba Jo, como si todo aquello no ocurriese, y su comportamiento fue como el rostro de Maud “heladamente correcto, espléndidamente paralizado”.

-¡Qué persona altanera y poca interesante es la mayor de las March! -fue el veredicto desgraciadamente audible de una de las señoras de la casa al cerrarse la puerta tras las visitas. Jo se rió en silencio al atravesar el “hall”, pero Amy estaba muy mortificada con el fracaso de sus instrucciones y, naturalmente, le echó la culpa a Jo.

-¿Cómo pudiste entenderme tan mal? Sólo quería que actuases con compostura y dignidad y no que te quedaras tiesa como un palo. Trata de ser sociable en lo de Lamb, chismorrea como las demás chicas y toma interés en las modas, los flirts o cualquier otra cosa que se hable por tonta que te parezca. Son gente que actúa en la mejor sociedad y nos puede ser muy valiosa su amistad. Por nada querría dejar allí una mala impresión.

-Me mostraré agradable, chismorrearé y echaré risitas y me horrorizaré o extasiaré como hacen ellas a propósito de cualquier tontería. Eso me gusta, la tendré a May Chester de modelo. Verás si no dicen:

“¡Qué muchacha simpática y animada es Jo March!”

Amy estaba inquieta, sin embargo, y tenía razón, pues cuando Jo se ponía juguetona no se sabía a dónde iría a parar. Había que ver el rostro de Amy al deslizarse su hermana en la sala de los Lamb, besar con efusión a todas las chicas, sonreír afablemente a los caballeros y tomar parte en la charla con gran espíritu. De Amy se posesionó la señora de Lamb, pues le tenía especial preferencia, y la chica se vio obligada a escuchar el largo relato sobre el último ataque de Lucrecia mientras tres encantadores jóvenes la rondaban, esperando el momento de ir a salvarla. En tal situación le fue imposible frenar a Jo, que parecía poseída del espíritu de travesura y hablaba con tanta volubilidad como la dueña de casa. Había un montón de cabezas a su alrededor y Amy aguzaba el oído para enterarse de lo que ocurría, pues las frases que llegaba a escuchar la alarmaban bastante. Podemos imaginar su sufrimiento al enterarse de diálogos como el siguiente:

-Es una jinete magnífica, ¿quién le enseñó a cabalgar?

-Nadie; solía practicar sosteniendo las riendas y sentándose bien derecha en una vieja montura sobre un árbol. Ahora puede cabalgar cualquier animal, pues no sabe lo que es miedo, y el dueño de la caballeriza le deja baratos los caballos porque ella se los entrena muy bien para conducir señoras. Tiene tal pasión por los caballos que suelo decirle que si le falta todo lo demás puede ganarse la vida domando potros.

Al oír semejante horror Amy pudo a duras penas contenerse, pues se estaba creando la impresión de que ella era audaz y despreocupada, que era precisamente lo que más odiaba en un señorita. Pero ¿qué podía hacer la pobre Amy? La señora estaba sólo en mitad de su relato y mucho antes que hubiese terminado Jo ya había empezado otra conversación, revelando quién sabe qué cosas cómicas de sus vidas privadas.

-Sí, aquel día Amy estaba desesperada porque todos los caballos buenos habían sido alquilados.

-¿Y qué hizo? -preguntó uno de los risueños caballeros, a quien interesaba mucho el tema.

-Se enteró de que había un potrillo en una granja del otro lado del río que nunca había sido montado por una mujer. Amy resolvió probarlo porque era brioso y de buena estampa. Sus luchas fueron patéticas, porque no había quien lo ensillase. Ella misma llevó la montura a remo por el río, se la puso sobre la cabeza y marchó así hasta el galpón, ante el asombro del viejo dueño del caballo.

-¿Y lo montó por fin?

-Ya lo creo que sí, y se divirtió la mar. Yo esperaba verla traer a casa en pedacitos, pero no, señor, lo manejó admirablemente y fue el alma de la fiesta.

-Bueno, eso lo que yo llamo coraje -expresó el joven Lamb volviéndose a mirar a Amy con aprobación y preguntándose qué podía estar diciendo su madre a la muchacha para que estuviese tan roja.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Todavía se puso más colorada y se sintió más incómoda al rato cuando un giro de la conversación introdujo el tema de los vestidos. Una de las señoritas preguntó a Jo dónde había comprado el bonito sombrero marrón claro que había llevado al picnic, y la estúpida de Jo, en lugar de mencionar el nombre de la tienda donde fue comprado hacía dos años, tuvo que responder con franqueza innecesaria:

-Oh, Amy lo pintó. No se pueden conseguir esos tonos suaves, así que nosotros los pintamos del color que queremos. Es una gran cosa tener una hermana artista.

-Pues me parece una idea muy original -pronunció la mayor de las señoritas de Lamb, que encontraba a Jo muy divertida.

-Eso no es nada comparado con algunas de las demás cosas que ejecuta. No hay nada que no sepa hacer esa chica. Para la fiesta de Sally Moffat quería tener zapatos azules, así que pintó los viejos blancos de ella del tono más precioso de celeste que habréis visto nunca y quedaron exactamente como si hubiesen sido de raso -agregó Jo con tal aire de orgullo por los logros de su hermana que sólo consiguió exasperar a Amy, quien tuvo ganas de arrojarle su carné de tarjetas para aliviar su indignación.

-El otro día leímos un cuento suyo y nos gustó muchísimo -observó la mayor de las Lamb, deseando complimentar a la dama de letras que en ese momento, debemos decirlo, no lo parecía en absoluto.

Cualquier referencia a sus “obras” a Jo le hacía mal efecto y se ponía tiesa y tomaba aspecto ofendido, o cambiaba de tema con alguna observación brusca como la que hizo ahora:

-Siento que no encontrase usted nada mejor que leer. Sólo escribo esas “tonterías” porque se venden y el común de la gente gusta de ellas. ¿Irá usted a Nueva York este invierno?

Como la señorita de Lamb había disfrutado de veras con el cuento de Jo, semejante frase no era ni agradecida ni halagadora. Jo se dio cuenta en el mismo minuto de haberla dicho, pero temiendo empeorar las cosas, recordó de repente que a ella correspondía la iniciativa de retirada, y así lo hizo tan abruptamente que dejó a la gente con frases a medio terminar.

-Amy, tenemos que irnos... ¡Adiós, querida!, no deje de venir a vernos, nos morimos por las visitas. No me animo a pedírselo a usted, señor Lamb, pero si viniera, no creo que tuviese alma de despedirlo...

Jo dijo todo aquello con una imitación tan fiel y cómica del modo demasiado efusivo de May Chester, que Amy abandonó la habitación tan pronto como pudo, sintiendo terribles ganas de llorar y reír al mismo tiempo.

-¿Verdad que lo hice muy bien? -preguntó Jo con aire satisfecho cuando se alejaban.

-No podías haber estado peor -fue la respuesta aplastante de Amy-. ¿Cómo se te ocurrió contar todas esas historias de mi montura y de los sombreros, y los zapatos y todo lo demás?

-Porque es divertido y la gente se entretiene. Ya saben que somos pobres, ¿de qué sirve entonces pretender que tenemos caballerizos, nos compramos tres o cuatro sombreros por estación y obtenemos las cosas con tanta facilidad o tan buenas como las de ellas?

-No hay necesidad de revelar todos nuestros trucos exponiendo nuestra pobreza. No tienes ni un ápice de amor propio y nunca aprenderás cuándo debes callarte la boca y cuándo hablar -concluyó Amy con desesperación.

La pobre Jo parecía avergonzada y en silencio se restregaba la punta de la nariz con el pañuelo áspero como si quisiera hacer penitencia por haberse portado mal.

-¿Cómo me tengo que portar aquí? -preguntó cuando se acercaban a la tercera mansión.

-Como se te antoje... Yo me lavo las manos -fue la concisa respuesta de Amy.

-Entonces me voy a divertir. Los muchachos están en casa y lo vamos a pasar muy cómodos.

Una entusiasta bienvenida por parte de tres muchachos grandes y varios preciosos chiquillos suavizaron el espíritu alterado de Jo, dejando a Amy que entretuviera a la dueña de casa y al señor Tudor, que se encontraba allí de visita; Jo se dedicó a la gente joven y encontró el cambio muy edificante. Con sumo interés escuchó historias de escolares, acarició sin murmurar perros pachones y de lanas, estuvo completamente de acuerdo en que "Tom Brown era un tipo estupendo", sin prestar atención a la forma poco elegante del elogio, y cuando uno de los chicos propuso visitar su tanque de tortugas Jo se levantó con una celeridad que hizo que la mamá de la casa le sonriera agradecida por prestar tanta atención a sus chicos.

Dejando a su hermana librada a sus propios medios, Amy procedió a divertirse con todo su corazón. El tío del señor Tudor se había casado con una dama inglesa que era prima tercera de un lord, y Amy consideraba con gran respeto a aquella familia porque pese a su nacimiento y educación americanos y democráticos poseía esa reverencia por los títulos de que la mayoría de nosotros está también atacada. Pero ni aun la satisfacción de hablar con un pariente lejano de la nobleza inglesa hizo que Amy se olvidase del tiempo, y cuando hubo pasado el reglamentario número de minutos se arrancó de mala gana de tan aristocrática sociedad y se puso a buscar a Jo, deseando con fervor que su hermana no fuera a encontrarse en una situación que pudiese significar un bochorno para el nombre de March.

Podía haber sido peor, pero Amy la consideró bastante mala, pues Jo, sentada en el césped con un campamento de muchachos a su alrededor y un perro de patas embarradas sentado en sus faldas, y tenía puesto su mejor vestido de fiesta, contaba una de las travesuras de Laurie a su admirativo auditorio. Uno de los pequeños empujaba las tortugas con la sombrilla preciosa de Amy, otro comía torta y caían las migas sobre el mejor sombrero de Jo, y un tercero jugaba al fútbol con una pelota hecha con sus guantes. Pero todos se divertían mucho, y cuando Jo se levantó a recoger sus estropeadas pertenencias para marcharse, su caballero la acompañó rogándole que viniese otro día porque era muy divertido enterarse de las parrandas de Laurie.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Magníficos muchachos!, ¿no es verdad? Me hacen sentir joven y ágil otra vez -decía Jo caminando con las manos atrás, en parte por hábito, pero también para esconder a los ojos de Amy la sombrilla llena de salpicaduras.

-¿Por qué evitas siempre al señor Tudor? -preguntó Amy, omitiendo con sabia prudencia toda alusión al aspecto ruinoso del atuendo de su hermana.

-No me gusta; se da muchos airetes, desprecia a sus hermanas, preocupa a su padre y no habla con respeto de su madre. Laurie dice que es algo disoluto, y como no lo considero un dato deseable, lo dejo en paz; eso es todo.

-Podías por lo menos tratarlo cortésmente. Apenas si le hiciste la más fría y somera inclinación, cuando en cambio ahora saludaste y sonreíste con la mayor amabilidad a Tomás Chamberlain, cuyo padre tiene almacén. Si hubieses invertido los papeles habrías estado mejor -dijo Amy en tono reprobatorio.

-Nada de eso -replicó Jo, una vez más “en la contraria”. Ni me gusta, ni respeto ni admiro a Tudor, por más que la sobrina del sobrino del tío de su abuelo fuera prima tercera de un lord.

-Es inútil tratar de discutir contigo -comenzó Amy.

-Completamente inútil, querida -interrumpió Jo-, así, pues, pongamos cara amable y dejemos aquí una tarjeta, ya que, evidentemente, los King no están en casa.

Habiendo llenado su función el portatarjetas de la familia, las muchachas siguieron su camino y Jo tuvo ocasión de elevar otra acción de gracias al llegar a la quinta casa, donde les dijeron que las señoritas estaban ocupadas.

-Volvámonos a casa, Amy, y dejemos a tía March para otro día. Podemos visitarla en cualquier momento y es una lástima arrastrar por el camino polvoriento nuestros mejores trapitos, máxime cuando ya estamos cansadas y de mal humor.

-Habla por ti misma, por favor. A la tía le gusta que le hagamos el cumplido de vestarnos bien para hacerle una visita de etiqueta. Es poca cosa, pero a ella le complace y no creo que se te vaya a dañar tu ropa ni la mitad que dejándotela estropear por sucios perros o chicos torpes... Agáchate y deja que te saque las migas que tienes en el sombrero.

-¡Qué buena eres, Amy! -dijo Jo con una mirada de arrepentimiento que recorrió desde su ropa estropeada hasta la de Amy, tan impecable como cuando habían salido-. Ojalá fuese para mí tan fácil hacer aquello que gusta a la gente como te es a ti.

Amy sonrió y se ablandó en seguida, diciendo con aire maternal:

-Las mujeres deben aprender a hacerse agradables, y muy especialmente las que son pobres, puesto que no tienen otros medios de retribuir las bondades que reciben.

-Siempre he sido una gran regañona y lo seguiré siendo, aunque admito que tienes razón; sólo que a mí me es más fácil aún arriesgar la vida por alguien que hacérmelo agradable cuando no tengo ganas de cumplidos. Es una gran desventaja que las cosas nos gusten o nos disgusten con tal intensidad, ¿no es cierto?

-Lo peor es no saber disimularlo. Tampoco yo apruebo la conducta de Tudor, igual que tú, pero creo que no me incumbe a mí decírselo, así como tampoco te corresponde a ti, y ¿qué se gana con hacerse desagradable porque lo sea él?

-Pues yo creo que las chicas tienen que mostrar su desaprobación de un muchacho y no veo de qué otro modo pueden hacerlo más que con su comportamiento hacia ellos, ya que de nada sirve sermonearlos, como demasiado lo sé desde que he debido manejar a Teddy. Tengo en cambio pequeños modos de influir sobre él sin decir una sola palabra, y me parece que lo mismo podríamos hacer con otros muchachos si se presenta la oportunidad.

-Teddy es un muchacho extraordinario y no puede tomarse como patrón de prueba -y Amy se expresaba con un tono tan solemne de convicción que hubiese convulsionado de risa al “muchacho extraordinario” si hubiese podido oírla.

-Si fuéramos grandes bellezas o mujeres de gran posición o fortuna quizá podríamos lograr algo, pero tratándose de nosotras no tendría el más mínimo electo mirar señudamente a un grupo de muchachos porque no los aprobamos y sonreír a otros porque nos guste lo que hacen. Sólo lograríamos que nos considerasen raras o puritanas.

-Así que tenemos que apoyar a gente que detestamos nada más que porque no somos bellezas o millonarias; ¡vaya una moralidad!

-No sé discutirte sobre ese asunto. Sólo sé que así pasan las cosas en este mundo, y lo único que conseguirá quien quiera oponerse será prestarse al ridículo.

-Tú perteneces al grupo antiguo y yo al nuevo. A ti te va a ir mejor en la vida, pero es probable que yo me divierta más.

-Bueno, compónte ahora y no inquietes a tía March con tus ideas nuevas.

-Siempre trato de no hacerlo, pero parezco poseída de algún espíritu que me hace salir con alguna frase abrupta o alguna idea revolucionaria. Es mi destino y no lo puedo remediar.

Encontraron a tía Carrol con la anciana, ambas absortas en un asunto al parecer muy interesante. Se interrumpieron al entrar las chicas y su aspecto algo corrido mostraba a las claras que las sobrinas habían sido el tema de su conversación. Jo no estaba de buen humor sino colocada de nuevo en la posición de “llevar la contra”, que le era tan frecuente; en cambio Amy, que había cumplido concienzudamente con sus deberes sociales sin perder los estribos y dando gusto a todo el mundo, estaba en estado de ánimo verdaderamente angelical. Este espíritu afable se advirtió en seguida, pues las dos señoras empezaron a decirle “querida” con todo afecto, reflejando claramente lo que más tarde comentaron entre ellas: “Esa criatura mejora cada día.”

-¿Vas a ayudar en la “kermese”, querida? -preguntó tía Carrol cuando Amy se sentó a su lado con aquel aire de confianza que las personas mayores valoran tanto en los jóvenes.

-Sí, tía. Me invitó la señora de Chester y yo me ofrecí para atender un quiosco, ya que no tengo otra cosa que mi tiempo con que contribuir.

-Pues yo no -interpuso Jo con decisión-. Odio que me traten con aire protector, y los Chester se creen que nos hacen un favor con dejarnos ayudar en su aristocrática feria. Me asombra que tú te prestes, Amy, ya que lo único que quieren ellos es hacerte trabajar.

-Y lo haré de muy buena gana. La feria es un beneficio, y creo que es amable de parte de ellos que me permitan participar de la tarea y también de la diversión. La “protección” no me molesta cuando me la brindan con buena intención.

-Muy bien, querida, así se debe pensar, y me complace tu espíritu agradecido, pues da mucho placer ayudar a quien sabe apreciar nuestros esfuerzos. Hay quien no lo hace, y eso molesta -observó tía March mirando por encima ríe sus anteojos a Jo, que se había sentado algo aparte y se hamacaba con expresión malhumorada.

Si Jo hubiese siquiera sospechado la gran felicidad que estaba jugándose en la balanza para una de ellas dos se hubiera puesto en el acto mansa como una paloma, pero desgraciadamente no tenemos ventanas en el pecho y no podemos saber lo que está pasando en la cabeza de los demás.

-A mí no me gustan los favores, me oprimen y me hacen sentir como una esclava. Prefiero hacer todo por mí misma y ser completamente independiente.

-¡Ejem! -tosió tía Carrol despacito, echando una mirada a tía March-. ¡Te lo había dicho!

Inconsciente -por suerte- de haber hecho nada malo, Jo siguió hamacándose con la nariz al aire y un aspecto revolucionario que no tenía nada de atrayente.

-¿Qué tal anda tu francés, querida? -preguntó la señora de Carrol, poniendo su mano sobre la de Amy.

-Bastante bien, gracias a tía March, que me permite hablar con Esther cuantas veces quiera -respondió Amy con una mirada agradecida que hizo sonreír afablemente a la anciana.

-¿Y tú cómo estás en idiomas? -preguntó entonces la señora de Carrol a Jo.

-No sé ni una palabra... No tengo paciencia para estudiar y no puedo soportar el francés; es un idioma resbaladizo y tonto -fue la respuesta poco amable de Jo.

Entre las dos señoras se cruzó otra mirada y tía March dijo luego a Amy:

-Ahora estás muy bien, ¿verdad, querida? Creo que estás bien fuerte y que ya no tienes molestias a los ojos, ¿eh?

-Ya no me molestan nada, gracias, tía. Me siento muy bien y pienso hacer grandes cosas este invierno, así podré estar preparada para ir a Roma cuando llegue esa feliz oportunidad.

-Muy bien, criatura... lo mereces y estoy segura de que algún día has de ir -dijo entonces tía March con una caricia aprobatoria a la cabeza de Amy al agacharse ésta para recogerle el ovillo de lana.

Gruñona, no busques placer. Siéntate al fuego a tejer... chilló Polly, el loro de tía March, bajándose de su alcándara para espiar la cara de Jo con aire tan cómico que fue imposible no soltar la risa.

-¡Qué pájaro tan observador! -dijo la anciana.

-¿Vienes a pasear, querida? -gritó Polly yéndose a saltitos hasta el armario de la loza con una mirada que pedía a gritos: ¡azúcar!

-Gracias, así lo haré. Vamos, Amy. -Y Jo puso fin a la visita cada vez más convencida de que esa actividad tenía un efecto fatal en ella. Se despidió con varoniles apretones de mano, pero Amy besó a las dos tías y al parar las muchachas dejaron tras ellas una impresión de sombra que hizo exclamar a tía March en cuanto las chicas desaparecieron de su vista:

-Es mejor que lo hagas en seguida, María. Yo pondré el dinero.

Y tía Carrol añadió:

-Ya lo creo que lo haré, siempre que el padre y la madre lo consientan.

CAPÍTULO XXX

CONSECUENCIAS

La feria de la señora de Chester era tan elegante y selecta que las muchachas de la vecindad consideraban un gran honor que las llamasen para atender un quiosco. Invitaron a Amy, pero no a Jo, lo cual fue una suerte para ambas, pues Jo andaba esa temporada con los brazos en jarra y en contra de todo el mundo. La “muchacha altiva y poco interesante” fue dejada en paz y sola, mientras que el talento y buen gusto de Amy recibieron un justo homenaje con la asignación del quiosco dedicado al arte. La muchacha se empeñó realmente para preparar y conseguir elementos valiosos y apropiados para enriquecerlo.

Todo anduvo como sobre ruedas hasta la víspera de la inauguración; entonces ocurrió una de esas escaramuzas difíciles de evitar cuando tratan de trabajar juntas unas veinticinco mujeres, viejas y jóvenes, cada una con sus gustos, prejuicios y resentimientos particulares.

May Chester tenía celos de Amy porque era más popular que ella, y en este caso especial fueron varias las circunstancias que contribuyeron a aumentar aquel sentimiento. La primera espina fue que el delicado trabajo a pluma de Amy eclipsó completamente los jarrones pintados de May; segunda espina: en un baile reciente, el muy conquistador de Tudor había danzado cuatro veces con Amy y sólo una con May. Pero el agravio principal, lo que enconó el alma de May y le dio pretexto para su conducta poco amistosa, fue el rumor repetido al oído de May por alguna chismosa, de que las chicas de March se habían burlado de ella en casa de los Lamb. Toda la culpa de aquello debió recaer en Jo, cuya imitación de May había sido demasiado realista para escapar a la identificación, y los Lamb juguetones habían dejado escapar lo de la broma. Ningún indicio llegó, sin embargo,

a oídos de las culpables y la congoja de Amy puede imaginarse fácilmente cuando, en la noche, mientras Amy ponía los últimos toques a su bonito “stand”, la señora de Chester, resentida por la supuesta burla hecha de su hija, se acercó a Amy para decirle con tono afable pero mirada fría:

-Parece, querida, que hay entre las chicas la idea de que este quiosco no debe ser atendido por nadie más que por una de mis hijas. Como ocupa el sitio más visible y algunos dicen que es el más bonito de la “kermesse” y como mis chicas son las principales organizadoras, se cree mejor que lo atiendan ellas. Lo siento mucho por ti, pero sé que estás demasiado interesada en nuestra causa como para que te importe un pequeño desencanto personal. Naturalmente que, si así lo deseas, tendrás otro quiosco.

La señora de Chester había creído que le sería fácil decir aquel discursito; pero llegado el momento le fue muy difícil hablar con naturalidad, con los ojos de Amy, completamente libres de suspicacia, mirándola fijo, llenos de sorpresa y desazón.

Amy sospechó en seguida que detrás de esto se escondía algo, pero no podía saber qué, y sintiéndose ofendida demostró que lo estaba, aunque respondió muy serena:

-Quizá preferirá usted, señora, que yo no atienda ningún “stand”.

-¡Vamos, querida, no te resientas, te lo ruego, no es más que un asunto de conveniencia...!, es natural que mis hijas tomen la delantera y esta mesa se considera el lugar que les corresponde. Por mi parte, lo creo el lugar más apropiado para ti y te estoy muy agradecida por tu empeño en embellecerlo... Ya veré que se te dé un buen quiosco. ¿No te gustaría el “stand” de flores? Las chicas más jóvenes se habían hecho cargo de él, pero están desanimadas... Tú puedes hacer de él algo encantador, y el puesto de flores es siempre un lugar muy atrayente...

-Especialmente para los caballeros -agregó May, con una mirada que iluminó a Amy respecto de la causa de su caída desde el sitio de preferencia que antes ocupara. La pobre Amy enrojeció de ira, pero no hizo ningún otro caso de aquel sarcasmo de muchacha y respondió con afabilidad:

-Cuando usted desee, señora, dejaré inmediatamente mi puesto aquí, y si usted quiere atenderé el de las flores.

-Puedes llevar tus cosas si lo deseas y ponerlas en tu quiosco -le dijo entonces May, cuya conciencia le remordió algo al mirar los pequeños atriles tan bonitos con los dibujos a pluma de Amy, las conchillas pintadas y las delicadas iluminaciones que la joven había hecho con sumo cuidado y arreglado con tanta gracia. La intención de May era buena, pero Amy la interpretó mal y le contestó, rápidamente:

-Por cierto, si es que te incomodan... -Y arrastrando con todas sus pertenencias, que llevó en su delantal en informe montón, se retiró con la idea de que tanto ella como su arte habían sido insultados fuera de toda posibilidad de perdón.

-¡Bueno! ¡Ahora se nos enojó! Ojalá no te hubiese pedido que hablastes, mamá -dijo May desconsolada al mirar los espacios vacíos de su “stand”.

-Las peleas entre chicas pronto pasan -replicó su madre, sintiendo, con mucha razón, vergüenza por la parte que había desempeñado en ésta.

Las pequeñas recibieron encantadas a Amy con sus tesoros, y esa bienvenida cordial calmó bastante su espíritu alterado e inmediatamente se puso a trabajar, decidida a triunfar en la floral, ya que no había podido en lo artístico. Pero todo parecía ponerse en su contra: era tarde y ya estaba cansada... Todo el mundo se hallaba demasiado ocupado con sus propios problemas para ayudarla y las chiquillas eran más bien estorbos que ayuda, porque charlaban como cotorras y hacían una alharaca increíble causando la más terrible confusión con sus esfuerzos inocentes por tener todo en orden perfecto. El arco de siempreverdes no quería mantenerse firme y se tambaleaba amenazando desplomarse sobre su cabeza en cuanto se llenasen las canastas colgantes; su mejor teja pintada sufrió una salpicadura de agua que dejó una mancha color sepia en la mejilla de Cupido; martillando se lastimó las manos y tomó frío trabajando en una corriente de aire, lo cual la llenó de temores para el día siguiente. Cualquier muchacha que haya sufrido inconvenientes parecidos va a sentir junto con Amy y le deseará buena suerte para terminar con bien su tarea.

En la casa produjo gran indignación el relato que hizo Amy esa noche de lo sucedido. Su madre lo consideró una vergüenza, pero también opinó que Amy había procedido muy bien. Beth declaró que ni pisaría la feria y Jo quería que Amy retirara todos sus trabajos y dejase que esa mezquina gente se las arreglase sin ella.

-Que ellos sean mezquinos no es una razón para que lo sea yo. Odio ese tipo de “toma y daca”, y aunque creo tener derecho a sentirme lastimada no pienso demostrárselo. ¿No te parece, mamá?

-¡Ya lo creo, querida, ése es el espíritu que hay que tener...!, un beso a cambio de un golpe es siempre lo mejor que se puede dar, por más que muchas veces no sea nada fácil -contestó la madre con aire de hablar por experiencia.

A pesar de varias tentaciones que sintió Amy de mostrar resentimiento y de tomar represalias, se atuvo a su resolución todo el día siguiente, empeñada en conquistar a su enemigo a fuerza de bondad. Al principio todo fue bien gracias a una advertencia que recibió inesperada pero muy oportunamente. Cuando arreglaba su “stand” esa mañana Amy tomó una de sus producciones preferidas, un librito cuyas hojas de pergamino había iluminado muy bellamente para ilustrar varios textos. Mientras recorría con justificado orgullo las páginas ricas en delicados dibujos, su mirada cayó sobre un verso que la hizo detenerse a pensar: Rodeadas de un marco brillante de dibujos en volutas escarlata, azul y oro estaban las siguientes palabras: Ama a tu prójimo como a ti mismo.

“Así debiera ser, pero en lo que a mí concierne, no lo consigo” -pensó Amy dejando vagar la mirada de la colorida página a la cara descontenta de May tras los jarrones que no podían esconder los vacíos que antes llenaban las bonitas obras de Amy. Ésta continuó un momento volviendo las hojas del librito. Aun un “stand” de feria puede convertirse en púlpito, y la conciencia de Amy fue la que le predicó un sermoncito tal, y la joven hizo lo que muchos de nosotros no siempre hacemos: tomó el sermón al pie de la letra y lo puso inmediatamente en práctica.

Rodeando la mesa de May había un grupo de muchachas admirando las cosas bonitas que allí se exhibían y comentando el cambio de vendedoras. Al llegar Amy bajaron la voz, y Amy sabía que estaban hablando de ella, es decir, oyendo sólo un lado de la cuestión y juzgándola según eso. No fue agradable, pero Amy iba ahora animada de un nuevo espíritu, y en seguida se presentó la ocasión de demostrarlo, pues oyó a May que decía:

-Es una lástima, pues no hay tiempo de hacer otras cosas y no quiero llenar los claros con cualquiera. La mesa estaba completa antes..., ahora está echada a perder.

-Creo que Amy las volvería a traer si se lo pidiesen -sugirió alguien.

-¿Cómo podría hacer tal cosa después de todo el barullo que hubo? -comenzó a decir May, pero no terminó, pues la voz de Amy se oyó desde el otro lado del salón, diciendo amablemente:

-Aquí las tienes, May, y te las doy de buena gana sin que me las pidas. Justamente pensaba ofrecértelas, ya que van mejor en tu mesa que en la mía. Tómalas, por favor, y perdóname por haber sido apresurada anoche cuando me las llevé.

-¡Bueno! ¡Eso me ha parecido precioso de su parte! -exclamó una de las chicas.

La respuesta de May no fue audible, pero otra chica, cuyo humor se había agriado exclusivamente haciendo la limonada, añadió con una risita desagradable:

-Sí, muy precioso, ¡porque sabía que no podría venderlas en su quiosco!

Eso sí que fue duro de soportar, ya que nos gusta que sean apreciados nuestros pequeños sacrificios; por un minuto Amy se arrepintió de haber hecho aquello, sintiendo que la virtud no “es siempre su propia recompensa”. Pero lo es -como tuvo ocasión de convencerse más tarde-, pues su “stand” comenzó a prosperar bajo sus manos hábiles, y pronto se levantó su ánimo, pues las chiquillas eran muy cariñosas con ella y aquel pequeño acto había aclarado extraordinariamente el ambiente.

Fue un largo y difícil día para Amy, todo el tiempo sentada allí casi sola, pues pocos son los que compran flores en verano. Además, sus ramos comenzaron a marchitarse mucho antes de llegada la noche.

El “stand” artístico era por cierto el más atrayente; todo el tiempo lo rodeaba un montón de gente y las que lo atendían iban de aquí para allá con caras importantes y repiqueteando las monedas de sus cajas. Amy miraba con frecuencia en esa dirección con aire pensativo, deseando haber estado allí, donde se hubiese sentido cómoda y feliz en lugar de seguir en su rincón sin nada que hacer. Para una chica bonita, joven y alegre, aquello fue no sólo aburrido sino muy mortificante; y la idea de que a la noche la encontrasen ahí su familia, Laurie y sus amigos convirtió la pequeña tribulación en un martirio.

Hasta la noche no volvió a su casa, y por su palidez y cansancio se dieron todos cuenta que el día había sido arduo, aunque Amy no se quejó y ni siquiera les contó lo que había hecho. Su madre le sirvió el té más cariñosa que nunca. Beth le hizo una preciosa guirnalda para el pelo, mientras que Jo asombró a la familia vistiéndose con especial cuidado e insinuando ambigüamente que se iban a dar vuelta los papeles.

-No hagas nada descortés, Jo, por favor, no quiero alharacas. Deja pasar todo y pórtate bien -imploró Amy al salir de nuevo para la feria, esperando encontrarse con un refuerzo de flores para refrescar su pobrecito quiosco.

-Únicamente me propongo hacerme tan atrayente a cuanta persona conozco que se quedará en tu rincón el mayor tiempo posible. Teddy y sus muchachos me darán una manita y todavía nos vamos a divertir mucho -respondió Jo, disponiéndose a esperar a Laurie.

Al poco rato, oyendo el paso fuerte y familiar de su amigo, corrió a recibirlo:

-¿Es mi muchacho el que llega?

-Con tanta seguridad como que es mi chica la que me espera -respondió Laurie, metiendo la mano de Jo bajo su brazo con el aire de un hombre que ve satisfechos todos sus deseos.

-¡Ay, Teddy, no te imaginas lo que pasa! -Y Jo relató con verdadero celo fraternal los pormenores de las injurias sufridas por Amy.

-Un montón de muchachos vienen luego, y que me ahorquen si no los obligo a comprar hasta la última flor que tenga en el quiosco y a que acampen luego al pie de su mesa -dijo Laurie, abrazando con calor la causa de Jo y Amy.

-Dice Amy que las flores no están nada lindas y que las frescas pueden no llegar a tiempo. No quisiera ser injusta o suspicaz. Pero no me sorprendería que no llegaran a ninguna hora. Cuando la gente comete un primer acto mezquino, es muy probable que incurran en otro -observó Jo.

-¿Acaso Enrique no le dio las mejores que teníamos, como se lo ordené.

-No sabía yo eso; creo que se le olvidó, y como tu abuelo no estaba muy bien no quise fastidiarlo pidiéndoselas, aunque de veras las necesitábamos.

-¡Vamos, Jo! ¿Cómo pudiste pensar que había la menor necesidad de pedir las? Sabes muy bien que todo lo que tengo es tuyo. ¿Acaso no vamos siempre a medias en todo? -comenzó Laurie con el tono que siempre convertía a Jo en un cacto.

-¡Dios me libre! ¡Nada de eso!... La mitad de muchas de tus cosas no me convendrían en absoluto. Pero nada de quedarnos aquí hablando pavadas cuando tengo que ayudar a Amy. Ve y ponte tan espléndido como puedas... Y si le dices a Enrique que lleve flores lindas hasta el local de la feria, te bendeciré para siempre...

-¿No podías hacerlo ahora mismo? -preguntó Teddy con tono tan insinuante que Jo le cerró la verja en las narices con prisa-nada hospitalaria, gritándole por entre los barrotes-: ¡Anda, Teddy, vete, que estoy ocupada!

Y gracias a aquellos simpáticos conspiradores, los papeles se invirtieron de veras aquella noche.

Para empezar, Enrique, el jardinero de los Laurence, mandó una selva de flores, y además una preciosa cesta arreglada como sólo él sabía, para el centro de la mesa; luego la familia March se presentó en pleno y Jo se empeñó de tal modo y con tanto éxito que la gente no sólo acudía al quiosco, sino que se quedaba allí riéndose de sus disparates, admirando el buen gusto de Amy y aparentemente divirtiéndose la mar. Laurie y sus amigos, con sin par galantería, convergieron al lugar, compraron los ramos, acamparon al pie de su mesa e hicieron de aquel rincón el más animado de la feria. Amy estaba ahora en su elemento y llegó a la conclusión de que la virtud era su propia recompensa, después de todo.

En cuanto a Jo, se comportó con ejemplar corrección, y luego, una vez que Amy estuvo feliz, rodeada de su guardia de honor, se puso a circular por el salón, recogiendo fragmentos de chismografía, que por fin la iluminaron respecto de la causa del cambio de frente de los Chester. Tuvo que reprocharse la pobre Jo por la parte que le había correspondido en el asunto, resolviendo exonerar a Amy de toda culpa, tan pronto como fuese posible; también se enteró de la acción de Amy, devolviendo las cosas esa mañana, y consideró a su hermana un modelo de magnanimidad. Al pasar por el quiosco de arte buscó las obritas de Amy y no vio ni rastros de ninguna. “Escondidas, sin duda, para que nadie las vea”, pensó Jo, que era muy capaz de perdonar sus propios agravios pero no los infligidos a su familia.

-Buenos días, Jo. ¿Cómo le está yendo a Amy? -preguntó May con tono conciliador, como para demostrar que ella también sabía ser generosa.

-Ya ha vendido todo lo que valía la pena de venderse y ahora se está divirtiendo. El puesto de flores es siempre atrayente... especialmente para los caballeros.

Jo no pudo resistirse a dar ese picotazo, pero May lo tomó con tanta mansedumbre que Jo se arrepintió al minuto de haberlo dado y se puso a elogiar los grandes floreros de May, que seguían sin venderse.

-¿Está por ahí la iluminación que hizo Amy? Me gustaría comprarla para mi padre -preguntó Jo.

-Todo lo de Amy fue vendido hace mucho; me preocupé de que lo viese la gente que convenía y nos ha significado una buena suma de dinero -replicó May, quien, igual que Amy, había aprendido aquel día a vencer varias tentaciones.

Llena de gusto corrió al puesto de flores a dar la buena nueva a Amy, que estuvo tan sorprendida como emocionada con la noticia de las palabras y el tono de May.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Ahora, caballeros, quiero que vayan a cumplir con su deber en los demás puestos como lo han hecho con el mío... especialmente el quiosco de arte -les dijo Amy, dando sus órdenes al “Clan de Teddy”, como llamaban las chicas a los amigos de Laurie.

-¡A la carga, Chester, a la carga!... -decía la incorregible Jo cuando la falange se preparaba para tomar el campo.

-"Oír es obedecer, pero marzo es mucho más bello que mayo"-recitó el pequeño Parker, haciendo un enorme esfuerzo para estar ingenioso y tierno al mismo tiempo, para no conseguir mas que un balde de agua fría por parte de Laurie, quien le contestó:

-Muy bueno, muy bueno, chiquito, no está mal para un chiquitín... -y lo despachó con un golpecito paternal en la cabeza.

-Compra los jarrones -murmuró Amy al oído de Laurie, como toque final de aquel día de generosidades.

Con gran deleite de May “el señor Laurence” no sólo compró los jarrones sino que anduvo paseándose por todo el salón con uno bajo cada brazo.

Tía Carrol estaba allí y se enteró de la historia, pareció complacida y llevando a la señora de March a un rincón le susurró algo al oído que puso a esta señora radiante de satisfacción, observando desde ese momento a Amy con expresión en que se mezclaban el orgullo y la inquietud, aunque no reveló la causa de su placer hasta varios días después.

La feria fue declarada un éxito, y esa noche, al darle las buenas noches a Amy, May se abstuvo de “representar” como tenía por costumbre, sino que le dio un beso afectuoso que decía “perdona y olvida” con más elocuencia que una efusión de palabras.

-Amy, tienes muchos más principios, nobleza y carácter de lo que yo creía. Te has portado con dulzura y te respeto con todo mi corazón -le dijo Jo con calor cuando juntas se cepillaban el pelo esa noche.

-Sí, querida, todas sentimos igual y te queremos mucho por estar tan dispuesta a perdonar. Debe de haberte costado mucho, después de trabajar tanto tiempo creyendo que ibas a vender tú las bonitas cosas necias. No creo que yo hubiese podido hacer lo que tu hiciste -agregó Beth desde su almohada.

-Vamos, chicas, no tienen por qué elogiarme tanto, pues solo hice o que me hubiese gustado que hiciesen por mí. Ustedes se ríen de mí cuando les digo que quiero ser una dama, pero lo que quiero decir es una verdadera “señorita”, tanto de corazón como de modales, y pienso seguir tratando de serio vasca donde llegue mi ciencia. No sé como explicarlo con exactitud, pero mi aspiración es estar por encima de todas esas pequeñas mezquindades y tonterías y defectos que echan a perder a tantas mujeres. Espero que con el tiempo llegue a ser como es mamá.

Amy hablaba muy en serio y Jo le dijo con un abrazo cordial:

-Ahora entiendo lo que quieres decir y nunca más me voy a reír. Estás adelantando más rápido de lo que tú crees, y yo, por mi parte, voy a tomar lecciones de cortesía en ti, pues creo que tú has aprendido el secreto. Sigue ensayando, querida, y un día tendrás tu recompensa y nadie va a estar más encantada que yo.

Una semana después Amy obtuvo su recompensa y la pobre Jo encontró muy difícil servirse encantada. Llegada una carta de tía Carroll, se iluminó de tal modo el rostro de la señora March con su lectura, que Jo y Beth, que estaban con ella, exigieron saber cuál era la feliz noticia.

-Tía Carroll se va a Europa el mes que viene y quiere...

-¡Que vaya yo con ella! -prorrumpió Jo saltando de la silla en éxtasis incontrolable.

-No, querida, no tú, sino Amy.

-¡Oh, mamá, Amy es muy chica y a mí me toca primero! ¡Hace tanto tiempo que lo deseo... y me haría tanto bien y todo sería tan espléndido! ¡Tengo que ir yo!...

-Me temo que es imposible, Jo. Tía Carrol dice específicamente Amy en su carta y no nos corresponde imponer nuestro deseo cuando nos brinda semejante favor.

-Siempre lo mismo, Amy es la que se divierte y yo la que trabajo. ¡No es justo, no es justo!... -gritaba Jo con pasión.

-Mucho me temo que sea por culpa tuya, querida. Cuando tía Carrol me habló de ello el otro día lamentó tus modales bruscos y tu espíritu demasiado independiente, y en esta carta dice como si citara palabras oídas: “Primero había proyectado llevar a Jo, pero como los favores la agobian y odia el francés, creo que no me voy a animar a invitarla. Amy es más dócil, será una buena compañía para Flo y va a recibir con gratitud cualquier beneficio que este viaje le proporcione”.

-¡Ah, mi lengua, mi abominable lengua!... ¿Por qué no puedo aprender a callarme? -se lamentaba Jo, recordando palabras que habían sido su ruina.

Oída la explicación, la señora dijo con tristeza:

-Me hubiera gustado mucho que pudieras ir, pero por esta vez no hay esperanza; así que trata de soportarlo con alegría y no entristezcas el placer de Amy con reproches o lamentaciones.

-Trataré -contestó Jo, parpadeando fuerte al arrodillarse a recoger el cesto que había derribado jubilosamente al creerse la afortunada-. La tomaré a la propia Amy de ejemplo y trataré no solamente de parecer contenta sino también de estarlo, sin envidiarle un solo minuto de felicidad... pero no me será fácil, pues esto ha sido para, mí una gran decepción. -Y la pobre Jo mojó con lágrimas bien amargas el grueso alfiletero que sostenía en la mano.

-Querida Jo, es muy egoísta de mi parte, pero yo no podría pasarme sin ti, y me alegro que no te vayas todavía -murmuró Beth abrazándola con cesto y todo, con una expresión de amor tan grande y una actitud tal de dependencia que Jo se sintió confortada a pesar de la pena agudísima que sentía. ¡Ojalá pudiese ir a rogar a tía Carrol que la agobiase con este favor!

Cuando llegó Amy, Jo, ya compuesta, pudo tomar parte en el regocijo general de la familia, quizá con menos entusiasmo que el que le era habitual en esos casos. En cuanto a Amy, debemos consignar que recibió la noticia con gran júbilo, empezó a andar por la casa como en un solemne raptó de arrobamiento, y esa misma noche comenzó a poner en orden sus pinturas y lápices de color, dejando las insignificancias tales como ropa, dinero y pasaportes para quienes estuvieran menos absortos que ella en visiones purísimas de arte.

-Hay que ver, chicas, que éste no es para mí simplemente un viaje de placer -les decía con aire importante mientras raspaba su paleta-. Se va a decidir mi carrera, y si es que poseo algún genio lo descubriré en Roma.

-Supongamos que no lo tengas... -le dijo Jo mientras cosía sin parar.

-Entonces, cuando vuelva, me pondré a enseñar dibujo para ganarme la vida -replicó la aspirante a la fama con filosófica compostura, pero con un gesto de disgusto ante tal perspectiva, y siguió raspando la paleta como proponiéndose tomar enérgicas medidas antes de renunciar a sus esperanzas.

-No, no vas a hacer nada de eso porque detestas el trabajo de rutina. Te casarás con algún hombre rico y vivirás con lujo asiático por el resto de tus días.

Tal fue el pronóstico de Jo.

-Tus predicciones suelen cumplirse, pero no creo que sea éste el caso, aunque bien que me gustaría, pues si no puedo ser yo artista me encantaría poder ayudar a los que lo son -respondió Amy sonriendo como si el papel de la Dama Generosa le cuadrara mejor que el de la pobre Maestra de Dibujo.

-Pues si ése es tu deseo, lo realizarás. Tus deseos siempre se cumplen; los míos, nunca.

-¿Te gustaría ser tú la que se fuera? -preguntó Amy pensativa.

-¡Ya lo creo!

-Muy bien. De aquí a un año o dos enviaré por ti y cavaremos juntas en el Foro romano buscando reliquias y cumpliremos por fin los proyectos que hicimos tantas veces.

-¡Gracias! Ya te recordaré tu promesa cuando llegue ese día feliz, si es que llega alguna vez -replicó Jo aceptando la magnífica promesa con toda la gratitud que pudo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Como no había mucho tiempo para los preparativos y la casa estuvo en estado de gran agitación hasta el momento de la partida, Jo soportó muy bien la situación hasta que hubo desaparecido el último revoloteo de lazos y cintas. Entonces la pobre Jo se retiró a su gran refugio, la bohardilla, y lloró a todo trapo.

Amy, por su parte, también se portó muy bien hasta que el vapor arrancó, pero justo cuando iban a retirar la planchada, de pronto se dio cuenta de que todo un océano iba a rodar muy pronto entre ella y los seres que más la querían y abrazándose a Laurie, que estaba entre los últimos rezagados, le dijo con un sollozo:

-¡Cuídalos, Laurie, cuídalos por mí...! y si pasara cualquier cosa...

-¡Claro que los cuidaré, querida...!, y si llegase a pasar cualquier cosa iré allá a consolarte...
-respondió Laurie, sin soñar que le iba a corresponder cumplir esa promesa.

Así partió Amy a encontrar el viejo mundo, que siempre aparece joven y hermoso a los ojos jóvenes, mientras su padre y su amigo la miraban desde tierra deseando con fervor que no encontrase a su paso más que buena suerte.

CAPÍTULO XXXI

NUESTRA CORRESPONSAL EXTRANJERA

Londres

Mis queridos:

Aquí estoy, de verdad, sentada a una ventana del frente del Hotel Bath, en Picadilly. No es un lugar elegante, pero tío paró aquí hace años y no quiere saber nada de ir a otra parte; de todos modos, no importa gran cosa, pues no vamos a estar aquí mucho tiempo. De veras que no sé cómo empezar a contarles lo que estoy disfrutando de todo esto. Como sé que nunca podría dar una idea completa, me conformaré con repetirles fragmentos de mi libreta de notas, pues desde el principio no he hecho otra cosa que bosquejar y garabatear.

Les mandé unas líneas desde Halifax cuando me sentía muy mal con el viaje, pero después me ha ido magníficamente, pocas veces mareada, en cubierta todo el día y mucha gente agradable con quien divertirme. Todo el mundo fue bonísimo conmigo, especialmente los oficiales. No te rías, Jo, pero los caballeros son indispensables a bordo de un barco, tanto para tomarse de ellos en casos de apuro como para que nos atiendan y sirvan. Es mejor que se hagan útiles en algo, y sin nosotras creo que fumarían hasta enfermar.

Tanto la tía como Florencia estuvieron mal durante toda la travesía y querían estar solas, así que no bien las había atendido, en cuanto me era posible podía salir a divertirme. ¡Qué paseos en cubierta, qué puestas al sol, qué aire, qué olas! ¡Es tan magnífico viajar! Ojalá hubiese podido

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

venir Beth; ¡qué bien le hubiera hecho! En cuanto a Jo, tal hubiese sido su arrobamiento que ya me la veo sentada en el pescante del palo mayor haciéndose amiga de todos los mecánicos y hablando por el megáfono del capitán.

Todo fue sencillamente divino, pero me dio especial alegría conocer la costa irlandesa. La encontré preciosa aquí, y allá, ruinas en algunos cerros, mansiones señoriales en los valles y ciervos pastando en los parques. Paramos por la mañana muy temprano pero yo no sentí el madrugón, pues la bahía estaba llena de barquitos y la playa de lo más pintoresca. ¡Nunca lo olvidaré!

Uno de mis nuevos conocidos, el señor Lennox, desembarcó en Queenstown, y cuando le hablé de los lagos de Killarney suspiró y me cantó mirándome con ojos en blanco:

Habéis oído hablar de Kate Kerney.

Vive en los lagos de Killarney.

De su mirada huye presuroso,

Pues es fatal y peligroso.

Que lo mire a uno Kate Kerney.

¡Qué cosa más disparatada!, ¿no es cierto?

En Liverpool paramos sólo unas horas, pero como lo encontré sucio y ruinoso me alegré de marcharme. Tío salió apuradísimo a comprarse guantes de piel, horribles zapatones gruesos y un paraguas e inmediatamente se hizo afeitarse a la moda del país. Con eso creyó parecer un británico puro, pero la primera vez que se hizo quitar el barro de los botines el chico lustrabotas supo inmediatamente que era un americano el que llevaba toda aquella indumentaria, y le dijo con una sonrisita: “Ahí tiene, señor, le he hecho la última palabra en lustradas yanquis”, lo cual divirtió a tío muchísimo. Tengo que contarles otra cosa que hizo ese absurdo de Lennox. A su amigo Ward, que siguió con nosotros, le hizo encargarse un ramo para mí; así que lo primero que vi cuando llegué a mi cuarto fue el precioso ramo con “Saludos de Robert Lennox” en la tarjeta; ¿no les parece divertido? Me encanta viajar.

No voy a llegar nunca a hablarles de Londres si no me doy prisa. El viaje fue como pasar en coche por una galería de cuadros, llena de bellísimos paisajes. Me encantaron las granjas, con techos de paja, la hiedra que subía hasta los tejados, las ventanas enrejadas y las mujeres gordas con chiquillos rosados a las puertas. Aun los animales hundidos en trébol hasta la rodilla tenían aspecto más tranquilo que los nuestros, y las gallinas cloqueaban contentas como si nunca se pusieran nerviosas como las nuestras. Nunca he visto tal perfección de colorido, el pasto tan verde, el cielo tan azul, el cereal tan dorado y la madera tan oscura. Estuve en estado de éxtasis todo el camino, y también Florencia. Las dos brincábamos de un lado al otro, tratando de ver todo mientras corríamos a ciento veinte kilómetros por hora. Tía estaba cansada y se durmió, pero tío leía la guía y no quería asombrarse de nada.

Naturalmente que llovía cuando llegamos a Londres, y no hubo nada que ver, sino niebla y paraguas. Así es que descansamos, sacamos la ropa de los baúles e hicimos algunas compras entre un chaparrón y otro. Tía María me compró algunas cosas, pues me había preparado con tanto apuro que no tenía ni la mitad de las que me hacían falta. Me compró un sombrero blanco, con pluma celeste, un vestido de muselina haciendo juego y el más precioso abrigo que podáis imaginaros. Hacer compras en la calle Regent es algo divino, y todo parece baratísimo: buenas cintas a seis peniques la yarda, así que hice gran provisión de ellas, pero los guantes los compraré en París. ¿No es cierto que todo esto suena muy elegante y como de gente rica?

Solo por divertirnos, Flo y yo pedimos un coche de alquiler, un “cab”, mientras tío y tía habían salido, y nos hicimos un regio paseo, aunque más tarde nos enteramos de que las señoritas no salen solas en esa clase de coche. Fue de lo más divertido y extraño, pues cuando estuvimos encerradas con el “delantal” de madera, el cochero salió corriendo tan de prisa que Flo tuvo miedo y me pidió que lo parase. Pero como el hombre estaba allá arriba, no sé dónde, no podía hacerme oír por él. Ni me oía cuando lo llamaba ni me veía cuando le hacía señas con la sombrilla. Por fin, desesperada, descubrí la ventanita en el techo del coche y cuando la abrí empujando con la sombrilla apareció un ojo colorado y una voz aguardentosa dijo:

-¿Qué pasa ahora, señora?

Y puso su caballo a un paso como para asistir a un entierro. Entonces lo llamé otra vez y le dije:

-Un poco más ligero.

Y volvió a salir de nuevo a tontas y a locas, como antes, y tuvimos que resignarnos a nuestro destino.

Hoy, con buen tiempo, fuimos a Hyde Park, cerca de aquí. El duque de Devonshire vive cerca de allí y a menudo veo a sus lacayos haraganeando en el portón de atrás, y el duque de Wellington tiene también su casa muy cerca. ¡Las cosas que vimos, queridas mías!... Resultaba tan gracioso como mirar las páginas de “Punch”. Había duquesas viudas, gordas, paseando en sus landoes rojos y amarillos, con lacayos deslumbrantes de chaquetas de terciopelo y medias de seda, sentados atrás, y los cocheros de pelo empolvado, al frente. Las niñeras, también paquetísimas con los chiquillos más rosados que he visto en mi vida. Chicas bonitas, con aire lánguido y como semidormidas, “dandies”, de sombreros ingleses rarísimos y soldados altísimos, de chaquetas rojas muy cortas y gorras chatas puestas a un lado, tan cómicos que hubiese querido dibujarlos.

“Rotten Row” es una corrupción de Route du Roi, o Camino del Rey, y es ahora una escuela de equitación. Los caballos son espléndidos y los hombres, especialmente los caballerizos, saben montar, pero las mujeres lo hacen muy tiesas, y además saltan, lo cual no se ajusta a nuestras normas. Me moría por mostrarles lo que es un galope americano realmente arrollador, pues ellas no hacían más que trotar del modo más solemne y aburrido del mundo, con sus trajes ajustados y sombreros de copa, que les daban el aspecto de las mujeres de un arca de Noé de juguete.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Por la tarde: la abadía de Westminster; pero no esperéis que os la describa, pues eso es imposible... Sólo diré que fue ¡sublime!... Y para coronar el día más feliz de mi vida de modo apropiado, esta noche iremos a ver a Fletcher, el actor.

Medianoche

Es muy tarde, pero no puedo dejar salir esta carta mañana sin contarles lo que pasó anoche. ¿Quién creen ustedes que vino cuando estábamos tomando el té? ¡Pues los amigos ingleses de Laurie, Fred y Frank Vaughn! ¡Qué sorpresa nos dieron!... Nunca los hubiese reconocido a no ser por las tarjetas. Los dos están altísimos ¡y usan patillas! Fred es buen mozo, al estilo inglés, y Frank aún mejor, pues sólo renquea muy poco y no usa muletas. Por Laurie, se habían enterado de dónde estábamos y venían a invitarnos a parar en su casa, pero tío no quiere ir, de modo que retribuiremos la visita y luego los veremos cuando podamos. Vinieron con nosotros al teatro y ¡nos divertimos tanto!... Frank se dedicó a Florencia y Fred y yo hablamos toda la noche de diversiones pasadas, presentes y futuras como si nos hubiésemos conocido toda la vida. Díganle a Beth que Frank preguntó por ella y que se apenó mucho al saber que su salud no era muy buena. Fred se rió mucho en cuanto le hablé de Jo y mandó “sus más respetuosos saludos al sombrero grande”. Ninguno de los dos se había olvidado del Campamento Laurence y de todo lo que nos habíamos divertido aquel día. Parece que hubiesen pasado siglos desde entonces, ¿no es cierto?

Me muero por verlos a todos, y a pesar de mis pavadas soy, como siempre

Vuestra cariñosa

AMY

París.

Queridas chicas:

En mi última les contaba de nuestra estada en Londres. ¡Qué amables y buenos fueron los Vaughn con nosotros y qué fiestas y paseos tan agradables nos brindaron! Yo disfruté especialmente con la excursión a Hampton Court y la visita al Museo. En Hampton pude ver los cartones de Rafael, y en el Museo salones enteros llenos de cuadros de Turner, Lawrence, Reynolds, Hogarth y todos los demás “grandes” de la pintura. El día en el Parque de Richmond fue encantador también, pues hicimos un verdadero picnic inglés y había espléndidos robles y grupos de venados. Además ¡oí cantar a un ruiseñor y vi una bandada de alondras levantar vuelo! En una palabra, que hemos visto Londres del modo mejor posible gracias a Frank y a Fred. Sentimos mucho marcharnos, pues aunque los ingleses son lentos para aficionarse a uno, una vez decididos a hacerlo no hay quien les gane en hospitalidad. Los Vaughn esperan encontrarnos en Roma el invierno que viene, y yo, por mi parte, sufriré un gran desencanto si eso no sucede, pues Gracia y yo nos hicimos grandes amigas y los muchachos son “tipos estupendos”, como diría Laurie, especialmente Fred.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Bueno, apenas estábamos instalados en París cuando ese joven apareció de nuevo, diciendo que había venido de vacaciones y que se iba a Suiza. Tía se puso seria al principio pero el muy fresco se mostró tan impersonal que la tía no pudo decir nada. Ahora nos va muy bien con él y nos alegramos de que haya venido, pues habla el francés como un parisiense, y no sé lo que haríamos sin él porque tío no sabe ni diez palabras seguidas de francés e insiste en hablar inglés muy fuerte, como si eso ayudase a la gente a entenderlo. La pronunciación de tía es anticuada, y Flo y yo, que creíamos saber bastante, nos encontramos con que no es así, y estamos muy agradecidas de que Fred haga por nosotros el “parlé vu”, como lo llama tío.

¡Nos divertimos enormemente! De la mañana a la noche visitamos puntos de interés en la ciudad o vemos objetos preciosos, interrumpiéndonos para almorzar en los alegres restaurantes y teniendo por todas partes aventuras muy cómicas. Los días de lluvia los paso en el Louvre, haciéndome una verdadera fiesta con las pinturas. Jo frunciría la nariz ante algunas de las más hermosas, porque no tiene alma para el arte, pero yo sí, y estoy cultivando el ojo y el gusto tan rápido como puedo. A Jo le gustaría más las reliquias de los grandes hombres de la antigüedad. He visto el sombrero de Napoleón y su chaqué gris, su cuna de bebé y su viejo cepillo de dientes; también el zapatito de María Antonieta, el anillo de San Dionisio, la espada de Carlomagno y muchas cosas interesantes más. Cuando vuelva les hablaré horas de estas cosas, pero de escribirlas ¡no tengo tiempo!

El Palais Royal es un lugar divino, lleno de bijouterie y de cosas bonitas que yo me enloquezco porque no pueden ser más. Fred quería comprarme algunas, pero naturalmente que no se lo permití. Luego, el Bois y los Champs-Élysées son très magnifique.

A menudo paseamos por los jardines de las Tullerías, que son muy bonitos, aunque los antiguos Jardines de Luxemburgo me gustan más. Pire Lachaise es muy curioso, pues muchas de las tumbas son como habitaciones pequeñas y mirando adentro se ve una mesa con imágenes y retratos de los muertos y hay también sillas para que los deudos se sienten cuando van a llorar a sus seres queridos. Todo eso es muy “franchise”, ¿no les parece? Nuestras habitaciones son en la Rue de Rivoli, y sentados en el balcón vemos toda la calle iluminada. Pasamos las veladas conversando ahí cuando estamos demasiado cansados para salir. Fred es sumamente entretenido y en conjunto es el muchacho más agradable que he conocido hasta ahora, excepto Laurie, que tiene modales más encantadores. Ojalá Fred fuese moreno, no me gustan los hombres rubios; sin embargo, los Vaughn son muy ricos y de excelente familia, así que no le voy a criticar a Fred su pelo amarillo cuando el mío es más amarillo todavía.

La semana que viene nos vamos a Alemania y a Suiza, y como andaremos de viaje continuo no podré escribir más que cartas apuradas. Pero sigo llevando mi diario y trato de “recordar correctamente y describir claramente todo aquello que veo y admiro”, como me aconsejó papá. Es un buen ejercicio para mí, y junto con mi libro -de bosquejos les dará una idea mejor de mi viaje que todos estos garabateos.

Adieu, los abrazo a todos tiernamente.

Votre Amie.

Heidelberg

Mi querida mamá:

Como tengo una hora tranquila antes de salir para Berra trataré de relatarte todo lo que ha sucedido, porque algunas de las cosas son muy importantes, como podrás juzgar por ti misma.

El viaje por el Rin fue perfecto, y no hice otra cosa que sentarme a disfrutarlo todo lo que podía. Consíganse las viejas guías de papá y léanlo allí todo porque yo no tengo palabras bastante bellas para describirlo. Lo pasamos muy bien en Coblenza, porque algunos estudiantes procedentes de Bonn con quienes Fred se hizo amigo en el barco nos dieron una serenata. La noche era de luna, y a eso de la una de la mañana Flo y yo nos despertamos con música deliciosa que se ola bajo nuestras ventanas. Nos levantamos volando y nos escondimos tras las cortinas, pero mirando a hurtadillas vimos a Fred y a los estudiantes aquéllos cantando a toda voz allí abajo. Fue la cosa más romántica que en mi vida he visto, con el río, el puente, los barcos, la gran fortaleza allá enfrente y la luz de la luna bañando todo al son de una música como para enternecer el corazón más duro.

Cuando terminaron les tiramos flores y los vimos peleando por recogerlas, echando besos con las manos a las invisibles damas, yéndose luego, riendo alegremente... me imagino que a fumar y a beber cerveza... A la mañana siguiente Fred me mostró, toda arrugada, una de las flores que traía en el bolsillo del chaleco y se puso muy sentimental. Yo me reí y le dije que esa flor no la había tirado yo, sino Florencia, lo cual lo puso furioso, e inmediatamente arrojó la flor por la ventana y volvió a la razón. Me parece que este chico me va a dar mucho que hacer, según todos los síntomas actuales.

Fred perdió dinero en el casino de Baden-Baden, por lo cual le di un buen café. Cuando Frank no está con él, este muchacho necesita quien lo cuide. Kate dijo una vez que esperaba se casase pronto y estoy de acuerdo con ella en que eso le convendría. En cuanto a Frankfort fue delicioso porque vi la casa de Goethe, la estatua de Schiller y la famosa "Ariadne" de Kannecker. Me pareció preciosa, pero hubiera disfrutado más de haber conocido el mito, y no me animé a preguntar porque todo el mundo lo sabía (o fingía saberlo). ¡Cómo me gustaría que Jo me lo contase bien! Yo debía haber leído más... Me encuentro con que no sé nada de nada, y eso me mortifica bastante.

Ahora viene la parte seria, pues aquí fue donde sucedió. Fred se ha marchado. Tan amable y alegre había estado todo el tiempo de nuestro viaje que todos le tomamos mucho cariño, pero por lo que a mí toca, nunca pensé en otra cosa sino en un excelente compañero de viaje... Todo eso hasta la noche de la serenata... Desde entonces me ha empezado a parecer que los paseos en las noches de luna, las charlas en el balcón y las diarias aventuras iban siendo para él algo más que pura diversión. Te aseguro, mamá, que no he coqueteado con él, y he tenido presente lo que siempre me aconsejas. Yo no me propongo gustar, y aunque Jo diga que no tengo corazón me preocupa mucho si no puedo retribuir lo que ellos sienten, pero he decidido que cuando Fred me pida en matrimonio lo voy a aceptar, aunque no estoy loca por él, sino que simplemente me gusta, y creo que nos llevaremos muy bien y estaremos muy cómodos juntos. Es buen mozo, joven, bastante inteligente y muy rico -muchísimo más rico que los Laurence-, y no creo que su familia se

opusiera. Por mi parte, sería muy feliz, pues son todos amables y buenos, bien educados y parecen tenerme simpatía. No sacudas la cabeza, mamacita, pero creo que Fred, como el mayor de los mellizos, heredaría los bienes. ¡Y qué esplendidez de bienes! Una casa en la ciudad en un barrio elegante; no una casa ostentosa como son las grandes casas nuestras, sino mucho más cómodas y llenas de muebles de un lujo sólido como los que gustan a los ingleses y a mí también, pues es todo auténtico: he visto la platería, las joyas de familia, los sirvientes, todos viejos en la casa, y he visto también figuras de la casa de campo con su gran casa y parque, tierras magníficas y caballos hermosos. ¡Sería todo lo que se puede ambicionar! Y prefiero tener eso a los títulos que muchas jóvenes arrebatan con tanta avidez para encontrarse luego con que no hay nada detrás de la bambolla. Puede que yo sea mercenaria, pero detesto la pobreza, y no tengo intención de soportarla ni un minuto más de lo que este en mi mano evitar. Admitirías, mamita, que una de nosotras tiene que casarse bien. Meg no lo hizo, Jo no querrá y Beth no puede, de; modo que lo haré yo, y todo será muy fácil para la familia de ahora en adelante. No me casaría nunca con un hombre a quien odiase o despreciara, de eso puedes estar segura, y aunque Fred no es mi modelo ideal de paladín, responde bastante bien, y con el tiempo llegaré a aficionarme mucho a él. De modo, mamacita, que vengo rumiando este asunto toda la semana porque es imposible no ver que Fred gusta de mí. No ha dicho nada todavía, pero hizo muchas cositas para demostrarlo. Nunca se pone al lado de Flo, sino a mi lado, ya sea en coche, o en la mesa, o el paseo; se pone sentimental en cuanto estamos solos y frunce el entrecejo con cualquiera que se atreve a hablarme. La otra noche, durante la comida, un oficial austríaco nos miraba y luego dijo algo a su amigo -un condecito con aire libertino-, algo sobre “ein wunderschones blondchen” (una rubita maravillosa). Fred se puso feroz como un león y cortaba la carne con un ensañamiento que casi se le cae del plato.

Bueno, siguiendo con mi relato, ayer fuimos a ver el castillo a la hora del crepúsculo -todos menos Fred, que iría luego a encontrarse allí, de vuelta del Posta Restante, donde debía buscar las cartas de todos-. Nos encantó el castillo y lo pasamos muy bien curioseando por entre las ruinas, las bóvedas donde está el enorme tanque de fermentación y los magníficos jardines que el elector hizo construir hace mucho para su esposa. Lo que me gustó más fue la terraza con una vista divina, de modo que cuando los demás se fueron a ver por dentro las habitaciones yo me senté afuera tratando de dibujar la cabeza del león de piedra gris que había allí. Me sentía exactamente como una heroína de novela, mirando correr el río Neckar por el valle, escuchando la música de la banda austríaca que tocaba abajo y esperando a mi enamorado como la chica de los cuentos. Tenía la sensación de que iba a pasar algo, y lo esperaba tranquila, sin sonrojos ni temores, completamente serena.

Al poco rato oí la voz de Fred, y en eso apareció muy de prisa, buscándome. Tenía un aspecto tan preocupado que inmediatamente me olvidé de mí misma y le pregunté qué le pasaba. Acababa de recibir una carta en que le rogaban regresase inmediatamente porque Frank estaba muy enfermo, así que se marchaba en seguida por el tren de la noche y sólo tenía tiempo de decirme adiós. Me apenó mucho por él y sufrí algo de desencanto por mí, aunque sólo duró un minuto, pues al estrecharme la mano me dijo de un modo que no dejaba lugar a dudas:

-Pronto estaré de vuelta, Amy; ¿no me olvidarás, verdad?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Nada le prometí, pero lo miré y él pareció satisfacerse con eso, y no hubo tiempo para más, sólo algunos mensajes y adioses, pues partía una hora después. Lo extrañamos mucho. Sé que quería hablar, pero creo, por algo que una vez insinuó, que había prometido a su padre no decidir nada por ahora, porque es un muchacho impulsivo y el anciano señor teme que le endosen una nueva extranjera. Pronto nos vamos a encontrar en Roma, y entonces, si no he cambiado de idea, diré: “sí, gracias”, cuando Fred me pregunte “¿Quieres?”.

Naturalmente que todo esto es estrictamente confidencial, pero quería enterarlos de lo que pasaba. No se inquieten por mí, sin embargo. Ya saben que soy “Amy la prudente” y pueden estar bien seguros de que no haré nada impulsivamente. Mándenme cuantos consejos quieran y los seguiré siempre que pueda. Ojalá pudiese verte, mamá, y tener contigo una larga conversación. Quiéreme mucho y ten confianza eh mí.

Tuya siempre

AMY

CAPÍTULO XXXII

TIERNOS CONFLICTOS

-Jo, querida, estoy inquieta a causa de Beth.

-¿Por qué, mamá? Me ha parecido estar mucho mejor desde que nacieron los nenes.

-No es su salud lo que me inquieta en este momento, sino su ánimo. Estoy segura de que algo la preocupa o aflige y quiero que tú descubras qué es.

-¿Qué es lo que te hace pensar eso, mamá?

-Se sienta sola a menudo y no conversa con su padre tanto como antes. El otro día me la encontré llorando con los chiquitos en los brazos. Ya no canta más que canciones tristes y de cuando eh cuando veo en su cara una expresión que no comprendo. Ésta no es nuestra Beth de siempre, Jo.

-¿Le has preguntado algo?

-Lo he intentado una o dos veces, pero ella o elude mis preguntas o pone una cara tan angustiada que tengo que desistir. Nunca me gustó obtener por fuerza la confianza de mis hijas y es raro que la tenga que esperar mucho tiempo.

La señora March miraba a Jo mientras hablaba, pero la cara que tenía enfrente parecía no tener conciencia de ninguna otra inquietud que la relativa a Beth, y después de coser un minuto eh silencio Jo dijo:

-Creo que Beth está creciendo y por eso comienza a tener sueños, esperanzas y temores, sin poder explicarlos. No te olvides, mamá, que Beth ya tiene dieciocho años, pero no nos damos cuenta y la seguimos tratando como a una nena, cuando ya va siendo mujer.

-Así es, querida. ¡Dios mío, cómo crecéis! -respondió la madre con un suspiro.

-Es inevitable, mamita, así que debes resignarte a que tus pajaritos salten fuera del nido, uno por uno. Por mi parte, prometo no saltar nunca demasiado lejos, si eso te conforma algo.

-Me consuela mucho, Jo. Cuando tú estás en casa siempre me siento fuerte, ahora que Meg se ha ido. Beth es demasiado débil y Amy bastante joven como para contar con ellas. Pero cuando hay que luchar, ahí estás tú, siempre dispuesta.

-Ya sabes que no me importa demasiado hacer trabajos fuertes, y siempre tiene que haber por lo menos una fregona en cada familia. Amy es espléndida para las grandes cosas, pero yo estoy en mi elemento cuando hay que levantar las alfombras o cuando la mitad de la familia cae enferma al mismo tiempo. Mientras Amy se distingue en el extranjero, yo estoy aquí para todo lo que se presente.

-Dejo a Beth en tus manos entonces, pues a su Jo le va a abrir el tierno corazón antes que a ningún otro. Sé muy suave y no le dejes sospechar que la estamos observando o hablando de ella. Si se pusiese de nuevo fuerte, sana y alegre otra vez, no pediría de la vida ninguna otra cosa...

-¡Tienes suerte! Yo tengo montones más de cosas que desear.

-¿Qué son, mi querida?

-Primero resolveré los conflictos de Beth y luego te diré los míos. No son de los que desaparecen, de manera que pueden esperar.

Aunque aparentemente ocupada de sus propios asuntos, Jo comenzó a observar a Beth, y después de muchas conjeturas contradictorias se resolvió finalmente por una que parecía explicar el cambio operado en ella. Fue un incidente trivial el que dio a Jo la clave del misterio, según lo creyó. Afectaba estar muy ocupada escribiendo, un sábado a la tarde, solas ella y Beth; y mientras escribía no perdía de vista a su hermana, que parecía más quietecita que nunca. Sentada a la ventana, a Beth se le caía a cada rato la costura sobre las faldas y a veces apoyaba la cabeza en la mano en actitud abatida. De pronto, alguien pasó por la calle silbando y una voz gritó:

-¡Todo sereno! Voy esta noche...

Beth se sobresaltó, sonrió y movió afirmativamente la cabeza, observando al que pasaba hasta que se apagó el ruido de los pasos vigorosos. Entonces bajito, como para sí, exclamó:

-¡Qué bien, qué fuerte y qué feliz parece estar ese querido muchacho!

-¡Hum! -murmuró Jo, siempre atenta a la cara de la hermana, pues el color palideció tan pronto como había venido y al ratito la sonrisa desapareció y hubo una lágrima brillando en el borde de la ventana. Beth la hizo, desaparecer de un golpecito y miró recelosa a Jo; pero ésta raspaba el papel a una velocidad tremenda, absorta aparentemente en “El juramento de Olimpia”. No bien se dio vuelta Beth, Jo comenzó de nuevo su vigilancia y vio que su mano se levantaba hasta los ojos más de una vez y leyó en su cara vuelta a medias una pena muy tierna que le llenó de lágrimas sus propios ojos. Temiendo descubrirse, se marchó del cuarto pretextando necesitar más papel-. ¡Dios nos ampare, Beth quiere a Laurie!... -murmuró, sentándose en su cuarto, pálida con el choque que le produjo aquel descubrimiento que creía haber hecho-. Nunca hubiese soñado semejante cosa... ¿Qué va a decir mamá cuando lo sepa?... Quisiera saber si... -Ahí se detuvo Jo y se puso como una grana con un pensamiento repentino que se le ocurrió-. ¿Y si él no le correspondiese?, ¡qué espantoso sería!... Laurie tiene que querer a Beth, yo lo obligaré -y sacudió la cabeza amenazante al retrato del muchacho que con aspecto travieso le sonreía desde la pared.

Jo pensó intensamente por un minuto con los ojos fijos en el cuadro, luego se alisó su frente preocupada y dijo con una inclinación decidida en dirección de aquel rostro:

-No, gracias, señor, es usted muy encantador pero no tiene usted más estabilidad que una veleta, de modo que es inútil que escriba esas dulces notitas, ni que sonría de ese modo tan insinuante porque no servirá de nada, y además ¡no quiero! -Allí suspiró y cayó en una especie de ensueño, del que no despertó más que cuando el crepúsculo la envió abajo de nuevo a continuar sus observaciones, las cuales no hicieron más que confirmar sus sospechas.

Aunque Laurie flirteaba con Amy y bromeaba con Jo, su modo para con Beth había sido siempre especialmente suave y bondadoso... Por otra parte, todo el mundo era así con Beth, por eso a nadie se le ocurría pensar que quería más a Beth que la demás gente. En realidad, se había generalizado últimamente en la familia la impresión de que “nuestro muchacho” se aficionaba más y más a Jo, quien, sin embargo, no quería oír una palabra a ese respecto, y se ponía violenta si alguien se animaba a sugerirlo. Si hubiesen sabido de los pequeños episodios tiernos del año pasado que ella había tenido que cortar en su comienzo hubiesen tenido la inmensa satisfacción de decirle: “¡Te lo dijimos!” Pero Jo detestaba los galanteos y no se los permitía, teniendo siempre un chiste a flor de labios, o una risa franca en cualquier caso de peligro inminente.

Cuando Laurie entró en la universidad se enamoraba alrededor de una vez por mes; pero estas pasiones eran tan ardientes como breves y no hacían ningún daño, divirtiéndolo mucho a Jo, que se tomaba gran interés por las alternativas de esperanza, desesperación y resignación que él le confiaba durante sus conferencias semanales. Pero llegó una época en que Laurie dejó de adorar ante muchos altares diferentes, hizo oscuras insinuaciones a una pasión única y arrobadora y se sumergió de cuando en cuando en ataques de melancolía byroniana. Luego, evitaba por completo el tema del amor, escribía a Jo cartas filosóficas, se volvió estudioso y hacía saber a todo el mundo que se haría “tragalibros”, con intención de recibirse con todos los honores. Esto cuadraba mucho más a la muchacha que las conferencias a la luz del crepúsculo o las suaves presiones de la mago

y las miradas elocuentes, porque en el caso de Jo, el cerebro se desarrolló antes que el corazón y prefería los personajes imaginarios que los reales, porque a aquéllos podía suprimirlos cuando se cansaba de ellos. En cambio los últimos eran mucho más difíciles de manejar.

Las cosas estaban así al hacer Jo aquel gran descubrimiento, y esa noche, cuando vino el muchacho a visitarlas, como siempre, Jo lo observó como no lo había hecho antes. De no habersele metido aquella idea nueva en la cabeza no hubiese visto nada desusado en el hecho de que Beth estuviese muy calladita y Laurie fuese muy amable con ella. Pero habiendo soltado la rienda a su viva fantasía, ésta se puso a galopar con ella a gran velocidad; además, su sentido común se había debilitado por su larga concomitancia con el romance por la serie de ellos que había escrito, y esta vez le falló y no vino a salvarla. Como de costumbre, Beth estaba recostada en el sofá, y Laurie, sentado en una silla baja, la divertía con toda suerte de chísmografías. Pero esa noche Jo se imaginó que la mirada de Beth se detenía con especial placer en el moreno y animado rostro del muchacho y que escuchaba con intenso interés el relato de un partido de críquet, aunque la mayoría de la jerga del juego le era tan inteligible a Beth como el sánscrito. Se imaginó además que veía un aumento de gentileza en la actitud de Laurie hacia Beth, que bajaba de cuando en cuando la voz y que se reía menos que de costumbre, que estaba algo distraído y que extendía la manta sobre los pies de Beth con una asiduidad rayana en la ternura.

-¿Quién sabe? -se decía-. Cosas más extrañas se han visto... -Y mientras se ajetreaba en su cuarto pensaba: “Ella hará de él un ángel y él hará la vida deliciosamente fácil y agradable para la pobre querida. Sólo hace falta que se quieran. Y por lo que a Laurie concierne, no sé cómo podría escaparse de querer a ese encanto... y creo que la querría... si todos los demás desapareciéramos de la escena...”.

Como todo el mundo estaba fuera de la escena, excepto ella, Jo empezó a pensar que tenía que desaparecer con toda velocidad. Pero ¿adónde ir? Ardiendo en deseos de sacrificarse en el altar de la devoción fraternal, se sentó inmediatamente a resolver ese punto.

No olvidemos que el viejo sofá era como el patriarca de todos los sofás: Todas lo amaban porque era el refugio de la familia, y un rincón era el lugar preferido por Jo para recostarse. Entre los muchos almohadones que adornaban el venerable canapé había uno, redondo, duro, cubierto de crin llena de púas; este almohadón horrible era propiedad especial de Jo, que lo usaba de arma de defensa, barricada, o como severo preventivo de un sueño demasiado largo.

Laurie conocía muy bien aquel almohadón y tenía motivos para mirarlo con aversión profunda, habiendo sido golpeado sin la más mínima piedad con él cuando aún le eran permitidas las jugarretas, y ahora, encontrándose a menudo impedido por el mismo adminículo de ocupar el asiento que más codiciaba, al lado de Jo, en el rincón del sofá. Si “la salchicha”, como solían llamarlo, estaba colocada de canto, era señal de que podía acercarse y descansar, pero si estaba chato sobre el sofá, ¡ay del hombre, mujer o niño que se atreviera a moverlo!... Esa noche Jo volvió de rodear a su rincón de barricadas y no hacía ni cinco minutos que se había sentado cuando una pesada figura apareció junto a ella y con ambos brazos extendidos sobre el respaldo del sofá y las larguísimas piernas extendidas al frente Laurie exclamó con un suspiro de satisfacción:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Bueno, esto sí que es estupendo!...

-No se permite el argot -retrucó Jo colocando de golpe el almohadón.

¡Demasiado tarde!, pues ya no había espacio para él, de modo que desapareció de manera sumamente misteriosa.

-¡Vamos, Jo, no te pongas espinosa! Después de estudiar toda la semana hasta convertirse en un esqueleto, un tipo necesita mimos, los merece y debiera recibirlos.

-Beth te hará mimos. Yo estoy ocupada.

-No, Beth no quiere que la fastidie, pero a ti te gusta hacerlos. Dime la verdad: ¿Odias a tu muchacho y quieres arrojarle almohadones a la cabeza?

Pocas veces se habrá oído nada más regalón y engatusador que aquella súplica conmovedora, pero Jo calmó a “su muchacho” dándose vuelta para espetarle la siguiente pregunta:

-¿Cuántos ramos has mandado a la señorita Randall esta semana?

-Ni uno, te doy mi palabra. Se ha comprometido. ¿Qué tienes que decir ahora?

-Me alegro de saberlo; ése es uno de tus tontos derroches: mandar flores y otras cosas a chicas de las que no te importa ni un alfiler...

-Las chicas sensatas, de quienes me importan cajas enteras de alfileres, no me permiten que les mande flores y “otras cosas”, de modo que ¿qué diablos puede hacer uno? Mis sentimientos deben tener una válvula de escape.

-Sabes muy bien que mamá no aprueba los flirteos, aunque sean en broma, y tú flirteas desesperadamente, Teddy...

-Daría cualquier cosa por poder decirte: “Tú también.” Como no puedo, diré simplemente que no le veo nada de malo a ese jueguito si las dos partes entienden que es pura broma.

-Sí, parece agradable, pero yo no puedo aprender cómo se hace. Lo he ensayado, porque una se siente rara si no hace lo que todos los demás, pero parece que e mí no me resulta -dijo Jo, olvidando su papel de mentor.

-Toma lecciones de Amy. Ella sí que tiene talento para eso.

-Sí, ella sabe hacerlo con arte y nunca va demasiado lejos. Me imagino que será un don natural el gustar sin proponérselo, y para otras, decir siempre la cosa inoportuna en lugar inoportuno.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Yo me alegro de que no sepas flirtear; es refrescante ver una chica sensata y derecha que sabe ser alegre y amable sin ponerse en ridículo. Entre nosotros, Jo, algunas de las chicas que conozco andan a un paso que no puedo menos de sentir vergüenza por ellas. No tienen mala intención, estoy seguro, pero si supieran el modo como los muchachos hablamos de ellas después, me parece que se corregirían un poco.

-Ellas hacen lo mismo cuando hablan de ustedes, y y como tienen la lengua más afilada, los muchachos salen perdiendo, porque ustedes son tan tontos como ellas cuando se trata de chicas. Si ustedes se portaran como se debe, ellas también lo harían, pero sabiendo que a ustedes les gustan las pavadas, les siguen el tren y ustedes luego les echan las culpas.

-Mucho sabes tú de eso -dijo Laurie con tono superior-. No nos gustan nada los marimachos ni las flirteadoras, aunque a veces nos portemos como si nos gustasen. Las chicas bonitas y recatadas nunca andan en boca de nadie, sino únicamente con respeto entre caballeros. ¡Bendita inocencia la tuya! Si pudieses estar en mi lugar durante un mes verías cosas que te asombrarían un poco.

Era imposible no reírse del cómico conflicto entre la caballeresca repugnancia de Laurie a hablar mal de la mujer y su muy natural disgusto por la tontería tan poco femenina de que hacían gala muchos ejemplares de la sociedad a la moda que él conocía por ahí. Jo sabía muy bien que “el joven Laurence” era mirado como un gran partido por muchas mamás mundanas y adulado por damas de todas las edades, lo bastante como para hacer de él un consentido petimetre; por eso precisamente lo vigilaba con celo, temiendo se echase a perder. Le regocijaba, pues, más de lo que hubiese confesado, descubrir que él valoraba a las chicas recatadas y creía en ellas. Volviendo de pronto a su tono admonitorio, le dijo:

-Si es verdad que debes encontrar una “salida” para tus sentimientos dedícate a una de las chicas bonitas y recatadas y no pierdas el tiempo con las tontas.

-¿De veras me lo aconsejas? -preguntó Laurie, mirándola con una expresión Mezcla de inquietud y de regocijo. .

-Sí, pero sería mejor que esperases a terminar la universidad... Como eres ahora no la mereces a... ¡bueno, quienquiera que sea la chica recatada! -concluyó Jo, también con una expresión rara, porque casi se le había escapado cierto nombre...

-¡Eso ya lo sé, que no la merezco! -asintió Laurie con una humildad que también era nueva en él, bajando los ojos y, distraídamente, arrollándose en el dedo la borla del delantal de Jo.

“¡Dios nos ampare, esto no marcha en absoluto!”, pensó Jo, agregando en voz alta:

-Anda, Laurie, canta algo; me muero por oír música, y lo que tú tocas siempre me gusta.

-Prefiero quedarme aquí, muchas gracias.

-Bueno, no puedes quedarte, no hay sitio. Ve a hacerte útil en algo, ya que eres demasiado grande para ser decorativo. Yo creía que odiabas estar “atado al delantal de una mujer” -replicó Jo, citando unas palabras rebeldes que él había dicho en cierta ocasión

-Eso depende de quien lleve puesto el delantal -contestó Laurie, dando una retorcida audacísima a la burla.

-¿Te vas, sí o no? -exigió Jo buscando el almohadón en el suelo.

El chico huyó en seguida y en cuanto estuvo a la mitad de una canción escocesa ella se escapó de la sala y no volvió hasta que el caballero se había mandado mudar enojadísimo.

Jo tardó en dormirse aquella noche, y estaba recién tomando el sueño cuando el sonido de un sollozo ahogado la hizo volar al lado de la cama de Beth con una pregunta ansiosa:

-¿Qué te pasa, querida?

-Creía que dormías -sollozaba Beth.

-¿Acaso es el mismo dolor de antes?

-No, es uno nuevo, pero éste lo puedo soportar -dijo Beth, tratando de contener las lágrimas.

-Cuéntame de qué se trata y verás cómo te lo curo como antes el otro.

-No puedes curarlo, Jo, no tiene remedio -y la pobrecita Beth, con la voz quebrada, se abrazó a la hermana llorando tan desesperadamente que Jo se asustó.

-¿Dónde es el dolor? ¿La llamo a mamá?

Beth no contestó a la primera pregunta, pero en la oscuridad se llevó una mano involuntariamente al corazón como si el dolor fuese ahí, mientras con la otra se asió a su hermana con fuerza, murmurando ansiosa:

-¡No, no, no la llames, no le digas nada! Ya me voy a mejorar. Acuéstate conmigo y acaríciame la cabeza. Me dormiré pronto. De veras que sí.

Jo la obedeció, pero cuando pasaba su mano por la frente calenturienta de Beth el corazón parecía dolerle y ansiaba hablar. Pero, joven como era, Jo había aprendido ya que las almas, como las flores, no pueden ser manejadas sino con suavidad, y únicamente dijo, en el tono de mayor ternura que pudo:

-¿Hay algo que te perturba, queridísima?

-Sí. Jo -y esto lo dijo después de una larga pausa.

-¿Y no te consolaría contarme qué es?

-No, ahora no; no todavía.

-Entonces no te pregunto nada más, pero acuérdate, Beth, que mamá y yo siempre nos alegraremos de que nos lo digas y de ayudarte si es que podemos.

-Ya lo sé, querida Jo, ya te lo diré más adelante.

-¿Se te ha pasado el dolor?

-¡Oh, sí, está mucho mejor! ¡Qué gran consuelo eres para mí, Jo!...

-Duérmete ahora, Beth; yo me quedaré a tu lado.

Así, mejilla con mejilla, se durmieron, y al día siguiente Beth parecía ya la misma de siempre, pues a los dieciocho años ni cabezas ni corazones duelen por mucho tiempo.

Pero Jo había tomado una decisión y después de ponderar su proyecto durante varios días se lo confió a su madre.

-Me preguntaste el otro día cuáles eran esos deseos míos y te voy a comunicar por lo menos uno de ellos, mamá -comenzó un día que estaban las dos solas-. Quiero irme por un tiempo esté invierno para cambiar de ambiente.

-¿Por qué motivo, Jo? -dijo su madre levantando la vista como si las palabras de Jo sugiriesen un doble sentido.

Sin levantar los ojos de la costura, Jo le respondió muy seria:

-Estoy ansiando algo nuevo, me siento inquieta y deseo ver, hacer y aprender otra cosa que lo que veo y hago siempre. Necesito algún estímulo nuevo para trabajar; así, pues, mamá, que si puedes pasarte sin mí este invierno me gustaría volar por un trechito y probar mis alas.

-¿Adónde vas a volar?

-A Nueva York, ayer se me ocurrió una gran idea. ¿Te, acuerdas que la señora de Kirke te escribió hace un tiempo preguntando si sabías de alguna joven respetable para dar clases a sus chicos y para coser? Es bastante difícil encontrar la persona conveniente, pero creo que yo serviría para el caso.

-¡Querida!... ¿Ir a servir en esa enorme casa de pensión?... -La señora de March pareció sorprendida aunque no del todo disgustada.

-No sería servir exactamente, ya que la señora Kirke es amiga tuya... Es la persona más buena que darse pueda. Estoy segura que me haría fáciles las cosas. Su familia está separada del resto de, los pensionistas y no hay nadie ahí que me conozca. Y aunque lo hubiera, se trata de un trabajo honesto y no me avergonzaría de hacerlo.

-Naturalmente. Tampoco a mí, pero, ¿y tu trabajo de siempre?, ¿no vas a escribir más?

-Creo que mejoraría con el cambio. Voy a ver y a oír cosas nuevas, y aun si allí no tuviese mucho tiempo para escribir, a mi vuelta traería montones de material para mis “tonterías”.

-No lo dudo, pero, ¿acaso son esas las únicas razones para este antojo repentino?

-No, madre.

-¿Puedo saber cuáles son las otras?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Jo levantó la vista y dijo muy lentamente y poniéndose colorada:

-Puede que lo creas vanidad de mi parte y puede también que esté equivocada, pero me parece... me parece que... Laurie se está aficionando demasiado a mí.

-¿Entonces tú no lo quieres del modo que es evidente que él está empezando a quererte a ti? -La señora parecía inquieta al hacer la pregunta.

-¡Que Dios me ampare, no!... Lo quiero muchísimo, como siempre lo he querido, y estoy enormemente orgullosa de él, pero otra cosa... no, ¡ni pensar!

-Me alegra de saberlo, Jo

-¿Y por qué te alegras, si se puede saber, mamita?

-Porque, querida, no creo que te convenga él a ti, ni tú a él. Como amigos, ¡magnífico!... se llevan estupendamente y las frecuentes peleas que tienen pronto pasan, pero me temo que ambos se rebelarían si estuviesen unidos por la vida como marido y mujer. Son demasiado parecidos y demasiado enamorados de su libertad, sin contar que ambos tienen genio vivo y voluntad fuerte, para poderse llevar bien juntos en una relación que necesita de infinita paciencia y tolerancia, además de amor.

-Eso es precisamente lo que yo pienso, sólo que no sabía expresarlo tan bien como lo haces tú. Me alegro que creas que sólo está empezando a quererme porque me afligiría mucho causar su infelicidad, pues por más que quisiera no podría enamorarme del querido muchacho sólo por gratitud, ¿no te parece, mamá?

-¿Estás segura de sus sentimientos por ti?

El sonrojo se acentuó en las mejillas de Jo al responder, con la mirada de placer mezclado con orgullo y pena que tienen las muchachas cuando hablan de sus primeros enamorados.

-Mucho me temo que sí, mamá, aunque nada ha dicho todavía, pero todo está en cómo me mira... Creo que es mejor que me mande mudar antes que la cosa se agrave.

-Estoy de acuerdo contigo, y si pueden arreglarse las cosas te prometo que irás a Nueva York.

Jo pareció aliviada y dijo, risueña:

-¡Cómo se alegrará lo señora de Moffat de que Anita puede abrigar esperanzas todavía!...

-¡Ah, Jo querida, las madres pueden diferir mucho en sus “manejos”, como tú les llamas, pero la esperanza es siempre la misma en todas: el deseo de ver a sus hijos felices! Meg lo es y yo estoy contenta de su éxito. A ti te dejo que disfrutes de tu libertad hasta que te canses de ella, pues sólo entonces vas a descubrir que hay algo más dulce en la vida. A mí es mi gran preocupación en este momento, pero creo que su buen sentido la va a ayudar a elegir bien. En cuanto a Beth, no puedo tener otra esperanza que la de volverla a ver sana. De paso, ¿no parece estar más contenta estos últimos días? ¿Acaso habrás hablado con ella?

-Sí, mamá. Admitió que tenía una aflicción y me prometió comunicármela más adelante. No quise insistir porque creo saber qué es. -Y Jo contó entonces su pequeña historia.

La señora no adoptó esa interpretación romántica del caso, pero se puso seria y repitió su opinión de que por Laurie, era mejor que Jo se marchase por un tiempo.

-No le digamos nada a él hasta que el plan sea más definitivo: entonces me escaparé antes de que pueda darse cuenta y se ponga trágico. Beth, por su parte, debe creer que me voy para hacerme el gusto, como es en realidad, porque no puedo hablarle a ella de Laurie; en cambio ella sí que puede mimar y consolar a Laurie cuando yo me haya ido, y así curarlo de esta chifladura romántica que le ha dado.

El proyecto fue discutido en consejo de familia y hubo acuerdo general, pues la señora Kirke aceptó a Jo encantada y prometió hacerle un agradable ambiente de hogar en su casa. La enseñanza le daría a Jo independencia, y todo el tiempo libre que pudiera quedarle podía ser utilizado con provecho para escribir, mientras que los nuevos ambientes y personas que trataría iban a resultarle tan útiles como agradables. Jo estaba encantada con la perspectiva y deseando marcharse, pues el nido hogareño estaba resultándole demasiado estrecho para su naturaleza inquieta y su espíritu aventurero. Cuando por fin todo estuvo decidido, con miedo en el corazón y temblando por las consecuencias, se lo comunicó a Laurie, pero con gran sorpresa de la muchacha, él lo tomó con mucha calma. Hacía un tiempo que se mostraba más serio que de costumbre, aunque muy agradable, y cuando alguien lo acusaba en broma de haber vuelto la hoja de su vida él contestaba muy serio que sí, y que esta hoja sería definitiva.

Jo sintió un gran alivio de que el chico estuviese pasando por uno de sus accesos de virtud, y empezó a hacer sus preparativos con el corazón alegre porque Beth parecía más animada y Jo creía que estaba haciendo lo mejor que podía hacerse en bien de todo el mundo.

-Una cosa te dejo a tu especial cuidado -le dijo la víspera de su partida.

-¿Tus papeles, verdad? -preguntó Beth.

-No, mi muchacha. Sé muy buena con él, ¿eh, Beth?

-Naturalmente que sí; pero no podré nunca llenar tu lugar y te va extrañar horrores.

-Eso no le hará mucho mal. Recuerda que lo dejo a tu cargo para que lo mimes, lo regañes y que todo ande en orden.

-Lo haré lo mejor que pueda, por ti, Jo -prometió Beth, preguntándose por qué Jo la miraría de manera tan rara.

Cuando Laurie le dijo, adiós, él le murmuró al oído:

-No te servirá de nada, Jo. No te perderé de vista, así que cuidado con lo que haces, ¡o iré en seguida a buscarte y te traeré a casa de una oreja!

CAPÍTULO XXXIII

EL DIARIO DE JO

Nueva York, noviembre.

Queridas mamá y Beth:

Voy a escribirles un volumen porque tengo montones de cosas que contarles, aunque no sea la señorita elegante que viaja por el continente europeo. Cuando perdí de vista la querida cara de papá me sentí algo triste y pude haber vertido una que otra gotita salada si una señora irlandesa con cuatro chicos pequeños, todos llorando, no me hubiesen distraído, porque me divertí echándoles pedacitos de torta por encima del respaldo cada vez que abrían la boca para bramar.

Pronto salió el sol y, tomándolo como un buen presagio, también yo me despejé con el tiempo y disfruté del viaje con toda mi alma.

La señora Kirke me dio una bienvenida tan cariñosa que en seguida me encontré cómoda, aun en esa casa tan grande y llena de extraños. Una salita minúscula cerca del cielo era todo lo que la señora tenía para darme, pero tiene una estufita y una linda mesa contra la ventana llena de sol. La hermosa vista y la torre de la iglesia que hay enfrente compensan de subir las escaleras y en seguida me aficioné a mi pequeño refugio. El cuarto de los chicos, donde voy a dar clases y coser, es muy agradable y queda al lado de la sala particular de la señora. Las dos nenas son bonitas y me imagino que bastante mimadas, pero me las conquisté con el cuento de los “Siete Chanchos Malos”, y no tengo ninguna duda de que seré una gobernanta modelo.

Las comidas las haré con los chicos, si lo prefiero a la mesa general, y por ahora será así, porque soy tímida, aunque nadie lo creería.

Desde el principio, la señora, con su modo maternal, me dijo: “Querida, debe sentirse como en su propia casa. Yo no paro de la mañana a la noche, como se puede usted figurar, con tanta gente a quien atender, pero una gran inquietud ha sido eliminada al saber que las chicas serán atendidas. Nuestras habitaciones estarán siempre abiertas para usted. Hay gente muy agradable en la casa para cuando se sienta con ganas de hacer sociedad y sus noches serán siempre libres. No vacile en venir a decirme si cualquier cosa anduviese mal y sea aquí lo más feliz que pueda. Suena la campana para el té... Corro a cambiarme...” Y se marchó muy de prisa, dejándome que me instalara por mi cuenta en mi nidito.

Cuando bajé al poco rato vi algo que me gustó. Los tramos de la escalera son muy largos en esta vieja casa de techos altos, y cuando me quedé esperando al tope del tercero que subiese una sirvientita vi que un caballero que subía detrás de ella le tomaba el pesado canasto de carbón que traía la chica, se lo dejaba delante de una puerta del piso alto y luego se marchaba con un saludito amable, diciéndole con acento extranjero:

-Va mejor así. Esa espaldita es demasiado joven para tener tanta pesadez...

¿No les parece muy bueno de parte de ese señor? Me gusta observar esas cosas porque, como dice papá, “son las insignificancias las que muestran el carácter de la gente”. Cuando se lo conté a la señora esa noche ella rió y me dijo:

-Ese debe de haber sido el profesor Bhaer... Siempre está haciendo cosas así.

También me contó que es de Berlín, muy instruido y bueno, pero pobre como las ratas. Da lecciones para mantenerse él y dos sobrinos huérfanos que está educando aquí, según los deseos de su hermana, que se había casado con un americano. La historia no es especialmente romántica, pero a mí me interesó y me alegré de saber que la señora de K. le presta la sala para alguna de sus clases. Como hay una puerta con cristales entre la sala y la “nursery”, donde estaré yo, pienso espiar al profesor y luego podré contarles cómo es. Tiene casi cuarenta años, y no hay peligro alguno, mamita.

Después de la comida atacé el gran costurero y pasé una noche tranquila con mi nueva amiga. Como pienso seguir mi diario, les mandaré una carta-diario semanal. Así que, buenas noches, y seguiré mañana.

Martes a la noche

Mi seminario estuvo hoy muy animado porque las chicas parecían enloquecidas y por momentos creí que iba a tener que sacudirlas para que se calmaran, pero por fin algún ángel bueno debe de haberme inspirado la idea de probar la gimnasia como calmante, hasta que las chicas se dieron por felices de sentarse y quedarse quietas. Después del almuerzo la mucama las sacó a dar un paseo y yo seguí con mi costura. Justo cuando agradecía a los dioses haber aprendido a hacer lindos ojales, se abrió la puerta de la sala y alguien empezó a tararear:

“Kenss du das land”

Sé que fue horriblemente incorrecto, pero no pude resistir la tentación y, levantando un poquitito la cortina de la puerta de cristales, me puse a espiar. Ahí estaba el profesor Bhaer y pude mirarlo bien mientras arreglaba los libros. Es un típico alemán, bastante grueso, con pelo castaño que le cae por todos lados sin mucho arreglo, tupida barba, buena nariz, los ojos más bondadosos que he visto en mi vida y una voz fuerte que hace bien a los oídos acostumbrados al agudo y descuidado “graznido” de los americanos. No tiene ni una sola facción hermosa en su rostro, excepto sus bellísimos dientes; sin embargo, me gustó, pues tiene una hermosa cabeza, su camisa estaba impecable y su aspecto es el de un caballero, pese a faltarle dos botones del saco y sobrarle un remiendo en el zapato. A pesar del canturreo parecía más bien triste, hasta que llegándose hasta la ventana dio vuelta hacia el sol los bulbos de jacinto y acarició al gato, que lo recibió como a un viejo amigo. Entonces sonrió, y al oír un golpe en la puerta contestó con voz fuerte y tono animado:

-¡Aquí adentro!...

Ya me estaba por escapar aterrorizada cuando me veo entrar a un pergeño de criatura que llevaba un enorme libro e, intrigadísima, me detuve otra vez a ver qué pasaba.

-Mi quiere mi Baher -dijo el pequeño, arrojando el libro con un golpazo y corriendo al encuentro del profesor.

-Pues lo tendrás a tu Bhaer. Ven y dale un gran abrazo, Tina, chiquita mía -respondió él alzando a la nena mientras, riendo, la levantaba tan alto que ella tuvo que agacharse para besarlo.

-Ahora mi tepe estudiar mi lesón -continuó la graciosísima criatura; así que el profesor la instaló en la mesa, abrió el enorme diccionario que ella había traído y le dio un lápiz y un papel. La chiquita empezó a garabatear, dando vuelta de cuando en cuando una hoja y haciendo correr el gordo dedito por la página como si estuviese buscando una palabra, todo con gravedad tal que casi me descubro con una risa, mientras que el señor Baher, parado a su lado, le acariciaba el pelo precioso con una mirada paternal que me hizo pensar que la chica era de él, aunque parecía francesa más bien que alemana.

Otro llamado a la puerta y la aparición de dos señoritas me enviaron de vuelta a mi trabajo, y allí me estuve quieta oyendo todo el ruido y parloteo que continuó en el cuarto de al lado. Una de las muchachas reía con afectación y decía: “¡Vamos, profesor! “, con tono de coquetería, y la otra pronunciaba el alemán con un acento que debe de haber sido difícil para el profesor mantenerse serio.

Ambas parecían poner muy a prueba su paciencia, porque oí más de una vez que les decía:

-¡No, no; no es así! No han prestado atención a lo que les decía -y hasta se oyó una vez un fuerte golpe seco como si hubiese dado con el libro sobre la mesa, seguido de la exclamación desesperada de:

-Prut... Todo sale mal este día...

¡Pobre hombre!... le tuve lástima, y cuando las chicas se fueron lo volví a espiar a ver si sobrevivía. Parecía haberse tirado de espalda en la silla, agotado, y allí se quedó, con los ojos cerrados, hasta que el reloj dio las dos. Entonces se levantó de un salto, se llenó los bolsillos de libros, como preparándose para otra clase, y cargando en brazos a Tina se la llevó en silencio de allí. Me parece que lo pasa bastante mal.

Le señora me preguntó esa noche si no me gustaría bajar para la comida, y sintiéndome con un poco de nostalgia me pareció mejor hacerlo para ver qué clase de gente vive bajo mi mismo techo. Me puse presentable y traté de pasar inadvertida detrás de la señora Kirke. Pero como ella es bajita y yo alta, más bien fracasaron mis esfuerzos de ocultamiento. Me sentó al lado de ella y una vez que se me pasó el sonrojo cobré coraje y me puse a mirar a mí alrededor. La larga mesa estaba repleta y todo el mundo atento a su comida, especialmente los caballeros, que parecían haber sido contratados para comer, pues engullían, en todo el sentido de la palabra, desapareciendo no bien habían terminado. Había el acostumbrado contingente de jóvenes ensimismados, de parejas absortas el uno en el otro, de señoras en sus bebés, y de señores viejos en la política. No creo que me interese hacer amistad con ninguno, con excepción de una señorita solterona de rostro dulce, que parece que tuviese algo interesante en su persona.

Abandonado, allá al final de la mesa, estaba el profesor, dando a gritos sus respuestas a las preguntas de un viejo señor sordo sentado a un lado y hablando de filosofía con un francés que tenía al otro. Si Amy hubiese estado presente le hubiese dado vuelta la espalda para siempre porque -y es muy triste tener que consignarlo- el hombre tenía un apetito imponente e ingería la comida de una manera que hubiese horrorizado a “Su Señoría”. A mí no me importó, porque me gusta ver que la gente “coma con fruición”, como dice Ana, y el pobre hombre debe necesitar una buena cantidad de “lastre” después de dar clase todo el día a un hato de idiotas.

Mientras subía a mi cuarto después de la comida dos de los jóvenes pensionistas se arreglaban los sombreros delante del espejo del “hall”, y oí que uno le decía al otro en, voz baja:

-¿Quién es la nueva?

-Gobernanta, o algo por el estilo.

-¿Por qué diablos come entonces en nuestra mesa?

-Amiga de la vieja.

-Hermosa cabeza, pero ninguna elegancia.

-Ni un poquito. Vamos, dame fuego y salgamos.

Jueves

Ayer fue un día tranquilo, transcurrido entre clases, costura y escribir en mi cuartito, que está muy confortable con luz abundante y un buen fuego. Me enteré de algunos pormenores y ¡fui presentada al profesor! Parece que Tina es la hijita de la francesa que hace el planchado fino aquí en el lavadero. La criaturita se ha enamorado del señor Bhaer y lo persigue por la casa como un perrito, lo cual le encanta a él porque es muy amigo de los chicos aunque “soltiero”. Kitty y Minny Kirke también lo quieren mucho y tienen bastante que contar de los teatros que les inventa, los regalos que les trae y los espléndidos cuentos que les relata. Parece que los jóvenes de la pensión lo toman a broma llamándole Viejo Fritz, Cerveza y Osa Mayor, haciendo toda clase de chistes a propósito de su nombre. Pero él se divierte con eso como un chico, según la señora Kirke, y toma la broma con tanta bondad que todos lo quieren a pesar de sus modos y expresiones raros, de extranjero.

La solterona se llama Norton: es rica, culta y amable. Me habló durante la comida (pues hoy volví a bajar porque me divierte mucho observar a la gente) y me invitó a su cuarto. Tiene libros y cuadros preciosos, conoce a gente muy interesante y parece propensa a la amistad, así que me le voy a hacer agradable porque a mí también me gusta tratarme con la buena sociedad.

Ayer por la noche estaba en la sala cuando entró él señor Bhaer con algunos periódicos para la señora Kirke. Como ella no estaba, Minny me presentó con mucha elegancia:

-Ésta es la amiga de mamá, la señorita March.

-Sí, y es muy alegre y nos gusta a rabiar -agregó Kitty, que es un enfant terrible.

Ambos hicimos una reverencia y luego nos reímos, pues la presentación etiquetera y el confianzudo agregado hacían un contraste bastante cómico.

-Ah, sí, ya sé que estas pícaras la hostigan a usted, señorita March. Si lo vuelven a hacer, usted llamar y yo venir -dijo con un ceño amenazante que hizo las delicias de las dos sabandijas.

Le prometí que así lo haría y se marchó, pero parece que es mi destino encontrarlo muchas veces, porque hoy, cuando salía de paseo, al pasar por su puerta sin querer la golpeé con el paraguas y se abrió. Apareció el profesor, de bata y con una media azul en la mano y una aguja de zurcir en la otra. No pareció avergonzarse para nada de la situación, pues cuando expliqué lo que había pasado y seguí con prisa mi camino él agitó la mano con media y todo diciéndome alegre:

-Tiene un lindo día para hacer su paseo. Bon voyage, mademoiselle!

Me iba riendo todo el camino por las escaleras, pero también pensé que era un poco triste que aquel pobre hombre tuviese que remendar su propia ropa.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Sábado

No ha pasado nada digno de escribirse, excepto una visita a la señorita Norton, que tiene muchas preciosidades y que estuvo muy encantadora, pues me mostró todos sus tesoros y me preguntó si la acompañaría alguna vez a conferencias y conciertos, siempre que me gustasen, naturalmente. Lo propuso como si fuese yo a hacerle a ella un favor, pero estoy segura que la señora Kirke le ha contado nuestra situación de estrechez y miss Norton quiere hacer eso como un acto de bondad hacia mí. Yo soy orgullosa como Lucifer, pero no me agobian tales favores cuando vienen de personas como ella, y acepté agradecida.

Al regresar a la “nursery” encontré tal barullo en la sala que tuve que mirar, y allí estaba el señor Bhaer, de cuatro pies, con Tina montada a la espalda, Kitty manejándolo con una cuerda de saltar, a guisa de rienda, y Minny dando de comer a dos chiquilines que rugían y se paraban “en dos patas” en jaulas construidas con sillas.

-Estamos jugando al tolóquico -explicó Kitty.

-Éste es mi efelante -agregó Tina agarrándose del pelo del profesor.

-Mamá nos deja hacer lo que queremos los sábados a la tarde cuando vienen Franz y Emilio, ¿no es cierto, señor Bhaer? -dijo Minny.

El elefante se sentó con la pesadez de los verdaderos y me dijo con aire muy serio:

-Le doy mi palabra que es así. Si hacemos un ruido muy grande, usted nos chista y vamos más despacito.

Le prometí que así lo haría, pero dejó la puerta abierta y disfruté tanto como ellos de la farra, porque en mi vida he visto una animación más magnífica. Ojalá los americanos fuéramos tan sencillos y naturales como los alemanes, ¿no es cierto?

Me gusta tanto escribir que seguiría hilvanando frases por siempre jamás si no fuera que me detienen motivos económicos, pues a pesar de haber utilizado papel fino y escrito con letra chica, tiemblo de pensar en el franqueo que llevará esta larguísima carta. Por favor, no se olviden de mandarme la de Amy en cuanto la hayan leído todos. Mis noticias van a parecerles muy insignificantes junto a los esplendores de Amy, pero sé que igual les gustarán. ¿Y Teddy? ¿Acaso estudia tanto que no encuentra tiempo de escribir a sus amigos? Cuídalo mucho por mí, Beth, y cuéntame todo lo referente a los nenes y dales montones de cariños a todos.

De vuestra fiel

Jo

Mi queridísima Beth:

Como ésta va a ser una carta muy garabateada, te la dirijo a ti porque puede que te divierta y te dé alguna idea de mis andanzas, pues aunque tranquilas, son bastante divertidas. Después de lo que Amy llamaría esfuerzos herculáneos en el campo de la agricultura moral y mental, mis jóvenes ideas comienzan a brotar en mis alumnas y mis ramitas a doblarse en la dirección que yo deseo. A mí no me resultan tan interesantes como Tina y los dos chicos, pero cumplo con mis deberes para con ellas y creo que me quieren. Franz y Emilio son muchachitos joviales, enteramente como a mí me gustan los chicos, pues la mezcla del espíritu alemán con el americano produce en ellos un constante estado de efervescencia. Los sábados a la tarde son momentos bullangueros y de jarana, ya los pasemos dentro de la casa o fuera, porque en los días lindos todos salen a dar un paseo juntos como una escuela, con el profesor, y yo para poner orden, ¡y resulta de lo más divertido!

Ahora somos muy buenos amigos y he empezado a tomar lecciones. En realidad, no pude evitarlo, y todo sucedió de manera tan chusca que tengo que contártelo. Para comenzar por el principio, la señora Kirke me llamó un día cuando pasaba yo por el cuarto del señor Bhaer, donde ella andaba revolviendo las cosas.

-¿Ha visto usted en su vida semejante leonera, querida? Venga, por favor, y ayúdeme a ordenar estos libros porque he revuelto todo tratando de descubrir qué es lo que ha hecho con los seis pañuelos nuevos a que le di hace poco.

Así fue como entré allí, y mientras trabajábamos miraba a mi alrededor, porque realmente era una “leonera”. Libros y papeles por todos lados, una pipa rota de espuma de mar y una vieja flauta sobre la chimenea; botecitos a medio terminar y pedazos de piolín andaban mezclados con los manuscritos; botitas embarradas, de niño, se secaban ante el fuego y por todo el cuarto se encontraban vestigios o señales de los queridos chiquillos por quienes él se esclaviza. Después de hacer un gran revoltijo fueron encontrados tres de los artículos buscados, uno cubriendo la jaula del pájaro, otro todo manchado de tinta y un tercero horriblemente quemado.

-¡Qué hombre éste!... -decía riendo la buena señora Kirke mientras ponía aquellas reliquias en la bolsa de los trapos-. Me imagino que los restantes los habrá roto para hacer velámenes para barquitos o vendar dedos cortados o hacer colas de barriletes. Es algo espantoso, pero me es imposible regañarlo; ¡es tan distraído y de tan buena índole que deja que estos chicos le caminen encima herrados con púas!... Yo consentí en ocuparme de su ropa, incluso lavado y remiendo, pero siempre se olvida de dar sus cosas a lavar y yo de repararlas, de modo que el pobre sale siempre mal.

-Permítame, señora, que las remiende yo -le dije. De verdad que no me importa, y él no tiene por qué enterarse. Además, me gustaría... ¡es tan bueno conmigo, trayéndome siempre las cartas y prestándome libros!

Y ahí tienes cómo, querida Beth, salí poniendo orden en las cosas del señor Bhaer, llegando hasta a tejerle los talones de los calcetines rotos porque él los deforma todos con sus estrambóticos zurcidos. Como nadie habló del asunto, yo esperaba que él no se enterara, pero un día, la semana

pasada, me pescó... Te contaré cómo fue: en primer lugar, me ha interesado mucho oír las clases de alemán que da a sus alumnos, y como Tina entra y sale a cada rato de la sala y deja la puerta abierta, yo oigo todo. Se me ocurrió así la idea de aprender yo también el alemán. Sentada cerca de aquella puerta, terminaba de remendar la última media, tratando de entender lo que él le decía a una alumna nueva, tan ignorante como yo. La chica se fue por fin y yo, creyendo que él también se había marchado, porque todo estaba muy en silencio, me puse a farfullar un verbo de los que recién había oído, hamacándome de la manera más absurda, cuando una gargarita de satisfacción me hizo levantar la vista... ¡Y ahí me lo veo al señor Bhaer mirándome muy divertido y riéndose bajito mientras hacía señas a Tina de que no lo descubriese!

-Así, pues... -dijo cuando me detuve y me puse a mirarlo fijo como una idiota-. Usted espía a mí, yo espío a usted, y eso no está mal... pero vea, yo no estoy embromando cuando le digo: ¿Tiene usted desea por el alemán?

-Sí, pero usted está muy ocupado y yo soy muy tonta para aprender -balbuceé como pude, poniéndome roja como una amapola.

-Prut!... Ya encontraremos el tiempo y no puedo fallar en encontrar la inteligencia. A la noche daré pequeña lección con mucha alegría, porque usted, mira, señorita March, tengo esta deuda que pagar -dijo señalando mi costura...

-¡Vamos, una leccioncita de cuando en rato o no habrá más trabajos de hadas para mí y los míos!

Naturalmente que no pude decir nada a eso, así que consentí en hacer el pacto que inmediatamente comenzó a regir. Habría tomado unas cuatro lecciones cuando ya me hundí en un pantano gramatical. El profesor tuvo mucha paciencia conmigo, pero debe de haber sido para él un verdadero tormento, y de cuando en cuando solía mirarme con tal expresión de suave desesperación que yo no sabía si debía llorar o reírme. Opté por ensayar ambas cosas, y cuando me tocó exhalar un suspiro de absoluta mortificación, él no hizo más que arrojar la gramática al suelo y se marchó de la habitación. Yo me sentí en desgracia y abandonada para siempre, pero no me extrañó, ni le eché ni un ápice de culpa al bueno del señor Bhaer, y ya juntaba mis papeles con intención de subir a mi cuarto como castigo cuando el profesor volvió a entrar tan animado y sonriente como si antes me hubiese yo cubierto de gloria en los estudios.

-Ahora vamos a ensayar un método nuevo. Usted y yo leeremos juntos estos agradables cuentitos sin escudriñar más en ese libro tan árido.

Hablaba con tanta bondad mientras abría ante mí el libro de cuentos de hadas de Hans Christian Andersen con aire de invitación, que sentí más vergüenza que nunca y me lancé a la nueva lección con una decisión de aprender a toda costa que pareció divertirlo mucho. Conseguí olvidarme de mi timidez y leí con todo empeño tambaleando en las palabras largas, pronunciando según la inspiración del momento y haciendo las cosas lo mejor que pude. Cuando terminé la primera página y me detuve a recobrar el aliento, el profesor batió palmas y gritó:

-¡Eso está bien, ahora vamos mejor! Mi turno. ¡Deme oído! -y empezó a leer, haciendo retumbar las palabras con su voz fuerte y un gusto en el decir que era un placer oírlo y también verlo...

Después de ese día nos fue mucho mejor y ahora leo mis lecciones bastante bien, pues este método de aprender se acomoda a mis gustos y pesco la gramática incrustada en los cuentos o las poesías como quien toma píldoras de remedio envueltas en jalea de membrillo... Todo esto me divierte enormemente y el profesor parece no haberse cansado todavía, lo cual me parece extraordinariamente bondadoso de su parte. Le voy a hacer un regalo de Navidad, pues no me atrevo a ofrecerle dinero por las lecciones.

Me alegro de que Laurie parezca tan feliz y trabaje tanto, que haya renunciado a fumar y que se deje crecer el pelo. Ya ves que tú lo manejas mejor que yo. Haz lo más que puedas por él, pero no lo vayas a convertir en un santito, ¿eh?, porque mucho me temo que no me va a gustar sin una pizca de picardía humana. Léele partes de mis cartas, pues no tengo mucho tiempo para escribir y con eso bastará... ¡Cómo me alegro y agradezco a Dios que sigas mejorcita!

Enero

¡Feliz Año Nuevo para todos, querida familia, que, naturalmente, incluye al señor L. y a un joven conocido con el nombre de Teddy! No sé cómo darles idea de lo mucho que disfruté con el paquete que me mandaron para Navidad. No lo recibí hasta la noche, y ya iba perdiendo las esperanzas... La carta llegó por la mañana pero nada me decía de ningún paquete: seguramente deseaban sorprenderme. No quería sentirme defraudada porque no recibía un regalito de ustedes, pero me parecía que no me iban a olvidar... Después del té, sentada sola en mi cuarto, estuve un poco cabizbaja sin poder evitarlo. Cuando en eso llegó el curioso envoltorio, lleno de barro, con un aspecto exterior completamente lastimoso... pero igual me abracé a él... Parecía tan “de casa” que me sentí vivificada y ¡créanme! me senté en el suelo y no paraba nunca de leer, de mirar, de comer, ni de llorar y reírme de esa manera absurda que conocen tan bien... Todo lo que me mandaron es exactamente lo que yo deseaba o necesitaba y tanto mejores las cosas por ser hechas en casa en lugar de compradas. Naturalmente que usaré las prendas de franela que me manda mamá y que voy a leer los libros anotados por papá. Millones y millones de gracias a todos.

Hablando de libros, me acuerdo que me estoy poniendo rica en ese renglón, pues el señor Bhaer me regaló una hermosa edición de Shakespeare. Se trata de un libro que él valora mucho y que yo había admirado tantas veces colocado como estaba en el sitio de honor, con su Biblia en alemán, su Platón, su Homero y su Milton. Pueden imaginarse cómo me sentí cuando me lo trajo y me mostró la dedicatoria: “De su amigo Federico Bhaer. A menudo me ha dicho usted que desearía tener una biblioteca, y aquí, entre estas tapas, le regalo una, porque hay entre ellas muchos libros. Léalo bien y le va a servir bastante, porque los estudios que hay en él de los caracteres le ayudarán a leer el de las personas y a pintarlo con su pluma”.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Se lo agradecí lo mejor que pude y ahora hablo de “mi biblioteca” como si tuviese cientos de libros. Nunca supe antes apreciar cuánto había en Shakespeare, pero es que entonces no tenía un Bhaer que me lo explicase. Por favor, no se rían de su horrible nombre, pues no se pronuncia como la gente se empeña en decirlo: ni oso, ni cerveza sino un sonido intermedio entre esas dos palabras que sólo un alemán puede pronunciarlo. Me alegro que les guste lo que les cuento de él y que deseen conocerlo algún día. Mamá admiraría su afectuoso corazón, papá, su sapientísima cabeza. Por mi parte, admiro ambas cosas y me siento rica con la amistad de Federico Bhaer.

Como no tenía mucha plata, y sin saber qué le gustaría, le compré varias cositas y se las desparramé por su cuarto, donde pudiese encontrarlas cuando menos lo esperase. Eran cosas útiles o bonitas, o cómicas... utensilios de escritorio para su mesa; un florero pequeño (siempre pone alguna flor en su cuarto, o un poco de “verde” en un vaso de los de agua, para mantenerse fresco, según dice); una agarradera para su fuelle, por que no use para el fuego eso que Amy llama mouchoirs. Ésta la hice como las que inventó Beth: una mariposa grande con el cuerpo muy relleno, alas amarillas y negras y ojos de cuentas. Esa pavadita le ha gustado muchísimo y la ha puesto sobre la repisa de la chimenea, como si fuese un objeto de arte. Pobre como es, no se olvidó de un solo niño ni de ningún sirviente, y nadie de la casa, desde la lavandera francesa hasta “miss” Norton, se olvidó de él, lo cual me dio gran alegría. La víspera de Año Nuevo organizaron una mascarada y nos divertimos mucho. Como no tenía disfraz, no pensaba ir, pero a último momento la señora K. se acordó de un traje antiguo de brocato y “miss” Norton me prestó encajes y plumas y me vestí de señora Equivocación y me fui al baile de antifaz. Nadie me conoció, pues supe disimular la voz, de modo que ninguno soñaba que aquella loca que bailaba y hacía bromas a todo el mundo pudiese ser la altiva y silenciosa señorita March. La mayoría aquí cree que soy orgullosa y callada, porque de veras lo soy (con los mequetrefes impertinentes). La cuestión es que me divertí como loca y fue divino, al sacarnos las caretas, ver cómo me miraba la gente. El señor Bhaer se disfrazó de Botton, el famoso tejedor de “El sueño de una noche de verano”, de Shakespeare, y llevaba en los brazos a Tina, de Titania, una pequeña hada perfecta. Verlos bailar “era todo un paisaje”, para usar una de las frases de Teddy.

Mi Año Nuevo fue en verdad feliz como todos me lo desearon y tuve la sensación de que por fin me está yendo bien a pesar de mis muchos fracasos, porque ahora estoy contenta todo el tiempo, trabajo con mucha energía y me tomo más interés por otras personas que antes, lo cual es muy satisfactorio. Que Dios bendiga a todos.

Con todo mi cariño

Jo

CAPÍTULO XXXIV

UN AMIGO

Aunque muy feliz en el ambiente social en que se hallaba y muy ocupada con el trabajo cotidiano que le hacía ganar el pan, Jo todavía encontraba tiempo para dedicar a sus labores literarias. El propósito que en esta fase de su vida se apoderó de ella era natural para una muchacha pobre y ambiciosa; aunque no fue el mejor el medio que escogió para alcanzar ese fin. Todo le indicaba que el dinero confiere poder y se resolvió a obtener ambos: poder y dinero, aunque no para utilizarlos exclusivamente para fines propios sino en bien de aquellos a quienes quería más que a sí misma.

El sueño de llenar su casa de comodidades, de poder dar a Beth todo cuanto ella deseara, desde frutillas en invierno hasta un órgano para tocar en su cuarto; viajar al extranjero y tener siempre algo más que lo absolutamente indispensable, había sido para Jo durante muchos años el más acariciado de sus castillos en el aire.

Por otra parte, el experimento del cuento premiado pareció abrirle un camino que la condujese hasta ese soñado chateau. Pero el serio contratiempo de su novela apagó su espíritu por un tiempo, pues la opinión pública es un ogro que ha asustado a muchos valerosos como ella metidos a grandes empresas. Pero el espíritu de levantarse y correr una nueva aventura ardía en Jo igual que en aquellos héroes legendarios, de modo que volvió a incorporarse y siguió esta vez un camino dudoso, para obtener mayor botín, sí, pero dejando en la empresa lo que para ella valía mucho más que las bolsas de oro.

En una palabra: se dedicó a escribir historias sensacionalistas. Sin decir nada a nadie urdió un relato “espeluznante” y, osadamente, se lo llevó al señor Dash, director de “El Volcán de la Semana”. Su instinto femenino le dictó que la ropa tiene sobre mucha gente más poderosa influencia que el

mérito del carácter o la magia de los modales. Se vistió, pues, con sus mejores trapitos y tratando de convencerse de que no estaba ni nerviosa ni emocionada montó con coraje dos pisos de sucias escaleras para llegar a un cuarto en desorden, envuelto en una nube de humo de cigarro y a presencia de, tres “caballeros” sentados con los talones más altos que el sombrero. Algo acobardada con semejante recepción, Jo vaciló en el umbral, murmurando con mucho embarazo:

-Disculpen ustedes, pero yo buscaba la oficina de “El Volcán de la Semana”... Necesito ver al señor Dash...

Descendió el más alto de los pares de talones, ascendió el más humeante de los caballeros, y acariciando su cigarro se adelantó con un saludito. Con la sensación de que era mejor salir del paso cuanto antes, Jo sacó su manuscrito, y poniéndose cada vez más colorada pronunció a los tropezones pequeños fragmentos del discursito que había preparado para aquella ocasión.

-Una amiga mía deseaba que en su nombre les ofreciera... un relato... nada más que a título de experimento... le gustaría tener la opinión... estaría dispuesta a escribir más si esto gusta...

Mientras la pobre Jo se sonrojaba y equivocaba las palabras, el señor Dash había tomado el manuscrito y recorría las páginas con dedos bastante sucios, echando miradas de conocedor por las prolijísimas cuartillas.

-No es la primera, según parece -dijo al observar que las páginas estaban numeradas, escritas de un solo lado y no iban ataditas con una cinta.

-No, señor, ha tenido ya cierta experiencia y obtuvo un premio por un cuento publicado en “La Bandera de la Verdad”.

-¿Ah, sí? -dijo el señor Dash con una rápida mirada a Jo y tomando buena nota de cada trazo que la muchacha tenía encima-. Puede dejarlo, si quiere... De este tipo tenemos más material del que podemos utilizar, pero le voy a dar una leída y tendrá la contestación la semana próxima.

Jo no tenía ninguna gana de dejarlo, porque no creía que le conviniese cerrar trato alguno con aquel individuo, pero le pareció que no podía hacer otra cosa que saludar y retirarse. Jo pareció más alta y altiva que nunca, como siempre que se sentía corrida o irritada. En aquel momento estaba ambas cosas a un tiempo, puesto que fue bien evidente por las miradas picaronas cambiadas entre aquellos individuos que su pequeña invención de “la amiga” la consideraban pura broma. Una risa, provocada por una observación inaudible del director al cerrar Jo la puerta, acabó de llenarla de mortificación. Resuelta a no volver por allí, se fue a su casa y dio salida a la irritación que sentía cosiendo furiosamente algunos delantales para las chicas, y alrededor de una hora después se sintió bastante calmada como para reírse de aquella escena... ¡y desear que llegase la semana próxima!

Cuando volvió la segunda vez, el señor Dash estaba solo y mucho más despierto que en la otra ocasión, encontrando Jo agradables ambas cosas. Además, no estaba esta vez tan embotado por el humo de su cigarro para olvidarse de sus modales para con una dama y la entrevista fue mucho más cómoda que la anterior.

-Vamos a aceptar esto si no tiene usted inconveniente en hacer algunos cambios. Es demasiado largo, pero suprimiendo los pasajes que le he marcado va a quedar bien -le dijo con tono serio, “de negocios”.

Jo apenas reconocía su propio manuscrito, de tan arrugado que estaba y tan subrayados y garabateados como lo habían sido renglones y páginas, y echó una mirada a los párrafos marcados, que eran precisamente todos los que encerraban reflexiones morales, que tanto se había empeñado en insertar como lastre de tantísimo romance.

Sorprendida y apenada, respondió Jo:

-Pero, señor, yo creía que todo relato debe tener una moraleja de algún tipo, por eso me empeñé en que se arrepintiesen algunos de mis pecadores... -La natural gravedad del señor Dash no pudo menos de aflojarse con una sonrisa, pues Jo se había olvidado completamente de “su amiga” y había hablado del modo como únicamente puede hablar un autor.

-La gente quiere que la entretengan, no que la sermoneen, ¿sabe? La moral no se vende hoy en día.

-¿Cree usted que con esos cambios la historia va a servir?

-Sí, el argumento es nuevo y está bastante bien desarrollado; buena expresión y todo lo demás... -fue la afable respuesta del señor Dash.

-¿Y cuánto?... Es decir ¿qué remuneración?... -y Jo no terminaba ninguna frase, no sabiendo en realidad cómo debía expresarse.

-¡Ah, sí!, pues bien: pagamos de veinticinco a treinta por cosas de este tipo y los recibe cuando se publica -respondió el señor Dash.

-Muy bien. Puede usted publicarla -le dijo Jo, devolviéndole el relato con aire satisfecho, porque después de trabajar por un dólar la columna aun veinticinco dólares parecían buena paga.

-¿Qué nombre le gustaría a su amiga que figurara? -esto dicho como al descuido.

-Ninguno, por favor; ella no desea que aparezca su nombre y no tiene ningún seudónimo -respondió Jo, sonrojándose muy a su pesar.

-Como ella quiera, naturalmente. El relato saldrá publicado la semana que viene. ¿Vendrá usted por el dinero o quiere que se lo envíe? -preguntó el señor Dash, que sentía curiosidad natural por saber quién era su nueva colaboradora.

-Vendré yo. Buenos días, señor.

Cuando se hubo marchado, el señor Dash volvió a poner los pies sobre el escritorio con la complaciente observación que sigue:

-Pobre y orgullosa, como de costumbre..., pero nos va a servir.

Siguiendo las instrucciones del señor Dash, y tomando a la señora North como modelo, Jo se lanzó intrépidamente en el proceloso océano de la literatura sensacionalista.

Como la mayoría de los escritorzuelos jóvenes, Jo viajaba al extranjero para encontrar personajes y escenarios: bandidos, condes, gitanos, monjas y duquesas aparecían en su escenario y desempeñaban sus papeles con la exactitud que era de esperarse. Sus lectores no eran exigentes en asuntos tan insignificantes como la gramática, la puntuación y la veracidad, y en cuanto al señor Dash, magnánimamente le permitía que llenase sus columnas a los precios más bajos, no creyendo necesario informarla de la razón verdadera de su hospitalidad: que uno de sus proveedores habituales lo había dejado en la estacada por habersele ofrecido mejor paga en otra parte.

Pronto comenzó Jo a interesarse en su trabajo porque su bolsa escuálida volvió a engrosarse y el fondo que estaba juntando para llevar a Beth a las montañas el próximo verano iba creciendo lentamente pero sin pausa a medida que pasaban las semanas. Lo único que perturbaba su satisfacción era no decirles nada a los de su casa. Y fue fácil guardar el secreto, pues no aparecía nombre alguno con sus relatos, y aunque el señor Dash lo descubrió, prometió quedarse mudo, y cumplió su palabra.

Además, no creía Jo que aquello la perjudicase, pues tenía el firme y sincero propósito de no escribir nada de que tuviese que avergonzarse y aquietaba todos los pinchacitos de su conciencia con la agradable expectativa del minuto feliz en que mostrase en casa sus ganancias.

Pero el señor Dash rechazaba toda historia que no fuese espeluznante, y como las emociones violentas sólo podían lograrse poniendo las almas de los lectores en un cepo, había que saquear la tierra y el mar, la ciencia y el arte, los registros de policía y los manicomios, aparte de toda la historia y todo el mundo del romance, para conseguir material. Otra cosa que descubrió Jo fue que su experiencia de la vida había sido de lo más inocente y no le había proporcionado más que atisbos del mundo trágico en que subyace la sociedad así, pues, que, con la energía que la caracterizaba, se puso a suplir sus deficiencias. Ávida de encontrar material para sus cuentos, se empeñaba en que sus argumentos fuesen originales aunque la ejecución distase mucho de ser magistral. Escudriñaba, pues, en los diarios buscando accidentes, incidentes y crímenes; llegó a despertar las sospechas de la bibliotecaria por su pedido de un libro sobre venenos; estudiaba los rostros de la gente que veía en la calle y de los personajes, buenos, malos y regulares que tenía a su alrededor; desenterró del polvo de los tiempos hechos y ficciones tan viejos que equivalían a nuevos y se sumergió motu proprio en el mundo de la locura, la necedad, el pecado, la desgracia y el dolor, tanto como se lo permitieron sus limitadas oportunidades. Ella creía ir mejorando mucho su personalidad, pero, inconscientemente, comenzaba a profanar los atributos más femeninos del carácter de una mujer.

Más que percibirlo, llegó a sentirlo intuitivamente, ya que de tanto describir pasiones y sentimientos de los demás se puso a estudiar y a especular sobre los propios. Es ésa una diversión mórbida a que no suelen entregarse voluntariamente las mentes jóvenes y sanas.

No sé si habrá sido el estudio de Shakespeare que le ayudó a interpretar el carácter o si fue simplemente el instinto natural que tiene toda mujer para apreciar lo que es honesto, valiente y fuerte; la cuestión fue que mientras Jo dotaba a sus héroes imaginarios con todas las perfecciones posibles, descubría al propio tiempo a un héroe viviente que le interesaba a pesar de sus muchas imperfecciones humanas. En una de sus conversaciones, el señor Bhaer le había aconsejado que estudiase personajes simples, verdaderos y bellos, donde fuera que los encontrase, simplemente como buena preparación para un escritor. Jo lo tomó al pie de la letra porque se puso tranquilamente a estudiarlo a él.

Por qué lo quería todo el mundo, era algo que intrigaba a Jo al principio. No era rico, ni famoso, ni joven, ni buen mozo. No era tampoco en manera alguna lo que suele llamarse fascinador, ni impresionante ni tampoco brillante; era, sin embargo, tan atrayente como un fuego acogedor, pues la gente parecía juntarse siempre a su alrededor con la misma naturalidad con que rodean una chimenea en invierno. Era pobre, y sin embargo siempre estaba regalando algo; era un extraño en el país y no obstante todo el mundo era su amigo; no era ya joven, pero sí tan alegre como un muchacho; de aspecto ordinario y algo raro, sin embargo su cara parecía hermosa a mucha gente y sus rarezas se le perdonaban fácilmente por lo que él era. Jo lo observaba siempre, tratando de descubrir el secreto de su encanto, y por fin decidió que no era otra cosa que su benevolencia la que obraba el milagro. Había arrugas en su frente, pero el Padre Tiempo parecía haberlo tocado con benignidad, seguramente por lo bondadoso que era él con los demás.

-”¡Eso es!...” -se dijo Jo para sí, cuando por fin, después de todas las cavilaciones anteriores, descubrió que una buena voluntad verdadera hacia nuestros semejantes puede embellecer y dignificar aún a un profesor alemán gordo que se remendaba los calcetines, devoraba la comida y estaba agobiado con el horrible nombre de Bhaer.

Jo valoraba altamente la bondad, pero tenía además un respeto muy femenino por el intelecto, y un pequeño descubrimiento que hizo respecto al profesor aumentó su estima por él. Como nunca hablaba de sí mismo, nadie sabía que en su ciudad natal había sido un hombre altamente honrado y estimado por su erudición y su integridad, y eso no se supo hasta que un compatriota vino a verlo y en una conversación con “miss” Norton divulgó esos gratos hechos. Fue por “miss” Norton que se enteró Jo de todo ello, y mucho más le gustó saberlo porque el señor Bhaer no lo había comentado nunca.

Otro don, mejor aún que el del intelecto, le fue revelado en la forma más inesperada. “Miss” Norton tenía entrada en el mundo literario, que Jo no hubiese tenido nunca oportunidad de conocer a no ser por ella. La solitaria mujer se interesaba por la muchacha ambiciosa, y bondadosamente confería muchos favores de ese tipo a ella y al profesor. Una noche los llevó con ella a un simposio celebrado en honor de varias celebridades.

Jo iba preparada a inclinarse y adorar a los “grandes”, a quienes había reverenciado a la distancia con entusiasmo juvenil. Pero su respeto por el genio recibió un fuerte choque esa noche y le llevó bastante tiempo descubrir que aquellas célebres figuras eran al fin de cuentas sólo hombres y mujeres. Imaginémonos su desconcierto y desencanto al deslizar una mirada de tímida

admiración a un poeta cuyos versos sugerían un ser etéreo alimentado de “espíritu, fuego y rocío” y contemplarlo devorando su comida con un fervor que hinchaba completamente su fisonomía intelectual. Volviéndose a mirar a otro lado como quien se aleja de un ídolo caído, hizo otros descubrimientos que tuvieron la virtud de disipar rápidamente sus ilusiones románticas.

Antes de promediar la velada Jo se sintió tan desilusionada que optó por sentarse en un rincón para recuperarse. Pronto se le reunió el señor Bhaer, bastante fuera de su elemento él también, según parecía. Algo más tarde algunos de los filósofos vinieron a reunírseles para sostener en aquel rincón una especie de torre intelectual. La conversación estaba muy por encima de la comprensión de Jo, pero con todo disfrutó en granele, aunque Kant y Hegel eran para ella dioses desconocidos y el Objetivo y el Subjetivo términos ininteligibles, y la única cosa “emanada de su subconsciente” fue un dolor de cabeza fortísimo cuando todo hubo terminado. Sólo cayó en la cuenta de que esos individuos estaban deshaciendo el mundo en pedacitos y juntándolos de nuevo según principios que, de acuerdo con los oradores, eran infinitamente mejores que los anteriores, que la religión estaba en serio peligro de desaparecer a fuerza de razonarla y que el intelecto había de ser el único dios.

Al darse vuelta para ver cómo iba tomando todo aquello el profesor lo encontró mirándola con la expresión más ceñuda que nunca viera en su rostro. Le hizo señas de que se fueran, pero ella, fascinada en ese momento por la libertad ofrecida por la Filosofía Especulativa, se quedó clavada en su asiento tratando de descubrir en qué habían de confiar aquellos ancianos señores tan sabios una vez que hubiesen aniquilado todas las demás creencias. El señor Bhaer era un hombre tímido, reacio a exponer sus opiniones, no porque no fuesen firmes sino precisamente porque eran demasiado sinceras y serias para ser tomadas con ligereza. Al mirar a Jo y a varios otros jóvenes como ella atraídos por el brillo de aquella pirotecnia filosófica el profesor frunció el entrecejo y anheló hablar temiendo que alguna joven alma inflamable fuese a ser desviada por seguir aquellos cohetes voladores para encontrarse cuando terminase la exhibición con que sólo tenían en la mano un palito vacío o una mano chamuscada.

Guardó silencio mientras pudo, pero cuando apelaron a él en demanda de una opinión el honesto profesor ardió de indignación y defendió la religión con toda la elocuencia de la verdad, elocuencia que hacía musical su inglés defectuoso y hermosísima su expresión. Su lucha fue ardua, pues los hombres eruditos argumentaban bien pero él no se daba por vencido y siguió enarbolando su estandarte como un valiente. De manera misteriosa, mientras Bhaer hablaba, el mundo se volvió a componer para Jo; las viejas creencias parecieron de nuevo mucho mejores que las nuevas; Dios no era una fuerza ciega y la inmortalidad no era una bonita fábula, sino un hecho bendito: Volvió a sentir bajo sus pies el suelo sólido, y cuando por fin se detuvo el señor Bhaer, vencido de palabra, pero ni un ápice convencido, Jo tuvo deseos de aplaudir y agradecerle lo que había dicho.

No hizo ninguna de las dos cosas, pero recordó aquella escena y otorgó al profesor su más sincero respeto, pues sabía que le había costado un gran esfuerzo hablar ante toda esa gente y que lo había hecho únicamente porque su conciencia no le había permitido quedar callado. Ahí comenzó a

comprender que el carácter es una posesión mejor que el dinero, el rango social o la belleza, y a convencerse de que si la grandeza es “verdad, reverencia y buena voluntad”, como dijo un gran hombre, entonces su amigo Bhaer era no sólo bueno, sino también grande.

Esta opinión se afianzó día por día. Jo valoraba la estima del gran hombre y ansiaba su respeto; quería ser digna de su amistad. Justamente cuando su deseo era más sincero, estuvo a punto de perderlo. Una noche el profesor vino a dar a Jo su clase con un gorro militar de papel que Tina le había puesto y que él había olvidado de quitarse.

“Es evidente que no se mira al espejo antes de venir”, pensó Jo con una sonrisa al decir él “¡Buenas noches!” y sentarse muy serio, absolutamente inconsciente del contraste ridículo entre su tema y el adorno de su cabeza, pues esta noche iba a leerle la ‘Muerte de Wallenstein’.

Jo no dijo nada al principio y pronto se olvidó ella también, pues oír a un alemán leyendo a Schiller es una cosa seria. Después de la lectura vinieron los ejercicios, que estuvieron animados porque Jo se hallaba alegre aquella noche y el sombrero de papel continuaba haciéndole bailar los ojos de alegría. El profesor no podía entender qué le pasaba y por fin se detuvo:

-Mees Marsch, ¿por qué se ríe usted en la propia cara de su maestro?

-¿Cómo puedo ser respetuosa, señor, si usted se olvida de quitarse el sombrero?

Levantando la mano hasta la cabeza, el distraído profesor palpó y luego echó atrás la cabeza y se rió con tantas ganas él también que se le saltaron las lágrimas.

-¡Ah!, vea pues ahora... es esa pícara de Tina que me convierte en mamarracho con sombrero...

Pero la lección no continuó durante los minutos siguientes, porque el señor Bhaer pispeó una figura en el sombrero, y al desplegarlo dijo con aire muy disgustado:

-Ojalá estos diarios no entraran en la casa; no son propios para que los vean los chicos, ni para que los lean los jóvenes. No está bien y me da impaciencia con gente que hace este daño.

Jo miró aquella ilustración y vio una “agradable” composición de un loco, un cadáver, un villano y una serpiente. Le pareció horrible, pero el impulso que la hizo darlo vuelta no fue el desagrado sino el temor, pues, por un minuto, se imaginó que el diario era “El Volcán”. No fue así, pero ella se había traicionado a sí misma con una mirada y un sonrojo, pues, aunque distraído, el profesor veía mucho más de lo que la gente imaginaba. Sabía que Jo escribía y la había encontrado por las oficinas de los diarios más de una vez, pero como ella nunca le hablaba de eso él no le hizo preguntas a pesar de que deseaba vivamente ver su trabajo. Ahora se le ocurrió que la muchacha estaba haciendo algo que tenía vergüenza de confesar, y eso le afligía. No dijo para sí: “Esto no me incumbe; no tengo derecho a decir nada”, como hubiesen hecho muchos otros; sólo se acordó de que la chica era joven y pobre, que estaba lejos del cariño y cuidado de sus padres, y tuvo el impulso de ayudarla tan naturalmente como hubiese extendido la mano para salvar a un bebé

de caer en un charco. Todo esto acudió a su mente en un minuto, como un relámpago, sin que apareciesen ni rastros de ello en su rostro, y cuando el diario estaba dado vuelta y enhebrada la aguja de Jo, Bhaer dijo con toda naturalidad pero muy gravemente:

-Hace bien de rechazarlo. No me gusta pensar que chicas jóvenes y buenas puedan ver esas cosas. A mis hijos, yo dar pólvora para jugar, más que esa mala basura.

-Puede que toda no sea mala, sólo tonta, ¿sabe? Y si hay demanda de esas cosas no veo ningún mal en ofrecerlas. Hay mucha gente muy respetable que se gana la vida honradamente con lo que se llaman “cuentos sensacionalistas” -dijo Jo, muy nerviosa.

-También hay demanda de whisky, pero no creo que ni a usted ni a mí nos gustase venderlo. Si esa gente respetable de que usted me habla supiese el daño que hace, no creería que la vida se la gane honradamente. No tener derecho a poner veneno en los caramelos y dejar que los coman los pequeños. No, preferirían barrer barro en la calle que hacer esta cosa.

El señor Bhaer habló con calor y fue hasta la chimenea arrugando el diario con la mano.

-¡Ojalá pudiese hacer lo mismo con todo el resto! -murmuró el profesor entre dientes cuando volvía a su asiento con aire de alivio.

Jo pensó en la llamarada que habría hecho el montón de papeles que guardaba arriba, y en ese minuto su dinero tan difícilmente ganado le pesó en la conciencia. Luego pensó para sí: “Los míos no son así... son tontos pero nunca malos, así que no voy a preocuparme.” Y tomando de nuevo el libro, dijo con expresión de niña estudiosa:

-¿Quiere que continuemos, señor? Le prometo portarme bien y estar correcta ahora.

-Lo esperaré así -fue todo lo que él dijo; pero significaba mucho más.

En cuanto llegó a su cuarto sacó la pila de diarios y volvió a leer muy atentamente cada palabra de sus relatos. El señor Bhaer usaba anteojos y Jo se los había probado un día, sonriendo al ver cómo magnificaban la letra chica del libro; ahora le parecía tener puestos los anteojos del profesor, pero los anteojos morales y mentales, pues las fallas de estos relatos relumbraban ante ella de un modo horrible y la llenaban de desazón.

-¡Ya lo creo que son tonterías, y si sigo así pronto van a ser algo peor! Cada cuento es más malo que el anterior y he ido ciegamente lastimándome a mí misma y a otras personas. ¡Y por dinero! No sé lo que haría si los vieran en casa o si cayeran en manos del señor Bhaer.

Jo se sonrojó a la sola idea de que eso ocurriese y metió todo el paquete de papel en la estufa. ¡Casi incendia la chimenea con la fogata!

Cuando nada quedó de su trabajo de tres meses, más que un montón de cenizas y el dinero en su bolso, Jo se puso muy seriamente a pensar qué debía hacer con sus ganancias.

-Creo que no he causado mucho daño todavía, y que puedo guardar esto en pago del tiempo que me llevó -se dijo por fin, después de larga meditación, añadiendo con impaciencia-: Casi preferiría no tener conciencia. Si no me importase hacer las cosas bien ni me sintiese incómoda cuando las hago mal, me iría magníficamente. Habría preferido que papá y mamá no hubiesen sido tan exigentes en esas cosas.

En lugar de pensar eso, Jo, medita en la suerte que tuviste que “papá y mamá fuesen exigentes” y compadécete para resguardarlos con principios que podrán aparecer como las paredes de una prisión a la impaciente juventud, pero que con el tiempo resultarán bases sólidas para formar el carácter.

Jo no escribió, pues, más historias sensacionalistas, pero yéndose al otro extremo siguió un curso de Sherwood, Edgeworth y More, y produjo una historia que podía llamarse con más propiedad ensayo o sermón, de tan intensamente moral que le resultó. Desde el principio tuvo Jo sus dudas, pues su viva imaginación y su gusto de muchacha por el romance se sentían tan incómodos en el estilo nuevo como se hubiese sentido disfrazada con los trajes rígidos y pesados del pasado siglo. Esta joya didáctica la envió Jo a varios mercados, pero no encontró comprador, y la pobre Jo se sintió inclinada a acordar con el señor Dash “que la moral no se vende”.

Después de eso probó con un cuento para chicos que fácilmente pudo haber vendido si no hubiese sido mercenaria como para exigir lucro por él. Así, pues, nada resultó de estos experimentos y Jo tapó su tintero y dijo con un saludable ataque de humildad:

-No sé nada de nada. Voy a esperar a aprender algo antes de probar de nuevo. Entretanto “barreré el barro en la calle” -prueba de que su segunda caída le había hecho algún bien, después de todo.

Mientras estas revoluciones internas tenían lugar, su vida, la exterior, había seguido, atareada y sin acontecimientos, como de costumbre. Y si a veces estaba algo seria y aun un poco triste, nadie lo notaba más que el profesor Bhaer. Lo hacía con tanta discreción que Jo nunca supo que él se procuraba por saber cómo había recibido su reproche y qué provecho había sacado de él. Pero se dio cuenta de que la muchacha había renunciado a escribir. No solamente lo adivinó por el hecho de que ya no venía a clase con el dedo manchado de tinta, sino también porque ahora pasaba las veladas abajo, y porque no la encontró más por las oficinas de los diarios y estudiaba el alemán con paciencia tenaz.

El profesor ayudó a Jo de muchos modos, dando pruebas de ser un verdadero amigo, y aunque su pluma yacía ociosa, ella iba aprendiendo muchas otras cosas además del alemán y cavando los cimientos de la historia “sensacional” de su vida.

Fue un invierno agradable y ¡largo!, pues Jo no dejó a la señora Kirke hasta junio. Todo el mundo pareció sentirlo cuando llegó el momento de marcharse. Los chicos estaban inconsolables y el señor Bhaer andaba despeinado, como siempre que algo le preocupaba.

-Nos vamos a casa, ¿eh? Usted feliz que tiene un hogar adonde volver -le dijo cuando ella se lo comunicó, y durante una pequeña recepción que ofreció la víspera de su partida el profesor se lo pasó sentado en un rincón muy calladito.

Como partía temprano, Jo se despidió de todos esa noche, y cuando le llegó el turno a Bhaer le dijo con calor sincero:

-Bueno, señor, no se olvide de venir a visitarnos, si alguna vez viaja por allí. Nunca lo perdonaré si no va, pues quiero que todos conozcan a mi amigo.

-¿De veras? ¿Quiere que vaya a su casa? -preguntó él, mirándola con una expresión en que ella no paró mientes.

-Sí, naturalmente. Venga usted el mes que viene cuando se reciba Laurie. Seguramente la colación de grados le va a resultar algo nuevo.

-¿Ése es su mejor amigo, de quien habla? -dijo entonces el profesor, con tono alterado.

-Sí, Teddy, al que yo llamo “mi muchacho”. Estoy muy orgullosa de él y me gustaría que usted lo conociese.

En eso levantó Jo la vista, completamente inconsciente de otra cosa que del placer que anticipaba el encuentro de los dos. Algo que vio en la cara de Bhaer le recordó que posiblemente iba a encontrar en Laurie algo más que un amigo precisamente porque deseaba que no pareciese que pasaba algo comenzó sin querer a enrojecer, y cuanto más se empeñaba en no hacerlo más roja se ponía.

La fisonomía de Bhaer cambió de la momentánea inquietud anterior a su expresión habitual al decirle con toda cordialidad:

-Me temo que no voy a tener tiempo para visitarlos, pero le deseo mucho éxito a su amigo, y a usted la mayor felicidad. ¡Dios la bendiga!... -y con eso le estrechó la mano con calor, cargó a Tina al hombro y se marchó.

Después que los chicos estuvieron acostados, el pobre hombre se estuvo largo rato sentado junto al fuego con expresión cansada y la nostalgia pesándole en el alma. En una de éstas recordó a Jo sentada con la chiquita en las faldas y aquella suavidad nueva en su cara y entonces apoyó la cabeza en las manos por un minuto.

“No es para mí..., ahora no debo esperarlo”, se dijo para sí con un suspiro que casi parecía un gemido; luego, como reprochándose aquel anhelo que no podía reprimir, fue a besar las dos cabezas enmarañadas sobre la almohada y sacando su pipa de espuma de mar, que rara vez usaba, abrió su Platón y se puso a leer, pero no creo que un par de chicos exuberantes, una pipa, ni aun el divino Platón fuesen satisfactorios sustitutos de esposa, hijos y hogar.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

A pesar de lo temprano de la hora, allí estuvo en la estación a la mañana siguiente a despedir a Jo, y gracias a él la chica comenzó su viaje solitario con el grato recuerdo de una cara amiga sonriendo al despedirse, un ramo de violetas para hacerle compañía y, mejor que todo eso, este pensamiento feliz:

“¡Bueno, ha pasado este invierno y no he escrito ningún libro ni ganado fortuna alguna, pero me he hecho de un amigo digno de tenerse y trataré de conservarlo toda mi vida!...”.

CAPÍTULO XXXV

DOLOR DE CORAZÓN

Cualquiera que haya sido su motivo para ello, lo cierto es que Laurie estudió aquel año con resultado, pues se graduó con honores, y según afirmaron sus amigos recitó la oración final con la gracia y elocuencia de un Demóstenes. Todos estuvieron presentes: su abuelo -¡orgullosísimo!-, el señor y la señora March, Juan y Meg, Jo y Beth, y regocijándose de su triunfo.

-Tengo que quedarme aquí para esta maldita cena de despedida, pero estaré en casa mañana temprano. Saldrán a esperarme como de costumbre, ¿verdad, chicas? -les dijo Laurie al acompañarlas hasta el coche cuando hubieron terminado los agasajos del día. Decía “chicas”, pero significaba “Jo”, puesto que ella era la única disponible en un día como aquél; la muchacha no tuvo alma de negarle nada a tan espléndido triunfador, y respondió con calor:

-Allí estaré, Teddy, llueva o truene, y marcharé escoltándote con un birimbao para tocarte “¡Aquí viene el héroe conquistador!”.

Laurie le agradeció con una mirada que le hizo pensar con pánico súbito:

-Oh, Dios mío, ahora sí que me va a decir algo... y yo, ¿qué voy a hacer?

La meditación nocturna y las tareas matinales lograron calmar algo sus temores, decidiendo que no tendría la vanidad de creer que le iba a proponer matrimonio cuando le había dado todos los motivos posibles para saber cuál había de ser la respuesta. Así, pues, llegado el momento, salió al encuentro del muchacho, deseando que él no le diese ocasión de lastimar sus sentimientos. Pero en cuanto vio la fornida figura a la distancia no pudo menos que sentir un vivo deseo de volverse y echar a correr.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¿Dónde está el birimbao, Jo? -le gritó Laurie, en cuanto estuvo a tiro.

-Me lo olvidé -dijo Jo reanimándose, pues aquel saludo no podía llamarse precisamente el de un enamorado.

En estas ocasiones había solido Jo tomarse del brazo con el muchacho, pero hoy no lo hizo, y él no protestó sino que se puso a hablar muy ligero sobre un montón de temas impertinentes, hasta que hubieron vuelto el camino para entrar en el sendero que llevaba a casa pasando por el soto. Ahí aminoró Laurie el paso, perdió de repente su verba de hacía un momento y ocurrieron de cuando en cuando horribles pausas. Para salvar la conversación de aquellos pozos de silencio en que estaba cayendo, Jo dijo precipitadamente:

-Ahora tienes que tomarte unas buenas vacaciones.

-Ésa es mi intención.

Hubo algo en su tono decidido que hizo levantar a Jo la vista rápidamente. Lo encontró mirándola con una expresión que no dejó lugar a dudas de que hubiese llegado el momento temido. Extendiendo la mano, imploró:

-¡No, Teddy, por favor, no!...

-Sí, sí, tienes que escucharme, Jo. No vale de nada evadirlo, tenemos que ventilar este asunto, y cuanto antes mejor para los dos -respondió el muchacho enrojeciendo de emoción.

-Di lo que quieras entonces y te escucharé -continuó Jo con paciencia desesperada.

Laurie no era más que un joven enamorado, pero lo estaba de veras, y tenía el firme propósito de “ventilar aquello” aunque le fuese mal en la prueba, de modo que se precipitó en aquel tema con la impetuosidad que lo caracterizaba, diciendo con una voz que persistía en quebrarse:

-Te he querido desde que te conozco, Jo; ¡has sido tan buena conmigo! He tratado de demostrártelo y nunca me lo permitiste; pero lo que es ahora, me vas a tener que oír y darme una respuesta, porque no puedo más seguir así.

-Yo quería ahorrarte este momento... Creí que comprenderías... -comenzó Jo, encontrando el trance aún más arduo de lo que lo había imaginado.

-Ya sé... me daba cuenta, pero las chicas son tan raras que uno nunca sabe realmente qué es lo que quieren. ¡Cuántas veces dicen “No”, cuando en realidad significan “Sí”, y son capaces de sacar a un hombre de quicio únicamente por divertirse! -replicó Laurie, atrincherándose detrás de un hecho a todas luces innegable.

-Yo no. Nunca quise que me quisieras de esta manera, y si me marché a Nueva York fue sólo para evitártelo si en mi mano estaba.

-Ya me pareció que era así... Era exactamente “tuyo” ese proceder, pero de nada te valió, porque te quise más que nunca, y si trabajé tanto fue sólo por complacerte. Renuncié al billar y a todo lo que a ti no te gustaba, y te aguardé sin quejarme, porque esperaba que llegases a quererme, aunque sé muy bien que no te merezco -aquí se le quebró la voz sin que pudiese evitarlo, de modo, que se calló la boca y se puso a cortar margaritas del campo mientras se componía la “maldita garganta”.

-Eso no, Laurie, no lo digas. ¡Ya lo creo que me mereces! Eres demasiado para mí, y te estoy agradecida por quererme y orgullosa de ti, ¡y te quiero muchísimo!... No puedo explicarme por qué no me es posible amarte del modo a que tú aspiras. Dios sabe que lo he intentado, pero es inútil, no puedo cambiar mis sentimientos, y sería una mentira que te dijera sí.

-¿De verdad, de verdad, Jo?

Laurie se detuvo y le tomó las dos manos al hacerle aquella pregunta con una mirada que la muchacha no iba a olvidar por mucho tiempo.

-De veras, de veras, querido.

Estaban ahora en el bosquecillo, cerca de la verja, y cuando Jo dijo aquellas palabras como a pesar suyo, Laurie bajó los brazos y se volvió para marcharse.

-¡Oh, Teddy, que pena! No sabes lo desesperada que estoy de darte este disgusto. Créeme que hasta me mataría si eso remediase algo. ¡Por favor, querido, no te pongas así! Yo no puedo evitarlo... Ya sabes que es imposible obligarse a querer a otro -vociferaba Jo llena de compasión, palmeándole el hombro y recordando las veces que él la había consolado a ella.

-A veces se consigue -contestó una voz ahogada.

-No creo que se logre el cariño verdadero en esa forma forzada -fue la respuesta decidida de Jo.

Hubo entonces una larga pausa. Un mirlo cantó alegre en el sauce junto al río y los juncos susurraban al viento. Al rato, sentándose en el escalón de la verja, le dijo muy seria:

-Te quiero decir algo, Laurie.

El muchacho se sobresaltó como si le hubiesen pegado un tiro, levantó la cabeza y gritó feroz:

-No me lo digas, Jo. No me cuentes eso ahora; no podría soportarlo.

-¿Decirte qué? -preguntó ella anonadada ante su violencia.

-Que quieres a ese viejo.

-¿Qué viejo? -demandó Jo, creyendo que Laurie se refería a su abuelo.

-Ese profesor del diablo del que te pasabas la vida escribiendo. Si me dices que lo quieres a él, sé que voy a hacer algo desesperado... -Y tenía todo el aire de cumplir su palabra, cerrando los puños con una chispa de rabia en los ojos.

Jo tuvo ganas de reírse, pero se contuvo y dijo muy acalorada, pues ella también se estaba enojando con todo aquello:

-No jures, Teddy, y no maldigas... El señor Bhaer no es viejo ni malo, sino bueno y amable y el mejor amigo que tengo después de ti. Por favor, querido, no te agarres una rabieta. Quiero ser buena contigo, pero sé que me voy a enojar si insultas a mi profesor. Ni siquiera se me ha ocurrido amarlo a él ni a ningún otro...

-Pero ya verás cómo te pasa eso de aquí a un tiempo, y entonces ¿qué voy a hacer yo?

-También querrás a alguna otra, como chico razonable que eres... Y te olvidarás de todo esto.

-Yo no puedo querer a nadie más. Nunca te olvidaré, Jo, nunca, nunca... -dijo entonces dando una patada en el suelo para dar énfasis a sus palabras apasionadas.

“¿Qué voy a hacer con él?”, suspiró Jo, encontrando que las emociones eran más difíciles de manejar que lo que ella esperaba. Luego continuó:

-Todavía no has oído lo que quería decirte. Siéntate y escucha, porque es bien cierto que yo quiero portarme bien contigo y hacerte feliz -dijo entonces.

Viendo un rayo de esperanza en la última frase de Jo, Laurie se echó a los pies de la chica, mirándola con rostro esperanzado. Semejante actitud no era favorable para la conversación serena ni el claro pensamiento; ¿cómo podía decir a su muchacho cosas duras mientras veía esos ojos llenos de amor y ansiedad y en las pestañas, aún quedaban rastros de las gotas amargas que le había arrancado la dureza de su corazón? Así es que Jo volvió la cabeza y habló mientras acariciaba el pelo ondeado que él se había dejado crecer por ella.

-Yo estoy de acuerdo con mamá en que tú y yo no cuadramos el uno para el otro, pues nuestros genios vivos y voluntades firmes nos harían probablemente sentir muy desdichados si fuésemos tan necios como para cas... -Jo se detuvo ante esta palabra, pero Laurie la pronunció con expresión embelesada:

-¿Casarnos? ¡Qué va! No podríamos ser desgraciados si tú me quisieras, Jo. Y yo me convertiría en un santo perfecto porque tú haces de mí lo que quieres.

-¡Qué esperanza! Ya lo he probado, y no voy a arriesgar nuestra felicidad con un experimento tan serio como éste. No estamos de acuerdo y nunca lo estaremos, de modo que seamos amigos toda la vida pero no hagamos nada precipitado ni imprudente.

-Ya lo creo que lo haremos si tenemos la oportunidad -farfulló Laurie, con tono de rebeldía.

-Sé razonable, querido, y toma un punto de vista sensato de la cosa -imploró Jo, probando que no sabía nada de asuntos de amor.

-No quiero ser razonable y no voy a tomar lo que tú llamas un “punto de vista sensato”, pues a mí nada me resolvería y a ti sólo consigue ponerte más dura. No creo que tengas corazón.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Ojalá fuera así!...

Había un pequeño temblor en la voz de Jo y tomándolo como un buen augurio, Laurie se dio vuelta, utilizando al máximo su poder de persuasión al decirle con el tono más embaucador que pudo y que nunca lo fue tanto como en ese momento:

-¡No nos defraudes, querida! Todo el mundo lo esperaba... Abuelo ha cifrado en este casamiento todas sus esperanzas... Tu familia también... y en cuanto a mí... yo no puedo vivir sin ti. Di que sí y seamos felices.

Hasta varios meses después Jo no comprendió cómo había tenido la fuerza de voluntad para mantener su resolución. Fue muy difícil, pero pudo hacerlo sabiendo que toda demora sería inútil, además de cruel.

-No puedo decirte con verdad que sí, de modo que no lo diré en manera alguna. Más adelante te convencerás de que tengo razón y me lo vas a agradecer -continuó Jo con aire solemne.

-¡Que me cuelguen si hago tal cosa!... -Y Laurie se levantó de un salto, ardiendo de indignación a la sola idea.

-Sí, Laurie, lo harás -insistió Jo-. Ya se te pasará después de un tiempo y vas a encontrar a alguna chica bonita y llena de méritos que te adorará y será digna dueña de tu hermosa casa. Yo no lo sería nunca: no soy linda, ni graciosa, ¡soy un viejo mamarracho!... Te avergonzarías de mí y nos iríamos a pelear siempre. A mí no me iba a gustar nada la sociedad elegante y a ti sí, y tú ibas a detestar que yo escribiese, y yo no me podría pasar sin hacerlo, y seríamos desgraciados, deseando no haber hecho lo que ahora pides con tanto fervor.

-¿Algo más? -preguntó Laurie, encontrando difícil escuchar con paciencia toda aquella predicción nefasta.

-Nada más que una cosa: creo que no me voy a casar nunca. Soy feliz como estoy ahora y amo demasiado mi libertad para apresurarme a renunciar a ella por ningún mortal.

-Yo sé muy bien que no -interrumpió Laurie-. Ahora piensas así, pero día llegará en que querrás a un hombre con toda tu alma, de un modo tremendo, y vivirás por él y morirás por él. Sé que será así porque te conozco y sé de cuánto amor eres capaz... ¡Y yo tendré que contemplar eso!

-Sí, viviré y moriré por él, si alguna vez llega y me hace quererlo a pesar mío, y tú debes arreglártelas lo mejor que puedas -gritó Jo, perdiendo la paciencia con el pobre Teddy-. He hecho todo lo que he podido, pero tú no quieres ser razonable, y es egoísta de tu parte seguir atormentándome por algo que no puedo darte. Siempre te voy a querer mucho, muchísimo, como amigo, pero no me casaré contigo nunca, y cuanto antes te convenzas, mejor será para los dos.

Aquel discursito fue como acercar el fuego a la pólvora. Laurie se dio vuelta de pronto, diciendo en tono desesperado:

-Un día te arrepentirás de esto, Jo.

-¿A dónde te vas? -dijo Jo casi llorando porque le asustó la cara del muchacho.

-¡Al diablo! -fue la consoladora respuesta.

Por un minuto pareció detenerse el corazón de Jo al ver que Laurie se dirigía violento a la costa del río. Pero hace falta mucha locura, angustia o culpa para impulsar a un joven a una muerte violenta, y Laurie no pertenecía a esa clase de seres débiles que se dejan vencer por un solo fracaso. Últimamente salió remando como un loco, marcando mejor tiempo río arriba que el que había logrado en muchas carreras. Jo exhaló un suspiro prolongado y aflojó las manos crispadas.

-Eso le va a hacer bien y volverá a casa en tal estado de ternura y arrepentimiento que no me voy a animar ni a mirarlo. -Y mientras entraba en su casa muy lentamente, sonriendo como si hubiese asesinado a un inocente, añadió:

-Ahora debo ir a preparar al señor Laurence para que sea benévolo y cariñoso con “mi pobrecito muchacho”. ¡Ojalá hubiese podido enamorarse de Beth!... Quizá suceda eso con el tiempo, aunque comienzo a creer que me había equivocado respecto de ella, ¡Pensar que pueda haber chicas que gocen con tener enamorados y rechazarlos...! ¡A mí me parece espantoso!...

Segura de que nadie podía hacer aquello tan bien como ella misma, Jo se fue directamente a ver al señor Laurence y le contó aquella difícil historia del principio al fin, y cuando hubo terminado perdió completamente la presencia de ánimo y se puso a llorar de manera tan lúgubre por su propia insensibilidad que el bondadoso anciano, aunque había sufrido un gran desencanto con la noticia, no pronunció una palabra de reproche. Le resultaba difícil comprender que ninguna chica pudiese escapar al encanto de Laurie y no enamorarse de él, y tenía esperanzas de que Jo cambiase de idea, pero sabía aún mejor que Jo que el amor no puede forzársele. Así que no hizo otra cosa que resolver alejar al muchacho del peligro, pues las palabras finales que el impetuoso muchacho había dicho a Jo al marcharse inquietaban al señor más de lo que quiso confesar.

Cuando Laurie regresó, muerto de cansancio, pero por fin sereno, su abuelo salió a encontrarlo como si nada hubiese pasado y mantuvo el engaño muy bien durante un par de horas. Pero al llegar el crepúsculo se hizo difícil al joven seguir escuchando elogios por su éxito de ese año, que ahora le parecía “Trabajo de amor perdido”. Aguantó mientras pudo, luego se dirigió al piano y comenzó a tocar la “Sonata patética”, de Beethoven, con un sentimiento como nunca se le había oído antes.

-Eso está muy bien, muchacho, pero es demasiado triste... ¡Toca algo alegre, vamos! -le pidió el señor Laurence, lleno de compasión sin saber demostrarlo.

Laurie comenzó una animada melodía, y la hubiese terminado si en ese preciso instante no se hubiese oído la voz de la señora de March:

-Jo, querida, ven, que te necesito...

Justamente lo que Laurie ansiaba decir en otro sentido... El músico perdió el compás y la pieza terminó con un acorde interrumpido...

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-No aguanto más esto -murmuró el anciano levantándose, llegándose a tientas hasta el piano y poniendo una mano sobre el hombro del muchacho al decirle con la suavidad que hubiese podido tener una mujer.

-Sé lo que te pasa, hijo...

-¿Cómo lo sabes?

-Jo misma me lo contó.

-¡Entonces no hay nada que hacer!... -exclamó apartando la mano que el abuelo le había puesto en el hombro, pues aunque agradecía el cariño, su orgullo viril no le permitía aceptar la compasión de otro hombre.

-Sí, todavía hay algo... Lo diré y luego sí que habremos terminado con este asunto -respondió el señor Laurence con mansedumbre desusada en él-. ¡Me imagino que no querrás quedarte aquí después de esto!...

-No pienso huir de una muchacha. Jo no puede impedirme que la vea y me quedaré a seguir mirándola todo el tiempo que quiera... -interrumpió Laurie con tono desafiante.

-No lo harás si eres el caballero que yo te creo... Yo estoy muy apenado también, pero Jo, muchacho, no puede evitar su conducta y no podemos obligarla a hacer otra cosa. Lo único que cuadra es marcharse por un tiempo... ¿Adónde quieres ir?

-A cualquier parte. No me importa lo que me pase -dijo Laurie levantándose, con una risa que raspó los oídos de su abuelo.

-Toma las cosas como hombre, hijo mío, y ¡no hagas nada imprudente!... ¿Por qué no ir a Europa como habías proyectado?

-No puedo.

-Pero si estabas loco por irte y te prometí el viaje para cuando te recibieras...

-¡Ah!... ¡pero no tenía la menor intención de irme solo!... -Y Laurie se puso a pasear por el cuarto con expresión tal que era una suerte que su abuelo no la viese.

-No te digo que vayas solo; hay alguien que está dispuesto a ir contigo a cualquier parte del mundo.

-¿Quién es? -respondió el chico.

-Pues yo, hijo.

Laurie se volvió de pronto diciendo con voz bronca:

-Gracias, abuelo, soy un bruto y un egoísta... Pero, tú sabes, yo...

-¡Naturalmente que lo sé!... Como que he pasado por todo eso en mis años mozos y después, de nuevo, con tu padre... Siéntate tranquilo, muchacho, y escucha mi proyecto -continuó el señor Laurence tomando al joven por el brazo como si temiera que se le fuese a escapar, igual que su padre.

-¿De qué se trata, abuelo? -dijo Laurie, sin el menor asomo de interés en el rostro ni en la voz.

-Hay un asunto mío en Londres que necesita atención inmediata. Tenía interés de que lo atendieses tú, pero es mejor que lo haga yo, y aquí las cosas van a andar muy bien con Brooke al frente.

-Pero tú odias viajar, abuelo. No puedo pedirte que hagas ese sacrificio a tu edad -objetó Laurie, que aunque agradecido por la generosidad del anciano prefería infinitamente ir solo, si por fin se iba.

El señor sabía aquello muy bien, y era precisamente lo que quería evitar, pues en el estado anímico en que estaba su nieto no convenía ni era prudente dejarlo librado a sus propios medios. Así, pues, ahogando un suspiro de pesar al pensar en las comodidades de su casa, que forzosamente debía abandonar, dijo con resolución:

-¡Bendito Dios! Todavía no estoy imposibilitado muchacho; me gusta la idea de viajar contigo. Me va a hacer bien porque hoy día viajar es tan fácil como sentarse en un sillón.

Un movimiento inquieto de Laurie sugirió al anciano que el muchacho no encontraba nada cómodo su sillón, o simplemente que no le gustaba el proyecto. Eso le impulsó a agregar:

-No creas que voy a ser para ti ningún aguafiestas ni ninguna carga. Voy únicamente porque creo que vas a estar más tranquilo que si me quedara solo aquí, pero no creas que pienso andar callejeando contigo por ahí, sino que te dejaré en completa libertad para que vayas donde gustes, mientras yo me divierto a mi manera. Tengo amigos en Londres y en París. Entretanto, puedes irte a Italia, a Alemania y a Suiza, donde te plazca, y disfrutarás de los paisajes, las pinturas, la música y toda clase de aventuras que se te presenten.

En este momento Laurie sentía el corazón roto y pensaba que el mundo no era más que un desierto poblado de aullidos... Pero al oír ciertas palabras que el anciano había dejado deslizar astutamente en su última frase, el corazón destrozado dio de pronto un salto y en el desierto aullante aparecieron de pronto unos oasis verdes...

Con un suspiro, y un tono apático, respondió:

-Como tú quieras, abuelo. Por mí, me da lo mismo.

-Pero a mí sí me importa, hijo mío, recuerda eso. Te voy a dar completa libertad, pero confío en que harás buen uso de ella. Prométeme eso, Laurie.

-Lo que tú quieras, abuelo.

“Muy bien -pensó el anciano-. Ahora no le das importancia, pero un día esta promesa que ahora me haces con tanta apatía te va a preservar de todo daño, o mucho me equivoco”.

Como era un individuo enérgico, el señor Laurence machacó sobre hierro caliente, y antes de que el espíritu ahora agotado recuperase bríos suficientes como para rebelarse, ya se había marchado. Durante el tiempo que duraron los preparativos, Laurie se comportó como es habitual en los jóvenes que se encuentran en su caso. Se mostró caviloso, irritable y melancólico por turno, perdió el apetito, descuidó la indumentaria y dedicaba mucho tiempo a tocar el piano de manera tempestuosa. A Jo la evitaba, consolándose con quedarse mirándola desde su ventana, con una cara trágica que luego atormentaba a la pobre Jo en sueños y la oprimía durante el día con gran sentido de culpabilidad. A diferencia de otros mártires parecidos, Laurie nunca hablaba de su pasión no correspondida y no permitía que nadie -ni siquiera la señora March- tratase de consolarlo ni le ofreciese compasión. Todo el mundo se alegró muchísimo de “que el pobre y querido muchacho se marchase a olvidar su aflicción y regresase feliz”. Naturalmente que él sonrió sombríamente ante tal error, pero lo dejó pasar, con la triste superioridad de quien sabe que su fidelidad, igual que su amor, son inalterables.

Cuando llegó el momento de la despedida, el muchacho fingió estar alegre para ocultar ciertas emociones sumamente inconvenientes que parecían querer imponerse. Aquella falsa alegría no engañó a nadie, pero todos trataron de fingir que la creían por cariño al muchacho. Jo lo siguió hasta la calle, para agitar la mano como despedida final en caso de que Laurie se diese vuelta. Y por cierto que el muchacho se volvió, y al verla regresó junto a ella, la rodeó con los brazos y con una expresión que hizo su breve súplica tan elocuente como patética:

-¡Oh, Jo!, ¿no podrías?...

-Teddy, querido, ¡ojalá me fuese posible!...

Eso fue todo. Una breve pausa y Laurie se enderezó diciendo.

-Muy bien. No te preocupes más... -y se marchó sin pronunciar otra palabra.

Pero nada estaba bien y Jo se preocupó horriblemente, pues, mientras la hermosa cabeza estuvo apoyada un minuto en su brazo, después de su dura respuesta, la muchacha se sintió como si hubiese apuñalado a su amigo más querido, y cuando él la dejó al fin, sin mirar de nuevo para atrás, Jo supo que aquel muchacho que había sido Laurie no volvería nunca más.

CAPÍTULO XXXVI

EL SECRETO DE BETH

Al regresar a su casa aquella primavera Jo había sufrido un choque al ver el cambio operado en Beth. Nadie habló de ello ni pareció haberlo notado, porque había sido demasiado gradual para alarmar a quienes la veían todos los días. Pero para los ojos agudizados por la ausencia, aquel cambio era muy claro. El rostro no estaba más pálido y sí más delgado que en el otoño; pero tenía esa piel una transparencia que no parecía sino que lo mortal estaba desapareciendo para dejar que lo inmortal brillase a través de la frágil carne, con una belleza indescriptiblemente patética. Jo la vio pero nada dijo.

Mas cuando Laurie se hubo marchado y tornó a reinar la paz, la ansiedad volvió a perseguirla sin descanso. Cuando el viaje a la montaña, Beth le agradeció de corazón pero le rogó que no se la llevase tan lejos. Le convendría más una corta temporada en la playa, y como a la abuelita no pudieron persuadirla de dejar a los nietos, Jo se llevó a Beth a una playa tranquila donde pasaba mucho tiempo al aire libre, dejando que la brisa fresca devolviera un poco de color a sus mejillas exangües.

No era en manera alguna un lugar de moda, pero aun entre la gente agradable que allí había las chicas hicieron pocos amigos, prefiriendo estar juntas todo el tiempo y viviendo la una para la otra. Jo estaba demasiado absorbida por su cuidado para importarle nadie más; y ni se preocupaban del interés que despertaban en quienes las rodeaban, observando con ojos compasivos a la hermana fuerte y a la débil, siempre juntas como si, intuitivamente, sintieran la larga separación, que no estaba muy lejos de llegar.

Y era verdad que así ocurría, sin que hablaran, sin embargo, de ello; Jo tenía la sensación de que había caído un velo entre su corazón y el de Beth, y cuando alzaba la mano para levantarlo parecía haber algo sagrado en aquel silencio y prefería esperar a que fuese Beth quien hablase. Le resultaba un enigma saber si su hermana se daba realmente cuenta de la triste verdad y qué pensamientos cruzaban por su mente en las largas horas que pasaba acostada en las rocas calientes de sol, con la cabeza apoyada en las faldas de Jo mientras el viento soplabla y el mar hacía música a sus pies.

Un día la propia Beth se lo dijo. Jo creyó que estaba dormida, pues se quedaba acostada muy quietecita. La hermana mayor dejó el libro que leía y se puso a mirarla con ojos ávidos, buscando signos de esperanza en el leve color de las mejillas de Beth. Pero nada encontró para satisfacerse, pues aquellas mejillas estaban flaquísimas y las manos parecían demasiado débiles aún para sostener las conchillas rosadas que había estado juntando. Con mayor amargura que nunca, se convenció que Beth se le alejaba, día por día, y sus brazos se estrecharon instintivamente con más fuerza al tesoro máspreciado que poseía. Por un minuto sus ojos se velaron, y cuando se despejaron Beth la estaba mirando con ternura tal que apenas si hubo necesidad de que dijese:

-Jo, querida, me alegro que sepas lo que me pasa. He tratado de decírtelo antes y nunca podía...

No hubo respuesta, más que la mejilla de la hermana fuerte contra la suya; ni siquiera lágrimas, pues Jo nunca podía llorar cuando estaba más profundamente emocionada.

-Hace un tiempo que lo sé, querida -dijo Beth-. Ahora ya estoy acostumbrada a la idea. No creas que no es difícil pensar en lo que me espera ni tampoco soportarlo. Trata de verlo así y no te aflijas por mí, porque es mejor así, créemelo.

-¿Acaso era esto que te ponía tan triste en el otoño?

-Sí, fue entonces cuando dejé de tener esperanzas de mejorarme, aunque me negaba a admitirlo. Prefería pensar que era una fantasía de enferma y no quise afligir a nadie. Pero cuando los veía a todos tan bien y tan fuertes y llenos de proyectos felices era duro pensar que yo no podría nunca ser como tú, Jo.

-¡Oh, Beth! ¡Y no me dijiste nada! ¡No me dejaste que te consolara y te ayudara!...

La voz de Jo estaba llena de tierno reproche y le dolía el corazón al pensar en la lucha solitaria que debió sufrir su hermana cuando se convenció de que debía despedirse de la salud, del amor y de la vida y alzar a cuestas su cruz. ¡Y qué animosa que se había mostrado la pobrecita en aquel trance!...

-Quizá estuve mal, pero al fin de cuentas no estaba segura de mis temores, y como nadie decía nada llegué hasta esperar que me equivocaba. Hubiese sido un egoísmo de mi parte asustarlos a todos cuando mamá estaba tan inquieta por Meg y con Amy tan lejos y tú tan feliz con Laurie...

-¡Y yo que creí que lo querías tú!... ¿Sabes que me marché a Nueva York precisamente porque me era imposible enamorarme de él? -dijo Jo, contenta de que todo se aclarase por fin entre las dos.

Beth se quedó tan pasmada con aquella idea fantástica de Jo que ésta sonrió a pesar de su dolor por Beth.

-¿Así que no lo querías, eh? -agregó Jo con suavidad.

-Pero, Jo, ¿cómo podía enamorarse de Laurie cuando sabía lo que te quería él a ti? -preguntó Beth, con la inocencia de un niño-. Lo quiero, naturalmente, y mucho; ¿cómo podría ser de otro modo con lo bonísimo que es siempre conmigo? Pero nunca podría ser para mí otra cosa que un hermano, y espero que en realidad lo sea algún día.

-No por parte mía, con toda seguridad -dijo Jo con tono decidido-. Le queda Amy, y son a propósito el uno para el otro, pero ahora no tengo espíritu para esas cosas. No me importa lo que le pase a nadie más que a ti, Beth, querida, ¡te tienes que mejorar!...

-Bien que lo deseo, Jo, ¡no sabes cómo! Trato de hacerlo, pero cada día parece que pierdo algo y me siento más segura de que nunca lo voy a recuperar. Es como la marea, Jo; cuando empieza a retirarse lo hace lentamente, pero es imposible detenerla.

-Pues la detendremos. Tu marea no puede retirarse tan pronto. Tienes diecinueve años, Beth querida, y no puedo dejarte marchar tan pronto... ¡Voy a empeñarme y a rezar tanto! Lucharé hasta que logre retenerte; verás como lo consigo. Tiene que haber algún medio... No puede ser demasiado tarde... -dijo la pobre Jo llorando con rebeldía, pues su espíritu no tenía ni la mitad de la sumisión piadosa que adornaba a Beth.

La pobrecita Beth no sabía razonar ni explicar aquella fe que le daba paciencia y coraje para renunciar a la vida y esperar animosamente la muerte. Como una criaturita llena de confianza, no hacía ninguna pregunta y dejaba todo en manos de Dios, y de la naturaleza. Ese día se guardó muy bien de censurar a Jo y hasta amó más aún que antes a su hermana por su devoción apasionada y se aferró más aún a aquel amor humano. Con todo, a Beth no le fue posible decir: “Me alegro de marcharme”, pues la vida le era muy dulce; sólo podía expresar: “Trato de estar dispuesta”, abrazándose estrechamente a Jo en ese primer momento en la primera ola de aquel gran dolor.

Al rato dijo Beth, ya recobrada y con serenidad:

-¿Se lo vas a decir a todos cuando volvamos a casa?

-Creo que lo van a ver sin que se lo diga -suspiró Jo, que veía que Beth empeoraba todos los días.

-Si papá y mamá no se dan cuenta, ¿verdad que se lo dirás por mí? Entre nosotras me parece mejor prepararlos. Meg tiene a Juan y los chicos para consolarse, pero tú eres quien ahora tiene que sostener a nuestros padres, ¿verdad, Jo?

-Ya lo creo, querida.

-Pero lo que me cuesta ahora realmente es dejarlos a todos ustedes. No es que tenga miedo, sino que me parece como si fuera a extrañarlos aun en el cielo...

Jo no podía hablar y durante unos minutos no se oyó otra cosa que el suspiro del viento o el lamido de la marea contra la playa... En eso voló cerca una gaviota de alas blancas y un destello de sol brilló en su pechuga plateada. Beth la observó con ojos llenos de tristeza; después se acercó mucho

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

a ella una pequeña avecilla de plumaje gris, que dando saltitos por la arena piaba bajito como para sí, gozando del sol y del mar. Beth sonrió y se sintió consolada, pues aquel ser minúsculo parecía ofrecerle su pequeña amistad y recordarle que todavía existía un mundo agradable, del cual gozar.

-¡Qué pajarito tan mono!... ¡Mira qué mansito es, Jo!... Me gustan más que las gaviotas, aunque no son de belleza tan salvaje como éstas, pero parecen felices y contentos. ¿Te acuerdas que los llamaba “mis pajaritos” el verano pasado y que mamá decía que le hacían acordar a mí? Nunca se alejan de la costa y siempre gorjean su cancioncita alegre. Tú, en cambio, eres la gaviota, salvajemente fuerte, amante de la tormenta y del viento, volando mar adentro y feliz, aun sola. Meg es como la torcaz y Amy la alondra, de las que nos escribe, tratando de volar hasta las nubes y siempre volviendo a caer en su propio nido. ¡Pobre querida!... ¡Tan ambiciosa!... Tengo esperanzas de volverla a ver, pero... ¡está tan lejos!...

-Llegará esta primavera, y me propongo que para entonces tú estés mejor, y te prepares a recibirla y disfrutar con ella de su relato. ¡Verás cómo habrás recuperado los colores para entonces!... -respondió Jo, pensando que de todos los cambios que observaba en Beth últimamente el más notable era el de la conversación, pues la chica parecía ahora hablar sin mayor esfuerzo y hasta pensaba en voz alta, lo cual era completamente desusado en ella, siempre tan tímida.

-Querida Jo, no debes esperar ya nada porque no te ha de servir.

Jo se inclinó a besar la carita serena, y con ese beso tranquilo selló su dedicación a Beth en cuerpo y alma.

Jo tuvo razón. No hubo necesidad de palabras cuando regresaron a casa, pues papá y mamá vieron con toda claridad aquello por lo que tanto habían rezado no ver. Cansada del corto viaje, Beth fue directamente a la cama, alegrándose, según dijo, de estar en casa, y cuando Jo bajó a reunirse con sus padres vio que le sería ahorrada la tarea de decirles cuál era el secreto de Beth: el padre apoyaba la cabeza en la chimenea y no se dio vuelta al entrar Jo, pero la madre extendió los brazos como pidiendo ayuda a su hija, que fue inmediatamente a consolarla sin palabras.

CAPÍTULO XXXVII

IMPRESIONES NUEVAS

A las tres de la tarde todo el mundo elegante de Niza se da cita en la famosa Promenad des Anglais, paseo encantador, con su arichísima vereda bordeada de palmeras, flores y arbustos tropicales, con el mar por un lado y calzada por medio los hoteles y residencias particulares más suntuosos. Y al fondo, huertos de naranjos y verdes colinas. Muchas naciones están allí representadas, se oye hablar muchos idiomas, se ven muchos trajes típicos y en un día de sol el espectáculo de todo eso resulta tan alegre y colorido como un carnaval. Altivos ingleses, franceses vivarachos, alemanes muy seriores, hermosos españoles, feísimos rusos, humildes judíos y desenfadados americanos pasean por allí en coche, se sientan o caminan sin prisa, charlando, comentando las noticias, criticando a la última celebridad llegada, que tanto puede ser Dickens como Víctor Manuel, la reina de las Islas Sandwich o el Agha Khan. Los coches son tan variados como la concurrencia y atraen la atención tanto como aquélla, especialmente las “canastitas” que manejan muchas señoras con un tiro de briosos “ponies”.

En este paseo, el día de Navidad, caminaba despacio un joven alto, con las manos atrás y una expresión algo ausente en el rostro. Su físico era el de un italiano, su traje el de un inglés y su aire independiente completamente americano, combinación que hizo dar vuelta a varios pares de ojos femeninos con miradas de aprobación, mientras que varios “dandies” se encogían de hombros fingiendo indiferencia cuando en realidad lo estaban envidiando. Había abundancia de caras bonitas que admirar, pero nuestro hombre no las tenía en cuenta más que para echar una mirada de cuando en cuando a una chica rubia o vestida de celeste. Al poco rato se salió del Paseo y se detuvo un momento en el cruce, como vacilando entre ir a escuchar la banda en el Jardín Publique o vagar un poco más. De pronto, el trote rápido de unos ponies le hizo levantar la vista, pues bajaba

por la calle uno de aquellos cochecitos-canasta con una sola dama, que era joven, rubia y vestida de celeste. El muchacho miró un momento y pareció despertar de repente. Agitando el sombrero como un chico corrió al encuentro de la damita rubia.

-¡Oh, Laurie!, ¿de veras eres tú? ¡Creí que nunca llegarías!... -gritó Amy, dejando caer las riendas y extendiendo ambas manos para saludarlo.

-Me demoré en el camino, pero te había prometido que pasaría la Navidad contigo y aquí estoy.

-¿Cómo está tu abuelo? ¿Cuándo llegaste? ¿Dónde paras?

-Muy bien, anoche, en el Negresco. Llamé a tu hotel pero me dijeron que habían salido todos.

-Tengo tantas cosas que decirte que no sé por dónde empezar. Sube y podremos conversar tranquilos, porque no iba más que a pasear, y estaba ansiando compañía, pues Flo se quedó reservándose para la noche.

-¿Qué pasa esta noche, un baile?

-Sí, una fiesta de Navidad en nuestro hotel. Hay muchos americanos y ellos lo ofrecen en celebración de la Navidad. ¿Vendrás con nosotros, verdad? Tía va a estar encantada.

-Gracias. ¿Adónde vamos ahora? -preguntó Laurie.

-Primero tengo que ir al banco a buscar las cartas y luego iremos a la Colina del Castillo. La vista es magnífica y me gusta dar de comer a los pavos reales. ¿Has estado ahí alguna vez?

-A menudo, hace años, pero no tengo inconveniente en ver todo eso de nuevo.

-Ahora dame tus noticias. Las últimas fueron que tu abuelo te esperaba de vuelta de Berlín.

-Sí, pasé un mes en Berlín y luego me le reuní en París, en donde él se ha quedado a pasar el invierno. Tiene amigos ahí y muchas cosas con qué divertirse; de modo que yo voy y vuelvo y lo pasamos magníficamente.

-Me parece un arreglo muy bueno y bien pensado -opinó Amy, echando algo de menos en el modo de Laurie, sin saber exactamente qué.

-¡Qué agujero más sucio!, ¿no es cierto? -dijo él con una mirada de disgusto cuando pasaron junto a la Plaza Napoleón, en la ciudad vieja.

-Yo encuentro pintoresca toda esa suciedad y no me incomoda. El río y las coimas son deliciosos. Ahora tenemos que esperar que pase esa procesión, que va a la iglesia de San Juan.

Mientras Laurie miraba lánguido la procesión, Amy lo observaba, y a medida que lo hacía se fue sintiendo invadida por una especie de timidez, porque había cambiado y Amy no encontraba más a aquel muchacho de cara alegre que dejara en este otro joven caviloso que ahora tenía a su lado. Estaba más buen mozo que nunca, eso sí, y había mejorado mucho, le pareció, en su indumentaria.

Pero pasada la euforia del primer encuentro, Amy le notó un aspecto cansado y desanimado, no enfermo ni triste exactamente, ni que parecía de más edad sino más serio de lo que hubiese podido estar después de un año de vida próspera. Amy no comprendía el porqué de ese cambio y no se animaba a hacer preguntas.

-¿Que pensez vous? -dijo por fin ventilando su francés, que había mejorado mucho en cantidad, si no tal vez en calidad.

-Que “mademoiselle” ha aprovechado muy bien el tiempo y que el resultado es encantador -replicó Laurie, saludando con la mano en el corazón y una mirada de admiración.

La muchacha se puso roja de placer ante el elogio, pero, sin saber por qué, no la satisfizo como las francas y un tanto bruscas ponderaciones que antes solía hacerle cuando en ocasiones especiales se paseaba a su alrededor diciéndole que “estaba estupenda” con una sonrisa sincera y un golpecito de aprobación en la cabeza. El nuevo Laurie no le gustó, pues aunque no se podía llamar precisamente hastiado, su elogio sonaba falso.

“Si es que va a hacerse hombre así, prefiero que se quede muchacho”, pensó la chica con una sensación curiosa de desencanto e incomodidad, mientras trataba de aparecer alegre y despreocupada.

En el banco encontró las preciosas cartas de los suyos y pasando a Laurie las riendas se puso a leerlas con avidez, mientras seguían los meandros del camino sombreado por los verdes setos donde florecían las rosas té, tan frescas como en pleno junio.

-Beth está bastante mal, la pobrecita, dice mamá. A menudo pienso que debía volverme, pero todos me dicen siempre que me quede y me voy quedando, pues nunca volveré a tener una oportunidad como ésta -dijo Amy interrumpiendo la lectura y muy triste con una de las páginas de la carta.

-Creo que haces bien en quedarte, ya que nada podrías hacer allá, y para ellos es un gran consuelo saber que estás bien, contenta y disfrutando tanto, querida.

La frase y el fraternal “querida” la tranquilizaron un poco, indicándole que si algo pasaba no se encontraría sola en un país extranjero. Siguió la lectura, y en eso soltó la risa mostrando a Laurie un dibujito que había hecho Jo de sí misma con el “traje de escribir”, el moño de la cofia parado y saliendo de su boca las palabras: “Arde el genio”.

Laurie sonrió, tomó el papel y se lo guardó disimuladamente en el bolsillo del chaleco y luego escuchó, muy interesado, la animada carta que ella leyó.

Cuando terminó la lectura, Amy le dijo:

-Ésta sí que va a ser para mí una verdadera Navidad: regalos por la mañana, tú y las cartas por la tarde y una fiesta por la noche.

Luego ambos se apearon entre las ruinas del viejo fuerte, rodeándolos inmediatamente una bandada de pavos reales espléndidos y mansísimos, esperando a que les diesen de comer. Mientras Amy les arrojaba miguitas, Laurie observaba, a su vez, a la chica, con curiosidad natural por ver qué

cambios había operado en ella el tiempo. No encontró el muchacho nada que lo confundiese o defraudase y en cambio sí mucho que admirar y aprobar, pues aparte de algunas afectaciones en los modales y el hablar, Amy seguía siendo tan agraciada y viva como siempre, con el agregado de ese indescriptible “no sé qué” del vestir y del porte que se llama comúnmente elegancia. Había ganado cierto aplomo en su andar y en su conversación que la hacían aparecer más mujer de mundo de lo que en realidad era, aunque a veces asomaba todavía su vieja quisquillosidad.

Laurie vio lo suficiente como para satisfacerlo e interesarlo, quedándole la bonita imagen de una muchacha de cara alegre y al sol.

Cuando llegaron a la meseta de piedra que corona la colina, Amy dijo señalando cosas distintas:

-¿Te acuerdas de la Catedral y del Corso, de los pescadores que arrastran las redes en la bahía y del precioso camino a Villafranca, de la Torre de Schubert, un poco más abajo, y lo mejor de todo, la mancha allí, mar adentro, que según dicen es Córcega?

-Sí, me acuerdo... No ha cambiado gran cosa -respondió el muchacho sin entusiasmo.

-¡Qué no daría Jo por ver esa famosa mancha!... -agregó Amy.

-Sí -fue todo lo que dijo Laurie. Pero se volvió y forzando la vista quiso ver aquella isla que una muchacha aún más usurpadora que Napoleón hacía ahora interesante a sus ojos.

-Ven aquí y, dime qué ha sido de tu vida todo este tiempo -le dijo entonces Amy preparándose para tener con él una sabrosa conversación.

Pero no fue así, pues aunque se le reunió como le pedía y contestó sin reserva todas las preguntas de la chica, lo único de que ésta pudo enterarse fue que el muchacho había vagado por todo el continente. De modo que después de pasear durante una hora se volvieron al hotel donde paraba Amy, y Laurie se despidió prometiendo volver esa noche.

No podemos dejar de consignar el hecho de que, a toda conciencia, Amy se acicaló para “presumir” aquella noche. El tiempo y la ausencia habían actuado en los dos jóvenes: ella veía ahora a su antiguo amigo en un aspecto nuevo, no ya como “nuestro muchacho”, sino como un hombre, buen mozo y agradable, y era muy natural que la chica tuviese el deseo de agradarle. Como conocía sus puntos fuertes, los aprovechaba al máximo gracias a la habilidad y el buen gusto, que son una fortuna para las chicas bonitas y pobres.

El tul era barato en Niza, así que en estas ocasiones Amy se envolvía en él. Se fabricó esa noche una “toilette” encantadora con flores frescas, unas pocas chucherías y toda clase de truquitos delicados, baratos y de buen efecto.

“Quiero que Laurie piense que estoy muy bien y que lo diga en casa” -se dijo Amy al ponerse el viejo vestido de baile de Flo, que era de seda blanca, y cubrirlo con una nube de tul de ilusión, del cual emergían muy blancos los hombros y la cabeza rubia, con un efecto realmente artístico. Esta vez tuvo el tino de dejar en paz el pelo después de haberlo recogido simplemente,

Como no tenía adornos finos para esta ocasión importante, Amy le hizo a su vaporosa falda unos frunces con ramitos rosados de azalea. Recordando los zapatos pintados de otrora, contemplaba ahora con satisfacción profunda de muchacha los que tenía, de raso blanco.

“El abanico nuevo hace juego con las flores del vestido y los guantes me ajustan a la perfección. En cuanto a la puntilla hecha a mano del mouchoir de tía, le da mucho cachet a toda mi toilette. ¡Si mi nariz y mi boca fuesen clásicas!... ¡Entonces sí que estaría feliz!”, se dijo mirándose para inspeccionar su atuendo con ojo crítico.

Mientras esperaba a Laurie caminó por el salón en todas direcciones y una vez se situó deliberadamente bajo la araña, que daba reflejos especiales a su cabello; luego lo pensó mejor y se fue al otro extremo del salón, como avergonzada de aquel impulso inicial de provocar una primera impresión favorable. Y resultó que no podía haber hecho mejor cosa, porque al entrar Laurie vio la fina figura blanca contra el fondo de cortinas rojas, y eso le hizo tan buen efecto como una estatua bien colocada.

-¡Buenas noches, Diana!... -le dijo Laurie con aquella mirada de satisfacción que a ella le gustaba tanto ver en sus ojos cuando se posaban en ella.

-¡Buenas noches, Apolo!... -le respondió devolviéndole la sonrisa, porque él también estaba mejor parecido aún que de costumbre. La idea de entrar en el salón de baile del brazo de un joven tan guapo hizo que Amy compadeciera a las cuatro feas señoritas de Davis desde el fondo de su corazón.

-Aquí tienes tus flores, Amy. Las arreglé yo -le dijo Laurie, dándole un delicado ramillete en un “brazalete porta-flores” que ella había codiciado al pasar por la joyería y verlo en la vidriera.

-¡Qué bueno eres conmigo, Laurie! -exclamó Amy agradecida-. De haber sabido que venías hoy, hubiese preparado un regalito, aunque me temo no tan fino como éste.

-Gracias igual; esto no es todo lo que tú mereces, pero tú lo has mejorado -agregó él cerrándole el broche de la pulsera en la muñeca.

-No me digas esas cosas...

-Creía que te gustaba ese tipo de cumplidos.

-No dichos por ti no parecen naturales como cuando tú lo dices, pero prefiero tu franqueza de antes.

-Me alegro -contestó Laurie con una mirada de alivio; luego abotonó los guantes de Amy y le preguntó si tenía derecho el moño de la corbata, igual que antes cuando iban a fiestas juntos.

La concurrencia reunida en el gran salón aquella noche era tal como no puede darse sino en Europa. Los hospitalarios americanos habían invitado a cuanto conocido tenían en Niza y se habían conseguido varios títulos nobiliarios para dar lustre a su baile de Navidad.

Un príncipe ruso había consentido en sentarse en un rincón durante una hora y conversar con una voluminosa señora vestida como la madre de Hamlet, de terciopelo negro con una brida de perlas por debajo del mentón. Un condecito polaco, de dieciocho años, se dedicaba a las damas, que lo proclamaron “un amor”, y una Serenísima Alteza alemana, habiendo asistido únicamente por la comida, vagaba sin rumbo buscando qué devorar. El secretario privado del barón Rothschild, un hombre alto, sonreía afablemente a todo el mundo, exactamente como si el nombre de su patrón lo coronase a él de una aureola de oro; un francés gordo, que conocía al emperador, había venido a satisfacer su manía por el baile, y lady Jones, una matrona inglesa, adornaba los salones con su familia de ocho vástagos. Naturalmente que había buen número de chicas americanas de voces chillonas, de inglesas bonitas y desanimadas y unas pocas señoritas francesas, feúchas pero graciosas.

Cualquier chica joven se podrá imaginar el estado de ánimo de Amy cuando “entró en escena” del brazo de Laurie. Sabía que estaba bien, le encantaba bailar, se sentía muy cómoda en un salón y gozaba con el delicioso poderío que siente una muchacha cuando descubre el nuevo y precioso reino que está llamada a gobernar por virtud de la belleza, de la juventud o simplemente por el hecho de ser mujer. Compadeció de nuevo a las chicas de Davis, que eran torpes, feas y que por todo compañero tenían un padre adusto y tres tías solteronas más adustas aún; así que, al pasar, las saludó con su sonrisa más cordial, ¡y qué curiosidad tuvieron por saber quién sería aquel amigo de aspecto tan distinguido! Cuando la banda rompió a tocar se acentuaron los colores del rostro de Amy, le brillaron los ojos y los pies marcaron el paso sobre el piso, pues bailaba bien y quería que Laurie lo supiese; sintió por lo tanto un “shock” cuando él le dijo con mucha pachorra:

-¿Quieres bailar?

-Es lo que generalmente se hace en un baile.

-Quería decir la primera pieza. ¿Puedo tener el honor?...

-Puedo concedértela si dejas plantado al conde. Baila divinamente, pero me va a disculpar, tratándose de un viejo amigo como tú -respondió Amy, esperando que el título surtiese buen efecto y demostrase a Laurie que no se podía jugar con ella.

-Una monada de muchacho, pero un palo un poco corto para sostener a una hija de los dioses divinamente alta y más divinamente rubia -fue sin embargo toda la satisfacción que pudo sacarle.

El grupo en que se encontraban era inglés en su mayoría y Amy se vio obligada a caminar con sumo decoro en un cotillón tan animado que la hacía sentirse con ganas de bailar con entusiasmo la tarantela. Laurie se la cedió a la “monada de muchacho” y fue a cumplir con su deber para con Florencia, sin cuidarse de asegurarse a Amy por las piezas siguientes, reprensible falta de precaución que fue debidamente castigada, pues ella comprometió inmediatamente todas las piezas hasta la cena, con intención de ablandarse si para entonces el muchacho daba alguna señal de arrepentimiento. Cuando con toda calma vino a reclamarla para la próxima, una gloriosa polca, Amy tuvo la modesta satisfacción de mostrarle su repleto carné de baile; pero las cortes

lamentaciones de Laurie no la convencieron en lo más mínimo, y cuando se fue bailando un galop húngaro con el condecito vio que Laurie se sentaba junto a tía Carrol con -créase o no- ¡un suspiro de alivio!

Eso fue imperdonable y Amy se guardó muy bien de prestarle la más mínima atención durante un largo rato, a no ser por una que otra palabra cuando se acercaba entre pieza y pieza a su chaperone en busca de un alfiler o algún otro elemento necesario, o para gozar de un minuto de respiro. Su fastidio surtió efecto, sin embargo, pues ella lo disimuló con cara sonriente y aparentó estar inusitadamente alegre y dicharachera. Laurie la miraba actuar con placer, pues la chica bailaba bien, sin saltar alocadamente ni con demasiada calma, sino con animación y gracia, haciendo del delicioso pasatiempo lo que siempre debería ser. Fue muy natural que Laurie se pusiese a estudiar a Amy desde este nuevo punto de vista y, antes de promediar la velada, aquel juez improvisado había decidido que “la pequeña Amy llegaría a ser una mujer encantadora”.

La escena se puso muy animada porque pronto se posesionó de todos el espíritu sociable de la fecha y la alegría típica de la Navidad hizo brillar todos los rostros, alegró todos los corazones y aligeró todos los pies. Los músicos frotaban las cuerdas, soplaban o percutían sus instrumentos como si se divirtiesen con ello; bailaba todo el que sabía y los que no sabían admiraban a sus vecinos con inusitado calor. El aureolado secretario se lanzaba de salón en salón como un meteoro, con una elegante francesa. El Serenísimo Teutón encontró la mesa del “buffet” y se comió pacientemente todo el menú, causando asombro entre los mozos por los estragos que hacía. Pero el que se cubrió de gloria fue el amigo del emperador, porque bailaba de todo, lo supiese o no, improvisando piruetas cuando no conocía las figuras. El entusiasmo infantil de ese hombre grueso era encantador, pues bailaba como una pelota de goma: corría, volaba, hacía cabriolas, la cara le irradiaba alegría, la calva le brillaba, las colas de su frac se agitaban, sus zapatos de charol centelleaban. Y cuando paraba la música, el hombre se secaba la frente sudorosa y empezaba a repartir sonrisas como un Pickwick francés sin anteojos.

Amy y su polaco se lucieron con igual entusiasmo pero mayor habilidad y gracia, Laurie se encontró de pronto marcando involuntariamente el compás con el rítmico ascenso y descenso de los escarpines de raso blanco que pasaban volando por su lado tan incansablemente como si hubiesen tenido alas. Cuando el pequeño Vladimir la dejó por fin en libertad con seguridades de que “estaba desolado de marcharse tan temprano”, Amy estaba dispuesta a descargar y ver cómo soportaba el castigo su caballero remiso.

Podemos asegurar que la penitencia había tenido éxito, pues a los veintitrés años los afectos no correspondidos encuentran bálsamo en la sociedad de amigos y se estremecen los nervios jóvenes, baila la sangre y se levantan los espíritus deprimidos cuando se los somete al encanto de la belleza, la luz, la música y el movimiento. Al incorporarse para darle el asiento Laurie estaba bien despabilado, y cuando se fue al “buffet”, a buscarle algo de comer, la muchacha se dijo con sonrisa satisfecha:

-¡Ya me parecía que mi castigo le haría bien!

-Pareces la “Mujer pintada por ella misma”, de Balzac -le dijo abanicándola con una mano y sosteniendo la taza de café en la otra.

-¿Cómo se llama esto? -le preguntó después tocando un pliegue de su vestido que se había corrido sobre la rodilla de él.

-Ilusión.

-Es un buen nombre para un material tan bonito. Es algo nuevo, ¿no?

-Viejo como las montañas, lo has visto llevar a montones de chicas y sólo ahora te fijas que es bonito, ¡tonto!

-Es que nunca lo había visto llevado por ti, lo que explica la distracción...

-Nada de esas cosas están prohibidas. En este momento prefiero tomar café que oír cumplidos, y hazme el favor de no repatingarte de ese modo porque me pones nerviosa.

Laurie se incorporó de golpe y muy humildecito le tomó a Amy el plato vacío, sintiendo una especie de placer raro en que “la pequeña” le diese órdenes, pues ahora ella había perdido toda timidez y sentía un deseo irresistible de “pisotearlo”, como las chicas saben hacer deliciosamente con todo masculino que les muestre el más mínimo signo de sujeción.

-¿Dónde has aprendido todas estas cosas? -preguntó Laurie al fin con una mirada crítico-inquisitiva.

-Como “todas estas cosas” es una expresión algo vaga, ¿quieres hacer el favor de explicarte?

-replicó Amy, sabiendo perfectamente lo que él quería decir pero dejándolo, con toda picardía, que describiese lo indescriptible.

-Bueno... quiero decir el aire... el estilo, la seguridad de sí mismo... ¿qué sé yo?... la ilusión... tú lo sabes mejor que yo -dijo Laurie rompiendo a reír y ayudándose a salir del paso con aquella palabra nueva.

Amy se puso alegre con la contestación, pero naturalmente que no se lo hizo saber al muchacho y respondió muy modosa:

-La vida en el extranjero la pule a una a pesar de sí misma. No te olvides que, además de divertirme, estudio... Y en cuanto a esto -e indicó con un gesto el vestido-, el tul es barato, las flores se consiguen por cualquier parte por nada y estoy muy acostumbrada a sacar partido de mis pobres cositas.

Amy se arrepintió un poco de esta última frase, por temor de que no fuese del mejor gusto, pero a Laurie no le disgustó; al contrario, admiró y respetó a la muchacha por la paciencia y coraje que le permitía aprovechar al máximo sus oportunidades y su espíritu animoso, que sabía cubrir con flores la pobreza. Amy no supo por qué la miraba tan cariñosamente ni tampoco cuál fue el motivo

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

que lo impulsó a llenarle el carné de baile con su nombre, dedicándose a ella por el resto de la noche de la manera más simpática; pero el impulso que obró en él este cambio agradable fue el resultado de las impresiones que los dos estaban dando y recibiendo al mismo tiempo.

CAPÍTULO XXXVIII

EN UN RINCÓN

En Francia las chicas jóvenes lo pasan muy aburridas... hasta que se casan, y entonces “¡Vive la liberté!” se convierte en su lema. En América del Norte, en cambio, como se sabe muy bien, las chicas firman muy pronto su declaración de independencia y gozan de su libertad con placer verdaderamente democrático; en cambio, las señoras jóvenes generalmente abdicar con la llegada del primer heredero y entran en una reclusión casi tan cerrada como la de un convento francés de monjas, sólo que menos tranquilo. Les guste o no, se las pone virtualmente en un rincón en cuanto Rasa la euforia del casamiento, y la mayoría de ellas podría decir como una linda señora el otro día: “Estoy tan bonita como siempre, pero nadie hace caso de ello porque soy casada”.

No siendo una gran belleza, ni tampoco una dama del gran mundo, Meg no tuvo esa experiencia triste, por lo menos hasta que sus bebés tuvieron alrededor de un año, pues en su pequeño mundo regían las costumbres primitivas y, recién casada, se encontró más querida y admirada que nunca.

Como era una mujercita muy femenina, el instinto maternal era en ella muy fuerte y fue enteramente absorbida por sus hijos, con absoluta exclusión de todo y de todos los demás. Día y noche se preocupaba Meg por ellos con inquietud y devoción incansables, dejando a John al tierno cuidado de la servidumbre, pues ahora presidía el departamento culinario una irlandesa que reemplazaba a Lotty. Decididamente, John extrañaba las atenciones a que su mujer lo había acostumbrado, pero como adoraba a sus hijos renunció de buen grado a su comodidad por un tiempo, suponiendo, en su ignorancia masculina, que la paz sería en breve restaurada. Pero pasaron tres meses y no hubo ni retorno ni reposo; Meg tenía aspecto cansado y estaba nerviosa, los nenes absorbían cada minuto de su tiempo, la casa fue descuidada y Kitty, la cocinera, que tomaba las cosas con mucha calma, tenía a Juan a cuarta ración. Cuando salía por la mañana, el pobre hombre se veía confundido

con encargos variados para la mamá cautiva, y si llegaba alegre a su casa por la noche, ansioso de abrazar a su familia, su entusiasmo era apagado por un: Sh... Recién se duermen después de “darme baile todo el día”. Cuando proponía alguna diversión en casa, la respuesta invariable era: “No, porque molestará a los nenes”. Si sugería asistir a un concierto o una conferencia, la respuesta invariable era: “¿Dejar a mis hijos por divertirme? ¡Eso nunca!” El sueño de Juan era interrumpido a menudo por llantos infantiles y por visiones de un fantasma blanco paseando en silencio en la vigilia de la madrugada; sus comidas eran a menudo interrumpidas por la huida repentina del genio doméstico que presidía la mesa, quien lo abandonaba a medio servir en cuanto llegaba a oírse el menor pipío ahogado proveniente del nido de arriba. Y cuando el pobre hombre leía el diario por la noche, las noticias de navegación se mezclaban con el cólico de Demi y las cotizaciones de bolsa con la caída de Daisy, pues a la señora de Brooke no le interesaban por el momento otras noticias que las domésticas.

¡Pobre Juan Brooke! Se sentía incómodo en el propio hogar, pues los hijos lo habían despojado de su mujer, el hogar estaba convertido en una “nursery” y el perpetuo “¡Sh... Sh... Sh...!” le hacía sentirse un intruso sin corazón en cuanto se aventuraba a entrar en los sagrados recintos de bebelandia. Juan aguantó con paciencia durante seis meses, y cuando no aparecieron señales de enmienda el hombre hizo lo que muchos otros exiliados domésticos: trató de buscar consuelo en otra parte. Su amigo Scott se había casado e instalado su casa no lejos de la suya y John tomó la costumbre de correrse hasta allí por las noches durante un par de horas, precisamente cuando su propia sala permanecía vacía y su propia esposa cantaba arroyos que no parecían tener fin. La señora de Scott era una linda muchacha llena de vida que no tenía otra cosa que hacer que mostrarse agradable, y cumplía con mucho éxito su misión. La sala de los Scott estaba siempre iluminada y acogedora; el tablero de ajedrez preparado, el piano bien afinado, abundante la chismografía, alegre y sin malignidad, y la cenita preparada presentada en forma tentadora.

Juan hubiese preferido su propio hogar y su propia chimenea si ambos no hubiesen estado tan solitarios, pero en esas circunstancias ¿qué podía hacer el pobre individuo sino conformarse con la aproximación y disfrutar de la sociedad de sus vecinos?

Al principio Meg había aprobado y agradecido ese nuevo orden de cosas y encontraba alivio en que John lo pasase bien en lugar de dormir en la sala o caminar pesadamente por toda la casa despertando a los chicos. Pero más adelante, cuando hubo pasado el problema de la dentición y los dos idolillos se dormían a horas más normales dejando a la mamá tiempo para descansar, Meg comenzó a extrañar a John y a encontrar muy aburrida la compañía de su canastillo de costura, sin el marido sentado enfrente con su vieja bata, acercando las zapatillas al guardafuego. Meg no quería pedirle que se quedase en casa, pero se sentía agraviada porque él no se daba cuenta de que ella lo necesitaba, olvidándose completamente de las muchísimas noches que el pobre hombre la había esperado en vano a ella. Nerviosa y extenuada, con tanta vigilia y preocupación se afianzó en ella ese estado de ánimo tan poco razonable por el que suelen pasar aun las mejores madrecitas cuando se ven agobiadas por los cuidados domésticos. La falta de ejercicio contribuye a robarles el ánimo y demasiada afición a ese ídolo de la mujer sajona, la tetera, y las hace sentir como si fueran puro nervio y nada de músculo.

Mirándose al espejo, la pobre Meg decía:

-Sí, me estoy poniendo fea y Juan no me encuentra ya interesante, así es que deja a su marchita mujer y se va a ver a su bonita vecina, que no tiene estorbos ni inconvenientes. Bueno, por lo menos me quieren los chiquitos, sin importarles si estoy flaca y pálida ni si tengo o no tiempo de rizarme el pelo; ellos son mi consuelo, y algún día Juan se dará cuenta de que me he sacrificado con gusto por ellos, ¿verdad que sí, mis preciosos?

A esta patética reclamación Daisy contestaba con un arrullo y Demy con un gorgorito, y Meg deponía sus lamentaciones para darse el lujo de un regodeo materno que por el momento suavizaba su soledad. Pero la pena aumentó cuando a Juan comenzó a absorberlo la política, pues a cada rato se llegaba a discutir algún punto con Scott, completamente ignorante de que Meg lo extrañaba. Ni una palabra dijo ella, sin embargo, hasta que un día la madre la encontró hecha un mar de lágrimas, e insistió en saber la causa, pues no se le había escapado a la señora que el ánimo de su hija decaía día a día.

-A nadie más se lo diría, mamá, pero realmente necesito consejo, pues si Juan sigue así por más tiempo tanto me valdría ser viuda -dijo la señora Brooke, secándose las lágrimas con aire agraviado en el babero de Daisy.

-¿Si sigue cómo, querida? -preguntó su madre muy inquieta.

-Está fuera todo el día, naturalmente, y por la noche, cuando quiero estar con él, se va continuamente a casa de los Scott. No es justo que yo tenga que hacer todo el trabajo más difícil y que no me divierta nunca. Los hombres son todos unos egoístas, aun los mejores.

-También lo son las mujeres; no le echas la culpa a Juan hasta no saber en qué fallaste tú.

-Pero no puede estar bien que él me desatienda.

-¿Acaso no lo desatiendes tú a él?

-Pero, mamá, yo creía que te pondrías de mi lado...

-Y así es en cuanto a lamentar todo esto... pero creo que la culpa es tuya, Meg.

-No veo en qué he podido fallar yo.

-Permíteme que te lo señale, querida: ¿Acaso Juan te desatendió -como, tú dices- cuando te hacías la obligación de ofrecerle tu compañía por las noches, que son sus únicas horas libres?

-No, es verdad; pero ¿como puedo seguir haciéndolo con dos bebés que cuidar?

-Me parece que sí podrías... y es más, creo que debes hacerlo. ¿Quieres que te hable con entera libertad? Quiero que recuerdes que se trata de la mamá que te censura tanto como la que te compadece.

-Ya lo creo, mamá. Háblame, te lo ruego, como si se tratara de Meg cuando chica. A menudo pienso que cuando más necesito que me enseñen es ahora que estos pergeños dependen de mí para todo.

-No has cometido mayor error, querida Meg, que el de tantas jóvenes esposas: olvidar tus deberes para con tu marido en el amor de tus hijos. Un error muy natural y perdonable, pero que es mejor corregir y remediar antes de que tú y John tomen cada uno por distinto camino, porque los hijos deben unirlos más estrechamente que nunca en lugar de separarlos como si fuesen únicamente tuyos y que Juan no tuviese otra cosa que hacer que mantenerlos. Lo vengo viendo desde hace varias semanas, pero no quise decir nada porque estaba segura de que todo se arreglaría con el tiempo.

-Me parece que no, mamá. Si ahora le pido a John que no salga creará que estoy celosa, y no quiero hacerle semejante insulto. Él no se da cuenta de que lo necesito y no sé cómo hacérselo saber sin palabras.

-Hazle la casa tan agradable que no le den ganas de salir. Estoy segura que tu Juan está anhelando su hogar, pero sin ti no es tal hogar y tú estás siempre en la “nursery”.

-¿Acaso no es mi deber estar ahí?

-No todo el tiempo; el demasiado encierro te pone nerviosa y entonces no estás buena para nada. Pero más importante aún es el hecho de que te debes a John, además de a los nenes. No descuides al marido por los hijos y no le cierres a él las puertas de la “nursery”, sino que debes enseñarle el modo de ayudarte respecto a los niños. Su lugar es allí igual que el tuyo y los chicos lo necesitan también a él; déjale sentirse parte de todo ese mundo y ¡verás cómo todo va mejor para ustedes cuando eso ocurra!

-¿Lo crees así, madre?

-Lo sé positivamente, Meg, pues cuando tú y Jo eran chicas hice lo mismo que tú ahora. Tu pobre padre se dedicó a sus libros, después de haberle rechazado todo ofrecimiento de ayuda. Me dejó que probara sola mi experimento. Luché todo lo que pude, pero Jo era un caso difícil, y casi la echo a perder consintiéndola demasiado. Tú no eras muy fuerte y yo me preocupaba tanto por tu salud que casi me enfermo yo. Ahí fue que papá vino en mi ayuda y me salvó, manejando con calma las cosas y haciéndose tan indispensable que yo me percaté de mi error y nunca más he podido pasarme sin él. Ése es el secreto de la felicidad de nuestro hogar: él no permite que su trabajo le enajene los pequeños cuidados y deberes que nos afectan a todos, y por mi parte trato de que las preocupaciones domésticas no destruyan mi interés por sus empresas. Cada uno realiza su papel solo en muchas cosas, pero en casa obramos siempre juntos.

-Así es, mamá. Ojalá pudiese yo ser para mi marido y mis hijos lo que tú has sido para los tuyos. Enséñame cómo proceder y voy a hacer todo cuanto me indiques.

-Siempre fuiste dócil, Meg; ¡así me gusta! Bueno, la cuestión es que Juan tenga más que ver con el manejo de Demi, por ejemplo, pues un varón necesita una formación especial y nunca es demasiado pronto para empezarla. Luego, si yo estuviese en tu lugar, haría lo que te he propuesto tantas veces:

dejar que venga Ana a ayudarte; sabes que es una niñera excelente y puedes confiarle los chicos sin temor mientras tú haces más del trabajo de la casa, pues te está haciendo falta el ejercicio. Para Ana será un descanso y Juan recobrará a su mujer. Tienes que salir más para mantenerte alegre, ya que siempre debes ser portadora de alegría a la familia, y no la habrá si tú estás triste. Además, querida, trata de interesarte por cualquier cosa que concierna a John... conversa con él... deja que él te lea... intercambien ideas... no cometas el error de encerrarte en un estuche porque seas mujer sino que debes interesarte por todo lo que pasa y educarte para tomar parte en la obra del mundo, pues todo cuanto sucede os afecta a ti y a los tuyos.

-¡Juan es tan inteligente!... Tengo miedo de que me crea estúpida si le hago preguntas sobre política y esas cosas...

-No lo creo... El amor cubre montones de faltas, y ¿a quién podrías preguntar nada con mayor libertad que a él? Prueba, y ¡verás si no encuentra Juan tu compañía más agradable que las cenas de la señora de Scott!...

-Voy a ensayar tu método, madre. ¡Pobre Juan! Creo que tienes razón, que lo he desatendido mucho, pero yo creí estar procediendo bien y él nunca protestó ni me dijo la menor cosa...

-Trataba de no ser egoísta, por eso se callaba, pero me imagino que el pobre se ha de haber sentido abandonado... Ésta es precisamente la época en que los casados están más propensos a apartarse, cuando deben estar más unidos que nunca, pues la primera ternura pasa pronto a menos que se tome especial cuidado en conservarla, y ninguna época es más preciosa para los padres que los primeros años de esas pequeñas vidas que les son dadas a formar. No dejes que Juan sea un extraño para los chicos porque ellos serán quienes contribuyan a conservarlo seguro y feliz en este mundo de tentaciones y conflictos. Ahora te dejo, querida. Piensa en toda la prédica de tu madre, actúa de acuerdo con ella si te parece buena y ¡Dios os bendiga a todos!

Meg reflexionó sobre todo aquello, lo encontró razonable y obró de acuerdo, aunque la primera tentativa no resultó exactamente como ella la había previsto. Los chicos la tiranizaban, y gobernaron la casa desde el momento que descubrieron que pateando y chillando conseguían cuanto querían; mamita era una perfecta esclava de sus caprichos, pero papá no se sometía con tanta facilidad y ocasionalmente afligía a su ternísima esposa con tentativas de ejercer disciplinas paternas con su turbulento hijo. Porque Demi heredaba algo de la firmeza de carácter de su padre -no queremos llamarla terquedad- y cuando se decidía a conseguir o hacer algo nada lograba hacer cambiar de idea a ese pequeño porfiado. Mamá creía que el pobre querido era demasiado chico para enseñarle a vencer sus predisposiciones, pero papá opinaba que nunca es demasiado pronto para aprender a obedecer; y Demi no tardó en descubrir que cuando se ponía a pelear con papá siempre llevaba las de perder; sin embargo, como buen sajón, el nene respetaba al hombre que lo vencía y adoraba a aquel padre cuyo "No, no" le impresionaba más que todos los besos y caricias de mamá.

Pocos días después de aquella conversación con su madre, Meg quiso probar de hacerle a John una fiestecita doméstica, de modo que encargó una buena cena, se vistió de modo muy sentador y acostó a los chicos temprano, para que nada se interpusiera. Por desgracia, una de las antipatías más invencibles de Demi era acostarse, y esa noche decidió hacer alboroto. La pobre Meg probó

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

de todo: acunó, cantó, contó cuentos y ensayó cuanto método se conoce para provocar el sueño infantil. Todo inútil: los grandes ojos se negaban a cerrarse y mucho después que Daisy había “hecho nonito” como el montoncito de buena pasta que era, el pícaro Demi seguía mirando la luz con la expresión más “despierta” que pueda darse.

-¿Quiere quedarse quietecito mi Demi y ser bueno mientras mamá baja a darle el té a papá?... -preguntó Meg al oír la puerta de calle que se cerraba y el conocido paso que iba de puntillas hasta el comedor.

-Mi quede té -dijo Demi preparándose a participar de la fiesta.

-No, no se puede, pero te voy a guardar masitas para el desayuno de mañana si haces nono como Daisy. ¿Lo harás, precioso?

-¡Ti! -Y Demi cerró bien fuerte los ojos como para forzar el sueño y apresurar el deseado día.

Aprovechando aquel momento propicio Meg se escapó corriendo a saludar a su marido con cara sonriente y llevando aquel moñito azul en el pelo que Juan admiraba tanto. Él lo notó en seguida y exclamó con sorpresa complacida:

-¡Vamos, madrecita!... ¡Qué alegre estamos hoy!... ¿Esperas invitados?

-No, nada, nada, sólo que me cansé de ser una desprolija y decidí vestirme, para variar... Tú siempre te acicalas para sentarte a la mesa, por cansado que estés, así que ¿por qué no lo voy a hacer yo?

-Yo lo hago por respeto a ti, mi querida -respondió Juan, que era de la “vieja ola”.

-¡Igualmente, señor Brooke!... -dijo Meg riendo y viéndose de nuevo joven y bella a los ojos de Juan.

-Bueno, esto es de veras encantador; como los viejos tiempos. Este té está riquísimo... ¡A tu salud, querida!... -y John lo saboreó con aire de arrobamiento tranquilo que fue, sin embargo, de muy corta duración, pues al dejar su taza el pestillo de la puerta sonó misteriosamente y se oyó una vocecita impaciente que decía:

-¡Abe poeta! ¡Mi mene!

-Es ese pícaro de Demi. Le dije que se durmiese solo y anda tomando frío, descalzo por la escalera -explicó Meg, respondiendo al llamado.

-Manana ahoa -anunció jubilosamente Demi al entrar con el largo camisón recogido con gracia sobre el brazo y todos los rizos alborotados. Y rodeando la mesa miraba golosamente los “patelitos”.

-No, no es la mañana todavía. Tienes que irte a la cama y no malestar a mamá; entonces sí comerás el pastelito con azúcar -le dijo Juan muy serio.

-Mi quele papa... -dijo el muy pícaro preparándose a trepar a la rodilla paterna y gozar de placeres prohibidos. Pero Juan sacudió la cabeza y dijo a Meg:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Si le dijiste de quedarse allí arriba y dormirse solo hazle obedecer, o no aprenderá nunca a hacerte caso.

-Sí, naturalmente. ¡Vamos, Demi!... -y Meg llevó a su hijo con muchas ganas de zurrar al pequeño aguafiestas que iba dando saltitos a su lado, con la falsa ilusión de que el soborno iba a ser administrado no bien llegaran a la “nursery”.

Y no fue defraudado, pues aquella mujercita miope cometió el error de darle un terrón de azúcar. Luego lo metió en la cama y le prohibió más paseitos hasta la mañana.

El pequeño perjuro volvió a decir “ti” chupando su azúcar y considerando un éxito aquella primera tentativa.

Meg volvió a su lugar en la mesa, la cena iba a las mil maravillas cuando el pequeño fantasma apareció de nuevo y descubrió los delitos maternos al exigir con audacia:

-Ma zuca, mamá...

-Nada de eso -dijo John, endureciendo su corazón contra aquel delicioso pecadorcito-. No vamos a tener paz hasta que este chico aprenda a acostarse como debe. Ya te has esclavizado demasiado tiempo; Meg, dale una buena lección y acabemos de una vez. Acuéstalo y déjalo solo, Meg.

-No se va a quedar si yo no me siento al lado, porque nunca quiere...

-Yo lo manejaré. Demi, vaya arriba y métase en la cama como le dice su mamá.

-¡No quelo!... -contestó el rebelde, sirviéndose el codiciado “patelito” y comenzando a comerlo con calma y audacia increíbles.

-¡Nunca debes decir eso a tu papá, nunca!... Te voy a llevar yo a la cama si no vas solo.

-Anáte, no quelo a papá -Y Demi se refugió en las faldas de su madre.

Pero aún ese refugio resultó inútil, porque el nene fue entregado al enemigo con un: “¡Sé suave con él, Juan!...” que llenó de zozobra al reo porque cuando mamá lo abandonaba, el día del juicio no estaba lejos. Despojado de su pastel, privado de su fiesta, y llevado con mano fuerte a aquella odiada cana, el pobre Demi no pudo reprimir la rabia y desafió abiertamente a su padre pateando y gritando por toda la escalera. No bien lo acostaba de un lado, se daba vuelta del otro y corría hasta la puerta, para ser pescado ignominiosamente por la cola de su toga y vuelto a acostar. Esta función duró hasta que el jovencito perdió las fuerzas, dedicándose luego a bramar con gran estrépito, pues generalmente conquistaba a Meg con ese ejército vocal. Pero Juan se quedó tan inflexible como el proverbial poste que se supone sordo y mudo. Ni arrumacos, ni azúcar, ni arrorró, ni cuento, ni luz siquiera, pues el padre apagó la que había y sólo el resplandor rojo del fuego animaba la “gran oscuridad” que Demi veía con más curiosidad que miedo. Este nuevo orden de cosas le disgustó muchísimo y a gritos clamaba por su “mamá” al calmársele la rabia y recordar la ternura de su esclava de siempre para con él, autócrata ahora cautivo. El gemidito que reemplazó al rabioso clamor tocó el corazón de Meg, que subió corriendo para decir implorante a su marido:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Déjame quedarme con él, Juan! Verás cómo ahora va a ser bueno.

-No, mi querida, le he dicho que se tiene que dormir como tú le mandaste, y tendrá que hacerlo aunque me tenga que quedar aquí toda la noche.

-Pero va a enfermar de tanto llorar... -suplicó Meg, que se echaba la culpa por haber abandonado a su varoncito,

-No, ¡qué va!... Está tan cansado que pronto clavará el pico y entonces el asunto quedará arreglado, pues comprenderá que tiene que obedecer. No intervengas, querida. Yo lo manejaré.

Cuando Juan hablaba con aquel tono decidido, Meg obedecía y no tenía nunca que lamentar su docilidad.

-Por favor, déjame besarlo una vez, Juan...

-Por cierto, querida. Demi, di buenas noches a tu mamá y déjala que se vaya a descansar, pues está muy fatigada de cuidar a ustedes todo el día.

Meg insistió después que había sido aquel beso el que ganara el día, pues en seguida Demi comenzó a sollozar más tranquilo y se quedó muy quieto en el fondo de la cama, donde se había retorcido con la fuerza de su rabieta.

-Pobre hombrecito, ya no puede más de sueño, con tanto llorar. Lo cubriré y luego iré a tranquilizar a Meg -pensó Juan llegándose hasta el lado de la cama, esperando encontrar dormido a su rebelde heredero.

Pero no era así, pues no bien lo miró su padre, le tembló a Demi la barbilla y levanto los brazos diciendo:

-Mi meno ahoa.

Sentada afuera, en la escalera, Meg se preguntaba el porqué del largo silencio que seguía a la batahola anterior y se deslizó en el cuarto para ver qué pasaba. Demi estaba profundamente dormido, no en su actitud habitual de águila desplegada, sino formando un montoncito sumiso, acurrucado en el brazo del padre y asiéndole el dedo como si se diese cuenta que “la justicia había sido atemperada por la misericordia” y se hubiese convertido en un bebe mas formal y más sabio que antes. Así retenido. Juan había esperado con paciencia femenina que la manita se aflojara, y mientras esperaba se había quedado dormido él también, más cansado por la pelea con su hijo que con todo su trabajo del día.

Al mirar las dos cabezas sobre la almohada, Meg sonrió para sí y se marchó sin hacer ruido diciéndole satisfecha:

“No tengo por qué temer que Juan vaya a ser demasiado rudo con los chicos. Sabe manejarlos, como mamá decía, y me va a ser una gran ayuda, porque Demi está resultando demasiado difícil para mí sola”

Cuando por fin bajó John, esperando encontrar una esposa pensativa o llena de reproches, fue agradablemente sorprendido al ver a Meg adornando plácidamente un sombrero y el pedido de que si no estaba demasiado cansado le leyese algo de las elecciones. Juan se dio cuenta en seguida de que una revolución -no sabía de qué tipo- estaba en pleno proceso, pero, prudentemente, se abstuvo de hacer preguntas, sabiendo que Meg era una personita tan transparente que no podía guardar un secreto ni para salvarse la vida, y que alguna clave aparecería pronto. Así, pues, con la más amable disposición de ánimo se puso a leerle un largo debate explicándoselo luego mientras Meg trataba de parecer profundamente interesada y de hacer preguntas inteligentes pero en realidad evitando que el pensamiento se le escapara del estado de la nación al de su sombrero. En fuero interno, sin embargo, decidió que la política era una calamidad igual que las matemáticas y que la misión de los políticos parecía no ser otra que la de insultarse unos a otros, aunque se guardó muy bien de comunicar a nadie esas ideas tan ultrafemeninas, y cuando Juan se detuvo por fin ella sacudió la cabeza y dijo con lo que creyó era una gran ambigüedad diplomática:

-Bueno. No sé de veras adónde vamos a parar.

Juan se rió y la observó un minuto mientras ella contemplaba una preparación de flores y encaje con un interés tan auténtico como había podido despertar su prolongada arenga.

“Está tratando de que le guste la política para complacerme a mí... ¡Bien puedo yo tratar de interesarme por los sombreros para complacerla a ella! Eso es lo equitativo”, dijo para sí Juan el Justo, agregando en voz alta:

-¡Qué bonito, querida!... ¿qué es?; ¿acaso una cofia para la mañana?

-Querido mío, esto es un sombrero. ¡Mi mejor gorrito para ir a teatros y conciertos!...

-¡Perdón!... como lo vi tan chiquito creí que era una de esas cositas vaporosas que te pones a veces. ¿Cómo te lo sujetas?

-Estos encajes se atan bajo el mentón con una rosa, así, ¿ves? -dijo Meg poniéndose el sombrero a guisa de ilustración y mirándolo con un aire de tranquila satisfacción que fue para él irresistible.

-Es un amor de sombrero, pero prefiero la carita que va adentro, porque está otra vez joven y alegre -y Juan besó aquella carita con gran detrimento de la rosa bajo la barbilla.

-Me alegro que te guste, porque quiero pedirte que una de estas noches me lleves a uno de los nuevos conciertos que dan. Realmente estoy necesitando música para entonarme. Me vas a llevar, ¿verdad?

-Ya lo creo, querida, con todo gusto... y a cualquier otra parte que quieras ir. ¡Has estado encerrada tanto tiempo!... Te hará muchísimo bien, y por mi parte me gustará a mí la mar. ¿Qué es lo que te hizo pensar en estas cosas, madrecita?

-Tuve una conversación con mamá el otro día. Le conté lo nerviosa y malhumorada que estaba últimamente y ella opinó que necesito un cambio y menos preocupaciones, así que Ana me va a ayudar a cuidar los chicos y yo me voy a ocupar más de la casa y a divertirme un poco de cuando

en cuando. Será sólo un experimento, Juan, y lo quiero tanto por ti como por mí, porque te he desatendido vergonzosamente este último tiempo y ahora voy a hacer de nuevo de nuestra casita el hogar que fue antes. No tienes inconvenientes, ¿verdad?

No importa lo que contestó Juan ni cómo el sombrerito se escapó de estropearse por completo. Todo lo que necesitamos saber es que Juan no pareció tener objeción alguna, a juzgar por los cambios que ocurrieron en la casa y sus habitantes. No se convirtió en un paraíso automáticamente, pero todo el mundo se benefició. Los chicos mejoraron mucho con el gobierno paternal mientras Meg recobraba su antiguo ánimo, componía los nervios con abundante ejercicio, alguna diversión y muchas conversaciones confidenciales con su inteligente marido. La casita fue de nuevo un hogar y Juan no tenía ya el menor deseo de salir, a menos de llevar a Meg consigo. Eran los Scott los que ahora venían a casa de los Brooke y todo el mundo encontraba alegría en la casita, llena de felicidad, contento y amor. Aun la mundana Sarita Moffat se encontraba bien allí.

-Esto está siempre tan tranquilo y tan agradable que me hace bien venir aquí, ¿sabes, Meg? -solía decir la elegante muchacha mirando a su alrededor con ojos melancólicos, como tratando de descubrir el secreto de aquel encanto a fin de utilizarlo en provecho propio en su enorme mansión llena de solitaria magnificencia, pues no había en ella ningún chiquito de cara risueña atravesando por ahí, y Eduardo, el marido, vivía en su mundo propio, donde no había lugar para ella.

No ha de creerse que esta felicidad hogareña fue lograda de repente ni toda a un tiempo, sino que Juan y Meg encontraron la clave y cada año de matrimonio les enseñó un nuevo modo de utilizarla. En ese mundo es donde debe transcurrir la vida de las mamás jóvenes, donde estarán seguras contra las ansiedades, inquietudes y frenesíes del mundo, encontrando leales amantes en los hijos e hijas pequeños que se apegan a ellas sin importárseles nada de la desgracia, la pobreza o la vejez y marchando, como aprendió a marchar Meg, al lado de ese amigo fiel que es el verdadero marido, segura de que el reino más feliz de una mujer es el hogar y su más alto honor el arte de manejarlo no como reina sino como sabia esposa y madre.

CAPÍTULO XXXIX

LAURENCE, EL HOLGAZÁN

Laurie había ido a Niza pensando quedarse una semana y se quedó un mes. Cansado ya de vagabundear solo por Europa la presencia familiar de Amy parecía dar un encanto de hogar al escenario extranjero del cual en este momento formaba parte. Había extrañado los mimos a que “las chicas de enfrente” lo tenían acostumbrado y ahora disfrutaba de nuevo de su gustito, pues no había atenciones de extraños, por halagadoras que fuesen, que le resultaran ni la mitad de agradables que la fraternal adoración de aquellas chicas. Amy nunca lo había mimado como las otras, pero ahora, como estaba tan contenta de verlo, se le pegó muchísimo, sintiendo como si él representase a la familia querida que la muchacha extrañaba mucho más de lo que confesaba. Fue muy natural que ambos jóvenes se consolaran mutuamente con la compañía recíproca y estaban mucho juntos, ya cabalgando, ya caminando, ya bailando, ya perdiendo tranquilamente el tiempo, pues nadie puede ser demasiado activo en Niza durante la season. Aunque aparentemente no hacían más que divertirse de la manera más despreocupada, semiinconscientemente iban haciendo descubrimientos y formando opiniones el uno sobre el otro. Todos los días Amy se iba elevando en la estimación de su amigo, mientras él descendía en la de ella, y los dos se dieron cuenta de ello sin decir una sola palabra. Amy trataba de serle agradable al muchacho, y lo lograba porque estaba realmente agradecida por los muchos gustos que él le proporcionaba, retribuyéndoselos ella con muchos pequeños favores, a los que las mujeres verdaderamente femeninas saben prestar encanto indescriptible. Por lo que concierne a Laurie, no hacía esfuerzo alguno y se dejaba llevar cómodamente por los acontecimientos, tratando de olvidar su pena de amor, convencido de que todas las mujeres le debían algo por la sencilla razón de que una muchacha había sido indiferente para con él. En cuanto a ser generoso, no le significaba ningún esfuerzo ni sacrificio y le hubiese regalado a Amy todas las chucherías que se podían comprar en Niza si ella se las hubiese aceptado.

Pero no por eso podía cambiar la opinión que la chica se estaba formando de él. Tanto que el muchacho casi temía ya la mirada de los penetrantes ojos azules que parecían observarlo con sorpresa, en la que se mezclaban la pena y la burla.

-Todos se han ido a pasar el día a Mónaco, pero yo preferí quedarme a escribir cartas. Ahora he terminado y me voy a Valrosa a hacer bosquejos; ¿quieres venir? -le dijo Amy un hermoso día al saludar a Laurie, que, como de costumbre, había llegado cachazudamente alrededor de mediodía.

-¡Bueno, vamos!... Pero, ¿no hace mucho calor hoy para semejante caminata? -respondió el muchacho con pereza, pues el salón del hotel, en penumbra, resultaba atrayente, comparado con el resplandor de afuera.

-Pienso ir en el cochecito y Bautista manejará, de modo que no tendrás nada que hacer más que cuidar que no se te ensucien los guantes -replicó Amy con una mirada sarcástica a la immaculada cabritilla de lo que para Laurie era una debilidad.

-Si es así, iré con gusto -y alargó la mano para tomarle a Amy su cuaderno de bosquejos. Pero la muchacha se lo puso bajo el brazo diciéndole bastante seca:

-No te molestes... a mí no me cuesta nada llevarlo y tú parece que no tuvieses fuerza ni para eso...

Laurie levantó las cejas algo sorprendido, pero la siguió sin apresurarse mientras ella bajaba casi corriendo, aunque al subir al coche él tomó las riendas para manejar, dejando que Bautista se cruzase de brazos y durmiese en su asiento.

Estos dos chicos nunca se peleaban, pues Amy era demasiado bien educada, y Laurie, en esta época de su vida, tenía demasiada pereza, de modo que al poco rato de andar el muchacho comenzó a espiar por debajo del ala del sombrero de Amy con aire inquisitivo: ella respondió con una sonrisa, y después de eso el paseo siguió de la manera más amigable.

Y era por cierto un bonito paseo, por largos caminos serpenteantes, ricos en escenas pintorescas como para deleitar los ojos amantes de lo bello. Primero fue un antiguo monasterio. Luego, un pastor de desnudas piernas, calzado con zuecos y gruesa chaqueta colgando de un hombro, que tocaba el caramillo sentado en una piedra mientras las cabras saltaban entre las rocas o se echaban a sus pies. Pasaban a cada rato burritos cargados de cestas de hierba recién cortada, con una bonita muchacha de gran capelina sentada entre los dos verdes montones. Otras veces, chiquillos de suaves ojos pardos salían corriendo de las pintorescas chozas de piedra a ofrecerles ramilletes de flores o racimos de naranjas en sus ramas. Las colinas estaban cubiertas de retorcidos olivos de oscuro follaje, la fruta colgaba dorada en los huertos y grandes anémonas rojas bordeaban el camino, mientras las verdes laderas y escarpadas crestas de los Alpes Marítimos se levantaban, bien destacadas en el azul del cielo italiano.

Valrosa merecía muy bien su nombre, pues en aquel clima de verano perpetuo las rosas florecían por todas partes: cubrían los arcos de la pérgola de entrada, se introducían por entre los barrotes de la verja dando una dulce bienvenida a los turistas y se alineaban en las avenidas, enredándose por entre los limoneros y las plumosas palmeras. En cada rinconcito de sombra donde hubiese asientos

que invitasen a descansar, había también la correspondiente masa de color; las frescas grutas tenían su ninfa de mármol sonriendo bajo un manto de flores y las fuentes reflejaban rosas rojas, blancas o rosadas que se inclinaban sobre el agua para sonreír ante su propia belleza. También las paredes de la casa, las cornisas y los pilares estaban invadidos por las rosas que las cubrían, adornaban o trepaban inundando la balaustrada de la amplia terraza, desde donde se contemplaba el asoleado Mediterráneo.

-Este es un paraíso para pasar una luna de miel, ¿no te parece? ¿Has visto alguna vez rosas semejantes? -preguntó Amy.

-No... Nunca... ni tampoco me pincharon nunca semejantes espinas -respondió Laurie chupándose el pulgar, después de un vano intento por alcanzar una magnífica flor escarlata que había abierto en un sitio donde le fue imposible alcanzarla.

-Prueba más abajo y corta éstas si tienen espinas -contestó Amy tomando tres rositas rosadas que adornaban la pared detrás de ella. Como ofrenda de paz, se las puso a Laurie en el ojal y él se quedó mirándolas un momento con una expresión curiosa porque había un toque de superstición en el muchacho que le venía de su descendencia italiana, y en ese momento se encontraba en un estado de ánimo mitad dulzura, mitad melancolía amarga en que cualquier detalle puede adquirir significado para los jóvenes de imaginación viva y todo y cualquier cosa puede alimentar un romance. Fue pensando en Jo que había tratado de alcanzar la espinuda rosa roja, pues a ella le sentaban las flores de color vivo y a menudo las cortaba del invernadero de casa de Laurie para ponérselas. En cambio las rosas pálidas que le diera Amy eran como las que los italianos ponen en manos de los muertos, nunca en las coronas nupciales, y Laurie se preguntó por un minuto si el presagio sería para Jo o para él..., pero al minuto siguiente su sentido común americano venció al sentimentalismo y el muchacho se echó a reír con más ganas que lo que lo había hecho en mucho tiempo desde que estaba en Niza.

-Es un buen consejo. Yo que tú lo seguiría y me cuidaría los dedos -dijo Amy creyendo que le divertía lo que ella había dicho.

-Gracias, así lo haré -contestó entonces en broma el muchacho, sin pensar que a los pocos meses diría aquello mismo en serio.

-¿Cuándo te reunirás con tu abuelo? -le preguntó al rato Amy sentándose en un banco rústico para pintar.

-Muy pronto.

-Hace tres semanas que vienes diciendo la misma cosa.

-No me extraña. Las respuestas cortas ahorran trabajo...

-Te espera ansioso y deberías ir.

-Ya lo sé... ¡El pobre es tan hospitalario!...

-Y entonces, ¿por qué no vas?

-Mi perversidad natural, me imagino.

-Indolencia natural, querrás decir. ¡Es realmente terrible, Laurie!...

Y Amy puso cara severa.

-No tanto como parece, Amy, pues sólo conseguiría molestarlo si me fuese allí, de modo que da igual que me quede aquí y te moleste a ti un poco más de tiempo... tú lo toleras mejor... en realidad, me parece que te sienta muy bien que yo te fastidie... -dijo Laurie acomodándose para haraganear un buen rato en el borde de la balaustrada.

Amy volvió a desaprobear con un gesto y abrió su cuaderno de bosquejos con aire resignado, pero había tomado la decisión de sermonear a “ese muchacho”, y al minuto ya puso manos a la obra:

-¿Qué es lo que estás haciendo en este momento, Laurie?

-Mirando lagartijas.

-No, no quiero decir qué intentas hacer... después.

-Fumar un cigarrillo, si me lo permites.

-Eres insoportable... Ya sabes que no apruebo los cigarrillos y sólo lo consentiré con la condición de que me dejes ponerte en mi bosquejo; necesito una figura...

-Con todo el gusto posible de este mundo... ¿Cómo quieres que me ponga? ¿De cuerpo entero, tres cuartos, o de cabeza?... Respetuosamente, me permito sugerirte una postura reclinante y tú titularlo “Dolce far niente”.

-Quédate como estás y duerme si quieres... Por mi parte... tengo la intención de trabajar mucho -contestó Amy con su tono más enérgico.

-¡Qué delicioso entusiasmo! -dijo el muchacho, muy contento de poder recostarse cómodo contra un gran jarrón.

-¿Qué diría Jo si te viese en este momento? -preguntó entonces Amy, ya impaciente y esperando sacarlo de su apatía con el nombre de la hermana, mucho más enérgica aún que ella.

-Diría lo de siempre: “¡Mándate mudar, Teddy, que estoy ocupada!...”

Se rió al decir aquello, pero a su risa le faltó naturalidad y le pasó una sombra por la cara a la sola mención del nombre querido, que tocó una herida aún no cicatrizada. Tanto el tono de voz como aquella sombra impresionaron a Amy, pues ya los había observado anteriormente y ahora, al levantar la vista, vio otra expresión en la cara de Laurie: una mirada dura y amarga, llena de dolor, insatisfacción y pena. La expresión desapareció antes de que Amy pudiese estudiarla y de nuevo

encontró la mirada usual de indiferencia. Con verdadero placer artístico observó al muchacho un rato, pensando que su aspecto era muy italiano, asoleándose allí sin sombrero y con los ojos llenos de ensoñaciones meridionales, pues parecía haber caído en una especie de arrobamiento.

-Pareces la efigie de un joven caballero dormido en su tumba -dijo la chica mientras dibujaba el bien cortado perfil que se destacaba contra la piedra oscura.

-¡Ojalá lo fuese!...

-He ahí un deseo tonto... a menos que hayas echado a perder tu vida... Estás tan cambiado que a veces pienso... -ahí se interrumpió Amy con una mirada entre tímida y melancólica, más significativa que su frase inconclusa.

Laurie vio todo eso y comprendió la afectuosa inquietud que la muchacha vacilaba en expresar, y mirándola directamente a los ojos le dijo, como antes solía decir a su madre:

-¡Todo bien, señora!...

Eso fue bastante para Amy, calmándose las dudas que habían comenzado a preocuparle últimamente. También se conmovió con aquella declaración, y para demostrárselo habló en seguida con un torio sumamente cordial:

-¡Me alegro, Laurie!... No es que creyese que hubieses hecho nada realmente malo, sino que temí que hubieses malgastado mucho dinero en ese disipado BadenBaden, perdiendo la cabeza por alguna encantadora francesa con marido o que te hubieses metido en uno de esos líos que los muchachos parecen considerar parte indispensable de un viaje por Europa. No te quedes ahí al sol, ven y siéntate aquí en la hierba.

Laurie, obediente, se echó cuan largo era en el césped y empezó a entretenerse poniendo margaritas en las cintas del sombrero de Amy.

-Estoy preparado para los secretos que me vas a contar -dijo con expresión de interés en los ojos.

-Yo no tengo ninguno que contar... Empieza tú...

-Tampoco tengo ni uno, ¡pobre de mí! Creí tal vez que tú hubieses recibido noticias de allá...

-Te he contado todo lo que he recibido últimamente. Y tú, ¿no recibes noticias seguido? Creí que Jo te iba a escribir larguísimo...

-Está muy ocupada y yo viajo tanto que es imposible escribir con regularidad. ¿Cuándo vas a empezar la gran obra de arte, Rafaela? -preguntó entonces el muchacho, cambiando abruptamente de tema y preguntándose si Amy conocía su secreto y quería hablarle de él.

-Nunca -respondió ella con aire de desaliento pero muy decidida-. Roma me sacó toda la vanidad que tenía, pues luego de ver aquellas maravillas me sentí demasiado insignificante y renuncié desesperada a todas mis necias aspiraciones...

-¿Por qué, si tienes tanta energía y entusiasmo?

-Precisamente... porque talento no es genio y no hay energía que pueda convertir uno en el otro. Yo quería ser grande... o nada. No quiero saber nada de convertirme en una pintamonas de tres por cuatro, de modo que ni volveré a intentar el gran arte.

-¿Y qué es lo que piensas hacer de tu vida, entonces?

-Perfeccionar mis habilidades y llegar a ser, si puedo, un adorno para la sociedad.

La frase parecía audaz y era bien típica de Amy, pero la audacia queda bien en los jóvenes, y la ambición de Amy tenía buen fundamento. Laurie sonrió, pero le gustó el espíritu con que ella abrazaba este nuevo propósito no bien muerto el otro tanto tiempo acariciado, en lugar de malgastar el tiempo en lamentos.

-¡Magnífico!... ¿Y aquí es donde entra a tallar Fred Vaughn, me imagino?...

Amy guardó un silencio discreto, pero había una expresión algo preocupada en su cara, la cual hizo incorporar a Laurie y decirle muy serio:

-Ahora voy a jugar el hermano mayor y hacerte preguntas, si es que das tu venia...

-No te prometo contestar.

-Lo hará la cara si no lo quiere hacer la lengua, querida. Todavía no eres tan mujer de mundo como para ocultar lo que sientes. El año pasado oí rumores uniendo tu nombre al de Fred, y mi opinión particular es que si él se hubiese podido quedar algo hubiese resultado de todo eso, ¿no?

-A mí no me corresponde decirlo -fue la cumplida respuesta de Amy; pero los labios se empeñaban en sonreír y había en los ojos un traidor destello que revelaba que la chica conocía su poder y gozaba conociéndolo.

-No estarás comprometida, ¿verdad? -y Laurie se puso de repente muy en tono de “hermano mayor” y muy serio.

-No.

-Pero lo estarás, si vuelve Fred y se pone de rodillas como se debe, ¿no?

-Muy probablemente.

-¿Entonces lo quieres al viejo Fred?

-Podría quererlo si me lo propusiese.

-Pero no tienes intención de ensayarlo hasta el momento oportuno, ¿eh? ¡Bendito sea Dios! ¡Qué prudencia más extraordinaria!... Fred es un buen muchacho, sin duda, Amy, pero no del tipo que yo creí que te iba a gustar a ti...

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Es rico, es un caballero y tiene modales exquisitos... -comenzó a defenderse Amy, tratando de parecer muy serena y llena de dignidad, pero sintiéndose algo avergonzada a pesar de la sinceridad de sus intenciones.

-Comprendo, comprendo... Las reinas de la sociedad no pueden pasarse sin dinero y tú tienes intención de hacer un buen casamiento. Me parece muy bien, dado lo que es el mundo, pero no deja de ser extraño, saliendo de los labios de una de las hijas de tu madre.

-Es la verdad, sin embargo...

Frase breve, por cierto, pero la tranquila decisión con que fue pronunciada ofreció un curioso contraste con la joven que hablaba. Laurie lo notó instintivamente y se volvió a echar en el suelo, sintiéndose algo defraudado. Su silencio, unido a cierto reproche tácito que intuía, irritaron a Amy, que en ese momento se decidió a pronunciar su sermón sin más demora.

-Quisiera pedirte, como un favor especial, que te despabiles un poco -le dijo, severa.

-Hazlo tú por mí, ¿eh?, sé buena...

-Podría muy bien hacerlo, si lo intentara -dijo con todo el aire de quien quisiera “despabilarlo” en la forma más sumaria posible.

-Prueba, pues, te doy permiso -respondió Laurie, que después de una larga abstinencia de su pasatiempo favorito se divertía mucho al tener de nuevo a quien fastidiar.

-Te ibas a enojar...

-Nunca me enojo contigo.

-Eres tan fría y suave como la propia nieve.

-No sabes bien de lo que soy capaz. La nieve produce calor y comezón si se la aplica correctamente. Tu indiferencia es, a medias, afectación, y una buena sacudida lo probaría.

-Bueno, sacude, sacude... A mí no me va a hacer daño y puede que a ti te divierta, como decía aquel hombretón cuando su mujer diminuta le pegaba.

Como Amy estaba decididamente irritada, deseaba verlo sacudir aquella apatía que tanto lo cambiaba. Así, pues, afilando a un tiempo su lápiz y su lengua, le dijo:

-Flores y yo te hemos puesto un nombre nuevo: Laurence, el holgazán... ¿te gusta?

Amy creyó que el chico se encorcaría, pero lo único que hizo fue cruzar los brazos con un imperturbable: -No está mal, gracias, señoritas...

-¿Quieres, en realidad, saber lo que pienso de ti?

-Me muero por saberlo.

-Bueno... te desprecio.

Si le hubiese dicho coqueto o impertinente, o que lo odiaba, Laurie se hubiese reído y más bien le hubiese gustado; pero el acento grave, casi triste de la voz de la muchacha, le hizo abrir rápido los ojos y preguntar:

-¿Por qué, si se puede saber?

-Porque con todas las oportunidades para ser bueno, útil y feliz, tienes defectos, estás siempre ocioso y eres desgraciado.

-¡Palabras fuertes, “mademoiselle”!

-Si quieres, voy a seguir...

-Por favor, continúa, es sumamente interesante...

-Me parecía que te iba a gustar. Los egoístas siempre estarían hablando de sí mismos.

-¿Yo egoísta? -La pregunta se le escapó involuntariamente, pues si había una virtud de la que Laurie se preciaba era la generosidad.

-Sí, muy egoísta -continuó Amy, con voz serena y en completa calma, doblemente efectiva, en ese momento, que el enojo-. Te voy a decir por qué, pues te he estado estudiando mientras nos divertíamos y no estoy, en manera alguna, satisfecha de ti: has estado en el extranjero ya seis meses y no has hecho otra cosa que perder el tiempo, malgastar el dinero y defraudar a tus amigos.

-¿Acaso un individuo no tiene derecho a divertirse un poco después de cuatro años de trabajos forzados?

-No parece que te hayas divertido mucho, a juzgar por lo que se ve. Cuando recién viniste te dije que habías mejorado. Ahora me desdigo, porque me parece que no estás ni la mitad de simpático que cuando te dejé allá en casa. Te has puesto perezoso, te gustan los chismes, y te contentas con ser mimado y admirado por gente tonta, en lugar de tratar de ser amado y respetado por la que vale. Con dinero, talento, posición, salud y belleza; ¡ah, eso te gusta!... ¿eh? ¡Vanidad andante! Pero es verdad: con todas esas cosas espléndidas a tu disposición no encuentras nada que hacer más que haraganear, y en lugar de ser el hombre que podías y debías ser, sólo eres... -aquí se detuvo Amy, con una mirada indefinida.

-San Lorenzo en la parrilla -añadió Laurie, terminando tranquilamente la frase.

Con todo, el sermón comenzaba a surtir efecto porque había ahora en los ojos del muchacho una chispa que indicaba que no sólo se había “despabilado” sino que estaba bien despierto, además de haber sustituido la anterior expresión de indiferencia aburrida por otra, entre el enojo y el agravio.

-Me imaginaba que lo ibas a tomar así... Los hombres nos dicen siempre que somos unos ángeles y que podemos hacer de ellos lo que queremos, pero si llegamos a intentar corregirlos se ríen y no quieren escuchar... Eso prueba lo que vale vuestra adulación... -Amy hablaba con bastante amargura y acabó por volver la espalda a aquel exasperante pichón de mártir.

Al minuto una mano se posó sobre la hoja para impedirle que siguiera dibujando y se oyó la voz de Laurie que decía, con una fiel y cómica imitación de un nene arrepentido.

-¡Te prometo que ahora me voy a portar bien!...

Pero Amy no se rió porque se había tomado muy en serio su papel de Mentor y se limitó a golpear con el lápiz la mano extendida sobre el papel, diciéndole muy seria:

-¿No te da vergüenza tener una mano como ésta? ¡Blanca y suave como la de una mujer!... Parece exactamente lo que es: que no hace nunca otra cosa que usar los mejores guantes de Jouvain y juntar flores para las damas... ¡Por suerte no eres ningún “dandy” y me alegro de que no uses anillos!... sólo el viejo anillito que te regaló Jo hace años... ¡Querida muchacha!... ¡Cómo me gustaría que estuviese aquí para ayudarme a!...

-¡También a mí!...

La mano fue retirada con tanta rapidez como había aparecido sobre el papel y hubo, en aquel eco del deseo de la muchacha, energía suficiente como para complacer aun a la exigente Amy. Esta lo miró con una nueva idea en la cabeza... pero el muchacho estaba recostado con el sombrero tapándole media cara, como para protegerse del sol; así que Amy sólo vio que el pecho se alzaba y bajaba como inspirando, mientras la mano que llevaba aquel anillito se escondía entre el pasto como ocultando algo demasiado sagrado o tierno para servir de comentario. En un minuto tomaron forma y significado a los ojos de Amy mil insinuaciones e insignificancias que le dijeron lo que su hermana jamás le había confiado. Recordó, por ejemplo, que Laurie no hablaba nunca voluntariamente de Jo, también la sombra que había caído sobre su rostro nacía un momento, así como el cambio general de, su carácter... y ahora, ver que seguía usando aquel anillito que por cierto no constituía ningún adorno para una mano elegante... Ya antes había pensado Amy muchas veces que alguna pena de amor estaba en el fondo de todo aquel cambio operado en Laurie, y ahora estaba segura. A la sensible muchacha se le arrasaron los ojos de lágrimas y cuando al fin pudo hablar de nuevo lo hizo con aquella voz que podía ser bellamente suave y cariñosa cuando ella quería:

-Sé que no tengo derecho a hablarte así, Laurie, y si no fuese que tienes el carácter mejor del mundo, te enojarías conmigo. Pero todos te queremos tanto y estamos tan orgullosos de ti que no pude soportar la idea de que se sintiesen defraudados por ti allá en casa, como lo estaba yo aquí, aunque quizá ellos comprenderían mejor ese cambio de lo que lo comprendo yo.

-Creo que sí -fue lo que se oyó decir por debajo del sombrero, sombría y severamente tan conmovedor como hubiese sido en tono dolorido.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Debieron advertírmelo y no dejar que te hiriera regañándote, cuando debí ser más cariñosa y paciente que nunca... ¡Jamás me gustó esa señorita Randall y ahora la detesto!... -agregó la astuta Amy, deseando de una vez por todas verificar la verdad de los hechos.

-¡Al diablo con la señorita Randall!...

-¡Perdón, yo creí!... -dijo Amy, deteniéndose allí con diplomacia.

-No, Amy, sabías perfectamente que nunca quise a nadie más que a Jo -dijo entonces Laurie, con su tono impetuoso de antes y volviendo la cara al decirlo.

-Sí, claro que lo creía... Pero como nunca nadie dijo nada y te viniste a Europa pensé que me había equivocado... Y ¿qué pasó, en realidad? Jo te quería tanto...

-Fue muy buena conmigo... y me quiere, pero no del modo que la quiero yo, y, por un lado, tuvo suerte de no amarme como yo a ella, si es que soy el tipo inútil que tú me crees. Pero es por culpa de ella que estoy así, y se lo puedes decir...

Al hablar así volvió a vérselo la mirada dura y amarga y Amy se afligió mucho porque no sabía qué bálsamo aplicar a esa clase de herida.

-Estuve mal, pero no puedo evitarlo y sigo creyendo que debías sobrellevarlo mejor, Teddy querido.

-¡No digas eso; ese es el nombre que ella me da! -y Laurie tapó la boca de Amy para impedir que siguiese hablando en el tono mezclado de bondad y de reproche que era tan característico de Jo-. Y en cuanto a sobrellevarlo mejor... espera que te pase algo así... -agregó en voz baja, arrancando la hierba a puñados.

-Yo que tú lo tomaría en forma bien varonil y ganaría su respeto, ya que no pudiste ganar su amor... -pronunció Amy, con decisión.

Laurie se preciaba de haber sobrellevado las cosas realmente bien, no lamentándose ni solicitando compasión alguna y marchándose con su pena para sobreponerse solo a ella. El sermón de Amy puso las cosas en otro plano y por primera vez le pareció una debilidad y un egoísmo desanimarse así al primer fracaso y encerrarse en aquel estado taciturno. Se sintió como si de pronto lo hubiesen despertado, y ya le fue imposible volver a dormirse. Al rato se incorporó preguntando:

-¿Te parece que Jo me iba a despreciar igual que tú?

-Sí, si te viera ahora sí. Sabes que odia a la gente haragana. ¿Por qué no haces algo espléndido y la obligas así a que te ame?

-Hice lo que pude y fue inútil.

-¿Recibiéndote con honores, quieres decir? Eso no fue nada más que lo que te debías a ti mismo y a tu abuelo. Hubiese sido una vergüenza fracasar después de gastar tanto tiempo y dinero.

-Fracasé, digas lo que digas... puesto que Jo no quiso amarme -comenzó Laurie, con gesto de abatimiento.

-Nada de eso, y al final me darás la razón: recibirme de ese modo te hizo muchísimo bien, probándote a ti mismo que podías hacer algo cuando te lo proponías. Quiero decir que si ahora pudieses ponerte con alma y vida a realizar algo... pronto volverías a ser aquel muchacho entusiasta y feliz que eras antes y así olvidarías tu tribulación.

-Eso es imposible.

-Prueba, por lo menos... No tienes por qué encogerte de hombros como diciendo que yo no sé nada de esas cosas. No pretendo saber mucho de la vida, pero soy observadora y veo mucho más de lo que tú te imaginas: ama a Jo todos los días de tu vida si así lo quieres, pero no dejes que eso arruine tu vida, pues es una picardía echar a rodar tantas dotes como tú posees únicamente porque no puedes obtener una sola cosa que se te niega... ¡Ea, vamos... no te sermoneo más!...

Durante varios minutos ninguno habló: Laurie hacía girar en el dedo el anillito de marras y Amy daba los últimos toques a su bosquejo. A poco, se lo puso en la rodilla diciéndole:

-¿A ver si te gusta?

El muchacho sonrió, pues el bosquejo estaba magníficamente hecho: la larga y perezosa figura tendida en el césped, la cara melancólica, los ojos cerrados a medias y una mano sosteniendo un cigarrillo de donde salía la espiral de humo que envolvía en un círculo la cabeza del soñador.

-¡Qué bien dibujas, Amy!... -dijo Laurie con auténtica sorpresa y placer al comprobar la habilidad de la muchacha, agregando: -Sí, es verdad, ¡ése soy yo!...

-Como eres ahora: aquí estás como eras antes -y Amy colocó otro bosquejo al lado del primero.

No estaba, ni con mucho, tan bien ejecutado como el otro pero había en él mucha vida y espíritu, que compensaban muchos defectos. Y recordaba el pasado de modo tan vívido que no bien lo miró el rostro del joven sufrió un cambio. Se trataba sólo de un rudo bosquejo de Laurie, sin saco ni sombrero, domando un caballo, y cada línea de la altiva figura, desde la expresión resuelta hasta la actitud dominante, acusaba plena energía y significado. El hermoso animal, recién sometido, arqueaba el pescuezo bajo la rienda tirante, uno de los cascos pateando el suelo con impaciencia y las orejas paradas. Había sugestión de movimiento recién interrumpido en la crin encrespada al animal y en la actitud erguida y el pelo al viento del jinete, así como de fuerza, coraje y animación juvenil, todo lo cual contrastaba vivamente con la gracia indolente del bosquejo Dolce far niente. Laurie nada dijo, pero al pasear la mirada de un dibujo al otro Amy vio cómo la cara se le encendía y se le apretaban los labios como quien interpreta y acepta la lección que le dan:

-¿Te acuerdas cuando corriste con Puck y todas fuimos a verte? Meg y Beth se asustaron mucho, pero Jo aplaudió con entusiasmo, y yo me senté en la valla y me puse a dibujarte.

-Muchas gracias, Amy. Has adelantado mucho en dibujo desde entonces y te felicito. ¿Me puedo atrever a recordarte en este paraíso de enamorados que las siete es la hora de la comida en tu hotel?

Al hablar Laurie se levantó y devolvió a Amy los dibujos. Trató después de recobrar su aire desenfadado e indiferente, pero ahora sí que le resultó una afectación, pues el “despabilamiento” había sido más real que lo que hubiese confesado. Amy se dio cuenta de la frialdad en su modo y se dijo: “Está ofendido... Bueno, creo que le hará bien mi sermón, y si me odia, ¡paciencia!... Yo no podía decirle otra cosa que lo que le dije”.

Charlaron en grande en el camino de vuelta y se rieron tanto que Bautista pensó que el señor y la señorita estaban de un humor encantador. Pero ambos se sentían incómodos, se había turbado entre ellos la amistad franca de antes.

-¿Te veremos esta noche, mon frère? -preguntó Amy cuando se separaron a la puerta de la casa de tía Carrol.

Por desgracia, tengo un compromiso; au revoir, mademoiselle -respondió Laurie, inclinándose como para besar la mano, a la moda extranjera, pero algo en su expresión hizo exclamar rápidamente a Amy con mucho calor:

-No, Laurie, sé conmigo el de siempre y despedámonos como antes. Prefiero un buen apretón de manos a la inglesa que todos los sentimentales saludos a la francesa...

-¡Adiós, querida! -Y después de estas palabras, dichas en el tono que a ella le gustaba, Laurie se alejó con un apretón de manos tan fuerte que resultó casi doloroso.

A la mañana siguiente, en lugar de la visita habitual, Amy recibió una notita que le hizo sonreír al principio y suspirar al final. Decía:

Mi querido Mentor:

Te ruego me despidas de tu tía y te regocijes en tu fuero interno porque Laurence, el Holgazán, se va a ver a su abuelo, como el mejor de los tipos. Te deseo un invierno muy agradable y que los dioses te concedan una feliz luna de miel en Valrosa. Creo que a Fred también le vendría muy bien una “despabilada”. Díselo, con mis felicitaciones.

Tu agradecido Telémaco

-¡Qué buen muchacho es Laurie!... Me alegro que se haya marchado -exclamó Amy con una sonrisa de aprobación, pero casi en seguida añadió con un suspiro involuntario: -Me alegro que se haya ido, pero ¡cómo lo voy a extrañar!...

CAPÍTULO XL

EL VALLE DE LA SOMBRA

Cuando la primera amargura hubo amainado a la familia, aceptó lo inevitable e intentó sobrellevarlo con buen ánimo. Todos trataron de rechazar la propia pena por los demás y cada uno hizo lo que correspondía para hacer feliz aquel último año de Beth.

En primer lugar se le asignó el cuarto más agradable de la casa y allí se reunieron todas las cosas que le eran más caras a la enfermita... flores, cuadros, su precioso piano, la mesita costurero y los adorados gatitos. Los libros mejores de papá se encontraron allí como por casualidad, así como el sillón de mamá, el escritorio de Jo y los más bonitos bosquejos de Amy. En cuanto a Meg, le traía los nenes todos los días en una peregrinación de cariño, para llevarle alegría a tía Beth. Juan fue poniendo aparte una sumita para poder darse el lujo de proveer a la inválida de la fruta que tanto le gustaba. La vieja Ana no se cansaba nunca de inventar platos delicados para tentar aquel apetito cada vez más caprichoso, sin poder contener las lágrimas mientras los preparaba, entretanto de ultramar llegaban continuamente regalitos y alegres cartas que parecían traerle hálitos de calor y fragancia desde tierras que no conocen el invierno.

Así, pues adorada como una santa doméstica en su altar, Beth lo pasaba en el salón, tranquila y ocupada como siempre. Los débiles deditos no estaban nunca ociosos y uno de sus grandes placeres era hacerles monadas a los escolares que asaban todos los días por delante de sus ojos, tirándole por la ventana, ya fuese un par de guantes tejidos cunas manitas violetas de frío, un alfilerero para alguna madrecita de muchas muñecas, limpiaplumas para jóvenes calígrafos, libros de recortes para ojitos amantes del arte y toda clase de finos artículos que sembraban de flores el arduo camino de la instrucción. Ellos miraban a la gentil donante como un hada madrina que desde

arriba los colmaba de regalos milagrosamente apropiados a sus diversos gustos y necesidades. Y premiaban a Beth con caritas siempre vueltas hacia su ventana, con sonrisas y saludos, así como cómicas cartitas llenas de borrones y gratitud.

Los primeros meses fueron muy felices y Beth solía mirar a su alrededor diciendo: “¡Qué hermoso es esto!...”, cuando todos se sentaban rodeándola en el cuarto asoleado, los bebés gafando y haciendo gorgoritos en el suelo, la madre y las hermanas trabajando bien cerca y el padre leyendo en voz alta aquellos libros sabios que parecían tan ricos en palabras buenas y consoladoras. Todo hacía de aquel cuarto una capillita presidida por el sacerdote paternal que enseñaba a su rebaño que la esperanza consuela y la fe hace posible la resignación.

A todos convino que les fuesen dados estos tranquilos días en preparación de las tristes horas que les esperaban, pues pronto empezó Beth a encontrar “muy pesada” la aguja, abandonando la costura para siempre, luego le cansaba hablar y las caras la perturbaban, el dolor la reclamaba para sí y el espíritu tranquilo se veía conturbado por los males que aquejan la débil carne. ¡Ay!... ¡qué tristes fueron entonces los días!... ¡Qué largas las noches!... ¡Qué corazones tan doloridos!... ¡Cuántas oraciones suplicantes!... ¡Triste eclipse de aquella alma serena! ¡Ardua lucha de la joven vida con la muerte!... Misericordiosamente, esas fueron breves y con la destrucción del frágil cuerpo, el alma de Beth se fortaleció, y los que la rodeaban se percataron de que la niña estaba preparada para el gran paso, y vieron también que el primero de los peregrinos en ser llamado era también el más apto, resolviendo sencillamente esperar con ella en la playa y tratar de ver “los Espíritus Brillantes” que vendrían a recibirle cuando llegase el momento de cruzar el río.

Desde que Beth le dijo que se sentía más fuerte cuando ella estaba a su lado, Jo no había vuelto a dejar a Beth por más de una hora. Dormía en un diván en el cuarto de la enferma, despertándose a menudo para reavivar el fuego o para dar alimento, cambiar de postura o servir de algún modo a la paciente criatura que rara vez pedía nada. Todo el día rondaba Jo aquel cuarto, celosa de cualquier otro enfermero y más orgullosa de ser la elegida para aquella misión que lo estuvo nunca de otros honores que le confirió la vida. Fueron éstos para Jo momentos preciosos y fructíferos, pues su corazón recibió ahora la enseñanza que necesitaba: lecciones de paciencia, de esa caridad que a todos compromete, de lealtad para con el deber que hace fácil lo más arduo, de fe sincera que nada teme, sino que confía sin abrigar una sola duda.

Cuando despertaba en la noche, Jo a menudo encontraba a Beth leyendo su librito y la oía cantar bajito para entretener la noche de insomnio. Y Jo la observaba con pensamientos demasiado profundos para el llanto, segura de que Beth, a su manera, sencilla y abnegada, trataba de acostumbrarse a la idea de abandonar la antigua vida y adaptarse a la nueva mediante palabras sagradas de consuelo, silenciosas plegarias y la música que tanto amaba.

Ver todas esas cosas a diario hizo mayor bien a Jo que los más sabios sermones, los himnos más santos y las oraciones más fervientes que pudiese pronunciar labio alguno, pues la hermana mayor reconoció la belleza de la vida de Beth -sin mayores acontecimientos ni ambiciones pero llena de virtudes auténticas-, como el olvido de sí, que hace que los más humildes de este mundo sean los primeros recordados en el cielo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Una noche, buscando Beth algo entre los libros de su mesa para distraer el cansancio mortal que sentía, casi tan difícil de sobrellevar como el dolor, comenzó a volver las páginas de su viejo libro favorito, “El Progreso del Peregrino”, y dentro del libro se encontró un papel garabateado con la letra de Jo. Al leer su nombre y ver la tinta borroneada Beth se dio cuenta de que Jo había llorado sobre aquellos versos. “¡Pobre Jo!... está profundamente dormida, así que no la voy a despertar para pedirle permiso... siempre me muestra todo cuanto escribe y no creo que le importe que lea esto”, dijo Beth mirando a su hermana, echada sobre la alfombra con el atizador al lado, lista para despertarse no bien se desintegrara el leño que ardía en el hogar.

MI BETH

*Sentada en la sombra, serena y tranquila,
Esa santa presencia esperaba
Llegase la hora de la luz bendita
Santificando la casa afligida...*

*Hermanita que te marchas
Dejando humanas luchas y tristezas,
Goces y alegrías de este mundo...
¡Déjame a mí de regalo
Las sublimes virtudes que embellecen tu vida!*

*¡Légame, querida, esa paciencia
Cuyo poder sostiene sin queja al espíritu
En su prisión de dolor!...*

*¡Légame el coraje dulce y sabio
Que hizo florecer bajo tu pie
El difícil camino del deber!*

*¡Dame esa naturaleza generosa
Que con caridad divina
Sabe perdonar por puro amor!*

*Nuestro adiós pierde así a diario
Algo de su amarga pena,
Porque esta dura lección
Hará ganancia mi pérdida.*

*El dolor suavizará
Mi indómita naturaleza,
Me dará aspiraciones más serenas,
Mayor fe en aquello que no veo...*

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

*Desde hoy veré en la costa opuesta
Del río sagrado de Dios
Un amado espíritu aguardando
A conducirme de la mano.*

*Esperanza y fe, del dolor nacidas,
Serán mis ángeles guardianes,
Con la hermana que antes parte,
Cuando llegue la hora de mi muerte.*

Emborronados y tachados, defectuosos y débiles como eran aquellos versos, produjeron en Beth un indecible consuelo, pues su única pena, lo único que lamentaba de su vida era haber realizado -según creía- tan poco. Y este poemita humilde de Jo parecía atestiguar que su vida no había sido inútil y que su muerte no iba a traer únicamente la desesperación, según ella había temido. Mientras sentada en la cama sostenía en las manos el papel doblado, se partió el leño y Jo se incorporó de repente, reavivó la llama y luego se deslizó hasta el lado de la cama con la esperanza de que Beth durmiese.

No estoy dormida, querida, pero sí muy contenta... ¿Ves? Me encontré este poema tuyo y lo leí, sabiendo que no tendrías inconveniente... ¿Es cierto que he sido todo eso para ti, Jo? -preguntó la niña con melancolía y humildad.

-¡Oh, sí, Beth!... ¡Tanto, tanto que no te imaginas!... -y la cabeza de Jo cayó sobre la almohada, junto a la de su hermana.

-Entonces no tengo la sensación de haber desperdiciado mi vida. No es que sea yo tan buena como tú me crees, pero he tratado de proceder bien, y ahora, cuando ya es demasiado tarde para intentar nada, es un gran consuelo para mí que alguien me quiera tanto como para creer que he sido un ejemplo.

-Más que nadie en el mundo, Beth querida... Tanto que me parecía que nunca podría dejarte marchar, pero ahora estoy aprendiendo a creer que no te pierdo, que seguirás siendo para mí aún más que antes, y que la muerte no nos separará en realidad aunque aparentemente lo haga.

-Ya lo sé yo que no puede separarnos, y por mi parte ya no le temo, pues sé que seguiré siendo tu Beth, para amarte y ayudarte más que nunca. Además, querida Jo, debes tomar mi lugar y ser toda para papá y mamá cuando yo no esté. A ti es a quien ellos se han de volver para consuelo, y no puedes fallarles. Si te resulta difícil luchar sola, recuerda que yo no te olvide y que encontrarás mayor felicidad haciendo esa obra que escribiendo grandes libros o viajando por todo el mundo.

-Trataré, Beth, trataré... -y en ese mismo momento Jo renunció a su vieja ambición de escribir para comprometerse en su nueva misión de amor.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

Así llegaron los días de primavera, se despejó el cielo, reverdeció el suelo, abrieron las flores y regresaron las aves a tiempo para despedir a Beth, quien, como un niño cansado y lleno de confianza, se aferró a las manos que la habían guiado toda su vida y ahora la condujeron a través del Valle de la Sombra y la pusieron en manos de Dios.

Quienes hayan visto partir a muchas almas saben que el final llega con la misma naturalidad y sencillez que el sueño. Como Beth lo había esperado, “la marea se retiró con facilidad”; en aquel seno donde había exhalado su primer aliento exhaló ahora el último, sin otra despedida que una mirada y un suspiro breve.

Con lágrimas, plegarias y manos tiernas, la madre y las hermanas la prepararon para aquel largo sueño que ya nunca empañaría el dolor.

Cuando llegó la mañana, por primera vez en muchos meses se había apagado el fuego, el sitio de Jo estaba vacante y el cuartito muy silencioso. Pero muy cerca un pajarito cantó alegre sobre una rama, las campanillas abrieron frescas en la ventana y el sol de primavera entró a raudales como una bendición sobre la plácida carita apoyada en la almohada, tan llena de paz y sin rastros de dolor que aquellos que más la querían sonrieron entre las lágrimas y agradecieron a Dios porque Beth, por fin, estaba bien.

CAPÍTULO XLI

APRENDIENDO A OLVIDAR

El sermón de Amy le hizo bien a Laurie, aunque, naturalmente, el muchacho no quiso admitirlo hasta mucho después. Los hombres rara vez aceptan esas cosas, pues cuando las consejeras son mujeres, los amos de la creación no siguen el consejo hasta que se han convencido de que aquello era precisamente lo que se habían propuesto hacer; sólo entonces se deciden a actuar según el consejo de marras y, si todo sale bien, le dan a la consejera femenina por lo menos la mitad del crédito, aunque nada generosamente les adjudican toda la culpa. Laurie volvió a reunirse con su abuelo y estuvo tan atento y servicial durante varias semanas que el anciano señor hubo de declarar que el clima de Niza lo había mejorado maravillosamente y que era mejor que lo fuese a disfrutar de nuevo. Le hubiese gustado al joven, pero después del regaño recibido nada lo hubiese arrastrado allí; el orgullo se lo prohibía, y cuando la nostalgia se hacía muy fuerte fortificaba su resolución repitiéndose las palabras que le habían hecho más profunda impresión: “Te desprecio, ve y haz algo realmente grande que la obligue a amarte”.

Laurie daba vueltas a aquel asunto en su magín tan a menudo que al final se vio obligado a confesar que en realidad había sido egoísta y holgazán, pero siguió creyendo que sus agotados sentimientos habían muerto definitivamente y que aunque siempre seguiría siendo un fiel doliente ya no tenía por qué usar en público sus ropas de luto en forma ostentosa. Jo no quería amarlo, pero él la obligaría a respetarlo y aun a admirarlo haciendo algo que le probase que el “no” de una muchacha no había arruinado su vida.

Igual que Goethe, que cuando tenía una pena o una alegría debía encerrarla en una canción, así Laurie resolvió embalsamar en la música su pena de amor y componer un “Réquiem” que atormentase el alma de Jo y conmoviese el corazón de todo el que lo escuchase. En consecuencia,

cuando el abuelo le ordenó que se marchara, el muchacho se fue a Viena, donde tenía amigos en el mundo de la música, y se puso a trabajar con firme determinación para lograr distinguirse. Pero, sea porque la pena era demasiado grande para ser encarnada en música, o la música demasiado etérea para vencer una miseria de este mundo, lo cierto es que el “Réquiem” fue demasiado. Era evidente que sus ideas estaban necesitando clarificación, porque a menudo, en medio de una melodía triste, se encontraba de repente tarareando un aire danzante que le recordaba vívidamente el baile de Navidad de Niza, y debía por el momento poner un compás de espera en la composición de género trágico.

Entonces probó de componer una ópera; pero en esto también lo acosaron dificultades imprevistas. Él quería que Jo fuese su heroína y recurría a la memoria para los recuerdos tiernos o las visiones románticas de su amor. Pero la memoria lo traicionaba, y como si estuviese poseída del espíritu de contradicción típico de la muchacha, únicamente le recordaba las rarezas de Jo, sus defectos y sus caprichos, mostrándosela en sus aspectos menos sentimentales, ya sea sacudiendo alfombras, la cabeza atada con un pañuelo de colorinches, o parapetándose tras el famoso almohadón del sofá o arrojando agua fría sobre su pasión y una risa irreprimible echaba a perder el cuadro melancólico que estaba tratando de pintar. De modo, pues, que Jo se negaba a ser puesta en una ópera a ningún precio y el muchacho tenía que renunciar a utilizarla como protagonista.

Buscando a otra damisela menos intratable como para inmortalizarla en una melodía, la memoria le presentaba una con la disposición más servicial que darse pueda. Esa visión se presentaba con mil rostros diferentes pero tenía siempre pelo dorado, iba envuelta en una diáfana nube de tul y flotaba etérea ante los ojos de su imaginación en medio de un agradable caos de rosas, pavos reales, ponies blancos y cintas azules. Laurie no dio nombre alguno a esa visión complaciente, pero la adoptó como heroína y se aficionó mucho a ella.

Gracias a esa inspiración lo pasó magníficamente por un tiempo; pero poco a poco el trabajo fue perdiendo su encanto y Laurie acabó por olvidarse de componer y se pasaba el día musitando con la pluma en la mano. No fue mucho lo que logró realizar pero tenía conciencia de un cambio que se operaba en él sin que supiese muy bien en qué consistía. “Debe de ser el genio que arde en mí... Lo dejaré arder y veremos qué resulta de todo esto”, se decía, con la secreta sospecha de que no era tal genio, sino algo muchísimo más común...

Fuese aquello lo que fuera, ardió con resultado, pues poco a poco se sintió cada vez más descontento con su vida inconexa y comenzó a ansiar algún trabajo verdadero y serio a que dedicarse en cuerpo y alma, llegando finalmente a la sabia conclusión de que no es compositor todo aquel que ama la música. De vuelta de oír una de las grandes óperas de Mozart, magníficamente representada en el Teatro Real, revisó su propia obra, tocó en el piano algunas de las mejores partes y por fin, sentado ante los bustos de Mendelssohn, Beethoven y Bach, desgarró de pronto sus hojas de música, una por una, diciendo para sí, cuando rompió la última:

-Tiene razón esa chica: el talento no es el genio y no se puede forzar a éste. La música de Mozart me ha despojado de toda vanidad, igual que Roma la despojó a ella de la suya. No seguiré siendo un farsante en materia de música... Pero ahora ¿qué diablos voy a hacer de mi vida?

He aquí una pregunta difícil de responder. Laurie llegó a desear que tuviese que ganarse el pan nuestro de cada día. Ahora más que nunca fue que el muchacho tuvo marcada ocasión de tomar por mal camino... de “irse al diablo”, como él mismo lo expresó en cierta oportunidad, ya que tenía mucho dinero y nada que hacer. Es sabido que, proverbialmente, Satanás gusta de dar ocupación a las manos ociosas y bien colmadas. Pero la promesa hecha al abuelo y el deseo de poder mirar de frente a las cinco mujeres que tanto lo querían lo preservaron seguro y juicioso.

Laurie había creído que la tarea de olvidar su amor por Jo iba a absorber toda su energía por espacio de muchos años. Con sorpresa descubrió que se le hacía más fácil día por día. Al principio se negó a creerlo, se enfadó consigo mismo y le fue imposible comprenderlo... Pero nuestros corazones son pobres cosas, raras y contradictorias, y tanto el tiempo como la naturaleza obran a voluntad y a pesar nuestro. El corazón de Laurie no quería dolerle y la herida persistía en curarse con una rapidez que dejaba atónito al muchacho... En lugar de tratar de olvidar, se encontró un día que estaba “tratando de recordar”. Este giro en los acontecimientos era completamente inesperado y el muchacho no estaba preparado para él. Cuidadosamente, se empeñó en remover las cenizas de su amor perdido, pero no consiguió reavivar la llama, sino únicamente un confortable resplandor que lo calentaba y le hacía bien sin causarle calor de fiebre, viéndose obligado a confesar a pesar suyo que aquella pasión juvenil se iba apaciguando hasta no ser más que un sentimiento tranquilo, muy tierno, algo triste y con un poco de resentimiento, aunque estaba seguro de que aun eso pasaría con el tiempo, dejando sólo un afecto fraternal que duraría sin interrupción hasta el final.

Durante una de sus ensoñaciones, la palabra “fraternal” le hizo sonreír y, mirando el retrato de Mozart que tenía delante, pensó: “Mozart era un gran hombre, y cuando no pudo obtener a una de las hermanas, se quedó con la otra... y fue feliz.”

Laurie no pronunció estas palabras, pero las pensó, y al poco rato besó el anillito diciéndose:

-¡No, no puede ser, no puedo haberla olvidado!... No puedo olvidarla nunca... Probaré de nuevo, y si fallo... entonces...

Dejando aquella frase sin terminar, tomó pluma y papel y escribió a Jo, diciéndole que no podía resolverse a hacer nada mientras hubiese la menor esperanza de que ella cambiase de idea... ¿Acaso podría ella... querría... dejarlo regresar y ser felices? Por fin llegó la ansiada respuesta, diciendo por lo menos un punto: Jo no podía... ni quería... Estaba completamente ocupada con Beth en aquel momento y no quería ni oír la palabra “amor”... Luego rogaba que tratase de encontrar la felicidad con otra persona, guardando siempre un rinconcito del corazón para su cariñosa “hermana” Jo. En una postdata le pedía que no dijese a Amy que Beth estaba peor. Ya que iba a regresar en la primavera, no había por qué entristecer el resto de su estada. Ya habría tiempo, pero Laurie debía escribirle seguido y no dejarla que se sintiera sola, nostálgica ni, inquieta.

-¡Claro que lo haré... y enseguida! ¡Pobrecita!... Me parece que su regreso al hogar va a ser muy triste... -Y Laurie abrió su escritorio, como si escribir a Amy fuese la conclusión lógica de la frase dejada inconclusa semanas atrás.

Pero no escribió ese día porque revolviendo en su escritorio para buscar su mejor papel de cartas se encontró con algo que le hizo cambiar de idea: entremezcladas en un rincón del escritorio había varias cartas de Jo, mientras que en otro compartimiento estaban tres notas de Amy, atadas cuidadosamente con una de sus cintas celestes. Laurie recogió todas las cartas de Jo, las alisó, plegó y guardó prolijamente en un cajoncito del escritorio, se quedó un minuto dando vueltas al anillito, quitándoselo luego y guardándolo con las cartas, echó llave al cajoncito y salió para oír la misa cantada en San Esteban con la sensación de quien asiste a un entierro. Y aunque no se sentía abrumado de tristeza, éste le pareció un modo más apropiado de pasar aquel día que escribiendo misivas a damiselas encantadoras.

La carta fue pronto escrita, sin embargo, y Amy contestó en seguida porque de veras extrañaba su casa, y se lo confesaba a Laurie de la manera más deliciosamente confidencial. La correspondencia continuó prosperando y las cartas iban y venían con infalible regularidad. Laurie regresó a París, deseando marcharse a Niza, pero no quiso hacerlo hasta que Amy no se lo pidiese, y Amy no quería invitarlo en aquel momento, pues pasaba por una experiencia personal muy especial que le hacía temer, más que otra cosa, la mirada de aquellos ojos burlones de “nuestro muchacho”.

Fred Vaughn había vuelto y hecho la pregunta que Amy decidió una vez contestar con un “Sí, gracias”. Pero ahora había dicho: “No, gracias”, pues llegado el momento le faltó el valor y se dio cuenta que era necesario algo más que dinero y posición para satisfacer aquel nuevo anhelo que sentía en el corazón. Aquellas palabras de Laurie: “Fred es un muchacho excelente, pero no el hombre que creía te había de gustar”, le volvían a la mente con la misma persistencia de las propias cuando había dicho, no con palabras sino con miradas: “Me casaré por dinero”. La afligía ahora haber dicho tal cosa y hubiese querido desdecirla... No quería que Laurie la creyese mundana y sin corazón... Ya no le importaba ser una reina de la sociedad tonta como una mujer digna de ser amada... Las cartas de Laurie eran su gran consuelo, pues las de casa se hacían muy irregulares y cuando por fin llegaban no eran, ni con mucho, tan satisfactorias como las del muchacho. Contestarlas constituía no sólo una obligación, sino un auténtico placer, pues el pobre Laurie estaba triste y necesitaba mimos, ya que Jo seguía con su corazón de piedra. Amy creía que Jo debía hacer un esfuerzo y tratar de amarlo... no podía ser eso tan difícil, ya que tantas serían las chicas que se sintiesen felices y orgullosas de que las quisiese un muchacho tan encantador como aquél... Sólo que era inútil pretender que Jo se portase como las demás chicas, de modo que no había más que hacer que ser muy buena con él y tratarlo como a un hermano.

Amy se puso algo pálida y melancólica aquella primavera, perdió mucho de su gusto por la sociedad y salía sola a dibujar con bastante frecuencia. Tampoco tenía mucha obra que mostrar cuando regresaba, pero seguro que pasaría las horas sentada estudiando la naturaleza o distraídamente dibujando cualquier fantasía que le pasaba por la cabeza, como por ejemplo un fornido caballero esculpido en una tumba o un joven dormido en la hierba, con el sombrero sobre los ojos... o una muchacha llena de rulos, suntuosamente vestida, paseándose por un salón de baile del brazo de un compañero alto... Las caras las dejaba hechas un borrón, según la moda de entonces en arte.

Tía Carrol creyó que la muchacha lamentaba la respuesta dada a Fred y después de ver que eran inútiles las negativas e imposibles las explicaciones, Amy la dejó que creyese lo que la señora gustase, teniendo bien cuidado de que Laurie se enterase de que Fred se había marchado a Egipto.

-Estaba seguro de que Amy cambiaría de idea después de pensarlo mejor... -observó-. ¡Pobre tipo!... Puedo muy bien compadecerlo, ya que yo he pasado por lo mismo...

Diciendo eso, exhaló un gran suspiro y luego, como quien ha saldado su deuda con el pasado, se puso a disfrutar con fruición la carta de Amy.

Mientras ocurrían todos esos cambios en Europa, la desgracia había caído sobre el hogar. La triste noticia le llegó en Vevay, adonde el calor de Niza los había llevado en mayo. Amy supo sobrellevar bien la noticia y dócilmente se sometió al decreto de la familia de que no debía acortar su permanencia en Europa, ya que era tarde para decir adiós a Beth. Pero el corazón le pesaba mucho a la pobre muchacha, tan lejos de los suyos.

Anhelaba estar en su casa y todos los días miraba pensativa al otro lado del lago, esperando que Laurie llegase a consolarla.

Y no se hizo esperar demasiado el muchacho, pues la noticia les llegó a ambos por el mismo correo. No bien se enteró, preparó su mochila, se despidió de sus compañeros caminantes y partió para cumplir su promesa con el corazón lleno a un tiempo de emociones encontradas.

Laurie conocía muy bien Vevay, y no bien el barco tocó el pequeño muelle se llegó por la costa hasta La Tour, donde los Carrol estaban viviendo en pensión. El garzón estaba desolado al decirle que toda la familia había salido a dar un paseo por el lago... pero la señorita rubia podía estar en el jardín del chateau. Si el señor quisiese tomarse la molestia de sentarse, un minutito bastaría para hacer venir a mademoiselle. Pero monsieur no podía esperar ni siquiera ese minutito, y en medio del discurso se marchó a encargarse él mismo de encontrar a mademoiselle.

Era un alegre jardín antiguo en la ribera del precioso lago, con castaños de copas crujientes, la hiedra trepando por todas partes y la sombra negra de la torre que caía a buena distancia sobre la superficie del agua. En un rincón de la pared baja había un asiento, y allí solía sentarse Amy a leer, trabajar o encontrar algún consuelo para su pena en la belleza que la rodeaba por todos lados. Allí estaba aquel día la chica, la cabeza apoyada en las manos, el corazón triste y los ojos pesados de lágrimas, pensando en Beth y preguntándose por qué no llegaba Laurie. No lo oyó cruzar el patio contiguo ni lo vio detenerse en el arco que conducía al jardín. Laurie se quedó mirando a Amy con nuevos ojos, viendo lo que nadie había visto en ella hasta entonces: el lado tierno de su carácter. Todo en ella sugería sin palabras cariño y pesar: las cartas borroneadas que yacían en su falda, la cinta negra que le ataba el pelo, la pena y la paciencia -de mujer, no de niña- que acusaba en su rostro; aun la crucecita de ébano que había atado a su cuello pareció patética a Laurie, pues él se la había regalado y la llevaba hoy como único adorno. Si alguna duda le quedaba sobre la recepción que la chica le daría, se disipó por cierto al instante mismo en que lo vio, pues dejando caer todo corrió hacia él exclamando con un tono inequívoco de amor y de ansia:

-¡Laurie, Laurie, yo sabía que vendrías a verme!...

Creo que todo fue dicho y arreglado en ese instante, pues allí, en silencio, con la oscura cabeza inclinada protectoramente sobre la cara, Amy sintió que nadie podría consolarla y sostenerla como Laurie, y éste decidió que Amy era la única mujer en el mundo que podía llenar el lugar de Jo y hacerlo feliz.

Al minuto, Amy volvió a su asiento y mientras se secaba las lágrimas Laurie recogía los papeles desparramados, encontrando, a la vista de ciertas cartas muy ajadas y ciertos dibujos sugestivos, buenos augurios para el futuro. Cuando se sentó junto a Amy, ésta volvió a sentirse tímida y se puso casi roja al recordar su recibimiento impulsivo.

-¡Me sentía tan sola y triste y me dio tanta alegría verte! Fue tal la sorpresa de levantar la vista y encontrarte allí, justo cuando ya empezaba a creer que no vendrías... -le dijo tratando en vano de hablar con absoluta naturalidad.

-Me puse en camino no bien me enteré... Ojalá supiese decirte algo para consolarte de la pérdida de la pequeña Beth... pero sólo sé sentir y...

No pudo continuar... Anhelaba decir a Amy que apoyase la cabeza en su hombro y llorase a gusto, pero no se animó, así que le tomó la mano y le dio un apretón que fue mejor que las palabras.

-No necesitas decir nada, esto me consuela -dijo ella despacito-. Beth está bien ahora y es feliz y no debo desear que vuelva... No hablemos más de eso ahora porque me hace llorar y quiero disfrutarte mientras te quedes aquí... ¿No tienes que volverte en seguida, eh?

-¡No si me necesitas, querida!...

-¡Y tanto!... Tía y Florencia son muy buenas, pero tú pareces como uno de la familia, ¡y sería tan consolador tenerte aquí por un tiempo!...

Amy hablaba como una niña con el corazón triste y nostálgico Al verla así, Laurie olvidó de pronto toda su cortedad y le dio a la chica justamente lo que ella necesitaba: los mimos y la alegre conversación que precisaba para animarse.

-¡Pobrecita Amy... no parece sino que te hubieses enfermado a fuerza de afligirte!... Ahora me haré cargo yo de tu cuidado, así que no llores más... ven a caminar un poco conmigo, pues el viento es demasiado frío para estar sentada quieta. Mientras hablaba, le ataba los lazos del sombrero, la tomaba del brazo y se ponía a recorrer con ella la vereda soleada, bajo los castaños recién brotados. Amy encontraba muy agradable tener un brazo fuerte en que apoyarse, una cara conocida para sonreírle y una voz cariñosa para hablarle deliciosamente a ella sola.

El viejo jardín antiguo había abrigado a muchas parejas de enamorados y parecía hecho a propósito para ellos, tan apartado, sin nadie que los mirase más que la torre y con el amplio lago para llevarse lejos el eco de sus palabras. Durante una hora esta nueva pareja caminó y conversó o descansó

disfrutando de las dulces influencias que prestaban tanto encanto al lugar y al momento. Cuando al fin una campana los llamó para la comida poco romántica, Amy tuvo la sensación de que allá en el jardín del chateau dejaba toda su carga de soledad y de tristeza.

En cuanto la señora de Carrol vio su rostro se iluminó, exclamando para sí: “Ahora lo comprendo todo. ¡Bendito Dios, nunca se me había ocurrido semejante cosa!...”

Con laudable discreción, la buena señora se abstuvo de decir una palabra pero invitó a Laurie a quedarse y rogó a Amy que disfrutase de su compañía. Amy se dedicó, pues, a entretener a su amigo y lo hizo con mayor éxito aún que de costumbre.

En Niza, Laurie haraganeaba y Amy regañaba; en cambio en Vevay, Laurie no estaba nunca ocioso, sino caminando o cabalgando o remando de la manera más enérgica que darse pueda, mientras Amy admiraba todo canto él hacía y trataba de seguir su ejemplo hasta donde le era posible. Laurie solía decir que aquel cambio era debido al clima y ella se guardó muy bien de contradecirlo, alegrándose de semejante excusa.

Aquel aire vigorizante les hizo bien a los dos y el mucho ejercicio operó saludables cambios tanto en las mentes como en los cuerpos. El sol cálido de primavera les trajo toda clase de ideas ambiciosas, esperanzas tiernas y pensamientos felices, el lago pareció lavar las preocupaciones del pasado y las enormes montañas mirarlos benignas diciéndoles: “Amaos, chiquillos.”

A pesar del dolor reciente, aquella fue una época feliz, tan feliz que Laurie no podía soportar la idea de perturbarla con una palabra. Le había llevado algún tiempo recobrase de la sorpresa que le causó la cura rápida de su primero y -según lo creyera- único amor y se consolaba de esa aparente deslealtad con la idea de que la hermana de Jo era casi como la propia Jo y la convicción de que le hubiese sido imposible amar a ninguna otra mujer que no fuese Amy. No había necesidad de hacer toda una escena ni casi de decirle a Amy que la quería; ella lo sabía ya sin palabras y le había dado su respuesta hacía tiempo. Todo se presentó de modo tan natural que nadie tuvo motivo de queja, y Laurie sabía que todo el mundo había de alegrarse, incluso Jo. Pero nadie puede negar que cuando el primer amor ha sido un fracaso, es natural que seamos cautos y pausados en aventurarnos por segunda vez. Así, pues, Laurie dejaba correr los días, disfrutando de cada hora y dejando al azar el acto de pronunciar la palabra que pondría un sello a aquella primera parte, la más dulce, de su nuevo romance.

Se había imaginado que el desenlace tendría lugar en el jardín del castillo, a la luz de la luna, de la manera más natural y decorosa; pero resultó precisamente lo contrario, pues todo quedó arreglado en el lago, a mediodía y en unas pocas y breves palabras. Toda la mañana la habían pasado bogando con un cielo azul sin nubes por encima de sus cabezas y el lago, más azul aún por debajo, salpicado de botes pintorescos que parecían gaviotas de alas blancas.

Habían hablado de Rousseau cuando se detuvieron en Clarens, donde había escrito su “Eloísa”. Ninguno de los dos había leído aquella obra, pero sabían que era una historia de amor y en su fuero interno los dos se preguntaban si sería tan interesante como la de ellos. Amy había metido la

manó en el agua durante una pequeña pausa de la conversación, y cuando levantó la vista Laurie descansaba sobre los remos con una expresión en los ojos que le hizo decir a Amy muy de prisa, únicamente por decir algo:

-Debes de estar cansado, Laurie, déjame remar a mí un poco, me hará bien, pues desde que llegaste he estado todo el tiempo holgazaneando a más y mejor.

-No estoy cansado, pero toma un remo si quieres. Hay lugar suficiente, aunque tendré que sentarme casi en el medio, o el bote no hará equilibrio -respondió Laurie como si más bien le gustase aquel arreglo.

Pensando que no habían mejorado mucho las cosas, Amy ocupó aquel tercio de asiento que él le ofrecía y aceptó el remo. Remaba bien como hacía tantas otras cosas y aunque usaba las dos manos y Laurie una sola, los remos guardaban buen ritmo y el bote se deslizaba suavemente por el agua.

-¡Qué bien andamos los dos juntos!, ¿eh? -dijo Amy, que en ese momento consideraba peligroso guardar silencio.

-Tan bien que me gustaría que continuáramos siempre remando en el mismo bote. ¿Lo quieres así, Amy? -preguntó tiernamente.

-Sí, Laurie -respondió ella muy por lo bajo.

Pararon de remar e, inconscientemente, añadieron un bonito cuadro de amor y felicidad humanos a los bellos paisajes que se disolvían reflejados en el agua del lago.

CAPÍTULO XLII

SOLA

Fue fácil prometer abnegación cuando el yo estaba absorbido por otra persona y el corazón y el alma se purificaban por virtud de un dulce ejemplo; pero callada ya la voz remediadora y terminada la lección diaria, desaparecida la querida presencia, la pobre Jo encontró su promesa muy difícil de cumplir. ¿Cómo podía “consolar a papá y a mamá” cuando a ella le dolía el corazón con aquella incesante ansia por su hermana? ¿Cómo podía “alegrar la casa cuando parecían haberla abandonado toda la luz, todo el calor y toda la belleza al marcharse Beth”? Y ¿dónde, en qué parte del mundo podía la cuitada “encontrar algún trabajo útil y agradable que hacer que ocupase el lugar del amoroso servir a la enfermita”? Trató la muchacha de cumplir con su deber, pero la vida se le hacía cada vez más difícil, obligándola a seguir y seguir adelante... Algunas personas parecían disfrutar de todo el sol y a otras tocarles en suerte toda la sombra.

¡Fueron días difíciles para la pobre Jo! Algo muy parecido a la desesperación se apoderó de ella al pensar que debería pasar toda su vida en aquella casa silenciosa, dedicada a tareas rutinarias, muy pocos y muy pequeños placeres y con aquel deber contraído.

“No puedo seguir así, no estoy destinada para esta vida y sé que en una de éstas me voy a rebelar y hacer algo desesperado si no ocurren cosas que me sirvan de ayuda”, se decía cuando fracasaba en sus primeros esfuerzos por cumplir su promesa a Beth, cayendo luego en un estado de ánimo angustioso.

Pero alguien vino en su ayuda, aunque Jo no reconoció en seguida a sus ángeles buenos, porque se presentaron en formas familiares y utilizaron los hechizos sencillos que mejor se adaptan a nuestra pobre humanidad. Con frecuencia la pobre Jo se despertaba de noche creyendo que Beth

la llamaba, y una noche, cuando la vista de la camita vacía la hacía llorar, no extendió en vano los brazos ansiosos, porque, tan rápida para oír sus sollozos como había sido ella para escuchar el más débil susurro de su hermana, su madre vino a consolarla, no sólo con palabras, sino con esa ternura paciente que calma al solo contacto, con lágrimas que recordaban a Jo un dolor aún mayor que el suyo. Fueron momentos sagrados, en que corazón hablaba a corazón en el silencio de la noche, convirtiendo la desgracia en una bendición que aplacó el dolor y fortificó el amor. Con esas nuevas sensaciones Jo encontró más ligera su carga, el deber más dulce y la vida más tolerable, vista así desde el refugio de los brazos de la madre.

Algo consolado el corazón dolorido, su mente atribulada también encontró ayuda, pues un día entró en el escritorio de su padre e inclinándose sobre la cabeza gris que se alzaba para darle la bienvenida la muchacha le dijo con gran humildad:

-Padre, hálame como solías hablarle a Beth. Lo necesito aún más que ella porque estoy muy mal, no me entiendo ni yo misma.

-Querida mía, nada podía consolarme como esto -le respondió el anciano con temblor en la voz, rodeándola con ambos brazos como si él también necesitara ayuda y no tuviese miedo de pedirla.

Jo se sentó en la silla baja que solía ocupar Beth, bien junto al padre, y le contó todas sus tribulaciones: el dolor resentido que sentía por la pérdida de Beth, los inútiles esfuerzos por cumplir lo prometido a la hermana, su desaliento, su falta de fe que le hacía parecer tan negra la vida y toda aquella perplejidad y desconcierto que llamamos desesperación. Su confidencia fue completa y recibió en premio la ayuda que necesitaba. Ambos encontraron consuelo en aquel acto, pues había llegado el momento de hablar, no sólo como padre e hija, sino como hombre y mujer, sirviéndose mutuamente. Y se sucedieron momentos felices en el viejo escritorio, de los cuales salía la muchacha con nuevo coraje, renovada alegría y espíritu más sumiso.

Otras ayudas tuvo Jo: obligaciones humildes y sanas que no querían se les negase su papel en servirla y que poco a poco la muchacha aprendió a reconocer y a valorar. Escobas y plumeros no podían ser nunca ya tan odiosos como antes, puesto que Beth había estado a cargo de su manejo y aun parecía conservarse algo de su espíritu doméstico en el pequeño estropajo y en el viejo cepillo, que no fue tirado jamás a la basura. Al usarlos, Jo se encontró de repente tarareando las canciones que Beth solía cantar, imitando los modos ordenados de Beth y dando aquí y allá los toquecitos que mantenían la casa limpia y cómoda, lo cual fue el primer paso en la empresa de hacer feliz el hogar, aunque no lo supo hasta que Ana le dijo con un apretón de manos aprobatorio:

-¡Qué criatura precavida eres, querida!... Estás determinada a que no extrañemos al querido corderito, si puedes evitarlo. Nosotros no decimos mucho pero lo vemos todo y el Señor te bendecirá por ello, verás...

En cuanto a Meg, Jo observaba un día que cosían juntas cuánto había mejorado su hermana con el matrimonio, qué bien hablaba, cuánto sabía, qué feliz era con su marido y sus hijos y cuánto hacían todos los unos por los otros.

-El matrimonio es una gran cosa, después de todo. Me intriga saber si yo prosperaría como tú si me animara a probarlo -decía Jo mientras construía una cometa para Demi en la revuelta “nursery”.

-Es justamente lo que necesitas para que salga a luz la mitad tierna y femenina de tu naturaleza, Jo. Eres como una castaña, espinosa por fuera pero suave como la seda por dentro y con una pepita dulcísima, si alguien pudiese llegar hasta ahí. El amor revelará algún día tu corazón y entonces caerá el envoltorio espinoso.

-No quiero que me arranquen como una castaña -dijo Jo.

Meg se rió, contenta de que Jo mostrase un atisbo de su espíritu de antes, pero diciendo en su fuero interno que era su deber de hermana reforzar sus opiniones con todos los argumentos que pudiese. Y se sucedieron muchas charlas de las dos hermanas, que no fueron inútiles, particularmente porque dos de los argumentos más fuertes que poseía Meg eran los chiquitos, a quien Jo adoraba. El dolor es el agente más eficaz para abrir corazones, y para seguir el símil de la castaña, el de Jo estaba casi listo para ser recogido. Sólo un poco más de sol fue necesario para madurar el fruto y entonces, no el sacudón impaciente de un muchacho sino la mano suave de un hombre, se extendió para recogerlo, separándolo de su cubierta espinosa y encontrando la pepita sana y dulce.

Si Jo hubiese sido la heroína de un cuento moral debería, en aquella época, haberse vuelto una santa, renunciando al mundo y continuando su camino haciendo el bien, el bolsillo lleno de opúsculos. La cuestión es que Jo no era una heroína, sino sólo una muchacha humana y luchadora, como miles de otras, y sólo dejaba actuar a su naturaleza, poniéndose por temporadas triste, enojada, taciturna o enérgica, según dictara la disposición del ánimo. Jo había llegado hasta ese punto: aprendía a cumplir con su deber y a sentirse desgraciada si no lo cumplía... Ahora que hacerlo con alegría, ¡ah, eso ya era otra cosa! Con frecuencia le hemos oído decir que quería hacer algo espléndido, por difícil que fuese, y ahora se estaba cumpliendo su deseo, pues, ¿qué podía ser más hermoso que dedicar su vida a padre y madre, tratando de hacerles el hogar tan feliz como ellos se lo habían hecho a ella? Y si las dificultades aumentaban lo espléndido de su empeño, ¿qué podía ser más difícil para una muchacha inquieta y ambiciosa que renunciar a sus propias esperanzas, proyectos y deseos y vivir animosamente para los demás?

Todavía le aguardaba otra ayuda más y ella la aceptó, no como premio, sino como consuelo.

-¿Por qué no escribes, querida? Eso siempre solía hacerte feliz... -le dijo su madre un día cuando Jo fue de nuevo atacada de desaliento.

-No tengo ánimo para escribir, y aun si lo tuviese, a nadie le gustan mis lucubraciones.

-A nosotros sí. Escribe algo para nosotros y que no te importe nada el resto del mundo. Prueba, querida. Estoy segura de que va a hacerte mucho bien, aparte de complacernos muchísimo.

-No creo que pueda... -pero Jo volvió a su escritorio y empezó a repasar sus viejos manuscritos a medio terminar.

Una hora después su madre la espió y la encontró garabateando a todo lo que daba, con el delantal negro puesto y una expresión absorta que hizo sonreír a la señora y retirarse muy satisfecha del éxito de su sugerencia. Jo nunca supo cómo ni por qué, pero en aquel relato se deslizó algo que fue derecho al corazón de cuantos lo leyeron. Cuando la familia se había reído y llorado con él, su padre lo envió -muy en contra de su voluntad- a una de las revistas populares, y con gran sorpresa de la autora, no sólo fue aceptada y pagada, sino que se le solicitaron otras. Cartas recibidas de varias personas cuyo elogio constituía un honor siguieron a la publicación de aquel cuento, los periódicos lo copiaron y lo elogiaron los extraños tanto como los amigos. Para una cosa tan pequeña fue un éxito grande y Jo se asombró aún más que cuando su novela había sido alabada y condenada al mismo tiempo.

-No lo entiendo -decía Jo-. ¿Qué puede haber en un relato sencillo como ése para que la gente lo elogie de este modo?

-Hay verdad en esa historia, Jo. ¡Ése es el secreto!... Lo humorístico y lo patético le dan vida y por fin has encontrado tu estilo. Esta vez escribiste sin ninguna idea de dinero ni de fama y pusiste en ello tu corazón, hija mía. Antes tuviste que probar lo amargo... ahora te llega lo dulce. Sigue empeñándote y que tu éxito te haga feliz como nosotros lo estamos por ti.

-Si es que hay algo de bueno o de verdadero en lo que escribo, no es mérito mío: lo debo todo a ti, y a mamá y a Beth -respondió Jo, más conmovida por las palabras de su madre que por cualquier cantidad de elogios que le vinieran del resto del mundo.

Así fue como, en la escuela del amor y del dolor, Jo escribió sus cuentos y los desparramó por el mundo para conquistar amigos por todas partes.

Cuando Amy y Laurie escribieron la noticia de su compromiso, la señora de March temió que Jo encontrase difícil alegrarse, pero sus temores fueron pronto calmados, pues Jo lo tomó con mucha tranquilidad y estuvo llena de esperanzas y proyectos para “los chicos”. Dicha carta parecía un dúo escrito, pues cada uno glorificaba al otro en la forma usual entre enamorados, muy agradable de leer y satisfactorio de pensar, y no hubo nadie que tuviese objeción alguna que hacer.

-¿Te gusta la noticia, mamá? -preguntó Jo cuando por fin dejaron las páginas de menuda escritura.

-Sí. Yo había esperado que pasara esto desde que Amy contestó que no a Fred.

-¡Qué sagaz eres, mamá!... ¡Y qué reservada!... Nunca me dijiste una palabra...

-Las madres deben agudizar los ojos y acallar las lenguas cuando tienen chicas que manejar. Tenía miedo que si te lo decía fueras a escribirles felicitándolos antes de tiempo.

-¡Mamá!... ya no soy la cabeza de chorlo que era antes; ahora puedes confiar en mí para hacerme confidencias.

-¡Ya lo creo, querida, y por cierto que te hubiera hecho mi confidente en este asunto si no hubiese temido apenarte si sabías que Teddy podía querer a alguna otra!...

-¿De veras creíste que iba a ser tan tonta y egoísta habiendo yo rehusado su amor cuando era más fresco, si acaso no mejor?

-Sabía que habías sido sincera entonces, Jo, pero últimamente llegué a pensar que si Laurie volvía y te pedía de nuevo quizá le hubieses dado otra respuesta. Perdóname, querida, pero es imposible que no vea que te sientes muy sola y hay a veces una mirada triste en tus ojos que me toca directamente el corazón... Por eso me imaginé que tu muchacho podía llenar el espacio vacío si volvía a probar...

-No, mamá, es mucho mejor así, y me alegro mucho que Amy haya aprendido a quererlo. Pero tienes razón en una cosa: estoy muy sola, y si Teddy hubiese probado de nuevo quizá hubiese dicho que sí, no porque lo quiera más que antes sino porque me importa más ser querida ahora que cuando él se fue.

-Me alegro, Jo, porque eso prueba que vas progresando. Somos muchos para quererte, así que debes tratar de contentarte con padre y madre, hermanas, amigos y bebés, hasta tanto llegue el mejor amante de todos y tengas al fin tu premio.

-Las madres son las mejores amantes del mundo... pero no me importa confesarle a mamita que me gustaría probar todas las clases. Es muy curioso, pero cuanto más trato de satisfacerme con toda clase de afectos naturales, más parece que necesito.

-¡Yo te entiendo! -La señora de March sonrió al volverse Jo para leer de nuevo lo que Amy decía de Laurie:

“Es hermoso ser amada como me quiere Laurie. No se pone sentimental ni dice muchas cosas, pero lo veo y lo siento en todo lo que hace y dice y me hace tan feliz y tan humilde que no parezco la misma chica de antes. Nunca supe hasta ahora lo tierno, lo generoso, lo bueno que es, porque me deja que le lea el corazón y lo encuentro lleno de impulsos nobles... de esperanzas, de propósitos y me pone muy orgullosa saber que ese corazón es mío. Oh, mamá, nunca creí que este mundo pudiese ser tan parecido al cielo cuando dos personas se quieren y viven uno para el otro.”

-¡Y ésta es nuestra pequeña Amy, fría, reservada y mundana!... ¡En verdad que el amor obra milagros!... ¡Qué felicísimos deben de ser!... -Y Jo dejó por fin los crujientes papeles con sumo cuidado como cerrando un libro que contase un precioso romance.

Luego, como estaba lloviendo y no podía salir a caminar, Jo subió al piso alto. Se había adueñado de ella de nuevo la inquietud y, una vez más, se sintió desalentada como antes. El ansia natural de afectos se manifestaba fuerte en Jo y la felicidad de Amy había despertado de nuevo aquel anhelo desesperado de tener alguien “a quien amar con alma y vida y a quien apegarse mientras Dios quisiera mantenerlos juntos”.

En el altillo había cuatro arconcitos marcados con los nombres de sus dueñas y llenos de reliquias de la niñez y adolescencia, hoy ya terminadas para todas ellas. Jo las revisó ligeramente hasta que llegó la suya, y con la barbilla apoyada en el borde se puso a mirar distraída la colección caótica de cosas allí guardadas, hasta que su mirada cayó sobre un paquete de cuadernos viejos. Los tomó,

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

empezó a hojearlos y acabó por revivir aquel agradable invierno pasado en casa de la señora Kirke. Al principio la lectura le hizo sonreír, luego la puso pensativa y por último triste... Cuando llegó a un pequeño mensaje escrito de puño y letra del profesor, le temblaron los labios, se le cayeron los cuadernos de la falda y se quedó mirando aquellas palabras amistosas como si hubiesen adquirido para ella un nuevo significado tocando un rinconcito tierno de su corazón: “Espérame, querida amiga... puede que llegue algo tarde, pero vendré con toda seguridad”, decía.

-¡Oh, si eso fuera cierto!... ¡Tan cariñoso, tan bueno y tan paciente como fue siempre conmigo!... ¡Querido y viejo Fritz... no supe valorarlo debidamente cuando lo tuve a mano, y ahora cómo me gustaría verlo!... ¡Todo el mundo parece irse de mi lado y estoy sola, completamente sola!...

Y sosteniendo bien fuerte aquel papelito como si se tratara de una promesa que debía cumplirse todavía, la muchacha apoyó cómodamente la cabeza en una vieja bolsa de trapos y lloró como haciendo contrapunto a la lluvia que repiqueteaba en el techo.

CAPÍTULO XLIII

SORPRESAS

Estaba Jo un día sola en el viejo sofá, a la luz del crepúsculo. Miraba el fuego y pensaba. Ese era su modo favorito de pasar la hora del anochecer: nadie la incomodaba, y la chica se echaba sobre el almohadoncito rojo de Beth, proyectando sus cuentos, alimentando sueños o tiernos pensamientos de su hermana, que nunca parecía estar muy lejos. Su rostro aparecía cansado, serio y aun algo triste, porque al día siguiente era su cumpleaños y Jo pensaba en lo rápido que pasan los años, qué vieja se iba poniendo y qué poco era lo que había logrado en la vida. ¡Casi veinticinco años y nada que ofrecer como obra suya! En eso se equivocaba. Jo, pues había mucho que mostrar.

“Una vieja solterona, eso es lo que soy... una solterona “literaria”, con la pluma por esposo y una familia de cuentos a guisa de hijos... y de acá a veinte años quizá alcance un retazo de fama cuando sea ya demasiado vieja para disfrutarla, demasiado sola y no renga con quién compartirla y demasiado independiente para necesitarla ya. ¡Bueno, no tengo por qué ponerme así!... No me extrañaría que las solteronas lo pasen muy cómodamente una vez que se acostumbran, pero...”, y aquí suspiró Jo como si esa visión no la tentase en absoluto.

Rara vez sucede que semejante perspectiva atraiga a nadie. Los treinta años parecen a la muchacha de veinticinco el final de todo lo agradable del mundo, aunque no es, ni con mucho, tan calamitoso como parece. A los veinticinco años las muchachas comienzan a hablar de quedarse solteras, aunque secretamente resuelven que eso no sucederá; a los treinta ya no hablan del asunto, sino que aceptan el hecho con toda tranquilidad, y si son sensatas se consuelan pensando que todavía les quedan veinte años más en que pueden ser útiles y aun felices si saben aprender a envejecer con gracia y decoro.

No os riáis nunca de las solteronas, chicas queridas, pues a menudo hay romances muy tiernos -o trágicos- escondidos en aquellos corazones. Aun las pobres solteronas tristes y agriadas deben ser tratadas con bondad, precisamente porque a ellas les faltó la parte más dulce de la vida de una mujer.

Muchachos, sed corteses con las solteronas, por pobres, feas y estiradas que parezcan, pues la única caballerosidad que vale la pena de poseer es la que está dispuesta a tener deferencia con los viejos, proteger a los débiles y servir a todo el sexo femenino, sin consideraciones de edad, rango y color. Recordad a aquellas buenas tías que no sólo sermonearon e hicieron alharacas, sino que también mimaron y cuidaron... con frecuencia sin una palabra de agradecimiento... Recordad los “líos” de que os sacaron, las ayuditas secretas, las puntaditas cosidas por los viejos dedos pacientes... los pasos caminados por los cansado pies... Las chicas os querrán aún mucho más por ellas. Y si la muerte, casi la única potencia que puede separar a madre e hijo os despojase de la vuestra, podéis estar seguros de que vais a encontrar tierna bienvenida y mimos maternos en alguna marchita “tía Susana o Luisa” que habrá guardado un cálido rincón de su corazón para “el mejor sobrino del mundo”.

Jo debe de haberse quedado dormida (me parece que lo propio habrá hecho mi lector con esta pequeña homilía), pues, de pronto, el fantasma de Laurie pareció alzarse ante ella -un fantasma muy sólido y humanizado-, inclinándose sobre ella. Jo miraba aquella aparición en sobresaltado silencio, hasta que el muchacho se agachó a besarla. Recién se convenció la chica de que aquél era el verdadero Laurie y levantándose de un salto gritó regocijada:

-¡Teddy de mi alma!... ¡Oh, Teddy!...

-¡Querida Jo!... ¿Es verdad que te alegras de verme?

-¿Que si me alegro? ¡Bendito muchacho, no hay palabras para expresar mi alegría!... ¿Dónde esta Amy?

-Ahí la retuvo tu madre en casa de Meg. Nos detuvimos allí de paso y ya no hubo cómo arrancar a mi mujer de entre sus garras...

-¿Tu qué? -vociferó Jo, pues Laurie había pronunciado esas dos palabritas reveladoras con inconsciente orgullo y satisfacción.

-¡Oh!... ¡córcholis! ¡Ahora sí que la hice buena!... Laurie parecía tan culpable que Jo cayó sobre él como un relámpago.

-¡No me digas que se han casado!...

-Sí, señora, así es... pero le prometo que no lo haré más... -y se arrodilló juntando las manos tan penitente y un rostro rebosándole tal travesura, alegría y triunfo, que era cómico verlo.

-¿Casados de veras, de veras?

-Completamente casados, muchas gracias...

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Dios nos ampare!... ¿Qué nueva cosa terrible se te va a ocurrir hacer ahora? -dijo Jo desplomándose en la silla y abriendo la boca.

-Felicitación muy típica de la autora, pero no precisamente lisonjera, ¿eh? -respondió Laurie manteniendo en broma su postura humillante.

-¡Qué otra cosa puedes esperar cuando le quitas a uno la respiración deslizándote en el cuarto como un ladrón y con semejante noticia! ¡Levántate de ahí, payaso, y cuéntame todo!

-Ni una sola palabra, a menos que me dejes ocupar mi antiguo lugar y me prometas no parapetarte.

Jo se rió como hacía muchos meses que no se reía y alisó el asiento con gesto de invitación, diciendo muy cordialmente:

-El viejo almohadón está en el altillo ahora, y ya no lo necesitamos, así que ven a confesarte, Teddy.

-¡Qué bien suena ese Teddy en tus labios! ¿Sabes que nadie más que tú me llama así? -dijo Laurie sentándose con aire de gran satisfacción.

-Y Amy ¿cómo te llama?

-Mi señor.

-Eso es muy de ella... Bueno, hay que decir que eso es lo que pareces...

Había desaparecido el almohadoncito pinchudo, pero con todo había una barrera entre los dos: la valla natural levantada por el tiempo, la ausencia y el cambio de sentimientos. En seguida, casi había desaparecido, y Laurie decía con una tentativa de parecer altivo y digno:

-¿Verdad que tengo todo el aspecto de un hombre casado y jefe de familia?

-Ni un poquito... y nunca lo parecerás... Te has puesto más alto y más buen mozo, pero fuera de eso eres el bribón de siempre...

-¡Vamos, Jo!... me parece que merezco que me trates con más respeto -empezó Laurie como si fuese a quejarse pero divirtiéndose con todo aquello una enormidad.

-¿Cómo puedo tratarte con respeto si la sola idea de que te hayas casado y sentado cabeza resulta tan irresistiblemente cómica que no puedo quedarme seria -contestó con sonrisa tan contagiosa que volvieron a reírse los dos a carcajadas, acomodándose luego para sostener una charla kilométrica, a la antigua manera.

-No vale la pena que salgas al frío a buscar a Amy, pues todos vendrán luego aquí... Pero yo no podía esperar tanto..., tenía que venir en seguida a darte la sorpresa.

-¡Cuándo no!... Y, naturalmente, tenías que estropear todo el cuento empezando por el final... Ahora empieza de nuevo y cuéntame todo lo que pasó... Me muero por saber...

-Bueno, lo hice por complacer a Amy -comenzó Laurie con una guiñada que hizo exclamar a Jo:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Mentirilla número uno, Amy lo hizo por complacerte a ti. Sigue y, si es posible, di la verdad...

-Esta chica lo echa todo a perder -dijo Laurie como si hablase al fuego-. ¡Y qué bueno es oírla!... ¡Lo mismo da, sabes, puesto que los dos somos uno! Habíamos proyectado regresar con los Carrol hace un mes o algo más, pero de pronto ellos cambiaron de idea y decidieron pasar otro invierno en París. Abuelo quería regresar y sólo había ido allá por complacerme, y como no la podía dejar a Amy ni tampoco dejar que abuelo regresase solo, a la señora Carrol no le parecía bien que Amy volviera con nosotros y yo zanjé la dificultad proponiendo esta solución: Entonces, casémonos y así podremos hacer lo que nos plazca.

-No me extraña... Siempre te sales con la tuya...

-No siempre -y algo que vio en los ojos de Laurie hizo que Jo dijese con mucha prisa:

-¿Y cómo consiguieron que tía Carrol consintiese?

-Nos costó buen trabajo, pero entre los dos y después de mucho argumentar la ganamos para nuestra causa, ya que sólo era cuestión de adelantarse a los acontecimientos, como decía mi mujer cuando era chica...

-¡Qué orgullosos estamos de esas dos palabritas y cómo nos gusta decirlas!, ¿eh? -interrumpió Jo, hablando a su vez con el fuego y observando encantada iluminarse la cara del muchacho tan trágica y sombría la última vez que estuvo con él.

-Una vanidad, si quieres, pero es una mujercita tan cautivadora que es perdonable que esté orgulloso de ella. Bueno, pues, para seguir el cuento, los tíos, empeñados en guardar las apariencias, nosotros dos tan absortos uno en el otro que no servíamos para absolutamente nada si nos separaban y esta solución encantadora de todos los problemas... Así que ¡nos casamos!

-¿Cuándo, dónde, cómo? -preguntaba Jo en un verdadero frenesí de curiosidad femenina, pues todavía no se convencía de lo sucedido.

-Hace seis semanas, en el consulado norteamericano en París. Naturalmente que todo fue muy íntimo, pues no podíamos olvidarnos de Beth.

Al decir esto Laurie tomó la mano de Jo y alisó el almohadoncito rojo que recodaba tan bien.

-Y ¿por qué no nos dijeron nada después? -preguntó Jo en voz más faja, luego de quedarse un minuto en completo silencio.

-Queríamos darles la sorpresa, ya que en un principio pensábamos viajar inmediatamente, pero abuelo, no bien nos hubimos casado, nos despachó a pasar la luna de miel donde quisiéramos. Recordando lo de Valrosa allí nos marchamos y fuimos tan felices como nadie puede serlo más que una vez en la vida...

Por un minuto Laurie pareció olvidarse de Jo y ésta se alegró de que así fuera, pues el solo hecho de que le hablase de aquellas cosas tan libremente y con tanta naturalidad la aseguró que el muchacho había perdonado y olvidado. Probó de desligar su mano que él todavía sostenía entre las suyas, pero él, leyendo el pensamiento detrás de aquel impulso casi involuntario, se la retuvo con fuerza diciéndole con gravedad varonil:

-Quiero decirte una sola cosa, Jo, y después dejaremos este asunto para siempre. Como te lo decía en mi carta, cuando te escribí desde Vevay: ¡nunca dejaré de quererte!, pero ese cariño ha cambiado y la experiencia me ha enseñado que es mejor así. Amy y tú cambian sus lugares en mi corazón, eso es todo. Creo que así quiso Dios que ocurriesen las cosas, y así se hubiesen arreglado si yo hubiera esperado, como tú me aconsejaste, pero sabes que nunca tuve paciencia y por eso hube de sufrir tanto. Entonces era yo un chico testarudo y violento y necesité aquella dura lección para mostrarme mi error. Porque lo era, Jo, tal como tú afirmabas, y sólo me convencí después de haberme portado como un necio. ¡Por todos los demonios, Jo!, en un momento estuve tan confundido que no podía saber si quería a Amy o te quería a ti, y traté de amarlas a las dos igual. Pero no pudo ser, y cuando volví a verla en Suiza, después de la muerte de Beth, todo pareció aclararse de pronto convenciéndome que había acabado definitivamente con el antiguo amor antes de embarcarme en el nuevo, que muy bien podía compartir mi corazón entre la hermana Jo y la esposa Amy y quererlas a las dos entrañablemente. ¿Me crees?

-Sí, Teddy, con toda mi alma, pero no pienses que podamos ya ser de nuevo los muchachos alocados de antes. Aquellos días no pueden volver ya. Ahora somos hombre y mujer, con trabajos serios que realizar, y pasado el momento de los juegos. De modo que ¡no más travesuras!... No te niego que voy a extrañar a mi muchacho, pero querré igualmente al hombre, admirándolo además, porque veo que tiene intención de ser todo lo que siempre esperé de él. No podemos ya ser compañeros de juego pero seremos verdaderos hermanos, ¿no es cierto, Laurie?

Él no dijo una palabra, pero tomó la mano que Jo le ofrecía y apoyó en ella la cara por un momento, con la clara sensación de que naciendo del comienzo de una pasión juvenil se elevaba ahora una hermosa y fuerte amistad que sería para ambos una bendición. Casi enseguida, dijo Jo:

-No me puedo convencer que ustedes se hayan casado en realidad, chicos, y que se vayan a instalar en el nuevo hogar y a sentar cabeza. ¡Si parece ayer que abotonaba el delantal de Amy y te tiraba a ti del pelo cuando me fastidiabas! ¡Cómo vuela el tiempo, Dios mío!

-Como uno de los “chicos” es mayor que tú, no veo por qué tienes que hablar como si fueses una abuelita. Me congratulo de ser un “caballero crecido”, y cuando la veas a Amy encontrarás que, como infanta, es bastante precoz -dijo Laurie divertido con los aires maternos de Jo.

-¡Podrás ser algo mayor en años, Teddy, pero en lo interior yo soy tanto mayor!... ¡Siempre lo son las mujeres, y este año ha sido tan difícil, querido, que me siento de cuarenta!...

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Pobre Jo!... Te dejamos que soportases todo sola mientras nosotros nos divertíamos. Tienes los ojos tristes, a menos que sonrías. Además, al tocar el almohadón hace un momento encontré en él una lágrima. Sufriste mucho, Jo querida, y tuviste que sufrirlo sola. ¡Qué bruto y qué egoísta he sido, Dios!...

Jo no hizo más que dar vuelta el almohadoncito traidor y responder con un tono que trató de ser alegre:

-No tanto, porque tenía a papá y a mamá para ayudarme a pasar el trance y a los chiquitos amorosos para consolarme. Además el pensamiento de que tú y Amy estaban felices pudo hacernos más llevaderas las penas de aquí. Es cierto que me siento sola a veces, pero no me sorprendería si eso me hiciese más bien que mal.

-Pues ya nunca estarás sola -interrumpió Laurie rodeándole la cintura con el brazo como para alejar todos los posibles males humanos-. Amy y yo no podemos pasarnos sin ti, así es que tienes que venir todos los días y enseñarnos a manejar la casa. Iremos a medias en todo, como siempre, y tú nos dejarás que te mimemos. Seremos felices como unos bienaventurados.

-Si no incomodase, eso sería muy agradable, pues tu sola presencia me ha hecho sentir más joven. Siempre fuiste para mí un consuelo, Teddy -y Jo apoyó la cabeza en el hombro del muchacho exactamente como hacía años, cuando Beth enfermó y Laurie le decía que se agarrase de él...

Laurie bajó la vista para mirarla, preguntándose si Jo recordaría aquellos tiempos y la encontró sonriendo, como para sí, y no parecía sino que todas sus penas se hubiesen esfumado con su venida.

-Siempre eres la misma Jo, derramando lágrimas un minuto y riéndote al siguiente. En este momento tienes un aspecto de traviesa imponente. ¿Qué es lo que pasa, se puede saber, abuelita?

-Me gustaría saber cómo se llevan tú y Amy. -¡Como ángeles!...

-Sí, claro, al principio, pero ¿quién de los dos manda?

-No me importa decírtelo: por ahora, ella... por lo menos la dejo creer que domina, y eso le gusta, ¿sabes? pero más adelante nos turnaremos, porque, según dicen, el matrimonio corta por la mitad nuestros derechos y duplica nuestras obligaciones.

-Mi pronóstico es que van a seguir exactamente como empezaron y Amy te va a mandar todos los días de tu vida.

-Bueno... lo hace tan imperceptiblemente que no creo que me importe mucho. Amy es de esas mujeres que saben gobernar... y a mí más bien me gusta que me maneje, pues lo envuelve a uno en sus deditos tan suave y bonitamente como si uno fuese una madeja de seda y todavía me hace sentir como si fuese ella la que me hace el favor.

-¡Me había de llegar el día de verte convertido en marido dominado! -gritaba Jo divertidísima.

-¡Nada de eso! Amy es demasiado bien educada...

A Jo le gustó mucho esa respuesta y le pareció muy sentadora la dignidad nueva en Laurie, pero no dejó de apenarla algo que el muchacho se estuviera transformando en hombre con semejante rapidez...

-Estoy segura de que es así... Recuerdo que tú y Amy nunca se peleaban como nosotros dos.

-¡Amy es muy capaz de “vapulear” al marido! -dijo Laurie riendo-. ¡Si vieras el sermón que me endilgó en Niza!... Te doy mi palabra que fue mucho peor que cualquiera de tus regaños... algún día te contaré, porque lo que es por Amy no lo vas a saber nunca. ¡Después de decirme que me despreciaba por inútil... va y se enamora del despreciable sujeto y se casa con el inútil aquel!

-¡Qué bajeza!... Si alguna vez te maltrata, ven a mí y yo te defenderé...

-Pero ¿dónde está Jo? ¿Dónde está esa querida pícara? -se oyó en eso la voz de Amy.

Y entró en tropel toda la familia y volvieron a abrazarse y besarse todos una vez más y consiguieron por fin sentar a los tres viajeros para contemplarlos y regocijarse con su presencia. El señor Laurence con su espléndida salud de siempre había mejorado tanto con aquel viaje como los otros dos, pues casi había desaparecido la aspereza de antes y en cambio se habla refinado y pulido su antigua cortesanía y elegancia. Deleitaba verlo irradiar felicidad al mirar a “sus chicos”, como llamaba a la joven pareja, y mejor aún ver a Amy prestarle la atención filial y el cariño que ganaban el corazón del anciano, aunque lo mejor de todo era ver a Laurie dar vueltas alrededor de los dos como si nunca se cansase de disfrutar del cuadro hermoso que formaban.

Al minuto de haber posado los ojos sobre Amy, Meg se convenció de que a su atavío le faltaba aire parisiense, de que la señora de Moffat iba a ser completamente eclipsada por la joven señora de Laurence y que “Su Señoría” estaba hecha una mujer elegantísima y agraciada.

-¡Qué buena pareja hacen! ¡Y qué razón tuve!... Laurie ha encontrado por fin la muchacha bella y llena de prendas que adornará su hogar mucho mejor que lo que nunca hubiese podido hacer la vieja y torpe Jo. Ella sí que será su orgullo y no su tormento como hubiese sido yo-. En cuanto a los padres, sonreían y asentían con la cabeza, radiantes las caras al ver que su hija menor se había casado muy bien, no sólo en lo material sino en aquella riqueza mayor aún que traen el amor, la confianza y la felicidad.

Daba gusto ver que en Amy todo aquello no se malograba con las afectaciones que muchas mujeres adquieren en el extranjero, sino que su manera cordial y dulce al mismo tiempo era aún más encantadora que antes, marcándola inmediatamente con el sello inconfundible de la mujer verdaderamente distinguida que Amy siempre aspiró a ser.

-El amor ha hecho mucho por nuestra chiquita -dijo su madre con gran dulzura.

-Ha tenido delante de sus ojos un buen ejemplo toda su vida, querida mía -le dijo el señor March en un murmullo y una mirada amorosa a la cara marchita y la cabeza blanca que tenía a su lado.

Daisy no podía sacar los ojitos de encima a la “tía linda” y se pegó como un falderillo a los talones de la maravillosa muchacha, llena de atrayentes encantos. En cuando a Demi, se detuvo a considerar aquel nuevo parentesco antes de comprometerse a aceptar impulsivamente un soborno que tomaba la forma tentadora de una familia de osos de madera traídos de Berna. Un movimiento de flanco, sin embargo, produjo un rendimiento incondicional, pues Laurie sabía muy bien cuáles eran los puntos vulnerables de la defensa:

-Jovencito -le dijo-, cuando tuve el honor de conocerlo, usted me pegó en la cara con el puño, de modo que ahora exijo una satisfacción de caballero.

Después de semejante discurso, el altísimo tío procedió a echar al aire al sobrinito de un modo que, causando deterioro en su dignidad filosófica, deleitaron su alma de chico juguetero.

-¡Dios me bendiga!... ¡Si está vestida de seda de pies a cabeza!... ¿No es una delicia verla ahí sentada tan lujosa y oír llamar señora Laurence a nuestra pequeña Amy? -mascullaba la vieja Ana, que no podía resistir la tentación de “espiar” mientras tendía la mesa.

¡Y cómo charlaron!... primero uno, después otro y más tarde todos a la vez, tratando de hacer en media hora la historia de tres años. Fue una bendición que se sirviera el té para ofrecer una pausa y como un modo de recobrar las fuerzas, pues de seguir así hubiesen acabado todos afónicos y exhaustos. Y fue muy feliz el cortejo que entró en el comedorcito: el señor March, orgullosamente acompañando a la “señora de Laurence”, y la señora de March, no menos orgullosa de apoyarse en el brazo de “mi hijo” mientras el anciano señor Laurence iba con Jo, murmurándole al oído: “Ahora tienes tú que ser mi chiquita”, con una mirada significativa al rincón vacío junto al fuego que hizo exclamar a Jo con labios temblorosos:

-Trataré de llenar el lugar de ella, señor.

Los mellizos fueron un espectáculo aparte. Ellos cerraban la marcha y de veras creyeron que había llegado el milenio, pues ocupados con los viajeros nadie les hizo mayor caso y los muy bandidos pudieron divertirse a gusto de sus pequeños y traviesísimos corazones, ¡y cómo se aprovecharon de la situación, robándose té, atracándose de torta ad libitum, consiguiéndose un bollo caliente cada uno! Y como coronación de esta serie de actos ilegales, se metieron en el bolsillo una tentadora tartita que inmediatamente se pegoteó y desmoronó en su encierro. Agobiados con la conciencia intranquila por las tartitas secuestradas y temiendo que los agudos ojos de Dodo descubriesen su botín, los muy pícaros se pegaron a “drampa”, que no tenía puestos los anteojos. De vuelta a la sala, Jo se detuvo a contestar la ansiosa pregunta de Ana:

-¿Acaso la señora Amy va a andar en el cupé y a usar todas las hermosas bandejas de plata que tienen allí?

-No me sorprendería que anduviese en coche de seis caballos blancos, comiera en vajilla de oro y usara encaje y brillantes todos los días. A Teddy nada le parece demasiado para ella -respondió Jo con satisfacción infinita.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¡Más no se puede pedir! ¿Quiere picadillo o croquetas de pescado mañana para el almuerzo?
-preguntó luego Ana, que, sabiamente, mezclaba la poesía con la prosa.

-No importa... cualquier cosa... -y Jo se quedó un momento mirando el grupo que desaparecía hacia el piso alto, y cuando las piernecitas de Demi subían trabajosamente el último escalón la invadió una repentina sensación de soledad, pues aun Laurie la había abandonado en ese momento. Si Jo hubiese sospechado qué regalo de cumpleaños se le estaba preparando y acercándose a ella minuto a minuto, no hubiese dicho para sí:

“Ya me voy a pegar mi llantito cuando me acueste esta noche, pero ahora no hay que ponerse lúgubre”, y consiguió esbozar una sonrisa cuando oyó golpear la puerta.

Con prisa muy hospitalaria, abrió Jo para encontrarse con ¡el segundo fantasma que venía ese día a sorprenderla! Allí estaba un caballero alto, de barba, irradiando sonrisas desde la oscuridad como un sol de medianoche.

-¡Oh, señor Bhaer, qué alegría de verlo! -exclamó Jo tomándolo del brazo como si temiera que la noche volviera a tragárselo.

-¡Y yo de verla a usted, señorita Marsch!... Pero usted tiene fiesta y yo... -dijo el profesor deteniéndose al oír el ruido de voces y pies bailarines que llegaban desde arriba.

-No; ¡nada de eso!... es sólo la familia. Mi hermana y sus amigos acaban de regresar de Europa y estamos todos muy contentos. Entre usted y será uno de nosotros.

Pese a que el señor Bhaer era hombre muy sociable creo que se hubiese retirado discretamente y vuelto otro día si Jo no hubiese cerrado la puerta tras él despojándolo de su sombrero. Quizá la expresión de Jo tuvo que ver con que el señor se quedase, pues la muchacha se olvidó de disimular su júbilo al verlo y lo demostró con tal franqueza que resultó irresistible para aquel solitario, cuya bienvenida a aquella casa superó todas sus esperanzas más audaces.

-Si no voy a estar de más tendré muchísimo gusto en verlos... ¿Ha estado usted enferma, amiga mía?

La pregunta fue repentina, pues al colgar el sobretodo del señor Bhaer la luz le dio en la cara a Jo y él percibió el cambio operado en la muchacha.

-No precisamente enferma, pero sí muy cansada y muy triste... Tuvimos una desgracia en la familia...

-Sí, lo sé. El corazón me dolió por usted cuando me enteré -dijo él estrechándole la mano con una expresión tal de simpatía que Jo tuvo la seguridad de que ningún consuelo podía igualar a aquella manaza estrechándose a la suya.

-¡Papá, mamá, éste es mi amigo, el profesor Bhaer! -les dijo con expresión y tono de irrefrenable orgullo y placer.

Si el desconocido había abrigado algunas dudas sobre la recepción que le darían en aquella casa, pronto se le disiparon, pues recibió de todos una cordial bienvenida. Y no podía ser de otro modo, puesto que ese hombre llevaba el talismán que abre todos los corazones y esta gente sencilla pronto se entusiasmó con él. Sentado entre ellos, el señor Bhaer los miraba con el aire de un viajero que llama a una puerta extraña... y cuando la abre se encuentra en su casa. Los chicos se le acercaron como las abejas a un tarro de miel y procedieron a cautivarlo saqueándole primero los bolsillos, tirándole la barba y estudiando su reloj con audacia infantil. Las mujeres se telegrafiaban con los ojos su aprobación y el señor March, con la sensación de que había encontrado un espíritu afín, abrió sus depósitos más seleccionados de sabiduría en beneficio de la visita, mientras Jo, en silencio por única vez, escuchaba sin decir una palabra.

De no haber estado Jo ocupada en otra cosa le hubiese divertido el comportamiento de Laurie en aquella ocasión, pues una punzada, no de celos sino de algo parecido a la desconfianza, hizo que este caballero se mantuviese al principio a la distancia observando al recién venido con circunspección fraternal. Aquello no duró mucho sin embargo. A pesar suyo comenzó a interesarse en lo que decía el “intruso”, y antes de darse cuenta fue atraído al círculo que rodeaba al profesor. Éste hablaba bien en aquel ambiente amable, y realmente hizo muy buen papel. Rara vez se dirigió a Laurie, pero lo observaba a menudo con una sombra en el rostro como si lamentase su propia juventud perdida. Luego sus ojos se volvían hacia Jo con tal ansiedad que ella hubiese respondido con seguridad, de haber notado la muda pregunta. Pero Jo estaba demasiado ocupada con vigilar sus propios ojos que podían traicionarla en cualquier momento, de modo que optó por mantenerlos prudentemente fijos en la mediecita que estaba tejiendo.

Una mirada furtiva de cuando en cuando reconfortaron a Jo, pues le proporcionaron varios augurios propicios. En primer lugar, la cara del señor Bhaer había perdido la expresión distraída y aparecía en este momento llena de vida e interés. “Es realmente joven y bien parecido” pensaba Jo olvidando esta vez compararla con la de Laurie, como casi siempre hacía con cuanto joven conocía, con gran detrimento de ellos. Luego parecía completamente inspirado, a pesar de que las costumbres antiguas de enterramiento no eran precisamente un tema regocijante... Jo resplandeció de triunfo cuando Laurie fue abatido en una discusión, y al observar la cara absorta de su padre pensó para sí: “¡Cómo disfrutaría papá si pudiese tener un hombre como mi profesor para conversar con él todos los días!” Y por último, ¡la vestimenta! El señor Bhaer llevaba un traje oscuro flamante; se había hecho cortar las espesas melenas e iba peinado impecablemente cuando llegó, aunque eso no duró mucho, pues en los momentos de excitación se le alborotó de nuevo el pelo del modo cómico que solía pasarle. Pero a Jo le gustaba así, pues opinaba que de esa forma tenía más parecido con Júpiter, en vista de su hermosa frente. ¡Pobre Jo!... ¡qué modo de glorificar a aquel hombre sencillo y humilde mientras seguía tejiendo quietecita sin que nada se le escapase, ni aun el hecho de que el señor Bhaer llevara botones dorados en sus limpios puños!...

“¡Qué monada!... No se podía haber vestido y acicalado con más cuidado si hubiese salido con el propósito de cortejar a alguien...”, se dijo Jo. Y naciendo de esas palabras un pensamiento repentino la hizo ruborizarse tanto que tuvo que dejar caer su ovillo para esconder la cara con el pretexto de buscarlo.

La maniobra no tuvo éxito, pues, a punto de meter fuego a una pira funeraria, el profesor depuso su antorcha -hablando metafóricamente- para agacharse a buscar el ovillo. Naturalmente que sus cabezas tenían que chocar y volvieron ambos a sus asientos riendo, colorados, y sin el ovillo de marras.

Nadie supo cómo se fue la noche, porque pese a que Ana se llevó a los chicos a dormir temprano, cabeceando como dos amapolas, y el señor Laurence se fue a su casa a descansar, los demás siguieron alrededor del fuego, conversando a más y mejor, sin la menor noción del paso del tiempo, hasta que Meg, cuyo instinto maternal le anunciaba que Daisy se habría caído de la cama y que Demi habría prendido fuego a su camión tratando de estudiar la estructura de los fósforos, tomó la iniciativa de marcharse.

-Tenemos que cantar, como hacíamos antes, ya que estamos juntos otra vez -propuso Jo, pensando que una buena cantata era un excelente medio de dar rienda suelta a las jubilosas emociones de ese día.

Es cierto que no todos estaban presentes, pero nadie tomó aquellas palabras como irreflexivas, porque Beth aún parecía estar entre ellos como una presencia invisible y pacífica, más querida que nunca. Su sillita estaba en su lugar de costumbre, el prolijo canasto de costura con el trabajito que dejó sin terminar seguía en su sitio de siempre en el estante, el precioso piano, rara vez tocado ahora, no había sido cambiado de lugar, y la carita de Beth, serena y sonriente como cuando era niña, parecía mirarlos aún, como diciéndoles:

“Sed felices, que yo estoy aquí...”

-Toca algo, Amy. Hazles oír cómo has progresado -dijo Laurie, con orgullo perdonable en su discípula.

Pero Amy, con ojos arrasados de lágrimas, le dijo al hacer girar el banquito del piano:

-Hoy no, querido, hoy no podría alardear...

Les mostró, sí, algo mejor que la brillantez o la habilidad, pues cantó las canciones que Beth cantaba con música de ternura que no podría haberle enseñado el mejor de los maestros. Su clara voz falló de repente con el último verso del himno que Beth prefería:

La tierra no tiene tristeza que el cielo no pueda curar...

Y Amy se recostó en su marido, segura de que su bienvenida a casa no podía ser perfecta sin el beso de Beth.

-Ahora terminemos con la canción de Mignon, porque el señor Bhaer la sabe cantar -dijo Jo antes de que aquella pausa se hiciese penosa. Y el señor Bhaer se aclaró la voz yendo a colocarse detrás de Jo para decir:

-¿Cantará conmigo, verdad? ¡Cantamos muy bien los dos juntos...!

Agradable invención -dicho sea de paso-, ya que Jo no tenía de la música más idea que una langosta, lo cual no quita que aceptase la propuesta del profesor y que la hubiese aceptado si él le pidiese cantar una ópera entera, y se puso a gorgojear felicísima, sin cuidarse de guardar el compás y el tono. No importó mucho, pues el señor Bhaer cantaba como todos los alemanes, bien y con toda el alma, y Jo optó por bajar la voz por completo para escuchar aquella otra, tierna, que parecía cantar para ella sola.

“¿Conoces la tierra donde florece el limonero?”, solía ser el verso preferido del profesor, para quien “aquella tierra” significaba Alemania, pero ahora parecía detenerse con especial calor y cuidado en otra melodía:

Allí, oh, allí quisiese contigo estar mi amor...

Y uno de los oyentes se emocionó tanto con aquella invitación tierna que anhelaba responderle que sí, que conocía aquella tierra y que allá iría con gusto en cuanto él quisiese.

La canción fue considerada un gran éxito y el cantor se retiró a su asiento cubierto de laureles. Pocos minutos después, sin embargo, se olvidó completamente de la etiqueta y se quedó mirando a Amy con la boca abierta mientras ella se ponía el sombrero, pues se la habían presentado antes simplemente como “mi hermana” y nadie la había nombrado por su nuevo nombre después de llegado él. Y luego aún más cuando Laurie al despedirse le dijo con su modo más afable:

-Mi mujer y yo nos alegramos mucho de conocerlo, señor. Recuerde que siempre será usted bien venido allá enfrente, en casa, cuando quiera ir.

A esto respondió el profesor agradeciendo con tanto calor y entusiasmo que Laurie lo consideró el viejo más expresivo que había conocido en su vida.

-Yo también me voy, señora, pero tendré mucho gusto en visitarlos otra vez si usted me da licencia, pues asuntos que tengo en la ciudad me retendrán aquí varios días.

Se dirigió a la señora de March, pero miraba a Jo y la voz de la madre le dio el mismo consentimiento cordial que los ojos de la hija, pues la señora March no era ciega respecto a los intereses de sus hijas.

-Me parece que ese hombre es prudente y sensato... -observó el señor March con plácida satisfacción cuando volvió a su sitio junto al fuego al marcharse la última visita.

-Y yo estoy segura de que es un hombre bueno añadió la señora con decidida aprobación mientras daba cuerda al reloj.

-Ya me parecía que les iba a gustar -fue todo cuanto dijo Jo mientras subía a acostarse.

Se preguntaba Jo qué asunto sería el que traía al señor Bhaer a la ciudad y supuso ligeramente que había sido llamado para conferirle algún gran honor, como ser un nombramiento para algún puesto importante, pero que por modestia no lo había querido mencionar. Si le hubiese visto la cara cuando, ya seguro en su cuarto, el profesor se puso a contemplar el retrato de una señorita con mucho pelo, de aire severo y rígido, podía haberse iluminado algo, especialmente cuando al apagar la luz el grave profesor en plena oscuridad estampó un beso al retrato.

CAPÍTULO XLIV

MI SEÑORA Y MI SEÑOR

-Por favor, señora madre, ¿puede usted prestarme a mí mujer por un momento? Ha llegado el equipaje y acabo de embarullarle todas las paqueterías que trae de París, tratando de encontrar unas cosas que necesito -dijo Laurie al día siguiente, encontrando a la señora de Laurence sentada en las faldas de su madre como si ésta hubiese recuperado a “la nena”.

-Por cierto... ¡Ve, querida, me olvidé que tienes otra casa que ésta! -contestó la señora de March como disculpándose de su avidez maternal.

-Vamos a casa, querido, y te buscaré tu sacabotas, que supongo es para eso que revuelves mis cosas. ¡Los hombres son tan inútiles, madre! -expresó Amy con unos aires de matrona que divirtieron mucho a su marido.

-¿Qué es lo que piensan hacer de sus vidas una vez que se hayan instalado? -preguntó Jo abotonando el abrigo de Amy como antes solía hacerlo con el delantal.

-Tenemos proyectos, aunque no queremos hablar mucho de ellos porque somos nuevos en el oficio de casados, pero por cierto que no pensamos quedarnos mano sobre mano. Por mi parte, me dedicaré a los negocios con devoción que ha de deleitar a mi abuelo y le probaré que no estoy echado a perder. Necesito un trabajo serio para mantenerme juicioso y estoy cansado de andar por ahí perdiendo tiempo, y pienso trabajar muy en serio.

-Y Amy, ¿qué es lo que piensa hacer Amy? -preguntó la señora de March, contenta con la respuesta de Laurie y de la decisión con que hablaba.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Después de hacer los cumplidos del caso por todas partes y ventilar “nuestro mejor sombrero”, los vamos a asombrar con la elegante hospitalidad de nuestra mansión, la brillante sociedad que reuniremos a nuestro alrededor y la influencia benéfica que ejerceremos sobre el mundo en general. ¿No es así, “madame” Recamier? -preguntó Laurie con una mirada burlona a su mujer.

-¡El tiempo lo dirá! Vámonos, Señor Impertinencia, y no escandalices a la familia poniéndome nombres raros en mis propias narices... -respondió Amy, resuelta a que sobre todo habría en su casa una buena mujer de hogar antes de actuar como “reina de la sociedad”.

-¡Qué felices parecen estos chicos! -observó el señor March, encontrando difícil volver a su Aristóteles después que se hubo marchado la joven pareja.

-Y creo que les va a durar -agregó la señora, con la satisfacción de un piloto que ha llevado su barco a buen puerto.

-¡Feliz de Amy!... -y Jo suspiró, para sonreír en seguida alegremente cuando vio que el profesor Bhaer abría la verja.

Esa noche, más tarde, ya tranquilo respecto al sacabotas, Laurie dijo de repente a su mujer que revoloteaba colocando aquí y allá sus nuevos tesoros artísticos:

-Señora de Laurence...

-¿Señor?

-Ese hombre quiere casarse con nuestra Jo.

-Así lo espero. ¿Y tú, querido?

-Bueno, amor, lo considero un tipo estupendo en todo el sentido de esa expresiva palabra, pero me gustaría, no lo niego, que fuese algo más joven y bastante más rico...

-¡Vamos, Laurie, no seas exigente ni mundano! Si se quieren, no importa un ápice que sean viejos ni pobres. Las mujeres no deben nunca casarse por dinero... -Amy se interrumpió bruscamente al escapársele aquellas palabras y miró a su marido, quien replicó con maliciosa gravedad:

-Por cierto que no, lo que no quita que uno oiga a veces a algunas chicas decir que lo harán...

-¡Oh, queridísimo muchacho, no me digas eso, por favor...! Cuando te di el sí olvidé completamente que eras rico y me hubiese casado contigo aunque no tuvieses un centavo. A veces desearía que fueses pobre, así podría probarte cuánto te quiero. -Y Amy, que era muy digna y altiva en público pero muy tierna en privado, dio a su marido pruebas convincentes de la veracidad de sus palabras-. ¿De verdad no crees que sea yo aquella criatura mercenaria que traté de ser un día, eh, Laurie? Me destrozaría el corazón si no me creyeses.

-¿Acaso soy un bruto o un idiota? ¿Cómo podría creer semejante cosa cuando rehusaste a un hombre más rico que yo y no me dejaste que te compre ni la mitad de lo que yo quisiera regalarte ahora que tengo derecho? La hija fue leal a las enseñanzas de la madre. Se lo dije a mamá ayer y

se alegró tanto como si le hubiese dado un cheque de un millón para beneficencia... ¡Señora ¿de Laurence?!... no estás escuchando mis reflexiones morales... -y Laurie se detuvo porque los ojos de Amy tenían una mirada ausente a pesar de estar fijos en su cara.

-No quiero que te pongas vanidoso, pero te confieso que estoy más orgullosa de lo buen mozo que es mi marido que de todo su dinero. No te rías, ¡pero si supieses qué consuelo es para mí tu nariz!... -dijo Amy acariciando la bien cortada facción de su marido con gran satisfacción artística.

Laurie había oído muchos elogios de su persona, pero nunca ninguno le gustó como aquél.

-¿Puedo hacerte una pregunta, querido? -dijo Amy al poco rato.

-Naturalmente.

-¿Te va a lastimar que Jo se case con el señor Bhaer?

-¡Ah!... Conque ésas tenemos, ¿eh? Ya me parecía que algo había que no te gustaba. No siendo el proverbial perro del hortelano, te aseguro que podré bailar en el casamiento de Jo con los pies tan ligeros como el corazón. ¿Acaso lo dudas, queridísima?

Amy lo miró y estuvo satisfecha, disipado para siempre su último celoso temor.

-Ojalá pudiésemos hacer algo por el excelente profesor. ¿No podríamos inventarle un pariente rico que se muriera en Alemania y le dejase una fortunita bien saneada? -dijo después Laurie, cuando se pusieron a pasear del brazo por la enorme sala como les gustaba tanto hacer, en recuerdo del jardín del castillo, allá en Suiza.

-Jo nos descubriría y echaría todo a perder; está muy orgullosa de él, y ayer, sin ir más lejos, nos decía que cree que la pobreza es una cosa hermosa...

-¡Bendita muchacha!... No va a pensar eso cuando tenga un marido literato y una docena de profesorcitos y profesorcitas que mantener. No intervendremos ahora, Amy, pero seguiremos observando hasta que se presente nuestra oportunidad para hacerles un favor aunque tenga que ser a pesar de ellos. Por lo que a mi concierne, estoy en deuda con Jo por buena parte de mi educación, y ella cree que hay que pagar las deudas, de modo que ése será el truco que utilizaré para ganarle la partida.

-¡Qué maravilla poder ayudar así a los demás, ¿no es cierto, Laurie? Ese será precisamente uno de mis sueños favoritos, tener cómo dar con liberalidad, y gracias a ti ese sueño se ha realizado...

-Vamos a hacer mucho bien, ¿eh, Amy? Y hay un tipo de pobreza que me gusta especialmente ayudar. Los pobres de solemnidad siempre son ayudados, pero los pobres vergonzantes la pasan mal porque se ‘resisten a pedir y la gente no se anima a ofrecerles nada por miedo de ofenderlos, pero hay mil maneras de ayudarlos si uno sabe cómo hacerlo en forma delicada.

-Se necesita un caballero para hacer tal cosa -añadió el otro miembro de aquella sociedad de admiración recíproca.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Gracias, querida, no creo merecer tu bonito cumplido, pero lo que te quería contar es que cuando andaba vagabundeando por Europa encontré a muchos jóvenes de talento que hacían toda clase de sacrificios, soportando verdaderas penalidades para poder cumplir sus sueños. Esa es la gente a quien da satisfacción auxiliar, pues si tienen genio constituye un honor servirlos y no dejar que se pierdan o demoren por falta de medios. Por otra parte, si no tienen talento, también da gusto consolar a esos pobres individuos y alejarlos de la desesperación cuando se dan cuenta de sus deficiencias.

-¡Qué maravilla que pienses así! Y hay otra clase de pobres: los que no pueden pedir. Sé bastante de esa clase porque yo pertenecía a ella antes de que hicieras de mí una princesa. Las muchachas ambiciosas lo pasan mal, Laurie, y a menudo deben dejar pasar la juventud y las oportunidades más preciosas, únicamente por falta de ayuda en el momento apropiado. No me quejo por mí, pues siempre he encontrado gente bondadosa que me ha auxiliado, así que cuando veo a muchas jóvenes que luchan como nosotros solíamos hacerlo, siempre deseo extenderles una mano para ayudarlas.

-Y así lo harás, querida, como que eres un ángel -dijo Laurie, resolviendo en un ataque de celo filantrópico fundar y dotar una institución en expreso beneficio de las jóvenes con aficiones artísticas-. La gente rica no tiene derecho a divertirse ni a dejar que se acumule su dinero para que otros lo malgasten. No es inteligente dejar legados cuando uno se muere sino utilizar el dinero con prudencia mientras uno está vivo y disfrutar la satisfacción de hacer felices con él a otras personas.

-Ese será nuestro compromiso y nosotros seremos con él los más favorecidos.

La joven pareja selló el pacto con un apretón de manos y volvió a su paseo feliz, con la sensación de que su hogar placentero lo era aún más porque se proponían llevar alegría a otros hogares.

CAPÍTULO XLV

DAISY Y DEMI

No cumpliría con mi deber de humilde historiadora de la familia March sin dedicar al menos un capítulo a dos de los miembros más importantes y preciados de ese cónclave. Daisy y Demi han llegado ya a los años llamados de la discreción. Si alguna vez hubo unos mellizos en peor peligro de ser echados a perder a fuerza de adoración fue sin duda este par de Brookes parlanchines. Naturalmente que “eran los chicos más notables que se habían visto nunca”, lo cual era probado cuando se sepa que caminaron a los ocho meses, hablaban de corrido a los doce, y a los dos años se sentaban a la mesa y se portaban con una compostura que encantaba a todos cuantos los miraban. A los tres años Daisy pidió una “acoja” y confeccionó una bolsita con cuatro puntadas... también jugaba “a las casitas” en el aparador y manejaba una cocinita microscópica con una habilidad que hizo asomar lágrimas de orgullo a los ojos de Ana, mientras Demi aprendía las letras con su abuelo, quien inventó un nuevo sistema de enseñar el alfabeto, formándolas con brazos y piernas y combinando así el ejercicio intelectual con la gimnasia para cabeza y talones. Al chiquillo se le desarrolló muy temprano el talento mecánico, lo cual encantaba a su padre y desesperaba a su madre, pues el chico trataba de imitar cuanta máquina vela, manteniendo la “nursery” en estado caótico con su “mánicaser”, curiosa estructura de piolines, sillas, broches de ropa y carretes a guisa de ruedas para “vodar y vodar”.

Aunque notablemente diferentes en carácter, los mellizos se llevaban magníficamente y rara vez se peleaban más de tres veces por día. Como era muy natural, Demi tiranizaba a Daisy, convirtiéndose sin embargo en su galante defensor contra todo otro agresor que no fuese él mientras que Daisy era una verdadera esclava de su hermano y lo adoraba como si fuera el único ser perfecto del mundo. Rosada, regordeta y alegre, Daisy encontraba fácilmente el camino que va al corazón de las gentes:

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

una de esas chiquitas amorosas que parecen nacidas para ser besadas, abrazadas y adoradas como pequeñas diosas. Sus pequeñas virtudes eran tan dulces que hubiese sido un verdadero ángel si unas cuantas picardías no la hubiesen mantenido dentro de lo deliciosamente humano. En su mundo siempre había buen tiempo y todas las mañanas se trepaba a la ventana en camisoncito y decía, lloviese o tronase: “¡Nino día, nino día!” Todo el mundo era su amigo y ofrecía besos al extraño con tan absoluta confianza que claudicaba ante ella el más inveterado de los solteros. En cuanto a los que amaban a los chicos, se convertían inmediatamente en fieles adoradores.

-¡Mí quele toro el mundo!... -dijo una vez abriendo los bracitos con una cuchara en una mano y un jarrito en la otra, como si quisiera abrazar y dar de comer a toda la gente.

Como verdadero yanqui, Demi era de mentalidad curiosa y quería saberlo todo, mortificándole sobremanera que los grandes no supieran, a veces, darle respuesta satisfactoria a su perpetuo: “¿Para qué?”

Tenía también inclinación filosófica, para deleite de su abuelo, quien solía sostener con él conversaciones socráticas, durante las cuales el precoz discípulo ocasionalmente posaba como su maestro, con no disimulada satisfacción de las damas.

-¿Qué es lo que hace andar mis piernas, abelo? - preguntaba el joven filósofo, examinando esas activas partes de su anatomía con aire meditativo una noche mientras descansaba de una jugarreta “de las de antes de irse a la canta”.

-Es tu mentecita, Demi -replicaba el sabio acariciando respetuosamente la cabeza rubia.

-Y ¿qué es la metecita?

-Es algo que hace que tu cuerpo se mueva igual que los resortes hacen andar las rueditas de mi reloj. ¿Te acuerdas cuando te lo mostré?

-Abeme, abelo, quedo ver cómo doy voltas.

-No puedo hacer eso, igual que tú no pudiste abrir mi reloj. Es Dios quien te da cuerda y sigues andando hasta que El te pare...

-¿De velas? -preguntó Demi con los ojos pardos muy abiertos mientras digería aquel nuevo pensamiento- ¿Me dan cuerda como al deló?

Siguió una cuidadosa explicación que Demi escuchó con atención tal que la abuela, inquieta, dijo:

-¿Te parece prudente, querido, hablar de esas cosas a este chiquito? ¡Está aprendiendo a hacer preguntas inverosímiles!...

-Si tiene edad suficiente como para hacer la pregunta, también la tiene para recibir respuestas exactas. Yo no le estoy metiendo ideas en la cabeza, sino ayudándole a desenredar aquellas que ya están allí. Estos chicos son más sabios que nosotros, y no me cabe la menor duda de que ha entendido cada palabra de lo que le he explicado. Vamos a ver, Demi, ¿adónde está tu mente?

Si el chiquillo hubiese respondido como Alcibiades: “Por los dioses, Sócrates, que no lo sé”, su abuelo no se hubiera sorprendido, pero, cuando después de meditar un momento parado en una pierna como una joven cigüeña Demi contestó con tono de serena convicción:

“En la bariga”, el abuelo no pudo menos de unirse a la risa de la abuela y cerrar aquella clase de metafísica.

Podría haber habido motivo de inquietud si Demi no hubiera dado continuas y convincentes pruebas de ser un verdadero chico además de un filósofo en ciernes, pues a menudo, luego de una discusión que hacía profetizar a Ana con gestos siniestros: “Este chico no será mucho tiempo de este mundo”, el predestinado se daba vuelta y disipaba los temores de la buena mujer con alguna travesura de marca mayor.

Meg formuló muchos reglamentos y trató de que se cumplieran, pero ¿qué madre ha podido nunca resistir los engatusadores ardides, las ingeniosas evasiones o la tranquila audacia de esos hombres y mujeres minúsculos que con tanta precocidad demuestran ser astutos y tramposos?

-Basta de pasas, Demi, te vas a enfermar.

-Mí gusta estar enfermo.

-Pero a mí no, así que sal de aquí y ve a ayudar a Daisy a hacer pastelitos -le dice la mamá al jovencito que viene a ofrecer sus servicios indefectiblemente el día de hacer “plum-pudding”.

El chico se va de mala gana, pero sus agravios le pesan en el espíritu, y más tarde, cuando se presenta la oportunidad de resarcirse, le gana la partida a la madre con un astuto pacto.

-Como se han portado bien, ahora voy a jugar a lo que quieran -les dice Meg llevándose a sus dos ayudantes de cocina arriba cuando el “pudding” ya está seguro en el horno.

-¿De veras, mamá? -pregunta Demi con una idea brillante.

-Sí, de veras, cualquier cosa que me propongan -replica la miope de la madre, preparándose a cantar “Los tres gatitos” media docena de veces o a llevar a su progenie a comprar un bollo de un centavo, sin hacer caso del viento o el cansancio. Pero Demi la arrinconó con la siguiente respuesta serena:

-¡Marros a comenos todas las pasas!

La tía Dodo (Jo) era la principal confidente y compañera de juegos de los dos chicos, y aquel trío ponía la casa patas arriba con suma frecuencia. La tía Amy no era por ahora más que un nombre para ellos, y tía Beth pronto se convirtió en un vago recuerdo, pero tía Dodo era una realidad viviente y los chicos le sacaban todo el partido posible, considerando ella esa preferencia como un cumplido muy halagador. Pero cuando Bhaer apareció en escena, Jo descuidó bastante a sus compañeritos de juego y las pobres almitas se vieron tristes y desoladas. Daisy, que era aficionada a andar por ahí repartiendo besos, perdió a su mejor cliente y cayó en bancarrota. Demi, por su parte, pronto se dio cuenta con su infantil penetración que a tía Dodo le gustaba más jugar con el

hombre-oso que con él, y aunque muy resentido, ocultó su agravio porque no tuvo alma de insultar a un rival que tenía una mina de pastillas de chocolate en el bolsillo y un reloj que podía ser sacado y sacudido a gusto por admiradores fervientes.

No faltará quien considere como sobornos estas agradables libertades, pero Demi no lo veía así y siguió tratando al hombre-oso con afabilidad reflexiva mientras que Daisy le otorgaba sus afectos sin reticencias.

Suele pasar que los caballeros tengan un repentino ataque de admiración por los pequeños parientes de las damas de sus pensamientos, pero esta falsa filoprogenitividad les queda generalmente muy mal y no convence a nadie. En cambio, la devoción del señor Bhaer era sincera, pues el señor Bhaer era de aquellos hombres que realmente se sienten cómodos con los niños. Sus asuntos, fuesen los que fueren, lo ocupaban durante todo el día, pero por la noche rara vez fallaba en aparecer por la casa de los March para ver... ¡Bueno!... siempre preguntaba por el señor March... él debía ser la atracción principal. El excelente padre, evidentemente, lo creía también, pues lo acaparaba escandalosamente, deleitándose con sabrosas discusiones con aquella alma gemela. Hasta que una observación casual de su nieto lo iluminó de repente:

Sucedió que el señor Bhaer llegó una noche hasta el umbral del escritorio y quedó atónito ante el espectáculo que vieron sus ojos: postrado en el suelo, estaba el señor March, con las venerables piernas al aire y, a su lado, también postrado, estaba Demi, tratando de imitar su postura con sus cortas patitas; los dos ocasionales rastreadores estaban tan absortos que ni se percataron de que tenían espectadores, hasta que el señor Bhaer soltó su risa sonora y Jo exclamó con expresión escandalizada:

-Padre, padre... está el profesor...

-¡Buenas noches, señor Bhaer!... Discúlpeme usted un momento, que ya terminamos nuestra clase... Vamos, Demi, haz la letra y di su nombre.

-Lo conozco a ése... -Y después de convulsivos esfuerzos las piernecitas rojas tomaron la forma de un compás y el inteligente alumno gritó triunfante-. Es la we, abeto es la we.

-Es un Sam Weller nato -dijo Jo riendo mientras su progenitor se incorporaba y su sobrino trataba de sostenerse de cabeza como único modo de expresar su satisfacción de que se hubiese acabado la clase.

-¿Qué has estado haciendo hoy, bübchen (“nene”)? -preguntó el señor Bhaer, alzando al gimnasta.

-Mi fue a ver a Mariquita...

-¿Y qué hiciste una vez allí?

-La besé -respondió Demi con franqueza absolutamente exenta de malicia.

-Prut!... ¡Comienzas pronto!... ¿Y qué dijo Mariquita a eso? -preguntó Bhaer continuando la confesión del pequeño pecador, quien procedía a explorarle el bolsillo del chaleco.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Oh, le gustó mucho, y me besó, y a mí me gustó también. ¿No es cierto que a los chicos les gusten las chicas? -agregó Demi con la boca llena y un aire de dulce satisfacción.

-¡Pues sí que eres un pollito precoz!... ¿quién te puso tal cosa en la cabeza? -preguntó Jo, tan divertida con las revelaciones inocentes del mocoso como lo estaba el profesor.

-No está en la cabeza, está en la boca -respondió literalmente Demi, sacando la lengua y mostrando una pastilla de chocolate a medio comer, creyendo seguramente que la tía se refería a caramelos y no a ideas.

-Deberías guardar algunas pastillas para la amiguita...

Y el señor Bhaer ofreció pastillas a Jo con una mirada que hizo pensar a la muchacha si el chocolate sería el néctar bebido por los dioses. También Demi vio aquella sonrisa, e impresionado preguntó ingeniosamente:

-¿A los muchachos grandes también les gustan las chicas grandes, profesor?

Bhaer no sabía mentir, de modo que se contentó con dar la vaga respuesta de que creía que sí... a veces, en un tono que el señor March, preocupado, echó una mirada al rostro de Jo, que más bien lo esquivaba, y se hundió luego en un sillón como si aquel “pollito precoz” le hubiese puesto en la cabeza una idea que era a la vez dulce y amarga.

Y media hora después, Dodo, encontrando a Demi en la despensa, en lugar de sacudirlo en castigo por estar allí casi lo ahoga de un abrazo ternísimo, y después lo premió con un inesperado regalo de pan con jalea, problema que intrigó al chico, sin que nunca le encontrase solución.

CAPÍTULO XLVI

BAJO EL PARAGUAS

Mientras Laurie y Amy daban paseos conyugales sobre alfombras de terciopelos, ponían su casa en orden y proyectaban un futuro venturoso, el señor Bhaer y Jo realizaban otra clase de paseos, por caminos embarrados y calles anegadas de lluvia.

-Siempre doy un paseo al anochecer y no veo por qué he de suspenderlo sólo porque suelo encontrarme al profesor cuando sale de su casa -se dijo Jo, luego de dos o tres de aquellos encuentros. Había dos senderos que llevaban a casa de Meg, pero cualquiera de los dos que tomase Jo era seguro que encontraba a su amigo, ya de ida, ya de vuelta. Siempre iba de prisa y nunca parecía verla hasta estar casi encima. Entonces, si ella iba a casa de Meg, él siempre tenía algo para los nenes; si se dirigía a su casa, él iba casualmente para allá, después de dar un paseíto hasta el río... a menos que estuviesen cansados de sus visitas...

Si lo estaba se las arreglaba para ocultar aquel cansancio con gran habilidad y se preocupaba de que hubiese café para la comida, porque a Friedrich... quiero decir el señor Bhaer, no le gusta el té.

A la segunda semana de estos acontecimientos todo el mundo sabía ya a qué atenerse, aunque trataban de aparentar que estaban ciegos respecto de los cambios operados en la cara de Jo. Y se guardaban muy bien de preguntarle por qué cantaba cuando trabajaba, se peinaba tres veces por día y volvía tan rosada de sus caminatas nocturnas. Pero nadie dudó de que el señor Bhaer, mientras hablaba de filosofía con el padre, estaba dando a la hija lecciones de amor.

Aquella muchacha, siempre rebelde, ni siquiera pudo enamorarse en forma corriente sino que trató de ahogar ese sentimiento, y al no lograrlo le tocó sufrir bastante. En primer lugar tenía miedo cervical de las burlas si se rendía después de sus vehementes declaraciones de independencia. Laurie constituía su principal terror, aunque, gracias a su nueva mentora, el susodicho se comportó con laudable corrección y nunca llamó al señor Bhaer “viejo estupendo” en público ni se refirió tampoco nunca al aspecto mejorado de Jo, ni expresó la más mínima sorpresa al ver el sombrero del profesor todas las noches en el “hall” de los March. Pero ese pícaro muchacho grande se regocijaba en privado y anhelaba el día en que pudiese regalar a Jo una bandeja de plata con un oso y un garrote como escudo de armas apropiado al caso.

Durante quince días el profesor apareció con regularidad típica de enamorado, pero luego dejó de venir tres días enteros sin dar señales de vida, procedimiento que hizo poner serio a todo el mundo y a Jo pensativa primero y luego -¡ay romanticismo!...- muy enojada.

-¡Estará ya harto, me imagino!... Se ha marchado por donde vino... No es que me importe, naturalmente... pero me parece que bien podía haberse despedido, como cuadra a un caballero -se decía una tarde nublada, mientras se arreglaba para su paseo diario.

-Mejor que lloves el paraguítas, querida, parece que va a llover -le dijo la madre observando que se había puesto su mejor sombrero.

-Sí, mamá. ¿Necesitas algo del centro? Tengo que comprar papel... -respondió Jo, tironeando del moño bajo la barbilla como excusa para no mirar a la madre.

-Sí, por favor, tráeme medio metro de algodón asargado, un paquete de agujas número nueve y dos metros de cintita lila... ¿Te has puesto las botas gruesas y algo abrigado bajo el tapado?

-Creo que sí -contestó Jo, completamente distraída.

-Si te llegas a encontrar con el señor Bhaer, tráetelo a tomar el té. Estoy deseando verlo -añadió la señora. Eso sí que lo oyó Jo, pero nada respondió. Sólo dio un beso a su madre y se marchó rápidamente.

Las tiendas no estaban entre los bancos, las oficinas o los depósitos donde suelen congregarse los caballeros, pero Jo se encontró en esa parte de la ciudad antes de hacer una sola de sus compras, demorándose por ahí como si esperase a alguien, mirando instrumentos de ingeniería en una vidriera y muestras de lana en otra, con interés muy poco femenino, tropezando con barriles y viéndose varias veces a punto de ser aplastada por enormes fardos y empujada sin ceremonia por hombres fuertes ocupados en trabajos rudos que la miraban como si se preguntasen: “¿Qué diablos hará ésta por aquí?”... Una gota de lluvia en la cara trasladó sus pensamientos de sus esperanzas fallidas hasta las cintas estropeadas de su sombrero, pues las gotas continuaron cayendo, y como Jo era mujer, además de estar enamorada, pensó en salvar el sombrero. Sólo ahora se acordó del paraguítas, que al final se había olvidado de traer; pero era inútil lamentarse y no había nada que

hacer más que pedir un paraguas prestado o resignarse a sufrir una mojadura fenomenal. Miró la calle embarrada y luego de una mirada hacia atrás a un cierto depósito mugriento, que decía “Hoffmann & Co.” en la puerta, se dijo con severo aire de reproche:

“¡Me lo tengo bien merecido!... ¡No sé por qué tenía que ponerme todas mis mejores galas y venir a coquetear por estos barrios con esperanzas de ver al profesor! ¡No, nada de entrar ahí a pedir un paraguas prestado!... ¡Ni de averiguar por sus amigos adónde está!... Te irás por tu cuenta y harás tus compras bajo la lluvia... ¡Y si te pescas una pulmonía y arruinas el más mono de tus gorritos, no será ni más ni menos que lo que te mereces!...”

Con esa filípica dirigida a sí misma, Jo cruzó la calle tan atropelladamente que se escapó raspando de ser aplastada por un camión que pasaba, precipitándola en brazos de un majestuoso y anciano caballero, que le dijo:

-Perdón, señora... -con aire visiblemente ofendido.

Algo acobardada, Jo se compuso, y dejando atrás las tentaciones se dio prisa, sintiéndose cada vez más mojada por el sector de los tobillos y oyendo mucho entrechocar de paraguas por encima de la cabeza. Uno de aquellos armatostes, un ejemplar azul bastante deteriorado, se quedó estacionario sobre el famoso sombrerito de las cintas rojas, le llamó por fin la atención, y al levantar la vista vio al señor Bhaer.

-Me parece que conozco a esta dama de gran carácter que camina con tanta valentía pero demasiada prisa, tratando de andar entre el barro... ¿Qué hace usted por aquí, amiga mía?

-Compras...

El señor Bhaer sonrió, paseando la mirada de la fábrica de pickles que había a un lado y la firma mayorista de cueros al otro, pero se limitó a sonreír cortésmente y decirle:

-No tiene usted paraguas... ¿Puedo venir yo también y tomar para usted los paquetes?

-¡Cómo no! Muchas gracias.

Las mejillas de Jo estaban tan rojas como su cintas y se preguntaba qué pensaría de ella el señor Bhaer, aunque no le importó mayormente, y al minuto se encontró caminando del brazo con el profesor, sintiendo como si el sol hubiera salido de pronto con desusado brillo y como si todo se hubiese arreglado de nuevo en el mundo.

-Creíamos que se había usted marchado -se apresuró a decir Jo, pues sabía que él la estaba mirando.

-¿Acaso pensó que podía marcharme sin despedirme de quienes habían sido tan bondadosos conmigo? -le preguntó él con tono tal de reproche que Jo tuvo la sensación de haberlo insultado sugiriendo tal cosa, y de nuevo se apresuró a asegurarle con calor:

-No, yo no lo creía... Lo suponía ocupado con sus asuntos, pero lo cierto es que lo extrañábamos... papá y mamá, especialmente.

-¿Y usted?

-Yo siempre me alegro de verlo, señor.

En su preocupación por mantener tranquila la voz, Jo la hizo algo fría y el gélido monosílabo al final de la frase pareció helar al pobre profesor, pues se evaporó su sonrisa.

-Vendré una vez más antes de marcharme.

-¿Entonces es cierto que se va?

-No tengo ya nada más que hacer aquí, ya he terminado.

-Espero que con éxito, ¿eh? -preguntó Jo algo inquieta porque en la breve respuesta creyó percibir la amargura del desencanto.

-Se me ha abierto una puerta que ganará mi pan, además de mucha ayuda de mis jünglings (pequeños).

-¡Cuénteme, por favor!... me interesa todo lo concerniente a... los niños -dijo Jo, ansiosamente.

-¡Qué amable de su parte!... Mis amigos me han conseguido un colegio donde ganaré lo suficiente para allanar el camino de Franz y Emilio. ¿Le parece que debo estar contento?

-¡Pues ya lo creo!... ¡qué espléndido va a ser verlo con frecuencia... a usted y a los chicos! -exclamó Jo, insistiendo en el tema de los niños como excusa de la satisfacción que tanto temía la traicionase.

-¡Oh!, no lo creo... esta universidad está en el Oeste.

-¿Tan lejos? -gritó ahora Jo dejando la falda librada a su suerte como si ya no le importase lo que le pasara a su ropa o a ella.

El señor Bhaer sabía leer en varios idiomas, pero no había aprendido todavía a leer en los ojos de las mujeres. Se preciaba de conocer bastante bien a Jo y estaba anonadado al observar las contradicciones de su voz, su rostro y sus modos, puesto que la muchacha había pasado por media docena de estados de ánimo diferentes en espacio de una hora. Cuando la encontró pareció sorprendida, aunque era difícil no sospechar que había venido por aquellos barrios expresamente para verlo. Cuando le ofreció el brazo se lo tomó con una mirada que lo encantó, pero al preguntarle si lo había extrañado, la respuesta había sido tan ceremoniosa que el pobre Bhaer se desesperó de nuevo. Al oír del buen éxito de su gestión, a Jo le había faltado poco para batir palmas... ¿acaso todo ese júbilo era sólo por los chicos? Luego, al enterarse del lugar de su destino, había exclamado: “¡Tan lejos!” con un tono de desesperación que lo volvió a elevar al pináculo de la esperanza... pero casi en seguida lo volvió a desplomar observando, cómo quien estuviese completamente absorbida en aquel asunto:

-Aquí está el comercio; ¿quiere entrar?

Jo estaba muy orgullosa de su habilidad como compradora, y ese día, especialmente, quería lucirse. Pero precisamente, a causa de su estado de excitación, todo le salió mal: empezó por volcar la bandeja de las agujas de la tienda... se olvidó que el algodón debía ser “asargado” hasta después de cortado... se equivocó en el cambio y acabó por cubrirse de vergüenza al pedir cinta lila en la sección de los percales. Bhaer la seguía, observando cómo se sonrojaba y se equivocaba, y su propia perplejidad respecto a ella pareció disiparse, pues comenzaba a percatarse de una cosa: que en ciertas ocasiones, las mujeres, como los sueños, son completamente contradictorias.

Cuando salieron de la tienda Bhaer se puso el paquete bajo el brazo con aire más alegre y comenzó el caminó chapaleando por los charcos como si no le disgustase del todo.

-¿Hagamos un poco de “compras para los nenes”, como usted dice, y tengamos una fiestecita de despedida esta noche, que iré por última vez a su casa? -preguntó parándose ante una vidriera llena de frutas y flores.

-¿Qué compramos? -dijo Jo, pasando por alto la última parte del discursito del profesor.

-¿Pueden comer naranjas e higos? -preguntó el señor Bhaer con aire paternal.

-Por cierto que los comen cuando los tienen.

-¿Le gustan a usted las nueces?

-Como a las ardillas.

-¡Uvas de Hamburgo!... ¡Pues brindaremos por la madre patria con ellas...!

Jo frunció el entrecejo ante semejante derroche. Al oír lo cual, el señor Bhaer confiscó la cartera de Jo, sacó la suya y compró varias libras de uvas, una maceta de margaritas rosadas para Daisy y un bonito tarro de miel a guisa de damajuana. Luego, deformándose los bolsillos con aquellos paquetes protuberantes, le entregó a ella las flores, levantó el paraguas y se pusieron de nuevo en caminó.

-Meess Marsch, tengo un favor que pedirle -empezó a decir el profesor cuando habían caminado apenas media cuadra.

-¿De qué se trata, señor? -Y le latió el corazón a Jo.

-Me atrevo a decírselo a pesa de la lluvia, ya que me queda tan poquísimo tiempo...

-Sí, señor. -Y Jo casi aplasta la macetita del apretón repentino que le dio.

-Deseó comprar un vestidito para mi Tina y soy tonto para comprarlo yo sólo. ¿Quisiese usted darme una palabra de su gusto y su ayuda?

-Sí, señor. -Y Jo se sintió de repente tan tranquila y serena como si hubiese entrado en un refrigerador.

-Quizá también compraré un chal para la mamá de Tina... está tan enferma y es tan pobre... y el marido le da tanto trabajo... Sí, sí, un chal grueso, bien abrigado, sería un lindo gesto de amistad para con la madrecita.

-Lo haré con mucho gusto, señor Bhaer... -Y pensaba: “Voy demasiado de prisa y este hombre se me hace más querido con cada minuto que pasa”. Y se dedicó con alma y vida a ocuparse del asunto en cuestión.

Bhaer le dio carta blanca, de modo que Jo eligió primero un monísimo vestido para Tina y luego pidió que sacaran chales. Siendo casado, el vendedor se dignó interesarse por aquella pareja.

-Su señora va a preferir éste; es un artículo muy superior, un color precioso, sobrio y elegante a la vez -dijo extendiendo un chal gris muy abrigado y echándolo sobre los hombros de Jo.

-¿Le gusta, señor Bhaer? -le preguntó ella dándole la espalda para ocultar el rostro.

-Muchísimo; lo compraremos -respondió el profesor, sonriendo para sí mientras lo pagaba, y entretanto Jo continuaba revolviendo los mostradores.

-¿Nos vamos a casa ahora? -preguntó por fin el profesor como si aquellas palabras le fueran muy gratas.

-Sí, que es tarde... y ¡estoy tan cansada!

Y la voz de Jo sonó patética, pues ahora el sol parecía haberse escondido tan pronto como saliera y el mundo apareció de nuevo embarrado y lastimoso. Sólo ahora se dio cuenta de que se le habían enfriado los pies, le dolía la cabeza y que su corazón estaba más frío aún que aquéllos. El señor Bhaer se marchaba... sólo la quería como amiga, había sido todo una equivocación, y cuanto más pronto terminara aquel asunto, mejor... Llamó un ómnibus que se acercaba con tanta prisa que las margaritas se salieron de la maceta y se estropearon mucho.

-Este no es nuestro ómnibus -dijo el profesor agachándose a recoger las pobres florecitas.

-Perdón... No importa, podemos caminar, estoy acostumbrada a chapalear en el barro -replicó Jo pestañeando fuerte, pues hubiese preferido morir que secarse abiertamente los ojos.

El señor Bhaer vio la cara mojada de Jo, pese a que ella había vuelto la cabeza; eso pareció conmoverlo mucho, pues inclinándose le preguntó con tono muy significativo:

-Querida de mi corazón, ¿por qué llora?

Si Jo no hubiese sido nueva en estos lances, hubiera respondido que no lloraba, que se había resfriado, o cualquier otra mentirilla femenina de las que se estilan. En lugar de lo cual, la incorrecta criatura contestó con un irreprimible sollozo:

-Porque usted se marcha...

-Ach, mein Gott!... Eso sí que está bueno -vociferó el señor Bhaer, arreglándoselas para batir palmas a pesar del paraguas y de los paquetes. Y luego continuó:

-Jo, no tengo nada que ofrecerle más que mucho amor... pero vine a esta ciudad a ver si podía quererme y esperé a ver si realmente era algo más para usted que un amigo... ¿Lo soy? ¿Puede hacer un lugarcito en su corazón para el viejo Fritz? -dijo atropelladamente, sin pausa de ninguna clase.

-¡Ah, sí! -dijo Jo.

Y a él le bastó eso, pues ella le rodeó el brazo con ambas manos y mostró bien a las claras que se consideraría feliz de caminar por el mundo junto a él aunque no tuviese más protección que un viejo paraguas, siempre que fuera él quien lo llevara.

Por cierto que esta propuesta de casamiento fue hecha a contrapelo, pues Bhaer no podía arrodillarse allí en el barro; ni tampoco ofrecerle a Jo su mano más que en sentido figurado, porque ambas estaban no sólo ocupadas, sino repletas; mucho menos aún podía el buen hombre entregarse a ninguna tierna demostración en plena calle y el único modo como podía expresarle su arrobamiento era mirándola... Si Bhaer no hubiese amado a Jo mucho, desde antes, no creo que pudiese haberse enamorado en aquel momento, pues Jo estaba lejos de aparecer deseable con la falda en estado deplorable, las botas de goma salpicadas de fango y el gorrito hecho un ruina. Afortunadamente, el señor Bhaer la consideraba la mujer más bella que existía en el mundo, y, por su parte, Jo lo vio en ese momento más parecido a Júpiter que nunca.

Los paseantes los creyeron un par de chiflados, pues ambos se olvidaron completamente del ómnibus y siguieron caminando con toda calma, olvidados de la oscuridad que se acentuaba y de la niebla que los iba envolviendo. Poco les importaba lo que los demás pensaran, pues disfrutaban de esa hora feliz que rara vez le llega a nadie más de una vez en la vida, ese momento mágico que otorga la juventud al viejo, belleza al feo, riqueza al pobre y anticipa a los corazones humanos un estado precelestial. El profesor parecía haber conquistado un reino y el mundo ya no tenía nada que ofrecerle en cuanto a bienaventuranza, mientras que Jo, penosamente a su lado, tenía la seguridad de que aquél había sido siempre su sitio y se preguntaba de qué modo podría nunca haber escogido otro destino.

-Friedrich... ¿Por qué no?...

-¡Oh, cielos!... ¡Ella me da el hombre que no había oído desde que Mina murió! -vociferó el profesor deteniéndose en medio de un charco para mirarla agradecido.

-Siempre lo llamo así eh mi fuero interno... pero no lo haré, a menos que a usted le guste...

-¿Que me guste? Es más dulce para mí de lo que te puedo expresar. Di también “tú”, querida, y pensaré que tu idioma es casi tan bello como el mío.

-¿No te parece que “tú” es algo sentimental? -preguntó Jo, pensando en su interior que era un bello monosílabo.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-¿Sentimental? ¡Claro que sí, y gracias a Dios!... A los alemanes nos gusta el sentimiento y nos mantenemos jóvenes gracias a él. ¡El “usted” del inglés es tan frío!... Di “tú”, querida de mi corazón, porque para mí significa mucho...

-Muy bien, entonces... ¿Por qué no me dijiste todas estas cosas antes? -preguntó Jo con suma timidez.

-Ahora te voy a tener que mostrar todo mi corazón y de aquí en adelante tú quedarás encargada de él. Ve entonces, mi Jo -¡ah, el querido y gracioso nombrecito!- yo tenía el deseo de decirte algo el día que me despedí de ti en Nueva York, pero creía que el amigo buen mozo estaba comprometido a ti, así que no hablar. ¿Me hubieras contestado que sí, si hubiese preguntado entonces?

-No sé... quizá no, porque entonces no tenía corazón alguno...

-Prut!... eso no creer yo. Estaba sólo dormido ese corazoncito hasta que el príncipe encantado viniese a despertarlo cruzando el bosque...

-Conténtate, porque yo nunca tuve otro amor. Teddy no era más que un niño y pronto se curó de aquella fantasía -le dijo Jo muy seria, ansiosa de rectificar el error del profesor.

-Muy bueno!... Entonces me quedo tranquilo. He esperado tanto para esto que me he puesto egoísta, como pronto te darás cuenta, “profesorina”.

-Me gusta que me llames así -dijo Jo encantada con su nuevo nombre-. Y ahora dime lo que te trajo a mi lado justamente cuando más te necesitaba...

-¡Esto! -dijo el profesor sacando un papelito gastado del bolsillo de su chaleco.

Jo desplegó aquel papelito y se quedó muy confundida, pues se trataba de una colaboración suya a un periódico que pagaba la poesía.

-¿Cómo pudo ser eso lo que te trajo a mí? -preguntó entonces sin entender.

-Lo encontré por casualidad y lo reconocí como tuyo por los nombres y las iniciales y había aún un versito que parecía llamarme. Lee y encuéntralo. Yo me ocuparé de que no te metas en los charcos...

Jo obedeció, leyendo, algo salteado, las líneas que ella había bautizado:

EN LA BOHARDILLA

Hay en la bohardilla cuatro arquitas en hilera, opacas de polvo y gastadas de tiempo, llenadas hace mucho por niñas que ahora están en su plenitud. Cuatro llavecitas cuelgan a un lado, con cintas hoy desteñidas atadas allí con orgullo infantil, hace mucho, un día de lluvia. Sobre las tapas, cuatro nombres, tallados por mano infantil de muchacho. Y bajo las tapas, escondidas, recuerdos de una banda feliz de muchachas que un día jugaron allí, deteniéndose a veces a escuchar el dulce estribillo de la lluvia en el techo.

“Meg”, decía la primera, lisita y suave la palabra grabada. Hay allí registrada en objetos una vida de paz... obsequios gentiles a la niña y la joven, un traje de novia, cartas a una esposa, un zapatito y un rizo de niño. Ningún juguete queda en esta arca... todos, viejos ya, divierten a otra pequeña Meg... ¡Ah, feliz madre!, sé bien que oyes, como un dulce estribillo, canciones de cuna, mientras cae la lluvia en el techo.

“Jo”, dice la segunda tapa, rayada y vieja, y adentro un surtido heterogéneo de muñecas sin cabeza, cuadernos rotos, pájaros y animales embalsamados, todos formando el botín que no se recoge más que en el campo mágico de la juventud... sueños de un futuro nunca realizado, recuerdos de un pasado dulce todavía, poemas inconclusos, cuentos locos, cartas de abril, diarios de una chica testaruda; vestigios de una muchacha vieja antes de tiempo, de una mujer en una casa triste de soledad, oyendo como triste estribillo: “Sé digna, amor, el amor vendrá”, como la lluvia cayendo sobre el techo.

Mi “Beth”, el polvo es siempre quitado de la tapa que lleva tu nombre, como por ojos amorosos que llorasen y manos cuidadosas que añorasen. La muerte canonizó para nosotros a una santa, siempre menos humana que angelical, y aún depositamos, como en un altar doméstico, las reliquias que de ella nos quedan: La campana de plata que rara vez tocó, la cofiecita última que usó, la hermosa Catalina, muerta y llevada por los ángeles al cielo de las muñecas, las canciones que cantaba, sin quejarse nunca en su prisión de dolor. Todo se mezcla dulcemente con la lluvia que cae en el techo.

En la última tapa, bien pulida, hay tallada una leyenda hermosa, hoy convertida en verdadera: un valiente caballero lleva en su escudo, “Amy”, en letras de oro y azul. Adentro están las redeçillas que recogían su pelo, zapatos de baile que ya no usará, flores marchitas, abanicos que ya no echan aire, alegres “valentinos”, amores ardientes, bagatelas que han tenido parte en las esperanzas, temores y defectos de la niña gentil. Registro de un corazón de doncella, que ahora aprende hermosos y verdaderos hechizos, oyendo, como feliz estribillo, el sonido argentino de campanas nupciales junto con la lluvia cayendo en el techo.

J. M.

-Como poesía es pésima pero yo la sentía así cuando la escribí un día en que estaba muy sola y lloré apoyada en la bolsa de los trapos viejos. Nunca creí que llegaría a manos de nadie para contar nuestros secretos -dijo Jo rompiendo aquellos versos que el profesor había atesorado tanto tiempo.

-No importa, ya han cumplido su misión y yo obtendré una copia nueva -observó el señor Bhaer con una sonrisa-. Sí, pues -continuó muy serio-, cuando leí aquello me dije para mí: “Tiene una pena, se siente sola, encontraría consuelo en un cariño verdadero y yo tengo un corazón lleno de amor para ella”... Iré a decirle: “Si esto es poca cosa para dar, a cambio de lo que espero recibir, tómallo, en nombre de Dios”...

-Y así fue que viniste...

-Al principio, por bondadosa que fuese la bienvenida que recibí de ustedes, no me animé a esperar. Pero pronto cambié y me decía: “¡La obtendré para mí, aunque me muera, y así ha de ser!... -dijo en voz muy alta el señor Bhaer con un gesto desafiante como si los muros de niebla que los iban envolviendo fuesen barreras que debía vencer o derribar a fuerza de coraje.

A Jo le pareció espléndido lo que decía y resolvió ser digna de su paladín, aunque no hubiese venido en un corcel blanco de lujosos arneses.

-Y ¿qué fue lo que te mantuvo alejado estos últimos días? -preguntó luego, encontrando un placer especial en aquellas preguntas confidenciales y en obtener deliciosas respuestas de las que no hubiese querido privarse por nada del mundo.

-No fue fácil, pero me parecía que no tenía derecho... mejor dicho no tenía alma de sacarte de aquella casa tan feliz, al menos hasta que tuviese perspectivas de poderte ofrecer una yo, aunque fuese quizá después de mucho tiempo y de mucho trabajo. ¿Cómo podía pedirte que renunciaras a tanto por un pobre viejo que no tiene otra fortuna que un poquitito de saber?

-Pues yo me alegro mucho de que seas pobre, no podría soportar a un marido rico -dijo Jo, decidida, añadiendo más bajo-: No le temo a la pobreza, la he conocido demasiado tiempo para encontrar alegría en trabajar para aquellos a quienes amo. Y ¡no te llames viejo! Cuarenta años es la plenitud de la vida y no podría menos que quererte aunque tuvieses setenta...

El profesor encontró eso conmovedor. Jo dijo riendo mientras lo aligeraba de un paquete o dos:

-Yo voy a cumplir mi parte y ayudaré a ganar nuestro hogar, Friedrich. Tienes que resolverte a eso, o no conseguirás que vaya nunca contigo -añadió resueltamente cuando él trató de recuperar los paquetes.

-Ya lo veremos. ¿Tienes paciencia para esperar mucho tiempo, Jo?... Ahora tengo que marcharme y hacer solo mi trabajo. Debo también ayudar primero a mis dos chicos, porque ni aun por ti, querida, puedo romper la palabra empeñada a Mina. ¿Puedes perdonar todo esto y estar contenta mientras esperamos para cumplir nuestras esperanzas?

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Sí, Friedrich, estoy segura porque nos queremos, y eso sólo hace fácil de soportar todo lo demás. También yo tengo un deber que cumplir en casa, y no te olvides que tengo además mi trabajo. Tampoco yo podría pasarlo bien si los descuidara, aun por ti, de modo que no hay por qué tener prisas ni impaciencias. Tú puedes hacer lo que te corresponde marchándote al Oeste y yo lo que debo hacer aquí, y dejaremos el futuro en manos de Dios.

-Ah, Jo querida, me das tanto valor y esperanza y yo no tengo nada que darte en cambio, más que un corazón pleno y estas manos vacías -dijo, entonces completamente vencido por la emoción.

Jo no aprendería nunca a portarse con corrección, pues cuando su Fritz dijo eso ahí parado en los escalones de entrada, ella puso ambas manos en las de él, murmurándole tiernamente: “Ahora no están vacías”, y se inclinó para besarle bajo el paraguas. Jo hubiese hecho lo mismo así hubiesen sido seres humanos los gorriones sucios de barro que los miraban desde el cerco, porque estaba perdidita de amor y no le importaba absolutamente nada que no fuese su propia felicidad. Aunque llegó en esa forma sencilla, ése fue en realidad el momento culminante de sus vidas, cuando al volver la espalda a la tormenta, a la noche y a la soledad, y encontrarse con la luz, el calor y la paz del hogar que los esperaban para recibirlos, Jo, con un felicísimo: “¡Bienvenido al hogar!”, condujo a su novio a la sala y cerró la puerta.

CAPÍTULO XLVII

TIEMPO DE COSECHA

Durante un año Jo y su profesor trabajaron y aguardaron, alimentaron sus esperanzas y se amaron, viéndose apenas de cuando en cuando y escribiéndose cartas tan voluminosas que se les atribuyó el alza del precio del papel, según decía el siempre travieso de Laurie. El segundo año comenzó más sombríamente porque sus proyectos no se materializaban y luego tía March murió repentinamente. Cuando pasó lo más agudo de la pena -porque habían querido sinceramente a la anciana a pesar de su lengua cortante- descubrieron que en realidad tenían motivo para alegrarse, pues le había dejado a Jo la casa de campo de Plumfield, lo cual posibilitaba toda clase de cosas agradables.

-Es una hermosa propiedad y dejará una buena suma... pues me imagino que pensarán venderla, ¿eh? -dijo Laurie cuando se sentaron a hablar de aquel asunto algunas semanas después.

-Pues no, no pienso venderla -fue la respuesta decidida de Jo mientras acariciaba al gordo perro de lana que acababa de adoptar por respeto a su antigua dueña.

-No tendrás intención de vivir ahí...

-Sí, precisamente, es lo que pienso hacer.

-Pero, querida muchacha, es una propiedad enorme y se necesitará mucho dinero para mantenerla en condiciones. El jardín y la huerta, por lo pronto, requieren tres peones, y creo que la agricultura no es el fuerte de Bhaer, ¿eh, Jo?

-Creo que querrá ensayar cómo le va si yo se lo propongo.

-¿Y esperas vivir con el producto de la finca? Eso suena a paradisíaco, pero os vais a encontrar con que exigirá un trabajo de titanes.

-La cosecha que vamos a cultivar es de las que dejan beneficio -dijo entonces Jo, muerta de risa.

-¿Y de qué va a consistir esa cosecha, si puedo tomarme la libertad de preguntarle, señora?

-De muchachitos. Quiero abrir en Plumfield una escuela de varones, una buena escuela, que sea también un hogar, conmigo para cuidarlos y Fritz para enseñar.

-¡He ahí un proyecto bien digno de Jo! ¿No les parece exactamente lo que se le podía ocurrir únicamente a ella? -gritaba Laurie apelando a la familia, que parecía tan sorprendida como él.

-Me gusta el proyecto -dijo la señora de March con tono decidido.

-A mí también -agregó su marido, que se entusiasmaba con la idea de ensayar el método socrático para la educación de la juventud moderna.

-Va a ser enorme la tarea para Jo de cuidar a tanto niño -opinó Meg, acariciando la cabeza de su único y absorbente retoño.

-Jo es muy capaz de eso y será feliz con ese tipo de trabajo. Es una idea espléndida. Cuéntanos más sobre el proyecto, Jo -dijo el señor Laurence, quien estaba deseando dar una mano a los novios pero sabiendo que rechazarían su ayuda.

-Ya sabía yo que usted estaría de mi lado, señor. Por los ojos de Amy veo que ella también lo está, aunque, prudentemente, espera para pensarlo bien antes de pronunciarse. Quiero que comprendan que no se trata de ninguna nueva idea mía, sino de un proyecto largamente acariciado. Antes de conocer a Fritz solía pensar que cuando hubiese hecho dinero, y nadie me necesitase más en casa, alquilaría una gran finca, y recogería a muchachitos abandonados, pobres, o que no tuvieran madre y los tomaría a mi cargo, cuidándolos y haciéndoles la vida alegre y feliz antes de que fuese demasiado tarde. ¡Veo a tanto chico que arruina su vida por falta de ayuda en el momento oportuno...! Además, parece que yo supiese intuitivamente sus necesidades y que los comprendiese en sus tribulaciones. ¡Estoy loca por ser una madre para todos ellos!

La señora de March extendió la mano a Jo, quien la tomó sonriendo y luego siguió hablando:

-Le conté a Fritz mi proyecto y contestó que es precisamente lo que le gustaría a él y estuvo de acuerdo en ensayarlo cuando fuésemos ricos. Pues ahora, merced a mi tía vieja, que me quería más de lo que yo nunca merecí, soy realmente rica, o por lo menos me siento como si lo fuera, y podemos vivir en Plumfield perfectamente bien si tenemos una escuela próspera. Es un lugar que ni mandado hacer para muchachos, pues la casa es grande y los muebles sencillos y fuertes. Adentro hay espacio de sobra para docenas de chicos y los terrenos que la rodean son espléndidos. Los chicos pueden ayudar en el jardín y en la huerta; ¿verdad, papá, que ése es un trabajo muy saludable? Fritz podrá dedicarse a gusto a la enseñanza y preparación de los chicos y papá puede ayudarle en eso. Por mi parte, los alimentaré bien, los cuidaré cuando estén enfermos y los mimaré y

regañaré cuando estén sanos. Y en eso mamá será mi gran auxiliar. Siempre me gustó estar rodeada de muchachos y nunca encontraba que eran bastantes para mí. ¡Piensen qué lujo!... Plumfield mío y montones de chicos para disfrutarlo conmigo.

La familia en pleno prorrumpió en carcajadas y el señor Laurence se rió tanto que temieron le diese un ataque de apoplejía.

-No veo que tenga nada de gracioso -les dijo Jo cuando pudo ser oída-. Nada es más natural ni apropiado para mi profesor que abrir una escuela ni para mí que querer vivir en mi propiedad.

-Ya empieza a darse tono -le dijo Laurie, zumbón ¿Puedo preguntar de qué modo piensas mantener el establecimiento? Si todos los alumnos van a ser pequeños galopines de la calle, mucho me temo que tu cosecha no resulte productiva en el sentido práctico de la palabra, señora de Bhaer.

-Teddy, no seas aguafiestas. Naturalmente que tendré también alumnos ricos; quizá comience exclusivamente con ellos... luego, cuando progreseemos, puedo tomar uno que otro atorrantito... Pero los hijos de los ricos también necesitan cuidados y cariño, igual o más que los de los pobres. ¡He visto a tantos pobrecitos abandonados en manos de sirvientes o a chicos atrasados a quienes nadie hace caso...! Algunos resultan malos a causa del abandono o de la mala dirección que reciben, y otros pierden a sus madres. Además, aun los mejores chicos tienen que pasar por la adolescencia, y es ésa la época en que más necesitan de paciencia y de bondad. La gente se burla de ellos y de sacarlos de en medio pretendiendo verlos convertirse de la noche a la mañana de chiquitos preciosos en hermosos jóvenes. Valientemente los cuitados no se quejan, pero bien que lo sienten. Yo misma he pasado por algo de eso y sé lo que es. ¿Y qué me dicen de mi propia experiencia? ¿Acaso no he educado a un muchacho hasta convertirlo en el orgullo y el honor de la familia?

-Puedo dar testimonio de que al menos lo intentaste -respondió Laurie con una mirada de agradecimiento.

-Y mi éxito supera a todas mis esperanzas. ¡Hete aquí convertido en un juicioso y sensato hombre de negocios, haciendo montones de bien con su fortuna y acumulando bendiciones de los pobres en vez de más dinero! Pero eres mucho más; adoras las cosas buenas y hermosas, las disfrutas tú y dejas que los demás las compartan, “yendo a medias”, como decías cuando éramos chicos. Estoy orgullosa de ti, Teddy, porque mejoras cada año. Cuando tenga “Mi rebaño de muchachitos” te señalaré con el dedo y les diré: “¡Ahí tenéis vuestro modelo, muchachos!”

El pobre Laurie no sabía para dónde mirar.

-Bueno, Jo, me parece que exageras -comenzó a decir-. Todos han hecho mucho por mí y no puedo agradecerles más que empeñándome al máximo en no defraudarlos. Últimamente tú me has abandonado bastante, pero de todos modos he tenido excelente ayuda, de modo que si algo he logrado, puedes agradecerse a estos dos -y puso una mano sobre la cabeza blanca del abuelo y otra sobre la rubia de Amy, pues los tres no se separaban nunca mucho.

-Estoy convencida de que las familias son las cosas más bellas del mundo -estalló Jo-. Cuando tenga la mía propia espero que ella sea tan feliz como las tres que conozco y que más quiero. Si Juan y mi Fritz estuviesen aquí esto sería el cielo en la tierra -añadió.

Y esa noche cuando se retiró a su cuarto después de una noche felicísima de conciliábulo familiares, de esperanzas y proyectos, su corazón estaba colmado de ventura.

Fue un año asombroso, pues los acontecimientos se sucedieron de modo rapidísimo. Antes de que pudiera darse cuenta, Jo se encontró casada e instalada en Plumfield. Casi en seguida adquirió un familia de seis o siete muchachos que surgieron como hongos, de la noche a la mañana, y prosperaron sorpresivamente, tanto ricos como pobres, pues el señor Laurence siempre encontraba un caso más de indigencia conmovedora y rogaba a los Bhaer que se compadeciesen del chico y él se haría cargo gustoso del pago de su mantenimiento. De esta manera, el astuto anciano vencía el orgullo de Jo y le proporcionaba el tipo de muchacho que a ella le encantaba tener en Plumfield.

Naturalmente que el principio fue arduo y que Jo tenía que cometer estrafalarios errores, pero el sabio profesor la guiaba con mano segura y el más exuberante galopín era por fin conquistado. ¡Cómo se divertía Jo con sus “rebaños de muchachos”! ¡Y cómo se habría lamentado tía March si hubiese visto los sagrados recintos del prolijísimo y correcto Plumfield invadidos por Tomasitos, Enriques y Diegos! Había en ello una especie de justicia poética, pues la anciana había sido el terror de los muchachos de varias millas a la redonda y ahora los proscriptos se regalaban con ciruelas prohibidas, hollaban botas profanas los senderos enarenados y jugaban al cricquet en el potrero donde pastaba la vaca. Plumfield se convirtió en algo así como un paraíso de muchachos y Laurie sugirió que los llamasen “Bhaer-garten” en honor de su dueño y como apropiado a sus habitantes.

No fue nunca una escuela de moda y el profesor no hizo nunca fortuna con ella, pero fue exactamente lo que Jo había querido que fuese: “un lugar feliz y hogareño para muchachos que necesitasen enseñanza, cuidados y bondad”. Pronto se llenaron todos los cuartos de la gran casa y cada parcela del jardín tuvo su dueño. Tres veces al día Jo sonreía a su Fritz desde la cabecera de una larga mesa flanqueada por ambos lados por hileras de jóvenes caras felices llenas de amor por “mamá Bhaer”. Ahora sí tenía suficientes muchachos, y no se cansaba de ellos, aunque estaban muy lejos de ser unos ángeles y les causaban infinitas tribulaciones e inquietudes al profesor y a la “profesorina”. Pero la fe que tenían en el “rinconcito bueno” que existe en el más pícaro, más descarado y más atormentador de los galopines les daba paciencia, habilidad y, con el tiempo, éxito, pues no había chico de naturaleza humana que no cejase ante papá Bhaer corriéndole como un sol benévolo, y mamá Bhaer perdonándolo setenta veces siete. Había chicos lerdos y chicos tímidos, chicos delicados y chicos exuberantes, chicos que ceceaban o tartamudeaban, uno o dos renguitos, y hasta un alegre negrito que no era admitido en ninguna otra escuela pero que fue bien venido al “Bhaer-garten”, aunque no faltó quien pronosticase que esa admisión sería la ruina de la escuela.

Sí, Jo era muy feliz en Plumfield, pese al abundante trabajo, la mucha inquietud y la perpetua barahúnda. Al pasar los años, dos chiquitos propios vinieron a aumentar su felicidad: Rob, nombrado así por su abuelito, y Teddy, un bebé despreocupado y alegre como pocos que parecía

haber heredado el carácter benditísimo de su padre además del vivaz espíritu de su madre. Cómo crecieron sanos y salvos entre aquel torbellino de muchachos constituyó siempre un misterio para sus abuelos y sus tíos, pero lo cierto es que prosperaron como las margaritas en primavera y sus toscos niños los querían y servían magníficamente bien.

Había muchos días de fiesta en Plumfield, pero uno de los más deliciosos era la anual recolección de manzanas, pues en esas ocasiones, los March, los Brooke, los Laurence y los Bhaer salían en pleno y por todo el día. Cinco años después del casamiento de Jo ocurrió uno de esos festivales un suave día de octubre. La vieja huerta estaba vestida de fiesta, el botón de oro y el áster bordeaban las paredes musgosas, como flautistas encantados, las ardillas se ocupaban de su propia cosecha y los pájaros gorjeaban sus adioses desde los alisos mientras que cada manzano parecía preparado para enviar hacia abajo, al primer sacudón, su chaparrón de frutos rojos o amarillos. Todo el mundo estaba allí, todo el mundo reía y cantaba, todos aseguraron que nunca había hecho un día tan perfecto para la fiesta ni se habían divertido tanto; y todo el mundo se entregó a los sencillos placeres del momento.

El señor March se paseaba plácidamente conversando con el señor Laurence, el profesor andaba por los verdes senderos como un bravo caballero teutón, con un palo a guisa de lanza y a la cabeza de los muchachos, que realizaban maravillas de saltos en alto. Laurie se dedicó a los pequeños: hizo cabalgar a su hijita metida en una cesta, alzó a Daisy para que viese los nidos de los pájaros e impidió varias veces que Rob se rompiera la cabeza. La señora March y Meg se sentaron entre las pilas de manzanas clasificando y separando los aportes de los cosechadores a medida que llegaban, mientras Amy, con bellísima expresión maternal en el rostro, dibujaba los diferentes grupos y cuidaba a un muchachito pálido, con su muleta a un lado. En cuanto a Jo, estaba en su elemento aquel día y se precipitaba de un lado a otro recogido el vestido, torcido el sombrero y su chiquito bajo el brazo, lista para cualquier aventura divertida que se presentase. El pequeño Teddy tenía -como se dice- un dios aparte: jamás le pasaba nada y Jo nunca sentía la menor inquietud cuando los muchachos lo trepaban a un árbol o lo llevaban a galope sobre la espalda, alimentado con “deliciosas” verdes por su indulgente papá, que como buen alemán creía -el iluso- que los bebés digieren cualquier cosa, empezando por el repollo en vinagre hasta los botones, los clavos y sus propios zapatitos. Jo sabía que Teddy aparecería tarde o temprano sano, salvo y rosado, muy sucio pero tranquilo y sereno, seguro de la calurosa bienvenida que le daría su mamá, que amaba entrañablemente a sus bebés.

A las cuatro de la tarde se produjo una calma y las cestas permanecieron vacías mientras los recolectores descansaban, comparando los ingresos y las contusiones recibidas durante el día. En ese ínterin, Jo y Meg con un destacamento de los chicos más grandes dispusieron la comida en la hierba, pues ésa era la coronación clásica de aquella fiesta. Por la tierra fluían literalmente la leche y la miel, pues no se exigía a los chicos que se sentasen a la mesa, sino que podían servirse como quisiesen. Aprovechaban al máximo su libertad, pues algunos ensayaban el agradable experimento de tomar leche parados de cabeza y otras extrañezas por el estilo. Las dos nenas tuvieron su té particular y Ted vagaba por entre los comestibles según le dictaba su dulcísima voluntad.

Cuando nadie podía ya comer más nada, el profesor propuso el primer brindis, que siempre era bebido en aquellas ocasiones: ¡Tía March, que Dios la bendiga!, pues el bueno del señor Bhaer nunca olvidaba lo mucho que le debía y a los chicos se enseñaba a mantener vivo su recuerdo.

-Ahora, ¡por el sexagésimo cumpleaños de abuelita!

Ese brindis sí que era bebido con entusiasmo, y una vez empezados los vivas no había cómo pararlos. Se brindó por la salud de todo el mundo, sin olvidar la del señor Laurence, a quien consideraban su especial patrono. Demi, como el mayor de los nietos, obsequió a continuación a la reina del día con varios presentes, tan numerosos que tuvieron que ser transportados allí en carretilla. Regalos muy estrambóticos, algunos de ellos, pero valiosos a los ojos de las abuelas, pues eran todos hechos por los propios chicos. Cada puntada cosida por los pacientes deditos de Daisy en los pañuelos por ella dobladillos valía para la abuela como ricos bordados y ninguna página del costoso libro que le regaló la hijita de Amy podía ser tan hermosa a sus ojos como aquella en que aparecían, en torcidas mayúsculas, las palabras: “A la querida abuelita, de su pequeña Bess”.

Durante esta ceremonia los muchachos habían desaparecido misteriosamente y cuando trató de agradecer a sus nietos, quebrada la voz por la emoción, mientras Teddy le secaba los ojos con su delantalito, el profesor rompió de pronto a cantar. Desde arriba, una voz tras otra iba recogiendo las palabras de árbol en árbol y formando un coro invisible con la pequeña canción escrita por Jo, puesta en música por Laurie y preparada por el profesor que había entrenado a los chicos para que la cantasen con el mejor efecto. Esto fue algo completamente nuevo, y resultó un gran éxito, pues la señora no podía recobrarse de su sorpresa e insistía en estrechar la mano de cada uno de aquellos pájaros sin plumas, desde Franz y Emilio hasta el negrito, que era quien tenía voz más dulce de todos.

Después los chicos se dispersaron para una última parranda, dejando a la señora de March y a sus hijas bajo el árbol principal de la fiesta.

-Creo que nunca más debo llamarme a mí misma “Jo, la Sin Suerte”, cuando tan bellamente se ha cumplido mi deseo más grande -dijo entonces la señora de Bhaer, sacando el puñito de Teddy de la jarra de la leche en la cual el chiquito se había quedado arrobado revolviendo con entusiasmo.

-Y sin embargo tu vida es muy distinta de lo que proyectabas hace mucho tiempo. ¿Te acuerdas de nuestros castillos en el aire? -preguntó Amy.

-Pero la vida que yo anhelaba entonces me parece ahora egoísta, fría y solitaria. Todavía no he renunciado a la esperanza de que algún día escriba un buen libro, pero estoy dispuesta a esperar y segura de que voy a salir ganando con experiencias y ejemplos como éstos -dijo Jo.

-Mi castillo ha sido el más cumplido de todos, pues yo pedía muchas cosas espléndidas, pero en el fondo del corazón sabía que estaría satisfecha con un hogar pequeño y con tener a Juan y a algunos pequeñitos como éstos. Todo lo tengo, gracias a Dios, y soy la mujer más feliz del mundo -dijo Meg con la mano sobre la cabeza de su alto muchachito con expresión de pleno y ferviente contento.

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-Mi castillo es muy diferente del que había proyectado, pero no lo cambiaría por nada, aunque, igual que Jo, no abandono mis esperanzas artísticas ni me conformo con ayudar a otros a cumplir sus sueños. He comenzado a modelar una cabeza de la nena, y dice Laurie que es lo mejor que he hecho. Yo también lo creo y pienso vaciarla en mármol, de modo que, pase lo que pasare, pueda al menos conservar la imagen de mi ángel.

Mientras Amy hablaba, una lágrima cayó sobre el pelo dorado de la niña que dormía en sus brazos, pues su única y adorada hijita era una criaturita frágil y el temor de perderla era la sombra que oscurecía el sol de la vida de Amy. Esta cruz estaba haciendo mucho por ambos. Amy se hacía más dulce, más profunda y más tierna; Laurie, por su parte, se volvía más serio, fuerte y firme.

-Está mejor, estoy segura, querida, no te desalientes, sino que espera y manténte feliz -le dijo la señora de March, mirando la tierna carita rosada de Daisy junto a la pálida de su prima.

-Sé que no debo desalentarme cuando te tengo a ti para animarme, mamita, y a Laurie para tomar la mitad de la carga que nos toca llevar -respondió Amy con calor-. Nunca me deja ver su inquietud, y ¡es tan dulce conmigo y tan amoroso con Bess!, que todo lo que lo ame es poco.

-No es preciso que lo digas: ¡Ved la felicidad que nos rodea!

-Sí, Jo, creo que tu cosecha es muy buena -le dijo la señora de March espantando un enorme grillo negro que estaba asustando a Teddy y cambiándole la expresión.

-Ni con mucho tan buena como la tuya, madre. Aquí está, a la vista, y nunca te agradeceremos bastante la paciente siembra y cosecha que has realizado -le dijo Jo con la amorosa impetuosidad que nunca llegó a curarle el tiempo.

-Un haz enorme, mamita, pero sé que en tu corazón hay lugar para él -le dijo Meg, con voz tierna.

Conmovida profundamente, la señora de March sólo pudo extender los brazos como para abarcar a todos, hijos y nietos, en un mismo abrazo, diciendo con voz llena de maternal gratitud y humildad:

-¡Oh, hijas mías, por más largo tiempo que vivan, no podré desearles mayor felicidad que la del presente día!

MUJERCITAS

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL
COSTA RICA

-FIN-



Imprenta Nacional
Editorial Digital

www.imprentanacional.go.cr

COSTA RICA